Sir Basil Liddell Hart

ESTRATEGIA

El estudio clásico sobre la estrategia militar

Prólogo de

Fernando Calvo González-Regueral



Estrategia es un libro mítico, un clásico que inspiró a insignes militares y fue lectura de cabecera de Kennedy durante la crisis de los misiles de Cuba en 1962. Uno de los más importantes tratados militares de todos los tiempos, a la altura de *El arte de la guerra* de Sun Tzu o *De la guerra* de Von Clausewitz.

En esta obra Liddell Hart —bautizado por los militares israelíes como «el capitán que enseñó a generales»— expone sus ideas sobre la estrategia de la aproximación indirecta, cuya aplicación exitosa no solo demuestra con ejemplos de siglos de combates, sino que considera válidas para el mundo de los negocios, la política o las relaciones personales.



Basil Liddell Hart

ESTRATEGIA

El estudio clásico sobre la estrategia militar

ePub r1.0
Titivillus 08.12.2021

Título original: *Strategy*
Basil Liddell Hart, 1941, 1954, 1967
De esta edición: 1954
Traducción: Roberto Romero
Prólogo: Fernando Calvo González-Regueral
Diseño de cubierta: Luis Brea
Mapas: Ricardo Sánchez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1








Para Ivor Maxse,
instructor de tropas para la guerra

ÍNDICE

Toda guerra se basa en el engaño. Por lo tanto, cuando estemos capacitados para atacar, debemos aparentar incapacidad; cuando estemos usando nuestras tropas, hemos de parecer inactivos; cuando estemos cerca, haremos creer al enemigo que nos encontramos lejos; cuando estemos lejos, haremos que piense que estamos cerca. Ofrezcamos señuelos para atraer al enemigo. Simulemos desorden y sorprendámoslo.

Porque nunca se ha sabido de país alguno beneficiado por una guerra prolongada.

Solo aquel que esté profundamente familiarizado con los males de la guerra será capaz de identificar en toda su magnitud el modo más ventajoso de encauzarla.

La suprema excelencia consiste en quebrar la resistencia del enemigo sin entrar en combate. Así pues, la mejor de las estrategias es desbaratar los planes del enemigo; la segunda mejor es evitar el reagrupamiento de las tropas enemigas; la tercera, fallidas las dos anteriores, es atacar al ejército enemigo en el campo de batalla; la peor de las estrategias es la de sitiar ciudades amuralladas.

En toda lucha se puede utilizar el método directo para lanzarse a la batalla, pero será necesario recurrir a métodos indi-

rectos para asegurarse la victoria.

Aparezcamos en sitios que el enemigo deberá apresurarse a defender, marchemos raudos a lugares inesperados. «Llegad como el viento y partid como el relámpago».

Maniobrando, podemos resultar absolutamente invencibles si se atacan los puntos débiles del enemigo; por contra, emprendamos la retirada y evitemos la persecución si sus movimientos son más rápidos.

Cualquiera puede ver las tácticas que empleamos para lograr la conquista, pero lo que ninguno puede ver es la estrategia que urdió la victoria. Las tácticas militares son comparables al agua, ya que el agua en su natural discurrir rehúye los lugares altos y se apresura hacia las tierras bajas. Del mismo modo, en la guerra, la manera de evitar los puntos fuertes es atacar los débiles. El agua dibuja su curso de acuerdo con las características del suelo sobre el que fluye; el soldado urde su victoria en relación con el enemigo al que se enfrenta.

Así, quien escoge tomar en su ruta un desvío largo y tortuoso, después de haber apartado con engaños al enemigo de su camino y aun habiendo emprendido la marcha después que él, con el fin de alcanzar la meta antes que este, demuestra conocimiento en el arte del desconcierto.

Se hará con la conquista aquel que haya aprendido la habilidad de sembrar el desconcierto. En él se basa el arte de saber maniobrar.

Saber abstenerse de salir al encuentro de un enemigo que marcha con sus estandartes perfectamente ordenados, saber abstenerse de atacar a un ejército compacto y disciplinado: este es el arte de estudiar la situación.

Siempre que rodeemos a un ejército, dejémosle libre una salida.

No presionemos demasiado a un enemigo desesperado.

La rapidez es la esencia de la guerra; aproveche los momentos en los que el enemigo está desprevenido, realice el avance por rutas insospechadas y ataque los puntos desprotegidos.

Sun Tzu, *El arte de la guerra*, 500 a.C.

La más rotunda y acertada de las victorias es la siguiente: provocar que el enemigo abandone su propósito sin detrimento de nuestra iniciativa.

Belisario

Por vías indirectas alcanzarás tu objetivo.

Shakespeare, *Hamlet*, Acto II, escena I.

El arte de la guerra se basa en desplegar una defensa coherente y cauta en extremo, seguida de un ataque rápido y audaz.

Napoleón

Toda acción militar está impregnada de fuerzas inteligentes y sus efectos.

Clausewitz

Un líder militar inteligente alcanzará el éxito en muchas ocasiones, al escoger posiciones defensivas de naturaleza tan ofensiva, desde el punto de vista estratégico, que el enemigo se verá obligado a atacarlas.

Moltke

Gallardos tipos, estos soldados; siempre se lanzan contra la zona más tupida del seto.

Almirante de Robeck,
mientras observaba el desembarco de Gallipoli,
25 de abril de 1915

Prólogo a la edición española: En busca de la estrategia

Alcanzada su mayoría de edad, el siglo XXI va mostrando con nitidez el perfil de los retos estratégicos de un nuevo orden mundial, con sus oportunidades y amenazas: el cuestionamiento de la hegemonía estadounidense, un acelerado despertar de China, Europa desnortada, el resurgir de la gran Rusia, los mosaicos iberoamericano, africano, indio y, especialmente, islámico. Todo ello dentro del marco de una economía global con un pronto horizonte de nueve mil millones de bocas que alimentar; de una revolucionaria plataforma de comunicación que crece amorfa y exponencialmente, y de unos recursos naturales siempre escasos, por más que la tecnología pueda operar en favor de su sostenimiento.

De su predecesor, el siglo XX, han emergido ya unos contornos históricos netamente definidos, ora en sus pasajes más violentos, ora en sus áreas de más luminosos progresos. Dos guerras mundiales de un poder destructivo jamás visto anteriormente, conflictos coloniales, enfrentamientos civiles, revoluciones y terrorismo, más una guerra gélida cuyo siniestro legado, aunque disminuido, sigue intacto: los silos del armamento nuclear. Su última década, aún preñada de incógnitas, parecía presagiar empero un futuro en armonía: economía del bienestar, derechos civiles, espectaculares adelantos científicos y la caída de muros de ignominia.

Pero si este ya es pasado, aquel otro es un presente que va devorando al futuro (o viceversa). El siglo XX pertenece definitivamente a la Historia; el XXI al arte de la Estrategia, justo las dos disciplinas sobre las que versa esta obra que hoy tenemos el honor de presentar y la editorial Arzalia el acierto de reeditar en español, esta vez en una cuidada traducción y con sus inolvidables planos rediseñados; con una clara vocación, y esto es lo más importante, de ofrecerla a los lectores actuales con la idea de que sea estudiada en clave contemporánea, porque los clásicos —y *Estrategia* es sin duda uno de los más importantes clásicos del tratadismo militar— tienen la virtud de ser siempre actuales. Solo a nosotros compete dilucidar el mensaje que estas obras nos lanzan desde la posteridad, no meramente para nuestro regalo teórico, sino para revivir la vigencia de su legado.

De formación afrancesada y modales de *dandy*, la figura de sir Basil Liddell Hart sigue siendo fascinante[1]. Porque, a diferencia de otros teóricos militares, que únicamente supieron ver en su entorno flechas sobre planos, campañas y batallas, Liddell Hart amaba la historia general y el ajedrez, se extasiaba con los adelantos de la aeronáutica y cultivaba la pasión por el ferrocarril heredada de su linaje, escribía crónicas de tenis, arte e incluso moda femenina, y sabía, en fin, entretener su ocio con el placer de la amistad. Fue, por encima de todo, un hijo de su tiempo, bien que aventajado, pudiendo resumirse su trayectoria vital en tres etapas: la brusca sacudida de la Gran Guerra; una madurez intelectual no exenta de polémica en el periodo de entreguerras, y ese largo declive en que una persona de su formación se va alejando del foro para destilar toda una acumulada sabiduría.

Como millones de europeos, el joven Basil pasó sin solución de continuidad de un mundo anclado en el romanticismo decimonónico al horror de las trincheras, siendo gaseado en la batalla del Somme. Las secuelas físicas de esta experiencia lo apartarían del servicio en el ejército toda vez vuelto a un hogar que celebraba una victoria que sabía a derrota; las psicológicas, más hondas, le llevarían a escribir su primera gran obra: *The Real War*, una crítica feroz a fuer de razonada a la dirección de la contienda realizada por los políticos y altos mandos militares británicos[2]. Más: toda la obra ulterior de Hart, aun bebiendo en la que él consideraba única maestra de las ciencias sociales, la Historia, vendría escrita en clave de futuro, en la inteligencia de contribuir a evitar conflictos reducidos a la fuerza bruta y devolver la guerra a sus más sutiles campos: los de la maniobra.

No es de extrañar, por tanto, que su siguiente gran éxito fuera el germen de este que hoy prologamos, intitulado en una primera versión como *The Strategy of Indirect Approach* (*La estrategia de la aproximación indirecta*), donde el autor introducía al menos tres conceptos clave sobre la conducción de las conflagraciones, algo así como el famoso aforismo de Clausewitz: «La guerra es la continuación de la política por otros medios», una máxima que anunciaba y a la vez condesaba toda una filosofía sobre el *homo bellicus*[3]. Los primeros lectores que aprovecharon las enseñanzas contenidas en este importante libro fueron, paradójicamente, los antiguos —y futuros— enemigos de su patria: así, el general Guderian, padre de la primavera *panzer*, que se consideró siempre discípulo del inglés, o el mítico Rommel, quien señaló que, si la obra hubiera sido comprendida por las fuerzas armadas británicas, se habrían ahorrado las amargas derrotas que sufrieron en la primera fase de la Segunda Guerra Mundial. Por su parte, para el estadounidense general Patton esta obra era,

sencillamente, su libro de cabecera, mientras que los artífices del estado de Israel acuñaron para su autor el seudónimo que tanto le agradaba: «el capitán que enseñó a generales». El presidente Kennedy confesó acudir a él durante la crisis de los misiles de Cuba tratando de comprender cómo obtener, si no una victoria, sí al menos una resolución que pasara por embridar las fuerzas de un enfrentamiento que podía degenerar en el holocausto nuclear.

El primer concepto de los tres que soportan el constructo intelectual de *Strategy* no es novedoso, si bien queda aquí al fin claramente definido, cerrando un antiguo debate: si la táctica es eminentemente militar, la estrategia se presenta como noción más escurridiza, al entremezclar los factores castrenses con los políticos, diplomáticos, económicos y aun socioculturales, por lo que sir Basil opta por dividir el término en dos: la *estrategia* propiamente dicha como conducción de las operaciones combinadas *en* guerra; la *alta* o *gran estrategia* como dirección de una política global orientada a conseguir ciertos fines *previa* a una posible guerra. Esta define misiones, traza líneas de actuación, es política de estado en acción y trata —o debe tratar— de evitar el conflicto; aquella, toda vez llegados a la confrontación, tiene por finalidad lograr la consecución de una paz provechosa, entendida como un *statu quo* superior al que fue quebrado con el comienzo de las hostilidades, lo que implica unos términos justos para el vencido so pena de sembrar el germen de nuevas disputas.

El segundo, este sí totalmente original de Liddell Hart, versa sobre la idea de la «aproximación indirecta». Empleando multitud de ejemplos históricos como hipótesis de trabajo, desde la marcha de Aníbal sobre Roma a la *Blitzkrieg*, desde el plan Anaconda que dio la victoria a los estados del Norte

en la guerra civil americana a la estrategia de la contención nuclear, el tratadista se atreve a formular una tesis que podría resumirse así: a diferencia de las ciencias, en el campo de las relaciones internacionales la distancia más corta entre dos puntos no siempre es la línea recta; antes al contrario, el enfoque elusivo nos enseña que las paces más provechosas, los mejores resultados en una conflagración, se obtienen por métodos sorpresivos, inesperados, heterodoxos, que desequilibran a un contrincante preparado para recibir el golpe por la trayectoria más esperada, directa o convencional.

Por último, el tercer concepto se trata más bien de una enumeración de principios básicos sobre los que desarrollar una estrategia de aproximación indirecta, algo así como los postulados del primer clásico de la historia militar, Sun Tzu. Con su finísima prosa, el maestro inglés alcanza en estos puntos la cima de su obra, y uno pareciera estar leyendo más que a un historiador militar a un filósofo que clama por la paz o, si la violencia es inevitable, al menos por una teoría de la contención de la fuerza: «Es esencial dirigir la guerra con la idea fija de la Paz que se desea conseguir en mente»; «El mejor general es el que logra victorias antes siquiera de plantear batalla»; «La estrategia mejor es la que consigue los fines al menor coste posible»; «Cuanto mayor esfuerzo se derroche en una contienda, más se incrementa el riesgo de convertirla en total»; «Nunca se debe arrinconar a un adversario sin dejarle ninguna salida»; «Cuanto más se colija la voluntad de imponer una paz solo beneficiosa para un bando, mayor la resistencia del contrario»…

Todo lo demás se encuentra condensado en estas páginas, por lo que solo nos resta, antes de invitar al lector a sumergirse en su lectura, volver al inicio de este prólogo: ¿seremos

capaces los seres humanos de comprender que en un estadio de progreso tan avanzado como el actual, donde toda creación —también, todo poder destructivo— tiene su asiento, de que la cooperación parece ser el mejor enfoque indirecto para alcanzar una paz universal y perpetua? La pregunta, hoy, parece más pertinente que nunca, habida cuenta de que dicha utopía está más cerca de ser lograda que en cualquier otro periodo histórico… o no. Es nuestro deber colectivo, en cualquier caso, ensayar respuestas guiadas por tan noble propósito.

Fernando Calvo González-Regueral

Agosto de 2019

Prólogo a la segunda edición revisada

La última edición de este libro se publicó en 1954, justo después de la explosión de la primera bomba de hidrógeno: una bomba termonuclear resultante del encadenamiento de reacciones de fisión y fusión nucleares. Aun siendo la primera bomba de hidrógeno, tuvo una fuerza explosiva mil veces mayor que la de la primera bomba atómica de 1945.

Pero en el prólogo a aquella edición, el cual reimprimimos aquí, me aventuré a predecir que el desarrollo de esa nueva arma no cambiaría radicalmente los principios ni la práctica de la estrategia militar, y que tampoco nos liberaría de nuestra dependencia en las denominadas «armas convencionales», si bien era probable que incentivara el desarrollo de métodos menos convencionales a la hora de su aplicación.

A pesar de la proliferación de las armas nucleares y de los conflictos no nucleares desde 1954, la experiencia no ha hecho sino confirmar de manera tajante el rumbo que por entonces predije. En concreto, dicha experiencia ha corroborado muy especialmente el pronóstico de que el desarrollo de armas nucleares tendería a anular su efecto disuasorio, fomentando, por tanto, un mayor uso de la estrategia tipo guerrilla. Por esa razón se ha incluido un nuevo capítulo, consagrado a los factores y problemas básicos de la guerra de guerrillas. Los problemas que entraña esta táctica militar vienen de antiguo, y sin embargo existe un manifiesto desconocimiento acerca de ellos, sobre todo en los países donde todo

aquello que puede ser denominado «guerra de guerrillas» se ha convertido en una nueva moda o manía militar.

Prólogo

La bomba de hidrógeno no es la garantía final y definitiva de seguridad con la que tanto sueñan las naciones occidentales. No es, en absoluto, la panacea para los peligros que las acucian. Si bien ha incrementado su capacidad ofensiva, también ha agudizado la tensión y agravado su sensación de inseguridad.

La bomba atómica de 1945 fue considerada por los estadistas occidentales entonces en el poder como una forma sencilla y simple de asegurarse una victoria rápida y total, y, con ella, la paz mundial. En palabras de Winston Churchill: «Poner fin a la guerra, restablecer la paz mundial y dar consuelo a sus torturadas naciones mediante una aplastante demostración de poder a costa de unas cuantas explosiones, se antojaba, después de tantas penas y peligros, una liberación milagrosa». Pero el estado de ansiedad de las naciones del mundo libre en la actualidad es una manifestación de que las mentes de aquellos estrategas fallaron a la hora de analizar el *verdadero* problema: el hecho de conseguir la paz mediante una victoria semejante.

No miraron más allá del objetivo estratégico inmediato de «ganar la guerra» y se contentaron con asumir que la victoria militar aseguraría la paz: una asunción contraria a la experiencia general de la historia. El resultado es la lección, la última de muchas, de que la estrategia militar pura debe guiarse por esa visión mucho más amplia y a largo plazo que proporciona el plano elevado de la «gran estrategia».

En las circunstancias de la Segunda Guerra Mundial, la persecución del triunfo estaba predestinada a un final trágico y fútil. El derrocamiento total del poder de resistencia de Alemania no podía sino despejar el camino para el domino de la Rusia soviética sobre el continente euroasiático y para una vasta expansión del poder comunista en todas direcciones. Del mismo modo, era también natural que a la imponente demostración de poder bélico que supuso el empleo de armas atómicas al final de la guerra le siguiera el desarrollo de armas similares por parte de Rusia.

Ninguna paz hasta entonces había traído consigo tan poca seguridad y, tras ocho años de vértigo, la producción de armas termonucleares ha intensificado la sensación de inseguridad de las naciones «victoriosas». Pero este no ha sido el único efecto.

La bomba H, incluso en su fase de explosiones experimentales, ha sido el elemento que más ha hecho por dejar patente que la «guerra total» como método y la «victoria» como última meta en la guerra son conceptos desfasados.

Esto es algo que han venido a reconocer los principales responsables de los bombardeos estratégicos. El mariscal de la Real Fuerza Aérea británica (RAF), sir John Slessor, ha declarado recientemente que «la guerra total, tal y como la hemos conocido en los últimos cuarenta años, es cosa del pasado… Hoy por hoy, y en los tiempos que corren, una guerra mundial sería un suicidio general y supondría el fin de la civilización tal y como la conocemos». El mariscal de la RAF lord Tedder ya había recalcado la misma idea con anterioridad, aludiendo a ella como «una afirmación fría y precisa de las posibilidades reales», y afirmando lo siguiente: «Un enfrentamiento en el que se recurriese a la bomba atómica no sería un duelo, sino más bien un suicidio mutuo».

A lo que añadiría, no tan lógicamente: «Es una perspectiva que difícilmente puede motivar la agresión». Y digo no tan lógicamente, porque un atacante de sangre fría bien podría contar con la natural renuencia de su oponente a cometer tal suicidio ofreciendo una respuesta inmediata a una amenaza que no sea claramente fatal.

¿De verdad podría un Gobierno responsable, llegado a ese punto, decidir usar la bomba H en respuesta a un ataque indirecto, o a cualquier agresión de índole local y limitada? ¿De verdad podría un Gobierno responsable tomar la iniciativa y llevar a cabo lo que los mismísimos altos mandos de la fuerza aérea nos han advertido que sería un «suicidio»? Así, se da por supuesto que la bomba H no se emplearía contra una amenaza que no fuera tan certera e inmediatamente fatal como ella misma.

Esa confianza que han depositado los estadistas en esta arma como elemento disuasorio frente a posibles agresiones se diría que es puramente ilusoria. La amenaza de emplearla es probable que pueda tomarse menos en serio en el Kremlin que en los países limítrofes del Telón de Acero, cuya población se halla peligrosamente cerca de Rusia y de *sus* fuerzas capaces de efectuar bombardeos estratégicos. La amenaza atómica, de recurrir a ella como medida de protección, podría tener como única repercusión el debilitamiento de sus capacidades de resistencia. Es más, sus secuelas ya han sido muy dañinas.

La bomba H es más un inconveniente que una ayuda para las políticas de «contención». En la medida en que reduce la probabilidad de una guerra total, *incrementa* las posibilidades del estallido de «guerras limitadas» por medio de agresiones locales indirectas y generalizadas. El agresor puede servirse de un amplio espectro de técnicas que, aunque de distinta índole, están todas pensadas para amenazar a la vez que sumen

al enemigo en la indecisión sobre si debe o no contraatacar recurriendo a la bomba H o a la bomba atómica.

Así pues, hoy por hoy, dependemos cada vez más de las «armas convencionales» para «contener» la amenaza. Esta conclusión no quiere decir, empero, que debamos dar un paso atrás y volver a los métodos convencionales. Al contrario, debería ser un incentivo para desarrollar otros nuevos.

Hemos entrado en una nueva era de la estrategia militar que poco o nada tiene que ver con la que empleaban los defensores del poder atómico aéreo: los «revolucionarios» de la era anterior. La estrategia que ahora despliegan nuestros oponentes se inspira en el doble concepto de evadir y neutralizar un poder aéreo superior. Por irónico que resulte, cuanto más hemos desarrollado el efecto «masivo» de las bombas, más hemos contribuido al progreso de una nueva estrategia del tipo guerra de guerrillas.

Nuestra propia estrategia debería basarse en un profundo y claro conocimiento de dicho concepto, y nuestra política militar necesita reorientarse. Hay margen para desarrollar de forma efectiva una estrategia con la que contrarrestarla. Llegados a este punto, convendría señalar, entre paréntesis, que arrasar ciudades con bombas H supondría la destrucción de nuestros potenciales activos «quintacolumnistas».

La extendida creencia de que el poder atómico ha anulado nuestra estrategia carece de fundamento e induce a equívoco. Al llevar la destrucción hasta extremos «suicidas», el poder atómico estimula y acelera la reversión a los métodos indirectos, que son la esencia de la estrategia al conferir a los conflictos la posibilidad de aplicar una inteligencia que los eleven por encima de la mera aplicación de la fuerza bruta. Ya en la Segunda Guerra Mundial se apreciaron indicios de esa restitución de la «aproximación indirecta», conflicto en el que la

estrategia jugó un papel mucho más importante que en la Primera Guerra Mundial, si bien faltó la gran estrategia. Ahora, la presencia de un elemento disuasorio como las bombas atómicas contra acciones directas en esa línea tiende a fomentar una sutileza estratégica mucho más marcada entre los agresores. Así pues, resulta extremadamente importante que esta tendencia sea correspondida, de nuestra parte, por una concepción similar del poder estratégico. La historia de la estrategia es, fundamentalmente, una crónica de la aplicación y de la evolución de la aproximación indirecta.

Mi estudio original sobre «la estrategia de la aproximación indirecta» se publicó en 1929 bajo el título *Las guerras decisivas de la historia*. El libro que el lector tiene ahora entre las manos es el resultado de veinticinco años más de investigación y reflexión sobre el tema, junto con un análisis de las lecciones en estrategia y gran estrategia que proporcionó la Segunda Guerra Mundial.

Cuando, en el transcurso del estudio de una larga serie de campañas militares, me percaté de la superioridad de la aproximación indirecta sobre la directa, lo único que buscaba era arrojar luz sobre la estrategia. Pero, tras profundizar en el tema, empecé a darme cuenta de que la aproximación indirecta tenía una aplicación mucho más amplia, que era una ley válida en todos los ámbitos de la vida: una verdad de la filosofía. Su puesta en práctica se consideraba clave para tratar con éxito cualquier problema en el que predomine el factor humano y donde las diferencias entre bandos opuestos tengan como verdadera razón no tanto un enfrentamiento de voluntades como un conflicto de intereses subyacente. En todos esos casos, la proposición de nuevas ideas mediante un ataque directo provoca una tenaz resistencia, intensificando así la dificultad de producir un cambio de parecer. La conversión se consigue mucho más fácil y rápidamente a través de la infiltra-

ción disimulada de una idea diferente o con un argumento que quiebre el flanco de la negación instintiva. La aproximación indirecta es tan fundamental en el campo de la política como en el del sexo. En el comercio, sugerir que hay una ganga que hay que aprovechar es mucho más efectivo que cualquier invitación directa a comprar. Y en cualquier ámbito es bien sabido que la mejor forma de conseguir que un superior acepte una nueva idea ¡es convencerle de que la idea es suya! Como en la guerra, el objetivo es debilitar la resistencia antes de intentar superarla; y la mejor forma de lograrlo es hacer que el oponente baje la guardia.

Esta teoría de la aproximación indirecta está íntimamente relacionada con el ejercicio de la influencia de una mente sobre otra, que es el factor más determinante en la historia de la humanidad. No obstante, resulta complicado conciliar esta idea con esa otra lección que nos enseña que las conclusiones verdaderas solo pueden alcanzarse, o abordarse, mediante premisas verdaderas, independientemente de adónde puedan llevarnos o cuáles puedan ser sus efectos sobre los distintos intereses.

La historia ha demostrado el papel trascendental que han desempeñado los «profetas» en el progreso de la humanidad, lo que a su vez evidencia el valor práctico primordial que tiene la expresión sin reservas de la verdad tal y como uno la concibe. Así y todo, queda claro también que la aceptación y propagación de su visión ha dependido siempre de otra clase de hombres: «líderes» que fueran estrategas filosóficos, capaces de establecer un compromiso entre la verdad y una adecuada receptividad de ella por parte de los seres humanos. Su efecto ha dependido muy a menudo tanto de sus propias limitaciones a la hora de percibir la verdad como de su capacidad práctica a la hora de proclamarla.

A los profetas hay que apedrearlos; esa es su suerte y el estigma que han de sobrellevar para su realización personal. Pero el apedreamiento de un líder es posible que solo demuestre que ha fracasado en sus funciones por falta de sabiduría o por haber confundido sus funciones con las de un profeta. Solo el tiempo puede establecer si el efecto de su sacrificio redime ese aparente fracaso como líder que, sin embargo, le honra como hombre. Como mínimo, soslayará la falta más común entre los líderes, que no es otra que la de sacrificar la verdad por conveniencia y en detrimento de la causa. Puesto que aquel que acostumbra a ocultar la verdad en aras del tacto alumbra una deformidad del seno de su pensamiento.

¿Existe una manera práctica de combinar el progreso para alcanzar la verdad con el progreso para alcanzar su aceptación? Una posible solución a este problema es aquella a la que apunta el estudio de los principios estratégicos y que no es otra que la importancia de mantener un objetivo de manera constante y, a la vez, perseguir dicho objetivo adaptándose a las circunstancias. La resistencia a la verdad es inevitable, sobre todo si esta adquiere la forma de una nueva idea, pero el grado de intensidad de esa oposición puede mitigarse si, además de en la meta, se piensa también en el método de aproximación. Hay que evitar el ataque frontal a una posición bien afianzada y, en su lugar, tratar de doblegarla abordándola por los flancos, aprovechando el más expuesto a la penetración de la verdad. Pero en el caso de optar por este tipo de aproximación indirecta, hay que cuidarse mucho de no separarse de la verdad, puesto que no hay nada peor para su progreso real que caer en la falsedad.

El significado de estas reflexiones tal vez pueda entenderse con mayor claridad si lo ilustramos con nuestra propia experiencia. Si echamos la vista atrás hacia aquellas etapas en las

que lograron aceptación diversas ideas nuevas, veremos que el proceso fue más sencillo cuando estas se presentaron no como algo radicalmente nuevo, sino como el renacimiento en términos modernos de un principio o práctica de larga tradición que habían sido olvidados. Para ello no hizo falta recurrir al engaño, sino preocuparse por rastrear y restablecer la conexión, puesto que «no hay nada nuevo bajo el sol». Un ejemplo notable de ello es la forma en la que la minimizó la oposición a la mecanización al demostrar que el vehículo blindado móvil —ese tanque veloz— era, en esencia, el heredero del caballero con armadura y, por consiguiente, el medio más natural de revivir el decisivo papel que la caballería había jugado en el pasado.

B.H. Liddell Hart

PRIMERA PARTE

La estrategia desde el siglo V a.C. al siglo XX d.C.

1

La historia como experiencia práctica

«Los necios afirman que aprenden de su propia experiencia. Yo prefiero aprovecharme de la experiencia ajena». Esta sentencia, que cito de Bismarck, pero que ni mucho menos es original suya, tiene un especial significado en el ámbito militar. A diferencia de lo que ocurre en otras profesiones, no es habitual que el soldado «de carrera» pueda poner en práctica su oficio. Es más, podría argüirse incluso que, en sentido literal, el oficio de las armas no es ni siquiera una profesión, sino un mero «empleo ocasional», y que, paradójicamente, dejó de ser una profesión cuando las tropas de mercenarios a las que se contrataba y pagaba para participar en una guerra fueron reemplazadas por ejércitos permanentes a los que se seguía pagando en tiempos de paz.

Si bien dicho argumento —el de que en sentido estricto no existe nada semejante al «oficio de las armas»— no se sustenta en términos de trabajo en la mayoría de los ejércitos modernos, no hay duda de que, desde el punto de vista práctico, se ve inevitablemente reforzado, puesto que las guerras han ido a menos, si bien se han tornado más devastadoras, en comparación con lo que sucedía en la Antigüedad. Y es que incluso la mejor de las instrucciones militares en tiempos de paz tiene más de «teórica» que de «práctica».

Pero el aforismo de Bismarck arroja una luz diferente, y más esclarecedora, sobre el problema. Nos ayuda a que nos demos cuenta de que existen dos formas de experiencia práctica, la directa y la indirecta, y que, de entre las dos, la segun-

da puede ser la más valiosa por ser infinitamente más amplia. Incluso en la más activa de las profesiones, especialmente en el oficio de soldado, el espectro y las posibilidades de obtener una experiencia directa son muy limitados. En contraste con la militar, la profesión médica proporciona una práctica incesante. Así y todo, los grandes avances en medicina y cirugía han llegado más a menudo de la mano del pensador científico y del investigador que del médico practicante.

La experiencia directa es intrínsecamente demasiado limitada como para conformar una base adecuada, ya sea para su desarrollo teórico como para su aplicación. En el mejor de los casos, proporciona un entorno adecuado para la sedimentación y el fortalecimiento de las estructuras ideadas por el pensamiento. El valor añadido de la experiencia indirecta radica en que es más variada y amplia. «La historia es experiencia universal», no la experiencia de otro, sino la de muchos otros bajo múltiples circunstancias.

Esta es la justificación lógica para que la historia militar sea la base de la educación militar: su valor preponderantemente práctico en la instrucción y el desarrollo intelectual de un soldado. Pero sus beneficios dependen, como ocurre con cualquier tipo de experiencia, de su amplitud: en lo mucho que se acerque a la definición ya citada y en el método que se siga para estudiarla.

Todo soldado considera una verdad universal ese dicho tan citado de Napoleón en el que afirma que, en la guerra, «la moral es a lo físico como tres a uno». Una proporción aritmética que en la realidad puede carecer de valor, puesto que la moral tiende a decaer si las armas no son las adecuadas, y de poco sirve la más firme voluntad en un cuerpo inerte. Pero, aunque los factores morales y físicos son inseparables e indivisibles, el dicho es imperecedero porque expresa la idea de la preeminencia de los factores morales en todas las decisiones

militares. En torno a ellos gira siempre la problemática de la guerra y la batalla. En la historia de la guerra, los factores morales son los más constantes, solo cambian en intensidad, mientras que los físicos son diferentes en casi todas las guerras y en casi todos los enfrentamientos militares.

Darse cuenta de esto afecta a toda la cuestión del estudio de la historia militar con fines prácticos. El método utilizado con las últimas generaciones ha consistido en escoger una o dos campañas y estudiarlas exhaustivamente con el fin de proporcionar instrucción profesional y, también, los fundamentos de la doctrina militar. Pero esta es una base muy limitada y, con los continuos cambios que experimentan los medios militares de una guerra a otra, hace que corramos el riesgo de que nuestra visión sea muy estrecha y las lecciones falaces. En el plano físico, el único factor constante es que los medios y las condiciones son invariablemente inconstantes.

En contraste, la naturaleza humana varía poquísimo en sus formas de reaccionar ante el peligro. Hay hombres que, por su genética, sus circunstancias personales o su instrucción son menos sensibles que otros, pero la diferencia entre unos y otros son cuestión de grado, no es algo fundamental. Esa diferencia de grado resulta más desconcertante y más difícil de medir cuanto más concreta es la situación y más concreto es nuestro estudio. Así, es posible que nos impida prever con exactitud la resistencia que ofrecerán los hombres en una situación dada, pero no invalidará los criterios por los que sabemos que su resistencia será menor si son cogidos por sorpresa que si están alerta; si están fatigados y hambrientos que si están descansados y bien alimentados. Cuanto más amplio es el estudio psicológico mejor es la base que ofrece para extraer deducciones.

La primacía de lo psicológico sobre lo físico y su mayor constancia nos llevan a concluir que los fundamentos de

cualquier teoría de la guerra deberían ser lo más amplios posible. El estudio integral de una campaña que no esté basado en un conocimiento profundo de la historia de la guerra en su conjunto tiene muchas probabilidades de inducirnos a error. Pero cuando se detecta que un efecto específico es producto de una causa específica en un número considerable o cuantioso de casos, en diferentes épocas y en diversas situaciones, entonces sí existe una base para considerar esa causa como parte integral de cualquier teoría de la guerra.

Las tesis que se plantean en este libro son el producto de esa clase de análisis «extensivo». Es más, se podría decir que son el efecto conjunto de una serie de causas concretas, y que están íntimamente relacionadas con mi labor como editor militar de la *Enciclopedia Británica*. Y es que, aunque con anterioridad yo ya había ahondado en diversos periodos de la historia militar llevado por mis intereses personales, esta tarea requirió que realizara una investigación general de todos los periodos. El investigador profesional —o incluso uno ocasional, para entendernos— tiene al menos una perspectiva amplia y puede abarcar la totalidad del terreno, mientras que el minero solo conoce la veta en la que trabaja.

Al realizar tal investigación fue quedando cada vez más patente una impresión, que no era otra que la sensación de que en el transcurso de los siglos rara vez se han obtenido resultados efectivos en la guerra si la aproximación no ha sido lo bastante indirecta como para asegurarse de que se cogía desprevenido al oponente. Esta cualidad indirecta se ha practicado a menudo en el plano físico, y siempre en el psicológico. En la estrategia, el camino más largo es con frecuencia la manera más rápida de llegar a casa.

Hay una lección que emerge cada vez con mayor nitidez, y es que la aproximación directa a un propósito mental, o a un objetivo físico, siguiendo la «línea natural de expectativa» del

oponente, tiende a producir resultados negativos. La razón de que esto ocurra se explica a la perfección en la frase de Napoleón citada con anterioridad: «La moral es a lo físico como tres a uno». Desde el punto de vista científico, podríamos explicarlo diciendo que, mientras que la fortaleza de un ejército o un país enemigos reside, aparentemente, en su número de integrantes y su cantidad de recursos, estos dependen en última instancia de la estabilidad del control, la moral y los suministros.

Seguir la línea natural de expectativa consolida el equilibrio del oponente e incrementa, por tanto, su capacidad de resistencia. En la guerra, al igual que en la lucha libre, cualquier intento de derribar al oponente sin antes debilitar su punto de apoyo y hacerle perder el equilibrio solo redunda en el agotamiento del atacante, que ve aumentado de forma exponencial y desproporcionada el efecto de la presión real que soporta. Alcanzar la victoria a través de este método solo es posible cuando la superioridad sobre el oponente es inmensa, y aun así la victoria tiende a resultar menos decisiva. En la mayoría de las campañas, la dislocación del equilibrio psicológico y físico del enemigo ha sido el preludio necesario de cualquier intento de derrotarlo decisivamente.

Esta dislocación se hace efectiva por medio de una aproximación indirecta estratégica, ya sea intencionada o fortuita. Y puede adoptar formas muy variadas, como revelan los análisis. Porque la estrategia de la aproximación indirecta incluye, pero también trasciende, la *manoeuvre sur les derrières* —maniobra sobre la retaguardia— que los estudios del general Camon demostraron que fue el objetivo y el método clave empleado constantemente por Napoleón en sus operaciones. Camon se centraría sobre todo en los desplazamientos logísticos —en los factores tiempo, espacio y comunicaciones—. Pero, tras un análisis de los factores psicológicos, ha quedado

claro que existe una relación subyacente entre muchas operaciones estratégicas que sobre el terreno no se parecen en nada a una maniobra contra la retaguardia del enemigo, pero que, no obstante, son, sin duda, ejemplos clarísimos de «estrategia de aproximación indirecta».

Para rastrear esta relación y determinar el carácter de las operaciones, es innecesario detenerse en el balance numérico de los ejércitos y en los detalles de suministros y transporte. Lo que nos atañe son, simplemente, los efectos históricos en una amplia serie de casos y los movimientos logísticos o psicológicos que condujeron a ellos.

Si efectos similares son consecuencia de movimientos fundamentalmente similares, en situaciones que pueden variar en gran medida de naturaleza, escala y fecha, no cabe duda de que existe una conexión subyacente de la que podemos deducir lógicamente una causa común. Y cuanto más amplia sea la variedad de situaciones, más validez tendrá dicha deducción.

El valor objetivo de un análisis amplio de la guerra no se limita a la búsqueda de una doctrina nueva y verdadera. Si un análisis amplio es la base esencial para cualquier teoría de la guerra, también resulta igual de necesario para cualquiera que curse la carrera militar y quiera formarse una opinión y un punto de vista propios. De no ser así, sus conocimientos de la guerra serán como una pirámide invertida precariamente apoyada sobre un fino vértice.

2

Guerras de la Antigua Grecia: Epaminondas, Filipo II de Macedonia y Alejandro Magno

El punto de partida lógico para cualquier análisis es la primera «Gran Guerra» de la historia europea: la Primera Guerra Médica. Pocas conclusiones podemos esperar extraer de un periodo en el que la estrategia estaba todavía en pañales, pero el nombre de Maratón está grabado a fuego en la mente y la imaginación de todo amante de la historia, de modo que no se puede obviar. Mayor fue la huella que dejó en la imaginación de los griegos y de ahí que estos exageraran su trascendencia y, a través de ellos, lo hicieran los europeos en cualquier época posterior. No obstante, solo hace falta moderar su importancia a proporciones más justas, para que su significación estratégica gane relevancia.

La invasión persa en 490 a.C. fue una campaña punitiva comparativamente pequeña con la que se pretendía dar una lección a Eretria y Atenas —estados insignificantes ambos, a ojos de Darío— y enseñarles a que se ocuparan de sus propios asuntos y se abstuvieran de espolear las revueltas entre los súbditos griegos de Persia en Asia Menor. Eretria fue destruida y sus habitantes deportados y reasentados en el golfo Pérsico. Llegó entonces el turno de Atenas, donde era bien sabido que el partido ultrademocrático tenía intención de apoyar la intervención persa contra su propio partido conservador. Los persas, en lugar de avanzar directamente sobre

Atenas, desembarcaron en Maratón, ciudad situada treinta y ocho kilómetros al noreste. De esta forma podían contar con atraer al ejército ateniense hacia ellos y facilitar a sus partidarios la toma del poder en Atenas, mientras que un ataque directo a la ciudad habría obstaculizado el levantamiento, e incluso podría haber suscitado una concentración de fuerzas contra ellos; y, en cualquier caso, les habría supuesto tener que afrontar la dificultad añadida de un asedio.

Si estos fueron los cálculos de los persas, el cebo funcionó. El ejército ateniense marchó hacia Maratón a su encuentro, mientras ellos procedían a ejecutar el siguiente paso de su plan estratégico. Bajo la protección de una fuerza de cobertura, volvieron a embarcar al resto del ejército con el fin de trasladarlo hasta Fáliro, desembarcar allí y asaltar la desprevenida Atenas por sorpresa. La sutileza de este plan es notable, aun cuando fracasó debido a una serie de factores.

Gracias al arrojo de Milcíades, los atenienses aprovecharon su única oportunidad y atacaron sin demora a la fuerza de cobertura. En la batalla de Maratón, la superioridad de la panoplia de los griegos y la mayor longitud de sus lanzas, que siempre fueron sus mejores bazas contra los persas, contribuyeron a otorgarles la victoria, aunque el combate fue más duro de lo que sugeriría después la patriótica leyenda, y gran parte de la fuerza de cobertura persa consiguió ponerse a salvo en los barcos. Los atenienses, reforzados por la victoria, emprendieron rápidamente la marcha de regreso a su ciudad y esa velocidad, combinada con la dilación del partido desleal, los salvó. Porque cuando el ejército ateniense regresó a Atenas, los persas se dieron cuenta de que un asedio era inevitable y pusieron rumbo a Asia en sus naves, conscientes de que alcanzar su objetivo, que era meramente punitivo, a tan alto precio no merecía la pena.

Transcurrieron diez años antes de que los persas se embarcaran en otra esforzada campaña. Los griegos no reaccionaron a aquella primera advertencia sino muy lentamente, y hasta 487 a.C. no empezó Atenas a expandir su flota, la cual habría de convertirse en el factor decisivo a la hora de contrarrestar la superioridad de los ejércitos terrestres persas. Por ello puede afirmarse sin lugar a duda que a Grecia y a Europa las salvaron una revuelta en Egipto —que monopolizó la atención de Persia y la mantuvo ocupada desde 486 hasta 484 — y la muerte de Darío, el más capaz de los gobernantes persas de la época.

Cuando la amenaza se concretó, en 481, esta vez a gran escala, su magnitud no solo contribuyó a consolidar a las facciones y estados griegos contra ella, sino que obligó a Jerjes a emprender una aproximación directa a su objetivo. El ejército era demasiado numeroso para ser transportado por mar, así que no tuvo otro remedio que tomar una ruta terrestre. Además, era demasiado grande para abastecerlo, de modo que había que servirse de la flota para cubrir ese propósito. El ejército estaba atado a la costa, y la flota al ejército: apenas tenían libertad de movimiento. De este modo, los griegos sabían con certeza por qué línea esperar el avance del enemigo, y los persas no podían desviarse de ella.

La orografía brindaba a los griegos una serie de puntos donde podían bloquear con firmeza la línea natural de expectativa y, como observa Grundy, de no haber sido por las diferencias de opinión y de intereses en el seno del bando griego «es probable que el invasor no hubiese llegado jamás al sur de las Termópilas». Sea como fuere, la historia ganó una crónica inmortal y fue en manos de la flota griega donde recayó la responsabilidad de frustrar la invasión irremediablemente

mediante la derrota de la flota persa en Salamina, mientras Jerjes y el ejército persa contemplaban impotentes la destrucción de la que no era solo su flota, sino algo tan vital como su fuente de abastecimiento.

Conviene apuntar que esta decisiva batalla naval fue una oportunidad que se presentó como resultado de una artimaña que podría calificarse como una forma de aproximación indirecta: el mensaje que Temístocles le hizo llegar a Jerjes asegurándole que la flota griega estaba lista para traicionar la causa y rendirse. El engaño, con el que se pretendía animar a la flota persa a internarse en el angosto estrecho donde su superioridad numérica quedaría anulada, surtió efecto porque la experiencia del pasado concedía verosimilitud al mensaje. En realidad, lo que llevó a Temístocles a enviar la misiva fue su temor a que los comandantes peloponesios aliados se retiraran de Salamina —tal y como habían sugerido en el consejo de guerra— y dejaran a la flota ateniense sola frente al enemigo o concedieran a los persas la oportunidad de servirse de su superioridad numérica en mar abierto.

En el otro bando, solo una persona se pronunció en contra del vehemente deseo de Jerjes de entrar en batalla: Artemisia, experta marinera y reina de Halicarnaso, que según las crónicas urgió al rey a decantarse por un plan opuesto, a saber, que se abstuviera de realizar un ataque directo y, en su lugar, se coordinase con las fuerzas terrestres persas para avanzar contra el Peloponeso. Argumentó que el contingente naval peloponesio reaccionaría ante esa amenaza poniendo rumbo a su hogar de inmediato, lo que desintegraría la flota griega. Todo apunta a que la teoría de Artemisia y los temores de Temístocles eran más que fundados y que la retirada se habría hecho efectiva al día siguiente de no haberse encontrado las salidas bloqueadas por las naves persas, que se disponían a atacar.

Sin embargo, el ataque empezó a adquirir tintes fatalmente desfavorables para los persas cuando parte de los defensores iniciaron un movimiento de retirada que actuó como señuelo, instando al numeroso bando opuesto a embestir desordenadamente. Así, mientras los atacantes penetraban por el angosto estrecho, las galeras griegas reculaban. Los persas reaccionaron acelerando el ritmo de los remeros, lo que no hizo sino congestionar el avance de su flota, que quedó expuesta, y sin capacidad de movimiento, al contraataque que lanzaron las galeras griegas por ambos flancos.

Parece que uno de los principales factores por los que los persas se abstuvieron de marchar contra Grecia durante los setenta años siguientes fue la capacidad que tenía Atenas de atacar sus comunicaciones por medio de una aproximación indirecta, una suposición que está respaldada por la reactivación de la injerencia persa a partir de la destrucción de la flota ateniense en Siracusa. Desde el punto de vista histórico, conviene señalar que el uso de la movilidad estratégica para desplegar una aproximación indirecta se descubrió y aprovechó en las batallas navales mucho antes que en las terrestres. Esto tiene una explicación lógica, puesto que los *ejércitos* no dependerían de «vías de comunicación» para su suministro hasta una fase más tardía en su evolución. Las flotas, sin embargo, siempre se habían empleado para operar contra las vías marítimas de comunicación, o de suministros, de las *naciones* enemigas.

Tras la batalla de Salamina y la neutralización de la amenaza persa, Atenas ganó preponderancia entre las ciudades-estado griegas, un protagonismo que cortaría de raíz la guerra del Peloponeso (431-404 a.C.). La insólita prolongación de este conflicto de veintisiete años de duración —y el terrible

desgaste que supuso no solo para los principales contendientes, sino también para los estados que se vieron envueltos en él sin quererlo— se puede atribuir a la estrategia cambiante y a menudo sin sentido a la que recurrieron ambos bandos.

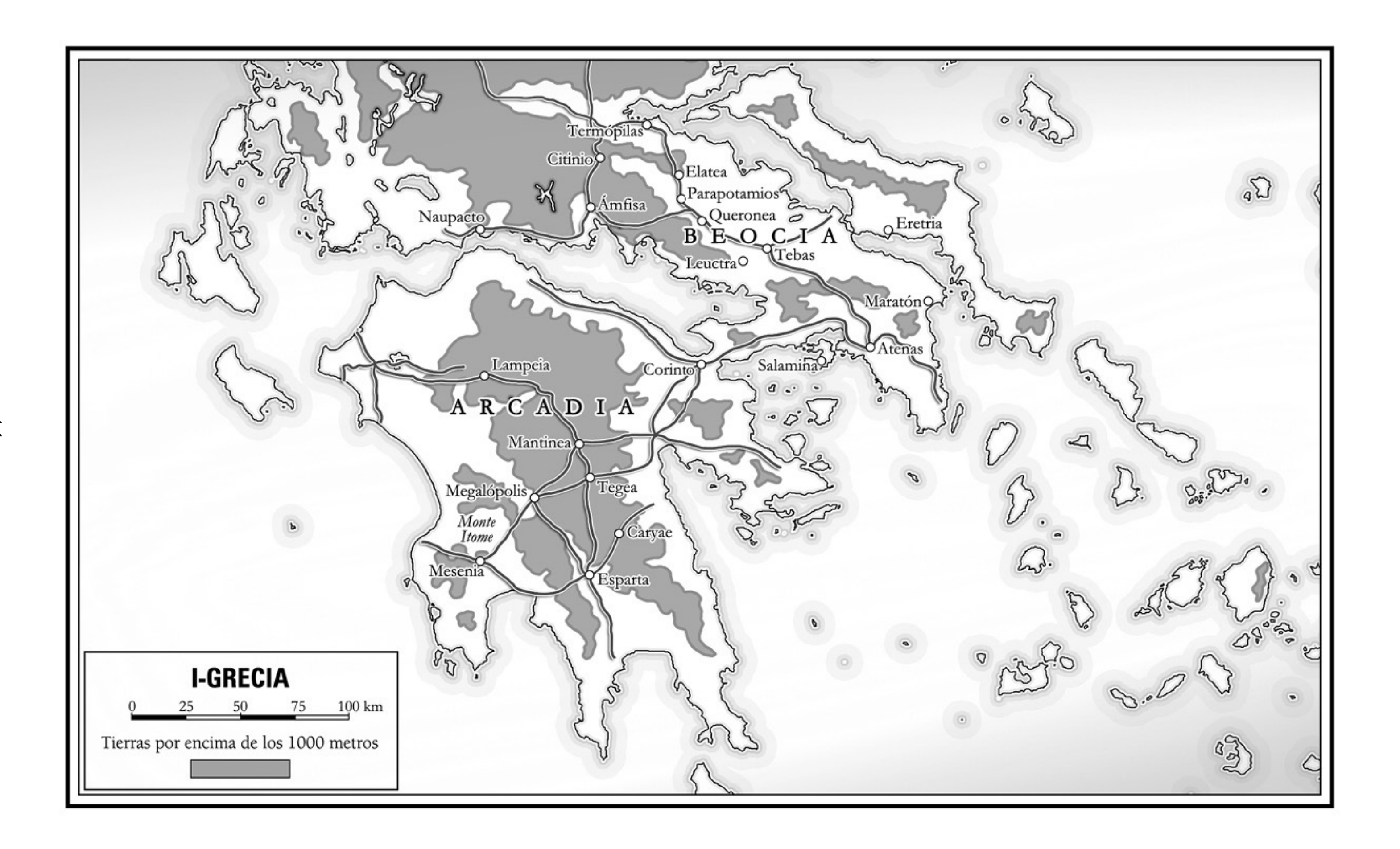
En la primera fase, Esparta y sus aliados intentaron una invasión directa del Ática, la cual se vio truncada por la política bélica de Pericles, basada en el rechazo del enfrentamiento terrestre y favorable a servirse de la superioridad naval ateniense para realizar incursiones devastadoras que debilitasen la moral del enemigo.

Aunque hablar de una «estrategia pericleana» resulte tan familiar como hacerlo de la «estrategia fabiana» en una era posterior, creo que es un término que limita y tergiversa la relevancia del rumbo que siguió aquella guerra. Para trasladar las ideas con claridad, es esencial utilizar una nomenclatura correcta y el término «estrategia» es mejor confinarlo a su significado literal, a saber, 'el don de mando del general' —es decir, el arte, propiamente, de dirigir las operaciones militares—, para distinguirlo de la política que gobierna su puesta en práctica y que la combina con otras armas, como puedan ser las económicas, políticas y psicológicas. La aplicación de dicha política es una estrategia de más alto nivel para la cual se ha acuñado la expresión «gran estrategia».

En contraste con una estrategia de aproximación indirecta que busque descolocar al enemigo, desequilibrarlo y dar un golpe decisivo, el plan pericleano era una gran estrategia que tenía como objetivo minar gradualmente la entereza del enemigo para convencerlo de que no podía decidir la batalla. Desafortunadamente, Atenas sufrió el azote de una devastadora epidemia que decantó la balanza a favor de su enemigo en esta campaña de desgaste moral y económico.

Así pues, en 426 a.C., la estrategia de Pericles fue reemplazada por la estrategia ofensiva directa de Cleón y Demóstenes, que resultó más costosa y no obtuvo mejores resultados, a pesar de conseguir un puñado de brillantes victorias tácticas. Entonces, a comienzos del invierno de 424, Brásidas, el más hábil de los soldados espartanos, dinamitó toda la ventaja que con tanto esfuerzo había acumulado Atenas. Y lo hizo con un movimiento estratégico dirigido contra la raíz del poder de su enemigo, en lugar de hacerlo contra el tronco. Rodeó Atenas y marchó raudo hacia el norte, atravesando Grecia, para atacar los dominios atenienses en la península Calcídica, apodada muy acertadamente como «el talón de Aquiles del Imperio ateniense». Brásidas supo combinar la fuerza militar con un compromiso de libertad y protección a todas las ciudades que se alzaran contra Atenas, haciendo temblar los cimientos de los dominios atenienses y atrayendo los ejércitos de esta hacia allí. En Anfípolis sufrieron una derrota desastrosa. Y aunque el propio Brásidas cayó en el momento de la victoria, Atenas se alegró de poder firmar una paz con Esparta, aun en condiciones desfavorables.

En los años de falsa paz inmediatamente posteriores, varias expediciones atenienses fracasaron repetidamente en el intento de recuperar el dominio sobre la Calcídica. Entonces, como último recurso ofensivo, Atenas lanzó una expedición contra Siracusa, la llave de Sicilia, la fuente de suministros alimenticios vía marítima de Esparta y, en general, de todo el Peloponeso. En tanto que gran estrategia de aproximación indirecta tuvo el defecto de atacar a los asociados comerciales del enemigo, y no a sus verdaderos aliados, con lo que, en lugar de dispersar las fuerzas rivales, consiguió sumarles nuevos partidarios.


Termópilas
Citinio
Elatea
Parapotamios
Ámfisa
Queronea
Naupacto
B E O C I A
Eretria
Tebas
Leuctra
Maratón
Atenas
Salamina
Corinto
Lampeia
A R C A D I A
Mantinea
Tegea
Megalópolis
Monte Itome
Caryae
Mesenia
Esparta
I-GRECIA
0
25
50
75
100 km
Tierras por encima de los 1000 metros

Con todo, los resultados morales y económicos de una victoria bien podrían haber decantado la guerra a su favor, pero una concatenación sin precedentes de errores en la ejecución lo impidió. Alcibíades, responsable del plan, fue víctima de una confabulación por parte de sus adversarios políticos, acusado de sacrilegio y relegado del mando, pero él, en lugar de regresar, someterse a juicio y afrontar una pena de muerte segura, huyó a Esparta y allí informó al adversario sobre cómo frustrar su propio plan. Nicias, tenaz opositor a dicho plan, lo sustituyó en el mando para llevarlo a cabo y lo echó a perder con su obstinada terquedad.

Perdido su ejército en Siracusa, Atenas salvó su ciudad gracias a la flota, y en los nueve años de batallas navales subsiguientes estuvo cerca no solo de firmar una paz ventajosa, sino también de restaurar su imperio. Este panorama fue truncado dramáticamente, sin embargo, por el almirante espartano Lisandro en 405 a.C. Según la *Cambridge Ancient History*, «el planteamiento de su campaña (...) se basaba en evitar el enfrentamiento y arrinconar a los atenienses atacando su imperio en los puntos más vulnerables...». La primera afirmación difícilmente puede considerarse acertada, puesto que su plan no consistía en evitar la batalla, sino más bien en abordarla de manera indirecta, con el fin de procurarse una oportunidad cuando y donde tuviese todas las de ganar. Valiéndose de diestros y desconcertantes cambios de rumbo, alcanzó la entrada de los Dardanelos, donde quedó al acecho de los barcos pónticos que se dirigían a Atenas cargados de grano. «Puesto que las provisiones de grano eran vitales para Atenas», los comandantes atenienses «acudieron prestos a salvaguardarlas con la totalidad de su flota de ciento ochenta barcos». Durante cuatro días seguidos trataron en vano de que Lisandro entrara en batalla, mientras que este hizo todo lo posible por hacerles creer que lo tenían acorralado. De este

modo, en lugar de retirarse al puerto seguro de Sestos para el reavituallamiento, la flota ateniense permaneció en las aguas abiertas del estrecho, frente a él, a la altura de la desembocadura del Egospótamos. Llegado el quinto día, cuando la mayoría de las tripulaciones se habían acercado a tierra a por provisiones, de repente Lisandro partió con su flota, capturó prácticamente a la totalidad de los barcos atenienses sin entablar combate y «en cuestión de una hora puso fin a la más larga de las guerras».

En estos veintisiete años de tira y afloja en los que fracasaron uno tras otro multitud de ataques de aproximación directa, y generalmente en detrimento del atacante, la balanza se decantó finalmente en contra de Atenas gracias al movimiento de Brásidas contra la «raíz» de su poder en la Calcídica. Las expectativas de recuperarse no estuvieron mejor fundadas que cuando Alcibíades ideó su ataque de aproximación indirecta —en el plano de la gran estrategia— a la raíz económica de Esparta en Sicilia. Y el golpe de gracia llegó, después de otros diez años de guerra, con una aproximación indirecta táctica en el mar, la cual fue a su vez la secuela de una novedosa aproximación indirecta en el marco de la gran estrategia. Y es que hay que tener en cuenta que la oportunidad se creó al amenazar las vías «nacionales» de comunicación de los atenienses. Al escoger un objetivo económico, Lisandro podía contar al menos con la posibilidad de agotar sus fuerzas; mediante la exasperación y el temor que generó con esta táctica fue capaz de procurarse las condiciones favorables para ejecutar un ataque sorpresa y, de este modo, conseguir una rápida y decisiva victoria militar.

La fase inmediatamente posterior a la caída del Imperio ateniense en la historia de Grecia es el ascenso al poder de

Esparta. Por tanto, la siguiente pregunta que tenemos que hacernos es ¿cuál fue el factor decisivo que puso fin a la preponderancia de Esparta? La respuesta es que fue un hombre, y su contribución a la ciencia y el arte de la guerra. En los años inmediatamente anteriores al ascenso al poder de Epaminondas, Tebas se había liberado del dominio de Esparta valiéndose de la táctica que más tarde se bautizaría como estrategia fabiana y que consistía en negarse a entrar en batalla —una gran estrategia de aproximación indirecta, pero meramente evasiva—, mientras los ejércitos espartanos avanzaban por Beocia sin hallar oposición alguna. Con esta táctica, Tebas ganó tiempo para reunir un cuerpo de élite profesional, el célebre Batallón Sagrado, que luego ocuparía la vanguardia de su ejército. Pero no solo eso, también le proporcionó el tiempo y la oportunidad para que se instalara la indiferencia entre sus enemigos y para que Atenas, aliviada así de la amenaza por tierra, concentrase sus energías y recursos humanos en la renovación de su flota.

En 374 a.C., la confederación marítima ateniense, que incorporaba a Tebas, consiguió firmar con Esparta una paz ventajosa. Esta no tardó en romperse debido a una incursión marítima de los atenienses, pero tres años más tarde, cansada Atenas de la guerra, volvió a establecerse un armisticio. Durante las negociaciones, Esparta recuperó buena parte de lo que había perdido en el campo de batalla y consiguió aislar a Tebas de sus aliados. Hecho esto, Esparta aprovechó la situación para volverse contra Tebas y aplastarla. Sin embargo, cuando en 371 a.C. inició su incursión en Beocia, su ejército, hasta entonces superior tanto cualitativa como numéricamente (diez mil soldados frente a los seis mil de los espartanos), fue derrotado con contundencia en Leuctra por el nuevo y modélico ejército tebano al mando de Epaminondas.

Este no solo rompió con las tácticas militares consagradas tras siglos de experiencia, sino que estableció los cimientos tácticos, estratégicos y de gran estrategia sobre los que se basarían los grandes estrategas posteriores. Incluso la estructuración de sus formaciones ha sobrevivido o ha sido recuperada. Y es que, en lo que a táctica se refiere, el «orden oblicuo» que Federico II hizo tan famoso no era más que una forma ligeramente desarrollada del método empleado por Epaminondas. En Leuctra, el general tebano situó, al contrario de lo acostumbrado, no solo a sus mejores hombres, sino al grueso de estos, en el ala izquierda y luego, mientras mantenía replegados el centro y el ala derecha más débiles de su ejército, aprovechaba la aplastante superioridad del ala izquierda contra uno de los flancos del enemigo: aquel en el que se encontraba apostado su general y que, por tanto, era clave para sus movimientos.

Un año después de la victoria de Leuctra, Epaminondas lideró los ejércitos de la recién fundada Liga de la Arcadia en una marcha sobre la mismísima Esparta. Esta incursión en el corazón mismo de la península del Peloponeso, hasta entonces dominio incontestable de Esparta, se caracterizó por la naturaleza múltiple de su aproximación indirecta. Se ejecutó en pleno invierno y con tres columnas separadas, aunque convergentes, con lo que se consiguió dispersar al ejército enemigo y su línea de ataque. Solo por esto ya puede considerarse una táctica única en la Antigüedad e, incluso, en la historia militar anterior a Napoleón. Pero haciendo alarde de una visión estratégica más profunda si cabe, Epaminondas, tras la reunificación de su ejército en Carias, a poco más de treinta kilómetros de Esparta, rodeó la capital y avanzó sobre ella desde la retaguardia. Una maniobra calculada y con una ventaja adicional, puesto que permitía al invasor sumar a sus filas un número considerable de ilotas y de otros elementos

desafectos a Esparta. Con todo, los espartanos consiguieron detener esta peligrosa amenaza interna prometiendo en el último momento a aquellas poblaciones su emancipación, a lo que se sumó la llegada a tiempo a Esparta de importantes refuerzos de parte de sus aliados del Peloponeso, con lo que frustraron la oportunidad de que la ciudad capitulara, soslayando un largo asedio.

Epaminondas cayó enseguida en la cuenta de que no conseguiría que los espartanos abandonasen la ciudad para luchar a campo abierto y que el asedio no haría sino desgastar los contingentes de su heterogéneo ejército. Así pues, desechó su primera estrategia, ya desarmada, y optó por otra mucho más sutil: una gran estrategia de aproximación indirecta. A tal efecto, fundó en el monte Itome, fortaleza natural de Mesenia, una ciudad como capital de un nuevo estado mesenio, estableció allí a todos los insurgentes que se habían unido a su ejército y destinó el botín que había amasado durante la invasión al desarrollo del nuevo estado. De esta forma contrarrestaba el dominio de Esparta en el sur de Grecia, que ahora perdía la mitad de su territorio y más de la mitad de sus siervos. No contento con ello, Epaminondas fundó también la ciudad de Megalópolis, en Arcadia, y con este nuevo contrapeso cercó a Esparta no solo políticamente, sino también militarmente mediante una cadena de fortalezas, quedando cercenadas así las raíces económicas de su supremacía militar. Cuando, tras solo unos pocos meses de campaña, Epaminondas abandonó el Peloponeso, no había obtenido una sola victoria en el campo de batalla, pero su gran estrategia había trastocado de forma irremediable los cimientos del poder espartano.

No obstante, los políticos tebanos habrían preferido un éxito militar arrollador y, decepcionados, relevaron a Epaminondas del mando. A pesar de tratarse de una medida tem-

poral, la democracia tebana consiguió echar por tierra la ventaja cosechada mediante la aplicación de una política corta de miras y una diplomacia funesta. En una clara muestra de ingratitud y de creciente engreimiento y ambición, sus aliados arcadios aprovecharon esta oportunidad para cuestionar el dominio tebano. Y en 362 a.C., Tebas no tuvo otro remedio que escoger entre restablecer su autoridad por la fuerza o bien sacrificar su prestigio. La demostración de fuerza contra Arcadia dividió de nuevo a los estados griegos en dos coaliciones enfrentadas. Por fortuna, Tebas no contaba únicamente con los servicios de Epaminondas, sino también con los frutos de su gran estrategia, ya que Mesenia y Megalópolis contribuyeron ahora no solo a frenar a Esparta, sino a inclinar la balanza del lado de Tebas.

Al internarse en el Peloponeso, aunó fuerzas con sus aliados peloponesios en Tegea, situándose así entre los ejércitos de Esparta y los de los otros estados contrarios a Tebas, que se habían concentrado en Mantinea. Los espartanos dieron un rodeo para reunirse con sus aliados, maniobra que Epaminondas aprovechó para, con una columna móvil, lanzar un ataque sorpresa nocturno a la capital espartana, del cual podía haber salido victorioso de no ser porque un desertor avisó a los espartanos a tiempo de que estos pudieran retroceder sobre sus pasos y regresar a Esparta. Epaminondas decidió entonces buscar la victoria entablando combate y avanzó desde Tegea hacia Mantinea, situada a unos veinte kilómetros, por un valle que se estrechaba en el centro. Mientras, el enemigo se hizo fuerte en esa zona angosta, que tenía aproximadamente un kilómetro y medio de anchura.

El avance de Epaminondas está a medio camino entre la estrategia y la táctica, pero este es un caso en el que esa división arbitraria resulta ficticia, sobre todo teniendo en cuenta que su victoria en Mantinea la propició su decisión de apro-

ximarse de forma indirecta al enemigo. En un primer momento, marchó de frente hacia la posición enemiga, lo que obligó a los espartanos a adoptar una formación de batalla de cara a su línea de avance: la línea natural de expectativa. Pero, encontrándose a escasos kilómetros de su objetivo, Epaminondas se desvió bruscamente a la izquierda, al amparo de un saliente de roca. Con esta maniobra inusitada hizo pensar al enemigo que pretendía atacarle de flanco, contra el ala derecha, y para descolocarlo todavía más se detuvo y ordenó a sus hombres que depositaran las armas, como si tuvieran intención de acampar. El engaño surtió efecto; el enemigo rompió filas y desbridó a los caballos. Entretanto, lo que realmente hacía Epaminondas era ultimar el orden de batalla —semejante al de Leuctra, aunque con ciertas mejoras— detrás de una columna de tropas ligeras. Entonces, a su señal, el ejército tebano recogió sus armas y avanzó raudo de frente para lograr una victoria que se había asegurado con antelación al descolocar al enemigo. Epaminondas cayó en el momento de la victoria y con su muerte brindó otra importante lección a las generaciones venideras, demostrando de forma excepcionalmente dramática y convincente que un ejército y un Estado sucumben rápidamente si su cerebro se ve paralizado.

La siguiente campaña decisiva es la que, justamente veinte años después, otorgó a Macedonia la supremacía sobre Grecia. De especial relevancia debido a su trascendental resultado, esta campaña de 338 a.C. constituye un ejemplo esclarecedor de cómo la política y la estrategia pueden ayudarse mutuamente, y también de cómo la estrategia tiene la capacidad de transformar un obstáculo topográfico desfavorable en un elemento ventajoso. En esta ocasión, el contendiente, aunque griego, era un «forastero», mientras que Tebas y Atenas ha-

bían unido fuerzas para formar una Liga Panhelénica con el fin de hacer frente al creciente poder de Macedonia y para lo que consiguieron, incluso, el apoyo extranjero de un rey persa —lo que, por cierto, dice mucho de la historia y de la naturaleza humana—. Una vez más, fue el contendiente el que supo captar el valor de la aproximación indirecta. Incluso el pretexto de Filipo II de Macedonia para asegurarse su supremacía fue indirecto, puesto que su presencia obedecía meramente a una invitación por parte del consejo de los anfictiones para que les ayudara a castigar a Anfisa, en la Beocia occidental, acusada de un crimen de sacrilegio. Es probable que el propio Filipo indujera al consejo a hacerle esta invitación que, si bien unía a Tebas y a Atenas en su contra, le garantizaba al menos la neutralidad benévola de otros estados.

Después de haber avanzado Filipo hacia el sur, al llegar a Citinio se desvió bruscamente de la ruta hacia Anfisa —la línea natural de expectativa— y en su lugar ocupó y fortificó Elatea. Ese primer cambio de dirección sería un presagio de sus ambiciosos objetivos políticos, y al mismo tiempo sugiere un trasfondo estratégico que los eventos confirmarían después. La alianza de tebanos y beocios bloqueaba los pasos al interior de Beocia, tanto por la ruta occidental entre Citinio y Anfisa, como el desfiladero de Parapotamos, al este, que separaba Elatea de Queronea. La primera ruta se asemejaría al trazo vertical de una L, siendo la de Citinio a Elatea el trazo horizontal, y la prolongación por el desfiladero hasta Queronea vendría a ser el remate levantado de este último trazo.

Antes de emprender ninguna otra maniobra militar, Filipo tomó una serie de originales medidas para debilitar al enemigo tanto desde el punto de vista político, favoreciendo la restauración de las comunidades focias que con anterioridad habían sido disgregadas por los tebanos, como moralmente, al conseguir el control del oráculo de Delfos.

Entonces, en la primavera de 338 a.C., se lanzó al ataque, no sin antes haberse despejado el camino mediante una estratagema. Una vez ocupada Elatea y atraída la atención del enemigo hacia la ruta oriental —ahora convertida en la línea natural de expectativa—, Filipo volvió a distraer el interés táctico de su rival hacia la ruta occidental haciendo que fuera a caer en sus manos una misiva en la que anunciaba su regreso a Tracia. Hecho esto, partió raudo desde Citinio, atravesó el paso por la noche y emergió con su ejército en Beocia occidental a la altura de Anfisa. Sin dejar de avanzar, alcanzó Naupacto, consiguiendo de este modo establecer vías de comunicación marítimas.

Llegado a este punto, Filipo se encontraba a la retaguardia, si bien a bastante distancia, de los defensores del paso oriental, quienes, dada la situación, se replegaron del desfiladero de Parapotamos —ya que, de no hacerlo, se arriesgaban a que Filipo les cerrara las vías de retirada, y también porque su posición allí parecía haber perdido toda razón de ser—. Filipo, sin embargo, volvió a desviarse de la línea natural de expectativa y ejecutó incluso otra aproximación indirecta. De tal forma que, en lugar de avanzar hacia el este desde Anfisa por un terreno escarpado que habría favorecido al rival, marchó con su ejército de nuevo hacia Citinio y Elatea, se dirigió hacia el sur por el desfiladero de Parapotamos, ahora desprotegido, y se abalanzó sobre el enemigo en Queronea. Esta maniobra le colocaba en una situación muy aventajada para hacerse con la victoria en la batalla que siguió, ventaja que completó con sus sutiles tácticas. Engañó a los atenienses cediéndoles terreno y, al abandonar aquellos sus posiciones y descender hacia la llanura, rompió sus filas con un contraataque. Como resultado de la victoria de Queronea, Macedonia estableció su supremacía en Grecia.

El destino quiso, no obstante, segar la vida de Filipo antes de que pudiera extender a Asia sus conquistas, y quedó en manos de su hijo dirigir la campaña que él tenía planeada. Alejandro heredó no solo un plan y un instrumento modélico —el ejército desarrollado por Filipo[4]—, sino una forma de concebir la gran estrategia. A ello se sumaría aún otro legado de gran valor material: el dominio sobre las cabezas de puente de los Dardanelos, tomados bajo el mando de Filipo en el 336 a.C.

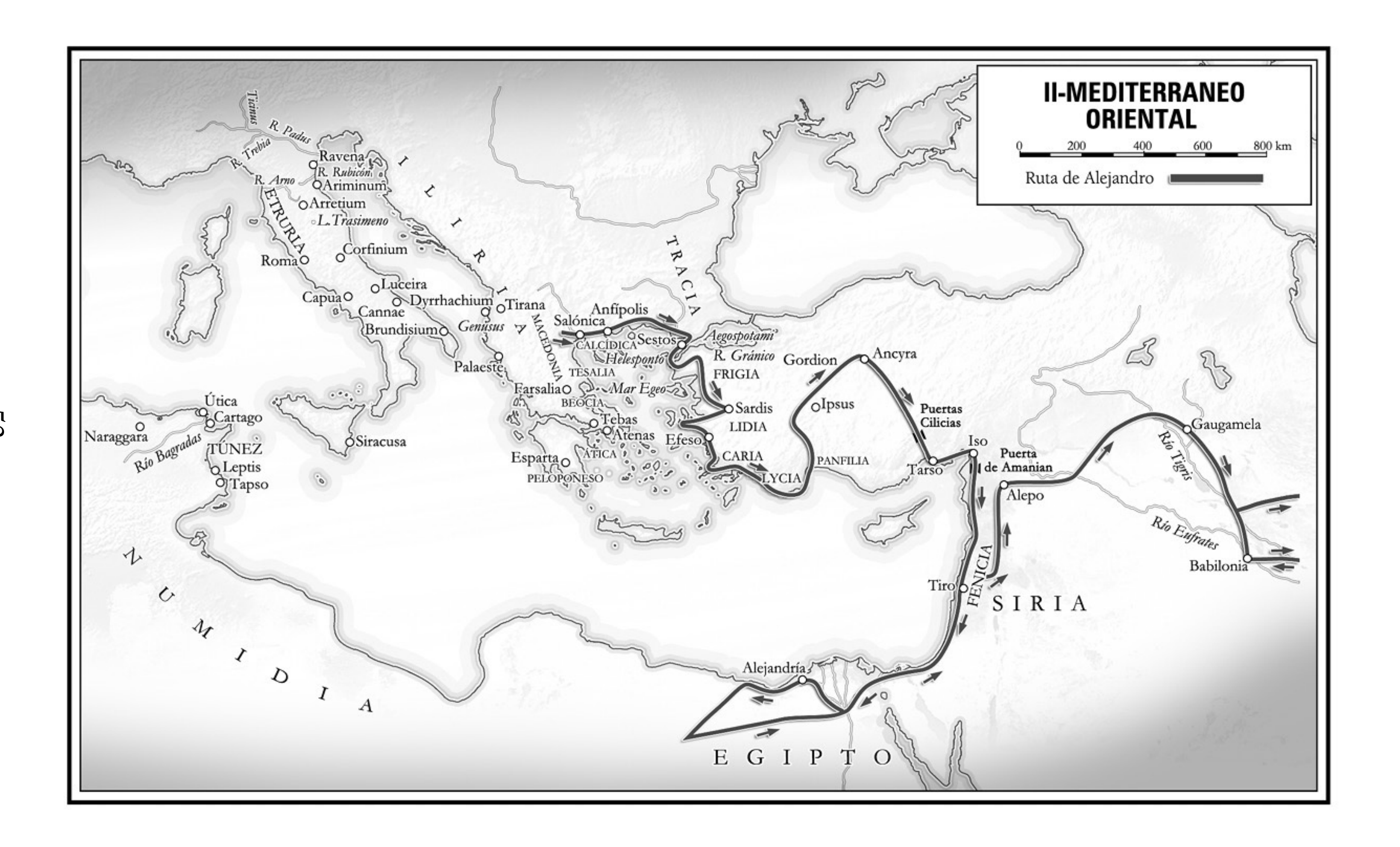
Si estudiamos el avance de Alejandro sobre un mapa, salta a la vista que lo hizo trazando una serie de zigzags, movimientos indirectos que, analizados históricamente, se diría que obedecen antes a razones políticas que estratégicas, si bien entendiendo el término «políticas» en el ámbito de la gran estrategia.

En sus primeras campañas, Alejandro recurrió a una estrategia logística directa y carente de sutilezas. En apariencia, esto podría deberse a que, para empezar, el joven, criado para la realeza y el triunfo, tenía más de héroe homérico que cualesquiera de los otros grandes generales de la historia[5]; pero también, y lo que es más importante quizás, a que tenía tanta confianza, justificadamente, en la superioridad de su instrumento de guerra y en su propia capacidad de manejarlo en la batalla que no sintió la necesidad de descolocar de manera anticipada el equilibrio estratégico de sus adversarios. Sus lecciones para la posteridad las obtenemos de ambos lados, la gran estrategia y la táctica.

Partiendo de la orilla oriental de los Dardanelos en la primavera de 334 a.C., Alejandro puso rumbo al sur y derrotó a la fuerza persa de cobertura del río Gránico. En la batalla, el enemigo se vio superado en número e ímpetu por la caballería de lanceros de Alejandro, pero fue lo bastante perspicaz para darse cuenta de que, si concentraban sus fuerzas contra

el osado general y lo mataban, frenarían la invasión de raíz. Y poco les faltó para conseguirlo.

A continuación, Alejandro se dirigió hacia el sur para atacar Sardes, centro económico y político del reino de Lidia, y desde allí, rumbo oeste, hasta Éfeso, restaurando en ambas ciudades griegas el Gobierno y derechos democráticos de los que habían sido desposeídas para de esta forma ponerlas de su lado y reforzar su retaguardia con la menor inversión de hombres posible.


II-MEDITERRANEO ORIENTAL
0 200 400 600 800 km
Ruta de Alejandro
Ticinus
R. Padus
R. Trebia
R. Arno
Ravena
R. Rubicón
Ariminum
Arretium
L. Trasimeno
ETRURIA
Roma
Corfinium
Capua
Luceira
Cannae
Brundisium
Dyrrhachium
Genusus
Tirana
I L I R I A
Palaeste
Salónica
Anfípolis
MACEDONIA
CALCÍDICA
Sestos
TRACIA
Aegospotami
R. Gránico
Helesponto
TESALIA
FRIGIA
Farsalia
Mar Egeo
BEOCIA
Sardis
Tebas
Atenas
LIDIA
Efeso
ÁTICA
Esparta
PELOPONESO
CARIA
LYCIA
PANFILIA
Gordion
Ipsus
Ancyra
Puertas Cilicias
Tarso
Iso
Puerta de Amanian
Alepo
Gaugamela
Río Tigris
Río Eufrates
Babilonia
Tiro
FENICIA
SIRIA
Alejandría
EGIPTO
Útica
Cartago
Naraggara
Río Bagradas
TÚNEZ
Leptis
Tapso
Siracusa
N U M I D I A

Una vez de regreso en la costa del Egeo, se abrió camino por el litoral en dirección sur y luego hacia el este a través de Caria, Licia y Panfilia. El objetivo de esta maniobra era menguar el dominio marítimo de la flota persa, descolocándola, puesto que, al privarla de sus bases portuarias limitaba mucho sus movimientos. Al mismo tiempo, la liberación de estos puertos evitaba que el enemigo pudiera seguir nutriéndose de la mano de obra de la que estos lo abastecían.

Más allá de Panfilia, el resto del litoral de Asia Menor estaba prácticamente vacío de puertos, de modo que Alejandro reemprendió la marcha hacia el norte, hasta Frigia, y hacia Oriente, hasta Ancira (la moderna Ankara), consolidando así su dominio sobre Asia Menor central, a la vez que aseguraba la retaguardia. Entonces, en 333 a.C., se dirigió hacia el sur, a través de las Puertas Cilicias y por la ruta más directa hacia Siria, donde Darío III concentraba sus ejércitos para detener su avance. Aquí el rey persa fue más hábil que Alejandro, quien, llevado a error por un fallo de su servicio de inteligencia y también por presuponer que los persas lo aguardarían en las llanuras, lanzó un ataque directo, mientras que Darío ejecutaba una maniobra indirecta y, tras remontar el Éufrates y cruzar las Puertas Amánicas, se plantó en la retaguardia del macedonio. Alejandro, que tanto se había esforzado por asegurar su cadena de bases, se encontró de pronto aislado de ellas. No obstante, retrocedió y acabó con su aislamiento venciendo en la batalla de Issos gracias a sus mejores tácticas y a la superioridad de su instrumento táctico, y es que no ha habido ningún gran general que haya sabido aprovechar mejor el factor sorpresa de la aproximación indirecta en sus tácticas.

Prosiguió entonces Alejandro tomando de nuevo una ruta indirecta, a saber, avanzó hacia el sur por la costa de Siria en lugar de dirigirse directamente hacia Babilonia, corazón del

poder persa. Una decisión que obedecía, sin duda, a una gran estrategia, puesto que, aunque había desequilibrado el dominio marítimo persa, ni mucho menos lo había destruido aún y la pervivencia de la flota persa suponía una amenaza constante a su retaguardia, por no hablar de que la situación en Grecia, y en Atenas concretamente, era bastante inestable. La invasión de Fenicia acabó de desbaratar la armada persa, puesto que a estas alturas estaba compuesta en su mayor parte por la flota fenicia, que ahora se pasó al bando macedonio, con excepción de la flota tiria, que se resistió hasta la caída de Tiro. Así y todo, siguió Alejandro avanzando hacia el sur para tomar Egipto, una maniobra que desde el punto de vista de la estrategia naval resulta del todo inexplicable salvo en cuanto medida de precaución adicional. No obstante, es todavía más incomprensible si se tiene en cuenta que su objetivo político era ocupar el Imperio persa y, así, consolidar el suyo propio. Pero, en este sentido, Egipto constituía un inmenso activo económico.

Por fin, en 331 a.C., marchó hacia el norte de nuevo y conquistó Alepo, desde donde se dirigió hacia el este, cruzó el Éufrates y se abrió paso hasta el curso superior del Tigris. Aquí, en las proximidades de Nínive (la moderna Mosul), Darío había reunido un nuevo y numeroso ejército. Alejandro estaba ansioso por entrar en combate, pero su aproximación fue indirecta. Cruzó el Tigris aguas arriba y descendió por la orilla oriental, obligando a Darío a cambiar de posición. Una vez entablada la batalla, en Gaugamela (si bien se la conoce popularmente como la batalla de Arbela, que era la ciudad más próxima, a pesar de hallarse a casi cien kilómetros de distancia), Alejandro y sus tropas demostraron su total superioridad frente a un ejército que vendría a ser el menor de los obstáculos que el macedonio tendría que superar para al-

canzar su gran objetivo estratégico. Babilonia fue la siguiente en caer.

Las siguientes campañas de Alejandro, hasta alcanzar las fronteras de la India, fueron una suerte de «barrido» del Imperio persa y de consolidación de su propio poder político. Venció la resistencia en el desfiladero de Oxiana y en las Puertas Persas, mediante sendas estrategias de aproximación indirecta, y cuando Poros salió a su encuentro en el río Hidaspes, ejecutó una maniobra indirecta magistral con la que evidenció la maduración de su capacidad estratégica. Primero, se aprovisionó de grano en abundancia y distribuyó a su ejército a lo largo de una extensa sección de la orilla oeste, dos medidas que desconcertaron al enemigo y velaron sus intenciones. Luego, ordenó a su caballería que realizara una serie de ruidosas fintas y contrafintas con las que mantuvo en ascuas a Poros primero, y cuya repetición acabó por embotar su capacidad de reacción. De este modo consiguió fijar a Poros en una posición definida y estática y, dejando al grueso de sus tropas frente a él, marchó con un reducido y selecto contingente y vadeó el río por la noche, treinta kilómetros curso arriba. Valiéndose del efecto sorpresa de esta aproximación indirecta, Alejandro asestó un golpe psicológico a Poros y quebró el equilibrio físico y la moral de su ejército. En la batalla que siguió, el general macedonio pudo así derrotar a la práctica totalidad del ejército enemigo con tan solo una pequeña parte del suyo. Ese primer golpe desestabilizador fue decisivo, porque ninguna teoría ni práctica militar podía justificar una maniobra semejante, a saber, que Alejandro expusiese a una fracción aislada de su ejército al riesgo de ser aplastada por el enemigo.

En las largas guerras de los Diádocos —o «sucesores»— que estallaron después de la muerte de Alejandro y que desmembraron su imperio, hay numerosos ejemplos de aproximación indirecta que demuestran lo valioso que resulta su empleo. Los generales de Alejandro eran hombres mucho más hábiles que los mariscales de Napoleón, y su experiencia en el campo de batalla hizo que comprendieran y tuvieran muy en cuenta la importancia de la economía de fuerzas. Si bien muchas de sus maniobras merecen ser estudiadas en profundidad, el análisis que nos ocupa se restringe a las campañas militares más decisivas de la historia de la Antigüedad, y de entre todas las guerras de los Diádocos, solo la última, acaecida en 301 a.C., puede calificarse como tal. Su carácter decisivo difícilmente puede discutirse, puesto que, como afirma con acierto la *Cambridge Ancient History*, fue esta «la que puso fin al enfrentamiento entre el poder central y las dinastías contendientes» e «hizo inevitable el desmembramiento del mundo grecomacedonio».

Para el año 302 a.C., Antígono, que reclamaba para sí el puesto de Alejandro, estaba por fin en posición de lograr su objetivo y hacerse con el imperio. Expandiéndose desde su satrapía de Frigia había avanzado con su ejército y se había hecho con el control de Asia desde el Egeo hasta el Éufrates. En el bando opuesto, Seleuco había conseguido resistir en Babilonia, aunque no sin dificultad; a Ptolomeo solo le quedaba Egipto; Lisímaco disfrutaba de una posición más segura en Tracia; pero Casandro, el más formidable de los generales rivales y el principal escollo que debía salvar Antígono para hacer su sueño realidad, había sido expulsado de Grecia por el hijo de este, Demetrio, al que podría considerarse un segundo Alejandro a la luz de sus muchas dotes. A la invitación de rendirse sin condiciones, Casandro respondió con un magistral golpe estratégico. Montó una conferencia con Lisan-

dro y allí trazaron su plan, para el que solicitaron la ayuda de Ptolomeo, quien a su vez contactó con Seleuco valiéndose de una serie de mensajeros que cruzaron el desierto árabe.

Casandro se quedó solo con aproximadamente treinta y un mil hombres para defender Tesalia de la invasión de Demetrio —quien según las crónicas contaba con cincuenta y siete mil soldados— y puso el resto de su ejército a disposición de Lisímaco. Este último cruzó los Dardanelos en dirección este, mientras que Seleuco avanzó rumbo oeste, hacia Asia Menor, con un ejército al que sumó quinientos elefantes de guerra de la India. Ptolomeo marchó hacia el norte y se internó en Siria, pero al recibir una falsa misiva en la que se le anunciaba la derrota de Lisímaco, regresó a Egipto. No obstante, el avance convergente de los otros dos ejércitos hacia el corazón de su imperio obligó a Antígono a requerir la ayuda urgente de Demetrio, quien en ese momento se encontraba en Tesalia, donde Casandro había conseguido mantenerle a raya hasta que la maniobra indirecta contra su retaguardia estratégica en Asia Menor le obligó a retroceder —una estrategia muy similar a la que más tarde emplearía Escipión y que forzaría a Aníbal a regresar a África—.

En la batalla de Ipso, en Frigia, la estrategia de Casandro fue consumada por la decisiva victoria táctica de su aliado, que culminó con la muerte de Antígono y la huida de Demetrio. Hay que hacer notar que, en esta contienda, los elefantes de guerra fueron el instrumento decisivo, y que las tácticas empleadas por los vencedores, con mucho acierto, fueron en su mayor parte indirectas. Después de que la caballería saliera de escena con Demetrio a la zaga, los elefantes le cortaron la retaguardia, impidiendo su regreso. Pero ni siquiera entonces atacó Lisímaco a la infantería de Antígono, sino que se limitó a desmoralizarla amenazando con lanzarse contra ella en cualquier momento y sometiéndola a una constante lluvia de

flechas hasta que se desmoronó. Entonces Seleuco remató la jugada, lanzando un certero ataque contra la posición que ocupaba Antígono en persona.

Al principio de la campaña, la balanza se inclinaba claramente del lado de Antígono. Rara vez en la historia se ha producido un cambio de fortuna tan radical y se puede afirmar con rotundidad que fue el plan de aproximación indirecta de Casandro el que lo propició. Su estrategia descolocó psicológicamente a Antígono, quebró la moral de sus tropas y de sus súbditos y desequilibró desde el punto de vista físico la disposición de sus contingentes militares.

3

Guerras romanas: Aníbal, Escipión y César

El siguiente conflicto con un resultado decisivo y que, además, afectaría a la historia de Europa, fue el conjunto de las tres guerras púnicas, que enfrentaron a Roma y Cartago; especialmente la segunda, con Aníbal como protagonista, constituyó el periodo más relevante, con una serie de campañas militares que resultaron decisivas a la hora de constituir un nuevo rumbo en el desarrollo del arte de la guerra.

La primera fase arranca con la marcha de Aníbal desde España hacia los Alpes e Italia en 218 a.C., y se diría que se cierra con la aplastante victoria de Trasimeno, en la primavera del año siguiente, que dejaba a Roma con sus murallas y su guarnición como única defensa contra el inminente avance de Aníbal, de haber decidido este ejecutarlo.

Es común argumentar que la decisión de Aníbal de aproximarse a Roma haciendo un largo y tortuoso rodeo por tierra en lugar de optar por la ruta directa por mar estuvo motivada por la supuesta «supremacía marítima romana». Sin embargo, resulta cuando menos arriesgado hablar de supremacía marítima en términos modernos y aplicarlos a una época en la que los barcos eran tan primitivos y tan discutible su capacidad de interceptar a un enemigo en mar abierto. De hecho, aparte de estas limitaciones, hay un pasaje en las *Historias* de Polibio (III, 97) que permite poner en duda dicha superioridad, pues, al referirse a los días en que tuvo lugar la batalla del Trasimeno, el historiador comenta la angustia que le pro-

duce al Senado romano la idea de que los cartagineses «pugnarían más por dominar el mar»[6]. Es más, incluso en las postrimerías de la guerra, después de que los romanos hubiesen cosechado varias victorias consecutivas en el mar, desposeído a la flota cartaginesa de todas sus bases portuarias en España y se hubiesen establecido en África, no pudieron impedir que Magón desembarcase con una fuerza expedicionaria en la costa de Génova o que Aníbal navegase tranquilamente de regreso a África. Por lo tanto, parece mucho más probable que la ruta terrestre de invasión de Aníbal tuviese como propósito sumar a su causa contra Roma a los celtas del norte de Italia.

Dicho esto, habría que añadir además el carácter indirecto de esta aproximación por tierra y la ventaja que le daría esta maniobra. Los romanos habían enviado al cónsul, Publio Cornelio Escipión (padre de Escipión el Africano) a Marsella con el fin de que detuviera el avance de Aníbal en el Ródano. Pero Aníbal no solo vadeó inesperadamente este caudaloso río cauce arriba, sino que a continuación prosiguió su marcha aún más hacia el norte para tomar la mucho más sinuosa y complicada ruta a través del valle del Isère en lugar de los caminos costeros, mucho más directos, pero también más fáciles de bloquear. En su crónica, Polibio cuenta que al llegar Escipión al vado del Ródano tres días después «comprobó que el adversario ya había partido y se maravilló a más no poder, ya que estaba persuadido de que jamás osaría efectuar la marcha hacia Italia por aquellos lugares [la ruta septentrional]»[7]. Escipión reaccionó con decisión y prontitud, dejó atrás a una parte de su ejército y regresó a Italia por mar a tiempo de interceptar a Aníbal en las llanuras de Lombardía. Pero el terreno le fue más propicio a Aníbal y a su caballería, superior a la del romano, de modo que a este enfrentamiento se sucedieron las victorias del Tesino y del Trebia, cu-

yo efecto devastador proporcionó a Aníbal nuevos reclutas y provisiones «en abundancia»[8].

Así, con el norte de Italia bajo su control, Aníbal invernó allí. A la llegada de la primavera, anticipándose al avance sin tregua de Aníbal, los nuevos cónsules reunieron a sus ejércitos y se dirigieron, respectivamente, a Arminium (Rímini), en la costa del Adriático, y a Arretium (Arezzo), en Etruria, con el fin de cubrir las rutas oriental y occidental por las que Aníbal podía avanzar hacia Roma. El cartaginés se decidió por la segunda, pero en lugar de seguir uno de los caminos normales, realizó una serie de pesquisas y «supo que las rutas que llevaban a tierra enemiga eran largas y familiares al adversario; en cambio, había un camino que, a través de las marismas, conducía a la Etruria. La marcha iba a ser penosa, pero breve, y, además, inesperada para Flaminio y los suyos. Como por su natural estas empresas le eran habituales, Aníbal determinó avanzar por esta ruta. Por el campamento corrió el rumor de que el general les iba a conducir por terrenos pantanosos, y todo el mundo mostró sus reservas…»[9].

Los soldados corrientes siempre prefieren lo conocido a lo desconocido. Aníbal era un general fuera de lo corriente y, por tanto, al igual que otros grandes generales, optó por afrontar las peligrosas *condiciones* antes que por la certeza de hacer frente al enemigo en una posición de su elección.

Durante cuatro días y tres noches marchó el ejército de Aníbal «a través del agua»[10], sufriendo terriblemente por la fatiga y la falta de sueño y soportando la pérdida de muchos hombres y aún más caballos. Pero al dejar atrás las marismas, se encontró con que el ejército romano seguía tranquilamente acampado en Arretium. Aníbal no se decantó por un ataque directo. En su lugar, tal y como nos cuenta Polibio en su crónica, «pensó que, si lograba rebasar el campamento romano y establecerse él mismo en el país que tenía a la vista, Flaminio,

recelando la burla de sus tropas, no podría contemplar con indiferencia que el país fuera devastado; herido en su orgullo, Flaminio estaría dispuesto a seguirle a cualquier lugar (…) [y] le daría muchas oportunidades de atacarle»[11].

A esta aplicación de la psicología a la maniobra contra la retaguardia del enemigo, basada en la indagación del carácter de su oponente, le siguió la ejecución física propiamente dicha. Así, marchó decidido por la carretera que conducía a Roma y, de este modo, tendió y logró la emboscada más sonada de la historia. Al alba del día siguiente, bajo una densa niebla, el ejército romano, que perseguía a Aníbal por las onduladas riberas del lago Trasimeno, cayó en la trampa al ser sorprendido por vanguardia y por la retaguardia, y fue aniquilado. Los lectores de crónicas, al rememorar esta victoria, son propensos a pasar por alto la maniobra psicológica que la hizo posible. Pero, en sus reflexiones, Polibio extrajo de ella la lección básica que esta nos enseña: «Si alguien priva a una nave de su timonel, toda la embarcación y sus hombres caerán en manos del enemigo: de la misma manera, si alguien en la guerra es capaz de manipular por previsión y cálculo al general enemigo, muchas veces logrará vencer totalmente, hombre por hombre, a sus oponentes»[12].

Por qué Aníbal no marchó directamente sobre Roma después de la victoria del Trasimeno es un misterio de la historia, y cualquier respuesta es pura especulación. Que fuera por la falta de armas adecuadas de asedio es una razón obvia, pero ni mucho menos lo explica todo. Lo que sí sabemos es que Aníbal dedicó los años inmediatamente posteriores a intentar romper los lazos que Roma mantenía con sus aliados y unirlos en una coalición en su contra. Sus victorias en el campo de batalla no serían más que una forma de elevar la moral de los suyos para la consecución de este fin. Aníbal sabía que sus tácticas militares le garantizarían la superioridad sobre el

enemigo siempre y cuando pudiese plantar batalla en condiciones que fueran favorables a su excepcional caballería.

Esta segunda fase la emprendería Roma con una forma de aproximación indirecta más propia del carácter griego que del romano y que, con el tiempo, ha acabado conociéndose bajo el nombre genérico de «estrategia fabiana», forma de aproximación muchas veces imitada, aunque en la mayor parte de ocasiones con escasa fortuna. La estrategia de Quinto Fabio Máximo no consistió solo en evitar el enfrentamiento para ganar tiempo, fue una maniobra calculada para causar estragos en la moral del enemigo y, aún más, en la de los potenciales aliados de este. Así, se trataba en esencia de una política de guerra o gran estrategia. Fabio era más que consciente de la superioridad militar de Aníbal y sabía que no podía arriesgarse a jugarse el todo por el todo en el campo de batalla. De modo que, a la vez que eludía entrar en combate, asestaba pequeños aguijonazos militares al invasor con el objeto de socavar su resistencia y, ya de paso, impedir que pudiera reabastecerse de hombres en las ciudades italianas o en su base de Cartago. La clave para llevar a efecto esta gran estrategia era que el ejército romano estuviese siempre posicionado en terreno elevado para que la decisiva superioridad de la caballería del cartaginés quedase anulada. Así fue como esta fase devino en un duelo entre dos formas de aproximación indirecta: la de Fabio y la de Aníbal.

Cerniéndose en todo momento sobre las posiciones rivales, interceptando a las partidas enemigas rezagadas o de avanzadilla, impidiendo que estableciesen bases permanentes, Fabio era como una sombra escurridiza que, desde el horizonte, emborronaba la fulgurante y triunfal marcha de Aníbal. Fue así como el romano, al permanecer inmune a la derrota, anuló el efecto que las anteriores victorias de su contrincante pudieran haber surtido en la mente de los aliados

italianos de Roma y evitó que estos cambiaran de bando. Esta suerte de guerra de guerrillas consiguió, además, levantar el ánimo de las tropas romanas y deprimir el de los cartagineses, quienes, después de haberse aventurado tan lejos de su patria, se daban perfecta cuenta de que necesitaban una victoria decisiva y temprana.

Pero la guerra de desgaste es un arma de doble filo que, aun blandida con destreza, pesa a quien la utiliza. Sobre todo, pone a prueba al pueblo, que ansía un final rápido y que tiende a dar por hecho que, con ella, acabará de un solo golpe y para siempre con el enemigo. Así pues, a medida que el pueblo romano iba recuperando la confianza perdida tras las impactantes victorias de Aníbal, crecía también su desconfianza hacia Fabio y el tratamiento que había hecho posible esa recuperación. Este cuestionamiento latente se vería avivado por exaltados y ambiciosos miembros del ejército, que acusaron a Fabio de encarar la situación «de manera floja y remisa»[13]. Las circunstancias propiciaron una decisión sin precedentes, nada menos que nombrar a Marco Minucio Rufo —lugarteniente y principal crítico de Fabio— como codictador. Aníbal aprovechó el entusiasmo combativo de este para tenderle una trampa que habría aniquilado el ejército de Minucio de no ser por la oportuna y rápida intervención de Fabio, que acudió en su ayuda y lo sacó del atolladero.

Este desenlace acalló durante un tiempo a quienes criticaban a Fabio, pero cuando, pasados seis meses, expiró su nombramiento como dictador, ni él ni su política de guerra gozaban de la popularidad suficiente como para prorrogar su mandato. Se celebraron, pues, elecciones consulares y uno de los dos cónsules electos fue el impetuoso e inexperto Cayo Terencio Varrón, quien con anterioridad había sido el artífice del nombramiento de Minucio. La cosa, sin embargo, no quedó ahí: el Senado aprobó una resolución por la que se

acordaba plantar batalla a Aníbal. La devastación que en ese momento sufría Italia constituía una razón de peso y la decisión fue refrendada en la práctica reuniendo para la campaña de 216 a.C. el mayor ejército —compuesto por ocho legiones — con el que hasta entonces Roma se había plantado en un campo de batalla. Sin embargo, los romanos pagarían cara la elección de un líder cuyo espíritu ofensivo no se equilibraba con el buen juicio.

Lucio Emilio Paulo, el segundo cónsul electo, expresó su deseo de esperar y maniobrar hasta que surgiera una oportunidad que les fuera favorable, pero obrar con esa cautela no era precisamente lo que Varrón tenía en mente: «Lo prometido es que los hombres saltaran al campo de batalla para hacer uso de la espada, no para acechar al enemigo». La idea de Varrón, y su compromiso público, era atacar al enemigo donde y cuando este fuese localizado y, como resultado, plantó batalla a Aníbal a la primera oportunidad, en la llanura de Cannas. Cuando Paulo arguyó que debían intentar atraer a las huestes de Aníbal a un terreno más favorable para la infantería romana, Varrón aprovechó el día en que, por turno, le correspondía el mando del ejército para aproximarse al enemigo. Al día siguiente, Paulo mantuvo a las tropas acampadas en sus posiciones, confiando en que Aníbal no tardaría en verse obligado a emprender la retirada debido a la escasez de víveres. Según la crónica de Polibio, Varrón «se excitó todavía más contra estos [el enemigo]»[14], un sentimiento que compartían las tropas, a las que les disgustaba la espera, «porque a los hombres el tiempo de espera se les hace difícil, pero cuando algo se ha decidido, hay que soportarlo todo, incluso lo que parezca más terrible»[15].

A la mañana siguiente, Varrón movilizó al ejército romano para que abandonase el campamento y plantase batalla, justo la clase de batalla que Aníbal deseaba. Como de costumbre,

la infantería de ambos bandos se situó en el centro, con sendas caballerías en las alas, pero el orden de batalla en el que dispuso el cartaginés a sus tropas fue todo menos convencional. Y es que mandó avanzar de frente a los galos y a los hispanos, que conformaban el centro de la línea de infantería, a la vez que mantenía retrasados a sus infantes africanos, situados a cada extremo de aquella. De este modo, galos e hispanos actuaron como imán para la infantería romana, la cual los obligó a retroceder, como se había planeado, de manera que la línea adelantada en forma de cuña se transformó en punta de flecha invertida. Los legionarios romanos, envalentonados por este aparente triunfo, se aprestaron a ocupar esta brecha y lo hicieron de forma tan masiva que llegó un momento en el que la densidad de hombres era tal que no podían utilizar sus armas. Así, mientras creían estar rompiendo la primera línea cartaginesa, lo que en realidad hacían era meterse en una bolsa, puesto que, llegado este punto, los veteranos africanos de Aníbal avanzaron hacia el interior desde ambos flancos, rodeando automáticamente a la compacta masa de soldados romanos.

Esta maniobra produjo, aunque de manera mucho más calculada, una situación —y una trampa— semejante a la de la batalla marítima de Salamina, y se la podría calificar como una suerte de táctica colectiva de *jiu-jitsu*, arte marcial cuyas técnicas se basan principalmente en la aproximación indirecta.

Entretanto, la caballería pesada cartaginesa del ala izquierda había abierto una brecha en la línea de la caballería romana de ese flanco y, rodeando la retaguardia enemiga, dispersó a los jinetes del otro flanco, que hasta ese momento se había encargado de mantener ocupada a la escurridiza caballería númida. La caballería pesada dejó en manos de los númidas la persecución de los jinetes romanos que huían y se aprestó a

asestar el golpe definitivo lanzándose contra la retaguardia de la infantería romana, que ya estaba rodeada por tres de sus lados y se encontraba demasiado abarrotada como para ofrecer una resistencia efectiva. A partir de ese momento, la batalla devino en masacre. Según Polibio, setenta mil de los setenta y seis mil hombres que componían el ejército romano cayeron en el campo de batalla. Entre ellos se contó Paulo, mientras que Varrón, irónicamente, consiguió escapar del choque que él mismo había provocado.

Si bien el fiasco de Cannas rompió la confederación italiana durante un tiempo, no consiguió acabar con Roma, donde Fabio contribuyó a unir a la ciudadanía para que la urbe siguiese ofreciendo resistencia. La supervivencia de Roma se debió en gran parte a la sobria resolución y persistencia que exhibió a la hora de ceñirse a la estrategia de evasión, costase lo que costase, pero a ella contribuyó también el hecho de que Aníbal careciese de las armas de asedio y los refuerzos adecuados, y de su papel como invasor de una tierra organizada de forma primitiva. (Tiempo después, cuando Escipión contraatacase invadiendo África, se toparía con la estructura económica mucho más desarrollada de Cartago, que le sería de gran ayuda para alcanzar su objetivo).

La segunda fase de la guerra finalizó en 207 a.C., con otra clase de aproximación indirecta estratégica, cuando el cónsul Cayo Claudio Nerón se escabulló de su posición frente a Aníbal y avanzó a marchas forzadas contra el hermano de este, que acababa de llegar con su ejército al norte de Italia. Tras vencer a las huestes de Asdrúbal Barca en el río Metauro, y evitar así que Aníbal pudiera contar con los refuerzos que necesitaba para la victoria, Nerón regresó a su campamento frente a Aníbal antes de que este pudiera darse cuenta de que había permanecido vacío todo ese tiempo.

A partir de ese momento, la guerra en Italia entró en punto muerto, la tercera fase. Durante cinco años Anibal permaneció acorralado en el sur de Italia, y en ese tiempo varios generales romanos tuvieron que retirarse, uno tras otro, a lamerse las heridas como consecuencia de sus aproximaciones demasiado directas a la guarida del león.

Mientras tanto, Publio Cornelio Escipión el Joven había sido enviado a la desesperada a España en 210 a.C. para reparar la debacle que allí habían sufrido los ejércitos liderados por su padre y por su tío, vengar sus muertes e intentar mantener en la medida de lo posible la débil presencia de Roma en el extremo noreste de Hispania enfrentándose a los muy superiores ejércitos cartagineses presentes en aquel país. Valiéndose de maniobras rápidas, mejores tácticas y una hábil diplomacia, Escipión convirtió esta meta defensiva en un ataque ofensivo, aunque indirecto, a Cartago y, por ende, a Aníbal. Porque Hispania era la verdadera base estratégica del cartaginés: allí había instruido a sus ejércitos y, por tanto, era el lugar donde reclutaba nuevos soldados para sus filas. Combinando de forma magistral el factor sorpresa y el momento oportuno, Escipión empezó por arrebatarles a los cartagineses el puerto de Cartagena, lo que precipitó el final del apoyo de sus aliados y la derrota de sus tropas.

Cuando fue elegido cónsul a su regreso a Italia en 205 a.C., Escipión ya estaba preparado para ejecutar una segunda y determinante aproximación indirecta, que llevaba planeando hacía tiempo, contra la retaguardia estratégica de Aníbal. Cuentan que Fabio, ya anciano y que se había vuelto mucho más conservador, se mostró partidario de aplicar una estrategia más ortodoxa e insistió en que el deber de Escipión era atacar a Aníbal en Italia: «¿Por qué no te ciñes a esta tarea? ¿Por qué no marchas directamente desde aquí hasta donde está Aníbal, llevando allí la guerra, en vez de dar un rodeo

con la esperanza de que una vez hayas cruzado África él te seguirá?»[16].

Escipión finalmente obtuvo el beneplácito del Senado para cruzar a África, aunque no se le permitió reclutar nuevas tropas. En consecuencia, partió en su expedición en la primavera de 204 a.C. con solo siete mil voluntarios y dos desacreditadas legiones que habían sido acuarteladas en Sicilia como castigo por su contribución a la derrota en Cannas. Al desembarcar en África, salió a su encuentro un único cuerpo de caballería, pues Cartago no pudo movilizar más fuerzas de forma inmediata, y fingiendo una astuta retirada gradual, lo atrajo hasta una emboscada y lo destruyó. La victoria no solo le procuró tiempo a Escipión para consolidar su posición, sino que además ejercería un doble impacto psicológico que, por un lado, reforzó la confianza del Senado, induciéndolo a ofrecerle un respaldo más generoso, y por otro, sacudió los cimientos de las alianzas de Cartago en África, con excepción de la que mantenía con el poderoso rey Sífax.

Quiso entonces Escipión hacerse con el control del puerto de Útica, con el fin de convertirlo en su base, pero fracasó en su intento de conquistarlo con la rapidez y facilidad con que había doblegado Cartagena. Así, después de someter a la ciudad a seis semanas de asedio, tuvo que retirarse ante la llegada de Sífax, que, con un ejército de sesenta mil hombres, acudía a fortalecer a la nueva fuerza cartaginesa que estaba reclutando Asdrúbal Giscón. Ante el avance de estos dos ejércitos combinados, muy superiores al suyo en número, aunque no en calidad, Escipión se replegó en una pequeña península donde construyó una especie de prototipo de las líneas de fortificación de Wellington en Torres Vedras. Desde esta posición, dejó primero que los generales de los ejércitos atacantes se confiasen, luego distrajo su atención realizando ostentosos movimientos de tropas, como si se preparase para

un inminente ataque marítimo a Útica, y finalmente, al abrigo de la noche, lanzó un ataque contra los dos campamentos enemigos.

El efecto desmoralizador y desorganizador del factor sorpresa fue todavía mayor gracias a la sutil y calculadora decisión de Escipión de lanzar el primer envite al campamento menos organizado de Sífax, cuyo enjambre de chozas rebasaba las fortificaciones y estaban construidas con juncos y esteras. Tras prender fuego al campamento, los romanos aprovecharon la confusión reinante para adentrarse en él, a la vez que los cartagineses de Asdrúbal, alarmados por las llamas, abrían las puertas de su fortificación y salían en tromba al rescate de sus aliados, convencidos de que el incendio era accidental, ya que al caer la noche la situación en el campamento romano, a once kilómetros de distancia, les había parecido normal y tranquila. De este modo, cuando se abrieron las puertas del campamento cartaginés, Escipión ejecutó la segunda acometida de su ataque, penetrando sin necesidad de asumir el coste de tener que abrir una brecha. Los dos ejércitos enemigos fueron derrotados y se dice que perdieron la mitad del total de sus contingentes.

Aunque la reconstrucción de esta operación pueda, en apariencia, hacernos pensar que en ella tuvo más peso la táctica que la estrategia, lo cierto es que se trata de un caso en el que esta última no solo allanó el camino para alcanzar la victoria en la batalla, sino que fue su artífice. La victoria no fue más que el remate final de la aproximación estratégica, porque no puede considerarse batalla a una masacre sin resistencia.

Después de este triunfo incruento, Escipión no emprendió la marcha hacia Cartago directamente. ¿Por qué? Si bien la historia no ofrece una respuesta definitiva, sí proporciona fundamentos más claros para deducir sus motivos que en el caso de la renuncia de Aníbal a atacar Roma después de las

victorias del Trasimeno y de Cannas. A no ser que exista oportunidad y una perspectiva favorable para un rápido ataque por sorpresa, el asedio es la operación de guerra menos económica de todas. Cuando el enemigo cuenta todavía con un ejército de campaña con capacidad de intervención, el asedio es también la opción más arriesgada, porque hasta que se culmina con éxito, el atacante sufre un desgaste desproporcionado en comparación con su rival.

Escipión tenía que contar no solo con las murallas de Cartago, sino con el regreso de Aníbal, contingencia esta última que era, desde luego, su objetivo. Forzar la capitulación de Cartago antes de la llegada de Aníbal le daría una importante ventaja, pero el romano era consciente de que ello debía conseguirse socavando la moral de resistencia de la ciudad y no por medio de la fuerza y el consiguiente desgaste de sus contingentes, pues con ello corría el riesgo de encontrarse todavía ante las murallas inexpugnables de Cartago cuando Aníbal iniciara el avance por su retaguardia.

Así que, en lugar de atacar Cartago, Escipión se dedicó a aislarla, cortando de manera sistemática todas las vías de suministro y de comunicación con sus aliados. Es más, la implacable persecución y derrocamiento de Sífax se convirtió en un derroche de fuerzas más que justificado, porque al restaurar en el trono de Numidia a su propio aliado, Masinisa, Escipión pudo contar con una caballería con la que afrontar la mejor arma de Aníbal.

Con el fin de reforzar su estrategia de debilitamiento moral, marchó sobre Túnez, a la vista de Cartago, pues «creía que de este modo los alarmaría y les infundiría el máximo pavor»[17]. Y fue esta última medida la que, sumada a las otras formas de presión indirecta, dinamitó la voluntad de resistencia de los cartagineses, que se ofrecieron a firmar la paz. No obstante, mientras se esperaba a que Roma ratificase los tér-

minos del acuerdo, Cartago rompió la paz provisional tan pronto le llegaron noticias de que Aníbal había regresado y desembarcado en Leptis Magna (202 a.C.).

Estos acontecimientos colocaron a Escipión en una situación complicada y peligrosa, porque, si bien no había debilitado sus fuerzas mediante un asalto a Cartago, había permitido que Masinisa regresara a Numidia para consolidar su nuevo reino tan pronto como Cartago aceptó sus términos de paz. En estas circunstancias, un general ortodoxo habría pasado a la ofensiva, para evitar que Aníbal llegase a Cartago, o habría permanecido a la defensiva a la espera de refuerzos. Escipión, sin embargo, optó por una tercera vía que, analizada sobre el mapa, resulta cuando menos brillante. Y es que, si la ruta directa de Aníbal desde Leptis Magna a Cartago puede ilustrarse como el desplazamiento de abajo arriba por el trazo derecho de una V invertida (Λ), Escipión, no sin antes dejar atrás un destacamento que defendiera su campamento junto a Cartago, marchó de arriba abajo por el trazo izquierdo. ¡Una aproximación indirecta como ninguna! Esta ruta, a través del valle de Bagradas, le conducía al corazón mismo de la principal fuente de abastecimiento de Cartago en el interior. Y no solo eso, sino que, a cada paso que daba, se acercaba cada vez más a los refuerzos númidas con los que acudía Masinisa en respuesta a su urgente petición de ayuda.

La maniobra logró su objetivo estratégico. El senado de Cartago, aterrado por la noticia de que un territorio tan vital para la ciudad estuviese siendo devastado progresivamente, envió varios mensajeros a Aníbal urgiéndole a que interviniese de inmediato presentando batalla a Escipión. El general cartaginés, aunque se sabe que contestó a sus misivas sugiriendo «que dejaran esto y que se preocuparan de otras cosas»[18], no tuvo más remedio que, vista la gravedad de la situación propiciada por Escipión, desviarse hacia el oeste y

avanzar a marchas forzadas a su encuentro, en lugar de seguir rumbo norte hacia Cartago. Así pues, Escipión le había atraído hacia una zona de su elección, un lugar donde Aníbal, de sufrir una derrota, no podría disponer de los refuerzos, el refugio y la estabilidad de una base que sí le habría proporcionado Cartago de haberse desarrollado la batalla cerca de la ciudad.

Escipión le había creado a su enemigo la necesidad de aceptar la batalla y, ahora, explotó al máximo esta ventaja psicológica. Cuando Masinisa se unió a él, casi al mismo tiempo que Aníbal entraba en escena, Escipión, en lugar de avanzar, replegó a su ejército, maniobra que obligó a su enemigo a adentrarse en un territorio donde sus tropas carecían de agua y en un campo de batalla en la llanura donde el romano podría sacar la máxima ventaja a su nueva caballería. Escipión se había llevado las dos primeras bazas y, una vez en el campo de batalla de Zama (o más correctamente, de Naraggara), estas le permitieron superar tácticamente a la caballería de Aníbal, que hasta ese momento había sido siempre el as con el que el cartaginés había ganado la partida. Una vez sufrida esta derrota táctica, Aníbal se vio superado también por las consecuencias de su derrota estratégica preliminar, puesto que no contaba en las proximidades con una fortaleza donde guarecer a su ejército vencido antes de que sus perseguidores lo aniquilaran. La rendición de Cartago no se hizo esperar y los romanos la tomaron sin derramamiento de sangre.

La campaña de Zama convirtió a Roma en la potencia dominante del mundo mediterráneo. La expansión inmediatamente posterior de su supremacía, y su traducción en términos de soberanía, prosiguió sin mayores obstáculos, aunque con continuas amenazas. Así pues, podemos fijar el año

202 a.C. como conclusión natural del análisis de los puntos de inflexión —y de sus causas militares— en la historia del mundo antiguo. Con el tiempo, la marea expansionista de Roma entraría en retroceso y aquel imperio universal acabó por desmoronarse por completo, no solo por la presión de las invasiones bárbaras, sino, sobre todo, por su propia decadencia interna.

El periodo de «decadencia y caída», esos siglos en el transcurso de los cuales Europa cambió su vieja piel monocroma por otra nueva, policromada, nos brindan interesantes ejemplos de liderazgo militar —algunos excepcionales, como en el caso de Belisario y de otros generales posteriores del Imperio bizantino—. Pero, dado que las crónicas de la época son poco fiables, resulta muy difícil identificar con claridad cuáles fueron las victorias decisivas, cuáles los puntos de inflexión y cuáles las estrategias, y por tanto constituyen una base poco firme para cualquier deducción científica.

No obstante, antes de que Roma alcanzase la cúspide de su supremacía, sí hubo una guerra interna que merece la pena analizar porque, además de servir de escenario para otro gran general, afectó de manera trascendental el curso de la historia. Y es que, si con la Segunda Guerra Púnica el mundo quedó en manos de Roma, con la guerra civil de 50 a 45 a.C. el mundo romano quedó en manos de Julio César y el cesarismo.

Cuando César cruzó el Rubicón en diciembre de 50 a.C., solo detentaba el poder en las provincias de la Galia y de Iliria; Pompeyo Magno controlaba Italia y el resto de los dominios romanos. César tenía nueve legiones, pero en Rávena solo contaría con una, pues las demás se encontraban lejos de allí, en la Galia. Pompeyo, a su vez, disponía de diez legiones en Italia, siete en España y numerosos destacamentos a lo largo y ancho del imperio, pero las de Italia solo tenían cua-

dros incorporados a las águilas, y una legión disponible valía más que dos en la reserva. César había sido criticado por su impetuosa decisión de marchar hacia el sur con tan solo una mínima parte de su ejército, pero la oportunidad y el factor sorpresa son los dos elementos vitales en la guerra, y él, además de tenerlos en cuenta, basó su estrategia principalmente en su buen conocimiento de la psicología de Pompeyo.

Desde Rávena había dos rutas para acceder a Roma. César escogió la más larga y menos directa —la que bajaba a lo largo de la costa del Adriático—, pero avanzó rápidamente, y conforme atravesaba este populoso territorio, muchas de las levas que allí se estaban reuniendo para Pompeyo se unieron a su bando —algo semejante a lo que ocurriría con Napoleón en 1815—. Este golpe a la moral de los de Pompeyo hizo que abandonaran Roma y se replegaran en Capua, mientras que César, al interponerse entre la avanzadilla del enemigo en Corfinium y la fuerza principal liderada por Pompeyo en las proximidades de Luceria, consiguió reforzar aún más su posición sin derramar una sola gota de sangre. A continuación, prosiguió en dirección sur hacia Luceria sin que en ningún momento dejara de crecer aquel efecto de bola de nieve. Pero su implacable y obstinado avance, que ahora se había convertido en una aproximación directa, provocó la huida en estampida del enemigo, que fue a refugiarse al puerto fortificado de Brundisium (Bríndisi), en el talón de la península italiana, y precipitó la retirada de Pompeyo, que cruzó el Adriático hasta Grecia. Así fue como, debido a un ataque excesivamente directo y desprovisto de sutileza, César perdió la oportunidad de decidir la guerra en una única campaña y se vio condenado a cuatro años más de obstinada lucha a lo largo y ancho de la cuenca mediterránea.

Se inició entonces la segunda campaña y César, en lugar de perseguir a Pompeyo hasta Grecia, prefirió lidiar con las

fuerzas que este poseía en Hispania. Esta decisión de concentrarse en el «socio más débil» ha sido objeto de numerosas críticas, pero los acontecimientos demostrarían que no se equivocaba al pensar que Pompeyo no reaccionaría. En esta ocasión, César inició la campaña con demasiado arrojo y el avance directo sobre el grueso del ejército enemigo en Ilerda (Lérida), al otro lado de los Pirineos, le permitió a este evitar el encuentro. El asalto a la ciudad fracasó y solo la intervención personal de César salvó a su ejército de la debacle. Entonces, justo a tiempo de impedir que sus hombres se desmoralizaran por completo, cambió su método de aproximación.

En vez de proseguir con el asedio, César concentró todas sus energías en la construcción de un vado artificial desde el que poder controlar las dos orillas del río Sicoris (Segre), junto al que se levantaba la ciudad. Viendo así amenazadas sus vías de suministro, los lugartenientes de Pompeyo decidieron emprender la retirada ahora que todavía estaban a tiempo. César dejó que huyeran sin atacarles, pero envió a su caballería gala tras ellos con el fin de demorar su avance. Entonces, en lugar de asaltar el puente que defendía la retaguardia del enemigo, se arriesgó a vadear el río con sus legiones por su zona más profunda, un tramo considerado hasta ese momento imposible de cruzar salvo por la caballería, y dando un amplio rodeo por la noche, se plantó en la línea de retirada del enemigo. Pero ni siquiera entonces entabló batalla, sino que se limitó a reprimir todas y cada una de las intentonas del enemigo de abrir nuevas líneas de retirada, acosándolo y obstaculizando su marcha con la caballería mientras sus legiones avanzaban implacables. Y a la vez que contenía las ansias de batalla de sus hombres, los animó a confraternizar con los del otro bando, que estaban cada vez más cansados, hambrientos y desmoralizados. De este modo, César fue conduciendo a su rival de regreso a Ilerda, y cuando, final-

mente, este se vio forzado a tomar posiciones en un área desprovista de agua, se rindió.

Esta victoria incruenta tanto para los vencidos como para los vencedores tendría un gran valor estratégico, puesto que por cada enemigo sobreviviente ganaba César la posibilidad de reclutar a un nuevo adepto. A pesar de haber cambiado su forma de maniobrar y de haber desechado cualquier modalidad de ataque directo sobre el enemigo, César solo necesitó seis semanas para hacerse con la victoria.

Pero en su siguiente campaña, en 48 a.C., volvió a modificar su estrategia y esta vez hubieron de pasar ocho meses antes de que lograse doblegar al enemigo, y así y todo no lo hizo por completo. En lugar de dirigirse a Grecia en una aproximación indirecta por tierra, a través de la región de Iliria, César prefirió la ruta directa por mar. En primera instancia, esto le permitió ganar tiempo, pero al final no haría sino dilatar la campaña. Pompeyo contaba desde el principio con una gran flota, mientras que César carecía de ella, y aunque había ordenado construirla o conseguir el mayor número de barcos posible, lo cierto es que al principio de la campaña solo pudo contar con un número reducido de ellos. En lugar de esperar, César partió de Bríndisi con apenas la mitad de la flota que había mandado reunir. Al desembarcar en Palaeste, remontó la costa en dirección al puerto de Dirraquio (Durrës), pero Pompeyo había llegado antes. Por fortuna para César, su contrincante maniobró con mayor lentitud que nunca y perdió la oportunidad de hacer valer su superioridad sobre César antes de que Marco Antonio se uniese a este con la otra mitad de su ejército tras burlar a la flota enemiga. Es más, ni siquiera después de que Antonio desembarcase al otro lado de Dirraquio supo Pompeyo evitar, desde su céntrica posición, la reunificación de los ejércitos de Antonio y César en Tirana. Este fracaso hizo que Pompeyo se replegase, perseguido por

su enemigo, que intentó infructuosamente entrar en batalla. A partir de ese momento, los dos ejércitos contendientes quedaron cara a cara en la orilla meridional del río Genusus, que discurría al sur de Dirraquio.

Una aproximación indirecta pondría fin a esta situación de *impasse*. Tras efectuar un largo y complicado rodeo de unos setenta kilómetros por territorio montañoso, César logró situarse entre Dirraquio y el ejército de Pompeyo antes de que este último, que solo tenía que recorrer cuarenta kilómetros en línea recta, advirtiera el peligro y se apresurara a regresar para salvar su base. Pero César no aprovechó su ventaja y, dado que Pompeyo contaba con la vía marítima para abastecerse, no había razón alguna para que un hombre de su temperamento tomara la iniciativa y se lanzara al ataque. Así las cosas, César decidió invertir su tiempo en una medida muy original, aunque del todo ineficaz, consistente en construir una línea fortificada alrededor de un ejército que no solo era superior al suyo, sino que podía aprovisionarse, o huir, fácilmente por mar a su antojo.

Ni siquiera un hombre de la flema de Pompeyo podría haber dejado escapar la oportunidad de atacar los puntos débiles de aquella enclenque fortificación, y su éxito incitó a César a intentar resarcirse con un impetuoso contraataque que fracasó estrepitosamente. Solo la apatía de Pompeyo evitó que las desmoralizadas tropas de César se disolvieran.

Superado este trance, la soldadesca pedía a gritos que César los liderase de nuevo contra el enemigo, pero este había aprendido la lección y, después de asegurar su retirada, volvió a recurrir a una estrategia de aproximación indirecta. Hay que decir que, llegados a este punto, Pompeyo tenía mejores bazas para aplicar esa estrategia, a saber, volviendo a cruzar el Adriático y recuperando el control de Italia, donde la derrota de César habría tenido un efecto psicológico en la población,

allanándole el camino. Sin embargo, fue César quien supo apercibirse de las posibilidades que ofrecía este desplazamiento hacia el oeste y del peligro que entrañaba para él. De modo que marchó rápidamente hacia el este para atacar al lugarteniente de Pompeyo, Escipión Nasica, que se encontraba en Macedonia. Esta maniobra trastocó a Pompeyo, que se vio impelido a salir en persecución de César y, tomando una ruta distinta, se apresuró a acudir en ayuda de Escipión. César llegó primero, pero, en lugar de lanzar sus tropas contra las fortificaciones, aguardó a que Pompeyo se aproximase. Que César dejase pasar esta oportunidad puede parecer un error, pero también es posible que lo hiciera a propósito, pensando que, después de lo sucedido en Dirraquio, solo conseguiría tentar a Pompeyo a combatir en campo abierto si se veía amenazado por la totalidad de sus tropas. Si fue así, no se equivocó, porque, aun contando con un ejército que doblaba en número al de César, Pompeyo no habría plantado batalla de no haber sido por la insistencia de sus lugartenientes. Así, mientras César preparaba una serie de maniobras para crear la oportunidad propicia, Pompeyo avanzó y se la brindó —sin quererlo— en Farsalia. Para los intereses de César, la ocasión era a todas luces prematura y así quedó demostrado tras lo ajustado de su victoria. Su aproximación indirecta había tenido como principal objetivo recuperar el equilibrio estratégico, y hubo de recurrir a una segunda para que la balanza se inclinase a su favor.

Tras la victoria de Farsalia y en su persecución de Pompeyo, César cruzó los Dardanelos, atravesó Asia Menor y, desde allí, surcó el Mediterráneo hasta Alejandría, donde Ptolomeo asesinó a su contrincante y puso fin a la huida. No obstante, César echó por tierra su recién adquirida ventaja al intervenir en la disputa entre Ptolomeo y su hermana Cleopatra por la sucesión del trono de Egipto, donde permaneció ocho meses

desaprovechando tiempo y esfuerzo. Casi se podría decir que el defecto más arraigado y recurrente de César era su tendencia a concentrar su atención en alcanzar los objetivos más inmediatos en detrimento de las grandes metas. Desde el punto de vista estratégico, era una suerte de Jekyll y Hyde.

Esta tregua permitió al bando pompeyano reunificar sus fuerzas y hacerse de nuevo con el control de África e Hispania.

En el continente africano, la situación de César se complicó aún más debido a los ataques directos emprendidos por su lugarteniente, Curión, quien, después de desembarcar y lograr una primera victoria, había caído en una emboscada tendida por el rey Juba I, aliado de los pompeyanos, donde él y su ejército fueron exterminados. César inició su particular campaña en África (46 a.C.) con la misma estrategia directa, impetuosidad e insuficiencia de fuerzas que en Grecia; se metió en un atolladero y consiguió salir inmune de él gracias a una ya habitual combinación de suerte y habilidad táctica. Después se instaló en un campamento fortificado cerca de Ruspina y aguardó a que llegara el resto de sus legiones, venciendo cualquier tentación de entrar en batalla.

Se apoderó entonces de César el Jekyll incruento y durante varios meses, incluso después de arribados los refuerzos, se dedicó a poner en práctica una estrategia de aproximación indirecta extrema pero limitada, realizando repetidas acciones de acoso que desgastaron y desmoralizaron al enemigo y desencadenaron un aluvión de deserciones. Finalmente, valiéndose de una maniobra de aproximación indirecta de mayor calado contra Tapso, una importante base enemiga, creó una oportunidad favorable para entablar batalla, y sus tropas cogieron el toro por los cuernos, lanzaron el ataque y ganaron la contienda sin más indicaciones.

Desde el comienzo de su campaña en Hispania (45 a.C.), que tuvo lugar a continuación y que pondría fin a la guerra, César trató por todos los medios de evitar que se produjeran bajas entre sus hombres y maniobró a pequeña escala y sin descanso con el fin de situar al enemigo en una posición donde las condiciones para la batalla le fueran favorables. Consiguió esta ventaja en Munda y se hizo con la victoria, pero lo apretado del resultado y el elevado coste de vidas con que se saldó son una prueba de la diferencia entre la economía de fuerzas y la simple frugalidad de fuerzas.

Una vez analizada, la estrategia de aproximación indirecta de César se nos antoja estrecha de miras y carente del factor sorpresa. En cada una de sus campañas, el romano desgastó la moral del contrincante, pero no la desbarató. Esto podría deberse a que se concentró antes en socavar la moral de las tropas enemigas que la de sus mandos. Pero, así como sus campañas ponen de manifiesto la distinción entre las dos cualidades de la aproximación indirecta —a saber, la dirigida contra las fuerzas enemigas y la que va contra el mando enemigo—, también recalcan de manera muy significativa la diferencia entre una aproximación directa y una indirecta. Y es que César fracasó en todas y cada una de las ocasiones en las que confió en la primera, y enmendó cada uno de esos fracasos recurriendo a la segunda.

4

Guerras bizantinas: Belisario y Narsés

Tras su victoria definitiva en Munda en 45 a.C., César fue nombrado «dictador vitalicio» de Roma y del mundo romano. Este paso trascendental, un contrasentido en sí mismo, significó la anulación de la constitución y, por tanto, allanó el camino para que la República deviniera en Imperio, el cual llevaba en sus genes el germen de su propia decadencia. El proceso, sin embargo, fue gradual —aunque, a largo plazo, progresivo—. Transcurrieron quinientos años entre el triunfo de César y el colapso definitivo de Roma. Así y todo, incluso después de su caída, sobrevivió durante otros mil años un «imperio romano», aunque en otro lugar. Esto se debió, en primer lugar, al traslado de la capital imperial de Roma a Bizancio (Constantinopla), que haría efectivo Constantino el Grande en el año 330; y en segundo lugar, a la división definitiva del mundo romano, en 364, entre el Imperio de Oriente y el de Occidente. El primero de ellos supo conservar su supremacía mejor que el segundo, que fue desintegrándose paulatinamente bajo el efecto de los ataques de los bárbaros y de su infiltración hasta que, a finales del siglo v d.C., el establecimiento de un reino independiente en Italia —a imagen de otros similares en la Galia, Hispania y África— se vio acompañado por el derrocamiento del emperador nominal del Imperio de Occidente.

A mediados del siglo vi hubo un periodo, no obstante, en el que se restableció el dominio romano en Occidente desde

Oriente. Durante el reinado de Justiniano I en Constantinopla, sus generales reconquistaron África, Italia y el sur de Hispania. Este logro, que no puede disociarse del nombre de Belisario, resulta particularmente notable si se tienen en cuenta dos factores: en primer lugar, los mínimos recursos con los que Belisario emprendió estas ambiciosas campañas, y en segundo lugar, la aplicación sistemática de una táctica defensiva. No existe en la historia ningún otro caso en el que se consiguiera semejante serie de conquistas mediante una estrategia deliberada de rehuir el ataque. Y lo que todavía es más excepcional es que esas victorias las ejecutara un ejército que dependía básicamente de sus destacamentos móviles, compuestos en su mayoría por la caballería. No es que Belisario no fuera un hombre audaz, pero su táctica siempre fue la de permitir —o tentar— al enemigo tomar la iniciativa a la hora de atacar. Aunque esta forma de obrar le fuese impuesta en parte por su debilidad numérica, no hay duda de que era además el producto de un cálculo sutil, a la vez táctico y psicológico.

Su ejército guardaba poca, por no decir ninguna, semejanza con la estructura clásica de la legión, de hecho, se acercaba bastante más al modelo medieval, si bien mucho más desarrollado. Mientras que ningún soldado de los tiempos de César lo habría reconocido como un ejército romano, a uno que hubiese servido con Escipión en África no le habría resultado tan sorprendente esa evolución del modelo. Entre el tiempo de Escipión y el de César, a la vez que Roma pasaba de ser una ciudad estado a un imperio, el ejército había sufrido una transformación, y de ser una fuerza compuesta por levas de ciudadanos que prestaban un servicio temporal, pasó a convertirse en una fuerza profesional cuyos componentes servían a largo plazo. Pero la organización militar no se decantó por una prevalencia de la caballería, tal y como podría haberse

deducido que sucedería después de la batalla de Zama. Al contrario, la infantería se convirtió en el componente básico del ejército imperial romano, mientras que la caballería (a pesar de que la raza de los caballos había mejorado mucho tanto en tamaño como en velocidad) pasó a ocupar un plano tan secundario como el que había tenido en las primeras etapas de la guerra contra Aníbal. Luego, conforme se fue haciendo más y más patente la necesidad de contar con una mayor movilidad para la defensa de las fronteras, se aumentó de forma gradual la proporción de la caballería, pero no fue hasta 378, año en el que la caballería goda arrolló a las legiones en Adrianópolis, cuando se empezaron a reorganizar los ejércitos romanos conforme a esta lección. Así fue como en las generaciones siguientes la balanza se inclinó hacia el otro extremo. Bajo el mandato de Teodosio I se aceleró la ampliación del componente móvil alistando a un vasto número de jinetes bárbaros. Más tarde, al irse sistematizando el nuevo modelo de organización, se recuperó en cierta medida el equilibrio en el reclutamiento. De este modo, en la época de Justiniano I y Belisario, el componente principal del ejército era la caballería pesada, armada con arcos y lanzas y revestida de armadura. Es evidente que la idea fundamental era la de combinar en un único soldado disciplinado la capacidad destructiva de una unidad móvil con armas de largo alcance y la de una unidad móvil de asalto —tal y como habían demostrado tener, por separado, los arqueros montados hunos o persas y los lanceros godos—. Esta caballería pesada contaba como refuerzo con una caballería ligera de arqueros, una combinación que, tanto en la forma como en la táctica, puede considerarse precursora de la que conformarían en la era moderna las unidades móviles de carros de combate ligeros y pesados (o medios). En cuanto a la infantería, también estaba dividida en dos, ligera y pesada, si bien la última, armada con pesa-

das lanzas y organizada en formación cerrada, tenía como mera función servir de pivote estable en torno al cual podía maniobrar la caballería durante la batalla.

A comienzos del siglo VI, el Imperio romano de Oriente se encontraba en una situación precaria. Sus ejércitos habían sufrido una serie de humillantes derrotas en la frontera persa que hacían peligrar su presencia en Asia Menor. Durante un tiempo se vieron aliviados de esta presión por la invasión del norte de Persia por parte de los hunos, pero la guerra estalló de nuevo en la frontera hacia el año 525, aunque tímidamente. Ese fue el momento en el que el nombre de Belisario saltó a la palestra por primera vez, destacando por dirigir varias incursiones de la caballería en la Armenia persa y, luego, por lanzar un enérgico contraataque después de que los persas capturaran una fortificación fronteriza. El contraste de estos logros con la ineficacia de otros jefes militares llevó a Justiniano a nombrarle general en jefe de los ejércitos cuando todavía le faltaban varios años para cumplir los treinta.

En 530, un ejército persa de unos cuarenta mil hombres marchó contra la fortaleza romana de Daras. Para enfrentarlos, Belisario apenas contaba con la mitad de ese contingente, una fuerza compuesta en su mayor parte por reclutas inexpertos recién alistados. Dada la situación, decidió arriesgarse a plantar batalla en lugar de soportar un asedio, si bien desde una posición cuidadosamente escogida para el despliegue de una táctica defensiva-ofensiva basada en la certeza de que los persas atacarían primero, habida cuenta del menosprecio que sentían por los bizantinos y de que se sabían superiores en número. Se cavó, pues, un foso ancho y profundo delante de Daras, si bien lo suficientemente cerca de las murallas como para que quienes lo defendían pudieran contar con el apoyo de los arqueros emplazados en las almenas. En este foso colocó Belisario a su infantería más débil. A ambos lados del

foso se proyectaban hacia delante en ángulo recto sendas trincheras, al extremo de cada una de las cuales se extendían otras dos, en horizontal, hacia los montes que flanqueaban el valle. A lo largo de estas extensiones a los flancos, que contaban con amplios pasadizos en algunos tramos, apostó cuerpos de caballería pesada preparada para lanzar el contraataque. La caballería ligera de jinetes hunos se encontraba posicionada en los dos ángulos interiores, de tal forma que, si la caballería pesada de los flancos se veía forzada a retroceder, esta pudiera salir en su ayuda atacando la retaguardia del enemigo.

En un primer momento, esta disposición desconcertó a los persas, que dedicaron el primer día a acometer escaramuzas de reconocimiento. La mañana siguiente, Belisario envió una misiva al general persa sugiriéndole buscar una solución pactada al litigio en lugar de entrar en combate. Según Procopio, le escribió en estos términos: «Que la paz constituye el supremo bien es cosa reconocida por todos los hombres que tienen algo, por poco que sea, de sentido común […]. Así pues, el mejor general es aquel que está por naturaleza capacitado para, partiendo de la guerra, restablecer la paz»[19]. Unas palabras más que notables si se tiene en cuenta que provenían de un jovencísimo soldado en la víspera de su primera gran victoria. El general persa, sin embargo, le contestó que no se podía confiar nunca en las promesas de los romanos, y es posible que interpretara el mensaje de Belisario y su posicionamiento detrás de una trinchera como simples muestras de debilidad. Así que lanzó el ataque. Los persas se cuidaron mucho de no embestir en tromba por el centro y caer en la evidente trampa que allí les aguardaba, pero esta medida de precaución favoreció a Belisario, pues no solo dividió las fuerzas del enemigo, sino que la lucha quedó confinada a la caballería de los flancos, que era, precisamente, el destaca-

mento de fuerzas más numeroso de Belisario y aquel en el que más podía confiar. Y, al mismo tiempo, su infantería quedaba liberada y podía contribuir con el tiro de sus arqueros. El arco bizantino tenía mayor alcance que el persa, y mientras la armadura persa era vulnerable a las flechas bizantinas, la bizantina no lo era a las persas.

Atacó primero con éxito la caballería persa a su ala izquierda, pero entonces un pequeño destacamento montado que había permanecido oculto detrás de una colina en ese flanco cargó contra la retaguardia persa. Este embate repentino, sumado a la aparición de la caballería ligera de los jinetes hunos por el otro flanco, obligó a los persas a batirse en retirada. Entonces la caballería persa que atacaba el ala derecha adelantó posiciones, alcanzando las murallas de la ciudad, pero la maniobra no hizo sino abrir un hueco entre la caballería adelantada y el grueso de las fuerzas, que permanecían estáticas en el centro, de modo que Belisario se aprestó a cubrir ese hueco con toda la caballería que le quedaba disponible. Este contraataque a la articulación debilitada de la línea enemiga expulsó primero del campo de batalla al ala de la caballería persa, que huyó en una línea divergente, y a continuación se dirigió contra el flanco expuesto de la infantería enemiga, situada en el centro. La batalla de Daras se saldó con la total derrota de los persas, la primera que sufrían a manos de los bizantinos desde hacía muchas generaciones.

Después de algunos reveses más, el rey persa empezó a discutir los términos de paz con el enviado de Justiniano. Pero mientras las negociaciones estaban todavía en marcha, el rey de los sarracenos, aliado de los persas, sugirió un nuevo plan de campaña, a saber, un atraque indirecto al poder bizantino. Argumentó que era mejor atacar por sorpresa donde no se les esperaba que hacerlo contra aquellos puntos mejor guarnecidos y fortificados de la frontera bizantina. Así pues, propuso

que una fuerza compuesta por las tropas móviles más rápidas disponibles se desplazara hacia el oeste desde el Éufrates, cruzando el desierto —considerado desde siempre una barrera infranqueable—, y atacase Antioquía, la ciudad más próspera del Imperio romano de Oriente. El plan se puso en marcha y quedó demostrado que era posible cruzar el desierto si se hacía con tropas adecuadamente preparadas para ello. Pero Belisario había hecho de su ejército una fuerza tan móvil y desarrollado un sistema de comunicaciones tan eficiente a lo largo de la frontera que consiguió marchar raudo desde el norte y llegar antes que su rival. Tras frustrar la amenaza, se limitó a hacer recular al enemigo por donde había venido. Esta medida conservadora no gustó a sus tropas, y consciente del descontento entre los suyos, intentó hacerles entender que la verdadera victoria reside en obligar al oponente a desistir de sus propósitos con el menor coste personal posible. Si uno era capaz de lograr ese objetivo, recurrir a la batalla resultaba innecesario —«¿de qué sirve poner en fuga a quien ya está huyendo?»[20]—, ya que cualquier intento de hacerlo supondría arriesgarse a sufrir una derrota y, con ella, exponer al Imperio a una invasión más peligrosa aún. Dejar sin escapatoria al enemigo que se batía en retirada era, en cambio, la mejor manera de sembrar la desesperación entre sus hombres.

Estos argumentos eran demasiado sesudos como para satisfacer la sed de sangre de la soldadesca, de modo que, con el fin de conservar su lealtad, Belisario les permitió dar rienda suelta a sus deseos y, como resultado, sufrió su única derrota, si bien pudo demostrar lo acertado de sus advertencias. Con todo, el coste de la victoria sobre sus perseguidores les salió tan caro a los persas que no tuvieron más remedio que reemprender la retirada.

Tras el éxito de su defensa de Oriente, Belisario recibió órdenes de emprender una campaña ofensiva en Occidente. Un siglo antes, el pueblo germano de los vándalos había culminado su migración hacia el sur con la ocupación del África romana y el establecimiento de su capital en Cartago. A partir de ese momento, los vándalos se habían dedicado a la piratería a gran escala y a realizar ataques puntuales para arrasar diferentes puertos de la cuenca del Mediterráneo. En 455 habían saqueado nada menos que la mismísima Roma para, acto seguido, infligir una derrota aplastante a la importante expedición que, desde Constantinopla, se había enviado contra ellos para castigar semejante osadía. Pero con el paso de las generaciones, la vida en abundancia y el sol africano no solo atemperaron su beligerancia, sino que empezaron a socavar su pujanza. En 531, el rey vándalo Hilderico, amigo de Justiniano en su juventud, fue destronado y encarcelado por Gelimer, su belicoso sobrino. Justiniano escribió entonces a este último pidiéndole que liberase a su tío, pero al recibir una negativa por respuesta decidió enviar en 533 una fuerza expedicionaria a África bajo el mando de Belisario, si bien solo proporcionó al general una caballería de cinco mil jinetes y una infantería de diez mil hombres —un ejército que, a pesar de estar compuesto de tropas experimentadas, tenía todas las de perder ante el contingente de cien mil hombres con el que supuestamente contaban los vándalos—.

Cuando la expedición llegó a Sicilia, Belisario recibió una noticia muy prometedora: los vándalos habían enviado a algunas de sus mejores tropas a atajar una revuelta en Cerdeña, por entonces una de sus posesiones, y Gelimer había tenido que ausentarse de Cartago. No había tiempo que perder, así que Belisario navegó raudo hasta África y desembarcó sin mayores problemas en un punto de la costa situado a unos nueve días de marcha de Cartago, soslayando así el riesgo de

que la flota vándala, muy superior a la suya, pudiese interceptarle. Cuando Gelimer se enteró de la arribada de Belisario, ordenó al instante que varios contingentes de su ejército se reunieran en un desfiladero situado en las proximidades de Ad Decimum, la décima piedra miliar en la calzada principal a Cartago, donde tenía la esperanza de poder rodear al invasor. Pero su plan se vio frustrado por el rápido avance de Belisario, que, sincronizado con un inminente ataque de su flota a Cartago, sorprendió a las tropas vándalas antes de que tuvieran tiempo de reunirse. Esto y una serie de confusas escaramuzas sembraron el caos entre las fuerzas vándalas, que no solo perdieron la oportunidad de ejercer su superioridad sobre Belisario, sino que acabaron dispersándose en todas direcciones y le dejaron vía libre para avanzar sobre Cartago. Para cuando Gelimer volvió a reunir a sus tropas y estuvo preparado —una vez requerido el regreso urgente de la fuerza expedicionaria enviada a Cerdeña— para emprender la ofensiva de nuevo, Belisario ya había reparado las fortificaciones de Cartago que los vándalos habían permitido que se deteriorasen.

Tras permanecer varios meses a la expectativa, esperando a que los vándalos intentaran expulsarle, Belisario concluyó que la pasividad del enemigo se debía a su baja moral y, consciente de que ahora ocupaba una posición fuerte y de que tenía la retirada cubierta en caso de derrota, se decidió a atacar. Marchó pues con la caballería por delante, se situó frente a los vándalos, que estaban acampados en Tricamerón, al otro lado de un arroyo, e inició la batalla sin dar tiempo a que su infantería alcanzase su posición. Es probable que Belisario, consciente de la inferioridad numérica de su ejército, recurriese a esta maniobra con la idea de provocar el ataque de los vándalos para poder él contraatacar mientras estos cruzaban el arroyo. Pero su provocación y la falsa retirada posterior no

consiguieron atraer al rival más allá del río, así que el bizantino aprovechó la contención de los vándalos para cruzar impune el arroyo con una fuerza mucho más numerosa y, a continuación, después de despistar al enemigo lanzando un ataque por el centro, extendió su embestida a lo largo de todo el frente.

La resistencia de los vándalos fue pronto doblegada y tuvieron que refugiarse en su campamento fortificado. Luego, caída la noche, Gelimer emprendió la huida, y su ausencia disgregó a sus tropas. Esta victoria, que Belisario remataría con la persecución y captura del caudillo rival, puso punto final a la reconquista del África romana, algo que, si bien al principio había parecido una empresa suicida, al final resultó ser sorprendentemente sencilla en su ejecución.

La facilidad con que se obtuvo este triunfo animó a Justiniano, en 535, a intentar recuperar Italia y Sicilia de los ostrogodos, con el menor coste posible. Para empezar, ordenó que un reducido ejército remontase la costa dálmata y luego convenció a los francos de que atacaran a los godos por el norte, tras prometerles el pago de una serie de subsidios. Pero estas eran solo maniobras de diversión, pues, entretanto, envió a Belisario rumbo a Sicilia con una fuerza expedicionaria de doce mil hombres y con órdenes de que, tan pronto desembarcase, diese a entender que el contingente que comandaba se dirigía a Cartago. A continuación, su objetivo era ocupar la isla, siempre y cuando estimase que podría hacerlo con facilidad; de no ser así, reembarcaría sin mostrar sus cartas. Llegado el momento, la resistencia fue prácticamente nula porque, aunque las ciudades sicilianas habían recibido un buen trato por parte de sus conquistadores, acogieron con gusto a Belisario como libertador y protector. Las pequeñas plazas godas no supusieron un serio obstáculo en la reconquista de la isla, y Palermo, que ofreció mayor resistencia, fue

doblegada mediante una estratagema. En cambio, el intento de invasión de Dalmacia resultó un desastre, si bien tan pronto como pudo reanudarse ese plan de avance de distracción con un ejército bizantino reforzado, Belisario cruzó el estrecho de Mesina para iniciar la invasión de Italia.

Las diferencias entre los pueblos godos y la negligencia de su rey le allanaron el camino a través del sur de Italia hasta llegar a Nápoles, una ciudad magníficamente fortificada y donde se hallaba acantonado un ejército comparable al del propio Belisario. Aunque el general vio frustrado su avance durante un tiempo, finalmente dio con una vía de entrada a la ciudad: un acueducto en desuso. Tras introducir por aquel estrecho túnel a un grupo de hombres cuidadosamente escogidos, Belisario combinó un ataque por la retaguardia con una escalada frontal por la noche y de esta forma se hizo con el control de la ciudad.

La caída de Nápoles soliviantó a los ostrogodos de tal manera que se produjo un levantamiento contra el rey, el cual fue derrocado y reemplazado por un vigoroso general llamado Vitiges, quien, no obstante, optó por un planteamiento militar nada original según el cual era necesario acabar con la guerra contra los francos antes de concentrarse frente al nuevo invasor. De modo que dejó en Roma lo que él consideró una guarnición adecuada y emprendió la marcha hacia el norte para combatir a los francos. Pero el pueblo romano no estaba de acuerdo con este planteamiento y, ante la presencia de Belisario, la guarnición goda se creyó incapaz de defender Roma sin la ayuda de su ciudadanía y emprendió la retirada, facilitando así su ocupación por parte del general bizantino.

Para cuando Vitiges quiso reparar su errónea decisión ya era demasiado tarde y, después de comprar a los francos con tierras y oro, reunió un ejército de ciento cincuenta mil hombres para recuperar Roma. Belisario contaba con tan solo

diez mil para defenderla, pero en los tres meses de gracia que le concedió el enemigo antes de iniciar el asedio el general tuvo tiempo de remodelar las defensas de la ciudad y de almacenar gran cantidad de víveres. Y lo que es más, emprendió una modalidad de defensa activa, con frecuentes y acertadas incursiones contra el enemigo en las que aprovechaba al máximo la ventaja de que su caballería estuviese armada con arcos, pues esto le permitía acosar a la caballería vándala y mantenerse a la vez fuera de su alcance, o inducir a los lanceros godos a que cargaran inútilmente. Aunque la presión que soportaba el reducido ejército que defendía la ciudad era severa, con mayor rapidez se debilitaban los contingentes de asedio se debilitaban con mayor rapidez, sobre todo debido a las enfermedades. Para acelerar este proceso, Belisario tuvo la frialdad de arriesgarse y enviar dos destacamentos de su exiguo contingente para que atacaran por sorpresa las ciudades de Tivoli y Terracina, que controlaban las rutas de abastecimiento de los asediadores. Luego, cuando llegaron sus refuerzos, Belisario extendió las incursiones de su caballería hasta la costa del Adriático y desde allí hacia el norte, para atacar Rávena, el puerto principal de los godos en el litoral. Finalmente, y después de un año de asedio, los godos abandonaron su intento y emprendieron una rápida retirada hacia el norte, acuciados por la noticia de que una avanzadilla bizantina había tomado Rímini, ciudad que formaba parte de su red de comunicaciones y se hallaba preocupantemente cerca de Rávena. Entonces, cuando las filas de la retaguardia goda cruzaban el puente Milvio, Belisario lanzó contra ellas un último y decisivo ataque, mermando sus fuerzas.

Mientras Vitiges marchaba en dirección noreste hacia Rávena, Belisario despachó una parte de su contingente con la flota, que remontó la costa oeste para capturar Pavía y Milán, mientras que él y un destacamento de apenas tres mil hom-

bres cabalgaban hasta la costa este, donde se le unieron los siete mil hombres de refuerzo con los que acababa de desembarcar Narsés, eunuco y gran chambelán de la corte de Justiniano. Una vez reunidos se aprestaron a acudir en apoyo de su contingente de Rímini, que se encontraba rodeado por Vitiges. Belisario evitó la fortaleza de Osimo, donde los godos habían dejado una fuerza de veinticinco mil hombres, y avanzó hacia Rímini en dos columnas, mientras otra parte de su ejército lo hacía por mar. Con esta aproximación desde tres direcciones distintas, el general pretendía darles a los godos una impresión exagerada de su fortaleza, y para aumentar el efecto hizo prender una larga cadena de fuegos de campaña durante la noche. Esta estratagema, unida al temor que ya por entonces infundía el nombre de Belisario, hizo que el ejército godo, mucho más numeroso, huyera despavorido ante su avance.

El siguiente paso en el plan de Belisario era despejar las vías de comunicación con Roma a la vez que vigilaba de cerca los movimientos de Vitiges en Rávena. Para ello debía someter a todas aquellas fortalezas que se había abstenido de atacar en el transcurso de su rápido avance, una tarea harto complicada dado el reducido número de hombres de los que disponía. Así pues, recurrió al método de aislar y concentrar sus fuerzas en cada fortaleza, una a una, al mismo tiempo que desplegaba una cortina de destacamentos móviles avanzados que mantenía ocupados y circunscritos a un área alejada a los potenciales contingentes enemigos de refuerzo. Con todo, la ejecución del plan llevó un tiempo considerable, e incluso se prolongó más de lo necesario debido a que algunos de sus generales —cuya influencia en la corte les permitió desobedecer las órdenes de Belisario— se mostraron más proclives a atacar los objetivos más fáciles y que más botín les reportasen. Entretanto, esta situación animó a Vitiges a enviar

embajadores a las cortes franca y persa con la atractiva sugerencia de que tenían una oportunidad inmejorable para revertir el curso de la expansión bizantina si se sumaban a un ataque conjunto contra el Imperio desde ambos lados, ahora que sus fuerzas estaban tan diseminadas. El rey de los francos respondió al llamamiento cruzando los Alpes con un gran ejército.

Los primeros en sufrir su azote fueron sus esperanzados aliados porque, después de que estos les hubieran abierto el paso del Po en las proximidades de Pavía, donde los godos tenían enfrente a un ejército bizantino, los francos atacaron sin miramientos a ambos bandos, haciéndolos huir. Procedieron entonces a saquear el territorio, comiéndose cuanto encontraban a su paso, y como aquel ejército estaba compuesto casi en su totalidad por destacamentos de infantería y su alcance de forrajeo era limitado, más pronto que tarde acabaron muriendo de hambre por millares como resultado de la escasez de víveres que ellos mismos habían provocado. Los francos, incapacitados así por su insensata falta de previsión, no osaron avanzar contra un enemigo de gran capacidad móvil y, sin oponer demasiada resistencia, acabaron emprendiendo la retirada ante la presión de Belisario. El general pudo entonces concentrar su atención en Rávena, forzando la rendición de Vitiges.

Tras esta victoria, acaecida en 540, Justiniano requirió la presencia de Belisario en la corte, con la aparente excusa de que debía atender a la nueva (y real) amenaza persa. Pero es posible que fueran los celos los que en verdad motivaron este relevo, puesto que había llegado a oídos de Justiniano que los godos habían propuesto al general firmar la paz, siempre y cuando este fuera reconocido como emperador de Occidente.

Mientras Belisario viajaba de regreso a su patria, Cosroes I, el nuevo rey de Persia, repitió la marcha a través del

desierto que había sido frustrada anteriormente y consiguió tomar Antioquía. Después de expoliar esta y otras ciudades sirias de sus riquezas, aceptó la oferta de Justiniano de recibir un cuantioso tributo anual a cambio de la firma de un nuevo tratado de paz. El emperador se ahorró el pago rompiendo el tratado tan pronto como Cosroes estuvo de regreso en Persia y Belisario en Constantinopla. De esta forma, quienes salieron perdiendo fueron sus súbditos, un resultado que se aviene a lo que suele ocurrir en las guerras.

En la siguiente campaña, el rey Cosroes invadió la Cólquida, en la costa del mar Negro, y capturó la fortaleza bizantina de Petra. Al mismo tiempo, Belisario alcanzaba la frontera oriental y, al enterarse de que Cosroes había partido en una expedición a tierras lejanas, si bien no se sabía todavía adónde, aprovechó de inmediato la ocasión para realizar una incursión por sorpresa en territorio persa, cuyo efecto amplió con ayuda de sus aliados árabes, que descendieron por el Tigris y atacaron Asiria. Con este golpe tan oportuno, Belisario demostraría inconscientemente el carácter trascendental de la aproximación indirecta, puesto que con él amenazó la base del ejército persa que había invadido la Cólquida y, en consecuencia, obligó a Cosroes a regresar rápidamente para impedir que cortasen sus vías de comunicación.

Poco después, Belisario volvió a ser requerido en Constantinopla, en esta ocasión con motivo de una serie de problemas internos. Durante su ausencia de Oriente, el rey persa invadió Palestina con la intención de tomar Jerusalén, que, desde la destrucción de Antioquía, se había convertido en la ciudad más próspera de Oriente. Cuando Justiniano se enteró de la noticia, envió a Belisario al rescate. Para esta ocasión, Cosroes había reunido un ejército descomunal, se estima que integrado por alrededor de doscientos mil hombres, y por tanto no pudo tomar la ruta a través del desierto, así que hu-

bo de remontar el Éufrates hasta Siria antes de desviarse hacia el sur rumbo a Palestina. Conociendo el camino que tomaría Cosroes, Belisario concentró todas las tropas de las que disponía, escasas pero móviles, en la ciudad de Karkemish, ubicada a orillas del alto Éufrates y desde donde podrían amenazar el flanco de la línea de avance del invasor cuando se aproximase al tramo donde sería más vulnerable: el punto del desvío hacia el sur. Cuando Cosroes fue informado de su presencia, envió un mensajero a Belisario con el falso propósito de discutir las bases de un posible acuerdo de paz, si bien su verdadera intención era determinar el número y capacidad de las tropas del enemigo —que, todo hay que decirlo, eran menos de una décima parte, puede que incluso apenas llegasen a sumar la vigésima parte, del total del ejército invasor.

Pero, adivinando el verdadero objeto de aquella visita, Belisario puso en escena una «representación» militar. Reunió a los mejores de sus hombres —entre ellos, contingentes de godos, vándalos y árabes que se habían alistado en sus filas después de haber sido hechos prisioneros— y se trasladó con ellos hasta un punto situado en el camino de aproximación del mensajero persa, con el fin de que este creyera que habían salido a su encuentro en uno de los puestos de avanzadilla de un gran ejército. Además, indicó a los soldados que se desplegaran por la llanura y permanecieran en constante movimiento, pues así aparentarían ser muchos más en número. Esta falsa impresión se vería reforzada por la actitud relajada y confiada que mostró Belisario ante el enviado y por el comportamiento despreocupado de las tropas, como si no tuviesen nada que temer ante un posible ataque. El informe del mensajero convenció a Cosroes de que era demasiado arriesgado proseguir la invasión con tan formidable ejército emplazado a un flanco de sus comunicaciones, y a continuación, valiéndose de otra serie de desconcertantes maniobras de su

caballería a lo largo del Éufrates, Belisario acabó de engañar a los persas, que se apresuraron a cruzar el río y emprender la retirada. Nunca en la historia se ha truncado una invasión, potencialmente incontenible, de manera tan económica. Y este milagroso resultado se logró mediante una aproximación indirecta que, a pesar de plantearse desde una posición aventajada sobre el flanco enemigo, fue en sí misma puramente psicológica.

De nuevo fue Belisario convocado a Constantinopla por un Justiniano envidioso de su fama creciente. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que la ineficacia de la administración bizantina en Italia hiciera peligrar su control sobre aquellos dominios, y el emperador no tuvo más remedio que recurrir a Belisario, una vez más, para restablecer el orden. No obstante, una mezcla de celos y parsimonia indujo al emperador a dotar a su general con escasísimos recursos para afrontar una situación que, para cuando Belisario llegó a Rávena, había adquirido un cariz alarmante. Y es que los godos, bajo su nuevo rey, Totila, habían rehecho gradualmente su ejército, recuperado el domino sobre todo el noroeste de Italia e invadido el sur a continuación. Habían tomado Nápoles y ahora amenazaban con hacer lo mismo con Roma. Belisario llevó a cabo un osado pero infructuoso intento de salvar Roma, circunnavegando la costa con un destacamento para, luego, abrirse paso remontando el Tíber. Totila reaccionó a esta maniobra desmantelando las fortificaciones y dejando atrás un contingente de unos quince mil hombres, que habrían de demorar el avance de los siete mil soldados de Belisario desde la costa mientras él se dirigía al norte con el fin de tomar Rávena, aprovechando la ausencia del general bizantino. Pero Belisario fue más hábil que el enemigo y, tras burlar aquel contingente, alcanzó Roma, tendiendo un cebo al que no podría haberse resistido ningún godo de pro. Tres

semanas después, el tiempo que tardó Totila en regresar con su ejército, Belisario había reparado las fortificaciones —con excepción de las puertas— de tal forma que fue capaz de repeler dos violentos ataques sucesivos. El importante número de bajas que sufrieron los godos en estas acometidas minó su confianza, y cuando se decidieron a ejecutar un tercer ataque, Belisario respondió con un contraataque que desbarató sus filas y los hizo retroceder. Al día siguiente abandonaron el asedio y se retiraron a Tívoli.

Así y todo, Justiniano solo respondía a las repetidas demandas de Belisario con un lento goteo de refuerzos, motivo por el cual, en lugar de intentar reconquistar la totalidad del país, el general se vio forzado a pasar varios años inmerso en una campaña de ataques relámpago de fortaleza a fortaleza y de puerto a puerto. Al final, consciente de que el emperador jamás iba a confiarle un ejército lo bastante potente, Belisario consiguió, en 548, que se le permitiera abandonar el mando y regresar a Constantinopla.

Cuatro años más tarde, Justiniano se arrepintió de su decisión de abandonar Italia y decidió emprender una nueva expedición; reacio a encargársela a Belisario por si con ello daba alas a un aspirante potencial a la soberanía, acabó entregando el mando a Narsés, que había demostrado ser desde hacía tiempo un perspicaz analista de la teoría de la guerra y que en la fase decisiva de la primera campaña de Belisario en Italia había tenido ocasión de poner en práctica sus capacidades.

Narsés aprovechó al máximo la oportunidad. En primer lugar, condicionó su aceptación de la oferta a que se le proporcionase un ejército realmente fuerte y bien equipado, y con él marchó rumbo norte, bordeando el litoral adriático. Su avance se vio favorecido por la creencia de los godos de que la invasión necesariamente se produciría por el mar, puesto que dieron por hecho que no tomaría la accidentada ruta costera,

salpicada de numerosas desembocaduras fluviales y demasiado complicada para la marcha. Pero, valiéndose de una importante flota, que seguía su avance por tierra desde el mar y cuyos barcos utilizó para tender puentes flotantes, Narsés consiguió progresar a una velocidad sorprendente y llegó a Rávena sin hallar oposición. Sin perder tiempo, prosiguió hacia el sur, evitando las fortalezas que obstaculizaban su camino, con el único objetivo de obligar a Totila a entablar batalla antes de que este tuviese tiempo de reunir a todas sus fuerzas. Totila controlaba la vía de paso principal a través de los Apeninos, pero Narsés consiguió cruzarlos por un camino secundario y se plantó ante el campamento de su rival en Tagina.

A diferencia de la constante inferioridad con la que había luchado Belisario en las campañas anteriores, Narsés contaba para la ocasión con un ejército mucho más numeroso que el de los godos. No obstante, y tras haber sacado el máximo provecho de una estrategia ofensiva, Narsés prefirió enfrentarse a Totila con una táctica defensiva. Dando por descontado que el instinto ofensivo de los godos les empujaría a tomar la iniciativa en el ataque, Narsés les preparó una trampa semejante a la que, ochocientos años más tarde, emplearían los ingleses contra la caballería francesa en Crécy. El general sabía que los godos tenían justificadamente en poco a la infantería bizantina por su debilidad frente a las cargas de caballería, y en ello basó su táctica. Así pues, situó en el centro de su línea de ataque un gran cuerpo de jinetes desmontados, que habrían de emplear sus lanzas desde el suelo y que a ojos del enemigo parecerían un cuerpo de lanceros de infantería. A ambos flancos de este cuerpo central, dispuso a sus arqueros de a pie formando dos medias lunas muy adelantadas para que pudiesen rechazar cualquier asalto sobre el centro, e inmediatamente detrás de ellos colocó a buena parte de la ca-

ballería. A la izquierda, al pie de una apartada colina, emplazó un destacamento de jinetes de élite con el que poder ejecutar una carga sorpresa contra la retaguardia goda una vez entrados en batalla.

Esta trampa tan hábilmente urdida cumplió su cometido. La caballería goda embistió de lleno contra el que se suponía era el punto más débil de la línea enemiga, a saber, el cuerpo de infantería que ocupaba el centro, pero en su arremetida sufrió gravemente bajo el fuego convergente de los arqueros situados en los flancos y, a continuación, se vio frenada de frente por la firmeza de los lanceros desmontados, a la vez que soportaba una lluvia de flechas cada vez más intensa proveniente de los arqueros, cuyas líneas se cerraban en torno a ella. La infantería goda, por su parte, no se decidía a intervenir por temor a que los arqueros a caballo que Narsés había apostado en las estribaciones de la colina de uno de los flancos la atacasen por la retaguardia. A pesar de sus denodados esfuerzos por avanzar, la caballería goda acabó desmoralizada ante la futilidad de su embestida y empezó a retroceder, momento que Narsés aprovechó para lanzar un decisivo contraataque con su propia caballería, que hasta ese momento había mantenido a la expectativa. La derrota de los godos fue tan contundente que Narsés ya apenas halló resistencia en la ejecución de la segunda reconquista de Italia.

El sometimiento definitivo de los godos liberó a Narsés de la campaña en Italia en el momento justo en el que los francos respondían a la llamada desesperada de ayuda de los godos con una nueva incursión. En esta ocasión, los francos penetraron en el territorio mucho más que la vez anterior, llegando hasta Campania. Se diría que Narsés, bebiendo de la experiencia de la primera invasión franca, quería que ellos mismos se ataran la soga al cuello, es decir, evitar entrar en batalla hasta que su fabuloso ejército viera diezmados sus nú-

meros por los rigores de la marcha y el efecto de la disentería. Así y todo, este todavía sumaba ochenta mil hombres cuando Narsés por fin plantó cara al enemigo en Casilino (553). Para esta ocasión, ideó una astuta trampa teniendo en cuenta las tácticas de uso común entre sus adversarios. El suyo era un ejército de infantería y, como tal, formaba una columna de ataque profunda, confiando el éxito a dos elementos: masa y empuje. Sus armas eran de corto alcance: lanza, hacha arrojadiza y espada.

En Casilino, Narsés ubicó en el centro de su línea de avance a lanceros y arqueros a pie. La carga de los francos los hizo retroceder, pero entonces el bizantino adelantó a la caballería de las alas en un movimiento envolvente contra los flancos del enemigo. Esta maniobra detuvo el ataque de los francos, que ahora giraron en redondo, dispuestos a enfrentar una carga de Narsés. Pero este no hizo nada por el estilo, consciente de que la formación de su rival era demasiado compacta como para romperla con una fuerza de choque. En su lugar, mantuvo a la caballería justo fuera del alcance de las hachas arrojadizas de los francos y ordenó a sus jinetes que abrieran fuego con sus arcos, sometiendo a una lluvia de flechas a aquella masa cerrada de soldados enemigos que no podían defenderse si no era quebrando las filas de su compacta formación. Cuando los francos por fin decidieron relajar el orden de batalla, con el fin de escapar de aquel tormento, y empezaron a recular, Narsés aprovechó la ocasión para lanzarse a la carga. Este embiste tan oportuno disgregó al enemigo, y pocos hombres lograron escabullirse de la escaramuza.

A primera vista, se podría pensar que las campañas de Belisario y de Narsés revisten mayor interés táctico que estratégico, sobre todo teniendo en cuenta que un gran número de sus movimientos conducirían directamente a la batalla, y que

en las suyas hay menos ejemplos de maniobras calculadas contra las vías de comunicación del enemigo que en las campañas de otros grandes generales. Sin embargo, si las examinamos de cerca, la impresión es otra. Belisario había desarrollado un novedoso instrumento táctico con el que sabía que podía contar para derrotar a ejércitos enemigos muy superiores en número, siempre y cuando lograse inducir al oponente a que le atacase bajo las condiciones más favorables para su propia táctica. Para tal fin, su propia inferioridad numérica —cuando no era exagerada— constituía una ventaja, sobre todo si la combinaba con una ofensiva estratégica audazmente directa. Por lo tanto, su estrategia era más psicológica que logística. Belisario sabía cómo provocar a los ejércitos bárbaros de Occidente para que dieran rienda suelta a su instinto, que por naturaleza se inclinaba al ataque directo; con los persas, más sutiles y diestros, consiguió aprovecharse, al principio, de su sentimiento de superioridad hacia los bizantinos, y más tarde, cuando se ganó su respeto, se valió de su recelo para someterlos psicológicamente.

Fue un maestro en el arte de convertir su debilidad en fortaleza, y la fortaleza del contrario en debilidad. Sus tácticas poseían, además, esa cualidad fundamental de toda aproximación indirecta que no es otra que la de desequilibrar al oponente de tal forma que una de sus articulaciones quede expuesta para de inmediato proceder a su dislocación.

Durante su primera campaña en Italia, cuando en el transcurso de una conversación privada entre amigos se le preguntó de dónde provenía aquella confianza con la que se enfrentaba a fuerzas enemigas tan superiores, Belisario respondió diciendo que, en el primer choque contra los godos, había andado a la caza de sus puntos débiles y descubierto que no eran capaces de coordinar los movimientos de los distintos cuerpos en el fragor de la batalla. El motivo, aparte de las di-

ficultades que de por sí entrañaba movilizar a tan elevado número de hombres, era que, mientras que la caballería de Belisario estaba conformada por excelentes jinetes, los godos carecían de experiencia en este ámbito; sus jinetes solo sabían usar la lanza y la espada, y los arqueros de a pie estaban acostumbrados a colocarse siempre detrás y a resguardo de la caballería. Por lo tanto, los jinetes resultaban del todo ineficaces salvo en el cuerpo a cuerpo, a la vez que no tenían medio de defenderse contra un enemigo montado que se mantenía fuera de su alcance y lo sometía a una lluvia de flechas; y los arqueros de a pie, por su parte, no se arriesgaban a que la caballería enemiga los sorprendiese en campo abierto. El resultado de todo esto era que la caballería goda no perdía oportunidad para aproximarse al enemigo y, por tanto, era fácil hacerla caer en la tentación de lanzar una carga inoportuna; mientras que la infantería, por el contrario, tendía a quedarse atrás cuando la caballería en la que se escudaba se adelantaba demasiado, con lo que la combinación de cuerpos se rompía y abría un hueco por el que podían lanzarse contraataques desde los flancos.

El sistema táctico y la estrategia defensiva-ofensiva desarrollados por Belisario se convirtieron en los pilares sobre los que se cimentó el Imperio bizantino y que hicieron posible la pervivencia de su posición y de la cultura romana durante los siglos posteriores, mientras Europa occidental se sumía en las tinieblas del Medievo. El desarrollo de las teorías militares y la reorganización de los ejércitos que propiciaron estos métodos aparecen reflejados en esos dos grandes tratados bizantinos sobre el arte militar que son el *Strategikon* del emperador Mauricio y la *Táctica* del emperador León VI el Sabio. Esta estructura demostró ser lo suficientemente robusta para resistir la presión de los bárbaros por múltiples frentes, e incluso la marea conquistadora musulmana que anegó el Imperio

persa. Aunque se perdieron territorios en los confines del Imperio bizantino, este conservó intactos sus principales bastiones, y a partir del reinado de Basilio I, en el siglo IX, se fue recuperando de forma progresiva el terreno perdido. Ya bajo Basilio II, a comienzos del siglo XI, el Imperio alcanzó una supremacía comparable a la de tiempos de Justiniano, quinientos años antes, si bien esta vez detentando un poder mucho más estable y afianzado.

Cincuenta años después, esta solidez se tambalearía, y con ella se verían truncadas todas sus perspectivas de futuro, y ello en el transcurso de unas pocas horas. La inmunidad a las amenazas exteriores durante un tiempo tan prolongado había conducido a recortes cada vez mayores en el presupuesto militar y provocado la decadencia y mengua del ejército. Entonces, el poder creciente de los turcos selyúcidas bajo el sultán Alp Arslan, a partir de 1063, excitó entre los bizantinos —aunque tarde— la necesidad de rearmarse, y en 1068 fue coronado emperador el general Romano IV Diógenes con el objetivo de poder enfrentarse mejor el peligro. Pero este, en lugar de tomarse el tiempo necesario para instruir al ejército y elevarlo a su antiguo grado de eficiencia, se embarcó de forma prematura en una campaña ofensiva. Espoleado por una primera victoria en el Éufrates, Romano se adentró con sus ejércitos hasta el interior de Armenia y allí, en las proximidades de Mancicerta, se encontró con el grueso de las fuerzas selyúcidas. Impresionado por el tamaño del ejército bizantino, Alp Arslan se ofreció a iniciar negociaciones para llegar a un acuerdo de paz, pero Romano insistió en que, antes de entablar cualquier conversación, el sultán turco debía abandonar su campamento y retirarse, una exigencia que difícilmente podía esperar que aceptara este último, pues habría perdido toda la credibilidad ante sus hombres. Así pues, tras la negativa de su rival, Romano lanzó un ataque y, rompien-

do con la tradición militar bizantina, tomó la iniciativa, avanzando una y otra vez en un vano intento por aproximarse a un enemigo muy hábil que eludía la confrontación y cuyos enjambres de arqueros a caballo hostigaban y entorpecían su avance. Al anochecer, cuando por fin ordenó la retirada, sus tropas estaban exhaustas y el orden de batalla descabalado; ese fue el momento en el que los turcos aprovecharon la ocasión y cerraron filas sobre sus flancos, ejerciendo una presión envolvente que hizo que su ejército se disgregase.

La derrota resultó tan completa y desastrosa que los turcos no tardaron en conquistar la mayor parte de Asia Menor. Así fue como la insensatez de un único y temerario general, cuyo espíritu ofensivo no estaba compensado por el buen juicio, hizo que el Imperio sufriera un golpe del que ya nunca se recuperaría, aunque sí tuvo la suficiente capacidad de resistencia como para sobrevivir, si bien disminuido, otros cuatrocientos años más.

5

Guerras medievales

Este capítulo tiene como única intención servir de nexo entre la Historia Antigua y la Historia Moderna, ya que, aunque hay varias campañas medievales muy tentadoras, cuyo análisis podría resultar muy ilustrativo, las fuentes de información disponibles sobre sus pormenores son mucho más escasas y bastante menos fidedignas que aquellas con las que contamos para el estudio de épocas anteriores o posteriores. Para establecer una verdad científica, la deducción de las causas y los efectos debe basarse en el análisis de hechos históricos contrastados, y ello significa tener que renunciar al estudio de determinados periodos —aun a riesgo de obviar valiosos ejemplos que podrían contribuir a confirmar nuestras teorías— en los que las crónicas y la literatura histórica sobre esos hechos se contradicen. Es cierto que esta controversia se produce principalmente en torno a los detalles tácticos de la historia militar medieval y no tanto a los estratégicos, pero la polvareda levantada por estos puntos de vista encontrados tiende a envolver a unos y otros en una confusa nube que distorsiona la visión de quien los estudia, excitando en él grandes —por no decir excesivas— dudas acerca de las deducciones obtenidas de este periodo. No obstante, y aun sin tenerlos en cuenta para la elaboración de nuestras conclusiones, sí que hay determinados episodios de esa época en los que merece la pena detenerse, aunque solo sea superficialmente y para dejar constancia de su interés y del provecho potencial al que su análisis podría dar lugar.

Durante el Medievo, el espíritu del caballero feudal de Occidente no puede decirse que se guiara precisamente por el dictado de las normas más elementales del arte de la guerra, más bien todo lo contrario, pero existen un puñado de eventos —no menos, todo hay que decirlo, que en cualquier otro periodo de la historia— que rompen y proporcionan cierto lustre al monótono y torpe transcurrir de la acción militar predominante en la época.

Los normandos nos brindan algunos de los primeros toques de brillo, y sus descendientes continuaron iluminando el curso de las guerras medievales. El valor que otorgaban a su sangre les indujo a estrujarse el cerebro antes que agotarla, y el resultado no podía haberles sido más provechoso.

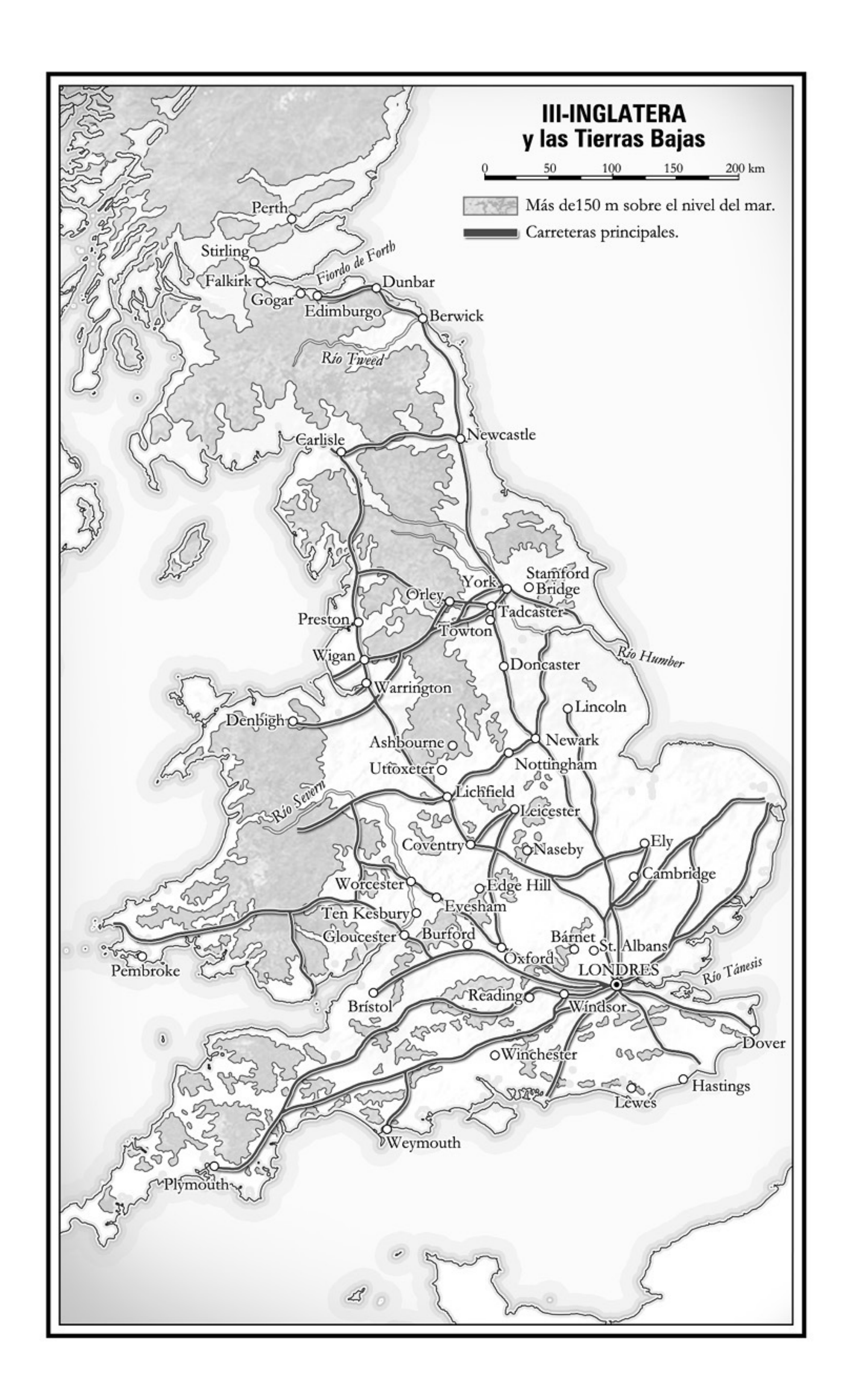
Si hay una fecha que todos los colegiales ingleses tienen grabada en su memoria, aunque solo sea esa, no es otra que 1066, un momento marcado por el despliegue de una estrategia y unas tácticas tan hábiles como decisivo fue el resultado de su aplicación; y cuando decimos que fue decisivo, no solo nos referimos a su consecuencia más inmediata, sino al efecto que tendría sobre el curso de la historia en su conjunto. Para la invasión de Inglaterra, Guillermo el Conquistador, por entonces duque de Normandía, se valió de una maniobra de distracción estratégica y, por tanto, disfrutó desde su mismo comienzo de las virtudes de una aproximación indirecta. Esta distracción fue el desembarco del hermano rebelde del rey Harold, Tostig, y de su aliado, Harald Hardrada, rey de Noruega, en la costa de Yorkshire, el cual, aunque considerado un peligro menos inminente que la invasión de Guillermo, se produjo antes y, por tanto, contribuyó a dar mayor efectividad a los planes de este, por mucho que se sofocara con rapidez. Dos días después de la aniquilación de los invasores noruegos en Stamford Bridge, Guillermo desembarcó en la costa de Sussex.

En lugar de avanzar hacia el norte, se dedicó a arrasar las tierras de Kent y Sussex, incitando a Harold a marchar precipitadamente hacia el sur —con solo una parte de sus tropas —. De esta forma, cuanto más se internase Harold en el sur, y cuanto antes le plantase batalla Guillermo, mayores serían el espacio y el tiempo que separarían al rey anglosajón de sus refuerzos. Si tal fue el cálculo que hizo Guillermo, el desarrollo de los acontecimientos le daría la razón. Tras atraer a Harold hasta las proximidades de Hastings, junto a la costa del Canal de la Mancha, entabló batalla y se hizo con la victoria, valiéndose de una aproximación indirecta táctica: ordenó a parte de su ejército que simulara huir y de esta forma consiguió romper el orden de batalla del enemigo. Luego, en la fase final, dio orden de que los arqueros disparasen en un ángulo de tiro muy elevado, sometiendo al enemigo a una lluvia de flechas —bajo la que cayó el mismísimo Harold— en lo que podría calificarse como una maniobra de tiro de aproximación indirecta.

La estrategia empleada por Guillermo después de esta victoria resulta igual de significativa. En vez de poner rumbo a Londres directamente, se dirigió primero a Dover, asegurándose el control de este importante puerto y, también, el de sus propias vías marítimas de comunicación. Ya en las proximidades de Londres, evitó lanzar un ataque directo contra la ciudad y, en su lugar, la rodeó por el sur hacia el oeste y luego hacia el norte, dibujando una ruta circular de devastación con la que amenazó seriamente las fuentes de suministro de víveres de la capital y precipitó la rendición de esta cuando ya había avanzado hasta Berkhamstead.

El siglo siguiente fue testigo aún de otra demostración de la genialidad militar normanda, en esta ocasión en el marco de una de las más asombrosas campañas de la historia, aquella que, de la mano del conde Richard de Clare, popularmen-

te conocido como Strongbow, y de unos pocos centenares de caballeros oriundos de las Marcas Galesas, se saldó con la conquista de la mayor parte de Irlanda y con el rechazo de una importante invasión noruega, una hazaña muy notable si tenemos en cuenta la extrema escasez de medios, lo complicado del terreno, cubierto de bosques y ciénagas, y la capacidad de adaptación que exhibieron los conquistadores al reescribir y cambiar radicalmente los métodos convencionales de la guerra feudal. Demostraron habilidad y cálculo en su forma de incitar repetidamente al enemigo a luchar en campo abierto, donde eran más efectivas las cargas de su caballería; en su forma de explotar las falsas retiradas, las maniobras de distracción, los ataques de retaguardia para romper la formación del rival; en el empleo estratégico del efecto sorpresa, de los ataques nocturnos y del fuego de los arqueros con el fin de vencer la resistencia del contrincante cuando este se mostraba reacio a abandonar la seguridad de sus defensas.


III-INGLATERA
y las Tierras Bajas
0 50 100 150 200 km
Más de150 m sobre el nivel del mar.
Carreteras principales.
Perth
Stirling
Fiordo de Forth
Falkirk
Dunbar
Gogar
Edimburgo
Berwick
Río Tweed
Carlisle
Newcastle
York
Stamford
Bridge
Orley
Tadcaster
Preston
Towton
Río Humber
Wigan
Doncaster
Warrington
Lincoln
Denbigh
Newark
Ashbourne
Nottingham
Uttoxeter
Lichfield
Río Severn
Leicester
Coventry
Naseby
Ely
Cambridge
Worcester
Edge Hill
Evesham
Ten Kesbury
Gloucester
Burford
Bárnet
St. Albans
Pembroke
Oxford
LONDRES
Río Tánesis
Reading
Brístol
Windsor
Dover
Winchester
Hastings
Lewes
Weymouth
Plymouth

El siglo XIII, sin embargo, ofrece todavía más ejemplos de habilidad estratégica. El primero de ellos tendría lugar en 1216, cuando el rey Juan I de Inglaterra salvó su reino, después de casi perderlo, con una campaña en la que entraría en juego una estrategia pura y dura, sin batallas de por medio. Los medios de los que se valió Juan fueron la movilidad, la gran capacidad de resistencia de las fortalezas de la época y el poder psicológico que le otorgaba la aversión que por naturaleza sentía la burguesía hacia los barones y su aliado extranjero, el rey Luis VIII de Francia. Cuando Luis ocupó Londres y Winchester, después de desembarcar en el este de Kent, Juan no disponía de fuerzas suficientes para plantarle batalla, por no decir que los barones controlaban buena parte del país. Así y todo, Juan todavía conservaba las fortalezas de Windsor, Reading, Wallinford y Oxford —que dominaban el curso del Támesis y mantenían separadas al sur y al norte del río a las fuerzas de los barones—, al tiempo que Dover, una plaza fuerte estratégica, seguía intacta en la retaguardia de Luis. Juan se había replegado hasta Dorset, pero en julio, al aclararse la situación, marchó al norte, hasta Worcester, donde se hizo con el control de la frontera del río Severn y pudo así establecer una barrera para impedir que la rebelión continuara su propagación por el oeste y el suroeste. Hecho esto, avanzó hacia el este a lo largo del curso del Támesis, que seguía bajo su control, como si tuviera la intención de acudir en auxilio de Windsor.

A fin de convencer a los sitiadores de la ciudad de que en verdad ese era su objetivo, envió un destacamento de arqueros galeses para que abrieran fuego sobre el campamento enemigo durante la noche, una maniobra de distracción que le permitió desviarse hacia el noreste y llegar a Cambridge antes que el contrario. De este modo pudo cortar las vías de paso hacia el norte con otra barrera, mientras el grueso de las

fuerzas francesas seguía dedicado al asedio de Dover. Su éxito a la hora de acotar y contraer el área de acción de opositores y desafectos truncó los planes de los rebeldes y su aliado, aun cuando el reinado del rey Juan llegaría a su fin con su fallecimiento aquel mes de octubre. Y así como a Juan le sobrevino la muerte por un exceso de melocotones y cerveza, el enemigo vio frustradas sus esperanzas por un exceso de plazas fuertes estratégicas.

La siguiente insurrección de los barones se encargaría de atajarla con maestría estratégica, en 1265, el príncipe Eduardo, futuro rey Eduardo I. Tras la derrota sufrida por Enrique III en Lewes, los barones establecieron su supremacía a lo largo y ancho de la práctica totalidad de Inglaterra, exceptuando la región de las Marcas Galesas. De modo que hacia allí marchó Simón de Montfort, cruzando el Severn y avanzando triunfal hasta Newport. El príncipe Eduardo, que había burlado al ejército de los barones y conseguido reunirse con sus partidarios en los condados fronterizos, frustró los planes de Montfort al tomar los puentes del Severn, que este había dejado atrás, y empezar a avanzar por su retaguardia. Pero no solo consiguió Eduardo con su maniobra obligarle a retroceder y cruzar el río Usk, sino que, valiéndose de tres galeras, atacó la flota que Montfort tenía fondeada en Newport e impidió que este pudiera recurrir a sus barcos para transportar a su ejército de regreso a Inglaterra. Así pues, el barón no tuvo más remedio que emprender la marcha hacia el norte dando un gran y extenuante rodeo a través de las yermas comarcas de Gales, mientras Eduardo se retiraba de regreso a Worcester para defender el Severn de la llegada de su enemigo. Entonces, cuando el hijo de Montfort acudió con un ejército al auxilio de su padre desde el este de Inglaterra, Eduardo supo explotar su céntrica posición para aplastar sucesivamente a ambos Montfort —cuando estos todavía esta-

ban separados e incomunicados entre sí— mediante la ejecución de una serie de fintas y contrafintas que, gracias a su excepcional movilidad, le permitieron lanzar contra ellos un par de aplastantes ataques sorpresa, primero en Kenilworth y luego en Evesham.

Ya como rey, Eduardo realizaría una aportación todavía más importante a la ciencia militar en el transcurso de sus guerras galesas, no solo al desarrollar el empleo del arco y la combinación de cargas de caballería con el fuego de los arqueros, sino también, lo que es más relevante, por su peculiar método estratégico de conquista. Durante estas campañas, el reto de Eduardo consistía en someter a un duro y salvaje pueblo montaraz que podía rehuir la batalla retirándose a las montañas para luego volver a ocupar los valles en invierno, cuando las fuerzas invasoras cesaban las hostilidades. Pero si los medios de los que disponía Eduardo eran relativamente limitados en comparación con los del enemigo, también es cierto que contaba con una importante ventaja, y es que la extensión del territorio a conquistar también era limitada. Para superar el reto, Eduardo recurrió a una combinación de movilidad y establecimiento de puntos estratégicos. Al erigir castillos en estos lugares, abrir vías de comunicación entre ellos y mantener al enemigo en constante movimiento —para que este no pudiera recuperarse física y psicológicamente, ni tampoco recuperar el territorio perdido durante el invierno —, quebró sus filas y socavó su poder de resistencia.

Pero las dotes estratégicas de Eduardo no fueron revalidadas por sus sucesores y de la guerra de los Cien Años y de la estrategia que en ella emplearan su nieto y su bisnieto no hay nada que se pueda aprender que no sea negativo. Sus despliegues sin sentido por Francia resultaron en su mayoría ineficaces; y en las pocas ocasiones en que obtuvieron magníficos resultados, estos no se debieron a otra cosa que a su temeri-

dad. Y es que, en las campañas de Crécy y de Poitiers, Eduardo III y el Príncipe Negro[21] se colocaron, respectivamente, en una situación muy peligrosa. El mérito de la victoria, en ambos casos, residiría en un factor extremadamente indirecto y del todo inintencionado, pues fue nada menos que la propia situación de apuro de los ingleses la que incitó a un enemigo envalentonado a lanzarse a la batalla en unas condiciones que le eran de todo menos ventajosas, y, por tanto, brindó a los ingleses la oportunidad de salir indemnes de su precaria situación. Y es que, al librar el combate a la defensiva, y en un campo de batalla escogido por ellos, su empleo del arco largo contra las tácticas insustanciales de los caballeros franceses garantizó a los ingleses la superioridad táctica.

Pero la severidad de estas derrotas en el campo de batalla acabó favoreciendo a los franceses, porque, en la siguiente etapa de la guerra, se cuidaron mucho de recurrir a maniobras que no se ajustasen estrictamente a la política de guerra fabiana del condestable Bertrand du Guesclin. Para llevar a efecto esta política, Du Guesclin recurrió a la estrategia de evitar enfrentarse en combate con el grueso del ejército inglés, a la vez que se afanaba en entorpecer los movimientos del enemigo y constreñía su campo de acción. Así pues, lejos de eludir el enfrentamiento de forma pasiva, su estrategia explotaría la movilidad y el efecto sorpresa hasta niveles que pocos generales han logrado alcanzar a lo largo de la historia, interceptando convoyes, desmembrando destacamentos y capturando guarniciones aisladas. Los ataques sorpresa sobre estas últimas, que siempre se acometían desde rutas de aproximación alternativas a la línea natural de expectativa y, a menudo, al amparo de la noche, ganaban efectividad gracias a sus nuevos y rápidos métodos de asalto y a una cuidadosa selección psicológica de los objetivos, decantándose por aque-

llos en los que reinaba el descontento entre las tropas enemigas allí acantonadas o aquellos cuya población ya mostraba cierta predisposición a rebelarse y unirse a su causa. Así pues, se ocupó también de avivar cualquier llama incipiente de malestar local, con la inmediata finalidad de distraer la atención del enemigo y, en última instancia, para arrebatarle porciones de su territorio.

En el transcurso de menos de cinco años, Du Guesclin había reducido las vastas posesiones de los ingleses en Francia a una estrecha franja de territorio entre Burdeos y Bayona. Y lo consiguió sin librar una sola batalla. Es más, ni siquiera atacaba a destacamentos ingleses reducidos si estos habían tenido tiempo de ocupar una buena posición defensiva. Mientras que en la historia militar otros generales se han guiado, como todo buen prestamista, por el principio de «sin garantías no hay anticipo», se podría decir que Du Guesclin anteponía a cualquiera de sus decisiones otra máxima, la de «sin efecto sorpresa no hay ataque».

El siguiente intento serio de los ingleses de conquistar territorio extranjero se llevó a cabo de forma más metódica y con un análisis más calculado del objetivo final y de los medios con que alcanzarlo, si bien después de un arranque un tanto precipitado. La primera y más célebre campaña de Enrique V fue también la más insensata de todas. En la marcha que al más puro estilo eduardiano emprendió en 1415, y que culminó en la batalla de Agincourt, habría bastado con que los franceses le bloquearan el paso para que Enrique y su ejército hubieran sido vencidos por el hambre, pero los mandos galos habían olvidado la lección de Crécy y las enseñanzas de Du Guesclin. Pensaron que estando como estaban al mando de una fuerza cuatro veces superior a la de los ingleses sería un desperdicio utilizarla para otra cosa que no fuera un ataque directo. Como resultado, contribuyeron a los anales de

la historia con una repetición, más vergonzosa si cabe, del episodio de Crécy y Poitiers. Tras salir victorioso de este trance casi de forma milagrosa, Enrique V pondría en práctica una estrategia que podríamos denominar «de conquista por bloques», consistente en el afianzamiento paulatino y metódico de extensiones de territorio en las que se conciliaba a la población con la causa inglesa para así asegurar la conquista. Así pues, las campañas postreras de Enrique V tienen interés y valor por cuanto formaron parte de una «gran estrategia», y no tanto por los métodos estratégicos con que se llevaron a efecto.

Nuestro análisis de la Edad Media desde el punto de vista estratégico bien puede concluirse con una alusión a Eduardo IV, quien, tras ser coronado en 1461, perdería el trono y permanecería en el exilio hasta 1471, cuando lo recuperó gracias a un empleo excepcional de la movilidad.

El éxito de su primera campaña se debió principalmente a la rapidez en la toma de decisiones y posterior actuación. Eduardo de York se encontraba en Gales, luchando contra los partidarios de la casa de Lancaster en esa región, cuando se le informó de que el grueso del ejército de estos marchaba hacia Londres desde el norte. Eduardo dio media vuelta, llegó a Gloucester el 20 de febrero y allí se enteró de la derrota que tres días antes habían sufrido los suyos en Saint Albans, con el conde de Warwick a la cabeza, ante los de Lancaster. La distancia que separaba Saint Albans de Londres era de poco más de treinta kilómetros, mientras que de Gloucester a Londres había más de ciento sesenta; por no decir que los de Lancaster le llevaban tres días de ventaja. Pero el día 22, Warwick se unió a Eduardo en Burford, donde el de York tuvo noticia de que la Autoridad Municipal de Londres todavía se encontraba negociando los términos de su rendición y mantenía cerradas las puertas de la ciudad. Eduardo partió de

Burford al día siguiente y entró en Londres el 26 de febrero, donde fue proclamado rey mientras los desconcertados partidarios de Lancaster emprendían la retirada hacia el norte. Eduardo los persiguió y, en Towton, se arriesgó a atacarles, aun cuando el ejército enemigo era superior en fuerza y el lugar había sido escogido por este último. Con todo, el azar quiso que la balanza se decantara a favor de Eduardo gracias a una tormenta de nieve de la que su lugarteniente, Thomas Fauconberg, supo sacar el máximo provecho arrojando una lluvia de flechas sobre los defensores, cegados por la ventisca, hasta que estos abandonaron sus posiciones y se lanzaron a la carga, sin orden ni concierto, en una huida hacia adelante que resultó fatal.

En 1471, la estrategia de Eduardo gozaría de mayor sutileza y no menos movilidad. En el periodo de tiempo transcurrido desde la victoria de Towton, Eduardo había perdido el trono, pero, ahora, con un préstamo de cincuenta mil coronas que le hizo su cuñado, un pequeño ejército de mil doscientos partidarios y un puñado de cartas de compromiso de sus antiguos aliados en Inglaterra prometiéndole su apoyo, intentó recuperar lo que era suyo. Cuando partió con su flota de Flesinga, en los Países Bajos, las costas de Inglaterra estaban preparadas para su llegada, pero Eduardo, siguiendo un camino distinto a la línea natural de expectativa, se aproximó a la desembocadura del Humber, destino que había escogido con astucia a sabiendas de que al tratarse de una comarca partidaria de la casa de Lancaster esta estaría desguarnecida. Antes de que la noticia de su desembarco pudiera llegar a oídos del enemigo y este tuviera tiempo de unir sus fuerzas, Eduardo se desplazó rápidamente hasta llegar a York y, desde allí, emprendió la marcha hacia el sur, por la carretera de Londres, donde evitó hábilmente a un destacamento que bloqueaba el camino a la altura de Tadcaster. Manteniéndose

siempre a distancia de este contingente, que ahora le perseguía, Eduardo prosiguió su avance hacia Newark, donde le aguardaba el siguiente destacamento enemigo, el cual, sintiéndose amenazado, se replegó hacia el este. Llegado a este punto, Eduardo se desvió hacia el suroeste, en dirección a Leicester, donde pudo sumar más partidarios a su causa. Desde allí se dirigió a Coventry, ciudad en la que el conde de Warwick, convertido ahora en su principal adversario, estaba reuniendo a sus tropas. Así pues, tras haber atraído hasta allí a sus dos perseguidores y habiendo reforzado sus filas a costa del enemigo, giró hacia el sureste y marchó en línea recta hasta Londres, que le abrió sus puertas. Eduardo se sintió ahora lo bastante respaldado como para aceptar entrar en combate, así que partió al encuentro de sus muy desconcertados perseguidores a su llegada a Barnet, y allí, en una batalla enturbiada por la niebla, los derrotó.

Ese mismo día, la reina de la casa de Lancaster, Margarita de Anjou, desembarcó en Weymouth escoltada por mercenarios franceses. Después de agrupar a los partidarios con los que contaba en el oeste, se reunió con el ejército que Jasper Tudor, conde de Pembroke, había reclutado en Gales. Eduardo, haciendo alarde una vez más de su rápida movilidad, llegó a las estribaciones de los montes Cotswold mientras el ejército de Margarita marchaba hacia el norte por el valle situado más abajo, siguiendo el trazado de la ruta entre Bristol y Gloucester. Entonces, en una suerte de carrera que duró todo el día —con un ejército avanzando por el valle y el otro por las montañas, más arriba—, Eduardo la alcanzó en Tewkesbury al caer la noche, pues ella no había podido cruzar el Severn en Gloucester debido a las órdenes que el de York había enviado por adelantado al condestable de la ciudad, urgiéndole a que cerrara las puertas. Eduardo y su ejército habían recorrido más de sesenta kilómetros desde el

alba y esa noche acamparon muy cerca del enemigo para evitar que este pudiera escapar. La posición de los de Lancaster estaba muy bien defendida, pero Eduardo sometió al enemigo al fuego de sus bombardas y arqueros, provocándolo e incitándole a lanzarse a la carga, lo que sin duda le otorgó una ventaja decisiva en la batalla de la mañana siguiente.

La estrategia de Eduardo puede considerarse excepcional desde el punto de vista del uso que hace de la movilidad, pero adolece de esa falta de sutileza tan propia de la época. Y es que la estrategia medieval perseguía, por lo general, el único y sencillo objetivo de entablar batalla de inmediato. Entonces, en las ocasiones en las que el enfrentamiento no acababa en tablas, la derrota solía acompañar al bando que la había provocado, a no ser que este fuera lo suficientemente hábil como para inducir a quien se defendía a convertirse en el asaltante táctico.

Pero el mejor ejemplo de estrategia de la Edad Media no procede de Occidente, sino de Oriente. Y es que, si el siglo XIII resulta notable en Occidente desde el punto de vista de las estrategias empleadas, alcanza niveles sobresalientes gracias a la fulminante lección de estrategia que los mongoles impartieron a los caballeros europeos. Las campañas de los mongoles rivalizan e incluso superan a cualquier otra de la historia militar tanto en magnitud como en calidad, en aprovechamiento del efecto sorpresa, en la explotación de la movilidad y en el empleo estratégico y táctico de la aproximación indirecta. La conquista de China por parte de Gengis Kan nos desvela en su utilización estratégica de la ciudad amurallada de Taitong-Fu como cebo para tender varias trampas a sus adversarios un claro antecedente del empleo que haría, mucho tiempo después, Napoleón Bonaparte de la fortaleza de Mantua. Valiéndose de una serie de maniobras de gran envergadura y la combinación de tres ejércitos, Gen-

gis Kan consiguió socavar la moral y la cohesión militar del imperio de la dinastía Jin. Luego, cuando en 1220 invadió el Imperio corasmio, cuyo centro de poder residía en el Turquestán, utilizó un ejército para atraer la atención del enemigo hacia la ruta de aproximación desde Kasgar, al sur, y luego hizo avanzar al grueso de sus fuerzas desde el norte mientras él en persona, junto con su ejército de reserva, aprovechaba la cortina de humo que le proporcionaban estas dos operaciones de distracción para dar un rodeo todavía mayor y, tras internarse y esfumarse en el desierto de Kizilkum, reapareció por sorpresa en Bujara, a retaguardia de las líneas defensivas y de los ejércitos enemigos.

En 1241, su general Subotai se dispuso a darle a Europa una doble lección. Mientras un ejército, a modo de flanco de apoyo estratégico, invadía Galitzia —atrayendo la atención de las fuerzas polacas, alemanas y bohemias e infligiéndoles una serie de derrotas sucesivas—, el ejército principal atravesaba Hungría y alcanzaba el Danubio en formación de tres columnas separadas. En este avance, las dos columnas exteriores escudaban a la del centro, velando la acción posterior de la que se hallaba posicionada en el centro. Tras converger en el Danubio, cerca de Gran (Esztergom), los mongoles toparon con el grueso del ejército húngaro, que se había reunido en la orilla opuesta, pero tras simular con astucia una retirada gradual consiguieron atraer al enemigo hacia sí, alejándolo del abrigo del río y del alcance de sus refuerzos. Entonces, mediante una veloz e inesperada maniobra nocturna a orillas del Sajó, Subotai dislocó y aniquiló al ejército húngaro y se convirtió en el dueño y señor de las llanuras del centro de Europa hasta que, un año después y por iniciativa propia, renunció a su conquista, para asombro y alivio de una Europa incapacitada para expulsarlo[22].

6

El siglo XVII: Gustavo Adolfo, Cromwell y Turena

Llegamos ahora a la primera gran guerra de la historia moderna: la de los Treinta Años (1618-1648). Un largo conflicto en el que ninguna campaña militar resultó decisiva, lo que es muy significativo.

La que más cerca estuvo de serlo fue el duelo final entre Gustavo Adolfo II de Suecia y Albrecht von Wallenstein, porque, con la muerte del primero en el transcurso de la batalla final, en Lützen, se truncaron todas las posibilidades para la creación de una gran confederación protestante bajo el mando de Suecia. Asimismo, y de no haber sido por la intervención de Francia y el asesinato de Wallenstein, la campaña podría haber resultado decisiva en la medida en que habría posibilitado la unidad de Alemania con tres siglos de adelanto.

Estos resultados y posibilidades surgieron de forma indirecta, porque la única batalla campal se saldó con la derrota del bando a favor del cual se inclinó la balanza de la contienda. Esta derrota, en parte debida a la inferioridad del aparato de guerra de Wallenstein con respecto al de los suecos, fue también la consecuencia de la incapacidad de este para aprovecharse tácticamente de la oportunidad que se había creado con su estrategia. Y es que antes de la batalla había conseguido una importante ventaja, que, conviene resaltar, logró mediante la puesta en práctica de tres aplicaciones sucesivas pe-

ro variadas de aproximación indirecta con las que cambió por completo el escenario de la guerra.

En 1632, después de que el emperador Fernando —el mismo que lo había relevado del mando años antes— le rogase que se incorporara al frente de un ejército inexistente, Wallenstein había conseguido reclutar en el plazo de tres meses a unos cuarenta mil soldados de fortuna, que se unieron a él atraídos por su excelente fama. A pesar de las reiteradas llamadas de auxilio de Baviera, que en ese momento sufría el azote del ejército implacable del rey de Suecia, Wallenstein marchó hacia el norte para enfrentarse a los sajones, el aliado débil de Gustavo Adolfo, y una vez los hubo expulsado de Bohemia fue a por la mismísima Sajonia. Para esta empresa, llegó incluso a convencer a un reticente elector de Baviera de que se uniese a él con su ejército, lo que en apariencia dejaba a la región bávara más indefensa que nunca. Pero lo cierto es que Wallenstein había planeado hábilmente su jugada y, tal y como había previsto, Gustavo se vio obligado a abandonar Baviera y acudir rápidamente al rescate de Sajonia, pues no podía correr el riesgo de perder a su joven aliado.

Antes de que pudiera llegar hasta allí, Wallenstein y el elector ya se habían reunido, y antes que enfrentarse a la combinación de sus fuerzas, Gustavo prefirió replegarse sobre Nuremberg. Hasta allí lo persiguió Wallenstein, quien, al comprobar la fuerte posición defensiva de los suecos, declaró que «ya se habían librado demasiadas batallas y que había llegado el momento de probar con otro método». Así pues, en lugar de lanzar a sus nuevos reclutas contra los hasta entonces invencibles suecos, se atrincheró él también en una posición desde la cual podía interceptar las rutas de abastecimiento de Gustavo con su caballería ligera, y que a la vez permitía a su ejército descansar a cubierto y recuperar día a día la confianza. Wallenstein se ciñó a este método y a su objetivo de for-

ma inconmovible, haciendo oídos sordos a todos los envites del enemigo, hasta que el rey sueco, viendo que se cernía sobre los suyos el descarnado espectro de la hambruna, hizo un vano intento de asaltar su posición. Desde el punto de vista militar, el rechazo de este ataque fue poco más que un desafortunado incidente; pero, políticamente, tuvo un eco que resonó a lo largo y ancho de Europa. La derrota no echó por tierra la supremacía moral que Gustavo se había arrogado con sus numerosas victorias, pero sí consiguió que esta se tambaleara, y se relajara, por tanto, su férreo control sobre los estados alemanes. Wallenstein le había ganado la partida porque asumió con realismo lo limitado de sus medios y, además, supo identificar y planear por adelantado cuál era el verdadero y más importante objetivo estratégico a alcanzar.

Desde Nuremberg, Gustavo marchó hacia el sur para retomar la campaña contra Baviera. En lugar de perseguirle, Wallenstein le dio la espalda, se dirigió al norte y atacó Sajonia. Esta jugada magistral hizo que Gustavo tuviera que frenar en seco y dar media vuelta, una vez más. Pero forzando al máximo la marcha, llegó a tiempo de impedir que Wallenstein pudiera intimidar a los sajones e instarles a firmar una paz por separado. En la desesperada batalla de Lützen que tuvo lugar a continuación, el ejército sueco se redimió del contratiempo que había sufrido su estrategia con una victoria táctica que, sin embargo, pagó a muy alto precio con la muerte de su líder. Este fallecimiento inesperado del rey de Suecia echó por tierra su plan de dirigir una gran coalición protestante.

Esta guerra larga y tediosa se prolongó dieciséis años más, con gran desperdicio de vidas y medios; dejó a Alemania devastada y entregó a Francia un papel predominante en la política europea.

El extraordinario contraste entre las guerras civiles acaecidas en Gran Bretaña (1642-1654) y las guerras emprendidas por ese mismo país en Europa lo marcaría el espíritu de arrojo y de búsqueda de una victoria decisiva con el que se libraron las primeras. Defoe lo define a la perfección en *Memorias de un caballero*: «… ni acampábamos ni nos atrincherábamos nunca […] como tampoco nos refugiábamos al amparo de ríos o desfiladeros. En la guerra la máxima era: ¿Dónde está el enemigo? Vayamos y combatámoslo».

A pesar de este espíritu ofensivo, la primera guerra civil duró cuatro años en los que ninguna batalla se saldó con un resultado claramente decisivo, salvo desde el punto de vista táctico, y cuando su llama se extinguió por fin en 1646, dejó unos rescoldos realistas tan numerosos y encendidos que, avivados por la discordia entre los vencedores, prendieron de nuevo dos años después con un fuego mucho más ardiente que el anterior.

Al examinar las causas de esta ausencia de victorias decisivas en unas guerras donde la búsqueda de resultados contundentes es tan manifiesta, cabría resaltar que las campañas militares estuvieron marcadas por una serie de ataques directos repetidos por parte de un bando o del otro, entre los que se intercalaron lo que en la actualidad calificaríamos de operaciones de «barrido», cuyo efecto sería en todos los casos muy localizado y fugaz, y supondría un importante desgaste para ambos contendientes.

Al estallar la guerra, las fuerzas realistas tenían su base en el oeste y en las Midlands, y las parlamentarias en Londres. El primer ataque monárquico sobre Londres tuvo un final ignominioso en Turnham Green, a menudo apodado el Valmy de la guerra civil británica, pues no hubo en él derramamiento de sangre y fue una suerte de secuela moral de la sangrienta y poco concluyente batalla de Edgehill, que habían librado

las fuerzas principales de ambos bandos algo antes en el marco de esta misma campaña.

A partir de ese momento, Oxford y las poblaciones vecinas se convirtieron en el centro neurálgico fortificado de los movimientos de las fuerzas realistas. Los lindes de esta zona se transformaron, pues, en un campo de batalla en el que los ejércitos principales de ambos bandos combatieron sin fin y con escaso o ningún resultado, a la vez que en el oeste y en el norte fuerzas locales y destacamentos se enfrentaban intermitentemente. Por fin, en septiembre de 1643, el grueso del ejército del bando parlamentario, bajo las órdenes de lord Essex, se vio obligado a acudir en auxilio de Gloucester, por entonces sitiada por las fuerzas realistas, y con tal fin hubo de dar un pequeño rodeo, bordeando el flanco de la zona de Oxford. Esta maniobra brindó a los realistas la oportunidad de cerrarle el paso de regreso a su base, en Londres, pero el enfrentamiento directo entre ambos ejércitos en Newbury tampoco resultó decisivo esta vez.

El desgaste moral y físico de una guerra tan prolongada podría haber precipitado en ese momento un final negociado de la contienda, pero he aquí que Carlos I cometió el grave error político de firmar una tregua de las hostilidades con los rebeldes irlandeses. Esta decisión, que en apariencia sumaba a los católicos irlandeses a la causa realista y su intención de someter a la Inglaterra protestante, no hizo sino espolear a la Escocia presbiteriana a unirse al bando parlamentario contra los realistas. Así las cosas, y reforzados por el hecho de que un ejército escocés avanzaba hacia el sur para enfrentarse a los realistas del norte, los parlamentarios volvieron a concentrar sus fuerzas para ejecutar un ataque directo sobre la zona de Oxford, maniobra con la que no consiguieron más que ocupar un puñado de fortalezas aisladas. Por su parte, el rey consiguió que un destacamento comandado por el príncipe

Ruperto se uniera rápidamente a las fuerzas realistas del norte contra los escoceses, pero la derrota táctica que sufrieron en Marston Moor dejó sin efecto esta oportunidad estratégica. Los vencedores tampoco se beneficiaron demasiado del resultado. Una vez más, la falta de efectividad del ataque directo sobre Oxford, su principal objetivo, socavó la moral del bando parlamentario, propiciando múltiples deserciones entre sus filas, y, de no haber sido por el infatigable tesón de hombres como Cromwell, bien podría haber conducido a la paz por puro desgaste. No obstante, y para fortuna del Parlamento, la causa realista vivía momentos todavía más bajos y se desmoronaba poco a poco, no tanto como consecuencia de los reveses sufridos a manos del enemigo como por causas internas. Así pues, fue a un enemigo moral y numéricamente inferior —que de no haber sido por la deficiente estrategia del bando parlamentario habría caído mucho antes— al que Fairfax y Cromwell, al frente del *New Model Army* (Ejército de nueva planta), derrotaron definitivamente en Naseby, en 1645. Con todo, ni siquiera esta decisiva victoria táctica impidió que la guerra se prolongase durante todavía un año más.

El escenario en el que se desarrolla la segunda guerra civil es otro muy distinto, con Cromwell como cabeza pensante y el joven John Lambert, de tan solo veintiocho años, como brillante lugarteniente. Cuando a finales de abril de 1648 se supo que los escoceses estaban reuniendo un ejército para invadir Inglaterra en apoyo de los realistas, Fairfax se preparó para marchar hacia el norte a su encuentro, mientras Cromwell era enviado al oeste para sofocar los levantamientos realistas en el sur de Gales. No obstante, una nueva oleada de insurrecciones retuvo a Fairfax en la zona de Kent y Anglia oriental, impidiéndole atajar el avance de los invasores por el norte, y fue Lambert, al mando de un destacamento reducido

de hombres, el que tuvo que encargarse de demorar la invasión, objetivo que logró con suma eficacia al adoptar la estrategia indirecta de amenazar constantemente el flanco enemigo mientras este descendía a lo largo de la costa occidental, a la vez que frustraba cualquier intento por parte de este de cruzar los montes Peninos y unir fuerzas con sus aliados de Yorkshire.

Por fin, la toma de la fortaleza de Pembroke el 11 de julio de 1648 permitió a Cromwell marchar hacia el norte. En lugar de avanzar directamente al encuentro de los escoceses, dibujó una amplia curva para incluir en su ruta las ciudades de Nottingham y Doncaster, donde se aprovisionó, y de ahí avanzó hacia el noroeste con el fin de unirse a Lambert a la altura de Otley, en el flanco del ejército escocés, el cual se hallaba desplegado entre Wigan y Preston, con un cuerpo de tres mil quinientos hombres al mando de Langdale cubriendo su flanco izquierdo. Cromwell solo contaba con una fuerza de ocho mil seiscientos hombres, incluida la caballería de Lambert y las milicias de Yorkshire, para enfrentarse a los veinte mil de los que disponía el enemigo. Pero, al descender sobre la retaguardia de la columna escocesa en Preston, desbarató el orden de batalla del enemigo, que tuvo que dar media vuelta e ir a su encuentro mediante fracciones sucesivas. Así, tras derrotar a Langdale y los suyos en Preston Moor, Cromwell inició una persecución sin tregua del enemigo, desarticuló la columna escocesa haciéndola retroceder hasta Wigan y de ahí a Uttoxeter, donde, al topar la vanguardia escocesa con las milicias de las Midlands y seguir acosados en la retaguardia por la caballería de Cromwell, se vieron obligados a rendirse el 25 de agosto. En esta ocasión, la victoria fue decisiva. No solo aplastó al enemigo monárquico, sino que brindó al ejército la oportunidad de «purgar» el Parlamento y juzgar y ejecutar al rey.

La invasión ulterior de Escocia es en realidad una guerra aparte que emprendería el régimen recién establecido con el fin de frustrar los planes del heredero de la corona —el hijo de Carlos I y futuro Carlos II—, que pretendía recuperar el trono con ayuda de los escoceses. Así pues, aunque resulte difícil de incluir en la misma categoría de las campañas que han afectado de manera decisiva el curso de la historia, sí nos proporciona notables indicios de lo interiorizada que tenía Cromwell la estrategia de aproximación indirecta. A su llegada a las inmediaciones de Edimburgo, se encontró con que el ejército escocés, comandado por Leslie, le aguardaba en medio de su ruta, impidiéndole el paso, y una mera toma de contacto le confirmó la solidez de la posición del enemigo. Aunque estaba a tiro de piedra de su objetivo y no le sobraban las provisiones, Cromwell tuvo la frialdad suficiente para abstenerse de lanzar un ataque frontal en un terreno tan poco ventajoso para su ejército. Así que, a pesar de su querencia innata por plantar batalla, prefirió no arriesgarse mientras no pudiera atraer al rival a campo abierto y tener así la oportunidad de atacarle por un flanco que se hallase expuesto. Retrocedió, pues, hasta Musselburgh y, desde allí, continuó hasta Dunbar, en la costa, para reabastecer sus tropas. Pasada una semana, reemprendió la marcha hasta Musselburgh, donde repartió entre los suyos raciones para tres días en previsión de la maniobra que ejecutarían a continuación, a saber, un amplio rodeo a través de los montes de Edimburgo para aparecer a la retaguardia del enemigo. Y cuando Leslie consiguió llegar a tiempo para interceptarle en Costorphine Hill, el 21 de agosto de 1650, Cromwell —a pesar de encontrarse ahora lejos de su base— ideó aún otra aproximación maniobrando hacia su izquierda, si bien Leslie volvió a cortarle el paso en Gogar. Llegados a esta situación, muchos hombres habrían apostado por un ataque directo, pero Cromwell no lo hizo.

Decidido a reducir al mínimo las bajas entre sus hombres —enfermos por la exposición y la fatiga—, volvió a retroceder hasta Dunbar, vía Musselburgh, aunque esta vez con Leslie persiguiéndole. Pero Cromwell no quiso embarcar a su ejército, tal y como le rogaron que hiciera algunos de sus oficiales, sino que se dispuso a aguardar en Dunbar, por si el enemigo daba un paso en falso y con este conseguía él su oportunidad.

Leslie era un adversario astuto, sin embargo, y su siguiente maniobra no hizo sino acentuar la ya delicada situación de Cromwell. Tras abandonar la ruta principal de acceso a Dunbar, Leslie rodeó la ciudad durante la noche del 1 de septiembre y tomó Doon Hill, una posición desde la que dominaba el camino a Berwick. Además, envió un destacamento para que se hiciera con el control del paso costero de Cockburnspath, situado once kilómetros más al sur. De esta forma, a la mañana siguiente, Cromwell descubrió que le habían cortado todas las vías de comunicación con Inglaterra, lo que complicaba una situación marcada por la escasez de víveres y una lista cada vez más larga de soldados enfermos.

Previendo que los ingleses intentarían abrirse paso por el camino a Berwick, Leslie había planeado quedarse en las cumbres del monte Doon para abatirse desde allí sobre el enemigo, pero los pastores de la Iglesia de Escocia ansiaban ver cómo las mandíbulas del *cepo del Señor* atrapaban en sus fauces a los *moabitas* y su clamor se vio respaldado por una serie de indicios que apuntaban a que el invasor tal vez estuviera contemplando la posibilidad de huir por mar. Es más, la climatología fue tan tempestuosa el 2 de septiembre que a punto estuvo de barrer a las tropas escocesas de la pelada cumbre de Doon Hill. Hacia las cuatro de la tarde se las pudo ver bajando las laderas y ocupando una nueva posición en las estribaciones, cerca del camino a Berwick, donde podían resguardarse mejor de la lluvia y tenían su vanguardia cubier-

ta por el arroyo de Brock Burn, que en ese punto discurría por una quebrada antes de enfilar su último tramo hasta la desembocadura en el mar.

Cromwell y Lambert estaban juntos observando esta maniobra cuando a ambos se les ocurrió la misma idea: «Sin duda se nos brinda una oportunidad ventajosa para atacar al enemigo». Y es que el ala izquierda de los escoceses se encontraba ahora encajada entre la ladera del monte y la escarpada pared de la quebrada, por lo que no le resultaría fácil socorrer al ala derecha en caso de concentrar una ofensiva sobre esta última. En el consejo de guerra que se celebró esa misma noche, Lambert propuso lanzar un ataque de inmediato contra el ala derecha de los escoceses para desarticular su línea y, al mismo tiempo, concentrar el fuego de la artillería sobre la imposibilitada ala izquierda. Sus argumentos convencieron al consejo y, en reconocimiento a esta iniciativa, Cromwell le confió el mando de las maniobras iniciales. Durante la noche, «una noche oscura muy ventosa y húmeda», las tropas fueron colocadas en posición a lo largo de la cara norte de la quebrada. Después de ubicar los cañones frente al ala izquierda de los escoceses, Lambert cabalgó de regreso al otro flanco cuando despuntaba el día, para comandar la carga de la caballería cerca del mar. Asistidos por el factor sorpresa, tanto esta como la infantería del centro consiguieron cruzar el arroyo sin dificultad, y aunque el enemigo logró contener temporalmente su avance, la intervención de las reservas inglesas inclinó la balanza a su favor en el flanco marítimo y permitió a Cromwell desarticular de derecha a izquierda la línea escocesa y arrinconar a las tropas entre la ladera y el arroyo, una posición de la que los escoceses solo pudieron liberarse emprendiendo la huida. Y así, valiéndose de una aproximación indirecta táctica ejecutada inmediatamente después de la maniobra equivocada de un adversario demasiado con-

fiado, consiguió Cromwell aplastar a una fuerza dos veces más poderosa que la suya y sellar con una victoria una campaña en la que se había resistido en todo momento —aun a riesgo de poner en aparente peligro su destino— a la tentación de abandonar su estrategia de aproximación indirecta.

La victoria de Dunbar concedió a Cromwell el control sobre el sur de Escocia. Eliminó del balance de la guerra dos factores determinantes como eran el ejército de la Iglesia de Escocia y la influencia política de los *covenanters*[23], de modo que para oponerse a Cromwell solo quedaron las Highlands, realistas por naturaleza. El proceso de pacificación se vio demorado, sin embargo, por la grave enfermedad que padeció Cromwell por entonces, y esta tregua proporcionó a Leslie un respiro para organizar e instruir al nuevo ejército realista al norte del Forth.

A finales de junio de 1651, cuando Cromwell estuvo lo bastante recuperado como para reemprender las operaciones, hubo de enfrentar un difícil problema. La solución con que lo solventó, tanto por su sutileza como por su magistral planificación, puede compararse perfectamente con cualquier otra gran demostración de combinación estratégica en la historia de las guerras. Aunque ahora contaba, por primera vez, con un ejército que superaba en número al del enemigo, Cromwell tenía enfrente a un astuto adversario situado en una región de páramos y marismas que le ofrecía al bando más débil todas las ventajas orográficas posibles para impedir la aproximación a Stirling. Cromwell debía doblegar la resistencia del enemigo a la mayor brevedad si no quería verse condenado a pasar otro duro invierno en Escocia, con lo que esto conllevaba de inevitable sufrimiento para sus tropas y de un muy probable agravamiento de la situación en Inglaterra. Sabía que no bastaba con desalojar al enemigo, porque esa

clase de victoria a medias no haría sino dispersarlo por las Highlands, desde donde seguiría azuzándole.

La solución que halló Cromwell al problema fue magistral. Primero amenazó a Leslie de frente, tomando por asalto Callander House, cerca de Falkirk. Luego cruzó el estuario del Forth por etapas con la totalidad de su ejército y marchó sobre Perth, con lo que no solo consiguió desplazar la barrera defensiva de Leslie de la ruta de aproximación directa a Stirling, sino que se hizo con el control de la llave de paso al área de reabastecimiento del escocés. Pero con su maniobra, Cromwell también había dejado desprotegida la ruta de acceso a Inglaterra. Y era precisamente ahí donde residía la gran maestría de su plan. Se encontraba posicionado en la retaguardia de un enemigo al que ahora amenazaban el hambre y las deserciones, y él les había dejado abierta una vía de escape. Tal y como constató uno de sus adversarios: «Nuestras únicas opciones son morir de hambre, disolvernos o dirigirnos a Inglaterra con un puñado de hombres. Esta última opción sería el mal menor, pero así y todo se me antoja terrible». Como es natural, esta última fue la opción elegida, y a finales de junio emprendieron la marcha rumbo al sur, para adentrarse en Inglaterra.

Comoquiera que ya había previsto esta maniobra, Cromwell se había encargado de prepararles un recibimiento con la ayuda de las autoridades de Westminster. Se movilizó a las milicias de inmediato, todos los sospechosos de apoyar la causa realista quedaron bajo vigilancia, se requisaron arsenales ocultos de armas. En esta ocasión, como en otras anteriores, los escoceses optaron por descender por la ruta de la costa occidental. Cromwell despachó a la caballería de Lambert para que los persiguiera, mientras Harrison avanzaba en oblicuo de norte a sur, desde Newcastle hasta Warrington, y Fleetwood se dirigía hacia el norte con las milicias de las

Midlands. Dando un pequeño rodeo, Lambert adelantó al enemigo por el flanco y se unió a Harrison el 13 de agosto. Una vez juntos, entorpecieron el avance del invasor ofreciendo una resistencia elástica. Mientras tanto, Cromwell descendía —bajo los rigores del calor de agosto y a un ritmo de treinta kilómetros diarios— por la costa oriental y, a continuación, rumbo suroeste. Así pues, eran cuatro los ejércitos que convergían sobre el atrapado invasor. El hecho de que Carlos decidiera abandonar la ruta en dirección a Londres y se desviara hacia el valle del Severn no impidió, tan solo demoró unos días, que se cerraran las fauces. Así, el 3 de septiembre, coincidiendo con el aniversario de la victoria de Dunbar, el campo de batalla de Worcester proveyó a Cromwell de «la más suprema de las bendiciones».

La serie interminable de enfrentamientos que tuvo lugar entre la conclusión de la guerra de los Treinta Años y el estallido de la guerra de Sucesión española —en la que los ejércitos de Luis XIV se enfrentaron en conjunto, o sucesivamente, a la mayoría de los demás ejércitos de Europa— es notable porque ninguno de esos conflictos tendría un resultado decisivo. Los objetivos eran a menudo limitados. Esta falta de resultados concluyentes estaría motivada por dos razones más profundas: en primer lugar, está el hecho de que las mejoras en la construcción de fortificaciones no se vieron acompañadas por un progreso equivalente en el perfeccionamiento de las armas, de ahí que el factor defensivo adquiriera una preponderancia semejante a la que recuperaría a comienzos del siglo XX gracias al desarrollo de la ametralladora. La segunda razón sería que los ejércitos todavía no estaban organizados en secciones independientes permanentes, sino que solían desplazarse y combatir como una única entidad, y esto limi-

taba su capacidad de distracción, es decir, de engañar al adversario y entorpecer su libertad de movimiento.

En el curso completo de la serie de conflictos bélicos que comprende sucesivamente la guerra de la Fronda, la guerra de Devolución, la guerra de Holanda y la guerra de la Gran Alianza, solo hubo una campaña que tuviera un resultado decisivo, si bien muy acotado. Se trata de la que comandara, en el invierno de 1674-1675, el mariscal francés Enrique de la Tour de Auvergne-Bouillon, vizconde de Turena, y que culminó en la victoria de Turckheim (Francia). Corrían tiempos aciagos para Francia: Luis XIV había ido perdiendo sus aliados uno a uno, a la vez que los españoles, holandeses, daneses, austriacos y la mayoría de los príncipes alemanes se habían unido contra él en una alianza hostil. Turena se había visto obligado a cruzar el Rin en retirada, después de devastar el Palatinado. El elector de Brandeburgo avanzaba para converger con el ejército imperial al mando de Bournonville, pero Turena derrotó a este último en Entzheim, en el mes de octubre de 1674, antes de que ambas fuerzas pudieran unirse. No obstante, el francés tuvo que retirarse a Dettwiller mientras los alemanes invadían Alsacia y se acuartelaban para el invierno en varias poblaciones situadas entre Estrasburgo y Belfort.

De esta forma quedaba dispuesto el escenario donde Turena llevaría a cabo su obra maestra. La primera sorpresa fue su decisión de emprender una campaña en pleno invierno. Para engañar al enemigo, puso las fortalezas de Alsacia central en estado de alerta y, a continuación, hizo que la totalidad de su ejército de campaña se retirara discretamente a la región de Lorena. Desde aquí marchó entonces rápidamente hacia el sur, oculto tras las cumbres de la cordillera de los Vosgos y reuniendo por el camino tantos refuerzos como encontró disponibles. En las últimas etapas de la maniobra, llegó incluso

a fraccionar su ejército en un buen número de pequeñas divisiones con el fin de confundir a los espías del enemigo. Tras una ardua marcha por un terreno escarpado, soportando tormentas de nieve, Turena reunió por fin sus tropas cerca de Belfort y, sin pausa, invadió Alsacia desde el sur después de haber salido de la región por el norte.

Bournonville echó mano de cuantas fuerzas tenía a su disposición e intentó detenerle en Mulhausen (29 de diciembre), pero fue arrollado, y desde allí el torrente francés remontó la hoya que se extendía entre los Vosgos y el Rin, empujando al disperso ejército imperial hacia Estrasburgo, al norte, y arrasando cualquier unidad que ofreciera resistencia. A medio camino de la ciudad francesa, en Colmar, el elector de Brandeburgo, que ahora comandaba a los alemanes, se había hecho fuerte levantando una serie de parapetos reforzados por una fuerza igual de numerosa que la de Turena, pero el choque se decantó a favor de este último por la superioridad física y psicológica de los suyos, una ventaja que supo mantener con astucia mediante una aproximación indirecta táctica en el campo de batalla de Turckheim. En este enfrentamiento, Turena concentró sus esfuerzos no tanto en destruir al ejército enemigo como en socavar su resistencia y dejar que las consecuencias naturales de ese debilitamiento completaran su descomposición. Su éxito fue tan rotundo que a los pocos días pudo informar de que no quedaba ni un solo soldado enemigo en Alsacia.

Los franceses se acuartelaron en Estrasburgo para recuperarse durante lo que quedaba del invierno, aprovisionándose sin trabas en la orilla alemana del Rin e incluso en zonas tan alejadas como la ribera del Neckar. El elector se había replegado en Brandeburgo con lo que quedaba de su ejército, y el viejo rival de Turena, el general Montecuccoli, fue convocado en primavera para comandar los ejércitos imperiales. Tam-

bién a él lo colocó Turena en una posición de desventaja en el Sasbach, pero una bala de cañón acabó con la vida del francés en los primeros compases de la batalla, y con su desaparición se volvieron las tornas de la guerra una vez más.

Toca, pues, preguntarse cómo es que Turena consiguió un resultado decisivo en su campaña de invierno cuando ningún otro general lo obtuvo en ninguna de las restantes campañas militares que se emprendieron en Europa a lo largo del siglo XVII. A fin de hallar una respuesta, conviene resaltar que esta fue una época en la que los generales, independientemente de lo limitado de sus metas, eran hombres capaces de ejecutar maniobras de gran astucia. Sin embargo, este era un arte en el que estaban todos tan igualados que incluso maniobras de flanco o ataques envolventes que en épocas anteriores habrían surtido efecto ahora eran rechazados con suma habilidad. Solo en una ocasión consiguió una de estas maniobras dislocar realmente el orden de batalla del enemigo. Turena es famoso por haber sido el único gran general que fue mejorando de forma continuada su destreza militar con la edad, y por lo tanto resulta trascendental la manera en que, en su última batalla y después de haber comandado más campañas que cualquier otro general de la historia, supo solucionar el problema de lograr una victoria decisiva en el marco de los enfrentamientos bélicos del siglo XVII. Y lo es porque lo consiguió sin apartarse de la regla de oro de la época, la de que un soldado excepcionalmente bien instruido era un activo demasiado valioso para ser dilapidado.

Es como si a partir de su propia experiencia hubiese llegado a la conclusión de que la única forma de lograr un triunfo definitivo bajo aquellas circunstancias era mediante un plan estratégico en el que la aproximación fuese radicalmente indirecta, mucho más que cualquier otra que se hubiera concebido hasta la fecha. En una época en la que todas las manio-

bras pivotaban en torno a un eje central, la fortificación —que venía a ser el depósito, protegido, de suministros y avituallamiento de los ejércitos de campo—, Turena rompió sus ataduras con toda base de operaciones de esa clase y, valiéndose de una perfecta combinación de efecto sorpresa y movilidad, buscó no solo alcanzar un resultado decisivo, sino también garantizar la seguridad de sus hombres. La suya fue una maniobra calculada en extremo, y no una arriesgada intentona, porque la dislocación —psicológica, moral y logística— que ocasionó entre las líneas enemigas le concedió, en todo momento, un amplio margen de seguridad.

7

El siglo XVIII: Marlborough y Federico II el Grande

La guerra de Sucesión española (1701-1713) resulta interesante porque posee una doble naturaleza muy particular. Desde el punto de vista político fue un caso extremo de guerra de objetivo limitado y, a la vez, una lucha decisiva en la que estaba en juego la pervivencia o quiebra del poder predominante de la Francia de Luis XIV en Europa. Estratégicamente, el conflicto se libró en su mayor parte mediante una serie de inútiles aproximaciones directas y de maniobras indirectas un poco mejor calculadas, pero así y todo comprendió un puñado de brillantes aproximaciones indirectas mayoritariamente asociadas al ilustre nombre de Marlborough y cuyo significativo interés radica en el hecho de que fueron las que marcaron los distintos puntos de inflexión del curso de la guerra.

La coalición contra Francia estaba formada por Austria, Gran Bretaña, varios estados alemanes, Holanda, Dinamarca y Portugal, mientras que Luis XIV tenía como principales aliados a España, Baviera y, en los primeros compases de la guerra, el ducado de Saboya.

Las hostilidades estallaron en el norte de Italia mientras los otros ejércitos todavía se estaban preparando. Los austriacos, a las órdenes del príncipe Eugenio de Saboya, se reunieron en el Tirol e iniciaron los preparativos para un avance directo. Ante esta ostensible amenaza, el ejército opositor, al

mando de Catinat, tomó posiciones en el desfiladero de Rivoli para bloquearles el paso. Pero Eugenio, que había reconocido el terreno y hallado la forma de cruzar las montañas por un escarpado paso que no había sido usado por ningún ejército en mucho tiempo, alcanzó las llanuras dando un amplio rodeo por el este. Aprovechando al máximo su ventaja mediante una serie de maniobras con las que consiguió burlar a su enemigo y ocultarle sus verdaderas intenciones, Eugenio por fin le incitó a que lanzase un desastroso ataque contra sus fuerzas en Chiari, lo que le permitió hacerse fuerte en el norte de Italia. El resultado de esta aproximación indirecta, con emboscada incluida, no solo reforzó la moral de la coalición ya desde el mismísimo comienzo de la lucha contra los ejércitos supuestamente invencibles del *grande monarque*, sino que asestó un gran golpe al poder de Francia y de España en Italia. Una secuela nada desdeñable fue que el duque de Saboya, partidario instintivamente de la fracción más poderosa, cambió de bando.

En 1702 comenzó la guerra propiamente dicha. El grueso del ejército galo se había concentrado en Flandes, donde los franceses habían fortificado una línea de casi cien kilómetros de extensión entre Amberes y Huy (a orillas del río Mosa), en el ducado de Brabante, con el fin de asegurar la retaguardia del avance que tenían planeado. Ante la inminente amenaza de invasión, la reacción espontánea de los holandeses fue hacerse fuertes en el interior de sus fortalezas, y aunque Marlborough tenía una concepción distinta de la guerra, no quiso reemplazar esta estrategia de defensa pasiva por una ofensiva directa contra el ejército francés, que en ese momento marchaba hacia el Rin bajo el mando de Boufflers. En su lugar, dejó indefensas a las valiosas fortalezas y avanzó rápidamente hacia las fortificaciones de Brabante y la línea de retirada francesa. Boufflers sintió al instante el tirón de este re-

clamo psicológico y se apresuró a regresar. El ejército francés, tocado física y moralmente, podría haberse convertido en una víctima fácil para Marlborough, que estaba preparado para lanzarse sobre su presa, pero las autoridades holandesas, contentas con que la invasión no siguiera adelante, se opusieron a rematar la acción con una batalla. Hasta en dos ocasiones más ese mismo año consiguió Marlborough atraer a Boufflers a una emboscada y pudo el francés salir indemne de ambas gracias a las vacilaciones de los holandeses.

El año siguiente, Marlborough ideó una sutil maniobra para tomar Amberes y así poder penetrar la barrera fortificada. Su plan consistía en distraer al ejército principal francés, al mando de Villeroi, hacia el extremo meridional de la línea de fortificaciones mediante un avance directo hacia el oeste desde Maastricht. Mientras tanto, Coehoorn lideraría un ataque a Ostende con una fuerza holandesa y el apoyo de la flota, a la vez que otra, comandada por Spaar, atacaba Amberes desde el noroeste, dos movimientos desde la costa con los que pretendía llamar la atención del comandante francés al mando en Amberes y que este destinara parte de las tropas que protegían el extremo norte de la línea fortificada a hacer frente a este avance. Cuatro días después, una tercera fuerza holandesa al mando de Opdam los atacaría desde el noreste mientras Marlborough esquivaba a Villeroi y se dirigía rápidamente hacia el norte para unirse al embate conjunto contra Amberes.

La primera fase del plan se desarrolló de manera muy prometedora; la amenaza de Marlborough atrajo al ejército de Villeroi, que descendió hacia el Mosa. Pero entonces, Coehoorn descartó la maniobra programada contra Ostende y, a cambio, se unió a Sparre en el avance sobre Amberes, en un movimiento de distracción mucho menos efectivo; y Opdam ejecutó su maniobra de forma prematura, poniéndose en pe-

ligro. Encima, cuando Marlborough inició su marcha de regreso al norte no solo no consiguió esquivar a Villeroi, sino que este le venció en la carrera hacia Amberes enviando de avanzadilla a Boufflers con treinta de sus escuadrones de caballería, acompañados de tres mil granaderos a caballo. Esta fuerza móvil recorrió una distancia de casi sesenta y cinco kilómetros en veinticuatro horas, y el 1 de julio, junto con la guarnición de Amberes, se lanzó contra Opdam y los suyos, que sufrieron un duro golpe antes de lograr escapar. El «gran proyecto» de Marlborough, tal y como lo había bautizado orgullosamente, había fracasado por completo.

Después de esta decepción, Marlborough propuso lanzar un ataque directo contra la línea de fortificaciones justo al sur de Amberes. Los generales holandeses rechazaron la idea y con razón, puesto que ello suponía atacar de frente una posición fortificada defendida por un contingente prácticamente igual al suyo. Aunque poseía una mente brillante para las maniobras militares, había ocasiones, sobre todo en momentos de desilusión, en las que Marlborough obraba con la temeridad de un jugador insensato. Los historiadores británicos, deslumbrados por sus logros y por su encanto personal, no siempre han sabido tratar con justicia a los holandeses, que se jugaban mucho más que el inglés y para quienes el peligro estaba demasiado próximo a su país como para contemplar la guerra como una suerte de juego fascinante o de gran aventura. Eran plenamente conscientes, al igual que lo sería el almirante Jellicoe dos siglos después, de que «podían perder la guerra en cuestión de una tarde» si se embarcaban en una batalla que, por sus circunstancias, entrañaba el serio riesgo de saldarse con una derrota decisiva.

Ante la postura unánime de los generales holandeses, Marlborough renunció a su idea de atacar el sector de Amberes y regresó al Mosa, donde participó en el asedio de Huy.

Mientras estaba allí, volvió a insistir, a finales de agosto, en la necesidad de atacar la línea de fortificación, si bien esta vez de forma más justificada, puesto que el sector meridional resultaba más propicio para ejecutar su plan. Con todo, sus argumentos no convencieron a los holandeses.

El profundo malestar de Marlborough hacia estos contribuyó a que se mostrase más receptivo a los argumentos de Wratislaw, enviado del emperador Leopoldo I, que con suma astucia le instó a que trasladase sus fuerzas al Danubio para apoyar al príncipe Eugenio. La conjunción de estos dos factores, a los que habría que sumar la amplia visión estratégica de Marlborough, dio lugar, en 1704, a uno de los más apabullantes ejemplos de aproximación indirecta de la historia. Por lo que respecta a los principales ejércitos enemigos, uno estaba en Flandes bajo mando de Villeroi; otro, con Tallard, se encontraba posicionado en el alto Rin, entre Mannheim y Estrasburgo, y estaba compuesto por un contingente menor de fuerzas de enlace; y un tercero, un combinado franco-bávaro, se hallaba en las proximidades de Ulm y del Danubio, bajo el mando conjunto del elector de Baviera y del conde Marsin, y avanzaba de manera contundente y amenazadora desde Baviera hacia Viena. Marlborough pensó en trasladar el contingente inglés de su ejército desde el Mosa hasta el Danubio y lanzar a continuación un ataque decisivo contra los bávaros, el socio más débil de sus rivales. Esta maniobra de largo alcance a un punto tan apartado de su base y de los intereses directos que defendía en el norte era de una audacia inusitada, y más aún si se contempla desde el punto de vista estratégico conservador de la época. La seguridad del plan residía en la dislocación que produciría entre las líneas enemigas el efecto sorpresa y se basaba en la dirección «variable» de la marcha, que en cada etapa amenazaría objetivos alternati-

vos e impediría al rival saber con certeza cuál era su verdadera meta.

Así, cuando inició la marcha hacia el sur remontando el Rin, pareció en un primer momento que iba a internarse en Francia siguiendo el curso del Mosela, pero una vez alcanzada Coblenza, siguió adelante, como si su objetivo fueran las fuerzas francesas emplazadas en Alsacia, una idea falsa que reforzó en la mente del enemigo haciendo visibles sus preparativos para cruzar el Rin a la altura de Philippsburg. No obstante, al alcanzar las proximidades de Mannheim, donde lo lógico hubiese sido que tomara dirección suroeste, Marlborough viró hacia el sureste, se esfumó en la espesura de los bosques que poblaban las laderas del valle del Neckar y, a continuación, cruzó de parte a parte la base del triángulo que forman los cursos del Rin y del Danubio para dirigirse a Ulm. La máscara de ambigüedad estratégica que había ocultado el auténtico destino de su marcha contribuyó a compensar la lentitud de su avance, una media de dieciséis kilómetros al día durante unas seis semanas. Tras reunirse con el príncipe Eugenio y el margrave de Baden en Grossheppach, Marlborough prosiguió adelante con las fuerzas de este último, mientras que el primero retrocedía para detener, o al menos demorar, a los ejércitos franceses en el Rin (hasta donde Villeroi había seguido tardíamente a Marlborough desde Flandes)[24].

Pero, aunque el general inglés se había colocado a la retaguardia del ejército franco-bávaro con relación a Francia, todavía estaba frente a él con relación a Baviera, y esta yuxtaposición geográfica se combinó con otros factores que le dificultaron sacar provecho de su ventaja estratégica. Entre estos factores, uno muy propio de la época era la rigidez de la organización táctica de los ejércitos, que hacía muy difícil ejecutar con éxito cualquier maniobra estratégica. Un general

podía atraer al enemigo «al agua», pero no podía hacerlo «beber» si no lo deseaba, es decir, conseguir que aceptara entablar batalla contra su parecer. Y si esto era ya una traba de por sí, Marlborough tenía además que compartir el mando con el margrave de Baden, hombre cauto por naturaleza.

Los ejércitos combinados del elector de Baviera y del mariscal Ferdinand de Marsin ocupaban una posición fortificada a orillas del Danubio, en Dilinga, al este de Ulm y a medio camino entre esta ciudad y Donauwörth. Como cabía la posibilidad de que las fuerzas del mariscal Tallard avanzaran hacia el este desde el Rin, Ulm no era el mejor punto desde el que acceder a Baviera, así que Marlborough decidió que la mejor opción era cruzar por Donauwörth, término natural de su nueva línea de comunicaciones, ya que por seguridad había tenido que cambiar la antigua por otra situada más al este, vía Núremberg. Una vez tomada Donauwörth, tendría asegurada la ruta de acceso a Baviera y podría maniobrar a ambas orillas del Danubio con seguridad.

Por desgracia, el movimiento de flanco que ejecutó frente a la posición enemiga en Dilinga fue tan obvio y tan lento que el elector tuvo tiempo de apercibirse de sus intenciones y de despachar un fuerte destacamento a Donauwörth para defender la población. Aunque Marlborough consiguió forzar la marcha en el último tramo, el enemigo había ampliado ya la red de trincheras del monte Schellenberg, que protegía la ciudad, cuando llegó el 2 de julio, de modo que, antes que conceder al rival más tiempo para que completase las defensas, lanzó su ataque esa misma tarde. El primer asalto fue rechazado con tanta contundencia que cayó más de la mitad de las tropas atacantes y hubo que esperar a la llegada del grueso de los ejércitos aliados —con lo que cuadruplicaron en número al enemigo— para que la balanza empezara a decantarse de su lado. Aun así, el choque se resolvió mediante una

maniobra de flanco que localizó y penetró un punto débil en las trincheras, y el propio Marlborough reconocería después en una carta que la toma de Donauwörth «a coûté un peu cher», es decir, tuvo un precio excesivo. En esta ocasión, las críticas a sus tácticas fueron más generalizadas habida cuenta de que la maniobra decisiva había sido obra del margrave.

La fuerza principal del enemigo se replegó ahora a Augsburgo, y Marlborough avanzó hacia el sur y el interior de Baviera, donde arrasó la campiña como una apisonadora, prendiendo fuego a cuantas aldeas y cosechas encontró a su paso, con el fin de que el elector de Baviera se viese forzado a rendirse o a aceptar entablar batalla en desventaja. Pero el efecto de tan brutal acción, de la que Marlborough se avergonzaría en privado, se vio anulado por otro factor característico de aquellos tiempos, y es que, siendo la guerra como era asunto de los gobernantes y no tanto de sus pueblos, lo cierto es que esta clase de inconvenientes tardaban en afectar al elector. De modo que a Tallard le dio tiempo a acudir desde el Rin, y llegó a Augsburgo el 5 de agosto.

Afortunadamente, la aparición en escena de Tallard se vio eclipsada por la entrada de Eugenio de Saboya, que tuvo la audacia de escabullirse de Villeroi para unirse a Marlborough. Justo antes de esta maniobra, los aliados habían convenido que, al amparo de las fuerzas de Marlborough y del príncipe Eugenio, el margrave descendería el curso del Danubio para sitiar la fortaleza de Ingolstadt. Entonces, el día 9, les llegó la noticia de que los ejércitos combinados enemigos avanzaban en dirección norte, hacia el Danubio. Todo apuntaba a que su objetivo era atacar las comunicaciones de Marlborough, pero este y Eugenio dejaron que el margrave prosiguiera la marcha hacia Ingolstadt, reduciendo así el número de su fuerza combinada a cincuenta y seis mil hombres, frente a los sesenta mil de los que disponía el rival en ese mo-

mento y que bien podían verse incrementados. Este deseo de despachar al margrave resulta comprensible habida cuenta de que a ambos les desagradaba el carácter cauteloso de aquel, pero que mostraran tan buena disposición para prescindir de sus fuerzas cuando ya habían decidido que entablarían batalla a la primera oportunidad es del todo sorprendente y no hace sino demostrar la gran confianza que tenían en su superioridad cualitativa sobre el enemigo, aunque visto el ajustado resultado de la batalla posterior sería más acertado hablar de exceso de confianza.

Por suerte para ellos, el bando contrario se encontraba igual de confiado. El elector de Baviera estaba impaciente por lanzar la ofensiva, a pesar de que la mayor parte de sus tropas no había llegado todavía. Cuando Tallard le hizo notar que sería más sensato esperar a los refuerzos y, mientras tanto, cavar las trincheras, el elector se mofó de su prudencia, a lo que el primero respondió con sarcasmo: «Si no estuviera tan convencido de la integridad de Vuestra Alteza, pensaría que lo que quiere es jugársela con las fuerzas del rey de Francia sin arriesgar las suyas y ver qué sucede». Finalmente acordaron, a modo de compromiso, que las fuerzas francesas harían un avance preliminar hasta una posición situada en las proximidades de Blindheim, detrás del pequeño río Nebel, de camino a Donauwörth.

A la mañana siguiente, el 13 de agosto, se vieron sorprendidos en aquel lugar por un repentino avance de los aliados a lo largo de la orilla septentrional del Danubio. Marlborough se lanzó directamente contra la derecha de los franceses, junto al río, mientras que Eugenio viró hacia el interior y contra el flanco izquierdo, ya que el estrecho espacio que se abría entre el río y las colinas reducía mucho el margen de maniobra. La única ventaja de los aliados, aparte de su arrojo y de su elevada instrucción, residía en el carácter inesperado de su

acción al buscar la batalla en tales circunstancias, y lo cierto es que esta sorpresa a medias impidió que los dos ejércitos franceses pudieran posicionarse de forma coordinada, así que lucharon más en orden de campamento que en orden de batalla. El efecto inmediato fue un desequilibrio entre los diferentes cuerpos que se plasmó en una acentuada escasez de infantería en el amplio sector central. Pero la desventaja no se hizo patente hasta últimas horas de la tarde, y es posible que no hubiese tenido mayor importancia de no haberse producido otros errores.

La primera etapa de la batalla se desarrolló de forma adversa para los aliados. El ataque del ala izquierda de Marlborough sobre Blindheim fracasó y le ocasionó graves pérdidas, mientras que el de su ala derecha fue rechazado en dos ocasiones. Luego, cuando las tropas del centro de su ejército se encontraban cruzando el Nebel, la vanguardia fue golpeada por una carga de la caballería francesa que a duras penas lograron rechazar. Sin embargo, y por fortuna para los de Marlborough, un malentendido provocó que este contraataque lo llevara a cabo un número menor de escuadrones del que Tallard había pretendido. Con todo, le siguió a este otro contragolpe de parte de la caballería de Marsin, que se abatió contra su flanco expuesto, si bien fue atajado justo a tiempo por la intervención de la caballería de Eugenio, que no vaciló en dar la orden de ataque en respuesta a la petición de ayuda de Marlborough.

Hasta ese momento solo habían esquivado el desastre y logrado alcanzar un precario equilibrio, pero Marlborough sabía que debía avanzar si no quería quedarse atrapado en una peligrosa posición, con el pantanoso Nebel a su espalda. Sin embargo, Tallard habría de pagar muy caro ahora su error de cálculo al permitir que Marlborough cruzara el río sin oponerle resistencia —o, mejor dicho, al ejecutar sin efecto su

plan—. Y es que, cuando las cargas de la caballería de Tallard fracasaron en su intento de arrollar la vanguardia del cuerpo central del ejército de Marlborough, lo que quedó de este fue capaz de ocupar posiciones al otro lado del río en los momentos de tregua posteriores. Así pues, aunque Tallard contaba con un total de cincuenta batallones de infantería frente a los cuarenta y ocho de Marlborough, el centro de este último estaba compuesto por veintitrés de ellos, mientras que el francés solo tenía a nueve debido a un error en la disposición inicial del orden de combate que no corrigió cuando todavía estaba a tiempo. Por fin, una vez arrollados estos pocos cuadros de infantería por la superioridad numérica y el fuego de artillería en corto, Marlborough pudo penetrar las líneas enemigas por una brecha y aislar al grueso de la infantería francesa que formaba una compacta masa cerca del Danubio, en Blindheim, a la vez que dejaba expuesto el flanco de Marsin. Este último consiguió desembarazarse de Eugenio y pudo emprender la retirada sin demasiados problemas, pero una parte importante del ejército de Tallard quedó acorralado contra el Danubio y tuvo que rendirse.

La de Blindheim fue una cara y arriesgada victoria. Si se analiza fríamente, está claro que el resultado no se debió tanto a la astucia de Marlborough como a la robustez y energía de la tropa y a los errores de cálculo del mando francés. Pero el mero hecho de que la balanza se decantara del lado del general inglés bastó para que se pasara por alto cuán azarosa había sido la empresa. Se había echado por tierra la imbatibilidad del poderío militar francés, y eso cambió por completo la perspectiva de Europa.

Los ejércitos aliados, siguiendo la línea de retirada de los franceses, avanzaron hasta el Rin y cruzaron el río en Philippsburg. Pero el coste de la victoria en Blindheim se hizo notar ahora en forma de una renuencia generalizada —con ex-

cepción del propio Marlborough— a proseguir con aquel esforzado empeño, y la campaña se fue apagando.

En 1705, Marlborough ideó un plan para la invasión de Francia que le permitiría esquivar la intricada red de fortalezas de Flandes. Mientras Eugenio mantenía ocupadas a las fuerzas de Francia en el norte de Italia, y los holandeses permanecían a la defensiva en Flandes, el principal ejército aliado, bajo el mando del inglés, remontaría el Mosela hasta Thionville, a la vez que las tropas del margrave cruzaban el río Sarre para converger con él. Pero el plan se vio menoscabado por una serie de problemas. No se hizo entrega de los pertrechos prometidos, falló el transporte, los refuerzos aliados fueron mucho más reducidos de lo que se esperaba y el margrave se mostró reacio a cooperar —una actitud que se ha atribuido a los celos, pero que en realidad estaba más que justificada por una herida infectada de la que acabó muriendo —.

Con todo, Marlborough insistió en ejecutar su plan aun cuando todas las probabilidades de éxito se habían esfumado y este se había convertido en una mera aproximación directa. Remontó pues el Mosela, se diría que con la esperanza de que la sola evidencia de su debilidad animara a los franceses a plantarle batalla. Pero el mariscal Villars prefirió aguardar y contemplar cómo Marlborough perdía todavía más fuelle debido a la escasez de alimentos, y Villeroi emprendió la ofensiva en Flandes con tal contundencia que los holandeses pidieron ayuda urgente. Esta doble presión hizo que Marlborough desistiese de su empresa, si bien la amargura de la decepción le movió a señalar al margrave como único culpable. De hecho, llegó incluso a enviar una carta a Villars en la que se disculpaba por la retirada y señalaba a aquel como único responsable.

La rauda marcha de Marlborough de regreso a Flandes alivió enseguida la situación que allí se vivía. Ante su inminente llegada, Villeroi abandonó el asedio de Lieja y se retiró al abrigo de la línea de fortificaciones de Brabante. A partir de ese momento, el general inglés concentraría todos sus pensamientos en la elaboración de un plan para abrir una brecha en esa barrera. Valiéndose de un amago de ataque contra un sector pobremente fortificado cerca del Mosa, atrajo a los franceses hacia el sur, y luego, dando media vuelta, abrió una brecha en un sector de férreas defensas, pero escasamente guarnecido, en las proximidades de Tirlemont. Con todo, no supo aprovechar la oportunidad que esta maniobra le ofrecía de avanzar rápidamente sobre Lovaina y cruzar el Dyle. Este fallo pudo deberse a que con su finta había conseguido confundir a sus aliados más aún que al enemigo, aunque es probable que estuviese motivado, sobre todo, por su propio agotamiento físico. Así y todo, la famosa línea de fortificaciones había dejado de ser una barrera infranqueable.

El nuevo plan que idearía dos semanas después sería un reflejo de la evolución de su don de mando y, aunque no se zanjó con una victoria más sonada, sí reveló a un Marlborough de mayor empaque. En su maniobra previa en Flandes, el general inglés se había valido del engaño como punto de partida y había logrado el éxito gracias a una velocidad de ejecución que difícilmente podría repetir con el lastre holandés. De modo que en esta ocasión probó con una aproximación indirecta por una ruta que, al ofrecer diversos objetivos, le brindaba amplias posibilidades de distraer a sus oponentes y reducía la necesidad de moverse a gran velocidad.

Desviándose al sur de la posición de Villeroi cerca de Lovaina, avanzó siguiendo una ruta que hizo dudar al enemigo de cuál era su objetivo, puesto que amenazaba a cualquiera de las fortalezas de aquella zona, como Namur, Charleroi, Mons

y Ath. Entonces, al llegar a Genappe, viró bruscamente hacia el norte y puso rumbo a Bruselas por el camino que pasaba por Waterloo. Alarmado, Villeroi decidió regresar rápidamente al rescate de la ciudad. Pero justo cuando los franceses estaban a punto de iniciar la marcha, Marlborough, que había vuelto a cambiar de ruta durante la noche y virado al este, se presentó ante el nuevo frente que estos acababan de ocupar. Debido a su maniobra de distracción, el frente no estaba debidamente formado, si bien resultaba menos vulnerable que si hubiese estado en plena marcha. Había llegado demasiado pronto para disfrutar de su ventaja, y los precavidos generales holandeses adujeron esta razón para resistirse a su deseo de atacar de inmediato, ya que, por grande que fuera la confusión que reinaba en el otro bando, la posición actual del enemigo, en la orilla opuesta del Ijse, era más fuerte que en Blindheim.

En la campaña del año siguiente, Marlborough concibió la idea de ejecutar una aproximación indirecta de mayor alcance que consistía en cruzar los Alpes para unirse al príncipe Eugenio. Ello le permitiría expulsar a los franceses de Italia y entrar en Francia desde el sur, combinando su acercamiento por tierra con una serie de operaciones anfibias contra Tolón y con las que Peterborough ya llevaba a cabo en España. Los holandeses, dejando a un lado por una vez su acostumbrada cautela, aceptaron correr el riesgo de dejarle marchar, pero el plan hubo de abortarse antes siquiera de empezar, pues Villars había derrotado al magrave de Baden y Villeroi avanzaba en Flandes. Esta osada maniobra francesa obedecía a la puesta en práctica de la teoría de Luis XIV, según la cual Francia debía tomar la iniciativa ofensiva «por todas partes» para dar una imponente impresión de fuerza y garantizarse así unos términos favorables en la paz que ahora necesitaba y deseaba. Pero lanzarse a la ofensiva en el escenario en el que

se encontraba Marlborough no supuso para los franceses un atajo para alcanzar una paz favorable, sino más bien para sufrir una derrota que echaría por tierra sus propósitos. A Marlborough le faltó tiempo para aprovechar la oportunidad: desde su punto de vista, era la segunda vez que los franceses mejoraban sus perspectivas de hacerse con la victoria por su renuencia a permanecer tranquilamente en sus líneas cuando tenían la partida ganada. Se enfrentó a ellos en Ramillies, donde estos habían adoptado una formación cóncava. Marlborough sacó el máximo provecho de su posición en la cuerda del arco para llevar a cabo una aproximación indirecta táctica. Tras lanzar un ataque contra la izquierda de los franceses, con el que atrajo hacia ese punto a sus reservas, supo liberar a sus propias tropas de esa ala y desplazarlas al flanco opuesto para reforzar la ventaja que, en su propio flanco izquierdo, había logrado la caballería danesa abriendo una brecha en las líneas enemigas. Esta amenaza desde la retaguardia, sumada a la presión de frente, precipitó el colapso de las fuerzas francesas, y Marlborough explotó la victoria mediante una persecución tan efectiva que acabó haciéndose con el control de todo Flandes y Brabante.

Ese mismo año, la guerra en Italia llegó prácticamente a su fin gracias a otro ejemplo de aproximación indirecta estratégica. En su preludio, el príncipe Eugenio se había visto obligado a retroceder hacia el este nada menos que hasta el lago Garda y, desde allí, a las montañas, mientras que su aliado, el duque de Saboya, se hallaba sitiado en Turín. Así las cosas, Eugenio, en lugar de tratar de recuperar el terreno perdido avanzando de frente, optó por burlar y escabullirse de sus adversarios, abandonó su base, atravesó Lombardía hasta internarse en Piamonte y, una vez en Turín, infligió una derrota decisiva a un enemigo superior en número, pero desequilibrado.

La marea de la guerra se había retirado ahora hasta las fronteras de Francia, tanto al norte como al sur. En 1707, sin embargo, la incapacidad de los aliados de unirse en torno a un propósito común dio tiempo a los franceses de rehacerse, y al año siguiente concentraron a sus principales fuerzas contra Marlborough. Dado que Flandes lo tenía atado y que el enemigo lo superaba en número con creces, el general inglés volvió las tornas repitiendo la maniobra del Danubio a la inversa, es decir, haciendo que Eugenio trasladara su ejército desde el Rin para unírsele. Pero los franceses se encontraban ahora bajo el mando del hábil mariscal Vendôme y avanzaron antes de que Eugenio tuviera tiempo de llegar. Esta amenaza obligó a Marlborough a replegarse en Lovaina, tras lo cual Vendôme ganó el primer lance con un repentino viraje hacia el oeste que le permitió recuperar sin coste alguno Gante, Brujas y la práctica totalidad del territorio flamenco situado al oeste del río Escalda. El inglés, sin embargo, no reaccionaría a esta jugada marchando directamente contra su adversario, sino que tuvo la audacia de dirigirse hacia el suroeste para interponerse entre la posición de Vendôme y la frontera de Francia, y en Oudenarde sacó el máximo provecho de la ventaja que le había proporcionado esta dislocación estratégica para ganarle la partida al francés con aún otra dislocación más, aunque táctica esta vez.

Si Marlborough hubiese podido cumplir su deseo de avanzar de inmediato hacia París, es posible que con ello la guerra hubiese llegado a su fin. Pero aun sin que se produjera esa eventualidad, Luis se vio obligado a ofrecerse a firmar la paz ese mismo invierno y bajo unas condiciones más que favorables para los aliados. Estos, no obstante, rechazaron de plano tal proposición cegados por sus deseos de humillar por completo al rey francés, lo que sería un grave e insensato error desde el punto de vista de la gran estrategia. Personalmente,

Marlborough sabía que se trataba de una oferta muy valiosa, pero hay que reconocer que al general se le daba mejor y le entusiasmaba más la guerra que la paz.

Así pues, el conflicto volvió a avivarse en 1709. Para esta ocasión, el plan de Marlborough era realizar una aproximación indirecta militar a un objetivo político clave, a saber, esquivar a las fuerzas enemigas, evitar sus fortalezas y apuntar a París. Pero la idea era demasiado osada incluso para Eugenio, así que se cambió por otro plan que evitaba un ataque directo a las líneas de trincheras entre Douai y Béthune que defendían la frontera, pero que tenía como objetivo tomar las fortalezas de Tournai y Mons, en el flanco oriental, como un paso preliminar a la incursión en Francia por una ruta situada al este de la zona fortificada.

Y de nuevo logró Marlborough engañar a su adversario. La amenaza de un ataque directo contra la línea fortificada movió a los franceses a trasladar la mayor parte de la guarnición de Tournai a la frontera con el fin de defenderla, momento que el inglés aprovechó para dar media vuelta y lanzarse contra la ciudad. Pero la plaza resistió con fiereza, lo que le valió al general dos meses de demora en la prosecución de su plan. Así y todo, una nueva amenaza a las líneas defensivas de La Bassée hizo posible que pudiera atacar Mons y tomarla sin apenas resistencia. Desde allí podía ahora avanzar hacia Francia según lo planeado, pero el enemigo reaccionó a tiempo y en una rápida acción le bloqueó el paso. Este frustrante contratiempo llevó a Marlborough a recurrir de nuevo a una aproximación directa, si bien no calculó debidamente las consecuencias de su maniobra en relación con la situación, demostrando una falta de previsión mayor aún que la de Cromwell en Dunbar. Y aunque el asalto a las bien atrincheradas y preparadas fuerzas enemigas que defendían el paso de Malplaquet culminó con una victoria, el coste fue tan despropor-

cionado que Villars, el general derrotado, no pudo acertar más en las palabras que dirigió a continuación a Luis XIV: «Si Dios nos otorga otra derrota como esta, los enemigos de Vuestra Majestad estarán acabados». No cabe duda de que sería una sentencia profética, porque aquel triunfo demostró haber consumido cualquier probabilidad de los aliados de lograr una victoria en la guerra.

En 1710 se produjo un *impasse*, con Marlborough enjaulado tras los barrotes de las líneas *non plus ultra* que los franceses habían levantado desde Valenciennes hasta el mar, mientras sus adversarios políticos socavaban su posición en Inglaterra. También la fortuna se volvió en contra de quienes habían echado a perder sus favores y en 1711 el ejército del príncipe Eugenio recibió orden de regresar a su país debido a su inestable situación política, lo que dejó a Marlborough solo contra un enemigo muy superior. Aunque demasiado débil para ni siquiera intentar llevar a cabo una operación decisiva, al menos sí pudo hacer valer su maestría militar dinamitando ese alarde presuntuoso que habían exhibido los franceses al bautizar sus líneas con semejante nombre. Y lo hizo mediante la más asombrosa de todas sus aproximaciones indirectas: engañando, distrayendo, retrocediendo y cambiando de dirección sucesivamente, hasta que logró atravesar las líneas sin disparar un solo tiro. Pero dos meses más tarde fue llamado a Inglaterra, donde fue relevado del mando y desacreditado, y en 1712, agotada por tanta lucha, Inglaterra se retiró y dejó que sus aliados lidiaran solos contra el enemigo.

Austriacos y holandeses, ahora bajo el mando del príncipe Eugenio, supieron defenderse durante un tiempo, si bien ambos bandos comenzaban a mostrar las mismas señales de agotamiento. No obstante, en 1712, Villars ejecutó una maniobra combinada digna del mismísimo Marlborough en cuanto a capacidad de engaño, secretismo y velocidad, y en

consecuencia logró una victoria poco costosa y decisiva sobre los aliados en Denain, que acabó de desintegrar la coalición, y Luis XIV logró una paz muy distinta de la que podría haberle tocado firmar antes de Malplaquet. Así, una única aproximación directa había socavado, solo por su elevado coste, casi toda la ventaja lograda con sucesivas aproximaciones indirectas. Y no es menos significativo que el conflicto se resolviera finalmente, a favor del bando contrario, aún mediante otro ejemplo más de aproximación indirecta.

Aunque los aliados habían fracasado a la hora de lograr su objetivo principal, es decir, evitar que Luis XIV llevara a efecto una unión entre Francia y España, Inglaterra salió beneficiada de la guerra con ganancias territoriales. Esto se debió en buena parte a la visión de Marlborough, que siempre se extendió más allá de los límites de su propio teatro de operaciones y gracias a la cual supo combinar la acción en Flandes con otras operaciones de más largo alcance en el Mediterráneo que, además de servirle como distracción militar, le proporcionaban un activo político. Las expediciones de 1702 y 1703 contribuyeron a restar el peso de Portugal y Saboya del lado enemigo de la balanza y allanaron el camino para maniobrar contra España, el principal activo de Francia. El siguiente movimiento, en 1704, le hizo ganar Gibraltar. Entonces, con la hábil intervención de Peterborough en España, se obtuvo el deseado efecto de distracción, y en 1708 otra expedición permitió apoderarse de Menorca. Aunque las operaciones posteriores en España se llevaron a cabo de forma equivocada y se resolvieron con menor fortuna, Inglaterra acabó la guerra con nuevas e importantes posesiones: Gibraltar y Menorca, dos plazas clave para el domino del Mediterráneo, y Nueva Escocia y Terranova, igualmente vitales en el Atlántico Norte.

Guerras de Federico II el Grande

Que el resultado de la guerra de Sucesión austriaca (1740-1748) fue todo menos decisivo queda perfectamente ilustrado en el hecho de que lo único que sacaron los franceses —los que más logros militares alcanzaron en el conflicto— fue una frase, «Eres tan estúpido como la paz», con la que denostar a propios y extraños. Federico el Grande fue el único gobernante que salió beneficiado, o supo beneficiarse de ella. Consiguió hacerse con Sicilia en los primeros compases de la guerra y acto seguido se retiró de la competición. Aunque más tarde volvería a unirse, fue mucho lo que se jugó para no obtener otro rédito que el derecho a adornar las crónicas con los colores de su bandera gracias a un puñado de ilustres victorias. Con todo, la contienda sirvió para establecer el prestigio de Prusia como gran potencia.

Los acontecimientos que decidieron la cesión de Silesia a Prusia, concretada en el acuerdo preliminar de paz de Breslau en 1742, merecen atención. A comienzos de ese año, cualquier perspectiva de llegar a un acuerdo parecía disiparse. Franceses y prusianos habían planeado avanzar de forma conjunta contra el principal ejército austriaco, pero los primeros no tardaron en ser atajados y Federico, en lugar de continuar hacia el oeste para unirse a su aliado, viró repentinamente hacia el sur, en dirección a Viena. Aunque la vanguardia de sus tropas llegó a plantarse ante la capital enemiga, Federico hubo de retirarse enseguida porque las fuerzas de su adversario marchaban hacia su retaguardia para aislarle de su base. Este avance de Federico siempre ha sido criticado y calificado como una mera e imprudente demostración de fuerza, pero habida cuenta de lo que sucedió a continuación

es posible que esta apreciación sea demasiado dura, porque su rápida retirada, un aparente «sálvese quien pueda», actuó como cebo e hizo que los austriacos lo persiguieran hasta Silesia, donde, acorralado, Federico dio media vuelta en las proximidades de Chotusice e infligió a su enemigo un duro revés que, a continuación, explotó al máximo con una vigorosa persecución. Tan solo tres semanas después, Austria firmaba un tratado de paz con Federico por separado y le cedía Silesia. Por tanto, se trata de un acontecimiento del que quizás no sea prudente sacar grandes conclusiones, pero aun así resulta cuando menos significativo que esta repentina disposición de los austriacos a sacrificar territorio a cambio de paz surgiese, precisamente, a colación de la única maniobra de aproximación indirecta que se ejecutó en este escenario de la guerra —incluso aunque esta consistiera en una fugaz aparición frente a Viena y en una pequeña victoria táctica arrancada aparentemente de las fauces de la derrota y harto menos espectacular que muchas otras de las victorias de Federico—.

Así como la guerra de Sucesión austriaca se saldó, en líneas generales, con un resultado nada decisivo, otro tanto ocurriría —desde el punto de vista del mapa político europeo— con el otro gran enfrentamiento de mediados del siglo XVIII. El único país que alcanzó unos resultados que afectarían de manera decisiva a la historia de Europa fue Inglaterra, pero esta no solo ejerció un papel secundario en la guerra de los Siete Años (1756-1763), sino que contribuyó y cosechó sus beneficios de forma indirecta. Mientras los ejércitos de Europa esquilmaban a sus hombres y a sus estados en acciones directas, pequeños destacamentos ingleses aprovechaban esta debilidad para ir levantando el Imperio británico. Es más, el hecho de que Prusia, que se hallaba al borde del agotamiento,

lograse una paz por falta de resultados militares decisivos y no como consecuencia de una derrota humillante se debió tanto a la dislocación indirecta del poder ofensivo de Francia, producida por sus desastres coloniales, como a la retirada de Rusia, que sin duda habría dado el golpe de gracia a Prusia, de no haberse producido la muerte de la zarina Isabel I. El destino se mostró piadoso con Federico el Grande, ya que en 1762 su larga serie de brillantes victorias militares había agotado casi por completo sus recursos y su capacidad de seguir ofreciendo resistencia.

De entre la larga sucesión de enfrentamientos que se produjeron entre las fuerzas europeas en este conflicto, solo hubo una campaña que de verdad puede calificarse como decisiva desde el punto de vista militar y político. Fue la más breve de todas y además se libró en un teatro secundario, y culminó con la toma de Quebec por parte de los ingleses. Si la conquista de esta ciudad y el consiguiente derrocamiento del dominio francés en Canadá fueron el resultado de la aplicación de una gran estrategia de aproximación indirecta basada en el dominio marítimo, también el curso de la campaña militar en sí se decidió por una maniobra estratégica de aproximación indirecta. El resultado es todavía más sugerente en la medida en que esta jugada aparentemente arriesgada no se ejecutó hasta después de que el ataque directo a las líneas del río Montmorency fallase estrepitosamente con una elevada pérdida no solo de vidas, sino también, y lo que es más importante, de moral. Para ser justos con Wolfe, hay que señalar que este solo se resignó a recurrir a esta aproximación directa después de que fracasaran todos sus esfuerzos de tentar al enemigo —tanto mediante el bombardeo de Quebec, como con la exposición de destacamentos aislados en Point Levis y las proximidades de la cascada de Montmorency para que abandonase su fuerte posición defensiva—. Sin embargo, es

del fracaso de estos intentos, y no tanto del éxito de su arriesgado desembarco final a la retaguardia francesa en la meseta de Quebec, de donde podemos extraer una lección: no bastaba con *tentar* al enemigo, era necesario *arrastrarlo* fuera de sus defensas. Siguiendo esta línea argumental, también el fracaso de las fintas con las que Wolfe intentó preparar su aproximación directa nos enseña algo: que *desconcertar* al enemigo no era suficiente; era preciso *distraerlo*, que implica no solo llevarlo a engaño, sino, además, privarle de la libertad de movimiento necesaria para el contraataque y forzarle a disgregar sus fuerzas.

Aunque la maniobra final de Wolfe pareciese una última intentona a la desesperada, se cumplían todas estas condiciones, y el resultado fue la victoria. Así y todo, quienes acostumbran a analizar la historia militar solamente en términos de fuerza armada no consideran que el grado de dislocación ocasionado a las *fuerzas* francesas bastase para garantizar una derrota de esas proporciones. Se han elaborado muchas teorías para demostrar cómo, actuando de otra manera, los franceses habrían sido perfectamente capaces de revertir su situación. Pero la batalla de Quebec es un claro ejemplo de una verdad irrefutable, que los resultados decisivos se deben no tanto a la dislocación física de las fuerzas como a la dislocación psicológica y moral de quienes están al mando. Y estos efectos trascienden los cálculos geográficos y estadísticos que llenan las nueve décimas partes de cualquier libro corriente de historia militar.

Tal y como demuestra la historia, la guerra de los Siete Años fue de todo menos decisiva en su escenario principal, el europeo, incluso a pesar de las numerosas victorias tácticas que salpican su curso, de modo que merece la pena detenerse

e indagar sobre la causa. Aunque es común atribuirla al elevado número de enemigos que tenía Federico, hay que tener en cuenta que la suma de todas las ventajas que este tenía a su favor constituía un contrapeso más que sobrado, de modo que no parece que esta sea la explicación más acertada, así que conviene ahondar mucho más.

Al igual que Alejandro Magno y Napoleón, y a diferencia de Marlborough, Federico el Grande no estaba atado por la responsabilidad y las limitaciones que se le imponen a un estratega en el sentido estricto de la palabra. En su persona recaían las funciones de estrategia y de gran estrategia. Es más, la asociación permanente que existía entre él, como rey, y su ejército le permitía preparar y desarrollar los medios necesarios para alcanzar el fin de su elección. Y a esta ventaja se suma otra muy importante, que es la relativa escasez de fortalezas en sus teatros de operaciones.

Aunque enfrentado a una coalición formada por Austria, Francia, Rusia, Suecia y Sajonia, y con Inglaterra como su único aliado, Federico contó desde el principio, y hasta la mitad de la segunda campaña, con un número superior de fuerzas efectivas disponibles. A lo que hay que añadir dos importantes ventajas: la disponibilidad de un instrumento táctico superior al de cualquiera de sus enemigos y, también, ocupar una posición céntrica.

Esto hizo posible que pudiese poner en práctica lo que comúnmente se conoce como estrategia de «líneas interiores», lanzando ataques desde el eje central contra una de las fuerzas enemigas situadas en la circunferencia exterior y valiéndose de la menor distancia que tenía que recorrer para concentrarse contra una de las fuerzas rivales antes de que esta pudiera recibir el apoyo de las otras.

Lo lógico sería pensar que cuanto más separadas se encuentren dichas fuerzas enemigas entre sí, mayores serán las probabilidades de alcanzar una victoria decisiva. En términos de tiempo, espacio y número de soldados esto es indudable. Pero aquí interfiere, una vez más, el elemento psicológico. Cuando las fuerzas enemigas están muy apartadas unas de otras, funcionan como entes independientes que tienden a formar unidades muy consolidadas bajo la presión del combate. Por el contrario, cuando están demasiado próximas, lo habitual es que se fusionen y que «se conviertan unas en miembros de las otras», estableciéndose así una dependencia mutua tanto psicológica como moral y física. El juicio de cada comandante afecta a los demás, la baja o alta moral de unos se contagia rápidamente al resto e incluso las maniobras de cada una de las fuerzas dificulta o perturba las de las demás. Por lo tanto, si bien esta proximidad proporciona al adversario menos tiempo y espacio de actuación, la dislocación que su acción pueda producir hará efecto más rápida y fácilmente. Es más, cuando las fuerzas están muy juntas, la mera variación de su aproximación contra una de ellas puede transformarse en una inesperada y, por tanto, auténtica aproximación indirecta contra otra. En cambio, cuando las fuerzas están muy separadas entre ellas, disponen de más tiempo para prepararse para hacer frente, o eludir, el segundo ataque del ejército que se esté valiendo de su posición central.

El empleo de las «líneas interiores» tal y como se sirvió de ellas Marlborough en su marcha al Danubio es una forma de aproximación indirecta. Pero, aunque se trate de una aproximación indirecta con respecto a las fuerzas enemigas en su conjunto, no lo es en relación con la fuerza concreta contra la que se dirige, a no ser que sea sorprendida. En todos los demás casos, la maniobra requiere completarse con una aproximación indirecta adicional contra el objetivo mismo.

Federico se valió sistemáticamente de su posición central para concentrar sus ataques contra una parte del enemigo, y siempre recurrió a tácticas de aproximación indirecta, lo que le permitió lograr muchas victorias. Pero su aproximación indirecta táctica era más geométrica que psicológica —carecía de ese sutil elemento de sorpresa tan característico de Escipión—, por lo que, pese a la destreza de su ejecución, eran maniobras de escaso calado. Es posible que el adversario fuese incapaz de hacer frente al segundo embate debido a la rigidez de sus planteamientos o de sus formaciones, pero el embate en sí nunca se producía de forma inesperada.

La guerra se inició a finales de agosto de 1756 con la invasión de Sajonia por parte de Federico, que pretendía frustrar los planes de la coalición. El elemento de sorpresa inicial le permitió entrar en Dresde casi sin oposición. Cuando un ejército austriaco acudió tardíamente en auxilio de la ciudad, Federico fue a su encuentro remontando el Elba y, tras derrotarlo en una batalla en Lovosice, cerca de Litomerice, se garantizó la ocupación de Sajonia. En 1757 cruzó las montañas, se internó en Bohemia y marchó sobre Praga. A su llegada se topó con un ejército austriaco que ocupaba una fuerte posición defensiva en las colinas que se elevan al otro lado del río. Así pues, dejó retrasado un destacamento para que enmascarara su maniobra y vigilara los vados, marchó curso arriba por la noche, cruzó el río y avanzó contra el flanco derecho del oponente. Aunque su aproximación empezó siendo indirecta, esta pasó a ser directa antes de completarse la maniobra: el ejército austriaco había tenido tiempo de cambiar de frente, y la infantería prusiana se encontró de pronto tratando de llevar a cabo un embate frontal en un talud y bajo fuego enemigo. Las bajas se contaron por miles y solo la lle-

gada inesperada de la caballería de Zieten, que había recibido órdenes de dar un amplio rodeo, decantó la batalla de Praga a su favor y provocó la retirada de los austriacos.

El posterior asedio de la ciudad se vio interrumpido por el avance de un nuevo contingente austriaco que, bajo el mando de Daun, acudía en auxilio de Praga. Al recibir la noticia, Federico reunió cuantas fuerzas pudo retirar del asedio y fue a su encuentro. Cuando lo localizó en Kolín el 18 de junio, descubrió que estaba perfectamente atrincherado y que, además, le doblaba en número. Una vez más, probó con una maniobra indirecta para sobrepasarlo por el flanco derecho, pero lo hizo con un margen tan estrecho que sus columnas, acosadas por el fuego de las tropas ligeras del enemigo, se vieron obligadas a cambiar de dirección y lanzarse en un ataque directo y desorganizado que culminó en una aciaga derrota. Federico tuvo entonces que abandonar el asedio de Praga y replegarse en Bohemia.

Entretanto, los rusos habían invadido Prusia oriental, Hannover había sido tomada por un ejército francés y una fuerza combinada de los aliados comandada por Hildburghausen amenazaba con marchar sobre Berlín desde el oeste. Para impedir la confluencia de estos dos últimos ejércitos, Federico regresó rápidamente pasando por Leipzig y consiguió neutralizar la amenaza. Pero entonces hubo de hacer frente a un nuevo peligro en Silesia, y mientras iba de camino una fuerza de asalto austriaca entró en Berlín y saqueó la ciudad. Apenas habían logrado rechazar a esta última, cuando Hildburghausen reemprendió la marcha, y Federico salió rápidamente a su encuentro.

En la batalla de Rossbach que siguió, el ejército aliado —dos veces más potente que el de Federico— intentó imitar la táctica característica del rey prusiano y volverla en su contra. Pero el escaso margen con que se ejecutó no solo le reveló a

tiempo las intenciones del enemigo, sino que la precipitación con que los aliados dieron por hecho que Federico se retiraba los llevó a «distraer» sus propias fuerzas con el fin de alcanzarle y, así, cuando este contramaniobró, no para plantarles cara, sino para atacar su flanco, los aliados quedaron casi instantáneamente dislocados. Así fue como, gracias a la torpeza de sus adversarios, Federico realizó una auténtica aproximación indirecta, porque a la movilidad se sumó la sorpresa. La de Rossbach fue con diferencia la menos onerosa de sus victorias, porque, aunque la pagó con la vida de quinientos de sus hombres, provocó siete mil setecientas bajas en el enemigo y dispersó a un ejército de sesenta y cuatro mil.

Desgraciadamente para él, había dilapidado una parte demasiado importante de su capacidad militar en las batallas anteriores como para poder sacar el máximo partido de este triunfo. Todavía tenía que lidiar con el ejército austriaco que se le había resistido en Praga y Kolín y, aunque logró el éxito en Leuthen (hoy Lutynia), la victoria que allí cosechó gracias a su famoso ataque en orden oblicuo —una maniobra de aproximación indirecta brillantemente ejecutada, aunque completamente obvia— le salió más cara de lo que podía permitirse.

Y prosiguió la guerra en 1758, con unas perspectivas cada vez más negras. Federico reemprendió las hostilidades con una aproximación indirecta de libro contra los austriacos, pasando de largo por delante del frente enemigo, rodeándolo por el flanco e internándose treinta y dos kilómetros en territorio enemigo hasta Olomuc (Olmütz). Ni siquiera después de perder un importante convoy de suministros retrocedió, sino que continuó la marcha a través de Bohemia, rodeando la retaguardia austriaca y llegando a la base que estos tenían afianzada en Königgrätz (hoy Hradec Králové). Pero las oportunidades perdidas en Praga y Kolín volverían ahora a

pasarle factura a Federico, puesto que la apisonadora rusa había logrado por fin coger fuelle y avanzó hasta Posen, en el camino a Berlín. Federico decidió que lo más sensato era renunciar a completar la campaña en Bohemia y marchar hacia el norte para detener a los rusos. Y lo consiguió, aunque la batalla de Zorndorf acabó siendo una segunda Praga. De nuevo volvió Federico a circunvalar el obstáculo que constituía la fuerte posición defensiva rusa al desviarse hacia la derecha y rodear el flanco oriental ruso con el objetivo de atacarles desde la retaguardia, y su adversario volvió a lograr cambiar de frente y convertir la aproximación indirecta de Federico en un ataque frontal. Esto le colocó en una situación muy apurada de la que consiguió salir gracias a su excepcional general de caballería, Seydlitz, que intervino a tiempo realizando una carga envolvente contra el nuevo flanco enemigo después de atravesar un terreno que hasta ese momento se había considerado impracticable; de esta forma dotó a su maniobra de un elemento de sorpresa que, de hecho, la convirtió en una auténtica aproximación indirecta. Pero las bajas que sufrió Federico, aunque no tan elevadas como las de los rusos, fueron más importantes en relación con sus recursos.

Al ver diezmado todavía más su capital humano, Federico no tuvo más remedio que arriesgarse a dejar a los rusos y que estos se recuperaran y retroceder para volver a enfrentarse a los austriacos. La batalla que tuvo lugar entonces en Höchkirch se saldó con una nueva merma de sus fuerzas y, lo que es peor, con una derrota que él mismo propició debido a un exceso de confianza en que su viejo adversario austriaco, Daun, no tomaría nunca la iniciativa. Así pues, Federico se vio sorprendido en un doble sentido por su oponente, que rodeó a sus fuerzas por la noche y tuvo en la mano destruirle de no ser por la caballería de Zeiten, que consiguió mantener abierta una vía de escape para la retirada. Se prolongó así la

guerra todavía un año, el de 1759, con Federico cada vez más debilitado. En Kunersdorf sufrió la peor derrota de su carrera a manos de los rusos, y otra más en Maxen ante Daun, de nuevo debido a su exceso de confianza. A partir de ese momento todo cuanto podría hacer era bloquear pasivamente al enemigo.

Pero, así como la suerte de Prusia llegaba poco a poco a su ocaso, el sol brillaba en Canadá. Los éxitos de Wolfe en aquel territorio animaron a Inglaterra a enviar tropas directamente a Alemania y por medio de su victoria sobre los franceses en Minden compensaron los desastres sufridos por el propio Federico.

Con todo, para 1760, su debilidad era más marcada que nunca. El rey consiguió aliviar la presión del este permitiendo que los rusos interceptaran un mensaje que decía así: «Los austriacos han sido hoy derrotados por completo. Ahora toca ir a por los rusos. Haced como acordamos». Pero, aunque los rusos reaccionaron rápidamente a esta insinuación y se retiraron, la derrota «póstuma» subsiguiente de los austriacos en Torgau fue otra victoria pírrica para Federico. Incapacitado por sus propias bajas, ya solo contaba con sesenta mil hombres, no podía emprender otra batalla e incluso se encontraba atrapado en Silesia, incomunicado de Prusia. Por fortuna, el ejército austriaco desplegó una estrategia más laxa que nunca, a la vez que la retaguardia rusa exhibía otra vez la más completa descoordinación. Y fue en este momento de crítica inacción cuando murió la zarina. Su sucesor no solo firmó la paz, sino que empezó a contemplar la posibilidad de sumarse al bando de Federico. Francia y Austria prolongaron la guerra de forma desganada durante unos pocos meses más, pero la primera se encontraba muy afectada por las derrotas sufridas en las colonias y, con Austria inmóvil y agotada, pronto se llegó a un acuerdo de paz del que todas las naciones partici-

pantes salieron exhaustas y, salvo Inglaterra, sin haber mejorado su posición un ápice después de siete años de sangría.

Es mucho lo que puede aprenderse de las campañas de Federico, pero la lección más importante es que su estrategia indirecta era demasiado directa. Por expresarlo con otras palabras, Federico consideraba la aproximación indirecta una mera forma de maniobrar valiéndose de la movilidad, en lugar de concebirla como una combinación de movilidad y sorpresa. De ahí que, a pesar de sus grandes habilidades militares, dilapidara su economía de fuerzas.

8

La Revolución francesa y Napoleón Bonaparte

Treinta años después se levanta el telón para dar paso de nuevo al arte de la guerra, iluminado por la brillante genialidad de Napoleón Bonaparte. Como ya ocurriera un siglo antes, Francia era la amenaza contra la que se aliaron las potencias europeas. Pero en esta ocasión, el curso del conflicto tomó otros derroteros. La Francia revolucionaria contaba con muchos simpatizantes, si bien no formaban parte del estamento gubernamental de las naciones ni tampoco controlaban las fuerzas armadas de sus estados. Pero, a pesar de emprender la guerra por su cuenta y riesgo y de verse aislada como una apestada, no solo rechazó el esfuerzo conjunto que trataba de contenerla, sino que, cambiando de naturaleza, se convirtió en una amenaza militar expansionista para el resto de Europa y, en última instancia, en dueña y señora de buena parte del continente. La clave para que alcanzase semejante poder reside en una combinación de condiciones favorables y de factores motivadores.

El espíritu revolucionario que inspiró los ejércitos franceses de ciudadanos fue el responsable de crear simultáneamente esas condiciones y esa motivación. A falta de una instrucción militar que su propia naturaleza hacía imposible, ese espíritu dio rienda suelta al sentido táctico y a la iniciativa de cada individuo. Estas nuevas tácticas basadas en la fluidez se verían reflejadas principalmente en un hecho sencillo pero vital, y es que los franceses marchaban y luchaban ahora a un

ritmo acelerado de ciento veinte pasos por minuto, mientras que sus adversarios seguían manteniendo a rajatabla una velocidad ortodoxa de setenta pasos. Esta diferencia elemental, en una época en la que la Mecánica todavía no había dotado a los ejércitos de medios de transporte más rápidos que las piernas, el paso humano se convertiría en la principal responsable a la hora de facilitar rápidos desplazamientos y una reestructuración de sus concentraciones de fuerzas operativas mediante los cuales los franceses podían, en palabras de Napoleón, multiplicar «la masa por la velocidad», tanto estratégica como tácticamente.

Otra condición favorable fue la organización del ejército en divisiones permanentes, es decir, su fraccionamiento en unidades autónomas que, además de operar por separado, podían cooperar para alcanzar un objetivo común. Este cambio orgánico había sido introducido en la teoría por Bourcet y llevado a la práctica, en cierta medida, durante la década de 1740, si bien fue De Broglie quien lo aceptó oficialmente en 1759, cuando fue nombrado mariscal de Francia. Este nuevo concepto de organización sería desarrollado de una manera más completa por otro pensador importante y muy innovador, Guibert, quien además lo incorporaría a las reformas del ejército llevadas a cabo en 1787, en vísperas de la Revolución.

Una tercera condición, asociada a la anterior, fue que el caótico sistema de abastecimiento y la naturaleza indisciplinada de los ejércitos revolucionarios impusieron la regresión a la antigua costumbre de «vivir de lo que se pudiera obtener sobre el terreno». La distribución del ejército en divisiones hizo que esta práctica no afectase tan negativamente a su efectividad como en el pasado. Así como antaño había sido necesario hacer acopio de víveres antes de llevar a cabo una operación, ahora era posible desempeñar una misión militar a la vez que se reabastecían.

Es más, el hecho de ir «ligeros de equipaje» permitía a los soldados acelerar su movilidad y desplazarse con mayor libertad por zonas de montaña y bosque. Del mismo modo, el solo hecho de que no pudiesen depender de almacenes y convoyes para el suministro de víveres y equipamiento dotaba a aquellas tropas hambrientas y pobremente vestidas de un mayor ímpetu a la hora de lanzarse contra la retaguardia de un enemigo que sí disponía, y dependía, de esos medios directos de abastecimiento.

A todas estas condiciones se sumaría un factor humano decisivo, un líder, Napoleón Bonaparte, que alimentó su destreza con el análisis de la historia militar y, de manera particularmente notable, con las provechosas ideas que poblaban los tratados teóricos de Bourcet y Guibert, los dos escritores militares más sobresalientes y originales del siglo XVIII.

Del primero aprendió el principio de dispersión controlada para inducir al enemigo a dispersar a su vez la concentración de sus tropas como maniobra previa a la rápida reunificación de las fuerzas propias. También sabría del valor de un «plan con diversas ramificaciones» y de la importancia de operar en una línea de ataque que amenazase varios objetivos alternativos. Es más, el plan que ejecutó Napoleón en su primera campaña se basó en uno que ya había diseñado Bourcet medio siglo antes.

De Guibert recogió la idea del valor excepcional de la movilidad y la fluidez de las fuerzas, y supo reconocer el gran potencial que ofrecía su novedosa distribución del ejército en divisiones autónomas. Guibert había definido en sus escritos el método napoleónico con una generación de adelanto: «El arte de la guerra consiste en desplegar las fuerzas sin exponerlas, en envolver al enemigo sin romper nuestro orden de batalla, en ligar sucesivamente los movimientos o los ataques para neutralizar el flanco enemigo sin permitir que el nuestro

quede expuesto». Y la fórmula de Guibert de emplear el ataque de retaguardia como medio de desequilibrar las líneas del oponente se convirtió en una práctica de Napoleón. De esa misma fuente es deudor también el método napoleónico de concentrar el fuego de su artillería móvil con el fin de destruir y abrir una brecha en un punto clave del frente enemigo. De hecho, fueron las reformas prácticas que logró introducir Guibert en el ejército francés poco antes de la Revolución las que moldearon el instrumento que luego Napoleón pondría en funcionamiento. Pero, sobre todo, fue la visión de Guibert acerca de la inminente transformación que se produciría en el arte de la guerra y que sería llevada a cabo por un hombre surgido de un estado revolucionario la que encendió la imaginación y la ambición del joven Napoleón.

Aunque no fue mucho lo que Napoleón aportó a las ideas de las que se había imbuido, sí se encargó de hacerlas realidad. De no haberlas aplicado con el dinamismo que lo hizo, es probable que el nuevo concepto de movilidad no hubiese pasado de ser más que una teoría. Pero como su educación abordó los mismos intereses que sus instintos, y estos, a su vez, hallaron en las circunstancias el caldo de cultivo idóneo, fue capaz de explotar todas las posibilidades que ofrecía la nueva estructura «divisionaria» y, al desarrollar la más amplia gama de combinaciones estratégicas que esta hacía posible, realizó su principal contribución en el campo de la estrategia.

La estupefacción causada por el fracaso en Valmy y Jamappes de la primera invasión parcial de 1792 ha tendido a enmascarar el peligro muchísimo mayor que, a continuación, correrían Francia y la Revolución. Y es que no fue hasta después de la ejecución de Luis XVI cuando se constituyó la Primera Coalición —formada por Inglaterra, Holanda, Austria, Prusia, España y Cerdeña— y cuando entró en juego realmente toda esa resolución de espíritu y de recursos humanos

y materiales. Aunque la forma en que los invasores condujeron la guerra adolecería de falta de determinación y habilidad de sus mandos, la situación de los franceses fue tornándose cada vez más precaria, hasta que su suerte cambió radicalmente en 1794 y la marea invasora retrocedió. A partir de ese momento de inflexión, Francia pasó de defenderse a convertirse en el bando agresor. ¿Y cómo se volvieron las tornas? Pues mediante una maniobra que, aun no siendo ni mucho menos un golpe estratégico magistral y aun teniendo un objetivo vago y limitado, resulta trascendental por cuanto su resultado decisivo derivaría de una aproximación estratégica claramente indirecta.

Mientras los ejércitos principales se enfrentaban en las proximidades de Lille, con gran derramamiento de sangre, pero nulos resultados, el ejército del Mosela —comandado por Jourdan y emplazado muy lejos del escenario principal de los combates— recibió órdenes de reunir una fuerza de asalto en la orilla izquierda con el fin de que esta marchase hacia el oeste, cruzando las Ardenas, y operase contra Lieja y Namur. Al llegar a esta última localidad tras una marcha agotadora en la que las tropas habían sobrevivido a base de los víveres que pudieron obtener del terreno, Jourdan supo —a través de una misiva y por el lejano fragor de los cañones— que el ala derecha del ejército principal se hallaba detenida frente a Charleroi, que resistía a su ataque. Así pues, en lugar de iniciar el asedio de Namur, viró hacia el suroeste en dirección a Charleroi y la retaguardia del enemigo, y con su llegada intimidó a la fortaleza, que se rindió.

Todo apunta a que el objetivo de Jourdan no iba más allá de contribuir a la toma de la ciudad, pero lo cierto es que el golpe psicológico que supuso una maniobra como la suya contra la retaguardia enemiga le proporcionó accidentalmente un resultado que, en el caso de Napoleón y otros grandes

generales, habría sido el ansiado producto de un calculado plan. El príncipe Fernando de Sajonia-Coburgo-Gotha, comandante en jefe del ejército enemigo, retrocedió rápidamente hacia el este, reuniendo a cuantas tropas halló disponibles de camino para, a continuación, lanzarlas en un ataque contra Jourdan, que se había atrincherado para defender Charleroi. Aunque el enfrentamiento, la célebre batalla de Fleurus, fue severo, los franceses contarían con la inestimable ventaja de haber desestabilizado estratégicamente al enemigo previamente y de haberle instigado a atacar con solo una parte de sus fuerzas. A la derrota de esta le sucedió la retirada general de los aliados.

Cuando los franceses asumieron a su vez el rol de invasores, no consiguieron —a pesar de ser superiores en número— obtener un resultado decisivo en su campaña principal al otro lado del Rin. De hecho, no solo fue esta inútil, sino que culminó en una aplastante derrota fruto de una aproximación indirecta. En julio de 1796, el nuevo avance de las tropas muy superiores de Jourdan y Moreau obligó al archiduque Carlos a tomar la decisión de, en sus propias palabras, «retirar ambos ejércitos [el suyo y el de Wartensleben] paso a paso, evitando en todo momento entablar combate, y buscar la unión de los dos a la primera oportunidad que se presentase con el fin de lanzar un ataque conjunto, en superioridad, o al menos igualdad, de condiciones contra uno de los dos ejércitos hostiles». Pero la presión del enemigo no le brindó ocasión de poner en práctica esta estrategia de «líneas interiores» —directa en su objetivo, salvo por la intención de ceder terreno con el fin de crear una oportunidad propicia— hasta que un cambio de dirección por parte de los franceses le sugirió un golpe mucho más audaz. La idea nació de la iniciativa de un general de brigada de caballería, quien tras realizar una exhaustiva misión de reconocimiento descubrió que los fran-

ceses se estaban apartando de la línea natural de expectativa, que los llevaría a situarse frente al archiduque, para converger sobre las fuerzas de Wartensleben y destruirlas. Así pues, el general de brigada envió al archiduque su inspirador mensaje: «Si Vuestra Alteza quisiera o pudiera avanzar doce mil hombres contra la retaguardia de Jourdan, este estará perdido». Aunque la maniobra del archiduque no fue tan osada como lo que proponía su subordinado, bastó para truncar la ofensiva francesa. La retirada desordenada del zaherido ejército de Jourdan de regreso a la otra orilla del Rin obligó a Moreau a abandonar su exitoso avance por Baviera y a retroceder igualmente.

Pero, así como el esfuerzo principal de los franceses en el Rin fue un fracaso, y volvería a serlo algún tiempo después, el resultado decisivo se produjo en un escenario secundario de la guerra, en Italia, donde Bonaparte logró convertir una defensa precaria en una aproximación indirecta fundamental para alcanzar la victoria. Este plan lo había forjado ya dos años antes, cuando había estado destinado en la zona como oficial del Estado Mayor, y acabó de tomar forma más tarde en París. Se trataba de una reproducción del plan de 1745, mejorado, eso sí, mediante la aplicación de las lecciones que sacara de aquella campaña, y en él se verían reflejadas las ideas clave del pensamiento de Napoleón, las cuales habían sido moldeadas por los maestros que habían guiado sus estudios militares durante una etapa de su vida en la que su edad lo hacía muy influenciable. Ese periodo de estudio fue breve, pues solo tenía veinticuatro años cuando, ostentando el cargo de capitán, quedó al mando de la artillería en el asedio de Toulon, y veintiséis cuando fue nombrado comandante en jefe del ejército francés en Italia. Así pues, se había empapado de lecturas e ideas en unos pocos años, y después apenas pudo disfrutar de momentos de asueto para la reflexión. Más

dado a la acción que al pensamiento profundo, Napoleón nunca llegó a desarrollar una filosofía de guerra definida. Y en lo que se refiere a sus propias teorías militares, tal y como aparecen plasmadas en sus escritos, constituyen un conjunto de retazos apenas esbozados que no han hecho sino confundir y ser malinterpretados por generaciones sucesivas de soldados que se han tomado sus palabras al pie de la letra.

Esta tendencia, así como el efecto natural de sus experiencias anteriores, quedan expuestos en uno de sus dichos más significativos y más frecuentemente citados: «Los principios de la guerra son los mismos que los de un asedio. Es preciso concentrar el fuego en un punto y tan pronto como se logre abrir una brecha, se romperá el equilibrio; el resto son naderías». La teoría militar subsiguiente ha hecho hincapié en la primera premisa y no en la última. Especialmente en la expresión «un punto», en detrimento del término «equilibrio». Lo primero no es sino una metáfora física, mientras que lo segundo expresa el resultado fisiológico real que garantiza que «el resto son naderías». Su propio énfasis se puede rastrear en el devenir estratégico de sus campañas.

Incluso la palabra «punto» ha sido fuente de confusión y controversias. Una escuela ha argumentado que lo que Napoleón quería decir era que el golpe concentrado debería dirigirse contra el punto más fuerte del enemigo, teniendo en cuenta que este método (y solo este) es el que garantiza resultados decisivos. Y esto se debe a que, si se logra quebrar la resistencia del rival, esa ruptura conllevará también el desmoronamiento de cualquier oposición de menor intensidad. Este argumento omite el factor del coste y también pasa por alto que el vencedor podría quedar demasiado agotado para aprovecharse del éxito conseguido, de modo que incluso un oponente más débil podría adquirir una capacidad de resistencia relativamente más alta que la original. La otra escuela,

más imbuida de la idea de la economía de fuerzas, pero solamente en el alcance limitado de los primeros costes, ha contrapuesto la idea de que el objetivo de la ofensiva debería ser el punto más frágil del enemigo. Sin embargo, cuando la debilidad de un punto es obvia, suele serlo porque se trata de una posición alejada de cualquier arteria o centro neurálgico vital, o bien porque se mantiene deliberadamente debilitada para atraer al agresor hacia una trampa.

Aquí, una vez más, la aclaración procede de la campaña en la que Bonaparte llevó a la práctica su máxima. Con toda claridad, sugiere que no quería decir «punto», sino «unión» o «articulación», y que en esta etapa de su carrera estaba demasiado apegado a la idea de la economía de fuerzas como para desperdiciar sus recursos, limitados, atacando el punto más sólido del enemigo. Sin embargo, una articulación es al mismo tiempo vital y vulnerable.

Fue también en este momento cuando Bonaparte utilizó otra frase que posteriormente se ha citado para justificar las concentraciones de esfuerzos bélicos más temerarias orientadas contra las principales fuerzas armadas del enemigo. «Austria es nuestro enemigo más enérgico… Con Austria derrotada, España e Italia caerán por su propio peso. No debemos dispersar los ataques, sino concentrarlos». Ahora bien, el texto completo del memorando que contiene esta frase demuestra que su argumentación no estaba pensada para apoyar un ataque directo contra Austria, sino que defendía utilizar el ejército desplegado en la frontera del Piamonte para efectuar una aproximación indirecta a Austria. En este concepto, el norte de Italia serviría como corredor de acceso a Austria. Y en este teatro secundario, su objetivo, de acuerdo con los consejos de Bourcet, era dejar fuera de combate al aliado menor, el Piamonte, para después enfrentarse al aliado principal. Al ponerse en marcha, este enfoque cobró un cariz todavía

más indirecto, con una forma aún más sutil. Se debió a que el sueño que comunicó a su Gobierno tras los éxitos iniciales después saltó hecho trizas al entrar en contacto con la realidad: «En menos de un mes espero estar en las montañas del Tirol, donde me reuniré con el Ejército del Rin para proseguir la guerra en Baviera». El proyecto se frustró, pero ese fracaso fue el origen de la auténtica oportunidad. Al convocar a las fuerzas austriacas para que desarrollasen una serie de ofensivas contra él en Italia y vencerlas en suelo italiano, doce meses más tarde abriría una vía para penetrar en Austria.

Cuando Bonaparte asumió el control del denominado Ejército de Italia en marzo de 1796, sus tropas estaban desplegadas y repartidas a lo largo de la Riviera de Génova, mientras que las fuerzas aliadas de Austria y el Piamonte ocupaban los pasos montañosos que permiten acceder a las planicies a sus espaldas. El plan de Bonaparte consistía en lanzar dos avances convergentes a través de las montañas, sobre la fortaleza de Ceva. Tras hacerse con esta puerta de acceso al Piamonte, amedrentaría a su Gobierno para que firmase un tratado de paz por separado, ante el riesgo de su avance sobre Turín. Esperaba que las fuerzas austriacas seguirían aún en sus acuartelamientos de invierno, aunque si optaban por moverse para unirse a sus aliados, había previsto amagar una ofensiva dirigida a Acqui para obligarlas a retirarse hacia el noreste, en una línea divergente.

Bonaparte obtuvo su ventaja inicial y separó a los dos ejércitos, aunque en realidad ello fue más fruto de la fortuna que consecuencia del plan. La oportunidad apareció con motivo de una maniobra ofensiva de los austriacos, que prosiguieron para amenazar el flanco derecho de Bonaparte y adelantarse a cualquier avance francés sobre Génova. Napoleón se opuso a la amenaza con un breve ataque dirigido al punto donde confluía el avance austriaco, aunque fueron necesarios

dos pequeños ataques más sobre un punto cercano para repeler al enemigo y obligar a Austria a retroceder hasta Acqui.

Entretanto, el grueso de las tropas francesas avanzaba sobre Ceva. El 16 de abril, Bonaparte ordenó un intento apresurado de tomar la posición con un asalto directo, que fracasó. A continuación, planeó una maniobra de cerco para el día 18 y nuevamente cambió su línea de comunicaciones, para que siguiese una ruta más apartada de posibles interferencias austriacas. Sin embargo, los piamonteses se retiraron de la fortaleza antes de que se pusiese en marcha el nuevo ataque. El francés decidió perseguirlos y en esa acción sufrió otro rechazo que se saldó con cuantiosas pérdidas al intentar otro ataque directo, cuyo fin era ocupar una posición donde aquellos se habían hecho fuertes. Ahora bien, en esta maniobra, los piamonteses se vieron superados por ambos flancos y obligados a retroceder velozmente hacia las llanuras.

A ojos del Gobierno del Piamonte, el grave peligro que suponía la cercanía del ejército francés a Turín pesaba mucho más que la promesa tardía de los austriacos de marchar en su ayuda, para lo cual además deberían dar un rodeo. Se había «roto el equilibrio» y el efecto psicológico de este golpe eliminó la necesidad de lograr una derrota efectiva para convencer a los piamonteses de los beneficios de un armisticio. De este modo, el Piamonte quedaba eliminado del sistema de contrapesos de la guerra.

Nunca otra primera campaña dirigida por un comandante resultó más relevante para convencerle de la importancia crucial del factor tiempo. Máxime si tenemos en cuenta que, de haber resistido los soldados piamonteses tan solo unos días más, Bonaparte corría el riesgo de tener que retirarse y retroceder hacia la Riviera por la escasez de suministros. Da igual si él mismo admitió de veras este hecho o no lo hizo; la cuestión es que la impresión que estos sucesos le causaron queda

clara en lo que manifestó entonces: «Puede que en el futuro pierda alguna batalla, pero jamás perderé un minuto».

Ahora su fuerza era superior a la de Austria en solitario (35 000 hombres frente a 25 000), pero aun así tomó precauciones y no avanzó directamente contra ellos. El día siguiente al acuerdo de armisticio con el Piamonte, fijó Milán como su objetivo. Pero el camino hacia aquella ciudad no sería directo, sino que pasaría por Tortona y Piacenza, para atacar por la retaguardia. Tras engañar a los austriacos y obligarlos a concentrar fuerzas en Valenza para impedir un supuesto avance en dirección noroeste, Napoleón marchó al este, siguiendo la orilla sur del río Po. De este modo, cuando alcanzó Piacenza había burlado todas las posibles líneas de resistencia de los austriacos.

Con el fin de asegurarse esta ventaja, no había mostrado escrúpulos en violar la neutralidad del Ducado de Parma, en cuyo territorio se encontraba Piacenza. Calculó que allí podría encontrar embarcaciones y un transbordador, lo que compensaría la carencia de un sistema eficaz de transporte. Ahora bien, ese desprecio de los derechos de neutralidad acarrearía un efecto compensador no exento de ironía. Y es que cuando Bonaparte puso rumbo al norte para avanzar contra la retaguardia del ejército de Austria, dichas tropas optaron por retirarse sin perder un instante, atravesando para ello una franja de territorio veneciano. Así se salvaron imitando el anterior ejemplo de desacato y falta de respeto por las reglas de la guerra. Se habían escabullido justo antes de que Bonaparte pudiese emplear el río Adda como barrera protectora para cortarles la línea de retirada. A continuación, se refugiaron bajo la protección de Mantua y el famoso «cuadrilátero» de fortificaciones.

La realidad se imponía, terca. Ante ella, la idea de Bonaparte (invadir Austria en el plazo de un mes) se difuminaba,

cada vez más lejana. Y se alejaba cada vez más porque en el Directorio crecía el nerviosismo por los riesgos de aquellas acciones y lo apurado de la situación en cuanto a los recursos. De modo que se le ordenó marchar hasta Livorno y «evacuar» por el camino los cuatro estados neutrales. En el lenguaje de la época, ese mandato significaba que debía saquear esos territorios. Como resultado de estos acontecimientos, Italia quedó despojada de sus riquezas hasta tal punto que jamás recuperaría su prosperidad pasada.

Sin embargo, desde el punto de vista militar, esta restricción de la libertad de acción de Bonaparte demostró la validez de la proverbial «bendición encubierta». Al apremiarlo para que demorase un poco la batalla por hacer realidad su sueño, se le presentó la oportunidad de ajustar el fin a sus medios, con la ayuda del enemigo. Hasta que el equilibrio inicial de fuerzas se alteró tanto que su meta inicial volvió a situarse al alcance de la mano. Citemos el juicio que emitió el gran historiador italiano Ferrero al respecto: «Durante un siglo, la primera campaña de Italia se ha descrito (estoy tentado de decir más bien "glosado") como una epopeya triunfal de maniobras ofensivas. Según esta versión, Bonaparte conquistó Italia sin ninguna dificultad porque concatenó un ataque tras otro, con una valentía que solo su buena fortuna logró igualar. Pero si estudiamos con ánimo imparcial la historia de su campaña, queda claro que los dos enemigos se atacaron y recibieron ataques, alternativamente. Y que en la mayoría de los casos, el bando agresor fracasó».

Cuando se produjo el primer intento austriaco de socorro, lo que puso en peligro el método de Bonaparte fue su propia reticencia a abandonar el empeño que había puesto en Mantua. Solo cuando soltó amarras y se libró de esa carga pudo aprovechar la movilidad para vencer a los austriacos, en Castiglione.

Llegado este momento, el Directorio le conminó a proseguir a través del Tirol y cooperar con el ejército principal del Rin. Los austriacos se beneficiaron de este avance directo por su parte para alejarse en dirección este con su masa de maniobra, a través del Val Sugana, hasta descender a las planicies del Véneto, para después tomar rumbo oeste y aliviar la presión sobre Mantua. Pero Bonaparte, en vez de profundizar con su penetración hacia el norte o de retroceder para defender Mantua, viró y comenzó a perseguir de cerca la retaguardia austriaca por entre las montañas, respondiendo al acercamiento indirecto del enemigo con un movimiento similar, mucho más decidido. En Bassano atrapó y aplastó la mitad posterior de las tropas austriacas y cuando puso pie en las llanuras del Véneto, tras las huellas de la otra mitad, mandó a los perseguidores que cerrasen el paso del enemigo hacia Trieste, negándoles la línea de retirada que les llevaría a Austria, pero sin impedir que tomasen el camino de Mantua. De esta forma, los encerraría también en aquella especie de jaula que era la ciudad.

Al quedar bloqueada una parte tan significativa de su capital militar, Austria se vio forzada a emplear nuevos recursos. En esta ocasión, y no sería la última, el enfoque directo de la táctica de Bonaparte puso en entredicho el éxito de la naturaleza indirecta de su estrategia. Cuando los ejércitos convergentes de Alvintzi y Davidovich se aproximaron a Verona, el pivote para la defensa de Mantua, Napoleón se lanzó contra el primero, que era el más fuerte. Fue rechazado tras sufrir una severa derrota en Caldiero. Pero en lugar de retirarse, optó por una vía más atrevida y puso en práctica una amplia maniobra para rodear el flanco sur de las tropas de Alvintzi y encarar su retaguardia. Estaba desesperado, algo que se revela con claridad en la misiva que envió para advertir al Directorio: «La debilidad y el agotamiento del ejército me empujan a

temer lo peor. Tal vez estemos a punto de perder Italia». Los retrasos provocados por el terreno pantanoso y los cursos de agua incrementaban los riesgos de esta maniobra, pero consiguió torcer los planes del enemigo, cuyas fauces se aprestaban ya para cerrarse sobre el ejército francés, que teóricamente debía encontrarse en Verona. Mientras Alvintzi se apresuraba para salir a su encuentro, Davidovich permanecía inactivo. Aun así, a Bonaparte le resultó complicado sobreponerse a los soldados de Alvintzi, más numerosos. Pero cuando los platos de la balanza se equilibraron en Arcola, Bonaparte recurrió a un ardid táctico, algo poco frecuente en él: envió a un puñado de cornetas como avanzadilla hacia la retaguardia austriaca para que hiciesen resonar la orden de carga. Pocos minutos después, las tropas centroeuropeas huían a la carrera.

Dos meses más tarde, en enero de 1797, los austriacos pusieron en marcha el cuarto y último intento para liberar Mantua, que acabaría hecho añicos en Rivoli, donde la formación de las tropas napoleónicas en un grupo suelto funcionó casi a la perfección. Igual que sucede cuando se despliega una red y se sujetan sus extremos con piedras, cuando una de las columnas enemigas trata de romperla presionando un punto, la red se tensa y se recoge para envolver al intruso, hasta que finalmente las piedras lo machacan.

Esta formación se autoprotege, ya que al recibir un impacto se convierte en una formación defensiva concentrada. El propio Bonaparte la había concebido para desarrollar el nuevo sistema de divisiones. Este sistema determinaba que un ejército se subdividía permanentemente en fracciones que se mueven de forma independiente, en lugar de constituir un único cuerpo del que se desgajan destacamentos de forma temporal. La formación en grupos del ejército de Bonaparte durante las campañas italianas profundizaría en su desarrollo y se convertiría en sus campañas más tardías en el *bataillon*

carré, donde los cuerpos de ejército ocupan el lugar de las divisiones.

Si bien esa suerte de red sirvió para machacar el ala del ejército austriaco que maniobraba en Rivoli, conviene señalar que el desmoronamiento de la resistencia que opuso el enemigo fue provocado por la audacia de Bonaparte al enviar a un solo regimiento de 2000 hombres que cruzaron el lago de Garda en barcas para situarse en la línea de retirada de un ejército completo. A continuación, se rendiría Mantua. Los austriacos, tras perder a sus hombres en el empeño por salvar la puerta exterior de acceso a su propio país, no tuvieron más remedio que asistir impotentes a la veloz aproximación de Bonaparte camino de la puerta interior, ahora desguarnecida. Esta amenaza obligó a Austria a firmar la paz mientras el grueso de los ejércitos de Francia aún no había avanzado más que un puñado de kilómetros tras cruzar el Rin.

En otoño de 1798, Rusia, Austria, Inglaterra, Turquía, Portugal, Nápoles y el papado formaron la Segunda Coalición, cuyo objetivo era deshacerse de las trabas que imponía este tratado de paz. Bonaparte estaba lejos, en Egipto. Cuando regresó, Francia se encontraba en una situación verdaderamente delicada. Los ejércitos de operaciones galos estaban agotados tras sufrir cuantiosas pérdidas. El tesoro estaba exangüe y las cifras de reclutamiento caían.

En su primer regreso, el propio Bonaparte había derrocado al Directorio y se había proclamado primer cónsul. En esta segunda ocasión, ordenó que se formase en Dijon un ejército de reserva, compuesto por todas las tropas locales que fuese posible reunir. Pero no lo destinó a reforzar las huestes francesas en el principal teatro de la contienda, ni a complemen-

tar al Ejército del Rin. En vez de ello, concibió el plan más ambicioso y atrevido de todos sus avances indirectos: una maniobra que implicaba describir un inmenso arco para encarar la retaguardia de las fuerzas austriacas, situadas en Italia. Estas habían empujado al pequeño Ejército de Italia francés haciéndolo retroceder casi hasta la misma frontera y dejándolo arrinconado en la esquina noroccidental italiana. La intención de Bonaparte era atravesar Suiza, pasando por Zúrich o Lucerna, para seguidamente caer sobre Italia en un punto mucho más oriental, como el paso de San Gotardo o incluso el Tirol. Pero las noticias avisaban de que el Ejército de Italia francés se encontraba en un trance desesperado, así que optó por tomar la ruta más corta, siguiendo el paso de San Bernardo. Así, cuando emergió de los Alpes, en Ivrea, en la última semana del mes de mayo de 1800, aún seguía encarando el frente derecho de la vanguardia del ejército de Austria. En lugar de avanzar contra la oposición hacia el sureste para socorrer a las tropas de Masséna, que estaba rodeado en Génova, Bonaparte envió a su guardia avanzada al sur, en dirección a Cherasco. Esta maniobra serviría de distracción mientras el cuerpo principal de sus fuerzas se escabullía hacia el este, en dirección a Milán.

De esta manera, en lugar de avanzar para chocar con su oponente en lo que él definió como «la posición natural del enemigo», enfrentándose al oeste de Alessandria, logró ocupar una «posición natural» propia a lo largo de la retaguardia austriaca. Así formó la barrera estratégica de contención, el objetivo inicial de sus maniobras más letales dirigidas contra la retaguardia del adversario. Y es que una posición así, que implicaba la presencia de obstáculos naturales, constituía un eje seguro desde el que preparar una maniobra destinada a estrangular al enemigo, puesto que la tendencia natural de este último, al ver cortadas las líneas de suministros y retira-

da, sería darse la vuelta y acercarse a los ejércitos napoleónicos, generalmente poco a poco. Esta concepción de la contención estratégica fue la principal contribución de Bonaparte a la estrategia de la aproximación indirecta.

En Milán había taponado una de las dos rutas de retirada austriacas. Ahora alargaba aquella barrera al sur de río Po, hasta el desfiladero de Stradella, para cerrar la segunda ruta. Pero en este caso, su idea había ido mucho más lejos que los propios medios de los que disponía, ya que solamente contaba con 34 000 hombres. Además, debido a la reticencia de Moreau, el cuerpo de 15 000 soldados que Bonaparte había solicitado que el Ejército del Rin le enviase a través del paso de San Gotardo había tardado demasiado en llegar. Le preocupaba que aquella barrera resultara demasiado endeble y ese temor fue en aumento. En ese preciso instante tuvo lugar la capitulación de Génova, con lo cual desaparecía su elemento «de fijación» del contrario.

No estaba claro qué ruta tomarían a continuación los austriacos. Se temía que eligiesen retirarse a Génova, donde la armada británica los podría reaprovisionar. Como consecuencia de estos dos factores, Bonaparte perdió gran parte de la ventaja inicial que había obtenido. Su error fue suponer que sus oponentes tenían más iniciativa de la que realmente poseían, motivo por el cual abandonó la «posición natural» que detentaba en el desfiladero de Stradella y avanzó al oeste para reconocer el terreno. Al mismo tiempo, envió a Desaix al mando de una división con la misión de cortar la carretera que unía Génova y Alessandria. Como resultado, cayó en una situación de desventaja: cuando el ejército austriaco surgió repentinamente de Alessandria y avanzó para hacerle frente en los llanos de Marengo (el 14 de junio de 1800), tan solo tenía a sus órdenes una parte de las tropas. Durante muchas horas, la batalla transcurrió sin decantarse con claridad la vic-

toria para ningún bando. Incluso cuando regresó el destacamento bajo Desaix, los austriacos apenas fueron rechazados. Pero entonces la posición estratégica de Bonaparte sirvió de palanca y le permitió arrancar al desmoralizado comandante de las fuerzas austriacas un acuerdo por el cual Austria se comprometía a evacuar la Lombardía y retirarse hasta el río Mincio.

Aunque la guerra proseguiría en forma de hostilidades esporádicas más allá del Mincio, la repercusión moral de la batalla de Marengo quedó de manifiesto en el armisticio que, seis meses más tarde, puso punto final a la guerra iniciada por la Segunda Coalición.

Tras varios años de paz precaria, el telón que había caído para ocultar el escenario de las guerras revolucionarias francesas volvió a subir para desvelar un nuevo capítulo: las guerras napoleónicas. En 1805, los 200 000 integrantes de ejército de Napoleón se congregaron en Boulogne. Parecían amenazar con atacar las costas inglesas, pero se les ordenó avanzar a marchas forzadas hacia el Rin. Todavía no sabemos con certeza si Napoleón verdaderamente pretendía invadir Inglaterra por vía directa o si aquella amenaza no era sino el primer paso para aproximarse a Austria por vía indirecta. Probablemente actuaba con arreglo al principio de Bourcet que recomendaba seguir «un plan con varias ramas». Cuando decidió tomar la rama oriental, calculó que los austriacos, según era habitual, desplazarían un ejército hasta Baviera para bloquear las salidas de la Selva Negra. Apoyándose en esta referencia, planificó una amplia maniobra que rodearía el flanco norte del enemigo, cruzando el Danubio hasta llegar a Lech. Había concebido así su barrera de contención, que pensaba disponer frente a la retaguardia adversaria. No era sino una

repetición a escala ampliada de la maniobra de Stradella. Napoleón en persona subrayó el paralelismo ante las tropas. Además, gracias a la superioridad de fuerzas a su disposición, tras poner en pie aquella barrera, podría transformarla en una contención móvil. Así fue como cerró el paso a la retaguardia austriaca en la batalla de Ulm, fruto de la cual obtuvo una rendición sin apenas derramar sangre.

Napoleón se había desecho del enemigo más débil, pero ahora tenía que hacer frente al ejército ruso, dirigido por Kutuzov, que había atravesado Austria recogiendo a su paso pequeños contingentes de combatientes hasta alcanzar las riberas del río Inn. La posibilidad de que se incorporasen también otros ejércitos austriacos desde Italia y el Tirol constituía otra amenaza, aunque menos inmediata. En este momento, por primera vez —aunque no la última—, el propio tamaño de sus fuerzas suponía un inconveniente para Napoleón. Dirigía unos contingentes tan vastos que el espacio disponible entre el Danubio y las montañas al suroeste resultaba insuficiente: era demasiado angosto para poner en marcha una aproximación indirecta hacia el enemigo. Tampoco había tiempo para lanzar una maniobra abierta como la que había aplicado en Ulm. Ahora bien, mientras los rusos permaneciesen junto al Inn, estarían en una «posición natural». No solo servían de escudo para el territorio austriaco, sino que también ofrecían cobertura para que otros ejércitos austriacos acudiesen desde el sur, a través de Carintia, para unirse a ellos y presentar ante Bonaparte una muralla sólida.

Frente a este problema, el francés aplicó una serie de variaciones más sutiles de la aproximación indirecta. Su primer objetivo era empujar a los rusos para obligarlos a retroceder tan al este como fuese posible. De esa forma los separaría de los austriacos que ahora retornaban desde Italia. Por tanto, mientras avanzaba directamente hacia el este, en pos de Vie-

na y Kutuzov, indicó al cuerpo de ejército de Mortier que siguiese la ribera norte del Danubio. Aquello suponía un peligro para las comunicaciones de Kutuzov con Rusia, motivo suficiente para que se replegase en una línea oblicua en dirección noreste, hasta la localidad de Krems, en los márgenes del Danubio. A continuación, Napoleón destinó a Murat para que efectuase un avance veloz contra el nuevo frente de Kutuzov, cuyas líneas debería atravesar para alcanzar Viena. Desde Viena, Murat tomaría rumbo norte hacia Hollabrunn. Fue así como, tras amagar un ataque primero contra el flanco derecho ruso, Bonaparte acabó amenazando su retaguardia por la izquierda.

Murat accedió a una tregua temporal, un error debido al cual este movimiento no logró cortar las líneas de los rusos para aislarlos. Pero al menos sí los empujó a emprender una retirada apresurada aún más hacia el noreste, hasta Olomuc, ya cerca de sus propias fronteras. Aunque en esos momentos estaban separados de los refuerzos austriacos, los suyos se encontraban más cerca. De hecho, en Olomuc se les unieron más fuerzas. Si se hubiese optado por rechazarlos aún más, el único resultado habría sido la consolidación de su potencial. Además, el tiempo apremiaba y la entrada de Prusia en la guerra era inminente.

Por eso Napoleón recurrió a una aproximación indirecta psicológica, que consistía en tentar a los rusos para que pasasen a la ofensiva. Lo hizo fingiendo sutilmente una debilidad: el ejército adversario sumaba 80 000 hombres, pero para hacerles frente concentró únicamente a 50 000 unidades en Brünn. Desde allí, lanzó destacamentos aislados en dirección a Olomuc. Para redondear la sensación de fragilidad, se sirvió de supuestos «emisarios de paz», que enviaba al zar y al emperador de Austria. Cuando sus oponentes mordieron el cebo, Napoleón recogió sedal de inmediato hasta plantarse de-

lante de ellos, ocupando una posición en Austerlitz cuyas cualidades naturales eran perfectas para tender su trampa. En la batalla que tuvo lugar a continuación puso en práctica uno de los pocos ejemplos que se le conocen de aproximación indirecta táctica, como remedio para compensar la inferioridad numérica sobre el campo de batalla, otro rasgo infrecuente en él. Tras atraer al enemigo para que estirase su ala izquierda al efectuar un ataque contra la línea de retirada francesa, rodeó la parte central del despliegue adversario para incidir sobre el punto de articulación debilitado. De esta forma obtuvo una victoria tan decisiva que el emperador de Austria se vio forzado a ofrecer la paz en menos de 24 horas.

Cuando Napoleón tuvo que negociar con Prusia unos meses más tarde, tenía a su disposición una superioridad de casi dos a uno: contaba con un gran ejército, no solo en términos de cantidad, sino también de calidad de las tropas. Frente a él se alzaba un ejército pobremente instruido y de aspecto obsoleto. Esa garantía de superioridad tuvo un efecto muy acusado sobre la estrategia de Napoleón e influiría cada vez más sobre el modo en que condujo las campañas posteriores. En 1806 todavía buscó y obtuvo la ventaja de la sorpresa inicial. Con ese fin, acantonó sus tropas cerca del Danubio y después las concentró rápidamente hacia el norte, tras la pantalla natural que conforman los bosques de Turingia. A continuación, abandonó súbitamente la cobertura natural para marchar sobre los campos despejados que había más allá. Su *bataillon carré* avanzó en línea recta apuntando al corazón del país enemigo. Como resultado, más que situarse, Napoleón se encontró sobre la retaguardia de las fuerzas prusianas. Decidió tratar de aplastarlas en Jena, describiendo un movimiento circular. En este caso, al parecer, fundaba su estrategia en la pura potencia, siendo el efecto moral de su posición un mero accesorio, aunque no exento de importancia.

Por tanto, en la campaña contra los rusos que llegaría a continuación, en tierras de Polonia y de Prusia oriental, daba la impresión de que la mayor preocupación de Napoleón era este objetivo: obligar al enemigo a plantar batalla. Está seguro de que cuando esto ocurra, su maquinaria bélica triturará al oponente. Todavía pone en práctica maniobras para ganar la retaguardia de sus adversarios, pero ya no se trata tanto de debilitarles la moral y facilitar la tarea a sus soldados, sino que lo hace más bien con la intención de apresarlos con firmeza, para cerrar las garras de su ejército sobre ellos en una tenaza letal.

En este escenario, la aproximación indirecta se considera un medio de distracción y de «tracción» física, más que un recurso para la distracción y la desarticulación de la moral.

Así, en la maniobra de Pultusk Napoleón intentó atraer a los rusos hacia el oeste para tener la oportunidad de cortar sus líneas de comunicación con Rusia cuando él avanzase hacia el norte desde Polonia. Pero los rusos lograron escapar de sus garras. En enero de 1807, se desplazaron al oeste por su propia iniciativa, acercándose a lo que quedaba de sus aliados prusianos en Danzig. Bonaparte no dejó pasar la oportunidad y ordenó cortar sus comunicaciones con Prusia. Sin embargo, los cosacos consiguieron capturar las instrucciones que impartió y el ejército ruso se replegó justo a tiempo. A partir de ese momento, Napoleón los siguió de forma directa y cuando se los encontró en posición frontal en Eylau, dispuestos a aceptar la batalla, lo fio todo a una maniobra puramente táctica para atacar su retaguardia. El plan funcionó, pero la nieve y las ventiscas rebajaron su eficacia. Las mandíbulas bélicas francesas mordieron y dañaron a la presa, pero no pudieron masticarla.

Cuatro meses más tarde, con ambos bandos ya recuperados, los rusos efectuaron un movimiento repentino hacia el

sur, contra Heilsburg. Como reacción, Napoleón lanzó al *bataillon carré* al este para cortar las líneas que los unían a Königsberg, su base más próxima. Ahora bien, en esta ocasión, da la sensación de que estaba obsesionado por trabar batalla. Así que cuando su caballería le notificó la presencia de fuerzas rusas en una posición fuerte en Friedland, durante el transcurso de un reconocimiento de los flancos de su ruta, Bonaparte dirigió a sus tropas directamente contra el objetivo. Logró un triunfo y la victoria táctica, pero no por sorpresa ni por movilidad, sino por genuina potencia ofensiva. En este caso, ejemplificada por la nueva táctica artillera de Napoleón, que consistía en la concentración en masa de cañones en un punto específico seleccionado. Este elemento cobraría cada vez más relevancia dentro de su mecanismo táctico. La acción de Friedland cosechó una victoria, pero, como sucedería a menudo en años posteriores, hizo poco por ahorrar vidas.

Resulta curioso que la posesión de un cheque en blanco en cuanto a los recursos humanos tuviera un efecto análogo en las guerras de 1807-1814 y 1914-1918. Igualmente curioso es que en ambos casos este factor estuviera asociado a un método artillero que propugnaba bombardeos intensos. La explicación a esta coincidencia podría ser que los gastos copiosos son terreno abonado para el derroche, la antítesis de la economía de fuerzas. Y los medios que conducen a la economía de fuerzas son precisamente la sorpresa y la movilidad. Esta hipótesis se apuntala con las similitudes de los efectos constatados en la política de Napoleón.

Bonaparte supo explotar el glamur de su triunfo en Friedland para potenciar el de su propia personalidad y seducir al zar para que abandonase a los socios con quienes había formado la Cuarta Coalición. Pero después se dedicó a explotar excesivamente este recurso y así puso en peligro tanto la ven-

taja que poseía como, en última instancia, el propio imperio. Impuso a Prusia unos términos tan severos y estrictos que minarían la seguridad de la paz. Su política en España abocaba a aquellas tierras a la ruina y las agresiones desencadenadas allí y en Portugal provocaron que ambas naciones se alzasen como nuevos enemigos. Estos fueron errores fundamentales en su gran estrategia.

Llegados a este punto, conviene señalar que precisamente fue una aproximación indirecta la que desarticuló los planes de Napoleón para España y concedió al levantamiento nacional tiempo y espacio para reunir fuerza, convirtiendo la península ibérica a partir de ese momento en una molestia incesante para el francés. En concreto, se trató del fugaz ataque de sir John Moore contra Burgos y las comunicaciones de las fuerzas galas en España. Cabe destacar sobre todo el efecto de este primer revés sobre la moral para los irresistibles avances de Napoleón, que le confiere una importancia decisiva.

Bonaparte no pudo responder al desafío y conjurar el peligro, porque reclamaban su atención la amenaza de un alzamiento en Prusia y la nueva intervención de Austria. Este último peligro fue madurando hasta que, en 1809, una vez más, contemplamos cómo Napoleón trata de maniobrar para encarar la retaguardia del enemigo en Landshut y Viena. Ahora bien, cuando algún incidente alteró el discurrir de tales maniobras, la impaciencia del líder francés hizo que apostase por aproximaciones directas y batallas abiertas. Como consecuencia, sufrió su primera gran derrota en Aspern-Essling. Si bien se rehízo gracias al triunfo en Wagram, obtenido en idéntica situación tan solo seis semanas más tarde, había pagado un precio elevado y la paz que así se había logrado era inestable.

La guerra de Independencia española

A pesar de todo, Napoleón dispondría de dos años de gracia para actuar y tratar de curar aquella «úlcera española». Después de que la intervención de Moore frustrase el intento de tratar la inflamación en una fase temprana, llegaría el turno de Wellington. Durante los siguientes años, el general inglés se encargaría de entorpecer e impedir todas las medidas adoptadas para sanar la infección. La herida se agravó y su ponzoña se extendió hasta propagarse por todo el organismo napoleónico. Los franceses habían vencido y seguirían venciendo a las fuerzas regulares españolas en sus enfrentamientos, pero la rotundidad de aquellas derrotas acabaría por beneficiar a los perdedores. A tenor de los resultados, los españoles decidieron encauzar su esfuerzo bélico principal a la guerra de guerrillas. Surgió una red inaprensible de partidas de guerrilleros que sustituyó a los objetivos militares convencionales, más vulnerables. La conducción de las operaciones recayó sobre líderes guerrilleros poco ortodoxos y con iniciativa, en lugar de quedar supeditada a los generales españoles, más rígidos.

No hubo peor infortunio para España, y por tanto también para Inglaterra, que los éxitos pasajeros logrados en la formación de nuevas fuerzas regulares. Por suerte, esas tropas pronto serían derrotadas y los franceses las dispersarían. Con ello sembraban su propia desgracia, pues así la ponzoña que trataban de erradicar se propagaba, en lugar de congregarse en un objetivo reconocible.

Dentro de este curioso conflicto, la principal influencia que ejerció Inglaterra consistió en agravar los problemas de la situación y fomentar los factores que originaban dichos problemas. Pocas veces esta nación ha propiciado una distracción mayor entre sus oponentes pagando un precio tan bajo

en términos de esfuerzo bélico. En España provocó un efecto muy profundo, que contrasta con los pobres e infelices efectos conseguidos al tratar de cooperar directamente con otros aliados continentales durante estas guerras o con los resultados de las expediciones transoceánicas a regiones remotas tanto geográfica como psicológicamente. Sin embargo, desde el punto de vista de la prosperidad y la política nacional, esa segunda clase de expediciones quedó justificada con la incorporación de la Colonia del Cabo, Isla Mauricio, Ceilán, la Guayana británica y varias islas de las Indias occidentales al Imperio británico.

Pero el auténtico efecto de la aproximación indirecta de la gran estrategia que Inglaterra puso en práctica en España ha quedado oscurecido por la típica tendencia de los historiadores a obsesionarse con las batallas. De hecho, tratar la guerra de la Independencia española como una crónica de las batallas y asedios de Wellington es un sinsentido. Sir John Fortescue contribuyó en gran medida a corregir esta visión, tendenciosa y falaz, a pesar de que su principal preocupación era la «historia del ejército británico» más concreta. Resulta significativo que, a medida que profundizó en las investigaciones que llevó a cabo, otorgó más y más énfasis al predominio del influjo de los guerrilleros españoles en la lucha y el carácter que esta tomó.

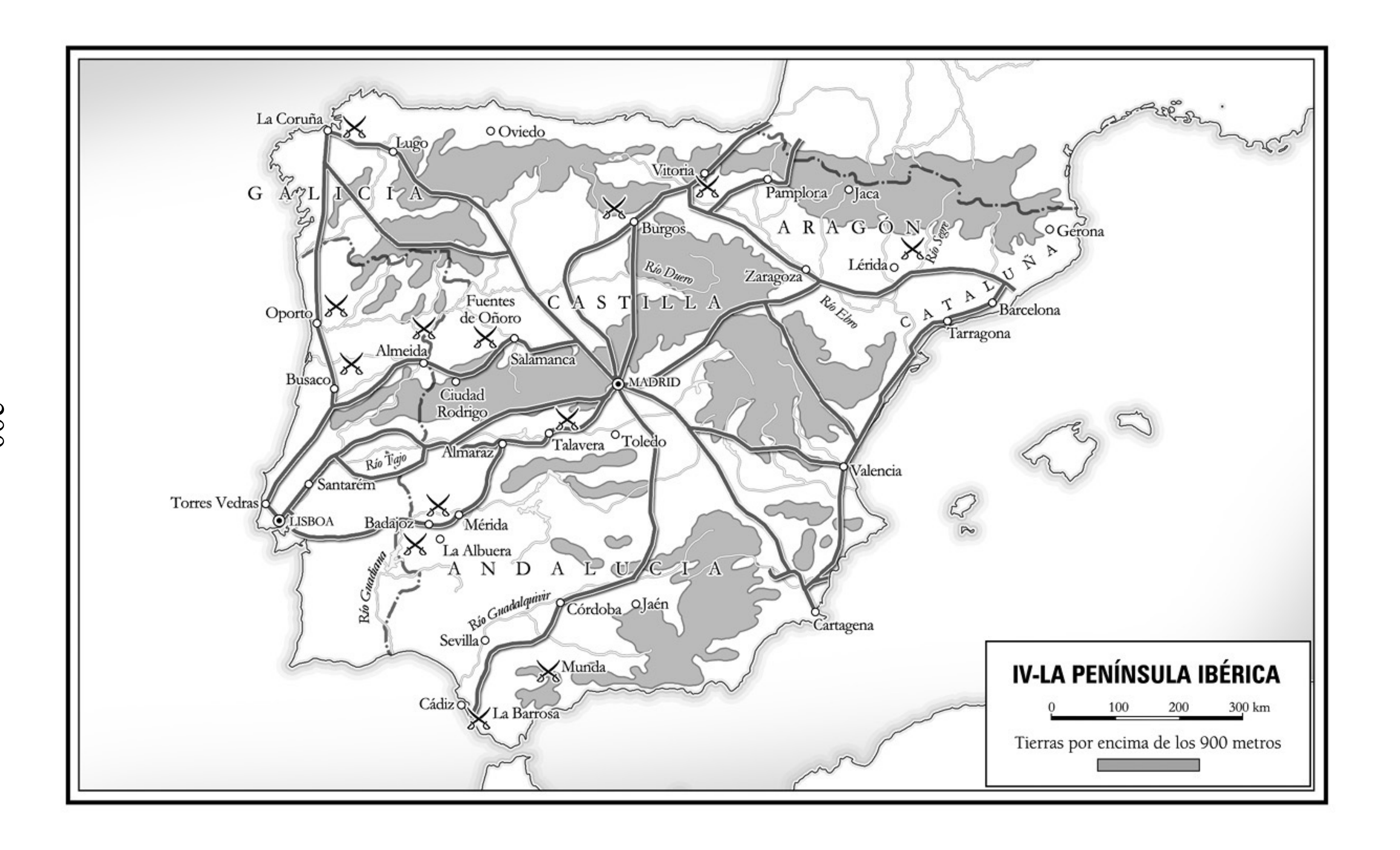
Aunque la presencia de la Fuerza Expedicionaria Británica constituyó un pilar fundamental para esta influencia, desde el punto de vista material, las batallas de Wellington fueron el ingrediente menos eficaz de toda la operación. Como resultado infligió a los franceses unas pérdidas totales de apenas cuarenta y cinco mil hombres, aproximadamente (sumados heridos, muertos y prisioneros), durante los cinco años de campaña hasta su expulsión de España. Por su parte, Marbot calculó que el número de bajas francesas a lo largo de este pe-

riodo rondaba el centenar de muertos diarios en promedio. Por tanto, resulta fácil deducir que la inmensa mayoría de las bajas sufridas por las fuerzas galas que debilitaron al ejército y hundieron su moral se debió a las acciones de la guerrilla y del propio Wellington, encaminadas a hostigar a los franceses y condenarlos al hambre aplicando una táctica de tierra quemada que asoló el territorio.

Un dato muy significativo de este conflicto es que, para la campaña tan extensa que desarrolló Wellington, en realidad participó en muy pocas batallas. ¿Fue por ese «sentido común» tan práctico que sus biografías han considerado un rasgo clave de su carácter y actitud? En palabras de un biógrafo reciente, «la sustancia esencial del carácter de Wellington era un realismo directo y estricto. Ese ingrediente era el responsable de sus limitaciones y defectos, pero en el gran escenario que fue su carrera pública, le convirtió en un genio». La estrategia de Wellington en la península ibérica corrobora este diagnóstico.

La expedición, que tendría consecuencias tan cruciales, implicó en sí misma sustraer fuerzas del cuerpo principal y abocó a abordar el esfuerzo de Scheldt. Se puso en marcha más con la esperanza de salvar a Portugal que por una genuina percepción del potencial que entrañaba «agravar la úlcera española» para la gran estrategia. Sin embargo, el difícil apoyo de Castlereagh contó con la ayuda que supuso la opinión expresada por sir Arthur Wellesley (el futuro duque de Wellington) en el sentido de que, si el ejército y la milicia portugueses se reforzaban con 20 000 soldados británicos, los franceses necesitarían 100 000 hombres más para conquistar Portugal, pero no podrían prescindir de ese contingente si los españoles continuaban resistiendo. En otras palabras, suponía que 20 000 británicos bastarían para «distraer» a casi 100 000

franceses, que al menos en parte se retirarían así del teatro principal del conflicto, en Austria.


La Coruña
Lugo
Oviedo
GALICIA
Vitoria
Pamplona
Jaca
Burgos
ARAGÓN
Gerona
Lérida
Río Segre
Río Duero
Zaragoza
CATALUÑA
Fuentes de Oñoro
CASTILLA
Oporto
Barcelona
Tarragona
Río Ebro
Almeida
Salamanca
Busaco
Ciudad Rodrigo
MADRID
Talavera
Toledo
Almaraz
Río Tajo
Valencia
Santarém
Torres Vedras
LISBOA
Badajoz
Mérida
La Albuera
ANDALUCIA
Río Guadiana
Río Guadalquivir
Córdoba
Jaén
Cartagena
Sevilla
Munda
Cádiz
La Barrosa
IV-LA PENÍNSULA IBÉRICA
0
100
200
300 km
Tierras por encima de los 900 metros

Después quedó patente la inutilidad de la operación para aliviar la situación de Austria, y tampoco sería totalmente satisfactoria para Portugal desde el punto de vista luso. Pero como medida de presión contra Napoleón, sus frutos se multiplicaron y reportó unas notables ventajas para Inglaterra.

Se asignaron 26 000 hombres para ponerlos bajo el mano de Wellesley, quien arribó a Lisboa en abril de 1809. En parte como consecuencia de la insurrección española y en parte como resultado de la ofensiva de Moore contra Burgos y su posterior retirada hasta La Coruña, los franceses se vieron desperdigados por toda la península.

Ney se empeñó en vano en subyugar Galicia, en el extremo noroeste. Más al sur, pero todavía en el norte de Portugal, Soult se encontraba en Oporto, con su ejército dispersado en diversos destacamentos. Victor rodeaba Mérida, encarando la ruta sur de acceso a Portugal.

Wellesley aprovechó su posición central, la dispersión de los efectivos enemigos y el efecto sorpresa de su aparición en suelo portugués para desplazarse al norte y hacer frente a Soult. Aunque no consiguió aislar los destacamentos de este, posicionados más al sur, como era su plan, sí sorprendió al propio general francés antes de que pudiese reagrupar a sus hombres, estorbó sus operaciones cruzando el Duero en un punto más alto de su curso y profundizó en esta desarticulación incipiente obligando a Soult a separarse de su línea de retirada natural. Al igual que Turena en 1675, Wellesley neutralizó la resistencia sin haberle dado siquiera la oportunidad de que cuajase. Al final de la retirada forzosa de Soult a través del inhóspito territorio montañoso portugués en dirección a Galicia, su ejército había quedado mermado por unas bajas y una fatiga absolutamente desproporcionadas respecto a la magnitud de los combates entablados.

Sin embargo, la segunda operación emprendida por Wellesley no obtendría unos réditos similares ni estaría tan bien concebida en cuanto a la proporción de medios necesarios para alcanzar su finalidad. Victor había permanecido pasivo en Mérida, pero fue convocado para acudir a Talavera tras la «desaparición» de Soult. Desde allí podría cubrir la aproximación directa a Madrid. Un mes más tarde, Wellesley decidió seguir esta ruta hacia la capital y avanzar así hacia el corazón de España… directamente camino de las fauces del león. Y es que de esta forma se convertía en un blanco sobre el que podían converger todos los ejércitos franceses presentes en el país transitando por las rutas más sencillas. Además, al congregarse sobre ese punto central, tendrían la oportunidad de restablecer las comunicaciones entre sí, un factor que, mientras los ejércitos se hallaban desperdigados, era precisamente su punto más débil.

Wellesley emprendió el avance con tan solo 23 000 hombres, con el apoyo de un número similar de tropas españolas bajo el mando del endeble Cuesta. Mientras tanto, al retroceder, Victor se había situado a una distancia que le permitía recibir la asistencia de otras dos fuerzas francesas desplegadas cerca de Madrid. Probablemente la concentración de tropas hostiles superaba las 100 000 unidades, dado que «más por accidente que por la propia concepción del plan» —como subraya Fortescue— las huestes de Ney, Soult y Mortier habían puesto rumbo hacia Madrid desde el norte. Entorpecido por la falta de resolución de Cuesta y por sus propios problemas de suministros, Wellesley no tardó en encarar a Victor. Cuando lo logró, este último había recibido refuerzos de José Bonaparte, llegados desde Madrid. Obligado a replegarse a su vez, Wellesley salió del trance no sin cierta fortuna, tras lidiar con una batalla defensiva en Talavera. Pero podría haber reemprendido el avance si Cuesta no se hubiese negado. Fue

un golpe de suerte para Wellesley, dado que en esos instantes Soult se aproximaba ya para plantarse frente a su retaguardia. Separado de la ruta por la que había llegado hasta allí, Wellesley escapó marchando más al sur del Tajo, pero hubo de afrontar una retirada costosa, extenuante y desmoralizadora para situarse de nuevo al amparo del paraguas protector de la frontera portuguesa. La escasez de víveres obstaculizó la persecución francesa. De este modo se cerró la campaña de 1809, en la que Wellesley aprendió que las fuerzas regulares españolas no eran útiles, una lección que se podía haber extraído ya de la experiencia de Moore. Como recompensa a sus esfuerzos, fue nombrado vizconde de Wellington, un título del que se haría más que merecedor al año siguiente.

En 1810, tras obligar a Austria a firmar la paz, Napoleón tuvo las manos libres para centrar su atención en España y Portugal, hasta 1812. Estos dos años marcan el periodo clave de la guerra de la Independencia española. La incapacidad de los franceses para lograr sus objetivos en este plazo tiene un significado histórico mayor que las derrotas que sufrirían más adelante o que las victorias cosechadas por Wellington en 1812 y 1813. Las bases del triunfo británico se asentaron sobre los sagaces cálculos de Wellington para cuantificar el factor económico militar (las limitaciones que afectaban a los medios de subsistencia de los franceses) y sobre la construcción de las Líneas de Torres Vedras. En esencia, adoptó una estrategia definida por la objetividad y la aproximación indirecta al objeto económico militar.

Antes de que se iniciase la campaña principal, recibió la ayuda acostumbrada de las fuerzas regulares españolas. Estas se embarcaron en una campaña invernal en la que los franceses las destrozaron por completo, tanto que acabaron dispersadas. Como consecuencia, las fuerzas galas no encontraban ningún blanco al que atacar y tuvieron que estirar sus líneas

aún más para distribuirse por toda la geografía, hasta invadir la rica región de Andalucía, en el sur.

Napoleón tomó el mando desde la distancia y a finales de febrero de 1810 había concentrado a casi 300 000 hombres en España, y venían más refuerzos en camino. Del total de las fuerzas, se asignaron 65 000 hombres a Masséna, cuya misión era expulsar a los británicos de Portugal. Era una cifra muy elevada, pero proporcionalmente reducida, lo que arroja luz sobre la presión que ejercía la actividad guerrillera en España. Por su parte, gracias a la inclusión de tropas portuguesas que habían recibido instrucción de los británicos, Wellington dispuso de 50 000 hombres.

La invasión de Masséna llegó desde el norte, tras superar Ciudad Rodrigo. Por tanto, le concedió a Wellington el máximo tiempo y espacio para que su estrategia fuese efectiva. Este había tomado la precaución de desabastecer de suministros las áreas rurales, lo que actuó como freno para el avance de Masséna. Al mismo tiempo, la defensa intermedia en Busaco sirvió de segundo freno para ralentizar la marcha francesa. La eficacia de Wellington se incrementó aún más debido a la insensata decisión de Masséna, que lanzó a sus tropas a un asalto directo innecesario. Entonces Wellington se replegó hasta las Líneas de Torres Vedras que había puesto en pie, a través de la montañosa península formada por el Tajo y la costa, para cubrir el camino a Lisboa. El 14 de octubre, cuatro meses y apenas 320 kilómetros después de iniciar la marcha, Masséna vislumbró las Líneas y quedó absolutamente anonadado. Incapaz de superarlas, permaneció a sus pies durante un mes hasta que el hambre le obligó a retroceder a Santarem, unos 50 kilómetros más atrás, a la ribera del Tajo. Wellington tuvo la astucia de no hostigar la retirada ni forzar una batalla, sino que se dedicó a confinar a Masséna en un área tan exigua como fuese posible. De tal manera, Masséna

afrontaría terribles dificultades para alimentar a sus regimientos. Tanto en esta ocasión como en otras posteriores, los franceses pagarían cara su fe en las optimistas expectativas nacidas de la fulgurante reprimenda que Napoleón dirigió a quienes abogaban por más cautela en la estrategia: «¿Suministros? No me hablen de suministros, 20 000 hombres pueden vivir en el desierto».

Wellington mantuvo la estrategia firme, a pesar del riesgo indirecto que suponía un posible cambio de la política en su país y del riesgo que representaba el avance de Soult por el sur, vía Badajoz, emprendido como medida disuasoria para aliviar el estrangulamiento de Masséna. Wellington se resistió a todos los esfuerzos de este último por atraerle para que atacase. Su actitud fue justificada y sería recompensada cuando al fin, en marzo, Masséna no tuvo más remedio que darle la espalda. Cuando el maltrecho y hambriento ejército francés cruzó la frontera de regreso a España, había perdido 25 000 efectivos y tan solo 2000 de aquellos hombres habían caído en acción.

Entretanto, los guerrilleros españoles habían seguido creciendo en número e intensificaban su actividad. Tan solo en Aragón y Cataluña, dos cuerpos del ejército francés (con 60 000 hombres en total) habían permanecido prácticamente paralizados durante varios meses por las operaciones de varios miles de guerrilleros y soldados que actuaban siguiendo los mismos métodos. Esto les había impedido unirse a Masséna para ayudar en Portugal. También en el sur, donde los franceses habían sitiado Cádiz, el mismo fracaso de las fuerzas de los aliados para aprovechar su victoria en Barrosa y desbaratar el sitio les reportaría una ventaja: los sitiadores permanecerían atrapados luchando en vano. Otro factor de distracción durante estos años fue la constante amenaza de desembarcos británicos en puntos situados a lo largo del ina-

barcable litoral. Una amenaza posible gracias al poderío naval británico y que se hizo realidad con frecuencia.

A partir de ese momento, la influencia de Wellington se hizo notar más por la amenaza que constituía que por sus golpes. Cada vez que amagaba con atacar sobre un punto, conminaba a los franceses a destinar tropas allí, lo que ampliaba el campo de acción de la guerrilla en otras zonas.

No obstante, Wellington no se dio por satisfecho con las meras amenazas. Tras la retirada de Masséna a Salamanca, empleó a su ejército para cubrir el bloqueo de la fortaleza fronteriza de Almeida en el norte, a la vez que ordenaba a Beresford avanzar contra Badajoz en el sur. De este modo amarraba su propia movilidad y dividía sus fuerzas en dos contingentes casi iguales. Pero la fortuna favoreció sus planes. Después de reagrupar y reforzar ligeramente sus tropas, Masséna acudió al rescate de Almeida y cogió a Wellington en una posición desfavorable en Fuentes de Oñoro, donde corrió un grave peligro. Con todo, se las ingenió para repeler la agresión, aunque admitió que «si Boney hubiese estado presente, habríamos perdido». Además, en las proximidades de Badajoz, Beresford se aprestó a enfrentarse a las fuerzas que corrían al auxilio de Soult. En La Albuera manejó mal la batalla y reconoció la derrota, pero sus tropas y subordinados salvaron la delicada situación, si bien a un coste desorbitado.

Entonces Wellington enfocó todos sus esfuerzos en el cerco de Badajoz, pero carecía de armas de asedio, así que tuvo que levantar dicho asedio como consecuencia del avance sin frenos hacia el sur de Marmont, que había tomado el control de las tropas de Masséna y pretendía unir fuerzas con Soult. Los dos planeaban avanzar conjuntamente contra Wellington. Por suerte, de la fusión surgieron fricciones y Soult, alarmado por el nuevo estallido de las operaciones guerrilleras en Andalucía, regresó al sur con parte de su ejército, de-

jando a Marmont al mando. Gracias a la extrema cautela de este último, la campaña de 1811 se fue apagando sin grandes sobresaltos.

Wellington había arriesgado mucho con sus batallas; sería difícil sostener que le habían reportado grandes ventajas, más allá de las que ya le había proporcionado su estrategia anterior. A la vista del escaso margen de fuerzas a su disposición, las batallas no representaban una inversión rentable, dado que, aunque sufría menos pérdidas que el bando francés, para él dichas mermas eran proporcionalmente mucho más cuantiosas. Aun así, había salido bastante bien parado del periodo más crítico. En ese momento, sin ser consciente de ello, el propio Napoleón acudió en su auxilio para afianzar la ventaja conseguida. Y es que el líder francés planificaba ya la invasión de Rusia, a la cual dedicó su atención y sus recursos. El devenir de los acontecimientos y la dura situación originada por el bullicio guerrillero provocaron un cambio de planes en España. Como resultado, la principal línea de acción francesa pasó a ser el intento de subyugar Valencia y Andalucía por completo, para posteriormente volver a concentrarse en Portugal.

En comparación con 1810, el número de tropas francesas se redujo en 70 000 efectivos. De las fuerzas que quedaron en la península, no menos de 90 000 se dedicaron a proteger las comunicaciones con Francia del acoso guerrillero, desde Tarragona, en la costa del Mediterráneo, hasta Oviedo, en la costa atlántica.

Por tanto, Wellington se enfrentaba a una oposición menos robusta y contaba con más libertad para actuar. Se plantó de repente ante Ciudad Rodrigo y la tomó al asalto, mientras un destacamento al mando de Hill protegía su flanco estratégico y la retaguardia. Marmont no pudo intervenir y fue incapaz de retomar la fortaleza, ya que sus pertrechos para el

asedio habían sido capturados allí mismo. Igualmente, le habría sido imposible seguir a Wellington porque entre ambos solo mediaba tierra quemada, donde no era viable abastecerse de alimentos.

Al amparo de esta franja con nulos recursos de abastecimiento, Wellington se deslizó al sur y asaltó Badajoz a continuación. El coste sería más alto en este caso y el margen de tiempo, mucho más estrecho. Allí capturó los pontones del ejército galo. Seguidamente, y sin demora, destruyó en Almaraz el puente construido por los franceses uniendo embarcaciones sobre el Tajo. Así alcanzó una separación estratégica definitiva que dividía a los ejércitos de Marmont y Soult, cuyo nexo de comunicación más próximo pasaba a ser el puente de Toledo, a casi 500 kilómetros de distancia de la desembocadura del Tajo.

Por otro lado, Soult estaba atrapado en Andalucía por la privación de suministros y la intensa actividad guerrillera. Al mismo tiempo, Wellington tenía vía libre para operar sin temor a interferencias. Concentró dos tercios de las fuerzas para avanzar sobre Marmont en Salamanca. Pero la naturaleza tan directa de la ofensiva empujó al propio Marmont a regresar a sus bases para reforzarse.

Habiéndose reequilibrado los números, Marmont maniobró para abalanzarse sobre las comunicaciones de Wellington, con una gran ventaja, puesto que las suyas propias no le preocupaban en absoluto. En varias ocasiones, los dos ejércitos corrieron en columnas paralelas, separados apenas por unos cientos de metros, ambos en busca de una oportunidad favorable para pasar al ataque. Gracias a su capacidad para marchar más velozmente que los británicos, los franceses solían anticiparse a las maniobras del adversario. Pero el 22 de julio, Marmont sucumbió a un exceso de confianza y cometió un error que desequilibró momentáneamente a sus propias

fuerzas. Permitió que el ala izquierda se distanciase demasiado del ala derecha y Wellington no dejó escapar la oportunidad: ordenó abalanzarse al instante contra el flanco más expuesto. Aquello causó la derrota del ejército francés antes de que pudiese recibir refuerzos.

Sin embargo, este enfrentamiento en Salamanca no fue el origen del vuelco en la situación que daría a Wellington la preponderancia. En conjunto, dentro de la península, todavía era muy inferior en número a los franceses. Se le ha acusado de no perseguir a las fuerzas napoleónicas derrotadas, a quienes ahora dirigía Clausel. Pero tras desperdiciar la oportunidad inmediata de dispersarlas, es poco probable que hubiese podido reconquistar esa ventaja antes que las tropas enemigas alcanzasen la protección de Burgos. Una persecución de esas características habría expuesto sus comunicaciones y su retaguardia al riesgo de sufrir en cualquier momento un ataque procedente de Madrid por parte del rey José Bonaparte.

En vez de ello, eligió poner rumbo a Madrid, por sus efectos políticos y sobre la moral. La entrada en la capital obligó a José a huir, y sirvió de símbolo y acicate para los españoles. Ahora bien, el defecto de este golpe era que, si las tropas francesas se reagrupaban, la presencia de Wellington no podría ser más que fugaz. Ningún otro evento salvo la pérdida de aquella plaza congregaría a los ejércitos de Napoleón para que convergiesen, dispersados como estaban alrededor de Madrid. Wellington no dudó en hacer breve su estancia y emprendió la marcha hacia Burgos. Pero las tropas galas «vivían sobre el terreno» y aquella práctica le restaba eficacia a una agresión como aquella, dirigida contra sus líneas de comunicación con Francia. Aun así, la limitada efectividad de la iniciativa de Wellington quedó también anulada por la inutilidad de los medios y los métodos de asedio que aplicó. Como resultado, perdió un tiempo que le era imprescindible.

Y es que los éxitos que había protagonizado en la batalla de Salamanca y las acciones posteriores habían empujado a los franceses a olvidarse de todas las demás preocupaciones y regiones de España para unirse y lanzarse contra él desde todas partes. Si contemplamos su situación respecto de los adversarios, se encontraba en una posición más comprometida que la de Moore, pero se replegó justo a tiempo. Cuando Hill se le unió, se sintió suficientemente seguro para ofrecer batalla a los ejércitos franceses unificados. El escenario volvía a ser Salamanca. La ventaja numérica gala era inferior a la de tiempos pasados: 90 000 contra 68 000, y además, rehusaron aceptar el desafío sobre un campo de batalla elegido por el propio Wellington, quien por tanto continuó la retirada hasta Ciudad Rodrigo. La llegada a esta plaza marcó la caída del telón sobre la campaña de 1812.

Aunque volvía a encontrarse junto a la frontera portuguesa, y superficialmente eso señalaba que no había avanzado, en realidad el destino de la guerra de la Independencia española estaba ya decidido. Al abandonar la mayor parte del territorio español para concentrarse contra Wellington, los franceses cedían aquel terreno a la guerrilla y así perdieron la oportunidad de sacudirse el dominio que ejercían. Fue un desastre, agravado por las noticias de la retirada de Napoleón desde Moscú, que obligó a detraer más tropas de España. Las secuelas se hicieron notar cuando comenzó la siguiente campaña: la situación había cambiado radicalmente.

Tras reforzarse hasta alcanzar los 100 000 hombres bajo sus órdenes (de los que menos de la mitad eran británicos), Wellington pasó a ser la fuerza superior y el agresor. Por su parte, los franceses, más desmoralizados por el hostigamiento incesante de la guerrilla que por las derrotas militares, se vieron forzados casi de inmediato a retroceder hasta el curso del Ebro. Su papel quedó limitado a tratar de conservar la franja

norte de España. Pero incluso allí, en los territorios de Vizcaya y los Pirineos, la balanza se había volcado en su contra debido a las operaciones de los guerrilleros contra la retaguardia. La presión les obligó a tomar cuatro divisiones de sus ya mermadas fuerzas para oponer resistencia ante el acoso. El avance gradual de Wellington en pos de los Pirineos y hacia la propia Francia no es sino un epílogo estratégico de la historia de la guerra de la Independencia, aunque no está exento de su ración de reveses, a los que supo sobreponerse.

El conflicto llegó así a su feliz conclusión, que hubiese sido imposible de no mediar el apoyo moral y físico que prestó la presencia de Wellington en la península. No conviene olvidar que sus acciones, al distraer la atención de las fuerzas galas y atraerlas hacia sí, posibilitaron y facilitaron en repetidas ocasiones la propagación de la actividad guerrillera.

Sin embargo, todavía queda una cuestión que representa un campo de especulación interesante, en relación con sus victorias de 1812. Estas abocaron a los franceses a reducir las pérdidas sufridas y contraer la zona bajo su control, lo que a su vez podría haber dificultado el avance de Wellington en 1813. Cuanto más desperdigados (y durante más tiempo) estuviesen los franceses por el territorio español, más segura y completa sería su caída definitiva. La guerra de la Independencia española fue un magnífico ejemplo histórico, culminado gracias al sentido común fruto del instinto, más que por auténtica intencionalidad o por el tipo de estrategia que, un siglo más tarde, Lawrence transformaría en un cuerpo teórico razonado y aplicaría en la práctica, aunque sin unos resultados tan definidamente positivos.

Tras observar la evolución de la «úlcera española», hemos de volver a examinar otro absceso estratégico de naturaleza diferente, que también crecía y ocupaba cada vez más espacio en la mente de Napoleón.

Napoleón, de Vilna a Waterloo

En la campaña de Rusia en 1812 alcanzaron su cénit las tendencias que ya habían ido floreciendo en la estrategia de Napoleón: confiar más en la masa que en la movilidad y apostar por la formación estratégica más que por la sorpresa. Las condiciones geográficas no sirvieron sino para acentuar las debilidades de estas premisas.

La propia escala de las fuerzas que comandaba Napoleón (450 000 hombres) le indujo a adoptar una distribución prácticamente lineal, que a su vez conllevó una aproximación directa siguiendo la línea natural de expectativa. Sí es cierto que, al igual que los alemanes en 1914, «cargó» uno de los extremos de su línea (el izquierdo) y trató de hacerlo pivotar para barrer el campo en una amplia maniobra destinada a caer sobre los rusos en Vilna. Pero, aunque responsabilicemos a su hermano Jerónimo de la inercia correspondiente al papel de elemento de fijación del enemigo, se trataba de una maniobra demasiado directa y demasiado enrevesada para distraer y desarticular con eficacia al adversario, salvo que este adoleciese de un grado de estupidez más que considerable. Tal y como sucedió, los rusos adoptaron deliberadamente una estrategia de evasión que desveló las limitaciones de la maniobra.

A medida que Napoleón penetraba en Rusia, tras asestar los primeros golpes «al aire», contrajo su línea de avance hasta formar el acostumbrado *bataillon carré* e intentó hacerlo bascular tácticamente para situarlo frente a la retaguardia enemiga. Los rusos mudaron de política y ya vieron con mejores ojos la opción de plantar batalla, pero cuando cometieron la imprudencia de lanzar sus líneas contra las fauces del

ejército napoleónico, las mandíbulas francesas se aprestaron a cerrarse de una forma tan obvia sobre Smolensk que supieron escaparse. En Borodino, la mordedura fue tan vigorosa que las fauces se rompieron sus propios dientes. Ningún otro ejemplo habría revelado con tanta claridad las desventajas de una aproximación convergente en comparación con una verdadera aproximación indirecta. Los desastrosos resultados de la retirada de Moscú no se debieron tanto a la dureza de las condiciones meteorológicas (en realidad, ese año las heladas llegaron más tarde de lo habitual) como a la desmoralización del ejército francés. Esta última tenía su origen en la frustración de su estrategia directa orientada a las batallas, a la que los rusos oponían una estrategia de evasión. A su vez, la estrategia evasiva rusa era el método estratégico para ejecutar lo que podríamos calificar de política de guerra o gran estrategia de la aproximación indirecta.

Además, los daños que la derrota en Rusia infligió en la fortuna de Napoleón se vieron multiplicados por los efectos morales y materiales derivados de los fracasos de sus ejércitos en España. Al evaluar el efecto letal de la actuación inglesa, cabe resaltar que, en esta campaña, Inglaterra seguía su política de guerra tradicional, consistente en amenazar las bases de operaciones enemigas.

En 1813, Napoleón contaba con nuevas fuerzas, más numerosas y menos móviles que nunca, con las que debió afrontar la sublevación de Prusia y la acción de los ejércitos invasores rusos. Se propuso aplastar a sus enemigos de la forma ya habitual, haciendo converger todo el peso de su *bataillon carré*. Pero ni la batalla de Lützen ni la de Bautzen fueron decisivas, y a partir de este punto los aliados guardaron en todo momento las distancias y así desbarataron los posteriores intentos de Napoleón de obligarles a combatir. Esa actitud elusiva empujó al francés a solicitar un cese de las hostilidades

durante seis semanas. Cuando expiró el plazo, Austria se había unido a las filas de sus adversarios.

La campaña de otoño que se desarrolló a continuación arroja una información muy curiosa sobre cómo había cambiado la mentalidad de Napoleón. Contaba con 400 000 hombres, una fuerza muy similar a la de sus oponentes. Empleó a 100 000 para efectuar un avance convergente contra Berlín, pero esta presión directa no hizo sino consolidar la resistencia de las fuerzas de Bernadotte en esa área y los franceses fueron rechazados. Mientras tanto, Napoleón en persona comandaba al ejército principal y había ocupado una posición central que dominaba la ciudad de Dresde, en Sajonia. Pero le venció la impaciencia y comenzó a avanzar de repente directamente hacia el este, contra los 95 000 hombres de Blücher. Este último se replegó para atraerle a Silesia, mientras Schwarzenberg, al mando de 185 000 soldados, empezó a moverse hacia el norte siguiendo el curso del río Elba desde Bohemia, atravesó los montes de Bohemia y penetró en Sajonia, encarando la retaguardia napoleónica en Dresde.

Dejando un destacamento tras de sí, Napoleón se apresuró a retroceder. Su intención era contrarrestar esa aproximación indirecta con una todavía más letal. Su plan era desplazarse hacia el suroeste, cruzar los montes de Bohemia y plantarse en medio de la línea de retirada de Schwarzenberg a través de las montañas. La posición que tenía en mente era ideal para formar una barrera estratégica. Pero perdió los nervios al recibir noticias de la cercanía del enemigo y, en el último instante, cambió de opinión y se decidió por una aproximación directa a Dresde y a Schwarzenberg. El resultado fue otra batalla victoriosa, pero solamente fue decisiva en el plano táctico. Schwarzenberg logró retirarse con seguridad a través de las montañas.

Un mes más tarde, los tres ejércitos de los aliados comenzaron a estrechar el cerco sobre Napoleón. Debilitado tras tantas batallas, se había replegado desde Dresde hasta Düben, cerca de Leipzig. Schwarzenberg se encontraba al sur, Blücher se situó al norte y Bernadotte casi lo había rodeado buscando posicionarse tras su flanco norte, detalle que Bonaparte desconocía. Napoleón determinó ejecutar una aproximación directa, seguida de otra indirecta. La primera para doblegar a Blücher y la segunda para cortar las comunicaciones de Schwarzenberg con Bohemia. A la luz de la experiencia histórica, expuesta en páginas anteriores, parecería que la secuencia de operaciones era errónea. El movimiento directo de Napoleón sobre Blücher no obligó a este último a trabar batalla. Pero sí tuvo un resultado curioso, muy significativo precisamente porque no era premeditado. El avance directo contra Blücher, sin que lo sospechasen los franceses, constituía un avance indirecto contra la retaguardia de Bernadotte, quien se inquietó tanto que acabó por replegarse a toda velocidad hacia el norte. De ese modo, dejaba libre la línea de retirada de Napoleón. Como consecuencia, aquel «golpe al aire» o amago dirigido contra Blücher salvó a los franceses de una calamidad aún mayor pocos días más tarde. Porque cuando Blücher y Schwarzenberg cayeron sobre él en Leipzig, Napoleón aceptó la batalla y sufrió una derrota, pero esta fue tan extrema que todavía le quedaba una ruta por la que salir de aquel atolladero y retirarse con seguridad a Francia.

En 1814 los aliados, ahora con una vasta superioridad numérica, emprendieron la invasión convergente de Francia. A pesar de la fe imperial en la fuerza de la masa, la escasez de hombres tras tantas campañas obligó a Napoleón a sacar brillo de nuevo a sus viejas armas, la sorpresa y la movilidad. Sin embargo, aunque las empleó con una destreza exquisita, se mostró demasiado impaciente y obsesionado con la idea de la

batalla para aplicarlas con la sutileza casi artística de un Aníbal o un Escipión, un Cromwell o un Marlborough.

No obstante, aquellas armas aún le sirvieron para postergar su destino final. Además, fue más perspicaz para equilibrar medios y objetivos. Tras percatarse de que los recursos a su disposición eran insuficientes para lograr una victoria militar decisiva, se propuso dislocar la cooperación entre los ejércitos aliados. Para este fin explotaría la movilidad de la forma más asombrosa jamás vista. Aun así, por más sobresalientes que fuesen sus éxitos al retrasar el avance enemigo, la campaña habría resultado más eficaz y perdurable si su capacidad para continuar con esta estrategia no hubiera sufrido el menoscabo de su tendencia a consumar todas las estrategias con un éxito táctico. Ordenó una serie de concentraciones repetidas (cinco de ellas caracterizadas por maniobras que golpearon al enemigo por la retaguardia) contra las fracciones separadas de la coalición adversaria, que le permitió infligirles varias derrotas, hasta que se precipitó en una aproximación directa y un ataque contra Blücher en Laon, donde sufrió una derrota que no se podía permitir.

Tan solo le quedaban 30 000 hombres, así que, en un intento a la desesperada, decidió desplazarse hacia el este, a Saint Dizier, reuniendo y movilizando las guarniciones que pudiese encontrar, para sublevar el territorio rural contra los invasores. Este movimiento le llevaría a interrumpir las líneas de comunicación de Schwarzenberg. Sin embargo, antes de poder actuar no solo tenía que situarse sobre la retaguardia enemiga, sino que debía reclutar además un ejército. El problema se agravaba por la escasez de tiempo y fuerzas, sin olvidar la peculiar sensibilidad moral del escenario sobre el que operaba, porque París no era una base ordinaria de suministros. Para colmo de desgracias, sus órdenes cayeron en manos enemigas, de modo que los factores tiempo y sorpresa queda-

ron anulados. Aun entonces, su maniobra ejercía un arrastre estratégico tan fuerte que los aliados hubieron de debatir acaloradamente hasta ponerse de acuerdo y tomar la resolución de marchar a ocupar París, en lugar de darse la vuelta para contrarrestar su maniobra. Aquel movimiento aliado demostró ser un golpe moral fatídico para la causa napoleónica. Se ha dicho que el factor que más influyó en esta decisión fue el miedo a que Wellington llegase antes a París tras avanzar desde la frontera española. Si esto es cierto, supone un triunfo final repleto de ironía para la estrategia de la aproximación indirecta y su decisiva capacidad de arrastre.

En 1815, tras regresar de la isla de Elba, todo apunta a que el tamaño de las fuerzas bajo su mando volvió a nublar la vista de Napoleón. Sin embargo, aplicó a su propio modo los principios de sorpresa y movilidad, que pusieron a su alcance un resultado decisivo. Si bien su aproximación a los ejércitos de Blücher y Wellington fue directa geográficamente, el instante elegido para la acción constituyó una sorpresa y la dirección de las ofensivas desbarataría la «articulación» del enemigo. No obstante, en la batalla de Ligny, Ney erró al ejecutar la maniobra que se le había asignado (la aproximación indirecta táctica) y los prusianos se libraron de una derrota decisiva. Cuando Napoleón encaró a Wellington en Waterloo, su aproximación fue puramente directa, lo cual conllevó una gran pérdida de tiempo y hombres. Esta acentuó el grave problema originado por el fracaso de Grouchy, encargado de «distraer» a Blücher y mantenerlo alejado del campo de batalla. De esta forma, la aparición de Blücher, aunque solamente se presentase junto al flanco de Napoleón, supuso una aproximación directa psicológica por su naturaleza inesperada y como tal, fue concluyente.

9

1854-1914

Cuando la promesa de una nueva era de paz que supuso la Exposición Universal de 1851 se desvaneció e inauguró, en realidad, una era de mayor belicosidad, la primera guerra resultante fue tan poco decisiva en su desarrollo militar como en su final político. Sin embargo, de la miseria y la incompetencia de la guerra de Crimea se pueden extraer al menos lecciones negativas. La principal es la esterilidad de la aproximación directa. Si los generales se pusieron las anteojeras, era natural que sus ayudantes de campo lanzasen la carga de la caballería ligera directamente contra los cañones rusos. En el ejército británico, la preferencia por la acción directa que permeaba todas las esferas de actuación era tan extremadamente precisa y rígidamente formal que dejó perplejo al comandante francés Canrobert, hasta que unos años después, mientras asistía a un baile en la corte, se hizo la luz para él y exclamó: «Los británicos luchan igual que danzan en los bailes victorianos». Pero los rusos no estaban menos imbuidos de ese instinto que los abocaba al enfoque directo. Tanto que incluso cuando se probaba suerte con una maniobra puramente espasmódica, el regimiento protagonista acababa por encarar de nuevo la Sebastopol asediada, tras un día completo de marcha.

Al estudiar los deprimentes testimonios del conflicto de Crimea no debemos pasar por alto, aunque sin exagerar, el hecho de que en los cuarenta años que habían transcurrido desde Waterloo, los ejércitos europeos se habían vuelvo más

estrictos en su profesionalización. Su significado no debe servir como argumento contra los ejércitos profesionales, sino para ilustrar los peligros latentes de un entorno profesional. Inevitablemente, esos peligros se acentúan en los niveles superiores y aumentan de forma proporcional a la duración del servicio, salvo si se prevén medidas para contrarrestarlos mediante el contacto revitalizante con los asuntos y el pensamiento del mundo exterior. Por otro lado, las fases tempranas de la guerra civil americana pondrían de relieve las debilidades de un ejército no profesional. El adiestramiento es esencial para forjar un instrumento eficaz que puedan manejar los generales. Para crear una herramienta de estas características, las condiciones más favorables son una guerra prolongada o una paz breve. Pero si la calidad del instrumento es superior a la del propio artista, se origina un defecto en el sistema.

La guerra civil americana de 1861-1865 presenta contrastes reveladores, tanto en este como en otros aspectos. Los líderes militares, especialmente en el Sur, procedían principalmente de entre quienes habían elegido las armas como profesión. Pero en muchos casos, esa carrera había variado, condicionada por los empleos en la sociedad civil o la propia afición individual por el estudio. El patio de armas no había servido ni como caldo de cultivo ni como espacio de confinamiento para sus ideas estratégicas. A pesar de todo, en primera instancia los objetivos convencionales determinaron las principales operaciones, aun teniendo en cuenta el factor refrescante que aportaron la amplitud de sus perspectivas y la fertilidad de los recursos de lo que podríamos denominar estrategia local.

La expansión de las vías férreas hizo más acusada esta tendencia. Los ferrocarriles proporcionaban una nueva velocidad de movimientos para la estrategia, pero sin el otro ingrediente de la auténtica movilidad: la flexibilidad que debería acom-

pañarla. La guerra civil americana fue la primera contienda armada donde el transporte por ferrocarril desempeñó un papel clave. Debido a la naturaleza fija de sus rutas, provocó que la estrategia siguiese líneas directas, estrictas y estrechas.

Además, tanto en esta como en guerras posteriores, los ejércitos acabaron por depender del ferrocarril para su mantenimiento, sin percatarse de hasta qué punto llegaba esa dependencia. La mayor facilidad para recibir suministros animó a los comandantes a manejar contingentes cada vez mayores (establecidos al final de la línea ferroviaria) sin preguntarse qué efectos tendrían aquellas cantidades de hombres sobre su capacidad para actuar. Paradójicamente, el resultado de este nuevo medio de desplazamiento fue reducir la movilidad, en lugar de incrementarla. El ferrocarril favoreció la ampliación de los ejércitos. Ofrecía la posibilidad de trasladar más hombres y alimentos de los que podrían luchar de forma efectiva. Fomentó las demandas de los cuadros dirigentes y las tropas quedaron atadas a las terminales de las líneas correspondientes. Al mismo tiempo, su sustento pendía de un hilo, de esa misma vía, la larga ruta ferroviaria que tenían a sus espaldas y que era muy vulnerable.

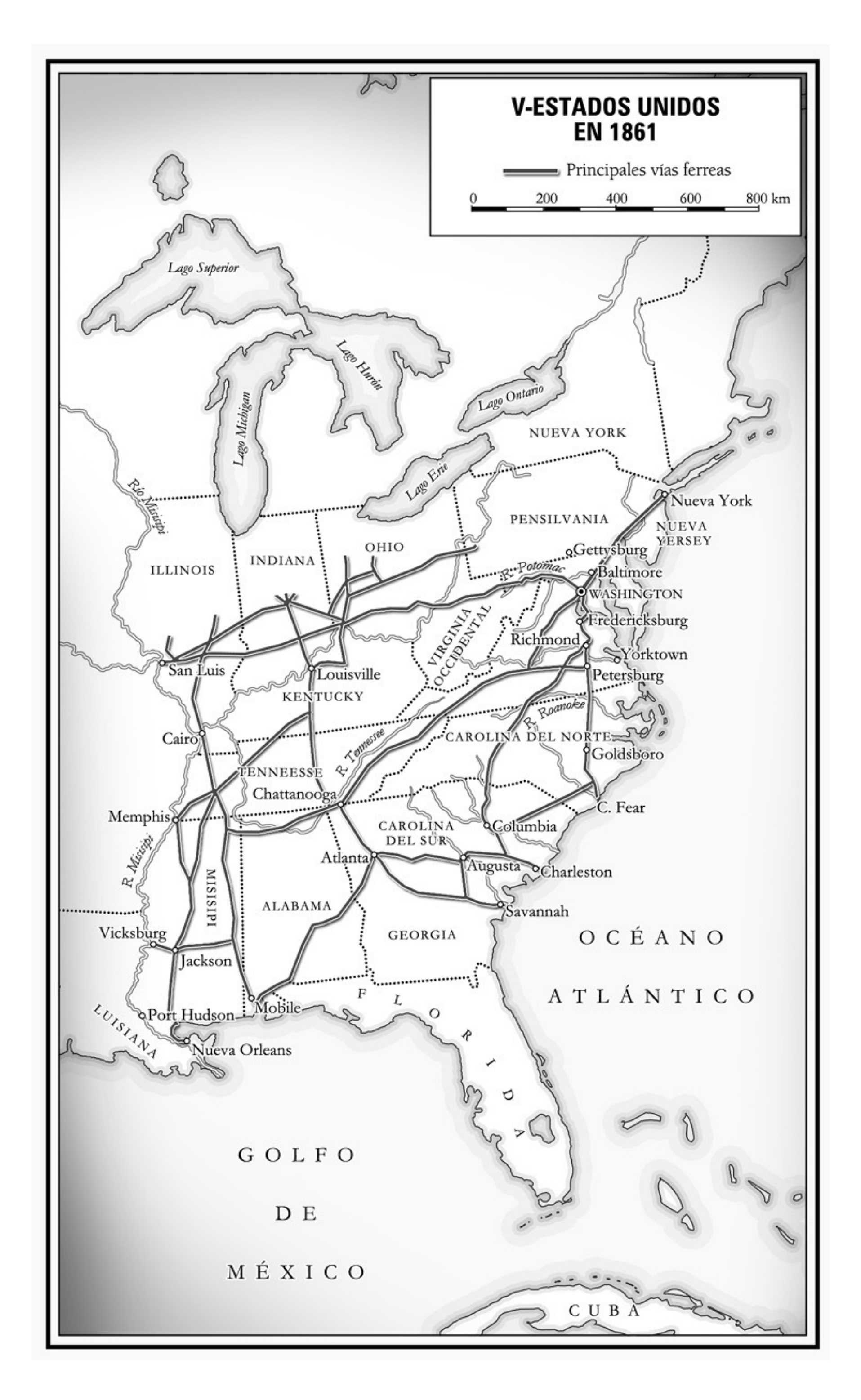
Estos efectos se constataron bien pronto en la guerra civil americana, y en 1864 ya eran muy evidentes. Los ejércitos de la Unión se habían acostumbrado a contar con un amplio suministro de vituallas y eran más susceptibles a la parálisis que sus oponentes. Especialmente en el teatro más occidental del conflicto, las incursiones móviles de líderes brillantes de la caballería de los Confederados (como Forrest y Morgan) desvelaron los riesgos de tener que abastecer a grandes masas por tren. Aquello era una premonición del futuro, cuando sería posible alcanzar las comunicaciones de los ejércitos masivos por medio de fuerzas aéreas y blindados. Al final, el Norte encontró en Sherman a un estratega que supo diagnosticar

las fuentes de problemas con más claridad que cualquier otro coetáneo. Y también que cualquier otro general hasta la llegada de la nueva escuela de pensamiento, tras la Primera Guerra Mundial, con los pioneros de la guerra móvil mecanizada. El enemigo había atacado a Sherman empleando su red ferroviaria, pero él actuó contra el adversario sirviéndose de la misma, pero minimizando su propia dependencia de los ferrocarriles. Se dio cuenta de que, para recobrar una capacidad de maniobra estratégica adecuada y poder ejercerla sin el peligro de sufrir una parálisis repentina, necesitaba liberarse de las ataduras que imponía una línea de suministros fija. Eso implicaba moverse de un modo autocontenido, lo que a su vez significaba que debía reducir sus «requisitos» a las necesidades absolutamente esenciales. En otras palabras, la receta para evitar que lo agarrasen por la cola era recogerla y llevársela bajo el brazo en cada desplazamiento. De esa forma, tras reducir la impedimenta al mínimo, cortó los lazos con sus propias comunicaciones ferroviarias y marchó a través de la «puerta trasera de la Confederación» para cortar las líneas que daban de comer al principal ejército de esta, provocando el caos en el sistema de suministros en su mismo origen. Su acción tuvo efectos drásticos.

La guerra civil americana

En la campaña inicial, los dos bandos emprendieron avances directos con el fin de enfrentarse al enemigo. El resultado no fue decisivo, ni en Virginia ni en Missouri. A continuación, en 1862, McClellan, nombrado comandante en jefe del Norte, concibió el plan de utilizar el poder naval para trasladar a su ejército hasta situarlo frente al flanco estratégico del enemigo. Las perspectivas de esta operación eran más hala-

güeñas que las de un avance directo por tierra, pero parece que no se concibió como una auténtica aproximación indirecta, sino más bien como una aproximación directa más rápida hacia Richmond, la capital del enemigo. El potencial de la operación quedó anulado por la reticencia del presidente Lincoln a aceptar un riesgo calculado. Como consecuencia de dicha renuencia, retuvo al cuerpo de ejército de McDowell para proteger Washington de forma directa. Eso no solo le restaba buena parte de sus fuerzas a McClellan, sino que también eliminaba el elemento de distracción esencial para el éxito del plan.


V-ESTADOS UNIDOS
EN 1861
Principales vías ferreas
0 200 400 600 800 km
Lago Superior
Lago Hurón
Lago Michigan
Lago Ontario
Lago Erie
Río Misisipi
NUEVA YORK
PENSILVANIA
NUEVA YERSEY
Nueva York
OHIO
INDIANA
ILLINOIS
Gettysburg
R. Potomac
Baltimore
WASHINGTON
Fredericksburg
VIRGINIA OCCIDENTAL
Richmond
Yorktown
Petersburg
San Luis
Louisville
KENTUCKY
R. Roanoke
CAROLINA DEL NORTE
Cairo
R. Tennessee
Goldsboro
TENNEESSE
Chattanooga
C. Fear
Memphis
CAROLINA DEL SUR
Columbia
Atlanta
Augusta
Charleston
R. Misisipi
MISISIPI
ALABAMA
Savannah
Vicksburg
GEORGIA
OCÉANO
Jackson
ATLÁNTICO
Port Hudson
Mobile
FLORIDA
LUISIANA
Nueva Orleans
GOLFO
DE
MÉXICO
CUBA

Así pues, tras desembarcar, McClellan perdió un mes frente a Yorktown y hubo que alterar el plan para transformarlo en una aproximación convergente o semidirecta en conjunción con McDowell. A este último solamente se le dio permiso para avanzar por tierra siguiendo la aproximación directa desde Washington hacia Richmond. Entonces las operaciones indirectas de Stonewall Jackson en el valle de Shenandoah afectaron tanto a la moral del Gobierno de Washington que este volvió a suspender la participación de McDowell en el avance principal. Aun así, antes de que Lee reuniese la fuerza suficiente para intervenir, las tropas avanzadas de McClellan ya estaban a tan solo seis kilómetros de Richmond, listas para dar el último salto. E incluso después del revés táctico que experimentó McClellan en las batallas de los Siete Días, retuvo la ventaja estratégica. Quizás aún más que durante la fase previa, puesto que la interrupción de su marcha de flanqueo no le había impedido trasladar su base al sur, hasta el río James. Allí además de asegurar sus propias comunicaciones se había situado peligrosamente cerca de las comunicaciones enemigas que iban hacia el sur desde Richmond.

Un cambio en la estrategia desperdició esta ventaja. Por motivos políticos, se emplazó a Halleck como general en jefe, por encima de McClellan en el escalafón. Halleck ordenó que el ejército de este último volviese a embarcar y se retirase al norte para unirse al ejército de Pope y emprender juntos un avance directo por tierra. Como se puede apreciar en tantos otros ejemplos tomados de la historia, en este caso duplicar las fuerzas numéricamente no fue equivalente a doblar su efectividad, que, al contrario, quedó reducida a la mitad, ya que simplificó la línea natural de expectativa del enemigo. Con todo, la estrategia de Halleck cumplió las interpretaciones obvias del principio de la concentración, con lo cual puso

de relieve las trampas que siempre subyacen a esta vía convencional de encarar los objetivos militares. El 13 de diciembre, el sangriento rechazo sufrido en Fredericksburg refrendó la ineficacia de la estrategia de la aproximación directa que había imperado durante la segunda mitad de 1862. La continuación de esta estrategia en 1863 no se tradujo en una aproximación más cercana a Richmond, sino en la invasión confederada del territorio del norte que se produjo tras el hundimiento de la ofensiva del ejército de la Unión.

En un principio, esta invasión tenía características indirectas, tanto en el plano estratégico como en el físico y el psicológico, pero sus efectos se evaporaron al involucrar a Lee en un asalto cada vez más directo, dirigido contra la posición de Meade en Gettysburg. Un asalto en el que persistiría hasta el tercer día, cuando ya había perdido casi la mitad de sus fuerzas. El año se cerró con ambos ejércitos regresando a las posiciones que ocupaban originalmente, tan exangües tras las cuantiosas bajas que apenas se mostrarían los dientes en señal de desafío por encima de los ríos Rapidan y Rappahannock.

Es significativo que, en estas campañas de aproximación directa mutua, cualquier ventaja se inclinase del lado que adoptaba la actitud defensiva y se conformaba con contener el avance enemigo. En tales circunstancias estratégicas, la opción defensiva evita esfuerzos vanos y, por tanto, constituye la forma menos directa de las dos modalidades directas.

Generalmente se ha juzgado que el rechazo de la invasión de Lee en Gettysburg fue el momento de inflexión de la guerra, pero esa afirmación solamente está justificada desde el punto de vista dramático. El veredicto más serio de los historiadores pone más énfasis en que los factores decisivos procedían del oeste.

El primero de ellos hizo acto de presencia ya en abril de 1862, cuando la escuadra de Farragut pasó rauda frente a los fuertes que custodiaban la desembocadura del Mississippi y los dejó atrás para conseguir la rendición de Nueva Orleans sin derramamiento de sangre. Era el extremo afilado de una cuña estratégica que dividió en dos a la Confederación siguiendo el amplio curso fluvial, una línea vital.

El segundo factor decisivo tuvo lugar aguas arriba, también en el Mississippi y el mismo día (el 4 de julio), cuando Lee comenzó a retirarse del campo de batalla de Gettysburg. Se trata de la captura de Vicksburg por parte de Grant, que confirió a la Unión el control total de esta arteria fundamental. Como resultado, la Confederación quedaría privada de forma permanente de los alimentos, pertrechos y refuerzos que debía recibir procedentes de los estados situados más allá del río. Pero no conviene dejar que el efecto sobre la gran estrategia de esta concentración dirigida contra el aliado más débil y reciente ensombrezca los medios estratégicos que se emplearon para hacerlo real. El primer avance sobre Vicksburg, en diciembre de 1862, había seguido una ruta terrestre apoyada en la red ferroviaria, en combinación con una expedición fluvial que descendió navegando por el Mississippi bajo el mando de Sherman. La caballería confederada lanzó incursiones contra las comunicaciones de Grant, impidiendo que continuase avanzando. Entonces las fuerzas confederadas tuvieron la oportunidad de concentrarse para enfrentarse al movimiento de Sherman, que de esta forma se transformó en esencia en una aproximación directa y resultó rechazado sin mayores dificultades al intentar realizar un desembarco cerca de Vicksburg.

En febrero y marzo de 1863, se llevaron a cabo cuatro tentativas infructuosas para alcanzar el objetivo, mediante maniobras de flanqueo que debían salvar un estrecho margen. A

continuación, en abril, Grant recurrió a una auténtica aproximación indirecta, con ciertas similitudes con la apuesta final que Wolfe había hecho por Quebec, y no solo por su audacia. Parte de la flota de la Unión y de sus transportes marchó al sur, dejando atrás de noche las baterías de Vicksburg, hasta llegar a un punto situado a 50 kilómetros más allá de la fortaleza. El grueso del ejército se desplazó hasta la misma ubicación por vía terrestre, transitando por la ribera occidental del Mississippi. Seguidamente, y haciendo frente a una oposición muy débil, las tropas se dirigieron a la ribera oriental bajo la cobertura que prestaban los movimientos de distracción de Sherman dirigidos hacia el noreste de Vicksburg. A continuación, cuando Sherman se le volvió a unir, Grant asumió un riesgo calculado: desligarse de su nueva base temporal y desplazarse hacia el noreste, penetrando en territorio enemigo para tratar de plantarse ante la retaguardia de Vicksburg, interpuesto entre las líneas de comunicación de la ciudad con los principales estados del Este de la Confederación. Para efectuar esta maniobra recorrió un circuito casi completo desde su punto de partida. Como resultado, aparentemente se situó en medio de las mandíbulas superior e inferior del adversario, ya que las fuerzas enemigas se estaban concentrando respectivamente en Vicksburg y Jackson, 65 kilómetros al este. En Jackson había un nudo ferroviario donde se cruzaban una vía férrea lateral que corría en dirección norte-sur con la línea principal este-oeste. Pero en realidad lo que hacía allí era dislocar las mandíbulas e impedir que actuasen.

Merece la pena subrayar que, al llegar a esa línea de ferrocarril, Grant consideró que lo más recomendable era trasladar primero todo su ejército al este para conminar al enemigo a que evacuase Jackson. Este hecho ilustra el cambio de las condiciones estratégicas que había propiciado la expansión del ferrocarril. Y es que allí donde Napoleón se hubiese servi-

do de un río o una sierra como barrera estratégica, la barrera estratégica de Grant era la posesión de un punto concreto y único: un nudo ferroviario. Una vez asegurado, se giró y avanzó hacia Vicksburg, que ahora estaba aislada y así permaneció durante el tiempo necesario hasta garantizar su capitulación siete semanas más tarde. La secuela estratégica de estos sucesos fue la apertura de Chattanooga como puerta de acceso a Georgia, el granero de la Confederación y, por tanto, también de los estados del Este en conjunto.

Llegados a este punto, la Confederación tenía pocas opciones de evitar la derrota. Pero la Unión todavía estuvo a punto de echar por tierra aquella victoria que ya tenía en la mano. En 1864, mientras la fatiga de tantas tensiones atenazaba al Norte, el factor moral cobró preponderancia. Con una ciudadanía harta de la guerra, los partidarios de la paz eran cada día más numerosos. Además, las elecciones presidenciales habrían de celebrarse en noviembre y era imprescindible ofrecer de inmediato garantías de una victoria pronta, a no ser que se optase por suplantar a Lincoln por otro presidente comprometido a buscar un compromiso de paz. Pensando en esto se convocó a Grant para que acudiese desde el oeste y asumiese el mando supremo. ¿Y cómo se propuso obtener aquella victoria rápida que se le exigía? Pues volviendo a recurrir a la estrategia que siempre adoptan los buenos soldados ortodoxos: aplicar su inmensa superioridad numérica y material para aplastar al ejército oponente. O al menos, desgastarlo a través de un «martilleo incesante». Ya hemos visto que en la campaña de Vicksburg Grant no se decantó por la aproximación indirecta genuina hasta que vio cómo fracasaban una tras otra las aproximaciones directas. Cierto es que luego la ejecutó con maestría, pero la lección aprendida no se le había quedado profundamente grabada.

Ahora ostentaba el mando supremo de los ejércitos y se mantuvo fiel a su naturaleza. Decidió emprender la clásica aproximación directa por tierra en dirección al sur desde el río Rappahannock, hacia Richmond. Pero no sin una sutil diferencia, ya que su auténtico objetivo no era la capital, sino el ejército enemigo. Indicó a su subordinado Meade: «Allá donde quiera que vaya Lee, usted debe seguirle». Para ser justos con Grant, también hay que decir que, si bien la aproximación fue directa en sentido general, tampoco se trató de una mera ofensiva frontal, ni mucho menos. De hecho, maniobró constantemente buscando la forma de hallar desprevenido al enemigo por los flancos, aunque las maniobras tenían un radio muy escaso. Además, respetó todos los preceptos militares relativos a mantener el ejército bien concentrado y no olvidar jamás cuál era su objetivo, sin prestar atención a cualesquiera otras alarmas que pudiesen surgir. Ni siquiera un Foch hubiese superado su «voluntad de victoria». Y quienes pusieron en práctica un método similar en 1914-1918 quizás sintieron envidia de él por la generosidad de los apoyos que le fueron brindados o por la confianza ciega que le deparó su jefe político. Sería difícil encontrar unas condiciones más favorables para desarrollar la estrategia ortodoxa de la aproximación directa de una manera mejor.

La victoria era una fruta madura, Grant ya casi la tenía en sus manos, pero, aun así, a finales del verano, se había quedado mustia. Las fuerzas de la Unión casi habían alcanzado su límite de resistencia y Lincoln estaba desesperado por las dificultades para lograr la reelección… una compensación muy pobre para amortizar el cheque en blanco que había entregado al general. A modo de reflexión, resulta irónico pensar que la determinación de la que Grant había hecho gala al dirigir tropas tan numerosas, ahora diezmadas de forma alarmante tras las fieras batallas de Wilderness y Cold Harbor, había

fracasado sin paliativos en su objetivo de laminar al ejército oponente. Por el contrario, el principal resultado obtenido, que era la ventaja geográfica de haber conseguido situarse cerca de la retaguardia de Richmond, se había logrado a través de las maniobras que habían ido interrumpiendo el avance, sin derramar sangre. Por tanto, Grant tenía la curiosa satisfacción de volver a encontrarse en la posición que McClellan había ocupado en 1862, aunque en su caso tras sufrir inmensas pérdidas.

Pero cuando más negros parecían los cielos, de repente se hizo la luz. Las elecciones de noviembre devolvieron a Lincoln el poder. ¿Qué factor acudió al rescate y previno la posibilidad de que lo reemplazase el candidato del partido demócrata, favorable a la paz, que no era otro que McClellan? No fue la campaña de Grant, que entre julio y diciembre apenas progresó, para finalmente agotarse y estancarse a mediados de octubre con un doble fracaso muy costoso. El veredicto de los historiadores ha determinado que el factor salvador fue la captura de Atlanta por parte de Sherman en septiembre.

Cuando se había llamado a Grant para concederle el mando supremo de las fuerzas armadas, Sherman le había sucedido en el cargo de comandante en jefe del Oeste. El propio Sherman había tenido un papel muy relevante en el éxito logrado en Vicksburg. Entre las perspectivas de los dos existía un marcado contraste. Mientras Grant consideraba que el ejército oponente era su objetivo principal, el método de Sherman consistía en amenazar puntos estratégicos para obligar a las fuerzas adversarias a exponerse a los ataques mientras trataban de repeler esas amenazas. O bien forzarlas a abandonar los puntos estratégicos para salvaguardar su propio equilibrio. Por eso Sherman siempre tenía una meta alternativa, aunque el resultado que obtuviese fuese el segundo. Los efectos de esto tenían un gran alcance. Atlanta servía co-

mo base de operaciones del ejército al que se enfrentaba y no solo era el nudo donde confluían cuatro importantes vías férreas. También era una fuente de suministros vitales. Tal como apuntó Sherman, estaba «repleta de fundiciones, arsenales y talleres». Por si fuera poco, también era un símbolo moral. Él mismo proclamó que la caída de la ciudad era «la sentencia de muerte de la Confederación».

Independientemente de las discrepancias que puedan existir respecto a los méritos respectivos de los objetivos de Grant y Sherman, resulta obvio que este último se amolda mejor a la psicología de una democracia. Quizás un gobernante absolutista sentado con una firmeza inquebrantable en su trono podría aspirar a perseguir sin fisuras ni vaivenes el ideal militar del objetivo de las fuerzas armadas. Es más, sería un dirigente sabio si supiese adecuarlo a las realidades de la situación y ponderase correctamente las expectativas de hacerlo realidad. Pero un estratega que sirva a un Gobierno democrático tiene un radio de acción mucho más limitado. Depende del apoyo y de la confianza que le otorguen quienes le han designado, así que está constreñido por márgenes de tiempo y costes más escuetos que los que afronta el estratega «absoluto». Además, la presión por conseguir beneficios rápidos es más acuciante. Sean cuales sean las perspectivas finales, no se puede permitir demoras para proporcionar dividendos. Por tanto, quizás sea necesario que se desvíe temporalmente de su objetivo primordial, o que al menos lo disfrace de un aspecto diferente alterando su línea de operaciones. Al enfrentarse a estos obstáculos inevitables, resulta oportuno preguntarse si la teoría militar no debería mostrarse más dispuesta a reconciliar sus ideales con esta realidad tan inconveniente e incómoda: el esfuerzo militar descansa sobre los cimientos del pueblo. Depende del consentimiento de los ciudadanos, del «hombre de la calle» para el abastecimiento de

los depósitos de boca y fuego, incluso para la mera posibilidad de proseguir la lucha. Quien paga al músico elige la canción y tal vez los estrategas recibirían un mejor pago por sus servicios si afinasen las estrategias para que sonasen lo más agradables posible a los oídos del pueblo.

La economía de fuerzas que Sherman aplicaba con sus maniobras es especialmente notable si la comparamos con la situación de Grant en Virginia, ya que estaba prácticamente atado a una vía férrea para abastecerse. Sin embargo, en lugar de enviar a sus tropas a un ataque directo, tuvo la valentía de desligarse temporalmente de aquella fuente vital de suministros. Pasó semanas ejecutando maniobras y tan solo en una ocasión emprendió un asalto directo, en Kenesaw Mountain. Resulta significativo que lo hiciera para salvar a sus tropas de la tensión que supondría otra marcha de flanqueo más a través de carreteras y caminos empantanados por las lluvias. E igual de significativo es que fuese rechazado, aunque el revés quedó mitigado porque detuvo el ataque de inmediato tras un primer examen de la situación. A lo largo del avance de unos 200 kilómetros a través de un terreno plagado de montañas y cursos fluviales, esta fue la única ocasión en que Sherman obligó a sus soldados a pelear en una batalla ofensiva. El resto del tiempo lo consagró a maniobrar con exquisita habilidad para tratar de atraer a los confederados una y otra vez, incitándoles a efectuar ataques en vano sobre sus posiciones. La forma en que combinaba los movimientos ofensivos con una técnica muy depurada para la construcción rápida de parapetos y el atrincheramiento permitía desbaratar aquellos ataques. Tras cada tentativa enemiga fallida de perforar aquel escudo móvil, ampliaba y renovaba su ventaja estratégica. Forzar a un oponente que está a la defensiva hasta obligarlo a que actúe de esta manera y emprenda una sucesión de ofensivas tácticas tan costosas constituye un ejemplo de artesanía

estratégica como pocos se han visto. Y es digno de los mayores elogios si recordamos que Sherman estaba atado a una sola línea de comunicaciones. Aun desde el criterio militar más limitado y estrecho, que omitiría sus colosales efectos morales y económicos, cabe calificarlo de hazaña. Sherman infligió más bajas de las que sufrió, no solo en términos relativos sino también en cifras totales. Un resultado muy llamativo si se compara con el logrado por Grant en Virginia.

Después de ocupar Atlanta, Sherman asumió un riesgo más alto que nunca, algo que le ha granjeado abundantes críticas entre los comentaristas militares. Estaba convencido de que, si conseguía marchar sobre el sistema ferroviario de Georgia («el granero del Sur») y arruinarlo, para después atravesar las Carolinas («el corazón del Sur»), cuajaría una invasión de tremendo impacto sobre la moral. Que además interrumpiría el envío de suministros destinados al ejército de Lee y a Richmond, más al norte, provocando así el derrumbe de la resistencia confederada.

Así que optó por ningunear al ejército de Hood, al que había obligado a evacuar Atlanta, y emprendió su célebre «marcha hacia el mar» a través de Georgia, obteniendo sustento sobre el terreno mientras iba destrozando a su paso las líneas férreas. Salió de Atlanta el 15 de noviembre de 1864, y el 10 de diciembre llegó a las afueras de Savannah. Allí volvió a establecer una línea de comunicaciones, en esta ocasión por mar. Citaré aquí el juicio que emitió el historiador y general del ejército confederado Alexander: «No cabe duda alguna de que el efecto moral que provocó aquella marcha por todo el país… fue mucho mayor que el que habría causado una victoria apabullante». A continuación, Sherman se desplazó al norte, atravesando las Carolinas, en dirección a la retaguardia de Lee, con lo que privó al Sur del acceso a los principales puertos que aún conservaba.

Los métodos operativos de Sherman exigen un examen más minucioso. Para acometer la marcha a través de Georgia no solo se había desconectado de sus comunicaciones, sino que también había reducido la impedimenta de una manera tan drástica que convirtió a su ejército en una gigantesca «columna móvil» compuesta por tropas ligeras, formada por 60 000 hombres. Estaba dividida en cuatro cuerpos, todos ellos autosuficientes y capaces de operar de forma autónoma. Las partidas encargadas de procurar alimentos actuaban como pantallas separadas, ejercían su labor más allá de la vanguardia y los flancos de las columnas en marcha.

Además, en este avance Sherman desarrolló una nueva modalidad de estrategia. En la campaña de Atlanta, el hecho de trabajar con un único objetivo geográfico le había deparado dificultades, porque simplificaba la tarea del enemigo, que podía limitarse a detener o desviar sus estocadas. Por eso Sherman afrontó con ingenio la planificación para escapar de esa limitación. Lo que hizo fue colocar a su oponente siempre ante «los cuernos de un dilema», en sus propias palabras. Eligió una línea de avance que mantuvo las dudas entre los confederados. Primero no sabían si su objetivo era Macon o Augusta, luego dudaron entre Augusta y Savannah. Desde luego, Sherman tenía sus preferencias, pero estaba plenamente dispuesto a abordar un objetivo alternativo si las condiciones lo favorecían. Al final no se dio la necesidad, gracias a la incertidumbre que había originado su engañosa elección para la ruta de avance.

La marcha a través de Georgia sirvió para demostrar con qué soltura se podía mover un ejército moderno. A continuación, Sherman dejaría patente que todavía podía ser más ligero. Antes de iniciar el avance hacia el norte y cruzar las Carolinas, trató de convertir a su contingente en «una máquina móvil, con capacidad y voluntad para emprender la mar-

cha al momento, pero también para subsistir con un suministro de víveres mínimo». Aunque era invierno, suprimió las tiendas y todo el bagaje de campaña, y ordenó que incluso los oficiales acampasen por parejas, protegidos únicamente por una lona tendida sobre ramas o varas.

Una vez más, diseñó una ruta de avance engañosa, que le aproximaría a objetivos alternativos. De esa manera, el enemigo no sabría si cubrir Augusta o Charleston y se vería en la tesitura de dividir sus fuerzas. En realidad, pasó entre ambos puntos sin prestarles atención, dejándolos atrás rápidamente para hacerse con Columbia, la capital de Carolina del Sur y el centro de la mejor fuente de suministros a disposición de Lee. Posteriormente, la Confederación tampoco sabría a ciencia cierta si pretendía tomar Charlotte o Fayetteville. Cuando más tarde reemprendió el avance desde Fayetteville, desconocían si su siguiente y último objetivo sería Raleigh o Goldsborough. La realidad es que ni él mismo lo tenía claro: ¡debía elegir entre Goldsborough o Wilmington!

La única explicación razonable de su imparable progreso a lo largo de casi 700 kilómetros de territorio hostil plagado de obstáculos (ríos, arroyos y pantanos), y frente a un enemigo cuya fuerza numérica era más que suficiente para ofrecer una resistencia tenaz, radica en el impacto físico y moral que provocó la elección de un camino tan engañoso. La flexibilidad de Sherman fue otro ingrediente de gran valía para avanzar de forma arrolladora, casi tanto como la variabilidad de la dirección. El ejército se desplazaba en un frente amplio e irregular, que constaba de cuatro, cinco o seis columnas. Las partidas de forrajeadores servían de pantalla para cada columna. Si una se quedaba bloqueada, las otras persistían y seguían avanzando. Tanto en la teoría como en la práctica, fueron las precursoras de las fuerzas blindadas que barrerían Francia en 1940. Las tropas contrarias se ponían tan nerviosas que una y

otra vez cedían ante la presión moral, emprendiendo el repliegue antes de sufrir una presión física realmente severa. Sus mentes se saturaban por la fortísima impresión que causaba la capacidad de maniobra de Sherman, tanto que, cada vez que ocupaban una posición para resistir, ya estaban pensando en la vía de retirada. Hasta existen registros que atestiguan que gritos como «¡Somos la vanguardia de Bill Sherman, más vale que os retiréis!» eran a veces suficientes como advertencia. Si tener confianza en las propias posibilidades es la mitad de una batalla, minar la fe del enemigo en su capacidad es más relevante que la primera condición, ya que permite obtener el fruto de la victoria sin llegar siquiera a combatir. Sherman podría presumir con la misma justicia que Napoleón en Austria: «He destruido al enemigo sencillamente a base de marchas».

El 22 de marzo, Sherman alcanzó Goldsborough, donde se encontró con sus suministros y con las fuerzas de Schofield. Allí se reequipó y pertrechó el ejército para prepararse de cara a la etapa final, la aproximación y el cerco a Lee, que seguía aferrado a Richmond.

Grant no retomó el avance hasta primeros de abril. Logró un triunfo espectacular y, además, el ejército de Lee se rindió antes de que transcurriese una sola semana tras la caída de Richmond. Aparentemente, parecía una rotunda reivindicación de la estrategia directa y los objetivos de combate que había planteado Grant. Pero para realizar un examen serio y estricto de la contienda, es crucial tener en cuenta el factor tiempo. La resistencia confederada se desplomó debido a que sentía que tenía el estómago vacío, a la repercusión moral de los golpes sufridos y a las malas noticias que llegaban «desde casa». Antes incluso de que Sherman llegase a Goldsborou-

gh, Grant dejó por escrito lo siguiente: «El ejército de Lee está desmoralizado y los desertores se multiplican».

El hombre responde a dos lealtades supremas: a su patria y a su familia. Para la mayoría, la segunda es la más fuerte, dado que es la más personal. Por tanto, mientras sus familias estén seguras, pelearán por defender a su país, en la creencia de que ese sacrificio sirve para protegerlas también a ellas. Pero cuando la propia familia está en peligro, hasta lazos tan sólidos como el patriotismo, la disciplina y la camaradería acaban por resentirse. La ofensiva por la retaguardia que ejecutó Sherman fue absolutamente letal: no iba dirigida contra la retaguardia del ejército, sino contra la del pueblo en conjunto. Así fue como logró que las dos lealtades entrasen en conflicto, lo que impuso una tensión que destrozaría la voluntad de lucha de los soldados.

En la última fase, la aproximación indirecta en pos de la retaguardia moral y económica del enemigo había refrendado ser tan decisiva como lo había sido en los sucesivos pasos que condujeron a la toma y preparación de esta decisión en el oeste. Cualquier persona que se proponga estudiar la guerra a fondo y con atención caerá en la cuenta. El general Edmonds, futuro historiador oficial británico de la Primera Guerra Mundial, supo apreciarlo hace treinta años. En su historia de la guerra civil americana, llegó a esta conclusión: «El genio militar de los grandes líderes confederados Lee y Jackson, la inigualable capacidad de lucha del ejército de Virginia del Norte y la proximidad de las capitales rivales han provocado que se preste una atención desmesurada al teatro oriental de la guerra. Pero los golpes más decisivos se propinaron en el oeste. La captura de Vicksburg y Port Hudson en julio de 1863 constituyó el auténtico punto de inflexión. Y fueron las operaciones del Gran Ejército del Oeste bajo el mando de Sherman las que realmente propiciaron el desmoronamiento

de la Confederación en Appomatox Court House, escenario de la rendición de Lee en el este».

Esa atención desproporcionada se debe, por un lado, a la fascinación por las batallas, que hipnotiza a la mayoría de quienes estudian la historia militar, pero también en parte al carácter enormemente seductor de la épica biografía de *Stonewall* Jackson escrita por Henderson, que tiene más épica que historia. El genuino valor militar de dicho libro se ve enriquecido más por la concepción de la guerra que plantea el propio Henderson que por la narración de los actos del Stonewall. Eso sí, la obra estimuló el interés por la guerra civil americana y así centró la atención de los militares británicos en el estudio de las campañas de Virginia, descuidando los teatros más occidentales del enfrentamiento, donde tuvieron lugar los acontecimientos determinantes. Si un historiador moderno analizase el efecto de esa «atención desproporcionada» (que no solo es unilateral, sino también fruto de una falacia) sobre la escuela de pensamiento militar británica antes de 1914 y sobre la estrategia británica en 1914-1918, quizás estaría haciendo un gran favor a las generaciones futuras.

Las campañas de Moltke

Cuando un analista pasa de la guerra civil americana a las guerras que inmediatamente después se desarrollaron en Europa, probablemente lo que más le impresiona es la agudeza de los contrastes.

El primer contraste estriba en que en Europa, en 1866 y 1870, ambos bandos estaban preparados para el conflicto, al menos teóricamente. El segundo consiste en que los oponentes eran ejércitos profesionales. El tercero se refiere a que los altos mandos cometieron más errores flagrantes y fallos de

cálculo que cualquiera de las dos partes enfrentadas en la Guerra Civil Americana. El cuarto es que la estrategia adoptada por Alemania en ambas contiendas careció de finura y de sutileza. El quinto, que, a pesar de esas deficiencias, en los dos casos el asunto se despachó con premura.

Por su diseño, la naturaleza de la estrategia de Moltke se nos presenta como una aproximación directa, casi exenta de astucia, cuya fe se asienta en la pura potencia bruta y aplastante de una concentración de fuerzas superior. ¿Podríamos concluir entonces que estos dos conflictos son las excepciones proverbiales que confirman la regla? Desde luego, fueron insólitos, pero ni mucho menos excepciones a la regla que hemos ido destilando en la larga lista de casos que venimos analizando. Y es así porque en ninguno de esos casos el bando derrotado se caracterizaba por tener una combinación tan marcada de inferioridad de fuerzas y estulticia mental, factores que pesaron en su contra desde el mismísimo comienzo.

En 1866, la inferioridad de fuerzas de los austriacos radicaba fundamentalmente en que contaban con un armamento peor. Los fusiles de retrocarga prusianos les otorgaban ventaja frente a los de avancarga austriacos, como quedó bien patente en los campos de batalla, aunque el pensamiento académico militar de la siguiente generación tendiese a omitir este detalle crucial. En 1870, la inferioridad de las fuerzas francesas se debía por un lado a su propia inferioridad numérica y, por otro, a que la instrucción de las tropas era comparativamente peor, como ya había sucedido con Austria en 1866.

Estas condiciones resultan más que adecuadas para explicar la rotunda derrota de Austria en 1866 y, aún más, el desastre de Francia en 1870. Ningún estratega que tuviese que prepararse para una guerra mostraría tanta imprudencia como para presuponer en sus planes que el enemigo sería tan

débil física y mentalmente como lo eran los austriacos en 1866 y los franceses en 1870.

Al mismo tiempo, es significativo constatar que, en ambos casos, la estrategia alemana fue menos directa en la ejecución que en la concepción. Es más: se caracterizó por una flexibilidad verdaderamente notable.



En 1866, la necesidad de ahorrar tiempo aprovechando todas las vías de ferrocarril existentes llevó a Moltke a ordenar que las fuerzas prusianas se bajasen de los trenes a lo largo de un frente muy amplio, de más de 400 kilómetros de longitud. Su intención era efectuar un avance rápido para converger luego en el interior del territorio enemigo, superando el cinturón de colinas y montañas que formaba la frontera. Así unificaría sus ejércitos en el norte de Bohemia. Pero el rey de Prusia recelaba de asumir el papel de agresor, hecho que retrasó los preparativos y frustró ese primer plan. Por consiguiente, le confirió a la estrategia de Moltke un cariz mucho

menos directo, que se reflejó en sus efectos y que no estaba incluido en su concepción original. Resultó que, en el intervalo de tiempo transcurrido, Austria se dedicó a concentrar sus tropas e iniciar un avance hacia el norte, con lo cual Moltke se vio privado del área prevista para la concentración. Además, el príncipe heredero de Prusia creyó que la provincia de Silesia (que constituía un saliente geográfico) estaba en peligro. Por tanto, exigió a Moltke una autorización (que este concedió en contra de su voluntad) para desplazar el ejército que comandaba hacia el suroeste con el fin de proteger ese territorio. De este modo, se distanció de los otros ejércitos y se situó en una posición propicia para amenazar el flanco y la retaguardia del contingente austriaco. Los pedantes han malgastado no poca tinta en condenar la sanción de Moltke al autorizar aquella extensión del frente, cuando en realidad así había sembrado las semillas de la victoria, aunque no fuese de forma deliberada.

Aquellas disposiciones perturbaron en tal grado el equilibrio mental del mando austriaco que los prusianos, a pesar de protagonizar una generosa serie de errores garrafales, lograron cruzar las montañas por ambos lados del frente y después cosechar el fruto de sus acciones en Königgrätz. Allí se cometieron otros fallos que profundizaron aún más en el carácter indirecto de su enfoque y lo volvieron así más decisivo. Lo cierto es que antes de dar comienzo la batalla propiamente dicha, el comandante de las fuerzas austriacas ya había sido batido: acababa de enviar un telegrama a su emperador instándole a firmar la paz de inmediato.

Es digno de mención que el estiramiento tan acusado de las fuerzas congregadas por Moltke demostró ser mucho más flexible que la concentración de los austriacos a lo largo de un frente de 65 kilómetros, que les otorgaba la aparente ventaja de ser capaces de operar sobre «líneas interiores». También

cabe señalar que, aunque la intención de Moltke era realizar la concentración de sus fuerzas ante el enemigo, esta disposición no tenía la finalidad de descargar un ataque directo. Su plan original comprendía dos ramificaciones. Si los exploradores detectaban que la supuesta posición austriaca en Josefstadt, al otro lado del Elba, no era del todo segura, el ejército dirigido por el príncipe heredero se movería hacia el este y atacaría dicha posición por el flanco. Mientras tanto, los otros dos ejércitos se encargarían de fijar al enemigo por su frente. Si, por el contrario, la posición les parecía invulnerable a un ataque, los tres ejércitos describirían una maniobra circular hacia el oeste, cruzarían el Elba en Pardubitz y después virarían al este para amenazar las líneas de comunicación que unían al enemigo con el sur. Sin embargo, si se encontraba a los austriacos en la orilla más cercana del Elba, por haberse concentrado en un punto más avanzado que el previsto por Moltke, la dirección de avance del ejército al mando del príncipe heredero automáticamente lo situaría encarando el flanco enemigo y podría proceder a embolsarlo.

En 1870, el proyecto concebido por Moltke era provocar y dirimir una batalla decisiva en el Sarre, donde concentraría a sus tres ejércitos para pulverizar a los franceses. El plan acabó patas arriba, pero no por la acción del enemigo, sino por su parálisis, originada por determinadas noticias. Concretamente, el anuncio de que el Tercer Ejército alemán, situado en el extremo izquierdo del frente, había cruzado la frontera en un punto del este y había obtenido un pequeño triunfo táctico frente a un destacamento francés en Weissenburg. Tras proseguir su avance, embolsó y derrotó el cuerpo que defendía el flanco del ala derecha francesa, con una confusa batalla en Woerth. Todo eso antes de que el resto de las fuerzas allí pre-

sentes entrasen en escena. El resultado de este enfrentamiento parcial y aislado fue un efecto indirecto probablemente más decisivo que el que hubiese deparado aquella gran batalla tan deseada. Así se permitió que el Tercer Ejército actuase con más libertad, en lugar de empujarlo a unirse a la concentración principal de fuerzas. Por tanto, siguió su curso con un recorrido abierto, fuera de la zona que ocupaban los contingentes principales. Así que no tomó parte en las batallas fallidas de Vionville y Gravelotte, donde las tropas francesas ocupaban una posición que le hubiese impedido pelear con eficacia en caso de estar más cerca y verse involucrado en la lucha. Como consecuencia, este Tercer Ejército se convirtió en el factor clave durante la siguiente fase del conflicto, la más determinante.

Cuando el ejército principal de Francia, más espoleado que deprimido por el devenir de la batalla de Gravelotte, se replegó sobre un flanco hasta Metz, se podría haber escapado sin dificultades de las zarpas de los ejércitos alemanes Primero y Segundo, que estaban exhaustos. Pero existía el riesgo de que lo interceptase el Tercer Ejército, lo cual condujo a Bazaine a optar por permanecer en Metz a resguardo. Así que los alemanes dispusieron de tiempo para recobrar la cohesión y los franceses para perderla debido a la inactividad en que cayeron tras salir de campo abierto. La secuela fue que MacMahon se vio tentado (o más bien, presionado políticamente) para emprender una operación que aliviase la situación de Metz. Una operación mal concebida y aún peor ejecutada.

De aquí surgió, imprevista y fortuita, la oportunidad para que el Tercer Ejército alemán, que continuaba su marcha sin obstáculos camino de París, abordase una aproximación indirecta contra las tropas de MacMahon. Los alemanes alteraron por completo su dirección de avance, cambiando el oeste por el norte para rodear el flanco y la retaguardia de este últi-

mo. Ese movimiento culminaría atrapando a las tropas francesas y obligándolas a rendirse en Sedán.

La fase decisiva tuvo un carácter mucho más indirecto de lo que sugiere una observación meramente superficial. Pero fue precisamente esa visión superficial sin un análisis más profundo la que influyó principalmente en la teoría militar posterior a 1870. Ese influjo dominaría la siguiente guerra a gran escala, la que enfrentó a Rusia y Japón entre 1904 y 1905.

La guerra ruso-japonesa

La estrategia nipona era deudora de sus mentores alemanes y esencialmente consistía en una aproximación directa. No se produjo ningún intento real encauzado a explotar la ventaja que conllevaba la naturaleza del esfuerzo de guerra ruso: dependía por completo de una única línea de ferrocarril, el Transiberiano, algo extraordinario. Jamás en toda la historia ha habido ningún otro ejército que tuviese que respirar por una tráquea tan larga y estrecha. Y no olvidemos el colosal tamaño del cuerpo de esa nación, que dificultaba todavía más la respiración. Pero lo único que contemplaban los estrategas japoneses era descargar un golpe directo contra los dientes del ejército ruso. Así que mantuvieron sus propias fuerzas agrupadas, en una concentración aún más cerrada que la de Moltke en 1870. Cierto es que trataron de orquestar una suerte de convergencia en la aproximación antes de Liao-Yang, y posteriormente, tras entrar en contacto, probaron en repetidas ocasiones a rodear el flanco del oponente. Ahora bien, aunque dichas maniobras de flanqueo parecían de amplia envergadura sobre un mapa, en realidad eran muy limitadas en proporción a la escala de las fuerzas desplegadas.

A pesar de no contar con un ejército «libre» como el que Moltke sí tuvo la fortuna de tener a su disposición, ni tampoco un cebo oportuno como era Metz o el pez que mordiese la carnada como hizo MacMahon (puesto que ellos mismos se habían tragado un anzuelo al tomar Port Arthur), los japoneses esperaban emular el triunfo de Sedán. Pero en lugar de una victoria resolutiva, lo que se produjo fue un derramamiento de sangre abundante y nada decisivo. Como consecuencia, tras la batalla final de Mukden y su resultado no concluyente, Japón se conformó e incluso se consideró afortunado por firmar la paz con un enemigo que, en realidad, ni siquiera se había consagrado de veras al conflicto, al que todavía no había destinado ni la décima parte de las fuerzas en su haber.

Este estudio y este análisis de la historia se interesan por los hechos, no por las conjeturas; por qué sucedió y cuáles fueron sus resultados, sin elucubraciones acerca de qué se podría haber modificado. La teoría de la aproximación indirecta desarrollada y evolucionada a partir de tal análisis debe apoyarse en pruebas concretas extraídas de experiencias reales, experiencias que indican que la aproximación directa tiende a ser poco decisiva. No afectan al análisis los argumentos a favor o en contra de las dificultades que entraña realizar una aproximación indirecta en casos particulares. Desde el punto de vista de la tesis básica, es irrelevante que un general pudiese haber logrado mejores resultados actuando de otra manera.

Sin embargo, este tipo de especulaciones siempre son interesantes (y a menudo también valiosas) y suelen redundar en beneficio de los conocimientos militares en general. Por tanto, a modo de breve nota complementaria respecto al análisis, cabe señalar el paralelismo potencial entre Port Arthur y

Mantua, mientras sopesamos las complicaciones que hubieron de soportar los japoneses debido a las precarias comunicaciones y las dificultades geográficas de Manchuria y Corea. Pero si las condiciones fueron más duras en algunos aspectos, también fueron más favorables en otros —y el instrumento empleado era mejor—. Por tanto, de la reflexión surgen cuestiones como esta: durante la primera fase de la guerra, ¿no podría haber explotado la estrategia japonesa el cebo de Port Arthur, de una manera similar a como Bonaparte se sirvió de Mantua? Y en la fase posterior, parece que existió margen para destinar al menos una porción de las fuerzas niponas a estrangular la exigua tráquea por la que respiraban los rusos entre Harbin y Mukden.

10

Conclusiones de veinticinco siglos

Este estudio ha desgranado doce guerras que afectaron de forma determinante al curso de la historia europea en la Antigüedad, además de las dieciocho principales guerras de la Era Moderna hasta llegar a 1914. Tengamos en cuenta que hemos contado como un único conflicto todas las luchas de la época napoleónica, ya que cuando los cañones se acallaban en un lugar, el enfrentamiento estallaba en otro, sin tregua. Estas treinta contiendas abarcan más de doscientas ochenta campañas. En tan solo seis de ellas (las que culminaron en Issos, Gaugamela, Friedland, Wagram, Sadowa y Sedán) se produjo un resultado decisivo fruto de un plan estratégico marcado por la aproximación directa contra el principal ejército adversario.

En las dos primeras de ellas, el avance de Alejandro Magno se preparó siguiendo una gran estrategia de aproximación indirecta, que socavó seriamente la confianza del Imperio persa y sus acólitos. Además, sus éxitos en cualquier campo de batalla estaban prácticamente asegurados porque poseía un instrumento táctico de calidad muy superior, que aplicaba de acuerdo a esa técnica de acercamiento indirecto.

En los dos casos siguientes, Napoleón empezó probando una aproximación indirecta, pero acabó recurriendo al ataque directo, en parte por su impaciencia y en parte por la confianza que tenía en la superioridad de los instrumentos que utilizaba. Dicha superioridad se basaba en el uso de la artillería concentrada contra un punto clave. Tanto en Friedland como

en Wagram, la decisión última se debió, sobre todo, a la existencia de esta nueva modalidad táctica. Pero el precio que hubo de pagar por estos triunfos y sus repercusiones sobre el propio destino posterior de Napoleón no aconsejaban echar mano de un enfoque directo similar, ni aun disponiendo de una superioridad táctica equivalente.

Por lo que respecta a 1866 y 1870, hemos visto que, si bien ambas campañas fueron concebidas como aproximaciones directas, luego adquirieron características indirectas, aunque no fuese de forma intencionada. Un factor reforzado por la superioridad germana en los dos casos; en 1866, gracias a la implantación de los fusiles de retrocarga y en 1870, por contar con una artillería superior.

Si las sometemos a análisis, estas seis campañas apenas justifican la adopción de métodos directos en la estrategia. Con todo, a lo largo de la historia, lo más habitual ha sido perseguir precisamente una aproximación directa, siendo las aproximaciones indirectas intencionadas una suerte de excepción. También es significativo observar con qué frecuencia los generales han adoptado la segunda de estas opciones no ya como estrategia inicial, sino a modo de último recurso. Y sin embargo, les proporcionó un resultado decisivo allí donde la aproximación directa solo había terminado en fracaso, dejándoles a su vez en condiciones debilitadas para probar la vertiente indirecta. Un éxito determinante que se consiga en tales condiciones de desgaste se torna todavía más significativo.

Este estudio ha puesto de relieve un gran número de campañas que comparten dos características: un enfoque manifiestamente indirecto y un resultado decisivo. Entre ellas figuran las de Lisandro en el Egeo en 405 a.C.; Epaminondas, en el Peloponeso en 362 a.C.; Filipo, en Beocia en 338 a.C.; Alejandro Magno, en el Hidaspes; Casandro y Lisímaco en Oriente Próximo en 302 a.C., la campaña de Aníbal en

torno al lago Trasimeno en Etruria, las campañas de Utica y Zama en África desarrolladas por Escipión, la campaña de César en Hispania alrededor de Ilerda y, ya en la historia moderna, las de Cromwell en Preston, Dunbar y Worcester, la campaña de Turena en Alsacia en 1674-1675, la campaña italiana del príncipe Eugenio en 1701, la de Marlborough en Flandes en 1708 y la campaña de Villars de 1712, la de Wolfe en Quebec, las campañas de Jourdan en torno a los ríos Mosela y Mosa en 1794, las del archiduque Carlos en el Rin-Danubio en 1796; las italianas de Bonaparte en 1796, 1797 y 1800, sus campañas de Ulm y Austerlitz en 1805 y, finalmente, las de Sherman en Atlanta y Grant en Vicksburg. Además, el análisis ha prestado atención a una extensa serie de ejemplos que casi podríamos incluir en este grupo, pero que no cumplen los requisitos porque sus rasgos de enfoque indirecto o capacidad decisiva no son tan claros.

Por tanto, una elevada proporción de las campañas militares más determinantes de la historia han sido indirectas. El significado de este hecho queda subrayado si lo comparamos con la escasez de ejemplos equivalentes marcados por la aproximación directa. De lo que se concluye que el enfoque indirecto representa, con mucho, la forma de estrategia más económica y con mejores perspectivas.

¿Sería posible deducir todavía más conclusiones de la historia? Sí. Con la excepción de Alejandro Magno, se puede constatar que la mayoría de los comandantes con más éxito que triunfaron ante enemigos situados en posiciones de gran fuerza (por causas naturales o materiales) casi nunca abordaron al enemigo de forma directa. Y asimismo, al verse presionados por las circunstancias y obligados a arriesgarse a efectuar un ataque directo, lo más habitual ha sido que dicha ofensiva quedara registrada como un borrón en sus historiales.

Por si fuera poco, la historia nos demuestra que, en lugar de resignarse a ejecutar una aproximación directa, un gran capitán sabrá adoptar la aproximación más compleja e indirecta, si es necesario, atravesando montañas, desiertos o pantanos, con tan solo una parte de sus tropas o incluso dejando atrás sus líneas de comunicaciones. Estos personajes prefieren afrontar las condiciones desfavorables, sean cuales sean, antes que asumir el riesgo de sufrir la frustración inherente a la aproximación directa.

Los obstáculos y amenazas naturales pueden ser formidables, desde luego, pero el riesgo que entrañan es intrínsecamente menor y menos incierto que los peligros de la lucha. Todas las condiciones son más fáciles de calcular y cualquier obstáculo es más sencillo de doblegar que la oposición de la resistencia humana. Con un cálculo bien razonado y una preparación eficaz, se pueden superar casi sin incumplir los calendarios. Pensemos en Napoleón, que logró cruzar los Alpes en 1800 «según el plan», pero que se topó con la pequeña fortaleza de Bard, que interfirió tan gravemente en el movimiento de su ejército que puso en entredicho todo el plan.

Si repetimos el examen, pero invirtiendo la secuencia y fijándonos en las batallas decisivas de la historia, se constata que, en casi todas ellas, antes de que el combate diese comienzo, el vencedor encontró a su oponente sumergido en una desventaja psicológica. Sirvan como ejemplos Maratón, Salamina, Egospótamos, Mantinea, Queronea, Gaugamela (condicionada por la gran estrategia), Hidaspes, Pisos, Trasimeno, Cannas, Metauro, Zama, Tricameron, Tagina, Hastings, Preston, Dunbar, Worcester, Blenheim, Oudenarde, Denain, Quebec, Fleurus, Rivoli, Austerlitz, Jena, Vicksburg, Königgrätz y Sedán.

Si combinamos el análisis de las facetas táctica y estratégica, nos percatamos de que la mayoría de los ejemplos entran

en una de las dos categorías. La primera es la de los triunfos logrados gracias a una estrategia de defensa elástica (merced a una retirada planificada), culminada con una ofensiva táctica. La segunda comprende los enfrentamientos marcados por una estrategia ofensiva encaminada a lograr situarse en una posición que «perturbe» al oponente, seguida de una defensa táctica: como un picotazo en la cola de un animal. En cualquier caso, se trata de aproximaciones indirectas y ambas modalidades se pueden describir con dos palabras: «atraer» y «atrapar».

Incluso cabe afirmar, con un sentido más profundo y amplio del que insinuó Clausewitz, que la defensiva es la forma de estrategia más fuerte, así como la más económica. Y es que la segunda modalidad que acabamos de describir, a pesar de que logística y superficialmente constituye un movimiento ofensivo, se apoya en la idea subyacente de tentar al adversario para que efectúe un avance «desequilibrado». La aproximación indirecta más eficaz es aquella que atrae o estimula al oponente para que dé un paso en falso. De esa forma, como sucede en el *jiu-jitsu*, sus propias fuerzas nos servirán como palanca para imponernos.

En la estrategia ofensiva, normalmente la aproximación indirecta se ha plasmado en una operación logística militar dirigida contra un objetivo económico, que puede ser una fuente de suministros de la nación o del ejército contrario. Sin embargo, ocasionalmente, el objetivo del movimiento también ha tenido un cariz totalmente psicológico, como en algunas de las operaciones de Belisario. Sea cual sea la *forma*, el *efecto* que se debe buscar es desarticular o desintegrar las disposiciones y la mentalidad del oponente. Este tipo de efecto es la auténtica vara de medir las aproximaciones indirectas.

El estudio que hemos realizado permite aún obtener otra deducción, que tal vez no sea positiva, pero sí sugerente, como mínimo. Es la siguiente: cuando se desarrolla una campaña contra más de un estado o de un ejército, la opción más provechosa es concentrarse primero en el aliado más débil, antes que intentar derribar al más fuerte pensando que, cuando este sucumba, la caída arrastrará también a sus otros socios.

Pensemos en los dos conflictos más destacados de la Era Antigua, la victoria de Alejandro Magno en Persia y la de Escipión contra Cartago. Ambos triunfos llegaron tras cercenar las raíces de los dos imperios vencidos. Esa gran estrategia de aproximación indirecta no solo fue el origen de los imperios macedonio y romano, sino también la que puso los cimientos de su sucesor más sobresaliente, el Imperio británico. Sobre esas mismas bases asentó su fortuna y su poder imperial Napoleón Bonaparte. Es más: se trata de una estructura tan sólida que sobre ella se alzaron los Estados Unidos de América.

Para dominar con maestría y apreciar en toda su profundidad el arte de la aproximación indirecta es imprescindible dedicarse al estudio y la reflexión sobre la historia de la guerra en su totalidad. Pero por lo menos podemos destilar estas lecciones hasta que cristalizan en dos máximas sencillas: una negativa y la otra positiva. La primera dicta que, a la vista de las abrumadoras pruebas que nos brinda la historia, ningún general cuenta con una justificación válida para lanzar a sus tropas a un ataque directo sobre un enemigo que ocupe una posición firme. La segunda estima que, en vez de tratar de vencer el equilibrio del enemigo por medio de nuestro propio ataque, es necesario alterarlo antes de lanzar o de poder iniciar un ataque con éxito.

Lenin afirmó que «en la guerra, la estrategia más sensata consiste en posponer las operaciones hasta que la desintegración moral del enemigo haga posible y fácil que descarguemos el golpe letal», lo que no está muy lejos de la verdad fundamental que estamos abordando. Aunque lo dicho por Lenin no siempre es viable, ni siempre son fructíferos sus métodos de propaganda, sí cabe adaptar su postura: «En cualquier campaña, la estrategia más sensata consiste en posponer la batalla y la táctica más prudente aplazar el ataque hasta que la desarticulación moral del enemigo haga viable asestarle un golpe decisivo».

SEGUNDA PARTE

La estrategia en la Primera Guerra Mundial

11

Los planes y su aplicación en el teatro de operaciones occidental, 1914

Cualquier estudio de la campaña del Frente occidental en la Primera Guerra Mundial debe tomar como punto de partida los planes anteriores a la guerra. La frontera franco-alemana era corta, de tan solo unos 240 kilómetros de recorrido, así que ofrecía poco espacio para que las grandes masas de tropas que había originado el sistema de reclutamiento pudieran maniobrar. En el extremo sudeste, la frontera lindaba con Suiza. Tras un breve trecho de terreno llano cerca de Belfort se sucedían alrededor de 112 kilómetros a lo largo de los montes de los Vosgos. Desde allí, la línea se prolongaba con una cadena de fortificaciones casi continua, apoyada en las fortalezas de Épinal, Toul y Verdún. Justo después comenzaban las fronteras de Luxemburgo y Bélgica. Durante el periodo de resurgimiento y reconstrucción que siguió a los desastres de 1870, el plan de Francia era asumir inicialmente una actitud defensiva, que descansaría sobre las fortalezas fronterizas. Después llegaría el momento de iniciar un contragolpe decisivo. Para este fin se había creado el colosal sistema de fuertes paralelo a la frontera de Alsacia-Lorena. Se habían dejado espacios a propósito, como los de la Trouée de Charmes entre Épinal y Toul. Su finalidad era canalizar la esperada invasión teutona para poder emprender el contraataque con más seguridad, control y eficacia.

Este plan tenía algo de aproximación indirecta, quizás tanto como era posible si tenemos en cuenta las restricciones

que imponía la frontera, siempre sin violar territorios neutrales.

Pero en la década inmediatamente anterior a 1914, surgió una nueva escuela de pensamiento, cuyo profeta era el coronel De Grandmaison. La nueva escuela denunció este plan por ser supuestamente contrario al espíritu francés y por constituir «una atrofia casi completa del concepto de la ofensiva». Los defensores de la *offensive à outrance* encontrarían una palanca para dar impulso a sus intenciones en Joffre, elegido jefe del Alto Estado Mayor en 1912. Se aferraron a ella y así tomaron el control de la máquina militar gala. Desecharon el plan anterior y formularon el famoso Plan XVII, que era en esencia una aproximación directa en forma de una ofensiva frontal contra el centro del despliegue alemán, «con todas las fuerzas unidas». Sin embargo, para desencadenar esta ofensiva a lo largo de todo el frente, el plan francés tan solo contaba con la igualdad de fuerzas respecto al enemigo. Un enemigo que además dispondría de una zona con su propia frontera fortificada, ventaja de la que prescindirían los franceses al dejar atrás sus fortalezas e irrumpir en territorio germano. La única concesión que hacía el plan a la experiencia histórica y al sentido común era respecto a la fortaleza de Metz, que debería enmascararse y no sufrir un ataque directo. El avance pasaría al sur de ella, internándose en la región de Lorena, pero también al norte. Si los alemanes penetraban en territorio neutral, el ala izquierda extendería la ofensiva hasta el Luxemburgo belga. Una paradoja histórica: el plan francés se había inspirado en las ideas de un alemán, Clausewitz. Por su parte, el plan alemán estaba en esencia mucho más cerca del pensamiento napoleónico, aunque tenía influencias de la escuela de Aníbal.

La participación de las fuerzas armadas británicas, supeditada al plan de Francia, se definió más que por puros cálculos

por la «europeización» de su organización y su pensamiento militar durante la década previa a la contienda. La influencia continental arrastraría de forma insensata a los británicos, que dieron su consentimiento tácito a asumir el rol de apéndice del ala izquierda francesa. Así obviaban su capacidad histórica para explotar la movilidad que les otorgaba el dominio naval. En el consejo celebrado al estallar el conflicto, sir John French, designado para mandar la Fuerza Expedicionaria Británica, expresó dudas sobre «el plan preconcebido». Como alternativa, sugirió que sus fuerzas desembarcaran en Amberes, desde donde habrían podido reforzar la resistencia de los belgas. Además, por su mera situación, podrían amenazar de flanco la retaguardia de los ejércitos alemanes si avanzaban a través de Bélgica para entrar en suelo francés. Pero el general Henry Wilson, al ser nombrado jefe de la Sección de Operaciones, había comprometido virtualmente al Estado Mayor a actuar conjuntamente con los franceses. Las negociaciones informales mantenidas entre los altos mandos entre 1905 y 1914 habían abierto el camino para revertir la centenaria política de guerra de Inglaterra.

Este hecho consumado no solo reflejaba el predominio del concepto francés de la estrategia, sino también el deseo de Haig, quien apostaba por aguardar a que la situación se aclarase y fuese posible ampliar el ejército. También fue fruto de una objeción más limitada por parte de Kitchener, renuente a congregar a la Fuerza Expedicionaria en un punto tan cercano a la frontera.

El plan definitivo de los franceses era el ingrediente esencial que faltaba para convertir el proyecto alemán original en una aproximación indirecta genuina, según lo dispuesto por el conde Alfred von Schlieffen en 1905. Frente a la muralla inexpugnable que suponía la frontera fortificada de Francia, la lógica militar señalaba que el mejor método de superarla

sería rodearla a través de Bélgica. Schlieffen se decantó por esta opción y por efectuar una maniobra tan amplia como fuese posible. Lo extraño fue que, incluso una vez iniciada la invasión germana del territorio belga, el mando francés asumiera que los alemanes limitarían su avance a un frente más estrecho, al este del Mosa.

El plan de Schlieffen para este desplazamiento masivo preveía concentrar el grueso de las fuerzas en el ala derecha. El objetivo de ese ala sería barrer Bélgica, atravesarla y penetrar en el norte de Francia. A continuación, seguiría describiendo un amplio arco que gradualmente se iría inclinando hacia la izquierda o el este. El extremo derecho del avance pasaría al sur de París y cruzaría el Sena cerca de Ruan, con lo cual empujaría a la retaguardia francesa contra el río Mosela. Así el enemigo acabaría atrapado entre el martillo y el yunque, este último formado por las fortalezas de Lorena y la frontera suiza.

La auténtica naturaleza indirecta y la sutileza real de este concepto no descansaban en este rodeo geográfico. Radicaban en la distribución de fuerzas y en la idea original que servía de guía. Buscaban la sorpresa inicial al incorporar cuerpos de reserva a la masa de maniobra desde el mismo comienzo, integrándolos en la ofensiva. Así estarían disponibles 72 divisiones, 53 de las cuales se asignaban a la fuerza que describiría el movimiento de rotación. Otras 10 conformarían un pivote enfrentado a Verdún y tan solo 9 formarían el ala izquierda proyectada en paralelo a la linde francesa. Se habían realizado cálculos muy precisos y astutos para reducir el ala izquierda al mínimo imprescindible, con el fin de agudizar el efecto que causaría el ala derecha precisamente gracias a esa debilidad intencionada. Y es que, si los franceses escogían atacar Lorena y presionar el ala izquierda contra el Rin, les resultaría muy difícil rechazar el ataque alemán a través de

Bélgica. De hecho, cuanto más lejos llegasen los galos, más complicado lo tendrían. Al igual que sucede con las puertas giratorias, si los franceses apretaban muy fuerte por un lado, el otro bascularía y les golpearía por la espalda. Cuanto mayor fuese su presión, más violento sería el embate.

Geográficamente, el avance concebido por Schlieffen a través de Bélgica constituía un enfoque estratégico muy poco indirecto, dada la densidad de fuerzas implicadas en relación con un espacio tan reducido. Desde el punto de vista psicológico, su diseño para la distribución de fuerzas (y el propio despliegue) en el ala izquierda sí lo convertía en una aproximación decididamente indirecta. Fue el plan francés el que lo hizo perfecto. Si los fantasmas pudieran reírse, merece la pena imaginar cómo se habría reído el difunto Schlieffen al contemplar que ni siquiera hizo falta plantar un cebo que atrajese al enemigo hacia su celada. Lástima que esas carcajadas no tardarían en trastocarse y volverse muecas de disgusto. Todo porque Moltke, el «joven» de la familia por orden de nacimiento, pero el más viejo por prudencia, abandonó la ejecución de este plan, después de haberlo modificado y arruinado durante los preparativos de cara a la guerra.

Entre 1905 y 1914 fue reforzando el ala izquierda a medida que nuevas tropas iban quedando disponibles, de una forma totalmente desproporcionada respecto al ala derecha. Al fortalecer el ala que antes estaba debilitada a sabiendas, la concepción ya no era segura. Ahí comenzó el socavamiento continuo de los cimientos del plan, que al final acabaría por desmoronarlo.

Cuando se desarrolló la ofensiva francesa en 1914, Moltke estuvo a punto de dejarse seducir y aceptar el desafío de una manera directa. Ello habría implicado buscar un golpe decisivo en Lorena y posponer el avance del ala derecha. El impulso tan solo fue momentáneo, pero durante ese breve periodo

tuvo tiempo para desviar hacia Lorena a los seis nuevos sucedáneos de divisiones de reemplazo que originalmente tendrían que haberse sumado a las fuerzas del ala derecha. Por si fuera poco, la disponibilidad de nuevas tropas hacía más amargo el trago que suponía el papel de los mandos alemanes en Lorena, obligados a contentarse con realizar sus acciones de mero señuelo. El príncipe Rupprecht de Baviera, en vez de continuar replegándose y atraer a los franceses, detuvo a su ejército y se dispuso a presentar batalla. Como el ataque francés parecía retrasarse, acordó con los jefes de las unidades vecinas que se anticiparían al mismo con un ataque alemán. En esos instantes, los dos ejércitos contaban con 25 divisiones frente a 19, pero carecían de la superioridad y de una posición estratégica que los habilitase para que el contragolpe resultase decisivo. El resultado se limitó a mandar a los franceses de vuelta a su frontera fortificada. De modo que no solo se restauraba su capacidad de resistencia, sino que se acentuaba. Y además, esto les permitiría destinar tropas al oeste para que participasen en la batalla del Marne.

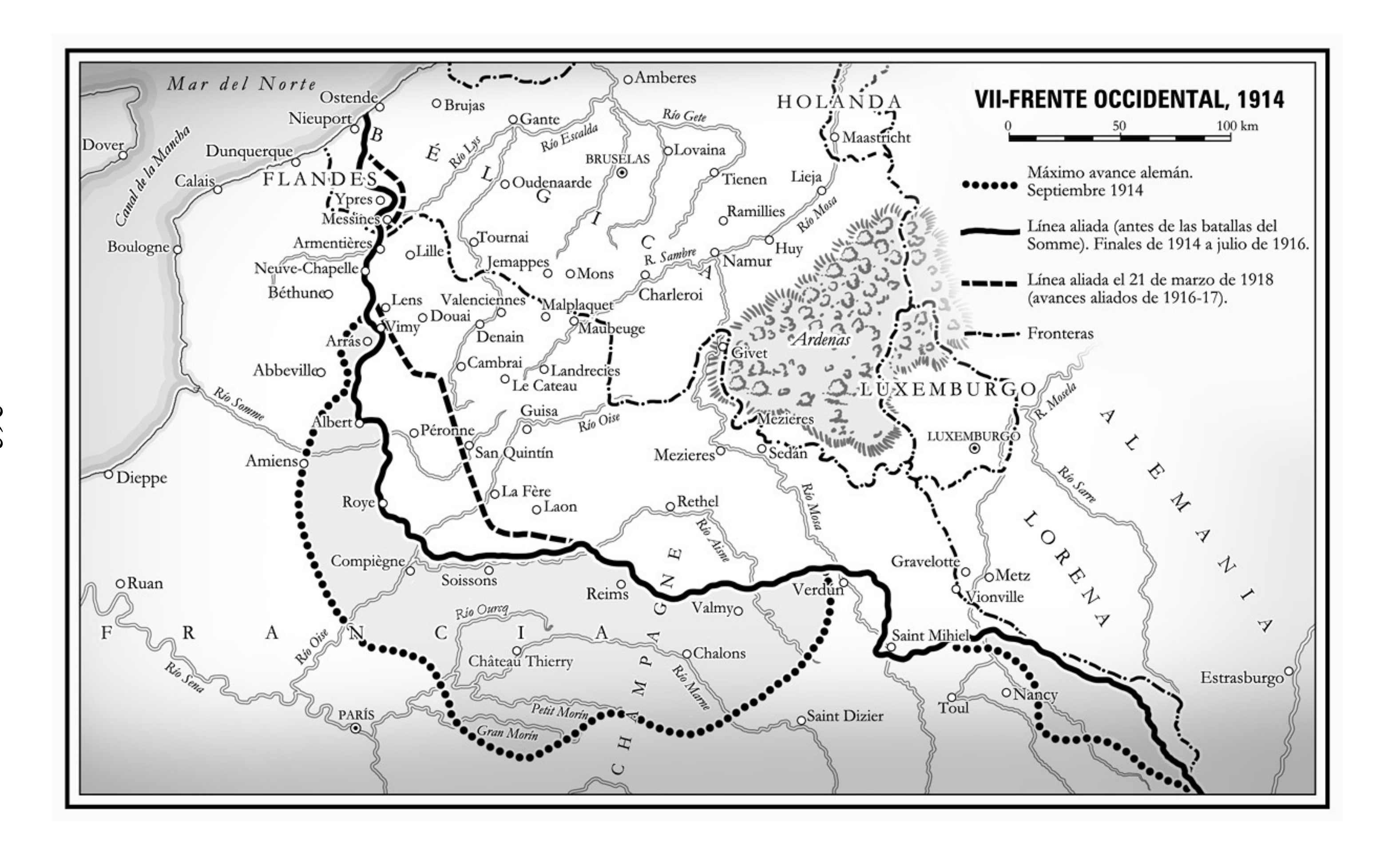
La actividad alemana en Lorena todavía minaría el plan original de Schlieffen de manera más grave, aunque menos obviamente, que la reducción progresiva del peso y del papel del ala derecha. Y eso aunque finalmente aquí es donde se produciría el colapso, tras haberse debilitado ese ala de forma notable y por diversas vías.

Además de desviar hacia Lorena las 6 divisiones de refuerzo, se les ordenó a 7 divisiones del ala derecha hacerse fuertes o montar guardia en Amberes, Givet y Maubeuge. Posteriormente, Moltke retiró otras 4 para apuntalar el frente de Prusia oriental. Cuando el ejército dirigido por Kluck y situado en el extremo derecho avanzó de forma prematura (atendiendo a una solicitud de su vecino y con la autorización de Moltke), le presentó a la guarnición a cargo de París la oportuni-

dad de incidir por su flanco. Entonces tan solo había 13 divisiones alemanas operativas, frente a 27 franco-británicas situadas en ese flanco decisivo. Este hecho pone de relieve hasta qué punto se había debilitado el «ala decisiva» de Schlieffen, tanto de forma directa como indirecta. Mientras que la inferioridad alemana se debía a la sustracción de fuerzas del ala derecha, el motivo de la superioridad francesa era la actuación inadecuada del ala izquierda teutona.

Habría resultado imposible trasladar divisiones francesas de izquierda a derecha si los alemanes hubiesen permitido que su enemigo penetrase más en la región de Lorena. Pero es una incógnita saber si habría sido posible mantener la fortaleza del ala derecha germana, incluso obviando los desvíos y retiradas de tropas. Y es que, después de que los belgas destruyesen los puentes sobre el Mosa, los trenes del ejército alemán no pudieron transitar más allá de Lieja hasta el 24 de agosto. E incluso entonces, debían dar un costoso rodeo. Este bloqueo les impidió afianzar su ala derecha según habían planificado originalmente. Además, no quedaba más que una arteria semiestrangulada por la que deberían pasar todos los suministros destinados a los tres ejércitos que componían su ala derecha. Las demoliciones realizadas por franceses y británicos en retirada también dificultaron el abastecimiento de suministros. Para cuando llegaron al Marne, las tropas alemanas lucían un aspecto abatido, exhaustas tras largas jornadas de marcha con el estómago vacío. Si Moltke se hubiese ahorrado sustraer tropas, como tanto se le critica, y en su lugar hubiese congregado más fuerzas en el ala derecha para acometer el prolongado avance que estaba proyectado, la situación de los soldados habría sido aún más penosa. Así se repitió una lección de la guerra civil americana olvidada desde años antes: el desarrollo de los ferrocarriles provocaba que los ejércitos dependiesen de ese medio de comunicación, una

relación rígida y frágil. Además, el ferrocarril permitía desplegar contingentes mucho más numerosos de los que era posible abastecer en operaciones a larga distancia sin que existiese riesgo de ver interrumpida la línea principal de suministro.


VII-FRENTE OCCIDENTAL, 1914
0
50
100 km
Máximo avance alemán. Septiembre 1914
Línea aliada (antes de las batallas del Somme). Finales de 1914 a julio de 1916.
Línea aliada el 21 de marzo de 1918 (avances aliados de 1916-17).
Fronteras
Mar del Norte
Canal de la Mancha
HOLANDA
BÉLGICA
FLANDES
LUXEMBURGO
ALEMANIA
LORENA
FRANCIA
CHAMPAGNE
Ardenas
Dover
Ostende
Nieuport
Dunquerque
Calais
Boulogne
Dieppe
Ruan
Brujas
Gante
Amberes
BRUSELAS
Lovaina
Tienen
Lieja
Maastricht
Ramillies
Huy
Namur
Charleroi
Oudenaarde
Tournai
Jemappes
Mons
Malplaquet
Maubeuge
Ypres
Messines
Armentières
Lille
Neuve-Chapelle
Béthune
Lens
Vimy
Douai
Valenciennes
Denain
Arrás
Abbeville
Cambrai
Landrecies
Le Cateau
Albert
Péronne
Guisa
San Quintín
Amiens
Roye
La Fère
Laon
Compiègne
Soissons
Reims
Rethel
Valmy
Verdún
Chalons
Château Thierry
PARÍS
Saint Dizier
Saint Mihiel
Toul
Nancy
Gravelotte
Metz
Vionville
Estrasburgo
LUXEMBURGO
Givet
Mezieres
Sedán
Río Somme
Río Lys
Río Escalda
Río Gete
Río Mosa
R. Sambre
Río Oise
Río Aisne
Río Ourcq
Río Marne
Río Sena
Petit Morin
Gran Morin
R. Mosela
Río Sarre

Aunque en la batalla del Marne cruzamos la brumosa línea que separa la táctica de la estrategia, este enfrentamiento, que cambiaría el curso de la guerra, merece un examen cuidadoso porque nos brinda muchos detalles secundarios que aluden al problema de la «aproximación» o enfoque. Para reflexionar sobre esos detalles, primero necesitamos conocer qué acontecimientos propiciaron este escenario.

Después de que el ala derecha de Joffre fuese rechazada en Lorena, el centro de sus fuerzas se había visto arrastrado a un choque frontal en las Ardenas. Asimismo, su ala izquierda, tras desplegarse tardíamente, se había librado por poco de quedar rodeada entre el Sambre y el Mosa, lo que hubiese representado un desastre. El Plan XVII estaba hecho trizas, así que Joffre trazó uno nuevo sobre sus restos. Decidió que el ala izquierda y el centro debían bascular en retirada, tomando Verdún como eje. Al mismo tiempo, el ala derecha había consolidado una posición firme, así que emplearía tropas de ella para formar en su izquierda un nuevo ejército, el Sexto.

En el bando alemán, los primeros informes recibidos de los mandos presentes en las batallas de las fronteras habían sido excesivamente entusiastas y transmitieron al alto mando la falsa impresión de encontrarse a las puertas de una victoria decisiva. Pero las cifras totales de prisioneros eran relativamente bajas, lo cual le creó dudas a Moltke y le condujo a realizar una estimación más sobria de la realidad. El nuevo pesimismo de Moltke se mezcló con el optimismo renovado de los comandantes de sus ejércitos. El resultado fue un nuevo cambio de planes que contenía el germen de la catástrofe.

El 26 de agosto, el ala izquierda británica, muy maltrecha, se replegó desde Le Cateau en dirección sur. Entonces, Kluck ordenó al Primer Ejército alemán que virase una vez más hacia el suroeste. Si bien esta dirección era en parte fruto de no entender bien la línea de retirada elegida por los británi-

cos, también estaba acorde con el rol original que debía desempeñar Kluck: efectuar un vasto barrido circular. Así fue como alcanzó la zona de Amiens-Péronne, donde se estaban bajando de los trenes los primeros elementos del Sexto Ejército francés, reasignados desde Lorena, que ante su llegada se vieron obligados a retirarse, quedando completamente alterado el concepto de Joffre, quien había previsto retomar la ofensiva en breve.

Kluck apenas había basculado hacia el suroeste cuando la situación lo forzó a emprender otro movimiento, porque Joffre había ordenado a su ejército vecino (el de Lanrezac) que se detuviese y lanzase una estocada contra el Segundo Ejército alemán (el de Bülow) con el objetivo de aliviar la presión sobre los británicos. Así que Bülow pidió ayuda a Kluck. El ataque de Lanrezac del 29 de agosto se detuvo antes de que fuese necesario ese auxilio, pero, aun así, Bülow demandó a Kluck que pusiese rumbo hacia el interior del país para tratar de cortar el paso a la retirada de Lanrezac. Antes de acceder, Kluck consultó a Moltke. Aquella solicitud llegaba en un momento en que Moltke se sentía cada vez más perturbado por la forma en que los franceses se escapaban de su abrazo del oso. Eso en líneas generales, pero, en particular, le inquietaba la brecha que se había abierto entre el Segundo y el Tercer ejércitos alemanes. Por tanto, Moltke aprobó el cambio de dirección de Kluck, lo que suponía abandonar el barrido amplio pensado originalmente para rodear París por el lado más lejano. Ahora el flanco de la línea alemana en movimiento pasaría junto a París, expuesto a las defensas de la ciudad. Al contraer el frente y darle un cariz más directo a la aproximación, Moltke sacrificó las perspectivas potenciales del amplio giro prescrito por Schlieffen a cambio de más seguridad. Pero en lugar de reducir el riesgo, invitó al enemigo

a emprender un contraataque fatal, como demostrarían los sucesos posteriores.

La decisión de cancelar el plan original se tomó definitivamente el 4 de septiembre. Moltke lo sustituyó por un embolsamiento más estrecho del centro y el ala derecha franceses. El centro de sus propias fuerzas (Cuarto y Quinto ejércitos) tendría que avanzar hacia el suroeste, mientras su ala izquierda (Sexto y Séptimo ejércitos) lanzaría una ofensiva hacia el sur para intentar superar la barrera fortificada entre Toul y Épinal. Así se formarían dos pinzas que se cerrarían rodeando Verdún por ambos lados. Entretanto, el ala derecha alemana (Primer y Segundo ejércitos) debería girar sobre sus talones y encarar el oeste para contener cualquier posible contragolpe que iniciase Francia desde las proximidades de París.

Pero en realidad, ese supuesto contragolpe había comenzado antes de que se pudiese poner en práctica el nuevo plan.

Joffre había ordenado proseguir la retirada y tardó un poco más en percatarse de la oportunidad, pero sí la apreció Gallieni, gobernador militar de París. El 3 de septiembre percibió el significado del viraje que había descrito Kluck hacia el interior de Francia e instó al Sexto Ejército francés al mando de Maunoury que se aprestase a caer sobre el flanco derecho de los germanos, expuesto. Durante todo el día siguiente, en el cuartel general de Joffre imperaron las discusiones: el comandante Gamelin, su ayudante militar, urgía a lanzar una contraofensiva inmediata, a lo que se oponía rotundamente el general Berthelot, la voz más poderosa del Estado Mayor. La disputa no se zanjó hasta la noche, al llamar por teléfono Gallieni. Cuando Joffre se convenció, sancionó la opción ofensiva y actuó con resolución. Se ordenó a toda el ala izquierda que se girase y volviese a una ofensiva general a partir del 6 de septiembre.

Maunoury se puso en marcha de inmediato el día 5. A medida que fue ejerciendo presión sobre el flanco vulnerable de los alemanes, obligó a Kluck a retirar primero una parte y después el resto del ejército bajo su mando para que apoyase en la defensa del flanco amenazado. Así se creó una brecha de unos 50 kilómetros entre el Primer y el Segundo ejércitos teutones, de cuya cobertura apenas se encargaba una pantalla de caballería. Kluck se envalentonó y asumió el riesgo debido a la rápida retirada protagonizada por los británicos situados delante de ese sector desguarnecido. Incluso el día 5, en lugar de girar sobre sus talones, los británicos continuaron hacia el sur con otro día de marcha. Pero esa «desaparición» supuso la causa indirecta y accidental de la victoria. Porque al desandar el trayecto hecho, los británicos se enteraron de que sus columnas avanzaban hacia la brecha. A su vez, esto provocó que, el 9 de septiembre, Bülow ordenase la retirada de su Segundo Ejército. Así se anuló la ventaja que había obtenido sobre Maunoury el Primer Ejército, ya aislado por su propia actuación. Ese ejército se replegó el mismo día.

Cuando amaneció el 11 de septiembre, la retirada se había extendido a todos los ejércitos germanos, de forma independiente o por mandato de Moltke. Había fracasado ya el intento de efectuar un embolsamiento parcial, pivotando sobre Verdún. La pinza que formaban el Sexto y el Séptimo ejércitos intentó cerrarse sobre las defensas de la frontera oriental francesa, pero lo único que logró fue quebrarse. Es difícil entender cómo pudo el mando supremo alemán depositar su fe de manera razonable en culminar el asalto frontal improvisado. El mismo asalto que, en los cálculos realizados en frío antes de la guerra, parecía una medida tan desesperada e infructuosa que les empujó a optar por avanzar a través de Bélgica, violando la neutralidad del país, como única alternativa viable.

En resumen, así fue como se decidió la batalla del Marne, por una sacudida y una ruptura. La sacudida que propinó el ataque de Maunoury contra el flanco derecho alemán provocó un desgarro en un punto débil de la línea alemana. Esta brecha física, a su vez, resquebrajó la moral de los mandos germanos.

Este es el escenario de fondo sobre el que podemos ver que el movimiento de Kluck, su viraje hacia el exterior después de Le Cateau, era una acción muy valiosa para desestabilizar el segundo plan de Joffre. Recordemos que este último deseaba retomar rápidamente la ofensiva. Pero también agudizó el peligroso ímpetu de la retirada franco-británica, ya que la segunda maniobra de Kluck, que viró hacia el interior y encaró directamente a sus oponentes, constituyó un golpe letal para el plan alemán. También cabe señalar que el enfoque estratégico de Moltke se volvió cada vez más directo y que el asalto frontal del ala izquierda alemana no solo demostró ser un fracaso muy costoso, sino que además no ofreció ninguna ganancia estratégica que compensase el esfuerzo.

Sería exagerado calificar la retirada de Joffre como aproximación indirecta. La oportunidad del Marne se presentó por las circunstancias, no se creó ni se buscó intencionadamente. La estocada de Gallieni sucedió en el momento exacto, justo antes de que el Primer y el Segundo ejércitos alemanes pudiesen redesplegarse para proteger su flanco. Pero fue demasiado directa para conseguir resultados decisivos. Y todavía habría sido más directa si hubiese llegado más al sur del Marne, según indicaban las instrucciones originales de Joffre. Finalmente, se constata que la raíz de la resolución, el movimiento que forzó a los alemanes a retirarse, se debió a una aproximación indirecta tan fortuita que bien valdría como ejemplo de ironía histórica. Fue la desaparición de la Fuerza Expedicionaria Británica y su feliz reaparición tardía frente al

punto de articulación del ala derecha alemana, extenuada y debilitada. Los críticos franceses le han reprochado su lentitud, pasando por alto que contribuyó a afianzar la fábula de la libre y la tortuga, claro que, con un aspecto nuevo, aunque relativamente distinto. Si la Fuerza Expedicionaria Británica hubiese regresado antes, lo más seguro es que la articulación de las fuerzas enemigas no hubiera estado tan debilitada. El ataque de Maunoury no habría podido resultar decisivo, porque el contrincante ya había detenido su avance, mientras que los dos cuerpos de ejército alemanes retirados del despliegue aún seguían marchando y no contribuirían a las operaciones.

Sin embargo, al analizar la causa de la retirada alemana, es imprescindible tomar en consideración un factor que habitualmente se obvia. Se trata de la sensibilidad del mando supremo ante los informes que anunciaban desembarcos en la costa belga, que podrían poner en riesgo su retaguardia y sus comunicaciones. Ante ese temor, contemplaron una retirada antes incluso de que empezase la batalla del Marne. El día 3 de septiembre, el teniente coronel Hentsch, enlace del alto mando, se acercó al Primer Ejército con la primera orden de precaución y notificó lo siguiente: «Hay malas noticias: el Sexto y el Séptimo ejércitos están bloqueados ante Nancy-Épinal. El Cuarto y el Quinto encuentran fuerte resistencia. Los franceses están desplazando fuerzas de su ala derecha hacia París. Los ingleses están desembarcando constantemente tropas de refresco en el litoral belga. Hay rumores de la presencia de una fuerza expedicionaria rusa en esa misma zona. Falta poco para que la retirada sea inevitable».

La preocupación del alto mando alemán había sobrevalorado los efectivos enemigos desembarcados en Ostende, evaluándolos en tres batallones de marines para imaginar, 48 horas más tarde, que era un cuerpo de 40 000 hombres. Al pare-

cer, el rumor de la presencia rusa surgió de la calenturienta imaginación de un mozo de equipajes inglés: en Whitehall debería haber una estatua en honor «Al mozo de equipajes desconocido». Los historiadores bien podrían concluir que aquella partida de visitantes temporales que acudió a Ostende, sumados al mito de los rusos, fue la principal causa de la victoria en el Marne.

Si sopesamos el efecto moral de estas fuerzas imaginarias comparándolo con el estancamiento material de las fuerzas germanas en Bélgica, que temían una salida en tromba de los belgas desde Amberes (que se desarrolló el 9 de septiembre), diríamos que el juicio más lógico se decantaría con claridad a favor de la estrategia que había sugerido sir John French en un primer momento. En ese caso, la Fuerza Expedicionaria Británica podría haber influido de forma positiva sobre la lucha, y no en un sentido negativo.

Falkenhayn, ahora sustituto de Moltke, había percibido en todo momento la amenaza latente que suponía la costa de Bélgica para la retaguardia alemana. El primer paso que dio fue reducir Amberes. Esta acción sería el germen de una maniobra caracterizada por la aproximación indirecta. Su ejecución no fue del todo ortodoxa y fue adquiriendo un rostro más directo que el concepto original, pero, aun así, bastó para volver a situar a los Aliados al borde del desastre.

La persecución frontal de estos ya había quedado detenida completamente en el Aisne, antes de que Joffre, el 17 de septiembre, al observar que los intentos de Maunoury por superponerse al flanco alemán eran ineficaces, decidiese formar un nuevo ejército bajo el mando de Castelnau. Su objetivo sería efectuar un movimiento de desbordamiento. Para entonces, los ejércitos germanos habían recobrado la cohesión y el mando alemán estaba listo para afrontar una maniobra limitada de esas características, pues caía dentro de lo esperable.

El mes siguiente fue testigo de una serie de intentos por ambas partes de tomar la delantera a sus oponentes y envolver el flanco occidental del enemigo. Fueron tentativas extremadamente claras y frustradas, conocidas por el público general como «la carrera hacia el mar», aunque esa denominación no sea precisa. Falkenhayn se cansó de aquel jueguecito mucho antes que Joffre, y el 14 de octubre planificó una trampa estratégica de cara al siguiente intento aliado, que ya preveía. El último ejército que había formado en su flanco se encargaría de detener al enemigo. Mientras tanto, otro ejército barrería la costa belga avanzando hacia el sur, aplastaría el flanco del adversario y caería sobre la retaguardia de los Aliados que seguían en la carrera. Este segundo ejército estaba compuesto por fuerzas que tras la caída de Amberes tenían libertad para actuar, a las que se sumaron cuatro cuerpos recién formados. Falkenhayn llegó incluso al extremo de retener momentáneamente a las tropas que perseguían al ejército de operaciones belga desde Amberes, a fin de no alarmar al mando de los Aliados antes de tiempo.

Por suerte para estos, el rey Alberto, ya fuese por precaución o por realismo, rehusó la invitación que Foch le hizo para participar en el intento por adelantarse a los alemanes. Por tanto, se negó a salir de la zona costera. Por consiguiente, el ejército belga se encontró en condiciones de resistir y finalmente desbaratar el proyectado barrido alemán que llegaría desde el norte. Para esto último, fue necesario ocupar toda la franja costera de tierras bajas. A Falkenhayn no le quedaba otro remedio que emprender una aproximación más directa contra el flanco de los Aliados, que acababa de prolongarse hasta alcanzar Ypres tras la llegada del cuerpo de ejército de Haig, procedente del Aisne.

Aunque ya se había frenado el intento de avance de los cuerpos central y derecho de las tropas británicas que habían

llegado antes, sir John French comunicó a su ala derecha (al mando de Haig) que debía poner en práctica el sueño de Joffre y desbordar al adversario, adelantándose. La fortuna volvió a sonreírle y dicha tentativa coincidió con la apertura prematura del ataque alemán, que de ese modo nació muerto. A pesar de todo, los franceses, por influjo de Foch, aún creyeron que este «ataque» británico estaba en marcha. En realidad, a las tropas de Haig les estaba costando un esfuerzo terrible incluso conservar el territorio que ocupaban. Los dirigentes franceses y británicos tenían una idea completamente equivocada de cuál era la situación real. Este fue en parte el factor responsable de que Ypres, al igual que sucedió en Inkerman, fuese en esencia una «batalla de soldados». También Falkenhayn, tras esfumarse su esperanza de barrer la costa hacia el sur, perseveró durante un mes en la idea de aplicar una aproximación directa para forzar una resolución ante aquel panorama. Cuando la defensa directa (aun a pesar de la debilidad de las propias fuerzas) triunfó y prevaleció como es habitual sobre el ataque directo, la línea de trincheras acabó por consolidarse, desde la frontera con Suiza hasta el mar. Así fue como el conflicto llegó a un punto muerto.

El teatro de operaciones occidental, 1915-1917

Durante los cuatro años que vendrían después, el historial militar de la alianza franco-británica fue un relato marcado por los intentos de salir del estancamiento, ya fuese abriendo una brecha en el frente o propiciando un rodeo alternativo, planificado o casual.

En el Frente occidental, conformado por interminables líneas paralelas de trincheras, la estrategia se transformó en sierva de la táctica, mientras que esta última quedaba parali-

zada, inútil. La vertiente estratégica de los años 1915-1917 no requiere un examen demasiado profundo. Por el lado de los Aliados, la estrategia era una cuestión de puro enfoque directo, totalmente ineficaz para escapar del atolladero. Da igual qué opinión tengamos sobre los méritos del desgaste; es indiferente lo que nos parezca el argumento que dicta que debemos contemplar todo este periodo como una batalla continua: un método que exige cuatro años para alcanzar una resolución jamás debería considerarse digno de imitar.

En Neuve Chapelle, el primer intento de ofensiva de 1915, el enfoque fue directo, pero al menos se procuró y se obtuvo una sorpresa táctica. A partir de entonces, con la adopción de los prolongados bombardeos «de advertencia», todas las tentativas restantes se convirtieron en asaltos frontales a cara descubierta. Esa fue la naturaleza de la ofensiva francesa emprendida cerca de Arras en mayo de 1915, de las ofensivas franco-británicas de septiembre de 1915 en Champaña y al norte de Arras, de la ofensiva desarrollada en el Somme entre julio y noviembre de 1916, de la ofensiva en el Aisne y Arras en abril de 1917 y, por último, de la ofensiva británica en Ypres entre julio y octubre de 1917, una agonía de meses en los pantanos de Passchendaele. El 20 de noviembre de 1917, en Cambrai, la sorpresa táctica resucitó gracias al uso masivo de carros de combate, desplegados súbitamente en lugar de recurrir al típico bombardeo preliminar durante horas. Pero desde el punto de vista estratégico, difícilmente se podría calificar de aproximación indirecta este ataque a pequeña escala, cuyos primeros compases gozaron de perspectivas tan halagüeñas y cuyo final fue tan amargo.

Por la parte alemana, excepto en el interludio de 1916 cuando se lanzó la ofensiva de Verdún, la naturaleza de la estrategia fue estrictamente defensiva… salvo si aceptamos como «indirecta» la idea de desangrar al enemigo hasta que su-

cumba, efectuando para ello una serie sin fin de pequeñas agresiones contenidas, como quien aplica sanguijuelas. No olvidemos que la factura de esas sanguijuelas provocó la bancarrota.

La retirada planificada y preparada de parte de las fuerzas alemanas hasta la Línea Hindenburg en la primavera de 1917, diseñada de forma muy competente por Ludendorff, sí era mucho más afín a las características de la aproximación indirecta. No obstante, su objetivo también era exclusivamente defensivo. Se construyó una nueva y sólida línea de trincheras, reforzadas con gran aparato material, para anticiparse a la ofensiva franco-británica que se renovaría en el Somme, siguiendo la cuerda que cortaría el semicírculo descrito entre Lens, Noyon y Reims. A continuación, tras devastar toda la zona situada dentro del arco y la cuerda, los alemanes se retiraron metódicamente, por etapas, hasta la nueva línea, más corta. Esta maniobra se distinguió por el coraje moral con que se cedía terreno y desarticuló todo el plan ofensivo que los Aliados habían tejido para esa primavera. Esto les dio a los alemanes un año de respiro y postergó el tremendo peligro que habría supuesto una ofensiva combinada de los Aliados. También dio tiempo para que culminase la desintegración de Rusia y permitió a Ludendorff plantear su apuesta total por la victoria en 1918, cuando contaría con superioridad de fuerzas.

12

El teatro de operaciones nororiental

En el Frente oriental, los planes de campaña eran más fluidos, no estaban elaborados y formulados tan minuciosamente, aunque al final resultarían igual de caleidoscópicos en cuanto a los vaivenes de las fortunas de los contendientes que en el Frente occidental. El factor previsible era la propia geografía; la principal variable, la capacidad de concentración de fuerzas de Rusia.

La Polonia rusa constituía una vasta lengua de territorio que se proyectaba desde el cuerpo central de la propia Rusia y estaba rodeada por tres lados por territorios alemanes o austro-húngaros. En su flanco norte estaba Prusia oriental, con el mar Báltico a su espalda. En el flanco sur, la provincia austriaca de Galitzia y más allá, los montes Cárpatos que protegían los accesos a las planicies de Hungría. Al otro lado de la frontera oeste estaba Silesia.

Las provincias alemanas fronterizas estaban dotadas de una red de ferrocarriles estratégica, mientras que Polonia, al igual que Rusia, tan solo disponía de una red de comunicaciones dispersa y poco tupida. Por tanto, las potencias centrales contaban con una ventaja vital para oponerse a un avance ruso, gracias a su capacidad de concentración. Pero si sus ejércitos pasaban a la ofensiva, a medida que fueran penetrando en Polonia o Rusia, irían renunciando a esa ventaja. A tenor de la situación, la experiencia histórica sugería que la estrategia más eficaz no iba a ser iniciar una ofensiva, sino más bien atraer a los rusos para que avanzasen hasta terminar

situados en una posición que permitiese efectuar un contraataque. Esta estrategia de estilo púnico conllevaba un inconveniente: a los rusos les daría tiempo a concentrar fuerzas y poner en marcha su maquinaria de guerra, pesada y oxidada.

De aquí surgiría una división inicial entre los puntos de vista de Austria y Alemania. Ambas potencias coincidían en una cuestión: el problema estribaba en contener a los rusos durante las seis semanas que necesitarían los alemanes para (como estaba previsto y se esperaba) aplastar a Francia. A continuación, ya podrían reorientar las fuerzas hacia el este para unirse a los austriacos y fulminar a Rusia con un golpe decisivo. La disparidad de opiniones se centraba en el método. Empeñados como estaban en terminar lo antes posible con Francia, los alemanes tan solo querían dejar una fuerza mínima en el este. Políticamente, resultaba inaceptable exponer el territorio nacional a una invasión. Esa era la única razón que les impedía evacuar Prusia oriental y afianzarse en la línea del Vístula. Pero los austriacos, bajo la influencia de Conrad von Hötzendorf, jefe de su Alto Estado Mayor, estaban ansiosos por desarmar la maquinaria de guerra rusa por medio de una ofensiva inmediata. Esta idea prometía mantener al enemigo ocupado mientras se decidía la campaña en Francia, así que Moltke se plegó y la aceptó. El plan de Conrad consistía en lanzar una ofensiva que irrumpiese en Polonia en dirección noreste, con dos ejércitos protegidos por otros dos más, situados más al este.

En el bando contrario, los deseos de uno de los aliados también chocaban con la estrategia del otro. El Alto Mando ruso ansiaba concentrarse primero en luchar contra Austria, mientras este oponente no contase con ayuda alemana. Le impulsaban a ello motivos militares y de afinidad étnica. La idea era dejar tranquila a Alemania hasta una fase posterior, cuando ya se hubiera movilizado la fuerza completa del

ejército ruso. Pero los franceses tenían prisa por aliviar la presión alemana que sufrían en su propio territorio, así que conminaron a los rusos a descargar un ataque simultáneo dirigido contra Alemania. Como resultado, estos accedieron a emprender una ofensiva adicional, para la cual ni estaban organizados ni preparados en cuanto a efectivos. En el frente suroccidental, dos pares de ejércitos se aprestarían a converger sobre las fuerzas austriacas destacadas en Galitzia. En el frente noroccidental, otros dos ejércitos estaban destinados a converger sobre las fuerzas alemanas emplazadas en Prusia oriental. Dos rasgos proverbiales de Rusia eran la lentitud y la organización rudimentaria. Ambos factores condicionaban la adopción de una estrategia llena de cautela. Pero en esta ocasión Rusia iba a romper con sus tradiciones y a precipitarse a una doble aproximación directa.

Nada más estallar la guerra, el comandante en jefe de Rusia, el gran duque Nicolás, aceleró la invasión de Prusia oriental con el fin de disminuir la presión que sufrían sus aliados franceses. El 17 de agosto, el ejército de Rennenkampf cruzó la frontera este de Prusia oriental. El 19 y el 20 de agosto, se topó en Gumbinnen con el grueso del Octavo Ejército alemán bajo las órdenes de Prittwitz y lo rechazó. El 21 de agosto, a Prittwitz le comunicaron que el ejército de Samsonov había atravesado la frontera sur de Prusia oriental en su retaguardia. Aquella línea solamente contaba con tres divisiones como protección para enfrentarse a las diez que ahora se le venían encima. Presa del pánico, Prittwitz valoró momentáneamente la posibilidad de replegarse hasta la orilla occidental del Vístula, pero Moltke impuso su jerarquía y lo sustituyó por un general retirado, Hindenburg, con Ludendorff como jefe de Estado Mayor.

Ludendorff procedió a desarrollar un plan que, con los desplazamientos necesarios, ya había iniciado el coronel Ho-

ffmann del Estado Mayor del Octavo Ejército: concentró unas 6 divisiones para oponerlas al ala izquierda de Samsonov. Se trataba de un contingente inferior en fuerzas a los rusos, que no podría ser decisivo. Pero Ludendorff observó que Rennenkampf aún permanecía cerca de Gumbinnen, así que asumió el riesgo calculado de retirar de ese frente el resto de las tropas alemanas, salvo la cortina de caballería. Estos efectivos partirían a la carrera para abordar al ala derecha de Samsonov. Una maniobra audaz, favorecida por la falta de comunicación entre los dos comandantes rusos y la facilidad con que los alemanes descifraron las órdenes que sus adversarios transmitían por radio. Los embates convergentes machacaron los flancos de Samsonov, el centro de su formación quedó rodeado y su ejército acabó prácticamente destruido. Aunque la oportunidad, más que ser fruto de una búsqueda intencionada, se presentó por sí sola, esta breve campaña de Tannenberg constituye un ejemplo casi perfecto de la ventaja de la aproximación indirecta que proporciona operar por «líneas interiores».

A continuación, y tras recibir dos cuerpos de ejército recién llegados del frente de Francia, el comandante alemán dirigió su atención a Rennenkampf, que avanzaba lentamente. La falta de energía de este último se debía, en parte, a las bajas sufridas en Gumbinnen y a la posterior ausencia de información. Las fuerzas alemanas lo expulsaron de Prusia. El saldo de bajas de estas batallas entre las fuerzas armadas rusas fue de un cuarto de millón de hombres y, lo que era aun peor, se perdió una enorme cantidad de material de guerra, difícilmente reemplazable. No obstante, la invasión de Prusia oriental al menos había contribuido a hacer posible la resurrección francesa en el Marne, ya que había propiciado la partida y reasignación de dos cuerpos de ejército alemanes antes desplegados en el oeste.

Pero el efecto de Tannenberg quedó mermado porque, allá lejos, en el frente de Galitzia, la balanza se había inclinado en contra de los intereses de las Potencias Centrales (Alemania y Austria-Hungría). La ofensiva emprendida por el Primer y el Cuarto ejércitos austriacos en Polonia había progresado bien en una primera etapa, pero sus éxitos fueron anulados por la embestida del Tercer y el Octavo ejércitos rusos que cayeron sobre el Segundo y Tercer ejércitos austriacos, más débiles y encargados de defender el flanco derecho austro-húngaro. Estos últimos sufrieron una severa derrota (entre el 26 y el 30 de agosto) y se vieron empujados de vuelta más allá de Lemberg. De este modo, el avance del ala izquierda rusa ponía en peligro la retaguardia de la victoriosa ala izquierda austro-húngara. Conrad probó a bascular parte de su ala izquierda en un movimiento circular para dirigirla contra el flanco ruso, pero el enemigo detuvo la acometida. A continuación, el ala derecha rusa retomó su avance y sorprendió a las fuerzas de Conrad desorganizadas, forzándolo a huir del peligro con una retirada general el 11 de septiembre. El repliegue lo llevaría casi hasta Cracovia a finales de ese mes.

Austria estaba en apuros, así que Alemania se vio impelida a auxiliarla. El grueso de las fuerzas alemanas en Prusia oriental se organizó para formar un nuevo Noveno Ejército, que puso rumbo hacia la esquina suroccidental de Polonia. Desde allí avanzó hacia Varsovia en conjunción con una renovada ofensiva austriaca. Pero justo entonces, la movilización general de los rusos se acercaba a su punto culminante, de modo que reagruparon sus fuerzas y contraatacaron. Lograron hacer retroceder el avance y seguidamente desencadenaron una potente tentativa de invadir Silesia.

El gran duque Nicolás formó una gigantesca falange compuesta por siete ejércitos, tres en el centro y dos protegiendo cada flanco. Aún había un décimo ejército, que había invadi-

do la esquina este de Prusia oriental y se ocupaba de las fuerzas alemanas de aquel territorio.

Para contrarrestar el peligro, el Frente oriental alemán se colocó bajo el firme mando de Hindenburg-Ludendorff-Hoffmann, que ideó otra genialidad, basada esta vez en el sistema de ferrocarriles laterales que existía dentro de la frontera alemana. El Noveno Ejército se dedicó a replegarse ante el avance ruso, ralentizándolo mediante la destrucción sistemática de las escasas líneas de comunicación disponibles en Polonia. Nada más rebasar la frontera con Silesia, ya sin presión, primero se trasladó hacia el norte, hasta el área de Posen-Thorn, para posteriormente lanzarse hacia el sureste el 11 de noviembre, remontando la ribera occidental del Vístula. Su objetivo era el punto de articulación entre los dos ejércitos que defendían el flanco derecho ruso. La cuña así formada separó ambos ejércitos como si la propulsase un mazo. Obligó al Primer Ejército ruso a regresar a Varsovia y arrasó al Segundo para casi emular el desastre de Tannenberg, pues quedó prácticamente rodeado en Lodz, donde acudió en su rescate el Quinto Ejército, situado en el grupo central. Como resultado, parte de la fuerza alemana que ejecutaba la envolvente estuvo a punto de correr el destino que había previsto para los rusos, pero finalmente logró abrirse paso a través del cuerpo principal de fuerzas. Aunque el adversario impidió una victoria decisiva desde el punto de vista táctico para los alemanes, esta maniobra suponía un ejemplo clásico de cómo una fuerza relativamente pequeña podía paralizar el avance de un enemigo muy superior en número, haciendo valer su movilidad para efectuar una aproximación indirecta contra un punto vital. Así fue como se dejó en punto muerto el motor de la apisonadora rusa, que ya no volvería a amenazar el territorio alemán.

En el plazo de una semana llegaron cuatro nuevos cuerpos de ejército alemanes, procedentes del Frente occidental, donde el ataque a Ypres había resultado un fiasco. Si bien lo hacían demasiado tarde y la oportunidad de lograr una victoria decisiva ya se había escapado, Ludendorff todavía pudo servirse de ellos para presionar a los rusos y hacerles retroceder hasta la línea de los ríos Bzura-Ravka en el frente de Varsovia. Entonces cuajó el estancamiento, tanto en el este como en el oeste, tomando las trincheras el protagonismo. Pero aquí la coraza no era tan sólida y los rusos habían agotado sus existencias de municiones en tal grado que el país, cuya industrialización era pobre y deficiente, no era capaz de suplir sus carencias.

La trama más importante en el Frente oriental durante 1915 radica en el tira y afloja que sucedió entre las voluntades de Ludendorff y Falkenhayn. El primero aspiraba a resolver la guerra mediante una estrategia que, al menos desde el punto de vista geográfico, representaba una aproximación indirecta. El segundo consideraba que podía aunar dos objetivos: limitar el gasto de fuerzas propias e inutilizar la potencia ofensiva de los rusos mediante una estrategia basada en la aproximación directa. Puesto que ocupaba un rango jerárquico superior, Falkenhayn se salió con la suya, pero la estrategia que propuso no sirvió para cumplir con ninguna de las dos metas.

Ludendorff percibió que el avance de los rusos en otoño, dirigido hacia Silesia y Cracovia, había enredado al grueso de su ejército muy profundamente dentro del saliente polaco. En la esquina suroccidental incluso habían sobrepasado puntualmente las alambradas y habían llegado a pisar territorio austriaco, pero fue justo entonces cuando cayó el golpe de Ludendorff sobre Lodz y paralizó al adversario momentáneamente, como si lo dejase inconsciente. Cuando recobró el

sentido, el enemigo descubrió que los desgarrones de la malla que lo envolvía estaban cosidos y reforzados. Entre enero y abril, el cuerpo ruso se agitó enérgicamente por el lado de los Cárpatos, con furia, pero sin fruto. Aquel brío no sirvió más que para enmarañar más aún sus regimientos en la red del adversario.

Ludendorff quería aprovechar la oportunidad para realizar una aproximación indirecta por una ruta más alejada, rodear el flanco norte enemigo cerca del Báltico, a través de Vilna, para después dirigirse contra la retaguardia rusa y cortar en perpendicular las escasas líneas de ferrocarril que comunicaban con el saliente polaco. Sin embargo, Falkenhayn se arrugó ante la audacia del plan y las demandas que exigiría a sus reservas, aunque él mismo gastaría mucho más siguiendo su propio plan. A pesar de sus reticencias, le habían disuadido de emprender una nueva tentativa de asaltar la barrera de trincheras del Frente occidental. Estaba obligado a ceder parte de sus reservas para fortalecer a sus aliados austriacos, así que decidió emplearlas para luchar por descalabrar a los rusos, de una forma limitada estratégicamente, pero sin límites tácticos. Una vez conseguido este objetivo, podría regresar a la ofensiva en el oeste sin preocupaciones.

El plan para el Frente oriental que sugirió Conrad y adoptó Falkenhayn consistía en irrumpir a través del centro del frente ruso en el sector de Dunajec, entre los Cárpatos y el Vístula. Las potencias centrales asestaron su golpe el 22 de mayo. La sorpresa fue total y supieron explotar la ventaja lograda de inmediato. Como resultado, el día 14 del siguiente mes, toda la línea rusa a lo largo de los Cárpatos había retrocedido unos 130 kilómetros, hasta el río San.

Aquí podemos ver un ejemplo revelador de la diferencia entre lo que es una aproximación indirecta y lo que habitualmente se conoce como sorpresa. En este caso se consiguió la

sorpresa en términos de momento, lugar y fuerzas, pero lo único que sucedió fue que se obligó a los rusos a retroceder por su efecto multiplicador, como una bola de nieve cuesta abajo. Sufrieron cuantiosas pérdidas, es cierto, pero al retroceder se acercaron a sus reservas, suministros y ferrocarriles. Por tanto, los alemanes consolidaron aquella bola de nieve y permitieron a los rusos reforzarla para reponer los fragmentos que se hubiesen desprendido. Además, aunque la presión originada por esta aproximación directa suponía un riesgo y ponía en tensión a los mandos rusos, no representaba una auténtica conmoción ni desarticulaba nada.

Entonces Falkenhayn cayó en la cuenta de que se había comprometido demasiado en Galitzia; no podía abandonar y dar media vuelta. Su ofensiva parcial no había ocupado ningún lugar seguro para detenerse y realmente lo que buscaba era liberar de obligaciones a las fuerzas implicadas para transferirlas al teatro occidental. La única esperanza de cumplir con este objetivo pasaba por traer primero más tropas desde Francia. Pero de nuevo eligió una aproximación prácticamente directa. Cambió la dirección de la ofensiva, que en lugar de avanzar hacia el este seguiría ahora hacia el noreste. Al mismo tiempo, ordenó a Ludendorff, que llevaba semanas impacientándose en Prusia oriental, que atacase en dirección sureste. Ludendorff replicó que ese plan, aunque siguiese líneas convergentes, se parecía demasiado a un ataque frontal. Adujo que las dos alas envolverían a los rusos, pero no serviría para nada más. Insistió en la maniobra de Vilna, pero Falkenhayn la descartó de nuevo.

El resultado daría la razón a Ludendorff. Los filos de la cizalla concebida por Falkenhayn actuaron, pero no hicieron otra cosa que empujar a los rusos para que saliesen por el estrecho espacio que quedaba. A finales de septiembre, el ejército ruso volvía a formar una larga línea recta entre Riga,

en la costa del Báltico, y Czernowitz, en la frontera con Rumanía. Desde luego, ya no volverían a ser una amenaza directa para Alemania, pero sí provocarían una distracción ineludible, ya que retenían a un gran número de fuerzas alemanas y continuarían torturando a Austria moral y físicamente.

Cuando Falkenhayn abandonó las operaciones a gran escala, aunque fuese tarde y no muy convencido, autorizó a Ludendorff a probar la maniobra de Vilna, eso sí, solo con sus magros recursos. Fue una estocada ligera y aislada, que cortó la línea del ferrocarril Vilna-Dvinsk y estuvo a punto de llegar a la línea de Minsk, que era la principal vía férrea central de las comunicaciones rusas. Y todo ello a pesar de que los rusos tenían libertad para concentrar todas sus reservas y oponerse a la acción alemana. Estos resultados son un testimonio que sugiere cuál habría sido el verdadero potencial de la idea si se hubiese puesto en práctica con más fuerza y antes, cuando el grueso del ejército ruso estaba inmovilizado, enmarañado en la red polaca.

Una vez finalizada la ofensiva en el este y sin sacudidas graves de la posición defensiva en el oeste, las Potencias Centrales dedicaron el otoño a emprender una campaña en Serbia. Desde el punto de vista de la guerra en su conjunto, era una aproximación indirecta con objetivos limitados, pero dentro de su propio ámbito sí tenía intención de ser decisiva. Además, la forma en que se desarrolló arroja luz sobre la eficacia de este método, aunque es cierto que las condiciones geográficas y la situación política ayudaron. La base del plan era la intervención de Bulgaria en la guerra a favor de las Potencias Centrales. La invasión directa austro-alemana había encallado cuando los búlgaros se movieron hacia el oeste y entraron en territorio serbio. Incluso entonces, con la ayuda del terreno montañoso, la resistencia serbia se mantuvo firme, hasta que el ala izquierda búlgara rodeó al enemigo y pe-

netró en el sur del país para cruzarse sobre la retaguardia serbia, cortando la línea que la unía a los refuerzos franco-británicos que recibía desde Salónica. A partir de ese instante, el desmoronamiento serbio llegó pronto. Tan solo un puñado de contingentes destrozados logró sobrevivir a la retirada hasta la costa del Adriático en pleno invierno, a través de Albania. Esta rápida concentración contra un enemigo de entidad menor alivió a Austria, pues neutralizó un peligro y además le reportó a Alemania libertad para controlar el territorio en toda Europa Central y mantener sus comunicaciones.

Las operaciones de 1916 y 1917 en el frente ruso no requieren demasiados comentarios, ya que son esencialmente de naturaleza defensiva por parte del bando austro-alemán y básicamente directas por el bando ruso. Las operaciones rusas son significativas, porque exponen con toda claridad no solo lo estéril que es una estrategia que descansa exclusivamente en la aplicación de la fuerza bruta en una aproximación directa, sino también el efecto bumerán sobre la moral. Cuando la Revolución presagió el colapso total del esfuerzo militar de Rusia, en 1917, lo cierto es que en realidad las fuerzas rusas estaban mejor armadas y equipadas que en cualquier fase anterior del conflicto. Pero las inmensas bajas y las operaciones malogradas habían minado la voluntad de luchar de las tropas más dóciles y dispuestas a sacrificarse de toda Europa. Se observó un efecto similar en los motines que ocurrieron en el ejército francés después de la ofensiva de primavera de 1917. La mayoría de las protestas tuvieron como protagonistas a tropas hastiadas de la carnicería a quienes se les ordenaba que regresasen a las trincheras.

La única operación rusa que tuvo cierto grado de aproximación indirecta fue la ofensiva de Brusilov en las proximidades de Luck, en junio de 1916. Y su carácter se debió a que carecía de grandes pretensiones. Fue concebida como un me-

ro medio de distracción para el enemigo y se puso en marcha prematuramente, como respuesta a las presiones italianas. No se habían realizado una preparación ni una concentración de tropas adecuadas y el avance fue tan inesperado que provocó una debacle entre las defensas austriacas, adormiladas. En tres días, Rusia capturó 200 000 prisioneros.

Pocas veces un golpe de sorpresa ha tenido resultados estratégicos tan diversos y numerosos. Detuvo el ataque austriaco sobre Italia. Obligó a Falkenhayn a retirar tropas del Frente occidental y abandonar así su campaña de desgaste centrada en Verdún. Alentó a Rumanía para que entrase en la guerra contra las Potencias Centrales. Provocó la caída de Falkenhayn, sustituido por Hindenburg y Ludendorff (Hoffmann se caería del grupo, al quedarse en el este). Aunque la participación de Rumanía fue el pretexto para reemplazar a Falkenhayn, el verdadero motivo fue su estrategia directa en 1915, muy estrecha de miras tanto en objetivos como en dirección. La misma que había posibilitado la resurrección de los rusos, que culminaría arruinando la estrategia de 1916.

Pero el carácter indirecto y el fuerte impacto de la ofensiva de Brusilov duraron poco. El éxito persuadió al Alto Mando ruso de que debía lanzar al grueso de sus fuerzas en esa dirección, aunque demasiado tarde. De acuerdo con las leyes naturales de la guerra, prolongar la operación a lo largo de la línea de resistencia, que se iba endureciendo, acabó por agotar las reservas rusas sin obtener una compensación proporcionada. Finalmente, las bajas registradas entre las tropas de Brusilov alcanzaron el millón. Era una cifra terrible, pero se podía reponer. Sin embargo, desvelar a los supervivientes el desmoronamiento psicológico del Alto Mando ruso provocó a su vez que cundiese el desánimo en la moral de las fuerzas militares.

La obsesión de Rusia por concentrarse en este proyecto permitió que Hindenburg y Ludendorff efectuasen otra aproximación indirecta rápida, similar a la campaña lanzada contra Serbia en 1915. En parte fueron las propias circunstancias las que la convirtieron en una aproximación estratégica verdaderamente indirecta. El objetivo era Rumanía. Al principio, contaba con 23 divisiones, con un equipamiento estándar, enfrentadas a 7 divisiones adversarias. Su esperanza era que la presión ejercida por Brusilov, por los británicos en el Somme y por la fuerza aliada asentada en Salónica evitaría que recibiesen refuerzos. Pero todas esas presiones eran directas y no impidieron la retirada de un volumen de efectivos suficiente para aplastar Rumanía.

El territorio rumano, constreñido entre Transilvania y Bulgaria, disponía de unas robustas murallas naturales por ambos lados de los Cárpatos y el Danubio. Pero su situación lo hacía idóneo para practicar una estrategia de aproximación indirecta. Además, estaba la franja de la Dobruja, su «patio trasero» junto al mar Negro, un cebo muy atractivo para un oponente bien preparado.

El deseo y la decisión de los mandos rumanos por llevar la ofensiva hacia el oeste, penetrando en Transilvania, dotaron a la operación enemiga destinada a contrarrestarla de un carácter indirecto más sutil que el que tenía originalmente.

El avance rumano comenzó el 27 de agosto de 1916. Tres columnas principales, cada una compuesta por unas 4 divisiones, marcharon hacia el noroeste a través de los pasos de los Cárpatos, ejecutando una aproximación directa hacia la planicie húngara. Se asignaron 3 divisiones como protección para el Danubio, con otras 3 destacadas en la región de la Dobruja. Rusia había prometido enviar refuerzos a esta última zona. Pero el avance de las columnas rumanas hacia el corazón de Transilvania fue lento y cauteloso. Lo dificultó la

voladura de los puentes por parte del enemigo, que por lo demás no ofreció demasiada resistencia. En suma, ese avance no supuso un peligro serio para las 5 débiles divisiones austriacas que cubrían la frontera. Pronto fueron reforzadas con otras 5 alemanas y 2 divisiones austriacas más. Para cumplir con la otra mitad del plan ratificado por Falkenhayn antes de ser depuesto, se puso bajo el mando de Mackensen a 4 divisiones búlgaras con refuerzos alemanes y un tren militar de intendencia preparado para tender puentes en cuestión de horas; su objetivo sería invadir la Dobruja.

Mientras las columnas rumanas avanzaban a paso de caracol hacia el oeste, internándose en Transilvania, el 5 de septiembre Mackensen se abatió sobre la cabeza de puente de Turtucaia como una tempestad y destrozó a las 3 divisiones rumanas que protegían el frente del Danubio. A continuación, con ese flanco asegurado, se dirigió hacia el este, penetrando en Dobruja, aunque alejándose de Bucarest, en contra de lo que se esperaba. Fue un golpe moral muy astuto, porque el efecto estratégico automático que logró consistió en atraer hacia sí las reservas rumanas que teóricamente estaban destinadas a apoyar la ofensiva de Transilvania. Como consecuencia, dicha invasión perdió todo el ímpetu.

En estos momentos, Falkenhayn tenía en sus manos el mando operativo en la región y decidió lanzar una contraofensiva, que quizás fuese demasiado directa y precipitada. Ciertamente, logró concentrar sus fuerzas con habilidad contra las columnas del sur y del centro, una por una, utilizando un número limitado (si no mínimo) de efectivos para entretener a los otros oponentes… aunque bastaba con poco para retenerlos. Finalmente logró rechazar a los rumanos y obligarlos a retroceder, pero no les cortó el paso hacia las montañas. Este contratiempo pondría en entredicho todo el plan alemán, dado que los rumanos ocuparon todos los puer-

tos de paso y opusieron una tenaz resistencia, que rechazó las tentativas alemanas de atravesar la frontera natural. El primer intento de Falkenhayn de quebrar esta barrera y proseguir el avance hacia el este quedó desbaratado, pero una intentona posterior rompió la línea de defensa justo antes de que llegasen las nevadas invernales. Ahora bien, al bascular hacia el oeste, en realidad había entrado en Rumanía por la puerta principal y la aproximación directa subsiguiente tendría que cruzar una serie de ríos. Por suerte para él, precisamente cuando el adversario lo había detenido en el curso del Olt, intervino Mackensen.

Mackensen había trasladado el grueso de sus fuerzas, haciéndolas regresar desde la Dobruja, dejando atrás Turtucaia, hasta Sistovo. Allí, el 23 de noviembre, vadeó en fuerza el Danubio. Es discutible si esta era la estrategia más beneficiosa, pues la maniobra implicaba abandonar su posición potencial sobre la retaguardia rumana para optar por un avance convergente de los ejércitos principales en pos de Bucarest. En cualquier caso, permitió que Falkenhayn cruzase el río Olt, pero también habilitó a los rumanos para aprovechar la posición central «cercana» que ocupaban para descargar un peligroso contraataque dirigido al flanco de Mackensen, que casi quedó embolsado. No obstante, después de conjurar este peligro, la presión combinada de Falkenhayn y Mackensen empujó al ejército rumano de vuelta a Bucarest. Luego se retiraría hasta la línea Seret-mar Negro.

Alemania quedaba así en posesión de una enorme porción del territorio de Rumanía, con sus campos de trigo y yacimientos petrolíferos, pero no había conseguido aislar ni aniquilar al ejército rumano, cuya fortaleza moral y mental se había consolidado con la resistencia frente a la última etapa del avance enemigo. El verano siguiente, su resistencia encarnizada frustró el intento germano de empujarlos más allá del

río Prut para completar la ocupación del país. Rumanía no sería aislada y derrotada definitivamente hasta diciembre de 1917, cuando la Rusia bolchevique firmó el armisticio con Alemania y obligó al ejército rumano a capitular.

13

El teatro de operaciones suroriental o mediterráneo

El teatro de operaciones de Italia

En 1917, Italia fue a la vez escenario y objeto de una ejecución magistral del ciclo de operaciones de otoño por parte del alto mando alemán. Una vez más, la configuración de la frontera les ofrecía espacio idóneo para una aproximación indirecta, geográfica o física. Una oportunidad de la que carecían sus oponentes. Además, estos últimos no mostraron ningún interés por probar la aproximación indirecta psicológica.

La provincia fronteriza italiana de Venecia conformaba un saliente que apuntaba hacia Austria, flanqueado al norte por el Tirol austriaco y el Trentino, y al sur por el Adriático. En la costa adriática se extendía una franja de terreno relativamente bajo, el frente del Isonzo. Pero después la frontera seguía el relieve de los Alpes julianos y cárnicos, describiendo un amplio arco hacia el noroeste, que después se prolongaba hacia el suroeste, hasta el lago de Garda. La anchura de los macizos alpinos al norte y la ausencia de objetivos vitales no animaban a Italia a iniciar una ofensiva en esa dirección. Por tanto, si quería pasar al ataque, sus posibilidades se restringían a avanzar directamente hacia el este, contra Austria. Inevitablemente, tendría que correr el riesgo permanente de recibir un ataque austriaco a través del Trentino, que buscaría

la retaguardia italiana. Pero no tenía muchas más opciones, así que se decantó por esta.

Perseveró en la aproximación directa durante dos años y medio. Llegados a ese punto se habían disputado ya once batallas en el Isonzo, todas en vano. Los ejércitos italianos apenas habían avanzado respecto a sus puntos de partida, pero sí habían perdido alrededor de 1 100 000 hombres, por 650 000 de los austriacos. Durante ese mismo periodo, Austria tan solo había tomado la iniciativa ofensiva en una ocasión. Fue en 1916, cuando Conrad trató de recabar el apoyo de Falkenhayn para acabar con los italianos arremetiendo hacia el sur desde el Trentino, con el fin de caer sobre la retaguardia de los ejércitos italianos desplegados en el Isonzo. Pero Falkenhayn no confiaba en el plan ni creía en los golpes «decisivos». Él apostaba por el desgaste en Verdún, así que se negó incluso a ceder el mínimo de 9 divisiones alemanas que había solicitado Conrad para relevar a las divisiones austriacas destacadas en el Frente oriental. Al faltar esta ayuda, Conrad resolvió que debía poner a prueba el plan en solitario, así que tomó varias de sus mejores divisiones situadas en el este. De esta forma expuso al Frente oriental al posterior avance de Brusilov, pero sin llegar a reunir siquiera así unas fuerzas adecuadas para culminar con éxito su plan italiano.

Con todo, la ofensiva no estuvo tan lejos de triunfar. Difícilmente se podría afirmar que el plan se salía de lo previsible, pero sí tenía algo de inesperado, ya que el Alto Mando italiano no creía que Conrad contase con las fuerzas ni habilidad necesaria para lanzar un ataque a gran escala. Y de veras fue un ataque a gran escala, aunque no lo suficiente. Cuando se puso en marcha, cosechó una serie de triunfos muy rápidos durante los primeros días. Aunque Cadorna fue capaz y actuó con premura para retirar reservas del sector del Isonzo, además de preparar la evacuación de sus provisiones y de la

artillería pesada, estaba inmerso en una carrera y los competidores estaban muy igualados. El ataque austriaco tenía a su alcance la ruptura y la posibilidad de plantarse en la llanura, pero había perdido intensidad debido a la escasez de reservas y justo en ese instante se produjo el avance de Brusilov en el Frente oriental, que obligó a suspender la ofensiva.

Pasarían diecisiete meses hasta que Ludendorff retomase la idea de asestar un doble golpe combinado contra Italia. Lo hizo debido a la precaria situación de Austria-Hungría, pero para entonces las perspectivas eran menos favorables. Tan solo podía dedicar a la iniciativa una modesta aportación de 6 divisiones, su reserva general. Al mismo tiempo, su aliado estaba sufriendo, agotado moral y materialmente. Ante la carencia de medios, hubo que ceñir el plan a una aproximación más directa y estrecha: una estocada dirigida contra la esquina nororiental del sector del Isonzo, allí donde la frontera de este giraba para encaminarse al macizo alpino. Sin embargo, la elección del sector donde finalmente se pondría en práctica el plan siguió un principio nuevo para este frente: buscar la línea de menor resistencia táctica.

Originalmente, el plan estribaba en quebrar las líneas enemigas en Caporetto, para después sencillamente batir el frente del Isonzo. Posteriormente se amplió para dotarlo de una idea de maniobra más ambiciosa, pero sin incrementar los medios empleados. Como les sucedió a los británicos en Cambrai ese mismo otoño, en Caporetto Ludendorff nos regaló un ejemplo del grave error estratégico que representaba «no hacer un traje a medida». Cayó en el extremo opuesto al de Falkenhayn: este último siempre había adquirido muy poco paño, subestimando las medidas del traje, así que debía hacer nuevos pedidos para agrandarlo y acababa por convertirlo en un cúmulo de remiendos nada satisfactorio.

El ataque dio comienzo el 24 de octubre, habiéndose ejecutado y ocultado los preparativos hábilmente. Se formó una cuña que penetró profundamente dividiendo a los ejércitos italianos. Una semana más tarde, había llegado a Tagliamento. Pero después los italianos lograron rescatar a las fuerzas separadas, si bien con cuantiosas pérdidas, y la continuación del avance derivó en una aproximación puramente directa hacia el oeste, que empujaba a los italianos a retroceder hacia el río Piave. Ese curso fluvial suponía una barrera muy favorable tras la que podían parapetarse. A Ludendorff se le ocurrió la idea de trasladar reservas rodeando la región hasta el Trentino, pero era demasiado tarde y las comunicaciones ferroviarias, poco adecuadas para este fin, frustraron la idea. El ejército del Trentino desencadenó un intento ineficaz para avanzar apoyándose exclusivamente en sus propios y mermados recursos, pero el golpe llegaba con retraso y ya no lograría el efecto de una acometida contra la retaguardia, ya que todo el frente italiano y sus reservas se habían replegado casi hasta aquel mismo punto.

La sorpresa inicial se había evaporado y la ofensiva austroalemana adoptaba la forma de una convergencia absolutamente directa, que desplazaba a los italianos de vuelta hacia sus propias reservas, sus suministros, su patria y los refuerzos de los Aliados. Por tanto, tuvo el natural resultado negativo correspondiente. Pero la medida del éxito que se logró con unos recursos tan exiguos nos lleva a reflexionar, no sin ironía, sobre la negativa de Falkenhayn a prestar oídos al plan que Conrad le había propuesto a principios de 1916, con perspectivas mucho más prometedoras.

El teatro de operaciones balcánico

Antes de analizar el plan de Ludendorff para 1918, es necesario estudiar las actuaciones que emprendieron o intentaron sus oponentes durante los tres años anteriores más allá de los frentes ruso y francés.

Los cuarteles generales centrales francés y británico en Francia conservaban una fe inquebrantable en el poder de la aproximación directa, no solo para conseguir la ruptura de la línea de trincheras, sino también como medio para alcanzar una victoria decisiva. Pero a partir de octubre de 1914, en otros cuarteles generales, tanto relativamente cercanos al frente estancado como más alejados, surgían serias dudas acerca de sus horizontes. Quienes sostenían esta postura desde la perspectiva que otorga la distancia no eran únicamente líderes políticos. Entre ellos figuraban Gallieni en Francia y Kitchener en Inglaterra. El 7 de enero de 1915, Kitchener escribió a sir John French: «Las líneas alemanas en Francia se pueden contemplar como una fortaleza imposible de tomar al asalto y que tampoco se puede quebrar mediante un asedio. Como resultado, es posible sitiar esas líneas con nuestras fuerzas y mantenerlas así fijas en su posición mientras desarrollamos operaciones en otros puntos».

Hubo quien argumentó que la alianza enemiga debía considerarse como un todo y que los adelantos de la modernidad habían modificado tanto los conceptos de distancia y movilidad que un golpe descargado en otro teatro de operaciones de la guerra equivaldría al clásico ataque sobre el flanco estratégico del adversario. Uno de los más destacados portavoces de esta visión era Winston Churchill. En relación con este asunto, cabe señalar que el ejemplo de Napoleón parece apoyar esta concepción alternativa, si bien precisamente se hizo referencia al mismo para defender la idoneidad de perseverar en el Frente occidental. Además, se aceptó que una operación de esa segunda naturaleza encajaría mejor con la tradicional

estrategia anfibia del Imperio británico y permitiría explotar la ventaja militar del poderío naval, desaprovechada hasta aquel entonces. En enero de 1915, lord Kitchener propuso un plan pensado para cortar la principal línea de comunicaciones otomana hacia el este, por medio de un desembarco en el golfo de Alejandreta. Las pruebas reunidas por Hindenburg y Enver Pachá tras el fin de las hostilidades demostraron que esta iniciativa habría paralizado al Imperio otomano, pero difícilmente hubiese influido de otro modo ni hubiese representado una aproximación indirecta contra las Potencias Centrales en conjunto.

Lloyd George propugnó transferir el grueso de las fuerzas británicas a los Balcanes como recurso para llegar al «patio trasero» del enemigo. Pero los comandantes supremos franceses y británicos confiaban en alcanzar una pronta resolución en Francia y se opusieron vehementemente a cualquier estrategia alternativa, recalcando las dificultades que entrañaban el transporte y los suministros. Sin olvidar la facilidad con que Alemania, en su opinión, podría trasladar tropas para plantar cara a la amenaza. El argumento tenía cierto peso, desde luego, pero su fervor les llevó a exagerar las bondades de aquella idea. Además, sus objeciones parecían menos relevantes cuando se aplicaron al sistema balcánico concebido por Gallieni. Este propuso desembarcar en Salónica como punto de partida para marchar sobre Constantinopla con un ejército lo suficientemente fuerte como para animar a Grecia y Bulgaria a sumar sus fuerzas al proyecto. La captura de Constantinopla iría seguida de un avance río arriba por el valle del Danubio, para entrar en territorio austro-húngaro, en conjunción con los rumanos. Había rasgos comunes fundamentales con el curso que realmente tomaron los acontecimientos en los últimos meses de la guerra. En septiembre de 1918, la opinión de los expertos militares germanos tendía a

contemplar una contingencia de este tipo como «decisiva». Y en la primera semana de noviembre, aunque la amenaza todavía era remota, se consideró un factor importante para acelerar la capitulación teutona.

Sin embargo, en enero de 1915, el peso de la opinión militar acalló todas las contrapropuestas ideadas para oponerse a concentrar el esfuerzo bélico exclusivamente en el Frente occidental. Pero los recelos no se silenciaron, y en esta tesitura se produjo una situación que revivió el plan para Oriente Medio, pero en un formato más ligero.

El 2 de enero de 1915, a Kitchener le llegó una petición del gran duque Nicolás, que le reclamaba una distracción que aliviase la presión turca sobre las fuerzas rusas desplegadas en el Cáucaso. Kitchener sentía que era incapaz de proporcionar las tropas necesarias y sugirió efectuar una demostración de poderío naval contra los Dardanelos. La imaginación de Churchill fabuló con las posibilidades estratégicas al alcance de esta acción y propuso a su vez que, en lugar de emprender una misión de auxilio militar, se convirtiese la demostración en un intento de forzar el paso. Sus asesores navales no estaban entusiasmados, pero tampoco se opusieron al proyecto, así que el almirante destacado in situ, Carden, trazó un plan. Con ayuda de Francia, se congregó una fuerza naval compuesta principalmente por buques obsoletos. Tras un bombardeo preliminar, la flota entró en los estrechos el 18 de marzo. Pero un nuevo campo de minas dispuesto en un punto insospechado provocó el hundimiento de varias naves y el destacamento naval desistió de su maniobra.

¿Habría triunfado la iniciativa de haberse reanudado el avance de inmediato? Esta cuestión está abierta a discusión, ya que las fuerzas turcas habían agotado sus reservas de munición y en esas condiciones habría sido factible superar el obstáculo que suponían las minas. Pero el nuevo comandante

de la fuerza naval, el almirante De Robeck, decidió no proseguir salvo si se recibían refuerzos. Ya un mes antes, el consejo de guerra había determinado que debía efectuarse un ataque conjunto y comenzó el envío de una fuerza militar al mando de sir Ian Hamilton. Pero las autoridades tardaron en aceptar el nuevo plan y también actuaron con lentitud al asignar las tropas necesarias para ponerlo en práctica. Incluso cuando finalmente se enviaron, la cifra de efectivos era insuficiente y se perdieron varias semanas más (en Alejandría) para redistribuir las fuerzas en transportes adecuados para las operaciones tácticas. Lo peor de todo fue que toda aquella improvisación y descoordinación había echado por tierra cualquier efecto sorpresa. Cuando se procedió al bombardeo preliminar en febrero, tan solo había 2 divisiones otomanas presentes en los estrechos. El día del ataque naval, su número había ascendido a 4 y ya eran 6 cuando Hamilton pudo por fin poner pie en tierra para intentar culminar su desembarco. Tan solo contaba con 4 divisiones británicas y una francesa, que en realidad eran inferiores al enemigo en una situación donde las dificultades naturales del terreno multiplicaban la preponderancia inherente de la actitud defensiva frente a la ofensiva. Los efectivos bajo sus órdenes eran escasos y la misión muy limitada, restringida a ayudar al paso de la flota. Así que esos factores lo abocaron a optar por desembarcar en la península de Galípoli, en lugar de hacerlo en la costa asiática propiamente dicha.

El 25 de abril dio el salto, ocupando el extremo sur de la península cerca del cabo Helles y desembarcando también cerca de Gaba Tepe, unos 25 kilómetros más allá, en la costa del Egeo. Como medida de distracción, los franceses efectuaron un desembarco temporal en Kum Kale, en el litoral asiático. Pero en cuanto se disipó la ventaja de la sorpresa táctica y los turcos consiguieron movilizar y transportar sus reservas,

a los invasores les resultó imposible ampliar esas dos precarias posiciones.

En última instancia, en julio, el Gobierno británico decidió enviar 5 divisiones más para reforzar a las 7 que entonces se encontraban en la península. Pero cuando llegaron, las fuerzas turcas en la región también se habían incrementado hasta las 15 divisiones. Hamilton decidió asestar un golpe doble: un nuevo desembarco en la bahía de Suvla, unos pocos kilómetros más al norte, acompañado de una redoblada ofensiva desde Gaba Tepe. El objetivo era cortar la península por su centro y ocupar las colinas que dominan los estrechos. Aunque parece una acometida más directa que un desembarco en Bulair o en la costa asiática, su justificación radicaba en que seguía un camino inesperado para el mando enemigo, cuyas reservas estaban concentradas en otros puntos. Tan solo un batallón turco y la mitad de otro se interpusieron en el camino durante las 36 horas anteriores a la llegada de las reservas. La inexperiencia de las tropas que desembarcaban y la inercia de los mandos emplazados en el lugar provocaron que se desperdiciasen el tiempo y la oportunidad. Se llegó a un punto muerto, lo que sumado a la decepción y la oposición de quienes siempre habían albergado suspicacias respecto al proyecto, pronto se tradujo en la evacuación de la península.

Pero este fue el veredicto de Falkenhayn sobre el plan de los Dardanelos: «Si los estrechos que comunican el Mediterráneo con el mar Negro no estuviesen permanentemente cerrados al tráfico de la Entente, las esperanzas de que la guerra siguiese unos derroteros más favorables se verían considerablemente reducidas. Así, Rusia quedaría libre de su aislamiento tan acusado… lo que supondría una garantía más segura que los propios éxitos militares si el objetivo es inutilizar de forma automática, más tarde o más temprano, las fuerzas de este titán».

El error no se cometió en la concepción, sino en la ejecución. Los testimonios de los comandantes oponentes desvelan con claridad que la empresa podría haber llegado a buen puerto: habría bastado con que los británicos hubiesen destinado de entrada una proporción adecuada de las fuerzas que al final, aunque con cuentagotas, terminaron empleando. La operación de los Dardanelos era una aproximación directa contra el Imperio otomano, pero también era una aproximación indirecta hacia los principales ejércitos turcos, que entonces estaban luchando en el Cáucaso. Además, en un nivel superior, constituía una aproximación indirecta a las Potencias Centrales en conjunto. Si la contemplamos comparándola con el sombrío panorama del Frente occidental, donde la densidad de fuerzas en relación con el espacio hacía absolutamente imposible lograr una ruptura decisiva, la idea de atacar en los Dardanelos parece haber cumplido el principio de adaptar los medios al fin. Lástima que su ejecución incumplió este mismo principio por completo.

Los teatros de operaciones de Palestina y Mesopotamia

Las expediciones a Oriente Medio apenas se pueden considerar dentro del alcance de este análisis. Desde el punto de vista estratégico, eran demasiado remotas y era muy improbable que lograsen efectos decisivos. Si las consideramos como medio de distracción estratégica, cada una de ellas consumió muchas más fuerzas británicas que fuerzas enemigas logró desviar.

Sin embargo, sí son defendibles en el ámbito de la política. En el pasado, el Imperio británico había amortizado las pérdidas de sus aliados en el continente mediante la ocupación

de posesiones de sus adversarios en ultramar. Si el conflicto principal desembocaba en una situación desfavorable o nada resolutiva, estas compensaciones suponían un activo importante para negociar un tratado de paz favorable. Además, servían como tónico en el fragor de la contienda[25].

La estrategia local de la expedición a Palestina merece un estudio detallado. En sus inicios, aunó las desventajas de las aproximaciones directa e indirecta. Por un lado, se ceñía a la línea natural de expectativa, que además representaba la ruta más larga y difícil para rodear cualquier punto vital del poder turco. Tras los dos primeros fracasos (en marzo y abril de 1917) en Gaza, que protegía el acercamiento directo desde la costa procedente de Egipto y hacia Palestina, durante el otoño se dedicó la fuerza más amplia que había disponible para llevar a cabo un intento menos directo.

El plan, trazado por Chetwode y adoptado por Allenby al relevar a Murray del mando, era indirecto desde el punto de vista geográfico, tanto como lo permitían los suministros de agua y la escasa anchura de la franja que corría entre el mar y el desierto. Las defensas otomanas se extendían hasta unos 30 kilómetros al interior desde Gaza. Al mismo tiempo, 16 kilómetros más hacia el interior, Beerseba conformaba un puesto destacado que defendía el margen oriental de la zona frente a aproximaciones enemigas. El secretismo y una serie de ardides atrajeron la atención de los turcos hacia Gaza y, a continuación, se efectuó una maniobra circular amplia y veloz contra el lado desprotegido de Beerseba, que cayó junto a su suministro de agua. El siguiente paso del plan, que iría precedido por un ataque de distracción contra Gaza, era un golpe dirigido al flanco de la principal posición otomana, mientras que la caballería de Beerseba rodearía la retaguardia turca. Pero las dificultades derivadas del escaso suministro de agua y un contraataque turco al norte de Beerseba maniata-

ron la maniobra. Lo cierto es que se provocó una ruptura del frente turco, pero no se consiguieron resultados decisivos. Las fuerzas otomanas se replegaron, en última instancia más allá de Jerusalén, pero no se las empujó a retroceder hasta aislarlas, como era el objetivo.

La búsqueda de una solución se pospuso durante un año, hasta septiembre de 1918. Entretanto, en los desiertos situados al este y al sur, una curiosa campaña no solo ayudaba a debilitar la capacidad combativa de Turquía, sino que también arrojaba nueva luz sobre la estrategia, particularmente sobre la aproximación indirecta. Se trataba de la Revuelta Árabe, cuyo cerebro era Thomas E. Lawrence. Si bien esta operación entra en la categoría de guerrilla, que es indirecta por su propia naturaleza, su estrategia se asentaba en una base de cálculos científicos tan sólida que no deberíamos minimizar su reflejo sobre los conflictos bélicos convencionales. Se trataba ciertamente de una forma extrema de aproximación indirecta, la más eficaz en el plano económico dados los límites de los recursos disponibles. Los árabes tenían mayor movilidad y eran también menos capaces de encajar las bajas que los ejércitos ortodoxos. Los otomanos eran casi invulnerables a las bajas humanas, pero no a las pérdidas materiales, ya que sufrían de escasez. Eran unas tropas magníficas cuando su cometido consistía en aferrarse a defender una trinchera, disparando hacia un blanco que se les acercaba por vía directa. Pero no eran ni adaptables ni capaces de superar las tensiones que conllevan las operaciones más fluidas. Su ejército intentaba ocupar y controlar un territorio vasto con una cantidad de efectivos insuficiente para ser dispersados y formar con ellos una red de puestos distribuidos por toda el área. Además, dependían de una línea de comunicaciones alargada y frágil.

De estas premisas surgió y evolucionó una estrategia que era la antítesis de la doctrina ortodoxa. Mientras que los ejércitos convencionales buscan mantener el contacto, los árabes se esforzaban por evitarlo. Mientras que las fuerzas convencionales tienen como fin destruir a sus oponentes, los árabes solo trataban de hacer lo propio con su material y para ello buscaban incluso puntos donde no había fuerzas adversarias presentes. Pero es que la estrategia de Lawrence iba más allá. En lugar de esforzarse por expulsar al enemigo interrumpiendo sus líneas de suministros, lo que quería era retenerlo allí. Por eso permitía que les llegasen raciones exiguas. Así, cuanto más se prolongase su estancia, más flaquearían sus fuerzas y más se verían afectados psicológicamente. Los ataques podrían inducirles a concentrarse y simplificar los problemas relacionados con la seguridad y los suministros. Pero los aguijonazos les mantenían dispersados. A pesar de sus rasgos totalmente atípicos, esta estrategia no hacía otra cosa que llevar a su conclusión lógica la teoría que propugnaba buscar la línea de menor resistencia. Tal y como ha manifestado su autor: «El ejército árabe jamás intentó mantener ni afianzar una ventaja, sino escapar y volver a golpear en otro lugar. Utilizaba fuerzas mínimas tan rápido y tan lejos como fuese posible. Si continuaba con su actividad hasta que el enemigo cambiase su disposición y se adaptase para resistir los ataques, rompería la regla fundamental que dictaba que no se le debía ofrecer un blanco claro».

¿No era esta acaso la misma estrategia que se desarrolló en 1918 en el Frente occidental? Compartía los fundamentos, pero llevados a un nivel superior.

Su aplicación al problema de la guerra convencional está condicionada por tres factores: tiempo, espacio y fuerzas. Si bien constituye una forma de bloqueo acelerado y activo, es intrínsecamente más lenta a la hora de producir efectos que

una estrategia basada en la desarticulación. Por tanto, si las condiciones nacionales hacen imperativo buscar una resolución rápida, parece preferible optar por esta segunda. Pero a no ser que se persiga ese objetivo con una aproximación directa, lo más probable es que el «atajo» acabe por resultar más fatigoso, más lento, costoso y peligroso que la «estrategia Lawrence». La ausencia de espacio y la densidad de fuerzas representan dos obstáculos adicionales, aunque rara vez sean insuperables. Este podría ser un veredicto bien ponderado: en un conflicto bélico convencional, la elección debería recaer sobre la forma de aproximación indirecta que procure una resolución rápida «atrapando» al oponente, siempre que haya buenas perspectivas de éxito. De lo contrario, o bien tras probar y fallar con esa primera opción, lo lógico sería decantarse por aquella forma de aproximación indirecta que busque una decisión final socavando las fuerzas y la voluntad del adversario. Cualquier alternativa es preferible antes que recurrir a la aproximación directa.

Finalmente, no se concedió la oportunidad de aplicar la estrategia de la Revuelta Árabe hasta sus últimas consecuencias, ya que en septiembre de 1918 (cuando el levantamiento había reducido a las fuerzas turcas que defendían el ferrocarril del Hiyaz a un estado de parálisis desesperante), un golpe único y decisivo arrasó al principal contingente otomano en Palestina. Ahora bien, cabe señalar que esa ofensiva, dirigida por Allenby, contó con una significativa participación de las fuerzas árabes.

No es sencillo determinar si esas operaciones finales en Palestina se deberían definir como una campaña o más bien como una batalla seguida de una persecución. Las hostilidades se iniciaron con las fuerzas en contacto y la victoria estaba clara ya antes de que se interrumpiese el contacto, así que bien podría clasificarse como una batalla. Pero el triunfo se

alcanzó fundamentalmente por medios estratégicos y la contribución de la lucha propiamente dicha fue insignificante.

Este detalle ha provocado que se menosprecie el valor del resultado, especialmente entre aquellos en cuya escala de valores rige el dogma de Clausewitz, según el cual la sangre es el precio de la victoria. Aunque Allenby contaba con una superioridad numérica de más de dos a uno, quizás hasta de tres a uno, la balanza no estaba tan desequilibrada a su favor como en el avance original británico sobre Palestina, que había terminado en fracaso. Sin olvidar muchas otras ofensivas que salieron malparadas durante la Guerra Mundial y antes a pesar de contar con una superioridad de fuerzas similar.

La desvalorización más grave afectaría al decaimiento de la moral del ejército otomano. Claro que si efectuamos una deducción íntegra de las condiciones ventajosas que se registraban en septiembre de 1918, estas operaciones merecen figurar en la categoría de obras maestras por su amplitud de miras y su tratamiento. Vale que el tema elegido por los autores de esta genialidad no era el más complicado, pero su ejecución es casi única, como una idea aplicada a la perfección. Al menos en sus rasgos principales.

El plan satisfizo con creces la definición de la estrategia de Willisen como «estudio de la comunicación», además de cumplir con la máxima de Napoleón de que el gran secreto del arte de la guerra consiste en convertirse en dominador de las comunicaciones. Y es que el plan buscaba convertir a los británicos en dominadores absolutos de todas las vías y formas de comunicación otomanas. Cortar las líneas de comunicación de un ejército equivalía a paralizar su organización física. Y destruir sus líneas de intercomunicación, por las que viajan órdenes y noticias, suponía paralizar su organización sensorial, esa conexión esencial entre cerebro y cuerpo. En este caso, el tercer efecto se persiguió y logró gracias a la

fuerza aérea, que se encargó de despejar los cielos de aparatos enemigos para cegar a sus altos mandos. A continuación, se bombardeó el principal nudo de líneas de teléfono y telégrafo, emplazado en Afula, para dejar al adversario sordo y mudo. La segunda fase de esta acción consistió en que los árabes cortasen la principal vía férrea en Daraa, con lo cual se interrumpía momentáneamente el flujo de suministros turcos. Así se ganaba tiempo, precisamente lo más importante. Y además, cortar el ferrocarril tuvo efectos psicológicos, pues indujo al mando turco a enviar parte de sus escasas reservas hacia allí, justo antes de verse despojado de su capacidad de control.

Los tres autodenominados «ejércitos» turcos dependían de una única arteria, el ferrocarril que procedía de Damasco y se bifurcaba en Daraa. Una línea continuaba hacia el sur, internándose en el Hiyaz, y la otra viraba al oeste y cruzaba el Jordán hasta llegar a Afula, desde donde partía un ramal que alcanzaba la costa en Haifa y otro ramal llevaba al sur, hasta las terminales del tendido que abastecían al Séptimo y al Octavo ejércitos otomanos. El Cuarto Ejército, al este del río Jordán, dependía del ramal que corría hacia el Hiyaz. Si los británicos conseguían hacerse con el control de Afula y el cruce del Jordán en las cercanías de Beisan, seccionarían las comunicaciones de los ejércitos Séptimo y Octavo, además de cortarles las líneas de retirada a menos que optasen por la difícil ruta que les conduciría a la región desolada al este del Jordán. Si conseguían ocupar Daraa, seccionarían las comunicaciones de los tres ejércitos y, además, se interpondrían en la mejor línea de retirada del Cuarto Ejército.

Daraa estaba demasiado lejos, no era posible alcanzarla desde el frente británico en un plazo suficientemente breve como para influir sobre el problema. Por suerte, se contaba con el concurso de los árabes, capaces de surgir del desierto

como una horda fantasmal y cortar las tres agujas del ferrocarril. Pero ni la naturaleza de las tácticas árabes ni las condiciones del terreno se prestaban a formar una barrera estratégica que se opusiese a la retaguardia turca. Allenby estaba empeñado en alcanzar una resolución rápida y definitiva, así que tenía que buscar un lugar más cercano para tender la barrera. Un emplazamiento donde el Jordán y las cadenas montañosas al oeste del río sirviesen para taponar la salida al enemigo. El nudo ferroviario de Afula y el puente sobre el Jordán próximo a Beisan quedaban dentro de un radio de unos 100 kilómetros desde su frente. Por tanto, dentro del radio de acción de un grupo estratégico compuesto por caballería y automóviles blindados, siempre y cuando fuese posible llegar hasta esos puntos sin hallar oposición. El problema estribaba en encontrar una línea de aproximación que los turcos pudiesen obstruir a tiempo y asegurarse de que no la bloqueasen.

¿Cómo se solucionó el problema? La planicie costera de Sharon ofrecía un corredor que llegaba hasta la llanura de Esdraelón y el valle de Jezreel, donde se ubicaban Afula y Beisan. Este corredor tan solo contaba con una puerta que lo interrumpiese, formada por el estrecho cinturón montañoso que separa las tierras bajas del litoral de Sharon de la llanura de Esdraelón, tierra adentro. Y esa puerta estaba tan retirada que no tenía protección. Pero la entrada que daba acceso al corredor sí permanecía cerrada y atrancada por las trincheras del frente otomano.

Allenby se consagró a una preparación psicológica prolongada e incesante, que sustituyó los obuses y las balas por artimañas y astucia, con la intención de desviar la atención del enemigo de la costa para centrarla en el flanco del Jordán. Durante la primavera ya se habían intentado dos avances por el este del río. El enemigo los había frustrado, pero contribuirían al éxito de la maniobra de distracción.

En septiembre, mientras los turcos seguían atentos al este, las tropas de Allenby ya se estaban trasladando en secreto al oeste. El dispositivo continuó hasta que en el sector litoral la superioridad se incrementó, pasando de dos a uno a cinco a uno. El 19 de septiembre, tras un cuarto de hora de intenso bombardeo, la infantería avanzó y barrió los dos sistemas de trincheras turcas, poco profundas. A continuación, giró la dirección del avance y siguió adentrándose hacia el interior, como una colosal puerta rotando sobre sus goznes. La caballería forzó el paso y atravesó la puerta abierta, para galopar por el corredor precedida por los blindados hasta que llegó a los pasos que conducían a la llanura de Esdraelón. El éxito al quebrar las líneas turcas se debía en buena medida a que la fuerza aérea había dejado a los mandos enemigos sordos, ciegos y mudos.

Al día siguiente se plantó la barrera estratégica que cortaría el paso a la retaguardia turca. La única vía de escape que les quedaba era huir al este, más allá del Jordán. Tal vez hubiesen podido escapar por allí, pero lo impediría la fuerza aérea, ya que el avance directo de la infantería progresaba a paso ralentizado por la obstinada resistencia de la retaguardia otomana. A primera hora de la mañana del 21 de septiembre, los aviones británicos descubrieron una gran columna que descendía la empinada garganta desde Nablús hacia el río Jordán. La componían prácticamente todos los supervivientes de los dos ejércitos turcos. Cuatro horas de ataque aéreo hicieron trizas la columna. Se puede considerar que en ese momento quedaron aniquilados los ejércitos Séptimo y Octavo. Tan solo restaba rodear a los demás y apresarlos como si se tratase de ganado.

Al este del río Jordán, donde era imposible crear una barrera estratégica, en lugar de protagonizar una retirada rápida, el destino del Cuarto Ejército sería padecer bajo el des-

gaste, torturado por los constantes picotazos de sus enemigos. A continuación, llegó la toma de Damasco. La victoria se aprovechó entonces para avanzar hasta Alepo, situada a 360 kilómetros de Damasco y a casi 600 de la línea del frente donde habían iniciado la ofensiva los británicos, tan solo treinta y ocho días antes. Durante la marcha habían hecho 75 000 prisioneros con un coste de menos de 5000 bajas.

Acababan de llegar a Alepo justamente el 31 de octubre, cuando el Imperio otomano se rindió, atemorizado por la inminente amenaza de la caída de Bulgaria y el acercamiento de Milne desde Salónica hacia Constantinopla y su retaguardia.

Al analizar la victoria decisiva lograda en Palestina es preciso subrayar que los turcos fueron capaces de retener a la infantería británica hasta que se desveló la existencia de la barrera estratégica enfrentada a su retaguardia, la cual hizo sentir su efecto moral, inevitable e invariablemente. Tampoco conviene olvidar que la infantería era necesaria para superar el bloqueo debido a las condiciones preexistentes, con el enemigo atrincherado. Pero una vez se hubieron restaurado las condiciones normales de la guerra, fueron los elementos móviles los que lograron la victoria. Y eso que apenas representaban una pequeña parte de las fuerzas totales en lucha. La sutileza de este ejemplo concreto de aproximación indirecta quedó limitada a la fase de preparación. La ejecución dependió exclusivamente de la aplicación de la movilidad para desmoralizar y desarticular al enemigo. La capacidad de movilidad fue extraordinaria, tanto que provocó una sorpresa constante.

Existe aún otro teatro de operaciones suroriental que es preciso mencionar, Salónica. El envío de tropas de los Aliados a dicha ciudad fue fruto de un intento tardío e ineficaz de socorrer a los serbios en el otoño de 1915. Tres años más tar-

de, el mismo punto sirvió como trampolín de una ofensiva que tuvo consecuencias cruciales. Es verdad que fue necesario retener esa posición en los Balcanes durante todo ese tiempo por razones políticas y por su potencial estratégico. Pero quedan muchas dudas acerca de la necesidad y el buen juicio de comprometer en tal proyecto tantas tropas: hasta medio millón en última instancia, que vivían en lo que los alemanes irónicamente llamaban su «mayor campo de internamiento».

14

La estrategia de 1918

Cualquier estudio del devenir de los acontecimientos militares en el año final de la contienda dependerá y será inseparable de una buena comprensión de la situación naval que precedió a esos hechos. El caso es que, a falta de una resolución militar más temprana, el bloqueo naval había cobrado cada vez más protagonismo, hasta dominar la situación bélica.

Lo cierto es que, si interpeláramos a un historiador para que nos explicara cuál fue el día más decisivo para el resultado de la Primera Guerra Mundial, bien podría elegir el 2 de agosto de 1914 (antes de que la guerra propiamente dicha comenzase para Inglaterra), cuando Winston Churchill, entonces primer lord del Almirantazgo, envió a las 1:25 de la madrugada la orden de movilización para la armada británica. Esta vez la marina de guerra no obtendría ningún triunfo como Trafalgar, pero iba a contribuir más que ningún otro factor a ganar la guerra para los Aliados, pues sirvió como instrumento para el bloqueo. Y en los años posteriores a la guerra, a medida que la niebla del conflicto se fue disipando y se pudo observar con más claridad la situación, el bloqueo fue asumiendo proporciones cada vez mayores. Quedó más claro que fue el agente decisivo para resolver el conflicto. Al igual que sucede con las camisas de fuerza, a medida que el bloqueo se fue intensificando progresivamente, primero agarrotó los movimientos de su presa y después le impidió respirar. Cuanto más se atenazaba y prolongaba el abrazo letal, más

disminuía la capacidad de resistir del prisionero y más se desmoralizaba por la sensación de estrangulamiento.

La impotencia conduce a la desesperación y la historia da fe de que el factor que decide las guerras es la pérdida de esperanza, antes que la pérdida de vidas. Ningún historiador subestimaría el efecto directo del estado de semihambruna que se infligió a la población alemana, un factor que contribuyó a la caída final del «frente interno». Pero si dejamos a un lado la discusión sobre hasta qué punto causó la revolución la derrota militar, en lugar de al revés, veremos que el factor intangible y omnipresente del bloqueo se inmiscuye en todas las consideraciones que hagamos sobre la situación.

Realmente, los ingredientes que obligaron a Alemania a emprender su primera campaña de guerra submarina en febrero de 1915 fueron la puesta en práctica y la amenaza potencial del bloqueo, aunque quizás también influyese su efecto. Este hecho proporcionó a Gran Bretaña una palanca que la facultaba para relajar las condiciones legales de la Declaración de Londres y endurecer el bloqueo, arrogándose el derecho a interceptar y registrar cualquier nave sospechosa de transportar mercancías para Alemania. Además, el hundimiento del *Lusitania* por los torpedos alemanes sirvió de acicate para que Estados Unidos entrase en guerra, un suceso vital, aunque tardío. Este episodio también ayudaría a contrarrestar las fricciones surgidas entre Estados Unidos y el Imperio británico debidas al endurecimiento del bloqueo.

Dos años más tarde, la crisis económica provocada por el bloqueo empujó a los jefes militares alemanes a sancionar una reanudación e intensificación de la campaña submarina, que sería «ilimitada». La dependencia británica respecto de los suministros transportados por vía marítima para alimentar a la población y sostener el esfuerzo de los ejércitos era un punto débil en su armadura. El bloqueo por medio de su-

bmarinos tenía efectos más rápidos y tal argumento reforzó a quienes defendían que esa forma de aproximación indirecta en la gran estrategia infligiría daños letales. Aunque el cálculo luego se reveló erróneo, en el caso de Gran Bretaña las cuentas no estuvieron demasiado lejos de ser correctas. Las pérdidas de fletes subieron desde 500 000 toneladas en febrero hasta 875 000 en abril. Más tarde, las contramedidas se combinarían con la insuficiencia de los recursos de Alemania para proseguir con el acoso submarino y provocar un declive progresivo a la isla. Pero para entonces, a Gran Bretaña no le quedaban alimentos más que para abastecer a su población durante seis semanas más.

Los líderes alemanes habían depositado sus esperanzas en resolver el conflicto por vía económica, reaccionando ante su temor precisamente a un colapso económico. Eso los llevó a poner en marcha la campaña submarina, aceptando y siendo plenamente conscientes de que el riesgo de involucrar a Estados Unidos en la guerra era altísimo. De hecho, era casi seguro que así se buscarían un enemigo más. Ese riesgo cristalizó el 6 de abril de 1917. La fortaleza militar estadounidense requería mucho tiempo para desarrollarse y concentrarse, algo con lo que Alemania ya contaba. Pero su entrada en la guerra sí tuvo efectos inmediatos sobre el bloqueo naval, volviéndolo más rígido e impenetrable. Como participante en el conflicto, Estados Unidos blandió esta arma económica con total determinación, sin miramientos hacia las naciones que todavía eran neutrales. Fue mucho más allá de las exigencias más duras planteadas por el Imperio británico durante los años anteriores, en plena controversia sobre los derechos de los países neutrales. El bloqueo ya no estaría limitado por las objeciones de las partes neutrales. En vez de ello, la cooperación estadounidense lo convirtió en un firme estrangulamiento que poco a poco iría minando el vigor de Alemania, dado

que la capacidad bélica está basada en la resistencia económica. Y esta es una verdad que se olvida demasiado a menudo.

Podríamos clasificar el embargo naval como una aproximación indirecta dentro del nivel de la gran estrategia, ante el cual no era posible ofrecer ninguna resistencia eficaz. Una estrategia que no incurría en ningún otro riesgo, salvo que era lenta en causar efectos. Eso sí, dichos efectos tendían a acelerarse a medida que el bloqueo continuaba, respetando la ley de la conservación de la fuerza. A finales de 1917, representaba un genuino suplicio para las Potencias Centrales. Precisamente esta presión económica fue la que no solo tentó, sino que obligó, a Alemania a pasar a la ofensiva militar en 1918, la cual, tras fracasar, se convirtió en un suicidio. A falta de una iniciativa oportuna por la paz de su parte, no le quedaban más opciones que elegir entre arriesgar y apostar por la ofensiva o resignarse a un debilitamiento prolongado que culminaría en un hundimiento final.

Si tras la batalla del Marne en 1914 o incluso más tarde Alemania hubiese adoptado una política de guerra de carácter defensivo en el oeste y ofensivo en el este, el resultado de la guerra podría haber sido perfectamente diferente. Por un lado, no cabe duda de que podría haber hecho realidad el sueño de la Mitteleuropa y, por otro, el cerco naval todavía no era hermético, ni mucho menos. Difícilmente se hubiese podido completar mientras Estados Unidos permaneciese al margen del conflicto. Con todo el cinturón de Europa Central bajo su control y Rusia fuera de la guerra (o incluso sometida a vasallaje económico), no hay fundamentos sólidos para sostener que los esfuerzos de Gran Bretaña, Francia e Italia pudieran haber servido para algo más que para obligar a Alemania a renunciar a los territorios ocupados en Bélgica y el norte de Francia, a cambio de retener sin discusión todo cuanto había ganado en el este. El resultado sería una Ale-

mania más grande, con mayor fuerza potencial y más recursos a su disposición, que bien podría haberse permitido desistir del deseo de obtener un triunfo militar sobre los Aliados occidentales. Desde luego, desistir de objetivos que no merecen la pena es lo que marca la diferencia entre una gran estrategia y una grandísima estupidez.

Pero en 1918 el momento ya había pasado. La entereza económica germana se había reducido drásticamente y el implacable bloqueo naval la socavaba cada vez más rápido. Era una herida que ya no se podía restañar mediante transfusiones de recursos económicos procedentes de las conquistas en Rumanía y Ucrania.

Estas eran las condiciones imperantes bajo las que se lanzó la ofensiva final alemana, su última apuesta por lograr una resolución favorable por vía militar. Las tropas que quedaron libres en el frente ruso le otorgaron la superioridad numérica, aunque era considerablemente menor que aquella de la que habían disfrutado los Aliados durante sus campañas ofensivas. En marzo de 1917, un total de 178 divisiones francesas, británicas y belgas formaban frente a 129 divisiones alemanas. En marzo de 1918, los alemanes disponían de 192 divisiones para oponerse a las 173 de los Aliados. Esto contando de forma proporcionada las 4,5 divisiones estadounidenses que habían llegado, cuyo tamaño duplicaba al resto. Aunque los alemanes aún serían capaces de trasladar un puñado de divisiones más desde el este, las urgencias harían que la afluencia de tropas estadounidenses, que había empezado como un goteo, creciese hasta volverse un torrente vertiginoso. Del total alemán, había 85 divisiones (conocidas como «divisiones de choque») que estaban en reserva. Del total de los Aliados, había 62, pero no se encontraban bajo un mando centralizado. Y esto último se debía a que el sistema de reserva general de 30 divisiones, dispuesto por el comité ejecutivo

militar de Versalles, se había desintegrado cuando Haig declaró que le resultaba imposible cumplir con su cuota de 7 divisiones. Cuando llegó la hora de la verdad, el acuerdo de asistencia mutua firmado entre los comandantes franceses y británicos también fue papel mojado. El desastre se acercaba a un paso demasiado vivo, así que por iniciativa de Haig se eligió a Foch primero para coordinar y finalmente para mandar los ejércitos aliados.

El plan alemán se caracterizó por investigar el factor de la sorpresa táctica de una forma mucho más exhaustiva y amplia que en cualquier otra operación anterior de la guerra. Es obligatorio reconocer el mérito de los mandos y del Estado Mayor alemanes, quienes se percataron de que muy rara vez la posesión de una fuerza superior logra compensar la desventaja que supone atacar de la forma más obvia. Además, también señalaron que solamente se consigue una sorpresa efectiva si se trabaja con un conglomerado sutil formado por multitud de elementos engañosos. Y únicamente una solución así serviría de llave para abrir una puerta en el frente, tras tantos meses estático.

El principal elemento del plan iba a ser un bombardeo, breve pero intenso, con proyectiles contenedores de gas venenoso. Ludendorff no había comprendido el significado y la importancia de los tanques ni la necesidad de desarrollar esta arma a tiempo. Pero además del gas, se había instruido a la infantería en tácticas novedosas de infiltración. La idea rectora de las nuevas tácticas era que las tropas que liderasen el avance debían sondear los puntos débiles de la defensa y penetrar por estas vías, mientras que las reservas se encaminarían a apuntalar y consolidar los éxitos, no a paliar situaciones de fracaso. Las divisiones atacantes acudieron a sus posiciones de partida marchando de noche. Las masas de artillería se acercaron a escondidas a la línea del frente y abrieron fue-

go sin ningún bombardeo preliminar. Además, los preparativos de cara a desencadenar ataques sucesivos en otros puntos ayudaron a desconcertar a los defensores y contribuyeron a una disponibilidad inmediata de los atacantes para el futuro.

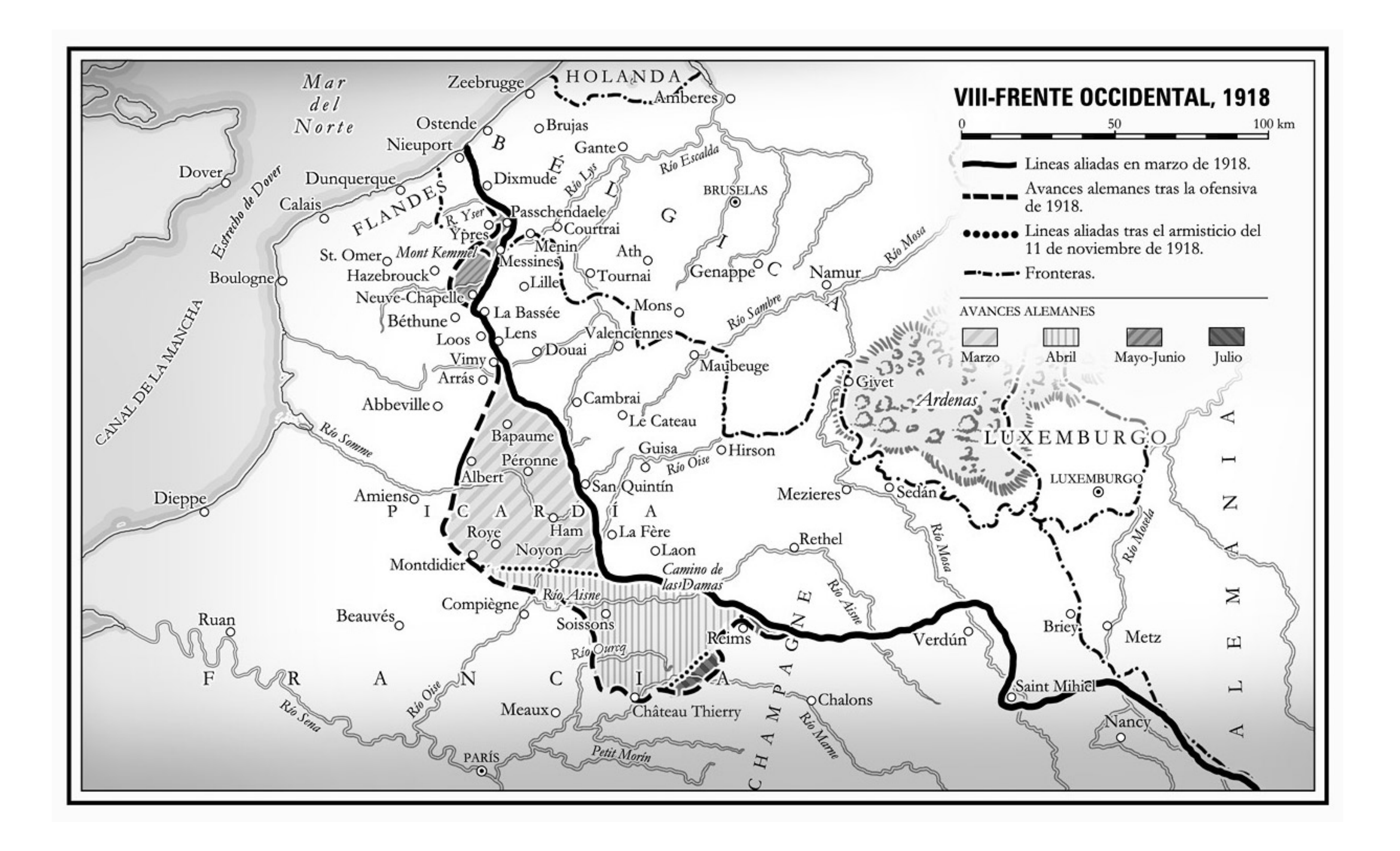
Pero aún había más. Tras presenciar las ofensivas emprendidas en vano por los Aliados, Ludendorff había deducido la conveniencia de definir «antes las tácticas que la consecución de unos objetivos puramente estratégicos que es fútil perseguir si no es posible primero lograr el éxito táctico». A falta de una aproximación indirecta estratégica, esto era absolutamente cierto. De ahí que, en el diseño alemán, la nueva táctica fuera acompañada por una nueva estrategia. Una era el corolario de la otra y ambas se asentaban en un principio, nuevo o recuperado: seguir la línea de menor resistencia. Las condiciones de Francia en 1918 limitaban las posibilidades disponibles, así que Ludendorff no trató de seguir la línea menos esperada. Pero como los ejércitos enemigos estaban desplegados en contacto a lo largo de la vasta franja atrincherada, una ruptura rápida seguida de una explotación del éxito inmediato siguiendo la línea de menor resistencia podría poner a su alcance un objetivo que normalmente solo sería factible lograr mediante la línea menos esperada.

La ruptura fue rápida y la brecha se explotó de inmediato. Pero el plan fracasó. ¿Cuál fue el error? La crítica general posterior a los sucesos y a la propia guerra sostuvo que los prejuicios tácticos de Ludendorff le habían impulsado a cambiar de dirección y disipar sus fuerzas, para concentrarse en conseguir un éxito táctico a costa del objetivo estratégico. Parecía, y así se dijo, que el principio era incorrecto. Pero un examen más minucioso de los documentos alemanes disponibles desde entonces, y de las propias órdenes e instrucciones de Ludendorff, arroja una luz diferente sobre la cuestión. Se diría que el auténtico error yacía en otro fallo de Ludendorff,

que fue incapaz de llevar a cabo en la práctica el nuevo principio que había adoptado en teoría. O bien no lo comprendió del todo o se arrugó ante las implicaciones que acarrearía esta nueva teoría estratégica. De hecho, lo cierto es que disipó una parte excesiva de sus reservas tratando de remediar fracasos tácticos y dudó demasiado a la hora de tomar decisiones para explotar sus éxitos tácticos.

Los problemas empezaron ya en la elección del punto de ataque. El asalto inicial lo iban a protagonizar el Decimoséptimo, el Segundo y el Decimoctavo ejércitos, en un frente de unos 100 kilómetros entre Arras y La Fère. Se habían sopesado dos propuestas alternativas. Una implicaba atacar sobre los flancos del saliente de Verdún; pero se había descartado por considerar que el terreno era desfavorable, que una ruptura tenía pocas probabilidades de reportar un resultado decisivo y que el ejército francés se había repuesto demasiado bien tras un año de convalecencia casi sin sobresaltos. La otra alternativa recomendaba atacar entre Ypres y Lens. Era la preferida por el asesor estratégico de Ludendorff, Wetzell, y también contaba con el beneplácito del príncipe Rupprecht, que mandaba el frente entre Saint Quentin y el mar. Fue rechazada porque supondría enfrentarse con la principal concentración del ejército británico y porque debía desarrollarse en tierras bajas, un terreno impracticable que tardaría en secarse.

Así que la elección recayó en el sector Arras-La Fère porque el terreno era favorable y, además, porque se trataba del más débil en términos de defensas, defensores y reservas. Por si fuera poco, estaba cerca del punto de articulación que unía a los ejércitos francés y británico. Ludendorff esperaba separarlos para seguidamente machacar a los británicos.


VIII-FRENTE OCCIDENTAL, 1918
0
50
100 km
Lineas aliadas en marzo de 1918.
Avances alemanes tras la ofensiva de 1918.
Lineas aliadas tras el armisticio del 11 de noviembre de 1918.
Fronteras.
AVANCES ALEMANES
Marzo
Abril
Mayo-Junio
Julio
Mar del Norte
CANAL DE LA MANCHA
Estrecho de Dover
HOLANDA
BÉLGICA
FLANDES
PICARDÍA
CHAMPAGNE
FRANCIA
LUXEMBURGO
ALEMANIA
Ardenas
Dover
Zeebrugge
Ostende
Nieuport
Dunquerque
Calais
Boulogne
Brujas
Amberes
Gante
Dixmude
Passchendaele
R. Yser
Ypres
Courtrai
Menin
Messines
Mont Kemmel
St. Omer
Hazebrouck
Neuve-Chapelle
Béthune
La Bassée
Lille
Tournai
Ath
BRUSELAS
Genappe
Namur
Mons
Valenciennes
Loos
Lens
Douai
Vimy
Arrás
Abbeville
Cambrai
Le Cateau
Maubeuge
Bapaume
Péronne
Albert
Amiens
Guisa
Hirson
San Quintín
Roye
Ham
Noyon
La Fère
Laon
Montdidier
Camino de las Damas
Compiègne
Soissons
Reims
Rethel
Mezieres
Sedán
Givet
LUXEMBURGO
Verdún
Briey
Metz
Saint Mihiel
Nancy
Chalons
Château Thierry
Meaux
PARÍS
Beauvés
Ruan
Dieppe
Río Somme
Río Escalda
Río Lys
Río Sambre
Río Mosa
Río Oise
Río Aisne
Río Ourcq
Río Marne
Río Mosela
Río Sena
Petit Morin

Razonaba que debían estar francamente agotados tras los prolongados esfuerzos que habían realizado en Ypres. Pero, aunque la debilidad relativa de este sector era cierta en rasgos generales, si nos fijamos en los detalles, veremos que su juicio estaba profundamente equivocado. El tercio norte del sector era fuerte y contaba con una defensa sólida, la del Tercer Ejército británico, dotado de 14 divisiones (cuatro de ellas en reserva). El grueso de las reservas británicas se encontraba en este flanco, así que podría recibir (y recibió) apoyo más rápido del resto de los ejércitos británicos, situados más al norte. Los otros dos tercios del frente sobre los que Alemania descargó el golpe estaban defendidos por el Quinto Ejército británico. En el sector central, encaradas al Segundo Ejército alemán, había 5 divisiones. El sector sur, más largo, que se extendía en parte ante el Decimoctavo Ejército alemán, contaba con 7 divisiones para su sostenimiento (una de las cuales estaba en reserva).

Para el primer embate, Ludendorff asignó 19 divisiones al Decimoséptimo Ejército, cerca de Arras, todas ellas agrupadas en el ala izquierda cubriendo un frente de 23 kilómetros. Dado que el saliente británico que apuntaba a Cambrai no se atacaría directamente, sino que se procedería a pincharlo como un globo, se destinaron 2 divisiones germanas a ocupar ese tramo de 8 kilómetros, del Segundo Ejército. A su vez, este último ejército concentró 18 divisiones contra el ala izquierda del Quinto Ejército británico (compuesto por 5 divisiones), en un frente de 23 kilómetros de longitud. En el extremo sur, a ambos lados de Saint Quentin, se asentaría el Decimoctavo Ejército alemán. Ludendorff solamente le concedió 24 divisiones para atacar un frente de algo más de 43 kilómetros de largo. A pesar de su nueva teoría, había distribuido las fuerzas de acuerdo con la fortaleza de los enemigos, en vez de concentrarlas contra el punto de menor resistencia.

La orientación de sus órdenes aún hizo más énfasis en esta tendencia. El principal esfuerzo debería ejercerse al norte del Somme. Tras quebrar la resistencia enemiga, el Segundo y el Decimoséptimo ejércitos deberían virar hacia el noroeste, para presionar a los británicos y obligarlos a retroceder hacia la costa. El río y el Decimoctavo Ejército cubrirían su flanco. En realidad, este último actuaría solamente como guardián del flanco durante la operación ofensiva. Al final este plan acabó experimentando una modificación radical, aunque sí daba la impresión de seguir la línea de menor resistencia, porque Ludendorff obtuvo éxitos muy rápidos donde menos los deseaba y se le escaparon allí donde más los ansiaba.

El ataque comenzó el 21 de marzo, cuando una neblina en las primeras horas de la mañana ayudó a intensificar la sorpresa. Al sur del Somme, el golpe quebró por completo las líneas defensivas justo allí donde eran más livianas, aunque también lo eran las fuerzas atacantes. Pero en Arras, el embate fue detenido, causando una reacción en todo el frente ofensivo al norte del río. Este resultado era una certeza calculable. Pero Ludendorff, infringiendo el nuevo principio teórico que pretendía aplicar, dedicó las siguientes jornadas a intentar revivir el ataque contra el bastión de Arras, que era sólido y estaba defendido con firmeza. Así que mantuvo esta idea como eje principal de los esfuerzos de la operación. Al mismo tiempo, mantuvo un estrecho control sobre el Decimoctavo Ejército, que en el sur proseguía pujante su avance, sin encontrar una oposición férrea por parte del adversario. Incluso en fecha tan tardía como el 26 de marzo dio órdenes para que se frenase y no cruzase el río Avre. En lugar de ello, debía acoplarse al ritmo de su vecino, el Segundo Ejército. A su vez, a este último lo ralentizaba el Decimoséptimo Ejército, situado cerca de Arras, que continuaba en su empeño con poco éxito. Así se confirma que, en realidad, Ludendorff por-

fiaba por aniquilar las tropas británicas intentando demoler su sector más sólido mediante un ataque directo. Esta obsesión le impidió ver la oportunidad de lanzar al grueso de sus reservas a lo largo de la línea de menor resistencia, al sur del Somme, hasta que fue demasiado tarde.

Originalmente el plan contemplaba trazar un arco hacia el noroeste y quizás se podría haber completado, de haberse realizado después de pasar el flanco enemigo, para así dirigirse contra el bastión de Arras por detrás. El 26 de marzo ya era visible que el ataque al norte del Somme (desarrollado por el ala izquierda del Decimoséptimo Ejército y el ala derecha del Segundo) se iba apagando. Era el precio de sus ganancias, que habían sido costosas. Al sur del Somme, el ala izquierda del Segundo Ejército alcanzó el desierto creado en los viejos campos de batalla del Somme, quedando horrorizado. Aquello también suponía un freno para el movimiento y los suministros. Tan solo el Decimoctavo Ejército continuaba adelante sin que amainase su ímpetu.

Esta situación llevó a Ludendorff a adoptar un nuevo plan, pero sin abandonar del todo el anterior. Ordenó que, el 28 de marzo, el ala derecha del Decimoséptimo Ejército emprendiese un nuevo ataque directo en la zona de tierras altas cerca de Arras. Iría seguido de un ataque del Sexto Ejército justo al norte, entre Vimy y La Bassée. Pero la situación tan prometedora que había al sur del Somme lo condujo a señalar Amiens como objetivo principal del Segundo Ejército. Aun así, disuadió al Decimoctavo de su intención de proseguir avanzando para desbaratar el flanco de la resistencia de Amiens; deberían esperar nuevas órdenes. Se había reconocido Amiens como otro objetivo relevante adicional y había que tomarlo mediante una aproximación directa a través de terreno poco favorable.

El 28 de marzo se dio el pistoletazo de salida para el ataque sobre Arras, sin el escudo de la niebla ni la sorpresa. Fue un fracaso rotundo ante la resistencia del Tercer Ejército, perfectamente preparado y bajo el mando de Byng. Solo entonces abandonó Ludendorff su idea original y dirigió el esfuerzo principal y parte de las reservas restantes hacia Amiens. Mientras tanto, ordenó al Decimoctavo Ejército que contuviese el ritmo durante dos días. Cuando se reanudó la ofensiva el 30 de marzo, su empuje se había atenuado claramente, con progresos muy escasos. El paso del tiempo había permitido que la resistencia se endureciese, ayudada por las reservas francesas que se destinaron a cimentar aquel muro a punto de desmoronarse. Fue el primer día en que la artillería gala entró en acción de forma significativa, tras haber llegado más tarde que la infantería. Otras 15 divisiones alemanas ejecutarían un nuevo intento el 4 de abril. Tan solo cuatro de ellas llegaban frescas y los resultados que lograron fueron aún más magros.

En lugar de enredarse en una lucha de desgaste, Ludendorff suspendió el ataque contra Amiens. En ningún momento había lanzado el grueso de sus fuerzas siguiendo la línea de fractura que se había abierto entre los ejércitos británico y francés. Pero el 24 de marzo, Pétain había confesado a Haig que, de continuar el avance alemán por esa ruta, se vería obligado a retirar las reservas francesas hacia el suroeste, para proteger París. Con tan solo un poco más de presión, los alemanes habrían convertido lo que entonces era una grieta en un auténtico abismo.

Esto que ahora sabemos confirma dos lecciones históricas. La primera, que el punto de articulación constituye el lugar más sensible y rentable para efectuar un ataque. La segunda, que la penetración entre dos fuerzas o unidades es más peli-

grosa si están emplazadas codo con codo que si se trata de contingentes separados geográfica y orgánicamente.

Ludendorff, sin demasiada confianza, optó por descargar un nuevo ataque más al norte, ya que ahora gran parte de sus reservas se afanaban en ocupar el gigantesco saliente al sur de Arras. El 25 de marzo había dispuesto que se preparase un ataque a pequeña escala entre La Bassée y Armentières. Sería el primer paso para ampliar la anchura de su avance. Tras el fracaso de la ofensiva sobre Arras del 28 de marzo, había expandido su plan. El ataque al sur de Armentières iría seguido por otro al norte de esta población, 24 horas más tarde. La intención era rodearla y aislarla.

La orden se había concretado tarde y el ataque no estuvo preparado para iniciarse hasta el 9 de abril. Incluso entonces, se concebía como una mera medida de distracción. Pero su éxito inicial fue sorprendente. Contribuyó a ello otra neblina matutina y el hecho de que se trataba de un sector debilitado. Pero Ludendorff decidió convertirlo poco a poco en el esfuerzo principal. A lo largo de un frente de más de 17 kilómetros, al sur de Armentières, se alineaban nueve divisiones alemanas, con otras cinco más en la segunda oleada. Se verían las caras con una división portuguesa y 2 británicas (tras las cuales aguardaban 2 más en reserva, muy cerca). Al día siguiente, 4 divisiones acompañadas de otras 2 más en segunda línea atacaron al norte de Armentières, cubriendo un frente de poco más de 11 kilómetros. Una vez más, con el beneficio de una espesa bruma. A medida que la resistencia fue fraguando y consolidándose, se les fueron uniendo nuevas divisiones de refresco, gota a gota. Al concluir la primera semana de mayo, se habían empleado más de 40. Ludendorff se había enfangado en una campaña de desgaste.

Los británicos estaban en una situación desesperada, muy cerca de sus bases y con el mar ya a la espalda, pero su resis-

tencia funcionó como dique para contener la marea germana, tras una invasión de 16 kilómetros de profundidad, que se quedó a las puertas del importante nudo ferroviario de Hazebrouck. A continuación, el 17 de abril, Ludendorff probó un golpe convergente por ambos lados de Ypres. Pero se trataba de una opción prevenida y prácticamente anulada por la acción indirecta de Haig. Este último había hecho bascular su línea para replegarla hasta aquí durante las 48 horas inmediatamente anteriores. Tras ver que este proyecto también se desinflaba, Ludendorff retomó el ataque directo puro al sur de Ypres, donde habían llegado reservas francesas para asumir la defensa de una parte de la línea. La ofensiva del 25 de abril cayó sobre el punto de articulación y lo quebró en las colinas de Kemmelberg. Pero Ludendorff renunció a explotar la ruptura y detuvo la penetración por miedo a sufrir un contraataque. En general, fue muy moderado a la hora de repartir y desplegar sus reservas, que llegarían demasiado tarde y en número insuficiente para conseguir un auténtico triunfo. Al parecer, tras el fracaso de su primera ofensiva, ya no tenía mucha fe en la segunda. Y tras el empeño final desencadenado el día 29, la detuvo. Claro que solamente pretendía suspenderla temporalmente, hasta que consiguiese atraer a los refuerzos franceses al frente galo. A continuación, tenía pensado descargar una estocada final y decisiva contra los británicos en Flandes.

Ya había dado instrucciones para los preparativos de un ataque contra el sector de Chemin des Dames, entre Soissons y Reims. Pretendía lanzarlo el 17 de abril, pero no estuvo preparado del todo hasta el 27 de mayo; en gran medida debido a la prolongación de la ofensiva en Flandes solicitada por el propio Ludendorff, con su correspondiente gasto de reservas. La sección de inteligencia del cuartel general estadounidense había predicho la ubicación y la fecha aproxima-

das del ataque, pero nadie hizo caso de sus advertencias hasta el último momento, cuando fueron confirmadas por el informe de un prisionero, el 26 de mayo. Ya era demasiado tarde para reforzar las defensas, tan solo cabía alertar a las tropas. Aun así, la advertencia permitió comenzar la movilización de refuerzos. A la mañana siguiente, 15 divisiones propinaron el golpe, seguidas muy de cerca por otras 7, extendidas para cubrir un frente de casi 40 kilómetros defendido por 5 divisiones francesas y británicas (que contaban con 4 más de refuerzo a sus espaldas). El inicio del ataque se produjo envuelto en una espesa capa de niebla y humo. Los defensores fueron barridos y expulsados del Chemin des Dames y después empujados más allá del río Aisne. Los atacantes alcanzaron el Marne el 30 de mayo. Pero una vez más, Ludendorff había obtenido un éxito que no deseaba y para el cual no estaba preparado. El autor de la sorpresa se había quedado estupefacto. El arrollador comienzo no solo atraía a la zona a una proporción exagerada de sus propias reservas, sino que además desperdiciaba su efecto, ya que, en una carrera de reservas, eran los Aliados quienes jugarían con ventaja.

El alcance del éxito inicial merece un análisis. Podría parecer que se había debido en parte a la distracción de la atención y de las reservas de los Aliados, centradas en otros lugares. Otro motivo parcial del resultado sería el hecho de que los alemanes persiguieron con tesón la línea de menor resistencia. Y la última razón sería la necedad del comandante local del ejército francés, que insistió en amontonar a la infantería en las posiciones más avanzadas, donde no fue más que carne de cañón para las baterías germanas. La artillería, las reservas locales y los puestos de mando de la defensa también estaban muy cerca del frente. Como consecuencia, el desplome que sobrevino a la ruptura de las líneas por parte de los alemanes fue más rápido e intenso. Así fue como el ataque

recobró el factor de sorpresa táctica que había perdido en buena medida el día antes de su puesta en marcha. Dado que la esencia de cualquier sorpresa es la desarticulación, el efecto es similar, independientemente de si nos servimos de una treta para toparnos con el adversario durmiendo o si él mismo se deja atrapar con los ojos abiertos.

En ese momento, Ludendorff había creado dos gigantescos salientes y otro más pequeño que penetraban en el frente de los Aliados. La siguiente intentona se consagraría a practicar una maniobra de pinza para aislar Compiègne, que actuaba como bastión situado entre las protuberancias del Somme y el Marne. Pero esta vez no habría elemento sorpresa y el golpe dirigido hacia la cara occidental de aquel sostén no llegaría hasta el 9 de junio, demasiado tarde para coincidir con la presión en el este.

A continuación, se vivió una pausa de un mes. Ludendorff era presa de la angustia, estaba ansioso por hacer realidad la idea con la que tanto tiempo había soñado: descerrajar un golpe decisivo contra los británicos en Bélgica. Pero también consideraba que las reservas enemigas en aquel país eran aún demasiado robustas, así que volvió a optar por una distracción, con la esperanza de que una arremetida dura en el sur convocase a los refuerzos británicos. El intento de aislar el bastión de Compiègne en el oeste del saliente del Marne había sido frustrado; ahora tocaba intentar lo mismo en el este, atacando Reims por ambos costados. Pero necesitaba un tiempo de respiro para descansar y realizar preparativos. Ese retraso fue fatal, pues otorgó a británicos y franceses tiempo suficiente para recuperarse, y a los estadounidenses, el plazo necesario para reunir fuerzas.

La victoria táctica de sus propios golpes había supuesto la ruina para Ludendorff, porque al ceder a su influjo había apretado excesivamente y avanzado demasiado lejos, con lo

cual había dejado exhaustas sus reservas y había provocado un lapso de pausa entre choque y choque que no le beneficiaba en absoluto. No había seguido la línea de menor resistencia, sino la línea de una resistencia cada vez más férrea. Tras la ruptura inicial, cada uno de los ataques se había convertido desde el punto de vista estratégico en una aproximación directa pura. Había logrado clavar tres cuñas portentosas, pero ninguna había perforado al enemigo tan a fondo como para seccionar una arteria vital. Ese fiasco estratégico dejaba a Alemania ocupando un frente lleno de recovecos, que invitaba a poner en práctica contraataques de flanqueo.

El 15 de julio, Ludendorff ordenó un nuevo embate, pero no era ningún secreto que se iba a iniciar. La defensa elástica lo frustró al este de Reims y, al oeste, los alemanes cruzaron el curso del Marne, pero esa penetración no les sirvió más que para enredarse y acelerar su caída. El 18 de julio, Foch propinó un golpe que llevaba mucho tiempo preparando, dirigido contra el otro flanco del saliente del Marne. Pétain estaba al cargo de esta operación y aquí fue donde aplicó la clave que le había faltado a Ludendorff. Utilizó grandes cantidades de tanques ligeros para que liderasen el ataque por sorpresa, según el ejemplo de Cambrai. Los alemanes se las ingeniaron para mantener abiertas las puertas del saliente durante el tiempo suficiente para replegar las fuerzas a zonas más seguras y enderezar su línea. Pero las reservas estaban exhaustas. La situación forzó a Ludendorff primero a posponer y después a abandonar definitivamente la ofensiva en Flandes. Por fin, y de forma definitiva, la iniciativa pasaba a estar en manos de los Aliados.

Es imprescindible analizar la naturaleza del contraataque aliado en el Marne. Pétain había solicitado a Foch que reuniese dos grupos de reservas, emplazados respectivamente en Beauvais y Épernay. Tenía la mente puesta en un contragol-

pe, que lanzaría sobre el flanco de los alemanes y, a continuación, contra cualquier nuevo ataque teutón. El primer grupo, bajo órdenes de Mangin, se dedicó a desbaratar el ataque alemán del 9 de junio y después se trasladaría a una posición situada en la cara occidental del saliente del Marne. Foch pensaba utilizarlo para un propósito directo: atacar el nudo ferroviario de Soissons. Mientras se estaba preparando esta operación, el servicio de inteligencia obtuvo noticias precisas acerca de la próxima ofensiva de los alemanes, cuyo escenario serían las proximidades de Reims. Foch escogió anticiparse a ella en lugar de esperar a reaccionar, para lo cual lanzaría su estocada el 12 de julio. Sin embargo, Pétain estaba convencido de lo contrario; quería permitir que los alemanes se acercasen, que se quedasen enmarañados y bloqueados para después machacar de flanco su retaguardia. Curiosamente, resultó que, cuando amaneció el día 12, las tropas francesas no estaban dispuestas, así que la batalla se dirimió ateniéndose a la visión de Pétain, más que a la de Foch, aunque no del todo. Y es que el plan de Pétain consistía en ceder primero su posición avanzada a los atacantes, con una defensa ligera, para después detenerlos justo frente a la posición de la retaguardia francesa, intacta. A continuación, emprendería contraataques locales para trabar al enemigo y obligarle a desplegar sus reservas en las nuevas bolsas que originarían sus envites a ambos lados de Reims. Por último, arrojaría a Mangin con sus tropas para hendir las líneas adversarias en la auténtica contraofensiva, hacia el este y a lo largo de la línea que formaba la base del principal saliente del Marne. Así tendría la oportunidad de cerrar el istmo de aquella vasta península de territorio arrebatado por el enemigo y embolsaría a las fuerzas germanas al sur del Aisne.

Foch y los acontecimientos se combinaron para alterar esta concepción. Al este de Reims, el ataque alemán quedó anula-

do por la defensa elástica, una forma de aproximación indirecta táctica. Pero al oeste, los comandantes se empeñaron en aplicar el viejo y rígido método de defensa, hasta que vieron cómo se quebraban sus líneas. Los alemanes pasaron y se colaron más allá del Marne. Para conjurar el peligro, Pétain tuvo que destinar allí la mayor parte de los refuerzos que tenía previsto emplear para la segunda fase de su plan. Para sustituirlos, optó por solicitar efectivos a Mangin y posponer el contraataque de este último, que Foch ya había ordenado para el 18 de julio. Cuando Foch se enteró de esta orden, la revocó al instante. Por tanto, habría que prescindir de la segunda fase, de modo que aún quedaron reservas alemanas disponibles para contener el avance de Mangin y mantener abierto el cuello de botella, evitando el embolsamiento. El teórico contragolpe pronto se transformó en una maniobra convergente totalmente directa, como la campaña de Falkenhayn en Polonia en 1915. La acción ejerció presión sobre toda la bolsa y empujó a los alemanes a salir de ella.

A partir de este punto, la idea central de Foch fue sencillamente retener la iniciativa y no dar descanso al enemigo mientras acumulaba sus propias reservas. El primer paso consistió en liberar las líneas de ferrocarril laterales, por medio de una serie de ofensivas locales. La primera la capitaneó Haig el 8 de agosto, frente a Amiens. Tomando precauciones y aplicando medidas de engaño con mucha habilidad, se duplicaron los efectivos del Cuarto Ejército de Rawlinson y el ataque, que encabezaron 450 carros de combate, tal vez fuese la mayor sorpresa de toda la guerra. Aunque el avance no tardó en interrumpirse (un motivo natural para ello era que aplicaba una presión muy directa), la conmoción inicial bastó para desintegrar y desequilibrar la moral del mando supremo alemán. Ludendorff creyó que la moral de sus tropas estaba quebrada y por eso declaró que era preciso recurrir a la nego-

ciación para buscar la paz. Dijo que, mientras tanto, «el objetivo de nuestra estrategia debe ser paralizar gradualmente la voluntad ofensiva del enemigo, por medio de una defensa estratégica».

Pero lo que ocurrió fue que los Aliados concibieron un nuevo método estratégico. El primero en darle impulso fue Foch, al ordenar una sucesión de ataques en distintos puntos. Haig remató la evolución de la idea al negarse a seguir las instrucciones de Foch que le conminaban a continuar con la presión frontal del Cuarto Ejército. No reanudó el avance hasta que hubieron actuado el Primer y el Tercer ejércitos. Así pues, aunque solo fuese en el ámbito al mando de Pétain y Haig, la ofensiva de los Aliados se convirtió en una secuencia de golpes rápidos efectuados en distintos puntos. Estos golpes cesaban en cuanto se desvanecía su empuje inicial. Cada uno de ellos estaba pensado para facilitar el camino al siguiente y todos eran tan cercanos en términos de tiempo y espacio que permitían reaccionar ante las consecuencias de unos sobre otros. Esto supuso un reto a la capacidad de Ludendorff para trasladar reservas y prever los ataques. También le iba pasando una factura creciente al equilibrio de sus reservas, aunque no sin coste también para los recursos de los Aliados. Este método no constituye una auténtica aproximación indirecta, pero sí se asemeja al menos a lo que consideraríamos un caso límite. No siguió la línea de menor expectativa, es verdad, pero sí evitó la línea de expectativa natural. No siguió la línea de menor resistencia, cierto, pero nunca perseveró en seguir la línea de endurecimiento de la resistencia. De hecho, representó una forma negativa de la aproximación indirecta.

A tenor del declive numérico y moral que sufrieron las fuerzas alemanas, el método fue suficiente, al menos temporalmente, para asegurar un avance constante y el debilita-

miento gradual de la resistencia germana. La prueba evidente de ese declive y las garantías que Haig ofreció en consecuencia para romper la Línea Hindenburg, donde más fuertes eran las reservas alemanas, provocaron que Foch renunciase precisamente al método para favorecer una ofensiva general y simultánea a finales de septiembre.

El plan consistía en una maniobra directa de presión convergente, que se ejercería sobre el enorme saliente que formaba el frente alemán en Francia. Se esperaba que, al avanzar, las dos alas de los Aliados, formadas respectivamente por británicos y estadounidenses, cortarían el paso a una gran parte de los ejércitos germanos presentes en la zona y los rodearían. Esta esperanza se basaba en una idea: que las Ardenas suponían un muro prácticamente infranqueable, que solo ofrecía escapatorias muy angostas en los flancos. Por otro lado, podríamos añadir que ese concepto de las Ardenas probablemente fuese fruto del desconocimiento del territorio. Porque en realidad contaba con buenas carreteras y en su mayor parte el paisaje estaba dominado por colinas y ondulaciones, no por auténticas montañas[26].

Originalmente, y por sugerencia de Pershing, el plan contaba con ciertos rasgos de aproximación indirecta. Propuso que el ejército estadounidense explotase sus éxitos locales para eliminar el saliente de Saint Mihiel efectuando un avance hacia Briey y dejando a un lado Metz, con el objetivo de interrumpir las comunicaciones alemanas en Lorena y amenazar su línea de retirada occidental hacia el Rin. Pero a Haig no le convencía el movimiento, pues era divergente en lugar de convergente respecto a los demás ataques de los Aliados. Y Foch cambió su plan según correspondía, descartando el proyecto de Pershing. Por consiguiente, el ejército estadounidense hubo de trasladar sus esfuerzos hacia el oeste y organizar un ataque a toda prisa en el sector Mosa-Argonne, con

apenas una semana de preparación. Allí, la presión prolongada a lo largo de la línea donde se iba endureciendo la resistencia tuvo altos costes y provocó una enorme confusión. Además, se demostró que era innecesaria para facilitar el avance de Haig a través de la Línea Hindenburg.

Allí el devenir de los acontecimientos tendía a demostrar que una aproximación directa, siempre y cuando cuente con una superioridad de fuego avasalladora y se enfrente a un oponente con la moral por los suelos, sí puede quebrar la posición enemiga, pero no puede descomponer al adversario. Cuando llegó el 11 de noviembre, el día del armisticio, tras sacrificar sus retaguardias, las fuerzas alemanas estaban en terreno seguro, fuera del saliente. Habían recompuesto una línea más recta y acortada. El avance de los Aliados estaba prácticamente en punto muerto. Y esto no se debía tanto a la resistencia alemana, sino que era sobre todo por las dificultades que afrontaban el mantenimiento y los suministros en áreas devastadas. En tales condiciones, una aproximación directa solo había servido para ayudar a los alemanes a escaparse a una velocidad imposible de emular por sus adversarios.

Por suerte, la última fase de la ofensiva militar revistió poca importancia. La sacudida a la moral que había propiciado la sorpresa inicial del 8 de agosto en el alto mando alemán se agudizó y se volvió letal por efecto de una aproximación indirecta que se produjo en otro teatro, muy lejano, del conflicto. Se trataba de la ofensiva de los Aliados en el frente de Salónica. Fue una acción dirigida hacia un sector donde el terreno era tan complicado que había pocos defensores y pronto consiguió romper las líneas y avanzar. Una vez fracturada la defensa, los rigores del relieve montañoso dificultaron la labor de los defensores para trasladar sus reservas lateralmente e intentar bloquear los progresos del avance, que seguía la línea de menor resistencia. Con su ejército partido en dos y ya can-

sados y hartos de la guerra, los búlgaros anhelaban un armisticio. Esta hazaña no solo derribó el primer pilar de la alianza de las Potencias Centrales, sino que también abrió la vía para avanzar sobre la retaguardia de Austria.

El peligro se agravó y volvió más próximo cuando una ofensiva italiana cayó sobre el frente austriaco, físicamente exhausto y con la moral muy mermada. Como resultado, destrozó sus líneas. Si se producía una capitulación inmediata de Austria-Hungría, su territorio y sus ferrocarriles quedarían a disposición de los Aliados. Podrían servir como base de operaciones contra el «patio trasero» de Alemania. En septiembre, el general Von Gallwitz le había comunicado al canciller alemán que una contingencia de ese cariz sería «decisiva».

Esta amenaza y el tremendo efecto moral del bloqueo (la otra gran aproximación indirecta de la gran estrategia) sobre una población maltratada por el hambre y sin esperanzas se clavaron como dos espuelas durante los últimos días hasta obligar al Gobierno alemán a rendirse. Las espuelas mordían la carne de un corcel que galopaba desbocado, forzado a frenar en seco a latigazos: las noticias de la derrota en Bulgaria y los primeros informes que confirmaban la reanudación del ataque frontal en Francia.

El mando supremo perdió los nervios. Fue tan solo durante unos días, pero bastaron, pues resultó imposible recuperarse del trance. El 29 de septiembre, Hindenburg y Ludendorff tomaron una decisión precipitada y solicitaron un armisticio, aduciendo que el derrumbe del frente búlgaro había trastocado todas sus disposiciones: «las tropas destinadas al Frente occidental tuvieron que ser reasignadas y trasladadas allí». Esto había «alterado de una forma fundamental» la situación, a la vista de los ataques que entonces se recibían en el Frente occidental. Porque dichos ataques «por el momento han sido rechazados, pero es preciso contar con que se prolongarán».

Esta última cláusula se refería a la ofensiva general orquestada por Foch. El ataque estadounidense en el sector Mosa-Argonne había comenzado el 26 de septiembre, pero prácticamente había encallado ya el 28. Ese mismo día se había desatado un ataque franco-belga-británico, aunque se trataba de un evento desagradable, tampoco suponía un grave riesgo. Pero la mañana del día 29, Haig descargó el golpe principal sobre la Línea Hindenburg. Esta vez, las primeras noticias eran preocupantes.

Ante la situación de emergencia, se nombró al príncipe Maximiliano de Baden como canciller. Su cometido sería pactar un tratado de paz, sirviéndose de la reputación internacional que tenía como hombre moderado y de honor. Para negociar de manera eficaz y sin confesar la derrota, necesitaba un cierto plazo. Y así lo solicitó: un espacio de «unos diez, ocho, aunque fuesen cuatro días, antes de verme en la tesitura de apelar al enemigo». Pero Hindenburg se limitó a reiterar: «la gravedad de la situación militar no admite retrasos» e insistió en que era «necesario presentar una oferta de paz a nuestros enemigos sin demora».

Por lo tanto, el 3 de octubre se hizo un llamamiento al presidente Wilson para acordar un armisticio inmediato. Constituía una confesión abierta de derrota ante el mundo. Ya antes de este momento, el 1 de octubre, el alto mando había erosionado la situación en el frente interno, al comunicar esta misma impresión en una reunión que congregó a líderes de todos los partidos políticos.

Aquellas personas habían vivido durante muchísimo tiempo a oscuras y ahora una luz cegadora y repentina les deslumbraba. Todas las fuerzas de discordia y fragilidad recibieron un espaldarazo fortísimo.

En cuestión de pocos días, el mando supremo se animó e incluso se volvió optimista, cuando constató que no había tenido continuidad el éxito británico tras romper la Línea Hindenburg para seguir quebrantando el frente donde se combatía. Había noticias más alentadoras, como la disminución de la fuerza con que atacaban los Aliados, especialmente a la hora de explotar las oportunidades y brechas abiertas. Ludendorff todavía deseaba un armisticio, pero solo para conceder a sus tropas un descanso, como preludio para proseguir después con la resistencia y garantizar una retirada segura hasta una línea defensiva menos extensa, sobre la frontera. El 17 de octubre incluso consideró que sería viable atenerse a este plan aun sin el descanso. En realidad, la situación no había cambiado tanto, pero había reconsiderado sus impresiones. En el fondo, las condiciones nunca habían sido tan desesperadas como se las había figurado el 29 de septiembre. Lo malo era que aquella primera impresión ya se había difundido entre los círculos políticos y públicos de Alemania, como sucede con las ondas cuando arrojamos un guijarro a un estanque. El frente interno tardó más en comenzar a desmoronarse, pero cuando lo hizo, se desplomó mucho más rápido que el frente de batalla.

El 23 de octubre, el presidente Wilson contestó a las misivas alemanas con una nota que, en esencia, exigía una rendición incondicional. Ludendorff aspiraba a continuar combatiendo. Albergaba la esperanza de que una defensa sólida de la frontera alemana diluyese la determinación de los Aliados. Pero la situación estaba ya muy lejos de su control. La voluntad de la nación se había quebrado y su opinión estaba desacreditada. El 26 de octubre fue obligado a dimitir.

A continuación, y durante 36 horas, el canciller permaneció postrado en coma debido a una sobredosis de somníferos. Cuando regresó a su despacho, la tarde del 3 de noviembre,

se topó con que no solo el Imperio otomano, sino también Austria-Hungría, había capitulado. Las puertas del «patio trasero» estaban abiertas de par en par. Al día siguiente estalló la revolución en Alemania y se propagó a toda velocidad por el país, alimentada por la renuencia del káiser a abdicar, mientras las negociaciones de paz se aplazaban. La única oportunidad era llegar a un compromiso con los revolucionarios, así que el día 9, el príncipe Maximiliano cedió su lugar al socialdemócrata Ebert. Los representantes plenipotenciarios alemanes ya se encontraban con Foch para ratificar el armisticio. A las 5 de la madrugada, el 11 de noviembre, firmaron las condiciones. A las 11 de la mañana, la guerra llegó a su fin.

El asunto había quedado decidido finalmente el 29 de septiembre, al menos en la mente del alto mando alemán. Ludendorff y sus ayudantes estaban rotos. El eco de aquella quiebra resonó por toda Alemania. No había forma de encauzarlo ni acallarlo. El mismo mando supremo podría recuperar la calma, desde luego, y hasta la situación militar real podría mejorar. Pero el impacto sobre la moral fue decisivo, como siempre sucede en una guerra.

Entre las causas que arrinconaron a Alemania sin otra salida que rendirse, se considera que el bloqueo fue el principal. Su existencia es la respuesta más incontrovertible a esta pregunta: ¿podrían haberse mantenido firmes los ejércitos germanos defendiendo sus propias fronteras de no haber sido por la revolución? Aunque el pueblo alemán, arengado para soportar un esfuerzo supremo y contribuir a la clara defensa de su propia tierra, fuese capaz de mantener a raya a las fuerzas armadas de los Aliados, en última instancia no podría sino aplazar el amargo final. Y todo gracias al estrangulamiento del poder naval, el arma histórica del Imperio británico.

Ahora bien, si hablamos de apresurar la rendición y evitar que la guerra se prolongase hasta 1919, está claro que los actos del estamento militar ocupan el primer plano. Esta conclusión no implica que en el momento del armisticio la capacidad militar alemana estuviese agotada ni que sus ejércitos hubiesen sido vencidos de forma decisiva. Ni que el armisticio fuese una concesión errónea. Lo que sucede, más bien, es que al examinar y filtrar los sucesos y registros de los últimos «cien días», estos refrendan una lección eterna: en una guerra, el verdadero objetivo son las mentes de los dirigentes hostiles, no los cuerpos de sus tropas. El equilibrio entre victoria y derrota pivota sobre las impresiones mentales; las agresiones físicas solamente tienen efectos indirectos sobre aquel. El elemento que quebró los nervios de Ludendorff no fue la pérdida de prisioneros, cañones y territorio; fueron el impacto de verse sorprendido y la sensación de impotencia para contrarrestar potenciales movimientos estratégicos del enemigo.

TERCERA PARTE

La estrategia en la Segunda Guerra Mundial

15

La estrategia de Hitler

El desarrollo de las campañas de Hitler, antes y después del estallido de la guerra, en 1939, proporcionó una demostración verdaderamente espectacular del método que delineamos en las partes anteriores de esta obra. Durante el primer periodo aportó a la estrategia de aproximación indirecta una nueva dimensión, logística y psicológicamente, tanto sobre el terreno como en el debate. Posteriormente, concedería a sus oponentes abundantes oportunidades para explotar la aproximación indirecta aplicándola en su contra.

En cuestiones de guerra, es un rasgo de sabiduría no subestimar a los adversarios. Igual de importante es entender sus métodos y saber cómo funciona su mente. Esa comprensión constituye los cimientos sobre los que se basa toda iniciativa que prevea y prevenga sus movimientos con éxito. Las potencias que abogaban por la paz sufrieron lo indecible al «perder el tren» constantemente debido a su lentitud para calibrar qué intentaría Hitler en su siguiente actuación. Una nación puede cosechar beneficios ingentes si los órganos asesores del Gobierno incluyen un «departamento del enemigo», encargado de cubrir todos los ámbitos de la guerra y estudiar los problemas del conflicto desde el punto de vista del adversario. Si se trabaja de forma imparcial, es posible predecir cuáles son las vías de actuación más probables por su parte.

Nada le parecerá más extraño a un historiador futuro que la manera en que los gobiernos de las democracias no fueron capaces de prever el rumbo que Hitler acabaría tomando. Y

es que nunca antes un hombre con una ambición tan inmensa había desvelado con tanta claridad y franqueza sus cartas: tanto el proceso general que soñaba con desarrollar, como los métodos concretos que pretendía poner en práctica para lograrlo. *Mein Kampf*, junto con sus discursos y demás declaraciones, proporcionaba pistas de sobra acerca de hacia dónde se encaminaba y cuál sería la secuencia de sus acciones. Una autorrevelación sorprendentemente transparente sobre cómo funcionaba su cerebro, la prueba más sólida de que lo que logró no fue una consecuencia accidental ni mero oportunismo. Pero también la confirmación más rotunda del viejo proverbio: «La gente no es tonta». Ni siquiera Napoleón mostró un desdén tan acusado por sus oponentes o por los riesgos que entrañaba descubrir sus propias intenciones. La aparente despreocupación de Hitler en este tema certificó que los seres humanos solemos pasar por alto justamente lo que tenemos ante los ojos. A menudo, la mejor forma de ocultar algo es situarlo en el lugar más obvio. Y en algunos casos, la aproximación más directa puede ser la menos esperada. Es lo mismo que sucede con el arte de guardar secretos, cuya clave es ser tan abiertos sobre casi cualquier tema que nadie sospeche que existen los pocos detalles verdaderamente importantes.

Lawrence de Arabia destacó a propósito de Lenin que fue el único personaje que había planificado una revolución, la había llevado a cabo y la había consolidado. Esa misma observación es válida para Hitler, añadiendo además que este la había anunciado por escrito. Asimismo, está claro que había sacado provecho al estudio de los métodos de la revolución bolchevique. No solo para hacerse con el poder, sino para expandirlo. Fue Lenin quien enunció el axioma que propugna que la estrategia más sensata en una guerra es posponer las operaciones hasta que la desintegración de la moral del adversario posibilite y facilite la tarea de descargar sobre él un

golpe mortal. Resulta chocante la similitud con las palabras del propio Hitler: «Nuestras verdaderas guerras se librarán de hecho antes de que comiencen las operaciones militares». En el relato que Rauschning nos ofrece sobre un debate en torno a este tema, en la obra *Hitler Speaks* (*Hitler. Confesiones íntimas, 1932-1934*) declaró lo siguiente: «¿Cómo quebrar la moral del enemigo antes de que se inicie la conflagración? Ese es el problema que me interesa. Quienquiera que haya experimentado la guerra en el frente deseará prevenir el baño de sangre siempre que sea evitable».

Al concentrarse en este problema, Hitler se desvió de la ortodoxia imperante en el estamento militar alemán. Durante un siglo, este último se había centrado en las batallas y había guiado a la mayoría de las naciones para transitar por ese mismo sendero de la teoría militar, una vía muy angosta. Habían convertido a Clausewitz, el filósofo prusiano de la guerra, en su maestro y se habían tragado sus aforismos sin digerirlos. Máximas como «La solución sangrienta de la crisis, el esfuerzo por destruir las fuerzas del enemigo, es el hijo primogénito de la guerra», «Tan solo las batallas a gran escala y de naturaleza general pueden reportar grandes resultados», «La sangre es el precio de la victoria» o «Que no nos hablen de generales conquistadores sin derramar sangre». Clausewitz rechazaba la idea de que «existe un método habilidoso para desarmar y superar a un enemigo sin incurrir en un colosal derramamiento de sangre» y afirmaba: «Esa es la escuela correcta del arte de la guerra». Menospreciaba este argumento calificándolo de noción surgida de la imaginación de «filántropos». No tuvo en cuenta el hecho de que podría haberlo dictado un interés propio ilustrado, el deseo de obtener un resultado rentable y ventajoso para la nación, y no solo una mera decisión beligerante. El fruto de sus enseñanzas, aplicadas por sus discípulos de forma irreflexiva, fue incitar a los

generales a buscar batallas a la *primera* oportunidad, en lugar de crear las condiciones de una oportunidad *ventajosa*. En consecuencia, entre 1914 y 1918, el arte de la guerra quedó reducido a un carrusel de masacres mutuas.

Fuesen cuales fuesen los límites de su intelecto, Hitler al menos supo desligarse de estas servidumbres convencionales. Rauschning recoge esta cita suya: «Los hombres han recurrido a la violencia y la muerte solamente cuando les ha sido imposible alcanzar sus objetivos por otras vías… Existe una estrategia más amplia, dotada de armas intelectuales… ¿Por qué debería desmoralizar al enemigo por medios militares si puedo conseguir un resultado mejor y más económico por otros métodos?». «Nuestra estrategia consiste en destruir al enemigo desde dentro, para conquistarlo a través de sí mismo».

La mejor manera de contemplar hasta qué punto dio Hitler una nueva orientación y un significado más amplio a la doctrina bélica alemana es comparar su teoría con la del general Ludendorff, el responsable del esfuerzo bélico teutón en el último conflicto. El mismo que también había colaborado con Hitler en el proyecto abortado de 1923, la asonada para tomar el control de Alemania mediante una «marcha sobre Berlín».

Después de establecer el estado totalitario y tras haber dispuesto de casi veinte años para reflexionar sobre las lecciones de la última guerra, Ludendorff enunció sus conclusiones sobre la futura «guerra total». El discurso se iniciaba cargando sin piedad contra las teorías de Clausewitz, que habían servido como fundamento de la doctrina alemana en 1914. En opinión de Ludendorff, su error no era que fuesen demasiado lejos en el aspecto de la violencia ilimitada, sin contemplar los costes, sino precisamente que se quedaban cortas. Tal y como era típico de Clausewitz, citaba un pasaje con esta con-

clusión: «El objetivo político es el *fin* y la guerra es el medio para llegar a él. Jamás podemos pensar en un medio sin asociarlo a un fin determinado». Según Ludendorff, esto había quedado anticuado. El principio totalitario exigía que, en estado de guerra, la nación pusiese todos sus recursos al servicio del esfuerzo bélico. Y en tiempos de paz, todos debían estar al servicio de la siguiente guerra. La guerra era la máxima expresión de la «voluntad de vivir» nacional. Por tanto, la política debía someterse a la conducción de la guerra.

Nada más leer el libro de Ludendorff, quedaba claro que la diferencia más relevante entre la teoría que él defendía y la que proponía Clausewitz era que la primera había acabado por concebir la guerra como un medio desprovisto de un fin, salvo si aceptásemos como tal el proyecto de transformar la propia nación en un ejército. No se trataba de un concepto tan novedoso como Ludendorff parecía pensar, ni mucho menos. Esparta lo había intentado y al final terminó sucumbiendo a la parálisis que se había infligido a sí misma. Con miras a desarrollar la nación para la actividad bélica y crear una *superEsparta*, la principal preocupación de Ludendorff era asegurar «la unidad espiritual de la población». Para perseguir este fin, recomendaba cultivar el nacionalismo como religión, que propiciaría que todas las mujeres aceptasen que su cometido más noble era traer hijos al mundo que «soportasen la carga de la guerra total». Asimismo, impulsaría a todos los hombres a desarrollar sus capacidades para ese propósito. Es decir, criar hijos y hacerlo para la matanza. Las otras sugerencias positivas que Ludendorff planteaba de cara a lograr la «unidad espiritual» eran poco más que la antiquísima recomendación de eliminar a todo aquel que pudiese expresar o siquiera albergar opiniones contrarias a las del alto mando.

Otra condición que enfatizó Ludendorff fue la necesidad de contar con un sistema económico nacional autosuficiente,

apto para satisfacer las demandas de la guerra total. Si nos fiamos de esta propuesta, pareciera haberse percatado de que el poderío militar descansa sobre pilares económicos. Y sin embargo, resulta curioso que al abordar las abrumadoras dificultades y la parálisis que había causado el bloqueo naval de los Aliados en la Primera Guerra Mundial no aprecie que esta admisión se contrapone a su credo, el cual sostiene que el resultado de las guerras se decide en batallas entre ejércitos. En lo que se refiere a este punto, consideraba que el viejo maestro de Alemania merecía un elogio: «Clausewitz tan solo piensa en la aniquilación de los ejércitos hostiles en la batalla». Bajo el punto de vista de Ludendorff, este seguía siendo un «principio inmutable», mientras que en la visión original de Hitler el auténtico objetivo de un líder militar consistiría en obtener la capitulación de las fuerzas hostiles sin ni siquiera plantear batalla.

La imagen que Ludendorff traza sobre el desarrollo de la siguiente contienda no era sino una reproducción de las ofensivas que él mismo había ejecutado en 1918, en una versión intensificada, eso sí. Ofensivas que habían comenzado de forma brillante y prometedora, pero estériles al cabo. Para él, la ofensiva todavía era una batalla en curso donde la artillería, las ametralladoras, los morteros y los carros de combate ayudarían a la infantería a avanzar hasta «apabullar y aplastar al enemigo en una lucha cuerpo a cuerpo». Todos los movimientos debían conducir a la batalla; la mecanización no serviría más que para acelerar la acometida.

No se trataba de que Ludendorff tuviese ninguna objeción moral ni de índole castrense a las formas de combate más extendidas en el mundo. Recalcó que los requisitos de la guerra total «siempre excluirán ese ridículo deseo teórico de abolir la guerra submarina ilimitada», mientras que en el futuro preveía que la aviación se combinaría con los submarinos para

hundir cualquier buque que tratase de alcanzar los puertos enemigos: «Incluso barcos que naveguen bajo banderas neutrales». En lo que respecta a la cuestión de atacar directamente a la población civil, hizo hincapié en que llegaría el día en que «será inexorable enviar escuadrones de bombardeo en su contra, sin piedad». Pero desde el plano militar, que consideraba el más importante, urgía a utilizar primero las fuerzas aéreas como unidades de cooperación para batir al ejército oponente. Solo después se dispondrían a arrasar el interior de la nación adversaria.

Ludendorff daba la bienvenida a todos los nuevos medios y armamentos, pero en lugar de encajarlos en un patrón para la gran estrategia, se limitaba a agregarlos a su arsenal. No comunicaba, ni parecía tener, una idea clara sobre la relación entre los distintos elementos en la guerra. En resumen, su mensaje era este: multipliquemos todos los tipos de fuerzas, tanto como sea posible, y acabaremos llegando a alguna parte. ¿Adónde? Eso no le preocupaba ni se lo planteaba. El único punto donde hablaba con claridad absoluta era cuando sostenía que «el comandante en jefe de las fuerzas militares debe dictar sus instrucciones a los líderes políticos y estos deberán seguirlas y cumplirlas al servicio de la guerra». Dicho de otra forma: los responsables de la política nacional están obligados a emitir un cheque en blanco que se libraría sobre los recursos presentes de la nación y su futura prosperidad.

Si bien hay bastantes puntos donde Ludendorff y Hitler coinciden en los conceptos de la raza, el estado y el derecho del pueblo alemán a ejercer una posición dominante, sus diferencias eran igualmente destacables sobre todo en relación con los métodos.

Mientras Ludendorff planteaba el absurdo de que la estrategia controle la política (que es como defender que la herramienta decida cuál debe ser la tarea a desempeñar), Hitler re-

solvió el problema combinando las dos funciones en una misma persona. Así, disfrutó de la misma ventaja que Alejandro Magno y César en la Antigüedad o que Federico el Grande y Napoleón en épocas más recientes. Este factor le proporcionó un número de oportunidades ilimitado, de las que no gozaría ningún estratega puro, de cara a preparar y desarrollar sus medios para perseguir el fin que tenía en mente. Al mismo tiempo, por su propia experiencia, había comprendido desde muy pronto qué es lo que un soldado profesional está menos dispuesto a asumir: que el brazo militar no es sino uno más de los medios que sirven a los propósitos bélicos. Una opción dentro del surtido disponible para ser empleado en la gran estrategia.

Lo cierto es que existen muchas causas posibles para que un estado emprenda la senda bélica, pero su objeto fundamental se puede resumir como la forma de garantizar la continuación de su política, en caso de que un estado oponente esté decidido a practicar una política contraria. La voluntad humana constituye el origen y el principal resorte de los conflictos. Para que un estado venza y conquiste su objetivo en la guerra, debe cambiar esa voluntad opuesta de manera que se amolde a la política que propugna. Una vez lo consiga, el principio militar que propone «destruir las principales fuerzas armadas en el campo de batalla» (que los discípulos de Clausewitz exaltaban hasta convertirlo en una máxima inviolable) encaja en su lugar correcto, junto con los demás instrumentos de la gran estrategia. Estos últimos incluyen actuaciones militares de naturaleza más indirecta, así como la presión económica, la propaganda y la diplomacia. En lugar de conferir un énfasis excesivo a un medio, que puede volverse ineficaz dependiendo de las circunstancias, es más sabio elegir y combinar aquellos que sean más convenientes y acertados, cuyo efecto sea más agudo y que ayuden a conservar mejor las

fuerzas. Es decir, que permitan subyugar la voluntad del adversario con un coste de guerra mínimo y limitando tanto como sea posible los daños para la futura posguerra. Recordemos que ni la más decisiva de las victorias tiene valor si la nación protagonista ha quedado desangrada para obtenerla.

La finalidad de la gran estrategia debería consistir en descubrir y segar el tendón de Aquiles de las capacidades bélicas del Gobierno adversario. A su vez, la estrategia debe buscar la forma de perforar la coraza de las fuerzas contrarias. Aplicar la fuerza allí donde el oponente es fuerte no sirve más que para debilitarnos de forma desproporcionada en relación con el efecto conseguido. Para que el golpe sea lo más eficaz posible, hay que propinarlo sobre un punto débil.

Por lo tanto, es más eficiente y también más económico desarmar al enemigo que intentar destruirlo en combate. El método que apuesta por magullarlo no solo entraña un peligroso coste por la fatiga, sino también el riesgo de que el azar determine el resultado. Un estratega debería pensar en términos de parálisis, no de aniquilación. Incluso en el nivel más bajo de la guerra, un hombre muerto es simplemente un hombre menos, pero un hombre conmocionado y angustiado es un portador de terror, una enfermedad muy contagiosa. Bien podría propagar una epidemia de pánico. En un nivel más elevado, la impresión causada en la mente del comandante adversario puede anular la capacidad combativa que posean sus tropas. Y en un plano aún más alto, la presión psicológica sobre el Gobierno de un país podría bastar para anular todos los recursos que tenga a su alcance, hasta provocar que la mano, agarrotada, suelte la espada.

Repetiré la pauta del capítulo inicial: el análisis de la guerra demuestra que, mientras que la fuerza nominal de un país se representa por medio de cifras y recursos, ese desarrollo muscular depende de las condiciones de sus órganos internos

y el sistema nervioso: la estabilidad del control, la moral y los suministros. La presión directa siempre es propensa a fortalecer y consolidar la resistencia ante un oponente. Es como cuando apretamos la nieve en el puño hasta formar una bola; cuanto más compacta es, más tarda en derretirse. En la política y la estrategia sucede algo parecido. Por decirlo de otro modo, en la estrategia de las esferas militar y diplomática, la aproximación indirecta es la vía más eficaz para alterar el equilibrio del enemigo, tanto físico como psicológico, de modo que sea posible derribarlo.

El verdadero propósito de la estrategia radica en disminuir la posibilidad de resistencia. De aquí se deriva otro axioma; el que defiende que, en aras de asegurar la consecución de un objetivo, deberíamos contar con objetivos alternativos. Un ataque que converja sobre un único punto debería suponer una amenaza para otro punto y ser capaz de desviarse y caer sobre él. Solo mediante esta flexibilidad en los objetivos se puede amoldar la estrategia a las incertidumbres de la guerra.

Ya fuese por instinto o como resultado de la reflexión, Hitler comprendió en profundidad estas certezas sobre la estrategia, que pocos profesionales habían interiorizado. Aplicó esta estrategia psicológica en la campaña política que le deparó el control de Alemania. Para ello explotó los puntos débiles de la República de Weimar, apoyándose en la debilidad humana, enfrentando alternativamente a los intereses capitalistas y socialistas entre sí, dando primero la impresión de tomar un camino para seguir luego otro. Fue así como se aproximó a su meta, siguiendo pasos indirectos sucesivos.

Una vez obtuvo el control sobre Alemania, en 1933, amplió el radio de aplicación de esa misma receta. Durante el año siguiente negoció un tratado de paz de diez años con Polonia, para cubrir su flanco oriental. A continuación, en 1935, se desentendió de las limitaciones armamentísticas im-

puestas por el Tratado de Versalles y en 1936 se atrevió con la remilitarización de Renania. Ese mismo año, comenzó una astuta «guerra camuflada», prestando apoyo en conjunción con Italia al golpe del general Franco para deponer al Gobierno de la República en España. Esto constituía una aproximación indirecta a la retaguardia estratégica de Francia y Gran Bretaña, que a la vez generaba una distracción dentro del tablero de la gran estrategia. Después de socavar así su posición en el oeste y tras parapetarse en esa misma frontera con la fortificación de Renania, ya podía dedicar su atención al este. Allí emprendería nuevas iniciativas, más golpes indirectos encaminados a debilitar los pilares estratégicos de las potencias occidentales.

En marzo de 1938 marchó sobre Austria, dejando así al desnudo el flanco de Checoslovaquia, al tiempo que desbarataba el cinturón que Francia había ceñido en torno a Alemania tras la última contienda. En septiembre de 1938, por medio del Pacto de Múnich, no solo consiguió la devolución de los Sudetes, sino también la parálisis estratégica de Checoslovaquia. En marzo de 1939, ocupó el país que previamente había inmovilizado y así envolvió el flanco de Polonia.

Con esta serie de maniobras, prácticamente incruentas, ejecutadas a través de «marchas pacíficas» bajo la protección de una campaña de propaganda convincente a modo de cortina de humo, no solo hizo añicos el anterior dominio de Francia sobre Europa Central e inutilizó el cerco estratégico de Alemania, sino que además lo revirtió. Este proceso fue el equivalente moderno, en un nivel superior y a mayor escala, del arte clásico de maniobrar para ocupar la posición más favorable antes de ofrecer batalla. En el transcurso de todos estos acontecimientos, la fuerza de Alemania se iba incrementando sin cesar, tanto directamente (merced al vasto desarrollo de sus armamentos) como indirectamente, al sustraer

fuerzas a sus principales oponentes potenciales. Para ello había descosido las relaciones entre los aliados de las potencias occidentales y había debilitado sus raíces estratégicas.

De esta forma, al llegar la primavera de 1939, Hitler cada vez tenía menos motivos para temer un enfrentamiento abierto. Y justo en ese momento crítico, recibió la ayuda de un paso en falso dado por Gran Bretaña, que de repente ofreció garantías a Rumanía y Polonia, ambas naciones aisladas estratégicamente. Lo hizo sin recabar previamente ninguna seguridad por parte de Rusia, la única potencia que les podría haber brindado un apoyo efectivo. Fue un paso dado a ciegas y representó la revocación más precipitada e imprudente de una política de apaciguamiento y retraimiento que jamás se haya visto. Dado el momento en que se comunicaron, esas garantías estaban condenadas a significar una provocación. Al aplicarse a regiones de Europa inaccesibles para las fuerzas de Francia y Gran Bretaña, suponían una tentación prácticamente irresistible. De esta manera, las potencias occidentales minaban la base fundamental del único tipo de estrategia que era aplicable en su caso, dada la correlación de fuerzas en esos momentos, ya que estaban en inferioridad. En lugar de mantener la capacidad para frenar una agresión oponiendo un frente fuerte, listo para resistir cualquier ataque en el oeste, le regalaron a Hitler una solución muy sencilla para romper un frente débil y así obtener un triunfo inicial.

Como nos enseña Rauschning, el plan de Hitler había consistido siempre en dirigir sus golpes de sorpresa contra países débiles o aislados, pero al mismo tiempo descargaba sobre los hombros de sus oponentes la responsabilidad de pasar al ataque. Está claro que los alemanes sentían mucho más respeto por el poder de las defensas modernas que cualquiera de los soldados o estadistas de los Aliados. Pues bien, los

Aliados le habían puesto a Hitler en bandeja de plata una oportunidad de este cariz. En tales circunstancias, sus principios estratégicos obviamente sugerían que lo mejor sería buscar un pacto con Rusia, para asegurarse de que esta se mantuviese al margen. Cuando lo hubo logrado, Hitler se instaló cómodamente en una posición ideal. Si los Aliados le declaraban la guerra para cumplir con sus obligaciones, desperdiciarían automáticamente las ventajas de una postura defensiva y se comprometerían a seguir una estrategia implícitamente ofensiva. Pero lo harían además sin los recursos necesarios y bajo condiciones extremadamente desfavorables. Si se limitaban a chocar contra la Línea Sigfrido, se pondría de manifiesto su impotencia y perderían prestigio. Si apretaban y apostaban duro por el ataque, no lograrían más que acumular pérdidas y bajas, con lo que también se reducirían sus posibilidades de plantear una resistencia vigorosa cuando Hitler estuviese libre de otras preocupaciones para fijar su atención en el oeste.

La única vía para zafarse de esta posición tan delicada sin permitir que Hitler se saliese por entero con la suya habría sido adoptar una política de «sanciones» para imponer un boicot económico y diplomático, unido al abastecimiento de armas a las víctimas de la agresión nazi. Esta solución se habría revelado igual de beneficiosa para Polonia que una declaración de guerra hecha en circunstancias tan adversas, pero es que, además, habría limitado en gran medida los perjuicios que luego sufrirían su prestigio y perspectivas de éxito.

Tal y como sucedió, la ofensiva deliberada que Francia intentó poner en práctica no causó ni un arañazo en la Línea Sigfrido, pero la forma en que se procuró impulsar sí provocó que el fracaso dañase y mucho el prestigio de los Aliados. Si le sumamos el rápido triunfo alemán en Polonia, hizo que entre las naciones neutrales creciese el temor a Alemania y

sacudió la confianza depositada sobre los Aliados mucho más de lo que hubiese hecho cualquier otra concesión a Hitler.

Este ahora se encontraba en disposición de consolidar las conquistas militares y explotar sus ventajas políticas, protegido por las defensas germanas occidentales, que los autodenominados rescatadores de Polonia eran visiblemente incapaces de superar. Podría haber optado por conservar la seguridad defensiva y esperar a que los ciudadanos franceses y británicos se hartasen del conflicto, pues poco a poco quedaría claro que la situación era absurda. Pero los estadistas occidentales pasaron a la ofensiva dialéctica mucho antes de tener los medios necesarios para llevar a la práctica sus intenciones. Lo único que consiguieron fue propiciar consecuencias que no estaban preparados para asumir. Sus discursos le otorgaron a Hitler una nueva oportunidad, además de un incentivo, para adelantarse a ellos e iniciar las hostilidades. Mientras las gentes de Francia y Gran Bretaña fantaseaban con la posibilidad de que los pequeños países neutrales fronterizos con Alemania sirvieran para acceder a sus flancos, el propio Hitler se acercó a los flancos de los Aliados invadiendo nada menos que cinco de esas naciones. Todo ello con la falta de escrúpulos típica del agresor.

Durante los primeros meses de la guerra, Hitler había visto con buenos ojos la idea de preservar la neutralidad de Noruega como cobertura para su flanco y para disponer de una ruta protegida para los cargamentos de mineral de hierro que viajaban desde Suecia hasta Alemania y partían del puerto de Narvik, en la costa atlántica noruega. Pero luego se acumularon las señales palpables de que los Aliados planeaban asegurarse el control de las vías navegables y los puertos de Noruega. La idea era poner a Alemania en desventaja, así que Hitler optó por ocupar el país escandinavo como medida preventiva.

Sin embargo, no era un concepto que se le hubiese ocurrido de pronto. Ya en 1934, le había explicado a Rauschning y a otros cómo podría tomar de improviso los puertos de la península de Escandinavia; lo que pretendía conseguir sirviéndose de una serie de golpes simultáneos ejecutados por pequeñas expediciones transportadas por vía marítima, que también contarían con cobertura aérea. Los partisanos que tendría desplegados ya en tierra prepararían el terreno a la invasión y el pretexto para poner en marcha la operación sería proteger a estos países de una posible invasión de otras potencias. «Sería una empresa interesante, aunque osada, como nadie ha intentado jamás en toda la Historia»: aquí habla un «artista» de la guerra. Era un concepto sorprendente, impresionante, y se hizo realidad con el plan que se ejecutó el 9 de abril de 1940. Los resultados dejaron muy atrás las expectativas más optimistas. Hitler había contemplado la posibilidad de que los golpes fallasen en varios puntos, aunque sí esperaba ocupar la mayoría de los lugares estratégicos, pero lo que ocurrió fue que conquistó todos estos objetivos casi sin oposición. Y eso a pesar de haber sido muy audaz, al estirar el brazo hasta Narvik, ya muy al norte.

Fue una victoria increíblemente fácil, sellada además por lo sencillo que resultó rechazar el intento de contrainvasión de Noruega protagonizado por los Aliados. Naturalmente, esto aumentó su entusiasmo y las ganas de propinar el siguiente golpe, que ya tenía planeado y sería aún mayor. En los años previos, al discutir sobre las circunstancias en que se arriesgaría a involucrarse en una guerra a gran escala, había expresado que su intención era permanecer a la defensiva en el oeste y dejar que el enemigo diese el primer paso ofensivo. A continuación, él caería sobre Escandinavia y los Países Bajos, mejoraría su posición estratégica y plantearía una propuesta de paz a las potencias occidentales. «Si no les agrada, que in-

tenten expulsarme del territorio conquistado. En cualquier caso, tendrán que soportar la gran carga que supone atacar». Pero ahora las circunstancias eran diferentes. Había hecho una oferta de paz tras culminar la conquista de Polonia y las potencias occidentales la habían rechazado. Al recibir ese desplante, había decidido forzar a Francia a firmar la paz y había redesplegado los ejércitos, trasladándolos al oeste para poner en marcha una ofensiva contra este país en otoño. Sus generales no estaban convencidos de contar con fuerzas suficientes para vencer a los ejércitos franco-británicos. Estas dudas se combinaron con las malas condiciones meteorológicas para aplazar la ofensiva pretendida. Pero la impaciencia de Hitler creció durante la pausa y se sumó al resonante triunfo conseguido en Noruega, donde una vez más había desoído los consejos de prudencia del generalato. Hasta que les fue imposible dominar su impaciencia.

Mucho antes, al analizar la posibilidad de emprender una ofensiva así, había subrayado: «Maniobraré para sacar a Francia de la Línea Maginot sin perder un solo hombre». Y eso justamente fue lo que pasó en mayo de 1940; concedámosle la validez a la hipérbole, porque las pérdidas fueron muy pequeñas en comparación con las ganancias.

El plan original contemplaba que el esfuerzo bélico principal se desarrollaría en el ala derecha, por parte del Grupo de Ejércitos de Bock. Pero a primeros de 1940, se alteró el plan de forma radical y obedeciendo a la opinión del general Von Manstein (jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de Rundstedt) se trasladó su centro de gravedad, favoreciendo una incursión a través de las Ardenas, que aumentaba las probabilidades de éxito, ya que era la línea menos esperada.

Los rasgos más significativos de la campaña occidental fueron el cuidado que puso el Alto Mando teutón para evitar cualquier ataque directo y el empleo continuado de la aproxi-

mación indirecta, a pesar de que gozaban de superioridad en medios ofensivos modernos. No intentaron perforar la Línea Maginot, sino que emprendieron una ofensiva «trampa» a modo de cebo. Este ataque, que se produjo a través de dos pequeños estados neutrales, Holanda y Bélgica, logró atraer a los Aliados, que abandonaron sus posiciones defensivas en la frontera belga. A continuación, cuando se habían internado profundamente en Bélgica mientras las fuerzas aéreas germanas deliberadamente evitaban hostigarlos, el ejército alemán atacó por su espalda, clavando una estocada en la bisagra del avance francés, desguarnecida.

La estocada fue letal; de descargarla se encargó una fuerza atacante que no constituía más que una pequeña parte del total de las fuerzas armadas alemanas, pero que estaba formada por divisiones acorazadas. El mando supremo germano era astuto y había caído en la cuenta de que, si quería obtener éxitos rápidamente, debía apoyarse más en la mecánica y menos en la masa. Aun así, esta punta de lanza era tan reducida que los generales alemanes no las tenían todas consigo; el triunfo no era seguro, ni mucho menos. Pero lo fue principalmente por la temeridad (o la peligrosa fidelidad a las prácticas más convencionales) del Alto Mando francés, que concentró casi toda su ala izquierda para realizar un avance masivo y ofrecer batalla en suelo belga. Al mismo tiempo, dejaba tan solo un puñado de divisiones de segunda categoría defendiendo el sector crítico ubicado frente a las Ardenas. Esta es una región boscosa y de relieve accidentado, por lo que asumían que supondría una línea demasiado difícil para que la atravesasen divisiones mecanizadas. En contraste, los alemanes supieron explotar las posibilidades de sorprender y habían interiorizado esa lección tan recurrente: los obstáculos naturales son en sí menos formidables que la resistencia humana en posiciones defensivas sólidas.

También está claro que el progreso fulgurante de la penetración alemana más allá de Sedán fue amenazando una sucesión de objetivos alternativos, factor que lo benefició. De hecho, los franceses dudaron sobre cuál era su dirección real. Primero no sabían si se encaminaba a París o perseguiría la retaguardia de las fuerzas desplegadas en Bélgica. Después, cuando las divisiones acorazadas germanas viraron hacia el oeste, no estaban seguros de si marchaban hacia Amiens o Lille. Así que continuaron avanzando y sembrando dudas a uno y otro lado, abriéndose paso hasta llegar a la costa del canal de la Mancha.

Las tácticas empleadas por las fuerzas alemanas se ajustaban a su estrategia: evitaban los asaltos frontales y buscaban siempre los «puntos débiles» para infiltrarse siguiendo la línea de menor resistencia. Los políticos occidentales eran presa de una falta total de comprensión de la guerra moderna y conminaban a sus ejércitos a afrontar la invasión mediante un «ataque furioso e implacable». Mientras tanto, la avalancha de carros de combate enemiga maniobraba incesante para dejar atrás los torpes dispositivos de la infantería. Quizás las tropas de los Aliados habrían detenido la oleada de no haber recibido instrucciones de desechar la idea de establecer líneas de barrera defensivas, porque nada podría ser más ineficaz que sus fútiles intentos de contraataque. Mientras los comandantes de los Aliados pensaban en términos de batallas, los nuevos oficiales alemanes procuraban eliminar este riesgo causando la parálisis estratégica entre sus oponentes. Para ello utilizaban tanques, bombarderos en picado y paracaidistas, cuyo fin era propagar la confusión y desarticular las comunicaciones. El resultado supone una reflexión no exenta de ironía sobre la cómoda suposición planteada por el mariscal de campo Ironside: sostenía que los generales adversarios sufrirían dificultades debido a que ninguno de ellos había os-

tentado un rango superior al de capitán durante la última guerra. Ocho años atrás, Hitler había criticado a los generales alemanes, calificándolos de «ciegos a las novedades, a lo sorprendente», tachándolos de tener una imaginación estéril, «prisioneros de sus limitados conocimientos técnicos». No obstante, algunos de los miembros de las promociones más recientes demostraron tener una excepcional capacidad para valorar las ideas nuevas.

Ahora bien, el aprovechamiento de las nuevas armas, tácticas y estrategias no agota todos los factores que motivaron la concatenación de victorias alemanas. Tengamos presente que la visión bélica de Hitler implicaba introducir la aproximación indirecta en estratos más profundos y exportarla a ámbitos más amplios. Al igual que el ejército teutón sacaba partido de aplicar la técnica de la guerra mecanizada (desarrollada por los británicos), él sacó provecho al estudio de las técnicas de la Revolución bolchevique. Eso sí, lo supiese o no, los métodos básicos de ambas esferas hundían sus raíces en la técnica guerrera de los mongoles bajo Gengis Kan. Para preparar el camino a la ofensiva, procuró encontrar partidarios influyentes en el país que iba a atacar, con el objeto de que minasen la resistencia, causaran problemas que le beneficiaran y estuviesen prestos a constituir un nuevo Gobierno conforme a sus objetivos. No era necesario recurrir a sobornos, pues confiaba en la ambición egoísta, la inclinación al autoritarismo y el espíritu de partido. Estos ingredientes le proporcionarían agentes voluntarios o involuntarios entre las clases dirigentes. Para abrir la vía de penetración, en el momento adecuado, pensaba servirse de la infiltración de soldados de asalto que cruzarían la frontera mientras aún seguía vigente la paz, disfrazados de viajeros o turistas. A una señal convenida, se vestirían con uniformes del enemigo. Su misión sería sabotear las comunicaciones, difundir noticias falsas y, si fuese

posible, secuestrar a líderes del país. Esta vanguardia camuflada contaría a su vez con el apoyo de fuerzas aerotransportadas.

Dentro del estilo de conflagración que Hitler pretendía escenificar, los avances frontales servirían solamente de farol o para pasar de largo. El protagonismo recaería siempre sobre el ataque por la retaguardia, en alguna de sus modalidades. Despreciaba los ataques y las cargas a bayoneta calada, el abecé del soldado tradicional. Su visión de la guerra comenzaba con una doble D: desmoralización y desorganización. Por encima de todo, la guerra debía combatirse por medio de la sugestión, con palabras en lugar de armas, sustituyendo los proyectiles por propaganda. Igual que en la Primera Guerra Mundial se recurriría a un bombardeo para laminar las defensas adversarias antes de proceder al avance, en el futuro se aplicaría un bombardeo sobre la moral. Se utilizarían todo tipo de municiones, pero especialmente la propaganda revolucionaria. «A pesar de las lecciones de la guerra, los generales desean comportarse como caballeros andantes. Se creen que la guerra debería dirimirse como los torneos de la Edad Media. De nada me sirven los caballeros, yo necesito revoluciones».

La finalidad de la guerra era obligar al enemigo a capitular. Si se conseguía paralizar su voluntad de resistir, la matanza, además de representar un método tosco y costoso de alcanzar el objetivo, sería superflua. La vía indirecta tenía visos de ser mucho más eficaz, basada en inyectar gérmenes en el organismo de la nación adversaria para que enfermase y debilitar así su voluntad.

Esa era la teoría de la guerra de Hitler respecto a las armas psicológicas. Quienes trataron de ponerle freno tendrían que haber intentado comprenderla. El valor de su aplicación práctica en el ámbito militar quedó demostrado. Paralizar el

sistema nervioso de las fuerzas militares enemigas constituye una forma de actuar más económica que machacarlo físicamente. Su aplicación a la esfera política quedó refrendada en efecto, pero no en contenido. ¿Habría logrado desmoralizar a la resistencia de no haber contado con el efecto paralizante de las nuevas fuerzas que practicaban novedosos métodos de ataque? La discusión sobre esta cuestión está abierta. Es más, aun dejando a un lado cualquier otro decaimiento o trastorno de la voluntad nacional, en el caso de Francia, la superioridad alemana en términos de técnica militar basta para explicar su derrumbe.

La fuerza siempre se puede aplastar oponiéndole otra fuerza, dada la suficiente superioridad de fortaleza o habilidad. Pero las ideas no se dejan aplastar así. Son intangibles, lo que las hace invulnerables salvo a la penetración psicológica. Su resiliencia ha desconcertado a multitud de devotos de la fuerza bruta. Probablemente, ninguno de ellos era tan consciente del poder de las ideas como Hitler. Pero la creciente medida en que tenía que depender del respaldo de la fuerza conforme aumentaba su poder mostró que había sobreestimado la valía de sus técnicas políticas para transformar las ideas y que sirviesen a sus fines. Y es que las ideas que no surgen de la verdad de la experiencia tienen un ímpetu relativamente breve, pero también un retroceso muy acusado.

Hitler propició un nuevo desarrollo del arte de la ofensiva. Asimismo, destacó por encima de todos sus rivales por dominar con maestría la primera fase de la gran estrategia: desarrollar y coordinar todas las formas de actividad bélica y todos los instrumentos potencialmente útiles para actuar contra la voluntad del adversario. Pero compartía un defecto con Napoleón, pues ambos tenían una comprensión precaria de los niveles más altos de la gran estrategia, los relativos a cómo conducir la guerra pensando a largo plazo en las condiciones

de paz posteriores al conflicto. Para resultar eficaz en este aspecto, es preciso ser más que un estratega; hay que ser a la vez un líder y un filósofo. Mientras que la estrategia es el contrario exacto de la moralidad, ya que abarca en gran medida el arte del engaño, la gran estrategia sí tiende a coincidir con la moralidad. Y coincide porque no debe perder jamás de vista cuál es el fin último de todos los esfuerzos que dirige.

Al empeñarse en demostrar que eran atacantes irresistibles, los alemanes habían aflojado sus defensas en muchas vertientes: la estratégica, la económica y, sobre todo, la psicológica. A medida que sus efectivos se repartían por toda Europa, llevando con ellos la desgracia sin asegurarse la paz, dispersaron las semillas del resentimiento. Su fruto sería la resistencia a las ideas que personificaban. Además, incluso sus propias tropas se volverían más fértiles para que germinasen esas semillas al verse expuestas al contacto con la población de los países ocupados. Así se volvieron sensibles a los sentimientos que inspiraban. Este hecho comenzó a apagar el entusiasmo marcial que Hitler había estimulado con tanta asiduidad. También agudizó la añoranza que sentían por sus hogares. La sensación de pelear siempre sin amigos refuerza la amargura, lo cual abre hueco para que se inocule el cansancio de la guerra… así como las ideas de signo contrario.

Con su expansión ofensiva, Hitler le brindó al único oponente que quedaba sobre el tablero la oportunidad de arrebatarle la ventaja de la que gozaba. Podría haberse desarrollado más rápido si la visión de la gran estrategia hubiera sido más completa. Pero aun sin eso, lo más plausible era que la oportunidad fuese creciendo siempre y cuando Gran Bretaña permaneciese invencible. Para imponer la paz que ansiaba, Hitler necesitaba una victoria total, la cual era inalcanzable sin conquistar a este último enemigo. Al mismo tiempo, cuanto más avanzaba en todos los demás frentes, más incrementaba

su propio problema, ya que debía mantener sometidos a los pueblos conquistados. El riesgo de resbalar aumentaba con cada paso adelante. El problema inglés era más simple, pero dificilísimo. Tenía que resistir hasta que el dictador alemán cometiese un error irreparable, tal y como había pasado con Napoleón. Por suerte para Gran Bretaña, el paso en falso no tardó en llegar, y fue antes de que la presión germana le paralizase. Y la equivocación resultó imposible de subsanar porque el talento de Hitler para la estrategia ofensiva no estaba acompañado por un sentido equiparable de la estrategia defensiva. Sus éxitos en los primeros compases de la contienda habían sido inmensos y, como le ocurrió a Napoleón, lo empujaron a creer que la ofensiva era la solución para todos los problemas.

16

La racha victoriosa de Hitler

La conquista alemana de Polonia en 1939 y la invasión arrolladora de Europa occidental en 1940 representan dos hitos en la historia militar, dos demostraciones prácticas decisivas de la teoría de la guerra mecanizada basada en la velocidad. Una teoría concebida en Gran Bretaña, pero adoptada en Alemania, en gran parte gracias al empeño del general Guderian, creador de las fuerzas Panzer teutonas. Los generales de mayor graduación contemplaban esta nueva doctrina con dudas y cautela, de hecho, los medios que asignaron para desarrollarla fueron mucho más limitados de lo que deseaban sus defensores. Pero, aun así, bastarían para lograr triunfos con una rapidez deslumbrante. El nuevo método no solo revolucionó el combate, sino que cambiaría el curso de la historia mundial. Tanto que el efecto demoledor de las victorias de Hitler sobre la disposición y el panorama de Europa occidental no se pudo reparar con su derrota final. Es más, el colosal esfuerzo que debió emprender Estados Unidos para desplazar el fiel de la balanza contra Alemania conllevó como resultado una reorientación del dominio mundial, que se inclinaría hacia el hemisferio occidental. El predominio soviético sobre Eurasia fue otra consecuencia inquietante y que marcaría la época siguiente.

Esta doble revolución, en cuestión de técnicas bélicas y del equilibrio del orden internacional, propulsó campañas militares que también fueron ejemplos muy relevantes de la estrategia de la aproximación indirecta. En el segundo caso, concre-

tamente, el análisis de las operaciones en el oeste deja claro que el nuevo tipo de fuerzas mecanizadas difícilmente habría constituido un éxito fuera de la estrategia global a la que acompañaba. Pero el efecto fue recíproco; la movilidad y la flexibilidad de los medios mecanizados dotaba de nuevos potenciales a la aproximación indirecta.

Para su desgracia, Polonia sirvió como terreno de pruebas ideal para ejemplificar esa combinación. Compartía 2000 kilómetros de frontera terrestre con Alemania, a la que poco antes se habían sumado los 800 de linde con Checoslovaquia, ahora ocupada también por Alemania. Como resultado, el flanco sur de Polonia estaba igual de expuesto a una posible invasión que el norte, frente a Prusia oriental. En resumen, la Polonia más occidental dibujaba un vasto saliente emplazado entre dos mandíbulas germanas.

Los riesgos se acrecentaron aún más por la forma elegida para desplegar las fuerzas polacas. El grueso se situó en un emplazamiento muy adelantado, en el saliente. Esta elección obedecía al deseo, natural, de proteger la principal región industrial polaca, ubicada al oeste del Vístula. Un deseo afianzado peligrosamente sobre el orgullo nacional y el exceso de confianza del estamento militar.

En tiempos de paz, el ejército polaco presentaba unas cifras similares al francés y no era mucho más pequeño que el alemán. Comprendía 30 divisiones de infantería y 12 brigadas de caballería. Pero los recursos económicos del país eran insuficientes para aprovechar al máximo sus medios humanos; ni siquiera llegaban para equipar a una escala adecuada las fuerzas en activo. La orden de movilización solamente le permitía aumentar en un tercio el número de divisiones disponibles, mientras que Alemania podía duplicar ampliamente las suyas, excepto en el caso de las motorizadas y acorazadas. Pero esa limitación por el lado alemán venía más que

compensada por la ausencia absoluta de esta clase de unidades modernas en las fuerzas armadas polacas.

Este último factor revestía todavía más gravedad porque la planicie polaca presentaba un terreno llano y fácilmente transitable para los invasores móviles, aunque no tan sencillo como ofrecería Francia, puesto que en Polonia escaseaban las buenas carreteras, muchas rutas se veían afectadas por el terreno arenoso y había zonas donde abundaban bosques y lagos. Eso sí, el momento elegido para la invasión limitó al mínimo estos inconvenientes.

La situación geográfica de Polonia, casi rodeada, suponía una invitación y habilitaba a los alemanes a aplicar una estrategia de aproximación indirecta en su vertiente física. Pero el modo en que la aplicaron multiplicaría su efecto.

En el norte, la invasión corrió a cargo del Grupo de Ejércitos de Bock, compuesto por el Tercer Ejército (bajo las órdenes de Küchler) y el Cuarto (bajo Kluge). El primero se internó en dirección sur partiendo de su posición de flanqueo en Prusia oriental, mientras que el segundo avanzó hacia el este a lo largo del corredor polaco para unirse al Tercer Ejército y envolver así el flanco derecho polaco.

El papel principal recayó en el Grupo de Ejércitos de Rundstedt, en el sur. Este contingente casi duplicaba los efectivos de infantería de los anteriores ejércitos y además contaba con más medios acorazados. Lo formaban el Octavo Ejército (mandado por Blaskowitz), el Décimo (a las órdenes de Reichenau) y el Decimocuarto (bajo List). La misión de Blaskowitz, en el ala izquierda, sería presionar y avanzar hacia Lodz, el gran centro industrial del país, y contribuir a aislar las fuerzas polacas en el saliente de Poznan, al tiempo que cubría el flanco de Reichenau. En el ala derecha, List tenía órdenes de avanzar hacia Cracovia y, al mismo tiempo, en-

volver el flanco de los polacos en los Cárpatos, para lo cual se ayudaría de un cuerpo acorazado que atravesaría los pasos montañosos. Sin embargo, el responsable de propinar el golpe decisivo era Reichenau, en el centro. Y para ello tenía a su disposición el grueso de las unidades acorazadas.

La invasión dio comienzo el 1 de septiembre de 1939. El día 3, cuando Gran Bretaña y Francia declararon la guerra cumpliendo con las garantías que habían dado a Polonia, el avance de Kluge había cortado el corredor y alcanzado el bajo Vístula. Por su parte, la presión ejercida por Küchler desde Prusia oriental hacia el Narev se incrementaba. Y lo más importante: las fuerzas blindadas de Reichenau se habían internado hasta llegar al río Varta, dominando los pasos para atravesarlo. Al mismo tiempo, el ejército al mando de List convergía desde ambos flancos sobre Cracovia. El día 4, las puntas de lanza de Reichenau habían cruzado el Pilica, a 80 kilómetros de la frontera. Dos días más tarde, su ala izquierda estaba mucho más allá de Tomaszow, mientras que la derecha se había plantado en Kielce.

El comandante en jefe del Ejército Alemán, Brauchitsch, ordenó que continuase la ofensiva directamente hacia el este y cruzase el Vístula. Pero Rundstedt y su jefe de Estado Mayor, Manstein, tomaron la iniciativa y modificaron el plan cuando advirtieron, correctamente, que los principales regimientos polacos se encontraban todavía al oeste del Vístula y podrían quedar atrapados allí. El ala izquierda de Reichenau, con un regimiento acorazado a vanguardia, recibió instrucciones para girar hacia el norte y aproximarse a la retaguardia de la gran concentración de fuerzas polacas que había alrededor de Lodz. Allí debería establecer un bloqueo a lo largo del río Bzura, entre Lodz y Varsovia. Este brusco desvío al norte apenas encontró oposición, ya que era totalmente inesperado. Como resultado, los regimientos polacos allí reunidos queda-

ron aislados antes de poder emprender la retirada atravesando el Vístula.

Los alemanes habían obtenido una gran ventaja por medio de la penetración estratégica profunda, siguiendo las líneas de menor expectativa y resistencia. Ahora esa ventaja se acentuaba con las virtudes de la defensa táctica. Para concluir la campaña victoriosos tan solo necesitarían conservar el territorio ocupado frente a los apresurados asaltos de un ejército enemigo que peleaba a la contra, desconectado de sus bases, con suministros cada vez más escasos y que debía soportar una creciente presión por el flanco y la retaguardia, donde lo amenazaba el avance convergente hacia el este de los ejércitos mandados por Kluge y Blaskowitz. Los polacos se batieron con fiereza, con una valentía que causó verdadera impresión entre sus adversarios, pero tan solo una pequeña proporción de sus tropas consiguió romper el cerco y unirse a la guarnición de Varsovia.

El día 10, el comandante en jefe de las fuerzas polacas, el mariscal Smigly-Rydz, ordenó que las fuerzas restantes procediesen a una retirada general hacia el sureste del país. Tenía la esperanza de organizar una defensa en un frente relativamente corto, para prolongar la resistencia. Pero esa esperanza se hizo añicos, porque mientras el anillo dispuesto al oeste del Vístula se hacía más estrecho, los alemanes ya se internaban profundamente en la región situada al este del mismo río. Estaban poniendo en práctica una maniobra de pinza mucho más amplia, que desbordaría las potenciales líneas de defensa que pudiesen establecerse apoyándose en los cursos fluviales del San y el Bug.

La línea más retrasada del Bug se alcanzó y rebasó por medio de una aproximación que destacó por su naturaleza indirecta. Nada más comenzar la invasión, el cuerpo acorazado de Guderian había servido como punta de lanza del Cuarto

Ejército de Kluge durante la incisión para cortar el corredor, en el noroeste. Su objetivo era llegar hasta la provincia germana de Prusia oriental, aislada por un corredor polaco y el mar. A continuación, se movió a toda prisa para dejar atrás este territorio alemán y llegar hasta la posición más a la izquierda, el flanco este del Tercer Ejército de Küchler. Allí puso rumbo sur. El 9 de septiembre, Guderian cruzó el curso del Narev y avanzó resueltamente hacia el sur. El día 14 había alcanzado Brest-Litovsk, sobre el río Bug, a unos 160 kilómetros de distancia desde la línea base que formaba el gran saliente polaco. Seguidamente, las vanguardias de sus columnas se introdujeron en territorio enemigo 64 kilómetros más, hasta alcanzar Vlodava, donde se reunieron con el cuerpo acorazado de Kleist, que se aproximaba y formaba la pinza sur. De este modo, la ruina de los ejércitos polacos era ya segura el día 17, momento en que los soviéticos traspasaron las fronteras orientales de Polonia.

La campaña triunfal de Alemania en el oeste, que tendría lugar nueve meses más tarde, no adoptó una aproximación tan claramente indirecta en el terreno concreto de las operaciones, pero sí sería todavía más indirecta en el plano psicológico. Se inspiró en la idea de alterar el equilibrio del adversario mediante una combinación que aunaba varios factores: elegir las opciones menos esperadas en materia de dirección, tiempos y métodos, siempre precedidas de la máxima distracción y seguidas de una explotación del éxito tan rápida como fuese posible, buscando la línea de menor resistencia para lograr la máxima penetración en profundidad. Además de ello, sobre todo, su éxito se debió a que los Aliados se creyeron una estratagema y los efectos se desencadenaron con una fluidez extraordinaria.

A principios de octubre de 1939, tras avasallar Polonia, Hitler dictó sus primeras instrucciones para emprender una ofensiva en el oeste. Establecían que, si quedaba claro que Gran Bretaña y Francia no iban a aceptar el final de la guerra, pasaría a la acción en una fecha temprana, ya que «un largo periodo de espera» no haría sino «fortalecer el poderío militar de nuestros enemigos en un grado creciente». Al mismo tiempo, era probable que, bajo estas circunstancias, los neutrales se uniesen al bando de los Aliados. Ante este panorama, el reloj corría en contra de Alemania en todos los ámbitos. Hitler expresó su temor: si esperaba, como deseaban sus asesores militares, la expansión armamentística de los Aliados tomaría la delantera a Alemania. Un conflicto muy prolongado agotaría los recursos de que disponía la nación, que eran limitados. Y además, la dejaría expuesta a un ataque fatídico por la espalda, desde Rusia. Creía que el pacto firmado con Stalin no garantizaría la neutralidad soviética ni un segundo más de lo que el propio Stalin considerase ajustado a sus propósitos. Los temores de Hitler lo espolearon para forzar a los franceses a firmar la paz por medio de una rauda campaña, que obligaría a su vez a Gran Bretaña a aceptar la situación e iniciar negociaciones.

Hitler estimó que en aquellos momentos contaba con la fortaleza y el equipamiento precisos para vencer a Francia, porque Alemania poseía la superioridad en las armas más novedosas, las más importantes. «Nuestros carros de combate y nuestra fuerza aérea han alcanzado cúspides técnicas a las que ninguna otra potencia ha llegado. No solo como armas de ataque, sino también para la defensa. Su potencial estratégico para las operaciones está asegurado por su buena organización y el liderazgo, en manos expertas, dos elementos que son aquí mejores que en cualquier otra nación». Aunque sí reconocía que Francia mantenía la superioridad en el ámbito de

las armas más anticuadas, particularmente en artillería pesada, alegó que «en la guerra móvil, esas armas carecen de un significado decisivo». De la mano de la superioridad técnica en los nuevos armamentos, también podría anular la superioridad francesa en cuanto a soldados susceptibles de ser movilizados.

Los jefes de las fuerzas armadas alemanas compartían los temores de Hitler a largo plazo, pero no sus esperanzas cortoplacistas. Dado que opinaban que sus fuerzas no serían suficientes para vencer a los franceses, consideraban más razonable mantenerse a la defensiva para ver si Francia y Gran Bretaña se decantaban por la paz o trataban de emprender un avance que pudiera ofrecer un resquicio para rechazarlo de forma devastadora y dar la réplica después.

Pero Hitler desestimó todas las objeciones. Se acordó que la fecha de inicio de la ofensiva sería la segunda semana de noviembre. Posteriormente se aplazó tres días al conocerse previsiones meteorológicas desfavorables e informes negativos sobre la situación de los transportes ferroviarios. Se fueron sucediendo los aplazamientos, hasta contarse once en total, todos breves. Hasta que se llegó a mediados de enero, fecha tras la cual se abrió un largo intervalo hasta mayo. Entonces se emitió al fin la siguiente orden de alerta, que sí se confirmaría. Ahora bien, entretanto, el plan había experimentado una alteración radical.

La versión original, diseñada por el Alto Estado Mayor bajo la dirección de Halder, preveía efectuar el principal ataque a través de la zona central de Bélgica, como en 1914. Se encargaría de ello el Grupo de Ejércitos «B», al mando de Bock. Mientras tanto, el Grupo de Ejércitos «A», mandado por Rundstedt, descargaría un ataque secundario por la izquierda, a través de las colinas y los bosques de las Ardenas. Aquí no se contaba con lograr grandes resultados, así que to-

das las divisiones acorazadas se asignaron a Bock, dado que el Estado Mayor juzgaba que las Ardenas eran un terreno demasiado accidentado para avanzar con los tanques.

Pero Manstein, jefe de Estado Mayor de Rundstedt, observó que el plan era demasiado obvio y constituía casi un calco del de 1914. Seguía una línea de ataque que los Aliados esperarían y estarían preparados para plantar cara. Además, Manstein señaló otro inconveniente: el nuevo plan implicaba agredir al ejército británico, que probablemente sería un oponente más duro que los franceses. Todavía apuntó un tercer obstáculo, y es que, aunque el plan saliese bien, se limitaría a obligar a los Aliados a retroceder hasta el litoral de Flandes. No propiciaría un resultado decisivo, como sí podía conseguir una aproximación indirecta, al cortar las comunicaciones y la vía de retirada por la que debían transitar los ejércitos de los Aliados en Bélgica.

Manstein propuso desplazar el centro de gravedad desde la derecha hasta el centro y que la estocada fundamental atravesase las Ardenas como línea de menor expectativa. Creía que era posible emplear con eficacia las fuerzas blindadas en aquella región, a pesar de las dificultades que aparentemente planteaba el entorno. La opinión experta de Guderian reafirmó esta idea.

La nueva idea de maniobra era audaz, lo que agradó a Hitler. Pero la decisión final para cambiar el plan original fue consecuencia de un accidente fortuito acaecido el 10 de enero. Aquel día, un oficial de Estado Mayor que portaba documentación sobre el plan se extravió en plena ventisca mientras volaba desde Münster hacia Bonn. Por error, aterrizó en territorio belga. Naturalmente, el Alto Mando alemán se preocupó. ¿Y si no había destruido los papeles? De hecho, intentó quemarlos, pero no ardieron por completo. Incluso el comandante en jefe del Ejército y el jefe del Alto Estado

Mayor titubeaban, indecisos sobre si transformar el plan tan a fondo como había defendido Manstein. Se resistieron a ello hasta que este, a espaldas de sus superiores, se entrevistó personalmente con Hitler, quien concedió el apoyo decisivo para emprender aquel proyecto tan poco convencional.

Durante el intervalo habían saltado diversas falsas alarmas y los Aliados habían reaccionado enseñando sus cartas. Tenían la intención de avanzar con fuerzas numerosas y adentrarse en Bélgica. Esa revelación fue un argumento más a favor de modificar el plan alemán según las directrices sugeridas por Manstein.

Cuando examinamos cómo discurrieron los hechos, se aprecia con claridad que el plan original, casi con toda seguridad, no habría provocado un resultado tan decisivo como la caída de Francia. El avance directo alemán se habría topado de bruces con la parte más sólida y mejor equipada de las fuerzas franco-británicas. Hubiese tenido que abrirse camino luchando para atravesar una franja de territorio repleta de obstáculos, como ríos, canales y grandes ciudades. Quizás las Ardenas siguiesen pareciendo más complicadas, pero si los alemanes conseguían dejar atrás rápidamente el cinturón de tierras onduladas y boscosas que los separaba del sur de Bélgica antes de que el Alto Mando francés se percatase del peligro, emergerían ante las suaves llanuras de Francia. Un paraje ideal para lanzar una enorme campaña con los tanques como protagonistas.

Manstein también había sopesado la probabilidad de que los Aliados penetrasen en Bélgica y contaba con obtener así una ventaja aún mayor con los movimientos que proponía. Sus cálculos eran astutos. De acuerdo con el plan dibujado por el general francés Gamelin, comandante en jefe, el ala izquierda reforzada de los ejércitos de los Aliados se apresuraría a entrar en Bélgica inmediatamente en cuanto se iniciase

una invasión alemana. Avanzarían y presionarían hacia el este, hasta el curso del río Dyle o más allá si fuese posible. El Plan «D» probó ser igual de catastrófico que el Plan XVII que manejaba Francia en 1914. Jugó completamente a favor de los alemanes, dándole a su ofensiva la forma y el efecto de un contraataque sobre el flanco enemigo. Cuanto más apretaban los Aliados por adentrarse en Bélgica, más facilitaban a los alemanes el avance a través de las Ardenas, en pos de la retaguardia contraria, hasta aislar al ala izquierda aliada del resto.

El desastre se volvió sencillamente inevitable porque Gamelin destinó el grueso de sus fuerzas móviles a un despliegue a la carrera en Bélgica. Tan solo dejó una delgada pantalla de divisiones de menor categoría como encargadas de defender el pivote sobre el que se articulaba su avance. Estaban orientadas a las salidas de las Ardenas, una barrera natural supuestamente infranqueable. Cuando el pivote acabase destrozado, Gamelin no solo perdería el equilibrio, sino que además las posibilidades de recuperarlo eran menores que nunca, ya que las unidades mejor dotadas para desplazarse y cerrar la brecha estaban ya muy alejadas, internándose en Bélgica. Al obligarlas a lanzarse a toda velocidad, había prescindido de la flexibilidad estratégica que tenía en sus manos.

El peligro para aquel punto que servía de bisagra permanecía oscurecido de momento por los primeros combates emprendidos por los alemanes en los Países Bajos, tan sorprendentes que sirvieron como el medio de distracción perfecto. El ejército holandés fue presa de la confusión tras un ataque aerotransportado que cayó sobre su retaguardia, combinado con un violento ataque frontal. Capitularía al quinto día de hostilidades. El ejército belga vio cómo el enemigo perforaba sus posiciones más adelantadas durante la segunda jornada y

luego se replegó hasta la línea Amberes-Namur, según lo previsto, donde se le unieron británicos y franceses.

En Holanda, a primera hora del 10 de mayo, las fuerzas aerotransportadas alemanas cayeron por sorpresa sobre la capital, La Haya, y el nudo de comunicaciones más importante del país, Róterdam. Simultáneamente, los agresores chocaban contra las defensas fronterizas situadas unos 160 kilómetros al este. La amenaza omnipresente de la Luftwaffe agudizó la confusión y la alarma generadas por la doble agresión, a vanguardia y retaguardia. Aprovechando el caos, una división acorazada alemana avanzó como un rayo a través de una brecha abierta en el flanco sur y se reunió con las fuerzas aerotransportadas en Róterdam el tercer día de confrontación. Los holandeses, aunque estratégicamente se encontraban a la defensiva, quedaban así obligados a adoptar el papel de atacantes en sentido táctico. Desconcertados y confundidos, se vieron abocados a lanzar ataques completamente infructuosos, pues carecían del equipo necesario. El quinto día, aunque su frente principal todavía permanecía relativamente intacto, Holanda se rindió.

La invasión directa desde el punto de vista militar de Bélgica también estuvo revestida de cierta aproximación psicológica indirecta en el golpe inicial, una llamativa maniobra que abrió el camino a los invasores. El ataque terrestre lo ejecutó el potente Sexto Ejército, bajo órdenes de Reichenau. Tenía que superar una barrera formidable antes de proceder a desplegarse realmente y tan solo contaría con la ayuda de unos efectivos de 500 soldados aerotransportados (paracaidistas y fuerzas de planeadores). Se encomendó a estos la tarea de capturar los dos puentes que salvaban el canal de Albert y el fuerte de Eben-Emael, la fortaleza más moderna de Bélgica, que guardaba el flanco de este obstáculo fronterizo en forma de curso de agua. Se trataba de un destacamento minúsculo,

pero marcó diferencias. La aproximación hasta la linde belga atravesaba un saliente del territorio holandés que se proyectaba hacia el sur, conocido como Apéndice de Maastricht. Una vez el ejército alemán cruzó la frontera holandesa, los guardas fronterizos belgas apostados en el canal de Albert estarían sobre aviso y tendrían tiempo suficiente para volar los puentes antes de que fuerzas invasoras pudiesen recorrer los 24 kilómetros de anchura que tenía la franja de territorio.

Así que se optó por una vía novedosa, la única posible para tomar los puentes clave sin que sufriesen daños, y las tropas aerotransportadas descendieron silenciosamente desde el cielo nocturno. Una fuerza de planeadores aterrizó con un destacamento de paracaidistas formado por menos de ochenta hombres sobre los tejados del fuerte de Eben-Emael para neutralizarlo. Así creó un cuello de botella que arrinconó a los 1200 soldados de su guarnición y los mantuvo entretenidos durante 24 horas, hasta que las tropas terrestres alemanas se presentaron para capturar el fuerte, cruzar los puentes apresados y abrirse paso hasta las planicies que había más allá. La amenaza obligó a las fuerzas belgas a retirarse hasta la línea del Dyle, donde acababan de empezar a congregarse efectivos británicos y franceses.

Los golpes de mano protagonizados por tropas aerotransportadas en Bélgica y Holanda fueron idea del propio Hitler, pero fue el osado general Student quien dirigió su impecable ejecución.

Mientras tanto, las unidades acorazadas del Grupo de Ejércitos de Rundstedt se habían dedicado a progresar a través de Luxemburgo y Bélgica, con miras a plantarse en la frontera gala. El grueso de sus tropas (5 divisiones acorazadas y 4 divisiones motorizadas) marchaba agrupado bajo el mando del general Von Kleist. La principal punta de lanza la componía el cuerpo de Guderian, que contaba con 3 divisio-

nes acorazadas. Tras dejar atrás los 112 kilómetros de trayecto por las Ardenas y despejar sin problemas la débil oposición que encontraron, traspasaron la frontera francesa y hollaron las riberas del río Mosa. Eran las primeras horas del cuarto día de ofensiva.

Enviar una masa de tanques y vehículos a motor por una ruta tan delicada, considerada por los estrategas convencionales durante décadas como «infranqueable» para una ofensiva a gran escala, había sido una apuesta muy audaz. Precisamente eso aumentaba las posibilidades de que cundiese el efecto sorpresa y la espesura de los bosques ayudó a camuflar el avance y ocultar la fuerza numérica de la incursión.

Claro que, a pesar de tener la sorpresa de su lado, esta avalancha de vehículos blindados todavía debía atravesar la barrera que suponía el Mosa. Había mucho en juego y dependía en gran medida del momento en que se cruzase. El general Doumenc, jefe del Estado Mayor francés, admitiría más tarde con tristeza: «Al pensar que el enemigo utilizaría los mismos procedimientos que nosotros, nos imaginábamos que no intentarían atravesar el Mosa mientras no hubiese traído consigo un gran dispositivo de artillería. Eso les demoraría cinco o seis días, lo que nos hubiera dado tiempo de sobra para reforzar nuestras posiciones».

Es notable cómo estos cálculos de tiempo franceses coincidían casi por completo con los de los altos mandos alemanes. Al elaborar sus planes, los jefes de las fuerzas francesas habían asumido que no cabía esperar ningún ataque en el Mosa antes de la novena jornada. Era exactamente el mismo plazo que barajaban inicialmente los generales alemanes. Durante unas maniobras celebradas en febrero, Guderian había planteado que las fuerzas acorazadas atacasen el Mosa a la mayor brevedad posible, sin esperar a los grandes contingentes de infantería y artillería. Pero Halder había criticado duramente

la propuesta, ya que consideraba que, en la práctica, el plazo más corto para lanzar un ataque así acabaría en el noveno o décimo día. En una conferencia en marzo, Hitler le preguntó a Guderian qué ruta le parecería mejor tomar después de establecer una cabeza de puente. Guderian respondió que ese paso se debería explotar de inmediato, avanzando hacia el oeste en dirección a Amiens y los puertos del canal de la Mancha. Muchos de los presentes negaron con la cabeza, disconformes ante la precipitación que implicaba esa respuesta. Pero Hitler asintió y Guderian lo interpretó como si le hubiese guiñado un ojo.

El cuerpo de ejército de Guderian ganó la orilla del Mosa en las cercanías de Sedán el 13 de mayo y no esperó demasiado; aquella misma tarde emprendió el acoso de la línea del río. Al caer la noche había forzado un paso. Una de las puntas de lanza más pequeñas, la Séptima División Panzer bajo el mando de Rommel, también logró cruzar el día 13 en Dinant, 64 kilómetros más al oeste. De esta forma, creó una nueva distracción para el Alto Mando francés, además de generar una potencial combinación de penetraciones que podrían desarticular al enemigo.

A media tarde del día 14, las tres divisiones acorazadas de Guderian habían cruzado el Mosa. A continuación, tras repeler un tardío contraataque francés, describió un viraje súbito y puso rumbo al oeste. Al caer la noche del día siguiente, había roto la última línea de defensa situada detrás del Mosa. A merced de los Panzer estaban las carreteras que corrían hacia el oeste, hasta la costa del canal de la Mancha, 256 kilómetros más allá.

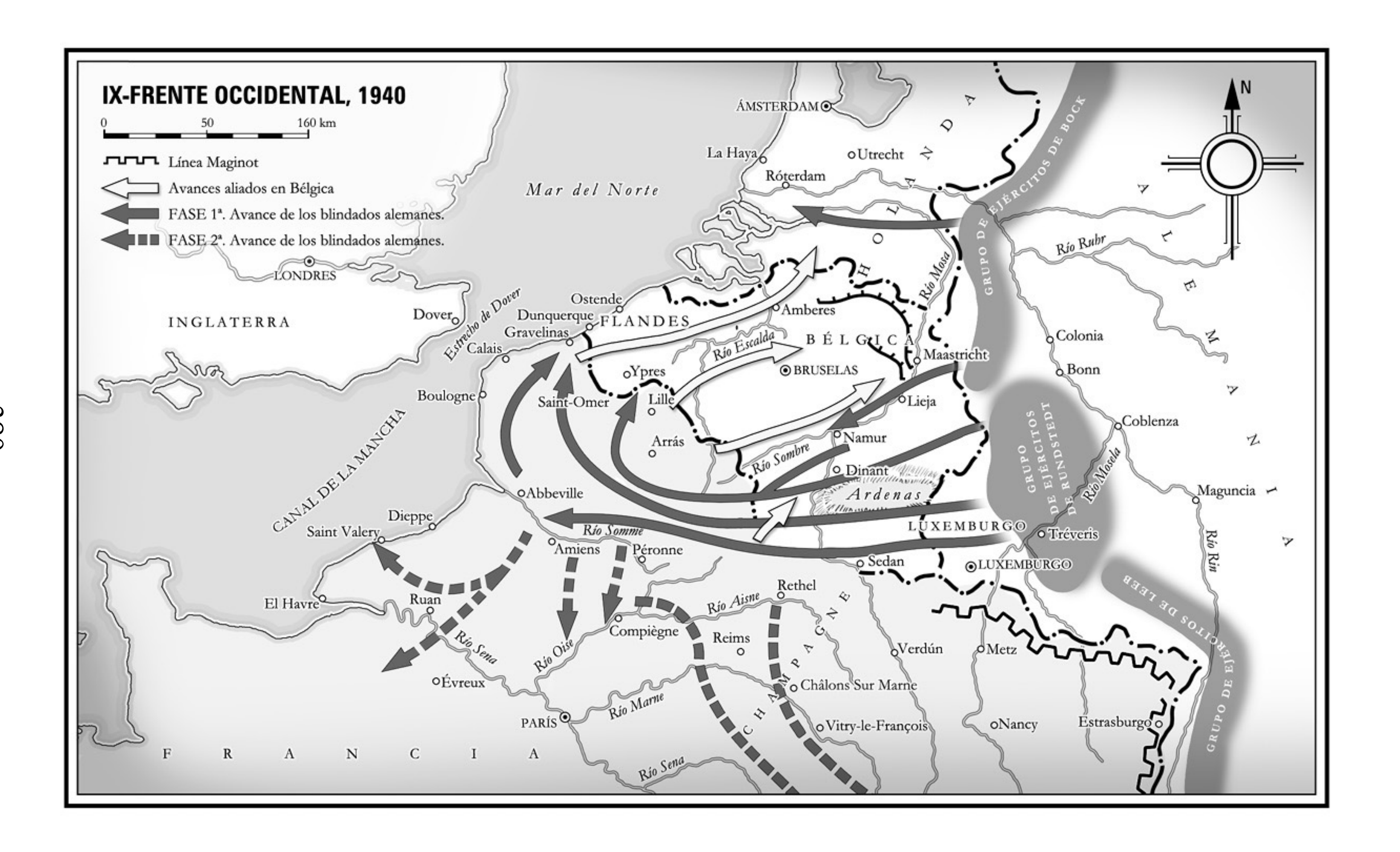
Aquella noche, la decimoquinta de la campaña, Guderian recibió instrucciones de Kleist, más precavido, para que detuviese el avance y cuidase de la seguridad de la cabeza de puente hasta que apareciese la infantería para relevarlo. Des-

pués de una acalorada discusión, la orden se modificó hasta el punto que permitió a Guderian ampliar la cabeza de puente. Al día siguiente aprovechó las condiciones de este permiso al máximo y avanzó hasta el Oise, ¡nada menos que 80 kilómetros! El resto de las fuerzas blindadas se agruparon en el saliente hacia el oeste, expandiendo la brecha abierta en los dominios enemigos hasta una anchura de unos 100 kilómetros, que se amplió con el torrente de tanques que desembocaba en las carreteras a espaldas de los ejércitos aliados desplegados en Bélgica.

El Alto Mando francés estaba estupefacto, sin saber qué ruta tomarían sus adversarios, lo que facilitó aún más el camino para la oleada de vehículos blindados. En Sedán, una ventaja muy especial de la ruptura fue que, al tratarse del eje central, aquella vía permitía bascular hacia cualquier dirección y amenazar objetivos alternativos. ¿Hacia dónde se dirigirían las columnas acorazadas a continuación, hacia el litoral del canal o hacia París? Si bien daba la impresión de que el avance se prolongaba hacia el oeste, en principio podría presagiar un pronto viraje hacia el sur, camino de París —la hipótesis más pesimista para la mentalidad de los franceses—. La flexibilidad estratégica del plan alemán se incrementó gracias a la movilidad del instrumento de guerra que usaba, una combinación que suponía una difícil disyuntiva para su oponente, situado ante «los cuernos de un dilema» de que hablaba, como vimos, el general Sherman.

El asunto se dirimió por la influencia del factor tiempo, etapa tras etapa. Los germanos desbarataban una y otra vez las contramaniobras francesas porque eran demasiado lentas y no se mantenían a la par con el desarrollo de los acontecimientos, que cambiaban a cada instante. Y eso se debía a que la vanguardia de las fuerzas alemanas siempre retuvo la iniciativa y se movió más rápido de lo que había previsto el

ejército francés… y el Alto Mando alemán. Los franceses se habían entrenado en los métodos de la Primera Guerra Mundial, caracterizados por movimientos lentos, y mentalmente no estaban en condiciones de adaptarse a este nuevo ritmo, lo que les generó una creciente parálisis. La debilidad vital de las fuerzas galas no radicaba en la cantidad ni en la calidad del equipamiento, sino en la *doctrina*. Sus ideas teóricas habían avanzado menos que las de los adversarios, quienes habían desechado los métodos de la Gran Guerra. Como ha sucedido tan a menudo en la historia, la victoria había favorecido en ellos la autocomplacencia y fomentado una ortodoxia que los abocaría a la derrota en la siguiente guerra.



IX-FRENTE OCCIDENTAL, 1940
0
50
160 km
Línea Maginot
Avances aliados en Bélgica
FASE 1ª. Avance de los blindados alemanes.
FASE 2ª. Avance de los blindados alemanes.
N
ÁMSTERDAM
La Haya
Utrecht
Róterdam
Mar del Norte
HOLANDA
LONDRES
INGLATERRA
Dover
Estrecho de Dover
Ostende
Dunquerque
FLANDES
Gravelinas
Calais
Amberes
Río Escalda
BÉLGICA
BRUSELAS
Maastricht
Río Mosa
Ypres
Lille
Boulogne
Saint-Omer
Arrás
Lieja
Namur
Río Sombre
Dinant
Ardenas
LUXEMBURGO
Tréveris
LUXEMBURGO
Sedan
CANAL DE LA MANCHA
Abbeville
Dieppe
Saint Valery
Río Somme
Amiens
Péronne
El Havre
Ruan
Rethel
Río Aisne
CHAMPAGNE
Compiègne
Reims
Verdún
Metz
Río Sena
Río Oise
Évreux
Châlons Sur Marne
Río Marne
PARÍS
Vitry-le-François
Nancy
Estrasburgo
Río Sena
FRANCIA
GRUPO DE EJÉRCITOS DE BOCK
GRUPO DE EJÉRCITOS DE RUNDSTEDT
GRUPO DE EJÉRCITOS DE LEEB
Río Ruhr
Colonia
Bonn
Coblenza
Río Mosela
Maguncia
Río Rin
ALEMANIA

En el bando alemán, los oficiales de más alto rango seguían preocupados por los riesgos que entrañaba una penetración estratégica tan profunda a cargo de tan solo un puñado de divisiones acorazadas. El propio Hitler era presa de ese nerviosismo y le inquietaba tanto el devenir del flanco sur que impuso un parón de dos días al avance de la ofensiva en el frente más occidental. Así el Duodécimo Ejército podría reagruparse y formar un escudo para el flanco a lo largo del curso del río Aisne.

Aquel retraso puso en peligro las expectativas alemanas y hasta podría haberlas arruinado de no haberse hallado los franceses a esas alturas tan atenazados por la parálisis. La actitud dubitativa de Hitler vaticinaba la que le afectaría la semana siguiente, todavía más costosa. Pero se había ganado tanto tiempo en las etapas precedentes y se había desarticulado hasta tal punto al enemigo que la pausa a la orilla del Oise no repercutió gravemente en las perspectivas germanas. Aun así, sí puso de relieve que dentro del bando alemán existían diferencias notables en el cálculo de los tiempos. Entre la vieja y la nueva escuela se había abierto una brecha mayor que la que separaba a los militares germanos y franceses.

Como protesta ante el alto ordenado para el día 17, Guderian había solicitado que lo relevasen del mando. Pero horas más tarde, aquel mismo día, fue restituido y se le comunicó que podía continuar con acciones de «reconocimiento ofensivo». Entendió las instrucciones a su manera y se lanzó al avance con toda su capacidad, casi con la misma intensidad que antes. Cuando después se eliminó el freno general al avance, aceleró todavía más y el 20 de mayo se abatió sobre Amiens y llegó al mar, tras pasar por Abbeville y cortar las comunicaciones de los ejércitos aliados destacados en Bélgica.

El día 22, luego de impacientarse tras otra pausa de una jornada, impuesta por sus superiores, progresó hacia el norte, camino de los puertos del canal de la Mancha y la retaguardia del ejército británico. Este último permanecía en Bélgica, haciendo frente al avance frontal de la infantería mandada por Bock. En este movimiento hacia el norte, a la derecha de Guderian marchaba el cuerpo blindado de Reinhardt, también parte del Grupo de Ejércitos de Kleist. El día 22, Guderian avanzó hasta aislar Boulogne y al día siguiente hizo lo mismo con Calais. Se adelantaba a zancadas y la siguiente lo llevaría hasta Gravelines, a apenas 16 kilómetros de Dunquerque. Los tanques de Reinhardt también alcanzaron la línea del canal Aire-Saint Omer-Gravelines y tomaron cabezas de puente para superarla. Pero al día siguiente, Hitler ordenó cancelar la continuación de la operación, ya enfocada en Dunquerque, el último puerto que les quedaba a los británicos para escapar. Este paréntesis los salvó de sufrir, cuando ya no podían hacer otra cosa, un destino similar al de las fuerzas armadas belgas y a gran parte de los tres ejércitos franceses que formaban el ala izquierda. Dos días después, se canceló la orden y se reanudó el avance, pero para entonces se habían reforzado las defensas y esa pantalla protectora logró contener a los alemanes durante el tiempo suficiente para evacuar por vía marítima a unos efectivos de 224 000 soldados británicos y 114 000 aliados, principalmente franceses. De todas formas, como consecuencia de esta fantástica aproximación indirecta, los alemanes habían capturado un millón de prisioneros. Por su parte, el coste propio había sido de solo 60 000 bajas.

Jamás conoceremos con total claridad qué motivó aquella orden crucial dada por Hitler para detener a las tropas. Una razón que él mismo mencionó fue el miedo a que su arma blindada encallase en las marismas. Durante su experiencia

como cabo en la Primera Guerra Mundial, los cenagales de Flandes le habían causado una honda impresión. Otra razón era la obsesión por conservar intactas las fuerzas acorazadas, destinadas al siguiente golpe, con el que pretendía noquear a Francia. La tercera razón era la confianza en las fuerzas aéreas alemanas, alimentada por Goering, por la que estas se bastarían para evitar una huida por mar a gran escala de las tropas británicas confinadas en Dunquerque. Pero las investigaciones han desvelado que la causa más inmediata fue el efecto psicológico de un pequeño contraataque británico con dos batallones de tanques. Este contragolpe se había lanzado en Arras el 21 de mayo contra el flanco de la ofensiva germana en pos del litoral. Aquella iniciativa incidió sobre los temores que compartían el propio Hitler y varios integrantes más del Alto Mando durante aquella osada penetración estratégica tan profunda: les sorprendió desprevenidos en un momento clave. Kleist actuó como freno en repetidas ocasiones para ralentizar el avance de Guderian. Kluge, el superior jerárquico inmediato de Kleist, se inclinaba por suspender todo avance hasta que se aclarase la situación en Arras. A Rundstedt, naturalmente, esa ansiedad que ellos sentían también le afectaba. Así que, cuando Hitler se entrevistó con Rundstedt la mañana del día 24, sus dudas y sus nervios se vieron agudizados, por lo que emitió la orden de detener la penetración en cuanto terminó la conferencia. En esta ocasión, Halder y Brauchitsch apostaban por proseguir el avance de las fuerzas Panzer, pero Hitler encontró un amplio respaldo para su medida de precaución en el escalafón que mediaba entre ellos y Guderian.

La siguiente etapa de la campaña, que sería también la última, empezó el 5 de junio, un día después de que los alema-

nes pusiesen pie en Dunquerque. El preludio a la nueva ofensiva alemana sería impresionante en sí, ya que las mismas fuerzas acorazadas que acababan de culminar un avance tremendo en dirección noroeste ahora pivotaban a toda velocidad para encarar el sur y asestar un nuevo golpe. Esa rapidez para reconcentrarse y tomar una nueva dirección demostraba a las claras hasta qué punto la movilidad mecanizada había revolucionado la estrategia.

La nueva ofensiva se lanzó al frente recién establecido por los ejércitos franceses que seguían operativos, apostados a lo largo de los ríos Somme y Aisne. Era más prolongado que el frente original, si bien los efectivos disponibles para defenderlo eran muy inferiores. Francia había perdido 30 divisiones, además de la ayuda de sus aliados, excepto la de 2 divisiones británicas. Weygand había reemplazado a Gamelin y logró reunir un total de 66 divisiones, 17 de las cuales se ubicaban en la Línea Maginot, fuertemente fortificada, con la que se conectaba la improvisada línea Somme-Aisne.

En este segundo acto, el Grupo de Ejércitos de Rundstedt interpretó su papel decisivo, aunque no era el que se le había asignado en el guion. De salida, se entregó a Bock el mando de 6 de las 10 divisiones Panzer. Pero la planificación era flexible y el rostro de la batalla fue cambiando a medida que se desarrollaba, de modo que los golpes de Bock crearon una distracción que ayudaría a Rundstedt a asumir el rol más resolutivo. Aquella transformación era una prueba más de la capacidad para tomar rumbos *alternativos* que ofrecían, de manera novedosa, las fuerzas blindadas.

Los ejércitos de Bock iniciaron la marcha el 5 de junio. Rundstedt tardó cuatro días más en avanzar, debido a que su ala necesitaba más tiempo para reorganizar el despliegue. El ataque de Bock, el esfuerzo principal, no cosechó éxitos tan veloces ni profundos como en el extremo derecho de la marea

alemana. Allí, la división Panzer mandada por Rommel quebró las defensas francesas la tercera mañana.

Esta penetración tan rápida se debió en gran parte a una audacia de Rommel con la que no habría contado ningún oponente ortodoxo. Lo que él intentó y consiguió difícilmente se hubiese considerado viable, en la práctica, en ningún ejercicio propuesto en las academias de oficiales. En su sector, aunque los franceses habían volado todos los puentes de la red de carreteras que atravesaban el Somme, habían respetado un par de puentes ferroviarios, con vistas a la contraofensiva que fantaseaban con emprender. Se trataba de vías de ferrocarril simples, de una sola línea, que corrían sobre dos estrechos diques por espacio de alrededor de un kilómetro y medio para salvar praderas inundables y pantanosas en las márgenes del río. Por tanto, conservar esa infraestructura no parecía un riesgo demasiado elevado. Si se hubiesen aprovechado para la marcha de la infantería, habrían supuesto un paseo por la cuerda floja, a lo largo de un estrecho pasillo. Pero Rommel capturó los puentes antes del amanecer y ocupó una posición en la meseta situada más allá del curso fluvial. A continuación, retiró los raíles y las traviesas. Seguidamente, ordenó que los carros de combate y demás vehículos pasasen por aquellas pasarelas bajo una lluvia de proyectiles de artillería. Tan solo sufrió un retraso de media hora, cuando un carro de combate quedó inutilizado mientras se aproximaba a uno de los puentes.

Al terminar el primer día, había penetrado casi 13 kilómetros. El segundo día se había internado ya 32 y la jornada siguiente otros 48 kilómetros más. Progresaba más rápidamente porque avanzaba a campo través, esquivando y dejando atrás los cruces de carreteras, que sí estaban defendidos. Fue una estocada muy honda, que dividió las fuerzas del Décimo Ejército francés. Llegado este momento, otros contingentes

alemanes se colaban por la brecha abierta, que se iba ensanchando. La noche del día 8, la cuarta jornada de ofensiva, Rommel pisó las orillas del Sena al sur de Ruan, tras 64 kilómetros de avance en zigzag superando una defensa atónita y desarticulada, que se había hilvanado a toda prisa para cubrir las aproximaciones a Ruan y al Sena. Ocupó los pasos que salvaban el río antes de que los franceses comenzasen apresuradamente a reunir fuerzas para establecer una línea de defensa en aquel curso, que ofrecía una extensa barrera natural. Después, la división de Rommel viró y rodeó al Décimo Ejército galo para lanzarse a la carrera en otro aguijonazo de 80 kilómetros hasta el mar, donde llegó al caer el día. Así cortó la retirada del ala izquierda del Décimo Ejército enemigo (formado por 5 divisiones, incluida la 51.ª División de las Highlands). Las tropas aliadas estaban rodeadas y no les quedó más remedio que rendirse el día 12 en Saint Valéry.

Entretanto, el ataque principal de la ofensiva, descargado por el ala derecha desde el Somme, también había progresado, pero con más dificultades. Se trataba de una maniobra de pinza, ejecutada por dos cuerpos acorazados bajo órdenes de Kleist. Los dos contingentes habían maniobrado desde las cabezas de puente capturadas previamente sobre el Somme, en Amiens y Péronne. La pinza derecha, en Amiens, terminó por romper el cinturón francés el día 8 y a continuación giró hacia el sur, encarando la cuenca baja del Oise. Pero la pinza izquierda se quedó atascada por una resistencia denodada al norte de Compiègne.

Cuando el Grupo de Ejércitos de Rundstedt chocó con la línea defensiva del Aisne el día 9 y sobrepasó sin demoras las defensas, el Alto Mando alemán decidió recurrir a los dos cuerpos de unidades Panzer de Kleist para que cambiasen de dirección y se moviesen al este. A continuación, debían pasar por la amplia abertura a lo largo del Aisne para después ayu-

dar a explotar el derrumbe francés en la región de Champaña. Esta reorientación fulgurante fue un ejemplo más de la flexibilidad que otorgaba la movilidad de las fuerzas acorazadas.

El empujón decisivo volvió a ser obra de Guderian, en una nueva y contundente demostración de penetración estratégica profunda combinada con una aproximación indirecta. Lo habían ascendido para que mandase el grupo de fuerzas acorazadas de Rundstedt, y sus dos cuerpos se concentraron junto al Aisne, cerca de Rethel, tras una sinuosa marcha de 320 kilómetros desde el paso de Calais. Después de que la infantería del Duodécimo Ejército conquistase tres pequeñas posiciones en la otra orilla del río, alrededor de Château-Porcien, Guderian trasladó de noche hasta las cabezas de puente a las divisiones de carros de combate que encabezaban sus cuerpos. A la mañana siguiente, la décima, salieron y avanzaron acelerando progresivamente su ritmo, dejando atrás las aldeas y los bosques donde les esperaban los franceses. Entonces entró en acción la fuerza blindada gala y se sucedieron una serie de enfrentamientos entre carros de combate, pero a lo largo de dos días consiguió internarse casi 32 kilómetros. La tercera jornada, el ala derecha de Guderian llegó a Chalons-sur-Marne, y la cuarta, a Vitry-le-François, emplazada a casi 100 kilómetros de distancia del punto de partida. En ese instante, su ala izquierda se había situado al mismo nivel tras rechazar los contraataques recibidos contra el flanco. A continuación, Guderian siguió avanzando cada vez más aprisa, hasta alcanzar y superar la meseta de Langres, muy por detrás de la espalda de la Línea Maginot. A partir de ese momento, corrió cuanto pudo hacia la frontera con Suiza. Llegó a Chaumont el quinto día, tras sumar otros 80 kilómetros de avance. Era el 14 de junio. Otro trecho similar lo llevó hasta el río Saona el día 15, y al alba del día 17 la división más destacada se

abatió sobre Pontarlier, ya en la linde con Suiza, unos 96 kilómetros más allá del Saona. De un tajo cortó las comunicaciones de los numerosos regimientos franceses que seguían parapetados en la Línea Maginot. Las restantes divisiones de Guderian ya giraban para dirigirse hacia el norte, en pos del río Mosela, con la intención de impedirles la retirada. Pocas horas antes, a la vista del desmoronamiento de sus fuerzas armadas, el Gobierno francés había decidido capitular y solicitar un armisticio.

A pesar de tratarse de una victoria estratégica decisiva en el continente no resultó concluyente en el plano estratégico superior, dado que después Hitler no consiguió conquistar Gran Bretaña. Allí tuvo que pagar el precio por ordenar que se detuviese el avance sobre Dunquerque. Si hubiese evitado que las fuerzas británicas escaparan a través de la única rendija que les quedaba abierta, la propia Gran Bretaña habría quedado tan indefensa que quizás hubiese podido culminar la conquista incluso con una invasión improvisada sobre la marcha. Pero había desperdiciado una oportunidad de oro para atrapar al ejército británico en Dunquerque y ahora las esperanzas de subyugar a la nación enemiga por la fuerza pasaban necesariamente por organizar una invasión a gran escala. Además, no había realizado ni planes ni preparativos para tal proyecto. Los pasos que daría pecaron de tardíos y sus intentos de conseguir la paz fueron débiles. Cuando llegó la derrota de la batalla de Inglaterra y fracasó la intentona de controlar el espacio aéreo para dominar la aproximación por vía marítima, el proyecto de invasión quedó sentenciado.

Aquellas islas seguían representando un obstáculo, que lo desafiaba a resguardo del colosal dique antitanques formado por el canal de la Mancha. No tardarían en convertirse en una amenaza cada vez más peligrosa para sus planes de con-

trol continental. Esta frustración acabaría teniendo consecuencias funestas para él.

La racha de victorias de Hitler aún continuaría al año siguiente. Primero a expensas de los países balcánicos y después con la Unión Soviética como víctima, hasta que fue frenada en las profundidades de Rusia. Pero carecía de los recursos necesarios para asegurarse los resultados que pretendía. A pesar de los rutilantes éxitos cosechados en 1941, el inicio del declive de Hitler se puede datar en el fiasco sufrido en la batalla de Inglaterra. Y esta derrota, a su vez, tiene raíces en las dudas que lo paralizaron precisamente cuando tenía Dunquerque al alcance de la mano.

17

El declive de Hitler

Antes de finales de 1940, Alemania se extendía por toda Europa continental y la dominaba como un coloso. Bajo su bota estaba toda Europa occidental, central y oriental, salvo las islas británicas, en el extremo oeste. Aparte de este oponente insular, la única limitación seria que cuestionaba la supremacía germana era la existencia de la Unión Soviética, que se erguía como una sombra amenazante en el flanco nororiental. Hitler había encadenado una racha triunfal y todo parecía conducir a depositar en sus manos el dominio absoluto del continente, quizás hasta del mundo entero. Cinco años más tarde, aquel sueño de una noche de verano se convertiría en una pesadilla.

El declive tuvo su origen en el plano de la *gran estrategia*, allí cometió el error fatídico. Si hubiese sabido cómo apaciguar los miedos que habían despertado sus progresos y cómo tranquilizar a los pueblos vecinos convenciéndoles de que el Nuevo Orden que propugnaba era benéfico, tal vez habría triunfado allí donde fracasó Napoleón, hasta unificar Europa bajo el liderazgo alemán. Habría sido una unión fortísima, inasequible para las fuerzas externas que se propusiesen quebrarla. Pero los medios que empleó le impidieron alcanzar sus fines. El enfoque político fue demasiado directo. Era suficientemente sutil para que prendiesen las disensiones dentro de los países amenazados, pero no bastaba para desactivar a la oposición. El mensaje del nacionalsocialismo que propagaba ponía demasiado énfasis en el carácter nacionalista y así per-

judicaba el efecto llamada del carácter social que, de otro modo, podría haber atraído a las masas de otras naciones. El guante de terciopelo estaba deshilachado y era incapaz de ocultar la dureza de la mano de hierro. De igual manera, una vez completadas las conquistas, los intentos de reconciliación eran torpes e inconstantes. Estos errores se fueron acumulando en su debe a medida que las posteriores operaciones y aventuras fueron malográndose.

El primer freno a sus ambiciones, que además perduraría en el tiempo, llegó cuando fue incapaz de sojuzgar o llegar a una paz con Gran Bretaña tras el derrumbe de las demás naciones del Occidente europeo. Mientras las islas británicas se mantuviesen firmes, el control de Hitler sobre ese Occidente nunca sería del todo seguro y su posición estaría sujeta a perturbaciones constantes. Al mismo tiempo, por sí sola, Gran Bretaña no podría hacer más que impedir que recogiese los frutos de tantos éxitos militares. Su combinación de interferencia y resistencia podría haber funcionado hasta doblegar la voluntad del *Führer* y forzarle a solicitar la paz ofreciendo unas concesiones más generosas. Pero en solitario, jamás sería suficiente para resquebrajar el poder alemán y expulsarlo de los territorios conquistados. Esa posibilidad no existía hasta que, en junio de 1941, un Hitler contrariado e inquieto cedió a sus impulsos, dirigió su atención al este y atacó la Unión Soviética.

Esa decisión se revelaría fatal y significó además el abandono de la aproximación indirecta en el plano de la gran estrategia. Su impaciencia o ansiedad por sumar más victorias no tardaría en conducirle a descartar la aproximación indirecta también en el nivel estratégico. El cambio fue aún más relevante si tenemos en cuenta el cuidado que había puesto en aplicarla anteriormente, incluso al lidiar con obstáculos relativamente menores, como fue el caso de Grecia.

La ocupación alemana de los Balcanes

Cuando los soldados germanos invadieron Grecia en 1941 tras el desembarco de un pequeño ejército británico de refuerzo en Salónica, el ejército heleno estaba apostado principalmente para cubrir los accesos montañosos desde Bulgaria, donde se habían congregado las fuerzas alemanas. Se esperaba un avance a lo largo del valle del río Struma y así se produjo, pero solamente para enmascarar un movimiento menos directo. Las columnas mecanizadas alemanas viraron al oeste dejando atrás el valle del Struma y ascendieron por el valle del Strumica, que corre paralelo a la frontera y bordea los puertos de montaña que permitían acceder al extremo yugoslavo del valle del Vardar. A continuación, perforaron el punto de articulación situado entre los ejércitos griego y yugoslavo, para explotar seguidamente la penetración con una rápida estocada siguiendo el curso del Vardar hasta llegar a Salónica. Con esta maniobra aislaron a una gran parte del ejército griego, anclado en Tracia.

Los alemanes dieron continuidad a la confrontación, pero no con un avance directo hacia el sur desde Salónica, dejando a un lado el monte Olimpo, donde había tomado posiciones el contingente británico. En vez de eso, efectuaron otro movimiento esquivo y descendieron por la garganta de Monastir, más al oeste. Aprovechando este avance hacia la costa occidental de Grecia, desconectaron a las divisiones helenas estacionadas en Albania, pivotaron sobre el flanco de los británicos y así amenazaron con la posibilidad de caer sobre la línea de retirada de las fuerzas supervivientes de los Aliados. De esta forma propiciaron un desmoronamiento apresurado de toda la resistencia militar en Grecia.

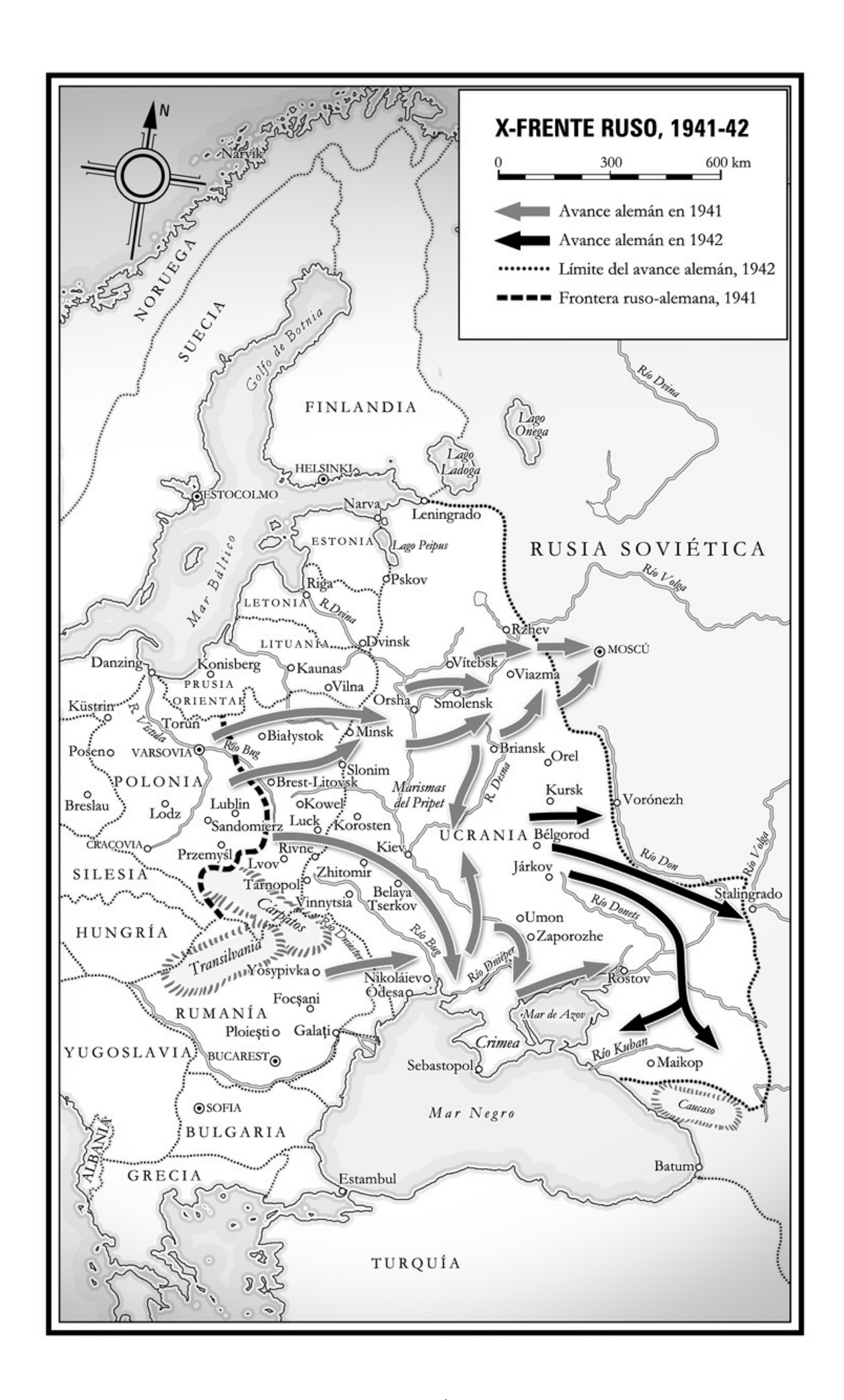
La invasión alemana de Rusia

En la fase inicial de la invasión de Rusia, Alemania aplicó en sus operaciones la aproximación indirecta con éxitos asombrosos, ayudada por las condiciones geográficas. Se trataba de un frente de casi 2900 kilómetros de anchura, que sumados a la escasez de obstáculos naturales ofrecían a los agresores un margen inmenso para infiltraciones y maniobras. A pesar del gigantesco tamaño del Ejército Rojo, la relación de fuerzas respecto al área era tan exigua que las unidades mecanizadas germanas no tuvieron grandes dificultades para encontrar huecos por los que avanzar de forma indirecta y situarse a la retaguardia de sus oponentes. Al mismo tiempo, la presencia de ciudades muy distanciadas entre sí, donde siempre convergían ferrocarriles y carreteras, le proporcionaba al bando atacante objetivos alternativos que podían explotar para engañar a los ejércitos defensores acerca de qué dirección tomarían, para después enfrentarlos ante una disyuntiva, obligados a tratar de detener sus estocadas.

Pero, tras lograr grandes triunfos en esos primeros compases siguiendo esta dinámica, los alemanes echaron por tierra su ventaja. Fue debido a que no consiguieron decidir qué dirección debería seguir el avance. Hitler y al Alto Mando albergaban ideas distintas desde el principio de la planificación y jamás acercaron posturas del todo.

El deseo de Hitler era asegurarse la toma de Leningrado como objetivo primordial, con lo que limpiaría de peligros el flanco del Báltico y conectaría con Finlandia. En general, despreciaba la importancia de Moscú. Pero sí tenía un sentido agudo para los factores económicos, así que también quería hacerse con las riquezas agrícolas de Ucrania y la región

industrial del bajo Dniéper. Así que contemplaba dos objetivos extremadamente lejanos entre sí, lo que implicaba atender líneas de operaciones completamente separadas. Aquí yacía la diferencia esencial respecto a la opción de trabajar con una única línea central de operaciones, muy flexible, que amenazaría a objetivos alternativos de modo simultáneo.


X-FRENTE RUSO, 1941-42
0
300
600 km
Avance alemán en 1941
Avance alemán en 1942
Límite del avance alemán, 1942
Frontera ruso-alemana, 1941
N
Narvik
NORUEGA
SUECIA
Golfo de Botnia
FINLANDIA
Río Dvina
Lago Onega
Lago Ladoga
HELSINKI
ESTOCOLMO
Narva
Leningrado
ESTONIA
Lago Peipus
RUSIA SOVIÉTICA
Mar Báltico
Pskov
Riga
Río Volga
LETONIA
R. Dvina
LITUANIA
Dvinsk
Rzhev
MOSCÚ
Danzing
Konisberg
Kaunas
PRUSIA ORIENTAL
Vilna
Vítebsk
Viazma
Küstrin
R. Vístula
Torún
Orsha
Smolensk
Minsk
Białystok
Poseno
VARSOVIA
Río Bug
Briansk
Orel
Slonim
POLONIA
Brest-Litovsk
R. Desna
Marismas del Pripet
Kursk
Vorónezh
Breslau
Lodz
Lublin
Kowel
Luck
Sandomierz
Korosten
UCRANIA
Bélgorod
CRACOVIA
Przemyśl
Rivne
Kiev
Río Don
Río Volga
Lvov
Zhitomir
Járkov
SILESIA
Tarnopol
Belaya Tserkov
Vinnytsia
Stalingrado
Río Donets
Cárpatos
Río Dniester
Umon
HUNGRÍA
Zaporozhe
Río Bug
Transilvania
Yosypivka
Nikoláievo
Río Dnieper
Rostov
Ódesa
Focşani
RUMANÍA
Mar de Azov
Ploieşti
Galaţi
Crimea
YUGOSLAVIA
Río Kuban
BUCAREST
Maikop
Sebastopol
SOFIA
Mar Negro
Caucaso
BULGARIA
ALBANIA
GRECIA
Estambul
Batum
TURQUÍA

Brauchitsch y Halder deseaban concentrarse en la línea de avance que conducía a Moscú. No en aras de capturar la capital, sino porque consideraban que esa era la ruta que ofrecía mejores oportunidades de destruir a la masa de fuerzas rusas que «esperaban encontrar camino de Moscú». Desde el punto de vista de Hitler, esta opción conllevaba el riesgo de empujar a los rusos a emprender una retirada general hacia el este, lo que los colocaría fuera de alcance. Puesto que Brauchitsch y Halder coincidían con él en que era vital evitar este riesgo y él mismo coincidía con ellos en la importancia de aniquilar las principales fuerzas del enemigo mediante una rápida maniobra envolvente (o *kesselschlacht*), acordaron aplazar la decisión definitiva sobre los objetivos futuros hasta que concluyese la primera fase de la invasión.

Brauchitsch era el más predispuesto a «afrontar los problemas a medias» cuando trataba con Hitler, por ello sería el más propenso a encontrarse más problemas al final. En este caso, al postergar la resolución del asunto, quedó en entredicho a mitad de la campaña.

Sin embargo, durante la primera fase, se acordó que el centro de gravedad estaría en el sector del Grupo de Ejércitos de Bock, justo al norte de las marismas del Prípet y a lo largo de la ruta que conectaba Minsk con Moscú. Aquí fue donde entraron en acción la mayoría de las fuerzas acorazadas. En un principio, la progresión del Grupo de Ejércitos de Leeb desde su posición avanzada en el flanco izquierdo, en Prusia oriental, ayudó a enmascarar la ofensiva más peligrosa que desarrollaría su vecino, el Grupo de Ejércitos de Bock. Además, la estocada propinada por el Grupo de Ejércitos de Rundstedt en el otro flanco, al sur de las marismas del Prípet, mantuvo al Alto Mando ruso en la incertidumbre sobre cuál sería la principal línea de operaciones del invasor.

En el sector que correspondía a Bock, el plan consistía en embolsar a la gran masa de fuerzas oponentes por medio de una maniobra de doble envolvimiento. Los grupos de unidades Panzer de Guderian y Hoth avanzarían desde ambos flancos y convergerían sobre Minsk antes de continuar ganando terreno. Mientras tanto, los cuerpos de infantería del Cuarto y del Noveno Ejército ejecutarían una maniobra de pinza interior, alrededor y detrás de Bialystok.

La invasión comenzó el 22 de junio, un día antes de la fecha elegida por Napoleón. Las pinzas formadas por los blindados de Guderian y Hoth enseguida practicaron dos profundas incisiones. El sexto día se reunieron en Minsk; 320 kilómetros más allá de la frontera. Por detrás, las pinzas compuestas por los regimientos de infantería se cerraban en Slonim, pero no lo hicieron a tiempo de apresar al grueso de los rusos que se retiraban de la bolsa de Bialystok. Se efectuó un segundo intento, cuyo fin era rodearlos cerca de Minsk. Este obtuvo mejores resultados y así se hicieron casi 300 000 prisioneros, aunque grandes colectivos habían logrado huir antes de que se sellase el cerco. Las dimensiones de este embolsamiento dieron pie a una oleada de optimismo, incluso entre los generales, que habían mostrado cierto escepticismo acerca de la apuesta de Hitler por invadir Rusia. El 3 de julio, Halder comentó: «Probablemente no peque de exagerado si afirmo que la campaña contra Rusia ha conseguido el triunfo en dos semanas».

En realidad, las operaciones ya habían experimentado un tropiezo de mal agüero. Las unidades acorazadas habían recibido órdenes de detenerse hasta que concluyese la batalla del cerco, mientras que el plan original disponía que siguiesen progresando más allá de Minsk sin demorarse. Tan solo deja-

rían atrás unos destacamentos mínimos, que prestarían ayuda a la infantería para cerrar el embolsamiento.

No obstante, se recuperaría el tiempo perdido gracias a la audacia de Guderian, que se propuso cruzar las anchas aguas del Dniéper sin esperar a los regimientos del Cuarto Ejército que marchaban a pie, pero sin aguardar tampoco a que los rusos llevasen refuerzos. El resultado refrendó que los cálculos habían sido correctos. Tras concentrar sus fuerzas al amparo de la noche, detrás de una extensa pantalla, logró tomar tres pasos en puntos no defendidos, el 10 de julio. Seguidamente, se lanzó hacia Smolensk, ciudad que alcanzó el 16. Los invasores se habían adentrado ya casi 650 kilómetros en territorio soviético. Moscú estaba a tan solo 320 kilómetros. El ritmo había sido vertiginoso para un avance tan profundo.

Con la llegada de Hoth al norte de Smolensk, se puso en marcha una nueva maniobra de embolsamiento para cercar y aislar la gran cantidad de tropas rusas emplazadas entre el Dniéper y el Desna, que las ofensivas de las divisiones Panzer habían dejado atrás. La trampa estaba casi cerrada, pero las dificultades naturales del terreno y el suelo enfangado complicaban el movimiento, así que los rusos se las arreglaron para que una gran parte de aquellas tropas escapasen. Aun así, en el área en torno a Smolensk se hicieron 180 000 prisioneros.

Guderian subrayó la importancia de conservar la iniciativa y no permitir que los rusos reaccionasen; debían seguir en desbandada, sin tiempo para reagruparse. Estaba convencido de que sería capaz de llegar hasta la meta si no se perdía tiempo, y que un golpe tan demoledor sobre el centro neurálgico del poder de Stalin tendría el potencial de paralizar la resistencia rusa. Hoth compartía su opinión y Bock también lo apoyaba.

Pero Hitler consideró que había llegado la hora de poner en práctica su concepto original, que pasaba por ocupar Leningrado y Ucrania como objetivos principales. Al conceder más importancia a estos objetivos que al propio Moscú, no solo tenía en mente los efectos económicos y políticos, sino que probablemente también estuviese visualizando una maniobra como la de Cannas pero de gigantescas dimensiones. Ante la nueva amenaza, los rusos se verían obligados a mover reservas desde Moscú al nuevo frente, por lo que sería más fácil que las alas de los ejércitos alemanes conquistasen sus objetivos en los flancos: Leningrado y Ucrania. Una vez ocupadas esas posiciones, las fuerzas desplegadas podrían converger y arremeter contra Moscú, que caería en sus manos como fruta madura. Era un concepto muy sutil, pero de vastísimas dimensiones. Al final todo se decidió por el factor tiempo, porque la resistencia rusa se reveló más fuerte y las condiciones meteorológicas resultaron peores de lo esperado. Las diferencias de opinión que prevalecían entre los generales no contribuían a mejorar el panorama. Como es natural, cada uno centraba las reflexiones en su propio sector y presionaba para que se otorgase preferencia a sus reclamaciones. Esa tendencia agudizó los riesgos que presentaba la gran disparidad estratégica que ya llevaba aparejada la segunda etapa del gran esquema concebido por Hitler.

El 19 de julio, el *Führer* formuló su directiva para la segunda fase, que debía comenzar tan pronto como terminasen las operaciones de neutralización entre el Dniéper y el Densa. Parte de las fuerzas móviles de Bock se encargaría de virar hacia el sur para ayudar a Rundstedt a destruir los ejércitos rusos a los que se enfrentaba. La otra parte de las unidades móviles de Bock tomaría rumbo norte para sumarse al ataque de Leeb sobre Leningrado, cortando las comunicaciones entre esta ciudad y Moscú. Bock se quedó tan solo con los efec-

tivos que marchaban a pie para continuar el avance frontal hacia Moscú en la medida de lo posible.

Una vez más, Brauchitsch contemporizó en lugar de presionar desde el primer momento para adoptar un plan diferente. Adujo que, antes de iniciar cualquier otra operación, las fuerzas acorazadas debían disponer de un tiempo de descanso para las tareas de mantenimiento y reparación mecánicas, así como para recibir repuestos. Hitler aceptó la necesidad de una pausa. Mientras tanto prosiguió el debate a alto nivel sobre qué curso seguir a continuación. E incluso se prolongó después de que las divisiones Panzer hubiesen reanudado la marcha. El 21 de agosto, tras descartar los argumentos de Brauchitsch y Halder a favor de lanzarse hacia Moscú, Hitler emitió una nueva directiva. Repitió las líneas maestras de la formulada un mes antes, con la excepción de que ponía bastante menos énfasis en Leningrado y hacía más hincapié en efectuar una maniobra envolvente para aniquilar las fuerzas presentes en el área de Kiev, en el frente de Rundstedt. Después, Bock podría retomar el avance hacia Moscú mientras Rundstedt continuaba apretando en el sur para cortar el paso a los suministros de crudo rusos procedentes del Cáucaso.

Durante este largo periodo de discusión, la situación había evolucionado y hubo varios detalles que parecieron confabularse para confirmar que la decisión de Hitler era correcta. El Sexto Ejército, mandado por Reichenau y situado en el ala izquierda de Rundstedt, había quedado bloqueado delante de Kiev. Al mismo tiempo, fuertes contingentes rusos, protegidos por el extremo oriental de las marismas del Prípet, continuaban acosando su flanco izquierdo, así como el flanco derecho de Bock. Por otro lado, el grupo de unidades Panzer de Kleist había cuajado un resultado magnífico efectuando un movimiento oblicuo. Tras aprovechar una brecha abierta lo-

calmente en Belaya-Tserkov, al sur de Kiev, a finales de julio, Kleist viró hacia el sur siguiendo el corredor fluvial entre el Bug y el Dniéper. Fue una incisión indirecta, que no solo abrió las puertas de Ucrania, sino que además suponía un riesgo para la retaguardia de los ejércitos rusos que se encontraban luchando contra los rumanos en las cercanías del mar Negro. A mediados de agosto, los alemanes ocuparon los puertos de Nikolaiev y Jersón, en las desembocaduras de los dos grandes ríos mencionados. Aunque una parte de los ejércitos soviéticos en peligro logró escapar antes de que se cerrase la trampa, Kleist consiguió penetrar muy profundamente y así provocó la desintegración generalizada de la resistencia rusa en el sur.

Esta combinación de eventos puso de relieve una posibilidad: si Kleist giraba hacia el norte y se enviaba a un contingente fuerte desde el frente de Bock hacia el sur, sería factible descargar un doble golpe por los flancos que no solo debilitaría la tenaz resistencia que oponían las fuerzas rusas alrededor de Kiev, sino que, además, los envolvería. De esta manera, eliminaría el riesgo de que una ofensiva dirigida hacia Moscú fuese trastocada por una contraofensiva lanzada desde el sur del Dniéper. La suma de estas ventajas potenciales resultó decisiva para que Hitler respaldara la operación de Kiev, concebida como un acto preliminar para luego marchar sobre Moscú.

No era el único que favorecía esa opción. Era lógico que Rundstedt acogiese con agrado los refuerzos procedentes del norte que le ayudarían a resolver el delicado problema con que lidiaba en su propio frente. Y también era natural que le gustase la perspectiva de protagonizar una gran victoria en ese cerco, el sueño de todo soldado.

Estratégicamente, abundaban los argumentos a favor de liberar el ala sur y eliminar el riesgo de sufrir un contragolpe

desde ese flanco antes de luchar por llegar hasta Moscú. Además, la relativa inmovilidad de los contingentes rusos incrementaba los beneficios de adoptar una estrategia que hiciese bascular la fuerza concentrada de los destacamentos móviles alemanes y los trasladase de un sector a otro, para ir provocando efectos decisivos sucesivamente. Pero se estaba acabando el tiempo para poder actuar así, especialmente si pensamos que el ejército alemán no estaba preparado para una campaña invernal.

La batalla de cerco de Kiev acabó siendo un verdadero éxito, seguramente el mayor conseguido por los alemanes hasta aquel momento. Mientras los ejércitos de infantería de Reichenau y Weich peleaban con las fuerzas rusas que tenían delante, Guderian percutió hacia el sur y atravesó su retaguardia, al tiempo que Kleist avanzaba hacia el norte desde el gran meandro del Dniéper. Los dos grupos de unidades Panzer se encontraron a 240 kilómetros al este de Kiev. Así ponían el candado a aquel encierro, a espaldas de los rusos. Esta vez pocos enemigos lograron zafarse y el total de prisioneros ascendió a más de 600 000. Pero la batalla aún no había finalizado y se acercaban los últimos días de septiembre. Las carreteras deficientes y el mal tiempo habían ralentizado el ritmo de la maniobra, pero no impidieron que se completase.

En paralelo a estos sucesos, la decisión de concentrarse en la victoria en Ucrania había hecho de Leningrado, antes considerado «objetivo prioritario» por Hitler, un objetivo secundario, aunque se luchó simultáneamente por hacerlo realidad. Alemania invirtió suficientes hombres y esfuerzo bélico en esta dirección divergente para conseguir rodear y sitiar Leningrado, pero no fueron suficientes para alcanzar una derrota decisiva de las tropas rusas presentes en el sector. Los efectivos alemanes también se vieron mermados porque Hitler, al desautorizar los deseos de Bock y Brauchitsch, que lo insta-

ban a continuar a la mayor brevedad el avance hacia Moscú, sí les había concedido que el eje de Moscú se consideraría el centro de gravedad de la guerra en cuanto llegase a su fin la batalla de Kiev.

El resultado triunfal del cerco produjo entusiasmo entre Hitler y los generales más destacados, unidos ahora en el optimismo, mientras les inducía a una nueva discrepancia respecto al esfuerzo bélico. Hitler eligió embarcarse en un ataque otoñal contra Moscú, pero esa decisión iría acompañada de otro golpe, que conllevaba más complicaciones y una reducción de la concentración. Y es que no se pudo resistir a la tentación de explotar la victoria lograda en el sur al mismo tiempo que se afanaba por capturar Moscú. Así que asignó a Rundstedt una tarea terriblemente ambiciosa: limpiar la costa del mar Negro de enemigos, ocupar el área industrial de Donetsk y llegar hasta el Cáucaso.

En la tentativa tardía por capturar la capital enemiga participaron tres ejércitos de infantería y tres grupos Panzer, uno de los cuales era el mandado por Guderian, ahora constituido como Ejército Panzer. El 2 de octubre por fin se puso en marcha la ofensiva, con otra maniobra de pinza. En esta ocasión, el círculo se cerró y la bolsa atrapó a 600 000 prisioneros rusos alrededor de Vyasma. Pero para entonces había hecho acto de presencia el invierno y el intento de explotar la victoria acabó empantanado en los barrizales camino de Moscú.

Llegados a este punto, la mayoría de los oficiales al mando estaban impacientes por hacer un alto y ocupar una línea de avance adecuada para el invierno. No olvidaban cuál había sido el destino de las tropas napoleónicas y muchos comenzaron a releer el cruel relato de Caulaincourt, escrito en 1812. Pero en los estratos superiores de la jerarquía castrense, más alejados de la zona de batalla y del lodo, imperaba una perspectiva diferente. Moscú les atraía como un imán y alen-

taba en ellos un optimismo excesivo acerca de la posibilidad de conquistarlo. Al contrario de lo que se ha dado por sentado generalmente, no fue Hitler en persona quien actuó como motor de aquel esfuerzo continuado. Desde el principio le había concedido a Moscú menos importancia que a otros objetivos. Y si bien aprobó la ofensiva tardía de octubre, las dudas al respecto volverían a perturbarlo. Pero Bock tenía los ojos clavados en Moscú y la mente se le nublaba con la ambición de poner sus manos en la legendaria ciudad. Insistió en apostar por la ofensiva, argumentando que, dado que ambos bandos estaban al borde del agotamiento, la fuerza de voluntad alemana decidiría el resultado. Brauchitsch y Halder se inclinaban a compartir la visión de Bock porque antes ya habían sufrido la frustración de ver anulada su intención de concentrarse en el mismo objetivo. Ahora que Hitler había cambiado de opinión y accedido a intentar la hazaña, les costaba admitir o comunicarle que las perspectivas ya no eran tan favorables. Aunque Rundstedt y Leeb arguyeron que se debería cancelar la ofensiva (de hecho, Rundstedt llegó a abogar por retirarse hasta la frontera original, en Polonia), sus ideas sobre el problema más inmediato no influyeron tanto, ya que no estaban relacionadas directamente con la ofensiva en pos de Moscú.

Como resultado, los alemanes organizaron otro esfuerzo colosal en noviembre. Pero ahora su objetivo era muy obvio y los ataques eran tan convergentes que simplificaron el problema para los rusos a la hora de concentrar reservas para mantener a raya cada evolución peligrosa del frente. La ofensiva alemana se apagó durante los primeros días de diciembre. A continuación, las unidades germanas comenzaron una retirada forzosa, presionadas por los contraataques enemigos. Como consecuencia, Hitler destituyó a Brauchitsch y asumió personalmente el control directo sobre las fuerzas armadas

alemanas. De esta forma, hizo realidad un deseo alternativo de carácter más personal y, además, por partida doble: acaparaba todavía más poder de cara al futuro y se servía de un chivo expiatorio al que culpar de los errores pasados.

En el sur, la marea alemana alcanzó su punto álgido el 23 de noviembre, cuando puso pie en la ciudad de Rostov, en el curso bajo del Don, puerta de acceso al Cáucaso. Pero había agotado sus reservas de combustible peleando contra el terreno embarrado y, en el plazo de una semana, las tropas avanzadas estacionadas en Rostov tuvieron que evacuar la plaza y retirarse ante un profundo contraataque por el flanco dirigido contra sus líneas de comunicación.

Si indagamos en el porqué del fracaso de los alemanes en la campaña de 1941, el diagnóstico más correcto sería «derrota por causas naturales». Dividieron sus fuerzas en direcciones divergentes, en parte porque las cabezas pensantes en el alto mando también estaban divididas, pero asimismo debido al entusiasmo generado por los fascinantes éxitos iniciales que habían protagonizado en todas las líneas de avance, un detalle que resulta irónico. En lugar de mantenerse fieles a una única línea de operaciones que hiciese peligrar varios objetivos alternativos al mismo tiempo, fueron empujados a repartirse por varias líneas, cada una de ellas orientada con toda claridad hacia un objetivo concreto. Esto facilitaba a los defensores la tarea de cubrir mejor el terreno. Por si fuera poco, en cada uno de esos casos, cuando la dirección del atacante se hacía más obvia, al mismo tiempo el propio avance lo obligaba a estirar al máximo sus líneas de suministros y ponerlas así en riesgo.

La campaña rusa de 1942

En 1942, Alemania carecía de los recursos necesarios para desencadenar una ofensiva a la misma escala que el año anterior. Pero, aun así, Hitler no se resignaba a permanecer a la defensiva y consolidar las conquistas, como le sugería un puñado de sus generales. Algunos incluso defendían la idea de retirarse hasta Polonia, como habían propuesto Rundstedt y Leeb. Era una opción muy sensata estratégicamente, pero supondría admitir sin ambages que el *Führer* había caído en la trampa de «Quien mucho abarca, poco aprieta». Espoleado por su apetito insaciable, por el inquietante espectro del desprestigio y por el sentimiento instintivo de que la única forma de abordar los problemas era al ataque, Hitler buscó una solución ofensiva que, aun con medios limitados, pudiese proporcionar algo más que resultados limitados.

Ante la ausencia de una fuerza que permitiese reemprender la ofensiva abarcando todo el frente, optó por concentrar los esfuerzos en el sector meridional. La meta sería asegurarse el petróleo del Cáucaso y, lo que era aún más importante, cortarle el suministro a los rusos. Forzosamente, esto implicaba renunciar a continuar tratando de batir los principales contingentes militares del enemigo. Pero Hitler esperaba minar así su capacidad de resistencia, dado que dependían del crudo procedente del Cáucaso para abastecerse. Era un cálculo inteligente, y estuvo mucho más cerca de hacerse realidad de lo que se suele creer, como se vislumbra a la luz de su rotundo fracaso final.

Los inicios fueron espectaculares. Los efectivos alemanes operaban ateniéndose a una línea que en repetidas ocasiones los ponía al alcance de diversos objetivos alternativos y supieron beneficiarse de la confusión que ello creaba entre los rusos. Pero posteriormente sufrirían al dividir sus fuerzas en un intento por conquistar dos objetivos divergentes al mismo tiempo. Aquella perjudicial tendencia hacia el dualismo se

debía en gran medida a la división existente en la mente del Alto Mando alemán. Halder, jefe del Alto Estado Mayor, planificó la operación fijándose en un objetivo primordial: ocupar una posición firme sobre el Volga, alrededor de Stalingrado, para seguidamente establecer una barrera estratégica entre los principales ejércitos soviéticos y sus suministros petrolíferos. Hitler no le desveló a Halder su intención, que era avanzar directamente y entrar en el Cáucaso tan rápido como fuese posible, así que animó a los comandantes encargados de ese avance a considerarlo como el objetivo prioritario. Como consecuencia, el proyecto de tomar la posición estratégica en torno a Stalingrado sufrió. En una etapa posterior, la irritación de ver sus planes truncados precisamente en el lugar que ostentaba el nombre de Stalin influyó psicológicamente en Hitler, quien se obcecó en sacrificar todo en aras de una concentración demasiado frontal para aplastar la ciudad que seguía resistiendo, pero además encarándola de una forma excesivamente directa.

Al comenzar la embestida alemana de 1942, los rusos jugaron en su favor con la ofensiva de primavera que emprendieron hacia Járkov. Se trató de una iniciativa tan directa que llevaba aparejada su propia limitación y, además, fue tan prolongada que consumió las reservas rusas. Al mismo tiempo, creó un saliente muy pronunciado que ofreció a los mandos teutones la oportunidad de sorprender a los rusos en situación de desventaja. Como consecuencia, la ofensiva alemana posterior, lanzada a finales de junio, tuvo los efectos de un contragolpe propinado contra enemigos que estaban muy expuestos y ocupaban posiciones incómodas para defenderse.

El eje original del avance alemán era paralelo al de la iniciativa rusa, solo que corría en sentido contrario. Se inició desde el sector de Kursk, al norte de Járkov, seccionando después el flanco del saliente que habían originado los soviéticos,

para posteriormente recorrer rápidamente el trayecto de unos 190 kilómetros hasta el alto Don, cerca ya de la ciudad de Voronezh, un importante nudo de la línea principal que unía Moscú con el Cáucaso. Los soviéticos se concentraron para cerrar el paso cerca de Voronezh y eso facilitó el trabajo para los alemanes, que hicieron pivotar el grueso de sus efectivos hacia el suroeste y forzaron el acceso al corredor que unía el Don y el Donets. Como ayuda a esta maniobra, los alemanes se apoyaban en los efectos indirectos de la cuña que habían clavado anteriormente en el flanco sur del saliente ruso junto a Járkov.

La resistencia rusa sucumbió a la presión combinada que ejercían aquellas pinzas, así que las unidades mecanizadas germanas gozaron de un paso cada vez más despejado a través del corredor Don-Donets, con sus propios flancos cubiertos por dos ríos. En menos de un mes alcanzaron el extremo más alejado del corredor y cruzaron el bajo Don al norte de Rostov. Así quedaba abierto el camino hacia los yacimientos petrolíferos del Cáucaso y la campaña entraba en su fase crítica. Parecía que Rusia corría grave peligro de quedarse paralizada, aislada de las fuentes que la abastecían de crudo al tiempo que se garantizaba la movilidad para las fuerzas alemanas. Estas últimas habían ido engañando al enemigo con señuelos durante aquel sinuoso avance de una forma brillante y exitosa.

Pero cuando continuaron progresando, más allá del Don, los alemanes desperdiciaron las ventajas estratégicas que habían disfrutado hasta entonces. Anteriormente se habían movido concentrados de forma estratégica, agrupados de manera flexible, a lo largo de un eje que amenazaba objetivos alternativos simultáneamente, así que sus oponentes debían enfrentarse siempre a un dilema, mientras que ellos podían bascular el peso de sus fuerzas para dejarlas caer allí donde surgiese

una debilidad en el frente enemigo. Sin embargo, una vez atravesaron el Don, se vieron obligados a dividir sus fuerzas en líneas divergentes. Una parte seguiría con rumbo hacia el sur, destinada a cruzar el Cáucaso, mientras que la otra encararía Stalingrado para ocupar la ciudad.

El desplome ruso en torno al corredor Don-Donets fue tan generalizado que no hubiese resultado demasiado difícil tomar Stalingrado y controlar el curso del Volga en julio si el Cuarto Ejército Panzer, que avanzaba en aquella dirección, no se hubiese desviado hacia el sur para ayudar al Primer Ejército Panzer a salvar el bajo Don en su camino hacia el Cáucaso. Esa operación de auxilio no era necesaria. En contraste, en el momento en que el Cuarto Ejército finalmente viró hacia el norte de nuevo, las fuerzas soviéticas ya habían comenzado a concentrarse en Stalingrado. Para los rusos era más fácil reforzar este sector que el Cáucaso, ya que estaba más próximo al frente central y era más accesible trasladando a las reservas por carretera y ferrocarril. Los sucesivos episodios de resistencia que los alemanes debieron afrontar le concedieron cada vez más relevancia a Stalingrado en el plano de la moral. Un detalle que se acrecentaba como consecuencia del propio nombre de la urbe y que acabaría por pesar más que su valor estratégico. Los ejércitos germanos fueron intensificando la atención y los esfuerzos dedicados a la captura de este objetivo, lo que los llevó a desechar las oportunidades abiertas para completar la conquista de los yacimientos de crudo del Cáucaso, dado que cada vez más se recurría al Primer Ejército Panzer para acudir a reforzar la embestida contra Stalingrado. Así se mermaba su capacidad sin obtener compensación.

El primer avance sobre la ciudad no logró su objetivo por un escaso margen. Después, las tropas alemanas se fortalecieron, pero la relación de fuerzas se vio descompensada por el

rearme masivo de los soviéticos, enfrentados a una aproximación tan directa. Así, la propia concentración ofensiva germana derivó en una concentración menos potente proporcionalmente. Fue el precio estratégico que hubieron de pagar por desechar la capacidad de distracción de la que antes habían hecho gala. Y cuanto más próxima era la convergencia sobre la ciudad, más se estrechaba el margen disponible para desarrollar maniobras tácticas, que hubiesen servido de palanca para aflojar la resistencia.

Por el contrario, el estrechamiento de las líneas del frente facilitaba la tarea de los defensores, habilitándolos para distribuir y trasladar las reservas locales a cualquier punto en peligro del arco defensivo. Los alemanes lograron perforar las defensas que rodeaban la ciudad en diversas ocasiones, pero las grietas abiertas se taponaron en todos los casos. La acumulación de experiencia nos sugiere este axioma: estrechar el frente siempre juega a favor de la defensa.

Como era natural, las pérdidas del bando agresor empezaron a crecer más y más según se reducía su margen de maniobra. Cada paso adelante era más costoso y obtenía menos réditos. Con el proceso de desgaste no tardaron en aflorar síntomas de que los contingentes alemanes operaban con un margen de fuerzas materiales más exiguo que el que habían disfrutado durante 1941. La primera carencia que se hizo visible fue en cuestión de unidades blindadas: la cifra de carros de combate que desplegaban en cada golpe disminuía progresivamente. A continuación, comenzó a desaparecer la superioridad aérea. El declive en estas dos armas principales suponía que la infantería debía soportar una carga todavía más pesada. Lógicamente, el precio de cualquier éxito parcial que se lograba mediante ataques masivos de infantería era desorbitado y los resultados distaban de ser brillantes.

Este sobreesfuerzo táctico era aún más peligroso debido a la sobrecarga que sufrían los invasores desde el punto de vista estratégico. A pesar de todo, cuando Halder, jefe del Alto Estado Mayor, instó a actuar con sensatez y cortar la sangría de bajas eligiendo un momento oportuno para detener la ofensiva y ocupar una línea de defensa apropiada para encarar el invierno, Hitler rechazó el consejo. Sencillamente, se limitó a sustituirlo, asignando el cargo a Zeitzler, un hombre más joven e impulsivo. Stalingrado ejercía un magnetismo irresistible para el *Führer*, como había sucedido con Moscú el otoño precedente. Y de nuevo encontró soldados dispuestos a alentar sus esperanzas. Esta vez, las consecuencias serían más graves. Los ejércitos que pugnaban por conquistar la ciudad habían avanzado tanto hasta entonces, en un frente tan estrecho, que habían quedado expuestos a una maniobra envolvente.

El riesgo había madurado para cuando los rusos emprendieron su contraofensiva en noviembre. Los atacantes se encontraban en las condiciones propicias para ser vencidos, tanto en el sentido estratégico como en el plano moral. La propia réplica soviética, además de presentarse en forma de una aproximación indirecta muy inteligente, fue cumpliendo sus plazos aprovechando el efecto de reacción inherente y natural que posee toda acción contraofensiva. Los soviéticos también fueron favorecidos por la manera en que dirigían sus estocadas contra sectores ocupados por las fuerzas rumanas e italianas que Hitler había utilizado para cubrir el tramo más prolongado del flanco. El resultado fue que los rusos aislaron a gran parte de los ejércitos agresores y se aseguraron su primer gran embolsamiento de prisioneros.

Con el camino ahora parcialmente despejado, los soviéticos aprovecharon el triunfo efectuando una serie de avances hacia el sur que pusieron contra la pared las comunicaciones

y la retaguardia de los ejércitos alemanes desplegados en el Cáucaso. El peligro al que se exponían estos últimos se puede explicar fácilmente: recordemos que, en esos momentos (enero de 1943), se encontraban a unos 650 kilómetros al este de Rostov, mientras que el avance ruso que seguía el curso bajo del Don apenas distaba 65 kilómetros de la misma ciudad. Las comunicaciones de las fuerzas alemanas transitaban por un larguísimo cuello de botella hasta llegar al Cáucaso. Aunque Alemania se las ingenió para mantener abiertas las fauces soviéticas durante el tiempo necesario para acometer una retirada gradual, evitando que sus soldados quedasen aislados, después no tuvo más remedio que abandonar por completo el Cáucaso y, además, ver cómo la presión envolvente del enemigo la expulsaba de la cuenca industrial del Donets.

En febrero, el repliegue teutón se aceleró repentinamente y los rusos, que les pisaban los talones, alcanzaron y superaron la línea desde la que había partido la ofensiva de verano alemana. Retomaron Járkov y se aproximaron al Dniéper. Pero a finales del mismo mes, los alemanes respondieron con un contragolpe que les volvió a arrebatar Járkov y los desequilibró momentáneamente. Al igual que había sucedido a sus enemigos en verano, los soviéticos habían hecho un esfuerzo excesivo en la persecución, adelantándose a sus propios suministros. Al mismo tiempo, los alemanes habían recobrado fuerzas gracias al efecto bola de nieve, ya que retrocedían hacia sus bases y refuerzos.

El contragolpe de Járkov fue un ejemplo magistral y asombroso de la modalidad defensivo-ofensiva de la estrategia de aproximación indirecta: servirse de una estratagema con un cebo que atrae al enemigo hasta hacerlo caer en una trampa. En este caso, de dimensiones descomunales. La planificación y ejecución fueron responsabilidad del mariscal de campo Von Manstein, el mismo que, durante el primer invierno de

la guerra, siendo entonces jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos de Rundstedt, había perfeccionado el plan de las Ardenas que culminaría con el derrumbe francés de mayo de 1940. La mayoría de sus colegas lo consideraba el estratega más capaz de todos ellos, pero no contaba con el favor de Hitler. Ahora bien, cuando el ejército mandado por Paulus quedó rodeado en Stalingrado, en noviembre de 1942, el *Führer* había encargado a Von Manstein que asumiese el mando del Grupo de Ejércitos «Don», en un intento por evitar el desastre. Era demasiado tarde para darle la vuelta a la catástrofe de Stalingrado, pero Von Manstein se las arregló para contener a los rusos e impedir que cortasen el cuello de botella de Rostov durante el tiempo suficiente como para salvar a las fuerzas situadas en el Cáucaso. A continuación, restableció una posición defensiva a lo largo del río Mius, entre el mar de Azov y el río Donets.

En cualquier caso, ahora los soviéticos habían quebrado el frente al norte del Donets y atravesado las líneas ocupadas por los ejércitos italianos y húngaros, abriendo una abertura de 320 kilómetros entre el Donets y Voronezh, por donde irrumpían hacia el oeste, dejando atrás el flanco de Von Manstein. Cruzaron el Donets en un punto alejado, cerca de la retaguardia alemana, y no solo conquistaron Járkov, sino que cayeron sobre el gran meandro que el Dniéper describe más al sur. Justamente la zona de la que Von Manstein dependía para obtener suministros. El 21 de febrero, un contingente avanzado llegó a situarse a la vista de Zaporozhe, junto al mismo meandro en el que Von Manstein había trasladado su cuartel general. La situación era crítica, pero él demostró tener nervios de acero y conservó la calma. Ya antes había rehusado malgastar sus escasas reservas en un esfuerzo directo por retomar Járkov, tal y como exigía Hitler. En esta ocasión, resistió la tentación de utilizarlas para conformar una

defensa directa de la línea del Dniéper. Y es que al examinar las evoluciones rusas hacia el suroeste había descubierto una fantástica oportunidad para desarticular aquellas maniobras con una acción indirecta, así que quería dejar que se internasen todavía más, a pesar del peligro que acarreaba para su base.

Mientras tanto, reagrupaba sus fuerzas y transfería desde el curso del Mius los tres menguados cuerpos Panzer a su disposición, para formar un frente invertido orientado hacia el noroeste. El día 26 ya lo tenía todo listo para entrar en acción y avanzó contra el flanco y la retaguardia de los ejércitos rusos. De modo que asestó una estocada al eje sobre el que pivotaba el avance enemigo, como en Sedán, en 1940. En cuestión de una semana, las tropas soviéticas que antes progresaban hacia el suroeste se habían replegado hasta cruzar el Donets, envueltas en una nube de confusión, tras perder 600 carros de combate y 1000 cañones. Von Manstein prosiguió la operación, virando hacia el norte para poner sus miras en la retaguardia de los ejércitos rusos que marchaban hacia el oeste desde Járkov y Bielgorod. El revés los desarticuló y forzó su retirada, así como el abandono de ambas ciudades. El resultado de las maniobras indirectas encadenadas fue una victoria extraordinaria. Tengamos en cuenta que las había ejecutado una fuerza que peleaba en condiciones desfavorables, con una desventaja de ocho a uno en divisiones. De no haber sido por la extrema disparidad de fuerzas, podría haber sido un triunfo tan decisivo como el de Sedán. Pero aquella disparidad era un detalle de mal agüero.

Las reservas alemanas eran mucho más limitadas que las que Rusia tenía a su disposición y, además, se habían empobrecido severamente tras dos años de confrontación. En el otro bando, una masa gigantesca de divisiones recién formadas estaba presta a entrar en liza. Aunque el contraataque de

Járkov detuvo temporalmente la amenaza rusa, el equilibrio de fuerzas se inclinaba irremisiblemente a favor de la Unión Soviética.

La guerra en el Pacífico

Japón llevaba desde 1931 expandiendo sus posiciones en el Asia continental a expensas de China, un país carcomido por su propio conflicto interno, y en detrimento de los intereses que estadounidenses y británicos tenían en la misma zona. Aquel año se adueñaron de Manchuria y transformaron la región en un estado satélite del Imperio nipón. En 1932 invadieron China propiamente dicha, pero su proyecto de controlar un área tan vasta se enredó en las complicaciones de la guerra de guerrillas. Así que, para buscar una salida al problema, se embarcaron en más iniciativas expansionistas, dirigidas hacia el sur, cuyo fin era aislar a los chinos e impedir que recibiesen suministros desde el exterior. Tras la derrota de Francia a manos de Hitler, los japoneses aprovecharon la situación de indefensión gala para forzar un acuerdo bajo amenazas que les permitiese ocupar la Indochina francesa para su «protección».

En respuesta, el 24 de julio de 1941, el presidente Roosevelt exigió la retirada de las tropas niponas de Indochina. Y para hacer valer su demanda, el día 26 dictó instrucciones para que se congelasen todos los activos japoneses en Estados Unidos y se implantase un embargo sobre los suministros de petróleo. Churchill actuó al mismo tiempo y dos días más tarde se conminó al Gobierno de Holanda en el exilio, refugiado en Londres, a seguir el ejemplo. Esto implicaba, según palabras de propio Churchill, que «de un plumazo, se privó a Japón del vital suministro de crudo».

En los debates previos a tomar esta decisión, siempre se había reconocido que una sacudida de estas características obligaría a Japón a luchar, ya que la única alternativa al desplome era abandonar su política. Sorprende que el imperio asiático demorase su respuesta militar por más de cuatro meses, mientras intentaba negociar la suspensión del embargo petrolero, que Estados Unidos se negaron a levantar; salvo si Japón se retiraba no solo de Indochina, sino también de China. No cabría esperar que ningún Gobierno, y mucho menos el japonés, aceptase unas condiciones tan humillantes y semejante desprestigio. Así que, a partir de la última semana de julio, todo apuntaba a que la conflagración estallaría en el Pacífico en cualquier momento. En esta tesitura, estadounidenses y británicos fueron afortunados de contar con cuatro meses de gracia antes de que Japón asestase el primer golpe. Pero el intervalo se aprovechó poco para elaborar los preparativos defensivos.

La mañana del 7 de diciembre de 1941, una fuerza naval nipona dotada de seis portaaviones descargó un demoledor ataque aéreo sobre Pearl Harbour, la base naval estadounidense en las islas Hawái. La agresión se adelantó a la propia declaración de guerra, como había sucedido en Port Arthur, el ataque inicial protagonizado por los japoneses en su anterior guerra con Rusia.

Hasta los primeros meses de 1941, el plan que Japón tenía previsto adoptar en caso de guerra con los Estados Unidos consistía en utilizar su principal flota en el sur del Pacífico en conjunción con una ofensiva sobre el archipiélago de las Filipinas, para enfrentarse al avance estadounidense por el mar para auxiliar a su guarnición en Filipinas. Era precisamente la jugada que los americanos esperaban por parte de los nipones. Además, sus expectativas se habían consolidado al ver la reciente maniobra de los japoneses para poner pie en Indo-

china. Pero en el ínterin, el almirante Yamamoto había concebido una nueva idea: un ataque por sorpresa contra Pearl Harbour. La fuerza atacante siguió una vía de aproximación extremadamente indirecta, pasando por las islas Kuriles, para descender desde el norte y acercarse a las islas Hawái sin ser detectado. A continuación, lanzó su ofensiva antes del alba, valiéndose de 360 aeronaves, desde una posición situada a casi 500 kilómetros de distancia de Pearl Harbour. El resultado es que fueron hundidos cuatro de los ocho acorazados estadounidenses y los demás sufrieron graves daños. En poco más de una hora, Japón se había hecho con el control del Pacífico.

Con aquella arremetida, había despejado el camino para acometer una invasión ininterrumpida por vía marítima de Malasia y su archipiélago. Mientras el principal contingente ofensivo nipón había cruzado el océano con rumbo noreste hasta las islas Hawái, otras flotillas habían escoltado a convoyes de tropas hacia el suroeste del Pacífico. En la península de Malasia y en las Filipinas, los desembarcos comenzaron casi al mismo tiempo que se desencadenaba el ataque aéreo sobre Pearl Harbour. El blanco del primer grupo de desembarco era la gran base naval británica de Singapur. Pero no se produciría ningún intento de atacarla desde el mar, que era justamente el tipo de ataque para el que se habían concebido fundamentalmente sus defensas. La aproximación fue muy indirecta. Mientras se efectuaban ataques anfibios en dos puntos de la costa oriental de la península de Malasia, para ocupar aeródromos y distraer la atención, las principales fuerzas tomaban tierra en el istmo de Kra en Siam, a unos 800 kilómetros al norte de Singapur. Desde estos puntos de desembarco en el extremo noroccidental, las tropas japonesas descendieron como un torrente hacia el sur por la costa occidental de la lengua de tierra, flanqueando y desbordando las

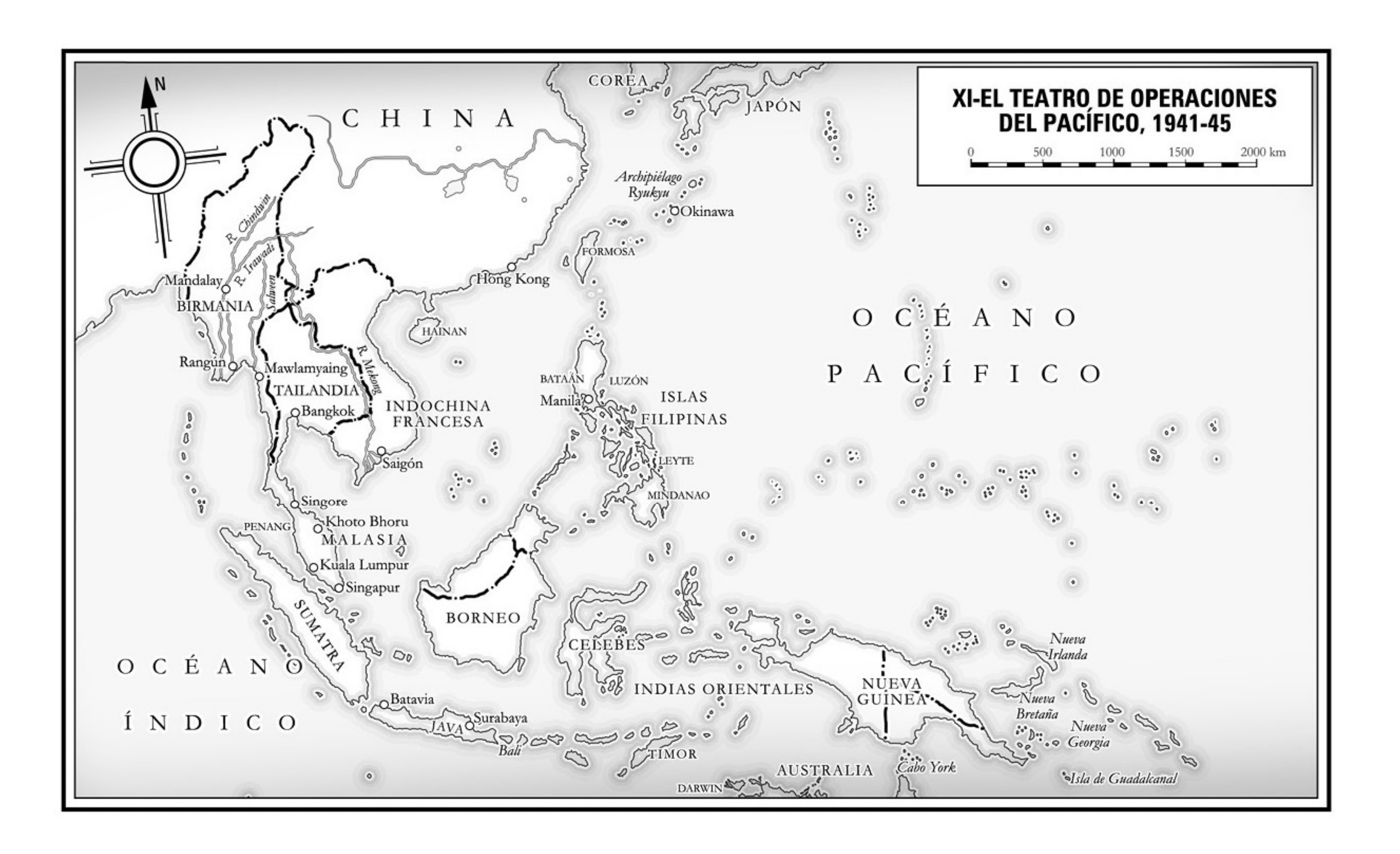
líneas con las que las fuerzas británicas intentaron mantenerlas a raya. Los nipones no solo sacaron partido de elegir una ruta inesperada (por ser considerada difícil), sino que también aprovecharon las oportunidades para lanzar operaciones de infiltración imprevistas, ya que la espesura de la vegetación a menudo se prestaba a ellas. Tras una retirada prácticamente continua de seis semanas de duración, a las unidades británicas no les quedó otra alternativa que abandonar tierra firme y resguardarse en la isla de Singapur a finales de enero. La noche del 8 de febrero, Japón lanzó su ataque a través de los estrechos, de algo más de un kilómetro y medio de anchura. Sus tropas alcanzaron las costas de la isla en numerosos puntos y emprendieron nuevas acciones de infiltración a lo largo de un frente muy amplio.

Las fuerzas defensoras contaban con más del doble de soldados que los atacantes, pero estos últimos eran tropas especialmente seleccionadas, bien entrenadas para maniobrar en la jungla y terrenos boscosos. Por su parte, los defensores eran un grupo heterogéneo, compuesto en su mayor parte por hombres sin experiencia ni formación específica, así pues, con escasa capacidad para maniobrar con coordinación ante aquellos oponentes. Además, el discurrir de la campaña los había vuelto extremadamente susceptibles a las amenazas por los flancos. Estas dificultades, que ya eran tremendas por sí solas, se agudizaban notablemente por la falta de cobertura aérea que hiciese frente a la constante y sombría presencia de la fuerza aérea nipona en los cielos. Los defensores pronto se desequilibraron y la confusión en la retaguardia entorpeció sus intentos por reorganizarse y recuperar la estabilidad. Lo que tenían a sus espaldas distaba mucho de ser una base segura: se trataba de una ciudad atestada y congestionada, con una población mixta, atemorizada ante el peligro de que se cortasen los suministros de agua y alimentos. Más atrás solo

estaba el mar, cuyas aguas dominaba el enemigo. Las columnas de humo negro que brotaban de los depósitos de petróleo en llamas daban una pincelada aún más dantesca al escenario, ya de por sí aterrador. Habían sido incendiados cumpliendo órdenes de las autoridades de la metrópoli, que pretendía aplicar una política de tierra quemada. Esa política mostraba una consideración más que discutible de la psicología estratégica. El 15 de febrero, segundo domingo negro consecutivo, las fuerzas defensoras depusieron las armas.

En Luzón, la principal isla del archipiélago de Filipinas, los primeros desembarcos efectuados al norte de Manila fueron acompañados de inmediato por un desembarco en la retaguardia de la capital. Ante aquella acción coordinada y la amenaza de que las fuerzas japonesas convergieran, las tropas estadounidenses abandonaron la mayor parte de la isla y se replegaron a la pequeña península de Bataán antes de que acabase diciembre. En cambio, allí solamente se exponían a un asalto frontal que debería superar un frente estrecho y muy compacto, gracias a lo cual consiguieron resistir en su posición hasta abril, cuando finalmente se vieron sobrepasadas.

Mucho antes de ese revés, e incluso antes de la caída de Singapur, la oleada de conquistas japonesas asolaba el archipiélago malayo. El 24 de enero, contingentes nipones independientes tomaron tierra en Borneo, Célebes y Nueva Guinea. Tres semanas más tarde, lanzaron un ataque sobre Java, el corazón de las Indias orientales Neerlandesas. Previamente habían aislado la isla mediante maniobras de flanqueo. Tres semanas más tarde, toda Java había caído en sus manos como fruta madura.


XI-EL TEATRO DE OPERACIONES
DEL PACÍFICO, 1941-45
0
500
1000
1500
2000 km
N
CHINA
COREA
JAPÓN
Archipiélago
Ryukyu
Okinawa
FORMOSA
Hong Kong
HAINAN
OCÉANO
PACÍFICO
R. Chindwin
R. Irawadi
Salween
Mandalay
BIRMANIA
Rangún
Mawlamyaing
TAILANDIA
R. Mekong
Bangkok
INDOCHINA
FRANCESA
Saigón
BATAÁN
LUZÓN
Manila
ISLAS
FILIPINAS
LEYTE
MINDANAO
Singore
PENANG
Khoto Bhoru
MALASIA
Kuala Lumpur
Singapur
SUMATRA
BORNEO
CELEBES
INDIAS ORIENTALES
NUEVA
GUINEA
Nueva
Irlanda
Nueva
Bretaña
Nueva
Georgia
OCÉANO
ÍNDICO
Batavia
JAVA
Surabaya
Bali
TIMOR
AUSTRALIA
Cabo York
DARWIN
Isla de Guadalcanal

Parecía que la amenaza para Australia era inminente, pero no se materializó. La acción militar japonesa se dirigió en sentido opuesto, hacia el oeste, para conquistar Birmania. En Tailandia practicó un avance directo, pero con un frente muy amplio, que caería sobre Rangún. Se trataba en realidad de una aproximación indirecta hacia su objetivo fundamental en Asia continental en conjunto: paralizar la capacidad de resistencia de China. Y es que Rangún era el puerto de entrada por el que China recibía suministros de equipos anglo-estadounidenses, que luego recorrían la carretera de Birmania. Al mismo tiempo, esta maniobra se había concebido astutamente para completar la conquista de las puertas occidentales del Pacífico. Así se establecería una firme barrera que cortaría las rutas más importantes por las que cabría esperar posteriormente una ofensiva terrestre anglo-estadounidense. Rangún cayó el 8 de marzo y, dos meses más tarde, los nipones habían expulsado a las fuerzas británicas de Birmania, obligándolas a regresar a la India a través de las montañas. Así el Imperio japonés se había asegurado una posición defensiva con unas condiciones naturales tan favorables que cualquier intento de reconquista sería un proceso muy lento, que habría de doblegar obstáculos terribles.

Pasó mucho tiempo hasta que los Aliados lograron reunir fuerzas suficientes para emprender de forma realista la recuperación de los territorios que Japón había ocupado. Empezarían precisamente por el extremo oriental, pues allí les favorecía que Australia siguiera en pie y constituyera una base de operaciones a gran escala muy próxima a la cadena de puestos avanzados japoneses.

En agosto de 1942, el general McArthur abrió la veda con un primer movimiento, un ataque a Guadalcanal, la más meridional y cercana de las islas Salomón. La reconquista de Guadalcanal tardó seis meses en concluir. Hasta finales de

junio de 1943 no se intentó ocupar la siguiente isla importante del archipiélago, Nueva Georgia. E incluso entonces, la operación de reconquista duró más de tres meses.

Mientras tanto, las fuerzas australianas habían puesto en marcha una ofensiva desde la posición que habían conservado en el extremo suroriental de la gran isla de Nueva Guinea. Pero las operaciones eran lentas y penosas, condicionadas por unas circunstancias y un relieve dificilísimos, luchando contra una oposición extraordinariamente tenaz. Fue necesario pelear durante casi un año hasta que se reconquistó por completo el extremo suroriental de Nueva Guinea, que culminaría con la toma de Lae en septiembre de 1943.

Daba la impresión de que el camino de vuelta hacia las Filipinas y desde allí hasta Japón sería un viaje interminable. Pero durante el otoño de 1943, el ritmo se agilizó gracias a la adopción de un método que implicaba ciertos desvíos y que era, en el fondo, una variante de la estrategia de aproximación indirecta. El avance por vía marítima se saltaba sucesivamente una serie de islas incluidas en la cadena de puestos avanzados enemigos, con lo que dejaba aisladas a las guarniciones niponas y les cortaba el acceso a suministros, sumiéndolas en un estado de reclusión estratégica.

En octubre de 1944, un gran salto llevó a los estadounidenses de regreso a Filipinas. Fue precedido de bombardeos muy duros de las instalaciones portuarias y los aeródromos de Luzón y Mindanao, las dos principales islas al norte y sur del archipiélago de Filipinas. Como es natural, y a consecuencia de estos golpes, los japoneses supusieron que se iba a producir un desembarco en aquellas zonas, aunque no estaban seguros de cuál de las dos podría ser el objetivo final. A continuación, las unidades navales puestas a las órdenes del general McArthur se presentaron en las costas de la isla de Leyte, a mitad de camino entre las dos islas principales, y procedie-

ron a desembarcar sus tropas. Esta acción no solo introdujo una cuña en medio del archipiélago, sino que además abrió una brecha estratégica aun mayor entre el propio Japón y la mayoría de sus conquistas en el Pacífico, que se encontraban en las Indias orientales Neerlandesas.

Era inevitable que se sucediese otro intervalo hasta que los estadounidenses lograron reunir fuerzas suficientes para ampliar la ofensiva y completar la conquista de Filipinas. El éxito del proyecto se debió a su combinación del método de las cuñas con una red aeronaval envolvente, que aisló al archipiélago mientras se desarrollaba la operación de reconquista. Además, ahora los americanos habían ocupado una posición suficientemente cercana al propio Japón para iniciar una ofensiva aérea potente y sostenida. El siguiente gran impulso vino con la batalla por Okinawa, en el archipiélago de Ryukyu, a medio camino entre Formosa (que quedó a un lado) y Japón.

Una de las características más notables que compartieron estas operaciones más tardías fue la forma en que, al planear cada maniobra que omitía ciertos territorios ocupados por el enemigo, siempre se elegían opciones que implicaban la existencia de objetivos alternativos. La intención era mantener confuso al adversario, ocultarle cuál era la meta real y aprovechar la debilidad inherente a esa situación. Así se multiplicaba el efecto estratégico indirecto de cada movimiento.

La oleada de conquistas niponas se había expandido demasiado para que pudiese perdurar. Como resultado, sus fuerzas armadas estaban muy dispersas y en concentraciones muy limitadas, lo cual era un peligro. Así, eran susceptibles de quedarse aisladas en cuanto cambiase el equilibrio del poder aéreo y naval. Estados Unidos explotó esta posibilidad y se benefició del amplio margen para realizar maniobras navales. La agresividad inicial de los japoneses les golpeó con el

efecto de un resorte, refutando la máxima que prescribe que la mejor defensa es un buen ataque. En vez de ello, como resultado de un ataque demasiado exitoso, Japón se *sobreesforzó* y estiró sus defensas más allá del límite de seguridad. La oleada ofensiva emprendida por Alemania acabaría por afrontar el mismo fatídico destino.

La guerra en el Mediterráneo

Las primeras campañas en el espacio mediterráneo tuvieron como eje los intentos ítalo-germanos por hacerse con el control de Egipto y el canal de Suez. El curso de estas campañas ilustraron de forma sorprendente los efectos de incurrir en un sobreesfuerzo estratégico, ya sea longitudinal o lateralmente. Además, nos enseñaron muchas lecciones valiosas en el ámbito de la aproximación indirecta.

En septiembre de 1940 dio comienzo el avance del mariscal Graziani desde Libia hasta Egipto. Si nos basamos en cualquier género de cálculos numéricos, su éxito se daba por cierto, ya que mandaba unas fuerzas invasoras muy superiores a los efectivos británicos disponibles para defender Egipto. Pero sus tropas adolecían de una escasa movilidad y operaban con una restricción: estaban muy poco mecanizadas, lo que limitaba las maniobras para buscar la sorpresa, a lo que se añadía la ineficacia orgánica. Tras avanzar algo más de 100 kilómetros a través del desierto occidental, los italianos se detuvieron en Sidi Barrani, donde permanecerían varados durante un par de meses.

El comandante en jefe británico en Oriente Medio, el general Wavell, decidió poner a prueba qué impacto causaría un ataque por parte de la Fuerza del Desierto occidental, el embrión del Octavo Ejército, al mando del general O'Connor.

Se concibió una operación más parecida a una incursión potente que a una ofensiva convencional: no se limitaría a un ataque liviano y una huida apresurada, sino que sería un golpe poderoso, seguido de una retirada ordenada. Tan solo había dos divisiones disponibles, la Séptima Acorazada y la Cuarta India. Tras la incursión, la segunda debería regresar al Nilo para viajar hacia Sudán, al sur, donde ayudaría a afrontar la amenaza que suponía el ejército italiano en Eritrea y Abisinia.

Pero lo que solo iba a ser una incursión se transformó en una victoria decisiva, gracias a la parálisis y la desorganización que provocó el movimiento sorpresivo del general O'Connor a través del desierto, hasta situarse sobre la retaguardia del adversario. Una verdadera aproximación indirecta, tanto física como psicológicamente. El ataque repentino tuvo lugar el 9 de diciembre. Gran parte del ejército de Graziani quedó aislado del resto y los británicos hicieron 35 000 prisioneros, mientras que los restantes combatientes italianos emprendieron la huida hasta refugiarse al abrigo de su propia frontera, tras una retirada desordenada, presa del pánico. La frontera estaba fortificada, pero la Séptima División Acorazada, que les perseguía, la traspasó y describió un barrido en arco que también aislaría momentáneamente a las fuerzas italianas supervivientes, replegadas hasta Bardia.

Aquí se habría podido poner punto final a toda la campaña si el Alto Mando no hubiese insistido en la necesidad de retirar la Cuarta División India, de acuerdo con el plan original. Sin este apoyo, por su propia naturaleza, la Séptima División Acorazada fue incapaz de perforar las defensas de Bardia. Aún deberían transcurrir varias semanas hasta que llegase una nueva división de infantería de refresco, la Sexta Australiana, trasladada desde Palestina para que sirviese de «abrelatas». A continuación, se tomó Bardia el 3 de enero, capturán-

dose 40 000 prisioneros. Tobruk capituló el 22 y allí se hicieron 22 000 más.

Las tropas supervivientes de Graziani se retiraron más allá de Bengasi, en dirección a Trípoli. Pero fueron interceptadas por una persecución en forma de aproximación indirecta que se reveló como una de las operaciones más brillantes y audaces de toda la guerra. La Séptima División Acorazada se lanzó a la carrera por el interior del desierto para alcanzar el mar al sur de Bengasi, el 5 de febrero. Los destacamentos más avanzados recorrieron más de 270 kilómetros en 36 horas por un terreno difícil y desconocido. Mientras una parte, bajo el mando del coronel Combe, creó un bloqueo en la línea de retirada enemiga en Beda Fomm, la otra —la 4.ª Brigada Blindada a las órdenes del general Caunter— machacó a los italianos hasta lograr su rendición. El conjunto de ambas unidades solamente alcanzaba la cifra de 3000 hombres, pero gracias a su audacia al arremeter en el camino de un enemigo muy superior lograron un botín de 21 000 prisioneros.

Por muy escasas que fueran las fuerzas que habían logrado esta extraordinaria conquista de Cirenaica, se produjo en un momento en que no había mucho que les impidiera seguir avanzando hasta Trípoli. A las tropas italianas supervivientes, además de estar mal equipadas para hacer frente a un ataque con tanques, les había afectado gravemente el destino de su ejército principal. O'Connor, impaciente por explotar su aplastante victoria en Beda Fomm, estaba convencido de que podía llevar a cabo un nuevo ataque con escaso retraso con respecto a los suministros. Sin embargo, el gobierno británico ordenó hacer un alto para enviar los medios necesarios a la desafortunada expedición a Grecia. Se ordenó a Wavell que solo dejara un mínimo de unidades para conservar la Cirenaica. O'Connor también regresó a Egipto y el control militar quedó en manos de personas menos capaces. En este punto

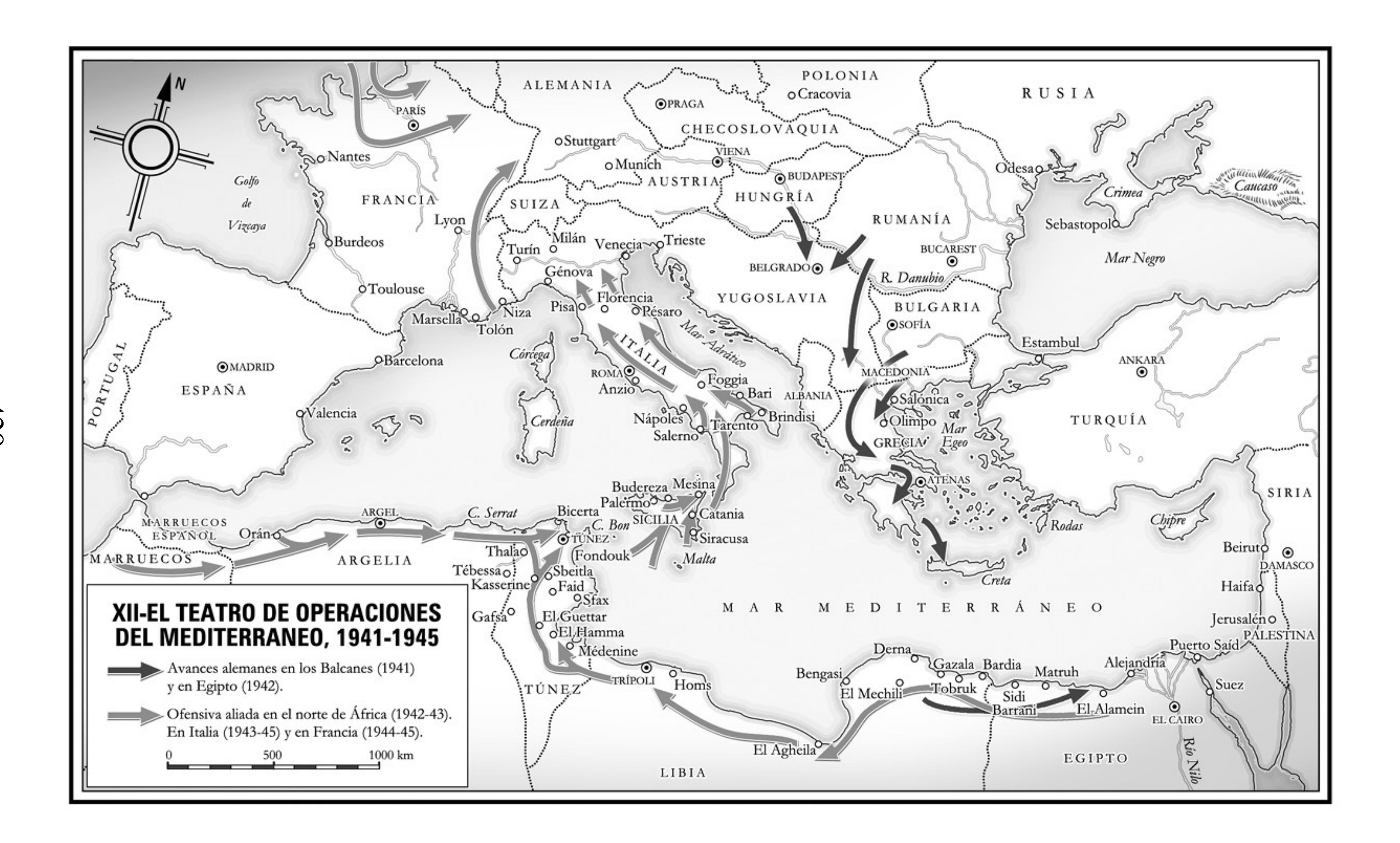
crítico llegó a Trípoli la avanzadilla del *Afrika Korps* alemana al mando de Rommel. Era demasiado tarde para evitar a los italianos el desastre, pero la ayuda alemana llegó a tiempo de prolongar la campaña en el norte de África durante más de dos años, período en el que la posición de Gran Bretaña en Egipto estuvo en peligro inminente.

Con una fuerza casi equivalente a una división, Rommel lanzó un contraataque a finales de marzo. Mediante rápidos movimientos nocturnos por los flancos y la retaguardia de sus oponentes alteró sus posiciones avanzadas y, posteriormente, mediante un engañoso sitio, provocó la rendición del grueso de sus fuerzas en Mekili. Su inesperado avance hizo que lo indirecto de su aproximación en sucesivas etapas fuera aún más terrible. En el transcurso de dos semanas había barrido a los británicos de Cirenaica, excepto por una pequeña parte que se retiró a Tobruk, donde permaneció como una espina en su costado. Sin embargo, cuando alcanzó la frontera había estirado excesivamente sus líneas de suministro y, por tanto, se vio obligado a detenerse.

En junio, y tras recibir refuerzos, los británicos pusieron rumbo a la frontera libia e intentaron una nueva ofensiva, a la que bautizaron con el arcaizante nombre de Operación Battleaxe («Hacha de guerra»). Se trataba, esencialmente, de un ataque frontal. Rommel lo desarticuló y volvió las tornas de la batalla con un inteligente contragolpe perpetrado por unidades blindadas, que rodearon el flanco enemigo que lindaba con el desierto.

En noviembre, los británicos organizaron una ofensiva mayor y más ambiciosa. A estas alturas, Wavell había sido sustituido por el general Auchinleck como comandante en jefe. Las fuerzas estacionadas en la frontera de Libia se habían unido para constituir el Octavo Ejército, bajo las órdenes del general Cunningham. La ofensiva se inició el día 18,

con un avance para desbordar el flanco enemigo, atravesando territorio desértico, con el fin de acercarse a la retaguardia de Rommel. Pero echaron por tierra la ventaja estratégica que habían obtenido con esta aproximación indirecta, porque emplearon una táctica directa al tratar de batir a las unidades acorazadas del adversario en choques frontales cada vez que se las encontraban. De esta forma, jugaban a favor de las intenciones de Rommel.



XII-EL TEATRO DE OPERACIONES DEL MEDITERRANEO, 1941-1945
Avances alemanes en los Balcanes (1941) y en Egipto (1942).
Ofensiva aliada en el norte de África (1942-43). En Italia (1943-45) y en Francia (1944-45).
0
500
1000 km
N
RUSIA
POLONIA
Cracovia
ALEMANIA
PRAGA
CHECOSLOVAQUIA
PARÍS
Stuttgart
VIENA
Munich
AUSTRIA
BUDAPEST
HUNGRÍA
Nantes
Golfo de Vizcaya
FRANCIA
SUIZA
Lyon
Burdeos
Toulouse
Turín
Milán
Venecia
Trieste
Génova
Florencia
Pésaro
Pisa
Niza
Marsella
Tolón
BELGRADO
YUGOSLAVIA
RUMANÍA
BUCAREST
R. Danubio
BULGARIA
SOFÍA
Odesa
Crimea
Caucaso
Sebastopol
Mar Negro
Estambul
ANKARA
TURQUÍA
PORTUGAL
MADRID
ESPAÑA
Barcelona
Valencia
Córcega
Cerdeña
ROMA
Anzio
ITALIA
Mar Adriático
Foggia
Bari
Brindisi
Nápoles
Salerno
Tarento
ALBANIA
MACEDONIA
Salónica
Olimpo
GRECIA
Mar Egeo
ATENAS
Rodas
Creta
Chipre
SIRIA
Beirut
DAMASCO
Haifa
Jerusalén
PALESTINA
Budereza
Palermo
Mesina
SICILIA
Catania
Siracusa
Malta
C. Bon
MARRUECOS ESPAÑOL
MARRUECOS
Orán
ARGEL
ARGELIA
C. Serrat
Bicerta
TÚNEZ
Thala
Tébessa
Kasserine
Sbeitla
Fondouk
Faid
Sfax
Gafsa
El Guettar
El Hamma
Médenine
TRÍPOLI
Homs
TÚNEZ
MAR MEDITERRÁNEO
Derna
Gazala
Bardia
Matruh
Alejandría
Puerto Saíd
Suez
Bengasi
El Mechili
Tobruk
Sidi Barrani
El Alamein
EL CAIRO
Río Nilo
El Agheila
LIBIA
EGIPTO

Al toparse con la superioridad numérica y la mayor movilidad de las unidades mecanizadas británicas, los alemanes practicaron con maestría una aproximación indirecta en el ámbito táctico. Se dedicaron a atraer a los carros de combate británicos hacia trampas en las que aguardaban alineados y ocultos sus propios tanques, apoyados por los letales cañones de 88 milímetros. Como ya había hecho en la Operación Battleaxe, Rommel demostró así de una forma impresionante cómo funcionaba el método defensivo-ofensivo y la utilidad de los señuelos en los modernos conflictos mecanizados: esperaba a que el filo de la «espada» del oponente se mellase sobre su propio «escudo», mientras se preparaba para asestarle un mandoble. Como resultado, los británicos no solo se quedaron sin ventaja estratégica, sino que además vieron arruinada gran parte de su superioridad numérica en carros de combate. El Octavo Ejército acabó desequilibrado, tanto física como psicológicamente, y se retiró, cruzando la frontera para reorganizarse.

Rommel juzgó que la situación era propicia para actuar con más atrevimiento, así que al día siguiente envió a los contingentes móviles de sus fuerzas a describir una arriesgada maniobra alrededor del flanco del Octavo Ejército orientado hacia el desierto, hasta superar la frontera y abatirse sobre las comunicaciones del enemigo. Cuando los alemanes irrumpieron en las zonas controladas por la retaguardia británica, cundió el pánico y la confusión. Si le hubiera correspondido a Cunningham tomar la decisión entre aguantar o retirarse, el impacto del golpe germano bien podría haber zanjado aquel enfrentamiento. Pero Auchinleck, que llegaba en avión en ese instante crucial, se empeñó en continuar la batalla. Posteriormente, cuando regresó a El Cairo dos días después, nombró a Ritchie para que ocupase el mando y reemplazara a Cunningham. La intervención de Auchinleck transformó la de-

rrota en victoria. Eso sí, en esencia se trataba de una apuesta arriesgadísima, aún más que la incursión estratégica de Rommel, ya que se apostaba la supervivencia del Octavo Ejército al mantenimiento de su posición más avanzada. Los británicos tuvieron la inmensa fortuna de que Rommel, al progresar hacia la frontera, había pasado por alto —y perdido la oportunidad de— capturar dos enormes depósitos de suministros. Todo el mantenimiento del avance británico dependía de ellos. Si lograron pasar desapercibidos sin que el enemigo los descubriese fue, principalmente, gracias al dominio aéreo británico.

Aunque la profunda estocada que había intentado Rommel falló y no alcanzó su objetivo por muy poco, este fracaso supuso un enorme revés. Y es que mientras él y sus tres divisiones acorazadas (dos germanas y una italiana) operaban más allá de la frontera, muy lejos del resto de los efectivos, las fuerzas británicas divididas que había dejado atrás lograron reponerse, recobraron el equilibrio y reanudaron la presión ofensiva hasta conectar con la guarnición de Tobruk. Todo sucedió antes de que Rommel pudiese regresar para socorrer a las formaciones alemanas no motorizadas. Este hecho sirve de ejemplo de los riesgos que entrañan los tipos de operaciones al modo de una incursión estratégica, ejecutadas por una parte de un ejército, cuando el punto que sirve como pivote no es suficientemente fuerte para ofrecer una resistencia prolongada. Aunque finalmente Rommel consiguió retomar la ventaja temporalmente, tras varios días de arduos combates y maniobras en un espacio reducido sería un triunfo estéril. Sus pérdidas fueron mucho mayores que en la fase inicial de la contienda y suponían una merma mucho mayor para las unidades acorazadas disponibles, superior a lo que podía asumir, especialmente si tenemos en cuenta que los británicos recibirían refuerzos más numerosos. El 6 de diciembre, a Rommel

no le quedó más remedio que dar la vuelta y abandonar la batalla alrededor de Tobruk para emprender la retirada. Primero hasta Gazala y, desde allí, hasta la frontera de Tripolitania.

En este punto retomó una vez más el método defensivo-ofensivo con unos resultados admirables. Cuando los británicos desencadenaron su ataque el 27 de diciembre, mantuvo a raya a sus fuerzas acorazadas, las desbordó por los flancos, las obligó a luchar en un frente invertido y, por último, las rodeó. Esta batalla dejaría exhaustas a las reservas de tanques británicos, y la semana siguiente los alemanes recibieron un convoy que les aportó los primeros refuerzos considerables desde mediados de noviembre. A partir de ese momento Rommel pensó cómo sacar partido de la forma en que los británicos habían tenido que alargar sus líneas excesivamente al avanzar. Todavía se figuraban que Rommel estaba agotado cuando apareció para asestarles un contragolpe por sorpresa, que desbarató el frente. A continuación, las unidades alemanas explotaron el desorden creado con una estocada directa, dirigida desde el flanco del desierto contra la base aliada de Bengasi, que hizo trastabillar a los británicos de vuelta hasta Gazala. Con esto, Rommel recuperó más de la mitad del terreno que le acababan de arrebatar.

El frente permaneció estabilizado durante tres meses en la posición de Gazala, pero la disposición lineal del Octavo Ejército eran más adecuadas para servir como trampolín para una nueva ofensiva que para presentar una defensa bien equilibrada. En mayo, Rommel se adelantó y movió ficha: emprendió una amplia maniobra de flanqueo con sus blindados la noche del 26 y desestabilizó al Octavo Ejército. Sin embargo, el enemigo lo detuvo antes de que llegase a la costa y aislase a las fuerzas británicas que ocupaban la Línea de Gazala. Entonces se asentó en una posición defensiva, con unos campos de minas británicos a sus espaldas. Esto empujó a los

ingleses y sus aliados a pensar que lo tenían arrinconado, a punto de rendirse. Pero las contramaniobras que describieron fueron demasiado directas y acabaron por caer en las tretas defensivas que Rommel habían improvisado sobre la marcha cuando vio que era imposible proseguir. Ahora el Octavo Ejército tenía sus reservas agotadas o enredadas en una miríada de trampas, así que fue incapaz de plantar cara a la siguiente maniobra de desborde de Rommel, que lo trituró. Mientras una porción se replegaba hacia la frontera, otra se retiró a Tobruk. Las fuerzas acorazadas al mando de Rommel pasaron de largo y dejaron Tobruk atrás, como si su meta fuese la frontera, para después virar en redondo y caer sobre ella en orden inverso, antes de que el enemigo se hubiese asentado. Fue una obra maestra de la aproximación indirecta, tanto física como psicológicamente. Los alemanes abrieron un tajo en un punto débil de las defensas, arrollaron a la guarnición y capturaron a casi todos sus integrantes, junto con gran abundancia de suministros y medios de transportes. Todo eso les serviría para sostener un largo ataque.

A continuación, Rommel salió en persecución tras los restos del Octavo Ejército, dispersos por el desierto occidental. Llegó a acercarse peligrosamente al valle del Nilo, la arteria vital de Egipto. Si hubiese conquistado allí una posición firme y segura, y con ella dominado el canal de Suez, hubiera destrozado la situación de Gran Bretaña en Oriente Medio. En esta crisis, Auchinleck intervino tomando personalmente las riendas del baqueteado Octavo Ejército. Lo reagrupó para combatir y defender la posición de El Alamein, en el cuello de botella del paraje desértico que conducía hasta el Nilo. Las fuerzas de Rommel, escasas en número y exhaustas tras los largos desplazamientos, fueron contenidas por la resistencia, inesperadamente dura, con que se encontraron. Era una defensa diseñada siguiendo líneas nuevas. Cuando Rommel

trató de abrirse paso hincándole el diente en diversos puntos, Auchinleck reaccionó con respuestas indirectas que, si bien no lo derribaron, sí lo perturbaron lo suficiente como para optar por renunciar al objetivo que buscaba.

Los refuerzos desde Inglaterra no tardarían en llegar. Churchill quería que los británicos pasasen a la ofensiva sin más demora. Pero Auchinleck, de manera más inteligente, insistió en esperar hasta que las tropas recién llegadas se aclimatasen tácticamente a las condiciones del desierto. En la secuela, Alexander iba a reemplazar a Auchinleck en el papel de comandante en jefe y Montgomery iba a estar al mando del Octavo Ejército.

Aun así, el primero en golpear fue Rommel, a finales de agosto, aunque las nuevas tácticas defensivas de los británicos volvieron a frustrar sus intentonas. Animó a las fuerzas acorazadas alemanas a acelerar el paso a través de los campos minados que cubrían la mitad sur del frente británico. Se trataba de un sector carente de otras defensas, mientras que el grueso de la infantería británica se apostaba en posiciones fuertes, dentro del sector norte. A continuación, el enemigo lo invitó a atacar su principal cuerpo de blindados en el espacio que los propios británicos habían elegido por la retaguardia. Rommel perdió muchísimos carros de combate en los ataques, que no dieron frutos. Quedó atrapado, inmovilizado entre la posición del flanco de retaguardia y los campos minados. Justo entonces, la Séptima División Acorazada envolvió el flanco sur alemán. La red no se cerró a tiempo para impedir que los germanos escapasen, pero estaba claro que la iniciativa había cambiado de manos.

Este cambio se volvió definitivo a medida que aumentaron las fuerzas y los recursos a disposición de Montgomery. Tras una larga pausa (más prolongada que lo previsto por Auchinleck), dedicada a realizar preparativos minuciosos, el Octavo Ejército puso en marcha su ofensiva durante la última semana de octubre. Ahora contaba con el apoyo de una rotunda superioridad aérea, en artillería y en carros de combate. Incluso así, la lucha fue encarnizada durante toda una semana, ya que el frente estaba muy confinado y no ofrecía margen para efectuar maniobras amplias con las que buscar puntos más favorables donde incidir. Pero las unidades de Rommel, además de sufrir de un terrible sobreesfuerzo, debían soportar un lastre crucial: la guerra submarina había hundido la mayoría de los petroleros alemanes que debían cruzar el Mediterráneo. Su inmovilización fue decisiva y cuando comenzaron a derrumbarse en su vanguardia más adelantada, ya no fueron capaces de ofrecer una oposición firme hasta que lograron acortar las líneas de suministros.

Cuando comenzó la batalla, Rommel estaba ausente, convaleciente en Viena, pero regreso de inmediato. Tras sopesar la situación, planificó retirar su ejército hasta Fuka, una posición situada a casi 100 kilómetros al oeste de El Alamein. Esa maniobra habría cogido a la maquinaria de Montgomery con el paso cambiado. Pero las intenciones de Rommel quedaron anuladas por la insistencia de Hitler, empeñado en no ceder ni un metro de terreno. Así que la retirada hubo de aplazarse hasta después de la derrota. Cuando esto ocurrió, Rommel la ejecutó con su habitual celeridad y sus cálculos implacables, abandonando a las tropas menos móviles y con escasa experiencia, incluido el grueso de las fuerzas italianas. Todo para alejarse con las tropas elegidas en los transportes motorizados disponibles.

La oportunidad de dejarlo aislado se perdió porque la persecución no fue suficientemente indirecta ni amplia al trazar el arco envolvente. En primer lugar, se viró para cerrar el círculo demasiado pronto, con el fin de capturar a la principal masa de fuerzas que se retiraban a lo largo de la carretera litoral. A continuación, se efectuó otro viraje más amplio en «Charing Cross», cerca de Mersa Matruh (algo más de 190 kilómetros al oeste de El Alamein), pero este intento de aislamiento fracasó por las intensas lluvias y el agotamiento de las reservas de combustible. Una maniobra más amplia a través del desierto y más al interior hubiera esquivado el frente lluvioso. Pero el principal factor para desperdiciar la oportunidad radicó en que la mayoría de los transportes de las tres divisiones acorazadas se habían consagrado a trasladar munición para la batalla. Por tanto, no se disponía de suministros de carburante adecuados sobre ruedas y listos para participar en la explotación.

Tras escapar de las fauces de los perseguidores blindados, Rommel no paró hasta alcanzar su posición favorita para recibir apoyo y protegerse, cerca de El Agheila, en el extremo de la Cirenaica, a más de 1200 kilómetros de distancia respecto a El Alamein. En dos semanas había procedido a una retirada tan veloz que los perseguidores habían quedado muy rezagados, y todo sin apenas perder suministros ni dejar prisioneros. Quizás aún existiese la posibilidad de perturbar sus fuerzas mediante un ataque aéreo mientras se retiraban atravesando el cabo de Bengasi. Pero para eso se necesitarían aeródromos avanzados antes de que estos últimos contasen con la protección del avance del ejército británico. Los comandantes de la fuerza aérea estaban dispuestos a aceptar el riesgo, pero el Alto Mando del ejército no. Los asombrosos contraataques que Rommel había ejecutado anteriormente habían causado una impresión muy profunda. Pero en esta

ocasión, las probabilidades jugaban muy en su contra como para permitir este tipo de respuesta. Ni siquiera tenía medios para oponer una defensa muy prolongada en El Agheila.

Hubo una pausa de tres semanas hasta que el Octavo Ejército pudo recabar fuerzas y montar una ofensiva contra la posición de El Agheila. Justamente cuando comenzó a desarrollarse el ataque, Rommel empezó a escabullirse. Una maniobra de flanqueo británica logró cortar sus líneas y aislarlo de sus fuerzas de retaguardia, que se las apañaron para romper las líneas enemigas y huir antes de que la «barrera estratégica» de contención se consolidase. Rommel volvió a hacer un alto en la posición de Buerat, 320 kilómetros más allá, donde permaneció durante tres semanas, hasta que se aproximó el Octavo Ejército y desencadenó la siguiente ofensiva. Fue a mediados de enero y Rommel volvió a replegarse, en esta ocasión con una retirada casi continua que cubrió más de 500 kilómetros de distancia y dejó atrás Trípoli, hasta ganar la Línea de Mareth, dentro ya de las fronteras de Túnez. Su decisión no era una mera consecuencia de la debilidad y del hundimiento de la mayoría de los buques que lo abastecían; también era fruto de la nueva situación que había originado la invasión anglo-estadounidense de Marruecos y Argelia en noviembre.

Esta invasión se había producido poco después de la ofensiva desatada en El Alamein, pero a más de 4000 kilómetros de distancia, en el otro extremo del norte de África. Se trataba de una aproximación indirecta de largo alcance, contra el dominio de Rommel sobre Libia y sus amenazadoras posiciones cerca del delta del Nilo. Dentro de su propia esfera estratégica, el éxito fue proporcional a su carácter indirecto. Tal y como se concibió la operación en origen, solamente tendrían que haberse efectuado desembarcos de los Aliados en la costa atlántica de Marruecos. Eso se habría traducido en un

avance puramente frontal, que les habría otorgado a las fuerzas francesas la mejor oportunidad posible para resistir con eficacia. El avance habría comenzado a más de 1900 kilómetros de distancia de Bizerta, que era la llave de todo el teatro de operaciones norteafricano, y los alemanes habrían tenido el tiempo y la oportunidad necesarios para apuntalar la resistencia francesa ante la invasión de los Aliados. Por suerte para estos, se añadieron al plan de desembarcos en la costa mediterránea, cerca de Orán y Argel. La diplomacia estadounidense allanó el camino de estas acciones garantizándose la aquiescencia (o al menos, la pasividad) de numerosas autoridades francesas. Tras afianzarse en estos puntos, los Aliados disponían de una palanca para impulsarse dejando a su espalda las fuerzas galas destacadas en la costa occidental, donde se esperaba encontrar una resistencia inicial más tenaz.

Los desembarcos en las cercanías de Argel acortaron la distancia respecto a Bizerta a tan solo 640 kilómetros. En aquel momento, un puñado de tropas motorizadas podría haber marchado a la carrera sobre Bizerta y Túnez sin encontrar obstáculos, salvo los peligros de las carreteras de montaña. Como alternativa, se podría haber recurrido a tropas aerotransportadas o transferidas por vía marítima, que apenas habrían encontrado oposición. Pero los mandos de la marina de guerra mostraron mucha cautela al evaluar los desembarcos tan adelantados respecto de la cobertura aérea, aun cuando se tratase de operaciones muy pequeñas. De hecho, el avance terrestre fue excesivamente precavido. Mientras tanto, los alemanes reaccionaron con celeridad, aunque los desembarcos sí los habían sorprendido. A partir del tercer día, comenzaron a transferir rápidamente tropas congregándolas en Túnez, sirviéndose de todas las aeronaves disponibles, así como de pequeños buques de cabotaje. De todas formas, el total era modesto, aunque suficiente para contener la progresión

de la avanzadilla del Primer Ejército Aliado cuando este llegó a las inmediaciones de Túnez. Habían transcurrido dos semanas y media desde los desembarcos iniciales.

El resultado de esta contención fue un estancamiento de cinco meses de duración, cuyo escenario fue el arco montañoso que cubre Bizerta y Túnez. Con todo, a largo plazo este revés acabó jugando a favor de los Aliados, ya que animó al enemigo a continuar trasladando masivamente refuerzos hacia Túnez, a través del Mediterráneo. Esas tropas estaban expuestas al riesgo de que los Aliados les cortasen los suministros, ya que el estrangulamiento que causaba su superioridad aérea se iba intensificando. Y si eso sucedía, corrían peligro de ver bloqueada su retirada. La ironía es que Hitler se vio empujado a apostar más fuerzas para conservar el país norteafricano que las que había consagrado en ningún momento a intentar capturar Egipto. Atraer tantas reservas germanas e italianas hasta la otra ribera del Mediterráneo y «embolsarlas» allí despejaba el camino para la posterior invasión de Europa por parte de los Aliados. Fue así como el norte de África se convirtió en un cebo estratégico fatal para Hitler, como España lo había sido para Napoleón; todo en conjunción con sus respectivas invasiones de Rusia. Hitler se vio tan presionado para atender al mismo tiempo a los problemas de África y Rusia que aquellos dos objetivos potenciales acabaron conformando un tremendo dilema. Esa tensión terminaría por precipitar su caída, en un proceso similar al que había vivido Napoleón.

Sin embargo, la campaña de 1943 en Túnez se había estrenado con un contragolpe alemán que causó una fuerte conmoción a los Aliados. La embestida se abatió sobre ellos justo cuando sus dos ejércitos (el Primero procedente del oeste y

el Octavo acudiendo desde el este) parecían a punto de aprisionar a las fuerzas del Eje entre sus mandíbulas. Los mandos del Eje se propusieron prevenir el peligro dislocando ambas mandíbulas y resultó que las condiciones para este objetivo habían tomado un cariz más favorable de lo que parecía superficialmente. Por esas fechas, los refuerzos embarcados con destino a Túnez ya se habían agrupado formando un ejército, bajo las órdenes del general Von Arnim. Al mismo tiempo, tras acercarse a los puertos de abastecimiento durante la retirada hacia el oeste, los restos del ejército de Rommel se recuperaban sumando nuevos efectivos y equipos. Así que Rommel opinó que debía aprovechar las circunstancias favorables temporales. Su idea era explotar la ventaja de operar por «líneas interiores» al estilo de Napoleón, empleando su posición central entre los dos ejércitos aliados convergentes para neutralizarlos por separado y de forma consecutiva. Si conseguía batir al Primer Ejército anglo-estadounidense, que lo amenazaba por la espalda, tendría las dos manos libres para actuar contra el Octavo Ejército británico, cuyas fuerzas habían menguado a medida que se alargaban sus líneas de suministros.

La idea era muy prometedora, pero su puesta en práctica adoleció de un grave problema: dependía en exceso de fuerzas que no estaban bajo el control de Rommel. Cuando se inició la operación, el ejército de Arnim era independiente. Incluso la 21.ª División Panzer, que sería la encargada de asestar la principal estocada, había pasado a estar bajo el mando de Arnim al ser enviada de vuelta para ayudar a mantener abierta la línea de retirada y suministros de Rommel.

El Segundo Cuerpo estadounidense (que incluía una división francesa) fue el blanco más inmediato del contraataque. El frente del ataque cubría una extensión de 144 kilómetros, con especial atención a las tres rutas que atravesaban las

montañas para llegar al mar. Había puntas de lanza orientadas hacia los pasos montañosos cercanos a Gafsa, Faid y Fondouk. Se trataba de desfiladeros tan estrechos que sus ocupantes se sentían seguros.

Pero a finales de enero, la 21.ª División Panzer apareció de improviso en el paso de Faid y arrolló a la guarnición francesa antes de que los estadounidenses pudiesen ayudarles, conquistando así una posición clave como puerta de seguridad. Tras este golpe de mano, los comandantes aliados esperaban una ofensiva mayor y más ambiciosa, pero en realidad suponían que tendría lugar en otra ubicación. Juzgaron que el ataque de Faid era una distracción y creyeron que el siguiente impacto recaería sobre Fondouk. Tal y como subrayó el general Bradley en sus memorias, «Asumimos esta premisa y fue un error casi definitivo».

El 14 de febrero se produjo el golpe real, que comenzó con un nuevo salto adelante desde el paso de Faid. El responsable de la acción fue Ziegler, segundo jefe de Arnim. Al aproximarse los blindados estadounidenses dispuestos al choque, la 21.ª División Panzer abrió sus líneas y contuvo la cabecera enemiga, manteniéndola fija. Al mismo tiempo, fuerzas Panzer rodeaban el flanco derecho enemigo para machacar su retaguardia. En aquella trampa fueron destruidos más de un centenar de sus carros de combate. Rommel instó a Ziegler a que continuase la marcha de noche y explotase esta victoria al máximo. Pero Ziegler esperó durante 48 horas hasta recibir la autorización de Arnim para avanzar 40 kilómetros, hasta Sbeitla, donde se habían reagrupado los estadounidenses. Incluso así, fue capaz de rechazarlos de nuevo y ponerlos en fuga, aunque el combate fue más duro. El adversario volvió a reagruparse en el paso de Kasserine. Entretanto, Rommel se había dirigido hacia el frente con un destacamento Panzer desde la Línea de Mareth, con la intención de propinar un

golpe más al sur, a través de Gafsa. El día 17 había avanzado 80 kilómetros y había capturado los aeródromos estadounidenses en Telepte, muy al oeste de Kasserine.

Alexander, que había recibido recientemente el encargo de dirigir ambos ejércitos aliados, se expresó así en su informe nada más llegar al escenario de los combates: «Me topé con que la posición era aún más crítica de lo que había esperado. Visitar la zona de Kasserine me bastó para constatar que, en la confusión fruto de la retirada, las tropas estadounidenses, francesas y británicas se habían entremezclado de forma caótica. No existía un plan de defensa coordinada y en lo que atañía a la cadena de mando, reinaba la incertidumbre». Alexander no se arredró y afirmó sin ambages que si Rommel «lograba quebrar nuestra débil posición de pantalla apostada sobre la dorsal occidental [la siguiente cadena montañosa] se encontraría con que el relieve le deparaba ya pocas dificultades si decidía avanzar hacia el norte… Esto desbarataría nuestro frente en Túnez y eso se traduciría en una retirada, cuando no en un desastre».

Por otra parte, el deseo de Rommel era sacar rédito de la confusión y el pánico, por medio de un avance combinado con todas las fuerzas mecanizadas disponibles a través de Tebessa (64 kilómetros más allá de la dorsal occidental) en dirección a las principales líneas de comunicación que unían a los Aliados con sus bases en Argelia. Se sabía por los reconocimientos aéreos que los depósitos de suministros de los Aliados en Tebessa ya estaban en llamas. Pero se topó con las reticencias de Arnim, que prefería no embarcarse en esa aventura. Así que Rommel, desesperado, pidió ayuda a Mussolini. Las horas fueron pasando, una a una, hasta que en la madrugada del día 19 llegó una señal de Roma. El cable autorizaba a continuar con la ofensiva y le daba permiso a Rommel para dirigirla, pero ordenaba que tomase rumbo *norte*,

hacia Thala, en lugar del rumbo *noroeste* propuesto originalmente por el alemán, camino de Tebessa. En opinión del propio Rommel, el cambio fue «un ejemplo de miopía estratégica absolutamente increíble y deplorable», ya que así el ataque se desarrollaría «demasiado cerca del frente, lo que probablemente nos abocaría a enfrentarnos con numerosos refuerzos del enemigo».

El desenlace justificaría sobradamente el escepticismo de Rommel. La ofensiva siguió la línea que Alexander había previsto y se presentó justo donde estaba mejor preparado para plantarle cara. Había dado instrucciones al comandante del ejército para «concentrar las unidades acorazadas para defender Thala» y las reservas británicas procedentes del norte apuraron la marcha para llegar al mismo sector. Por tanto, es evidente que, si se hubiese autorizado a Rommel a seguir su ruta preferida, habría vuelto a sorprender a los Aliados en una posición de desequilibrio.

Los estadounidenses también se habían fortalecido al recorrer la línea de aproximación hacia Thala y se aferraron tan decididamente al paso de Kasserine que las fuerzas germanas no lograron romper la defensa hasta que cayó la noche del día 20. Al día siguiente los alemanes progresaron hasta Thala, agotados, y fueron expulsados por las tropas de refresco británicas que habían acudido a aquella plaza. Así que el día 22, tras darse cuenta de que la oportunidad se había esfumado, Rommel interrumpió el ataque y dio comienzo a una retirada gradual. Un día después se recibió una nueva orden desde Roma, que ponía bajo el mando de Rommel a todas las fuerzas del Eje en África. Pero ya era demasiado tarde.

Si la analizamos, esta contraofensiva nos brinda una lección muy significativa para el estudio de la aproximación indirecta. Y es que pone de relieve con claridad meridiana que perder tiempo provoca que se desperdicien las ventajas de es-

ta aproximación. Asimismo, resalta la importancia de moverse con maniobras suficientemente amplias, que garanticen la sorpresa cuando se trata de operaciones indirectas en el plano físico.

Arnim había organizado un ataque en el norte contra las posiciones de los Aliados orientadas hacia Túnez. Era ya demasiado tarde para que Rommel lo cancelase y eso supuso otro castigo por tardar tanto en reunir todos los ejércitos del Eje bajo el mando de Rommel. Se trataba de una aproximación demasiado directa y no solo se reveló como un error muy costoso en sí mismo, sino que además provocó que se retrasasen las divisiones que Rommel pretendía utilizar para su segundo golpe, contra Montgomery.

Esta dilación supuso una diferencia radical en las perspectivas de la operación. Hasta el 26 de febrero, Montgomery solamente había posicionado una división avanzada encarada hacia la Línea de Mareth. Para variar, estaba preocupado, así que puso a su Estado Mayor a trabajar febrilmente para compensar el equilibrio de fuerzas antes de que se produjese el ataque que esperaba. El 6 de marzo, cuando Rommel planteó batalla, Montgomery había cuadruplicado sus fuerzas y contaba con 500 cañones contracarro posicionados, además de sus 400 carros de combate. O sea, que en este intervalo de tiempo se había evaporado la oportunidad para que Rommel golpease con una fuerza superior. A mediodía el ataque había sido detenido. La pérdida de 50 tanques supuso un duro revés para los alemanes, que dificultaría sus acciones en la siguiente fase de la campaña. Para entonces también habrían perdido a Rommel, que debió regresar a Europa, enfermo y frustrado.

El 17 de marzo empezó la ofensiva de los Aliados, que abrieron fuego con un ataque a cargo del Segundo Cuerpo de Ejército estadounidense, mandado ahora por el general Patton. Su objetivo era la línea de retirada del *Afrika Korps* hacia Túnez, con la intención de drenar recursos del frente alemán. Pero el avance se desarrolló lentamente, con mucha cautela al principio, y finalmente fue contenido por la oposición en los pasos montañosos que jalonaban la aproximación hacia la franja costera. El éxito en la defensa dio ánimos a los alemanes para probar suerte con otra ofensiva, que falló y no logró atravesar las defensas americanas. Además, perdieron 40 tanques más, lo que no solo restaba agresividad y eficacia al ataque, sino que además debilitó su capacidad para resistir a los avances de Montgomery.

La victoria definitiva de los Aliados se debió más a los errores cometidos por el enemigo al planificar las ofensivas que a los efectos de sus propios ataques. La oportunidad para que los Aliados cambiasen las tornas de la contienda no surgió hasta que los alemanes habían estirado excesivamente sus líneas durante la ofensiva. Más adelante, los germanos podrían haber prolongado la lucha, de no ser por la forma en que gastaron las fuerzas que les quedaban, empeñándose en lanzar réplicas fallidas.

El ataque del Octavo Ejército contra la Línea de Mareth comenzó la noche del 20 de marzo. La acometida principal fue frontal, con el ánimo de romper la defensa cerca del mar y abrir una brecha para que entrasen por ella las divisiones acorazadas. Al mismo tiempo, el cuerpo del ejército neozelandés efectuó una marcha de flanqueo hacia El Hamma (tras la retaguardia enemiga), con un radio muy abierto, para desbordar al adversario y aproximarse a las reservas que almacenaba. El ataque frontal no consiguió quebrar las líneas tal y como se había propuesto. Así que, tras tres días de combates,

Montgomery cambió de plan y puso sus ojos en la región situada más al interior. Envió a la Primera División Acorazada tras los pasos de los neozelandeses, para hacer peligrar la retaguardia enemiga. Este repentino replanteamiento, haciendo bascular la «caballería» del ala derecha hacia la izquierda, reproducía a mayor escala la maniobra de Marlborough en Ramillies, una obra maestra histórica de flexibilidad táctica. Pero la carga de las fuerzas blindadas se internó en un valle erizado de cañones contracarro por ambos lados. Habría resultado una trampa letal de no haber sido porque al mismo tiempo una tormenta de arena azotaba el lugar. Incluso así, las últimas defensas de los alemanes en El Hamma detuvieron las embestidas británicas. Por tanto, aunque la amenaza de quedar aislado obligó al enemigo a evacuar la Línea de Mareth, todavía tuvo tiempo para mantener abierta la puerta y retirar sus fuerzas sin demasiadas pérdidas.

Los contingentes del Eje se detuvieron de nuevo apenas 16 kilómetros más allá de El Hamma, a lo largo del Wadi Akarit, una rambla que salvaba el desfiladero de Gabes y ofrecía un frente muy estrecho, constreñido entre el mar y las colinas. Los estadounidenses, maniobrando hacia el sur y dejando atrás El Guettar, ya habían intentado adelantarse al enemigo en esta posición y sorprenderlo por la espalda mientras lo sujetaba el Octavo Ejército, pero una vez más su intento había sido repelido antes de que emergiesen del terreno montañoso. Entonces, antes de rayar el alba del 6 de abril, el Octavo Ejército atacó la rambla de Wadi Akarit al amparo de la noche. Esta innovación táctica se tradujo en una incisión que penetró en las líneas enemigas, aunque no se pudo explotar la ventaja demasiado porque, cuando amaneció, la reacción alemana fue rápida. Aun así, dos de sus tres divisiones Panzer, ya mermadas, se vieron implicadas en la lucha por retener a los estadounidenses e impedirles progresar. Así que el

bando alemán carecía ya de recursos para mantener la resistencia. Así que la noche siguiente dieron media vuelta y se retiraron rápidamente hacia el norte por la costa, hacia Túnez.

El Noveno Cuerpo de los Aliados realizó una tentativa por cortar esta retirada. Debía superar el paso de Fondouk el día 8 de abril y después llegar hasta el litoral, sobre la retaguardia enemiga. Primero actuó la infantería, pero no consiguió abrir un paso claro para los tanques. Luego llegó el turno de estos últimos, que al día siguiente se arriesgaron a lanzar una carga a través de un campo minado. Fue una acción muy costosa, aunque logró atravesar las líneas enemigas. Lástima que la ruptura llegó demasiado tarde para interceptar a los contingentes adversarios que se retiraban marchando en paralelo a la costa. Los dos ejércitos del enemigo se habían reunido en cuestión de pocos días; ahora podían organizar una defensa unificada a lo largo del arco montañoso que rodea Túnez. Daba la impresión de que serían capaces de prolongar la resistencia muchísimo. Y como alternativa, podrían aprovechar el espacio que dominaban tras la rápida retirada, para evacuar sus efectivos a Sicilia.

La retirada de más de 3200 kilómetros del *Panzer Armee Afrika* de Rommel, desde El Alamein hasta Túnez, fue una de las hazañas más extraordinarias en su género de toda la historia militar. Especialmente si nos atenemos a su primera y última etapas. Desde la Línea de Mareth hasta regresar a Túnez, sus fuerzas debieron transitar por un largo corredor bordeado por fuerzas hostiles, expuestas a la amenaza inminente y constante de ver interrumpida su marcha. Aunque cabe señalar que en épocas recientes no hemos asistido a ninguna otra proeza que emulase así la gesta de Jenofonte, el mismo invierno de 1943 fue testigo de una retirada equiparable por los peligros que se cernían sobre ella, aunque no salvó

una distancia tan larga. Me refiero a la retirada del Grupo de Ejércitos de Kleist desde las profundidades del Cáucaso y a través del cuello de botella de Rostov, con sus flancos hostigados por la constante amenaza de los ejércitos rusos que presionaban avanzando hacia el sur desde el río Don.

Este doble ejemplo constituye un testimonio impresionante de la formidable capacidad de resistencia de las defensas modernas si se actúa con habilidad. Además, representa una prueba de las limitaciones del ataque por la retaguardia y pone el énfasis en una lección aprendida de experiencias pasadas: para que una ofensiva concluya con éxito, hace falta algo más que una aproximación a través de una ruta geográfica indirecta. En cada uno de estos casos, una parte importante de las fuerzas agresoras estaba posicionada sobre la retaguardia del bando en retirada, pero no pudo cerrar la trampa. La línea del peligro siempre fue suficientemente obvia para permitir que el bando defensor aplicase con eficacia sus recursos defensivos y alcanzase un grado de seguridad adecuado. Es imprescindible que exista un componente de aproximación indirecta psicológica para incidir sobre el equilibrio del oponente y crear las condiciones propicias para lograr una resolución decisiva.

La rapidez de la retirada desde Wadi Akarit y el logro de evadirse ante todos los intentos de los Aliados por interrumpirla pusieron en manos del Alto Mando alemán la oportunidad de evacuar sus fuerzas trasladándolas a Sicilia, cosa que no hizo. Era inevitable que transcurriesen al menos dos semanas de pausa hasta que los ejércitos de los Aliados pudiesen organizar una ofensiva ambiciosa contra el nuevo arco defensivo del Eje, que corría desde Enfidaville, al sur de Túnez, hasta Cabo Serrat, al oeste de Bizerta. Durante esos días se registró un episodio de nieblas, que hubiesen contribuido a esconder las tareas de embarque y transporte, así que una

gran proporción de las fuerzas desplegadas en Túnez se podría haber evacuado por mar y aire.

Sin embargo, en lugar de replegar filas y consolidar sus posiciones en las costas del sur de Europa, el Alto Mando alemán se vio empujado a intentar prolongar la campaña de África. En Túnez incluso trató de sostener un frente demasiado extenso para los recursos disponibles (un perímetro de 160 kilómetros) en su empeño por conservar la capital y Bizerta. Se estiró hasta lo imposible para intentar abarcar los dos extremos del dilema y así ofreció a los Aliados una oportunidad ideal para aprovechar la ventaja de contar con objetivos alternativos.

Antes de jugar sus cartas, Alexander las barajó y reordenó. Mandó que el Segundo Cuerpo estadounidense acudiese a la costa norte desde el sur y lo resituó desde el ala derecha a la izquierda, frente a Bizerta. También trasladó al Noveno Cuerpo del sur al norte y lo insertó en el centro, entre el Quinto Cuerpo y el Decimonoveno Cuerpo francés, que ahora se posicionaba codo con codo junto al Octavo Ejército, en el ala derecha de los Aliados.

El 20 de abril, el Octavo Ejército estrenó la ofensiva descargando un ataque contra el flanco izquierdo del enemigo. Pero más allá de Enfidaville, el corredor litoral se volvía muy angosto y el avance pronto se ralentizó, hasta estancarse el día 23. El 21 de abril, el Quinto Cuerpo atacó desde la posición central izquierda, atravesando las colinas que desembocaban en la capital de Túnez. Al día siguiente, el Noveno Cuerpo golpeó desde la posición central derecha, cerca de Goubellat, con el objetivo de romper las líneas adversarias con los regimientos blindados. Pero el intento no logró horadar las defensas, aunque sí las dejó muy tocadas y debilitó todavía más a los contingentes de carros de combate que le quedaban al enemigo. A continuación, la mayor parte del

frente se instaló en la calma, con una pausa de casi dos semanas de duración. Pero en el norte, los estadounidenses y un cuerpo de tropas franco-africanas prosiguieron la penetración gradualmente, acercándose hasta situarse a poco más de 30 kilómetros de Bizerta.

Mientras tanto, Alexander volvió a barajar. Decidió dejar tan solo una pantalla en la posición central derecha, cerca de Goubellat, y desplazó al grueso del Noveno Cuerpo a la posición central izquierda. Lo concentró detrás del Quinto Cuerpo y lo reforzó con dos divisiones escogidas del Octavo Ejército, la Séptima Acorazada y la Cuarta India. Al mismo tiempo, se puso en práctica un elaborado plan para engañar al enemigo con el fin de ocultar estos reposicionamientos y persuadir a sus mandos de que el siguiente ataque llegaría desde el sur. La reputación del Octavo Ejército y de Montgomery reforzó la estratagema, así que el general Von Arnim mantuvo una parte desproporcionada de sus fuerzas en el sur y, cuando cayó el golpe, apenas tuvo oportunidad de percibir el engaño o de reajustar sus disposiciones, debido a que no dominaba el cielo. Los Aliados hicieron valer su abrumadora superioridad aérea para eliminar del firmamento a los aviones oponentes y después para paralizar todos los movimientos de tropas y suministros por carretera.

El 6 de mayo, de madrugada y bajo la luz de las estrellas de una noche sin luna, el Noveno Cuerpo (ahora bajo el mando del general Horrocks) lanzó un asalto extraordinariamente concentrado. Fue en el valle de Medjerda, que conducía a la ciudad de Túnez, precedido por un intenso bombardeo de artillería, que luego cubrió la operación, con el fuego de más de 600 cañones barriendo un sector de menos de 3 kilómetros de anchura. Al romper el día, la fuerza aérea dio continuidad a la acción con una terrorífica lluvia de bombas. Los defensores de aquella entrada, aturdidos, no tardaron en verse sobre-

pasados por la infantería de la Cuarta División Británica y la Cuarta División India. La defensa estaba demasiado estirada, sin capacidad para oponer resistencia a aquella escala y no solo estaba poco poblada, sino que además carecía de profundidad. Así que los blindados concentrados de las Sexta y Séptima División Acorazada se abrieron paso por la brecha. Eso sí, perdieron un tiempo valioso lidiando con diversas bolsas de resistencia alemana. Al caer la noche, tan solo habían avanzado unos pocos kilómetros más allá de las líneas rotas. Todavía les faltaban 24 kilómetros para alcanzar la capital.

Ahora bien, a la mañana siguiente, era patente que el ejército enemigo en conjunto seguía paralizado por la conmoción causada por el bombardeo aéreo y la estrategia empleada. Hasta tal punto que le fue imposible desarrollar cualquier contramedida táctica. Después del mediodía, las avanzadillas de las divisiones blindadas británicas llegaron a Túnez de forma arrasadora. A continuación, la Sexta viró hacia el sur y la Séptima enfiló hacia el norte, con intención de desencajar al enemigo. Casi al mismo tiempo, los estadounidenses y los franceses invadían Bizerta. La resistencia enemiga se hundió drásticamente en la mitad septentrional del frente.

En el sur, las fuerzas del Eje todavía se podrían haber retirado a la península del cabo Bon para aguantar allí con una resistencia duradera. Pero la posibilidad se frustró porque la Sexta División Acorazada aliada apareció muy rápido sobre la retaguardia y cortó el acceso en el istmo de la península. El desmoronamiento fue generalizado y se hicieron más de un cuarto de millón de prisioneros.

Los Aliados habían sorprendido a los mandos enemigos en una situación de desequilibrio, con el paso cambiado, y además la maquinaria de guerra germano-italiana había descarrilado ante una combinación de la presión aérea en los cielos y

la dureza del impacto que causaban los tanques adversarios en su retaguardia. La pérdida de control fue la principal razón del desmoronamiento, mientras que la ruptura de las comunicaciones agudizó el efecto desmoralizante que ya ocasionaba carecer de reservas y tener serios problemas de suministros.

Otro factor fue que las bases del enemigo estaban muy cerca del frente que se quebró. La rápida penetración en las bases fue igual de dañina para la moral que para el sistema administrativo. No solo suscitó el pánico inmediato entre el personal que servía en las bases (siempre más susceptible a la desmoralización que las tropas combatientes), sino que además generó, de forma natural, una ola que se expandió. La pérdida de las bases acentuó la sensación negativa de tener que luchar con el mar a la espalda, un mar ahora dominado por el poderío naval y aéreo de los Aliados.

Vale la pena mencionar las tremendas similitudes que existían entre el plan de operaciones de Alexander y el patrón clásico de las batallas planificadas por Napoleón. Algo parecido a lo que había ocurrido en la batalla del Marne en 1914, aunque no fue intencionado. En ese patrón característico, después de fijar y presionar al enemigo de frente, se dirigía una maniobra contra uno de sus flancos. Esa maniobra no era decisiva en sí, pero creaba la oportunidad de asestar un golpe definitivo. Y es que la amenaza de verse cercado empujaba al enemigo a alargar su frente para plantar cara al peligro. Como consecuencia, se formaba un punto de articulación débil, sobre el que se hacía recaer la puntilla.

Aunque perjudicado porque no existía un flanco abierto que aprovechar, Alexander logró la victoria gracias a que profundizó en el desarrollo interno del patrón y combinó flexibilidad con sutileza. Como hemos visto, lo primero que hizo fue atraer la atención y los recursos del adversario hacia su

flanco izquierdo. A continuación, lo oprimió con fuerza por el flanco derecho y el sector central derecho. Tras estos ataques, descargó el golpe principal sobre el sector central izquierdo del enemigo. Cuando sus oponentes lograron neutralizar el intento de ruptura, Alexander convirtió la frustración en una ventaja y amagó con hacer bascular al grueso de sus fuerzas para situarlas más a la izquierda. Pero en realidad lo hizo pivotar para dirigirlo contra el sector central derecho del enemigo. Justo allí donde el empuje anterior le había dado motivos para suponer que el adversario era suficientemente fuerte. El proceso múltiple de *distracción* le dio a la concentración final el máximo efecto posible, al mismo tiempo que él aprovechaba la posibilidad de elegir entre objetivos alternativos, tal como permitía la situación.

Parece que ha valido la pena analizar las últimas fases de la campaña en África de una manera más detallada que en otros casos. Y ello porque reúnen multitud de rasgos de la estrategia en los ámbitos psicológico y logístico. En particular, nos brindan una lección objetiva de la riqueza de matices y la variedad que ofrece la aproximación indirecta.

18

La caída de Hitler

Tras el desastre de Stalingrado y la retirada del Cáucaso, los alemanes no tenían esperanzas reales de lograr una victoria decisiva sobre Rusia. La experiencia acumulada en 1941 y 1942 había puesto de relieve qué limitaciones comportaba embarcarse en una estrategia ofensiva cuando se trabaja con fuerzas limitadas y un espacio ilimitado. Ahora, en 1943, las fuerzas de Alemania eran más escasas, mientras que para la Unión Soviética iban en aumento. Pero, aunque la relación de fuerzas era adversa y anulaba cualquier estrategia ofensiva para los alemanes, esa proporción de fuerzas respecto al espacio lateral reunía todos los ingredientes para convertir toda defensa estática en una operación muy precaria. Si los alemanes aspiraban a pasar a la defensiva en tales circunstancias, exigiría un tremendo sacrificio de los territorios que habían conquistado antes, destinados a ser el terreno sobre el que practicar la defensa elástica. Esta defensa se compondría de una serie de maniobras de repliegue, con el fin de inutilizar el aguijón del enemigo. Si se optaba por una estrategia defensiva-ofensiva centrada en crear oportunidades para dar la réplica al enemigo, también sería preciso ceder terreno.

Incluso en 1943, había buenos motivos para considerar que pasar a operar a la defensiva con movilidad era una opción con buenas perspectivas. La experiencia había demostrado que, si actuaban a la defensiva, las fuerzas alemanas seguramente infligirían a los atacantes soviéticos una cifra de bajas y pérdidas desproporcionadamente superior a las que su-

frirían en sus carnes. Es cierto que los comandantes rusos se habían vuelto más hábiles a la hora de maniobrar, y que los espacios amplios les brindaban oportunidades. Pero había otras circunstancias, que a menudo los arrastraban a empeñarse en esfuerzos costosos. Dado que el instinto urgía a los rusos a expulsar al invasor y, como era natural, sus comandantes deseaban ratificar su determinación ante los ojos de Stalin, no era difícil convencer a los militares para lanzar ataques directos una y otra vez. La opinión consensuada que prevalecía entre los estrategas alemanes dictaba que, si aplicaban un plan de defensa elástica bien elaborado, podrían desgastar la fuerza del gigante ruso y mellar su voluntad para continuar con el conflicto. Hasta sería posible provocar una oportunidad para asestar un contragolpe que diese un vuelco radical a la situación.

Pero la mentalidad de Hitler era demasiado ofensiva para prestar atención a estos consejos. Creía con fe ciega que la mejor forma de defensa era el ataque y que la segunda mejor opción sería la resistencia absolutamente rígida. Preso de esta obsesión, hasta rechazó todas las peticiones que recibió para que ampliase la producción de cazas con el fin de que la defensa aérea de Alemania pudiese plantar cara a la ofensiva de bombardeos de los Aliados, cuya intensidad se multiplicaba. Su opinión al respecto se mantendría inamovible hasta fecha tan tardía como junio de 1944. Del mismo modo, cuando sus asesores lo interpelaban sobre la insuficiencia de las reservas alemanas y señalaban los peligros de aferrarse a la compleja línea del frente donde había finalizado la campaña invernal en Rusia, Hitler rechazaba la idea de retirarse hasta la línea del Dniéper e insistía en que el problema se podía resolver, y se resolvería, reanudando la ofensiva en el verano de 1943. Era como una nueva versión de la historia de los tres cantos del gallo.

Llegados a este punto, conviene recalcar que, en marzo, después de que el muy indirecto contragolpe liderado por Manstein contra Járkov quebrase el avance ruso después de Stalingrado, el propio Manstein propuso a Hitler un plan para repetirlo de una forma más calculada, con una estratagema provista de un cebo. El sector del río Mius, entre el Dónets y el mar de Azov, se había configurado como un saliente muy acusado, que se proyectaba desde el frente alemán. Por tanto, era muy probable que la ofensiva rusa en primavera lo marcase como un objetivo. De ahí que Manstein sugiriese reducir las defensas que protegían dicho saliente y ordenarles que se replegasen cuando se aproximasen los rusos, para atraerlos y posteriormente descargar un contraataque, con toda la fuerza posible, lanzado desde la región de Kiev y dirigido contra su flanco norte. El objetivo último sería desestabilizar y envolver todo el frente soviético en el sur, hasta atrapar a sus contingentes.

Se trataba de un plan de muy difícil digestión para Hitler y, además, no estaba dispuesto a ceder la cuenca del Dónets, repleta de recursos minerales e industrias. Así que se adoptó otro, consistente en distraer y desarticular a los rusos antes de que emprendiesen la esperada ofensiva de primavera. Para ello se incidió sobre el gran saliente que ocupaban alrededor de Kursk, clavado en el frente alemán entre Bielgorod y Orel. El Cuarto Ejército Panzer del Grupo de Ejércitos «Sur» (antes llamado «Don»), comandado por Manstein, actuaría como pinza derecha, mientras que el Noveno Ejército del Grupo de Ejércitos «Centro» bajo el mando de Kluge serviría de pinza izquierda. Manstein reiteró que, si se aplicaba ese plan, el ataque debía iniciarse a principios de mayo, en cuanto se secase el barro primaveral, antes de que los rusos reagrupasen sus fuerzas. Pero Model, comandante del Noveno Ejército, exigió retrasar la ofensiva hasta que llegasen más refuerzos de

blindados y Hitler aceptó su argumento y pospuso la ofensiva, primero hasta junio y después hasta el 5 de julio. Fue un ejemplo muy significativo de cómo los factores *tiempo* y *fuerza* pueden entrar en conflicto. El resultado fue una lección ideal para aprender que elegir un momento más temprano para actuar (y ganar con ello el efecto sorpresa) puede pesar más que contar con una fuerza mayor.

A medida que pasaba el tiempo, al propio Hitler le fueron entrando dudas sobre las perspectivas de la operación, pero fue incapaz de convencerse de la necesidad de tomar una alternativa, que implicaría una retirada estratégica. Así que, aunque de forma tibia, accedió a los argumentos a favor de la ofensiva que le ofreció Zietzler, el sucesor de Halder. Zietzler creía firmemente que era esencial adelantarse y ser los primeros en golpear para prevenir el ataque ruso.

En esta ocasión, los mandos soviéticos fueron más astutos y contuvieron su ofensiva, esperando a que los alemanes moviesen ficha. Así ampliaron las posibilidades del método del cebo, que había demostrado ser muy rentable a nivel táctico. Al detectar los preparativos alemanes y tras diagnosticar sus intenciones, los rusos llenaron el saliente amenazado con una ancha franja de campos minados y retiraron al grueso de sus fuerzas hasta situarlas detrás de la trampa. En consecuencia, la ofensiva alemana no solo fracasó en su intento de «embolsar» a los rusos, sino que se enmarañó en una situación muy comprometida. La pinza derecha progresó, aunque moderadamente, superando las dos primeras posiciones enemigas y destrozando a gran parte de las unidades acorazadas del adversario presentes en su sector. Pero la pinza izquierda, mandada por Model, chocó con una defensa impenetrable desde el principio. El proyecto frustrado había obligado a los alemanes a abandonar las posiciones defensivas y ahora se encontraban en una situación más delicada que antes, muy vul-

nerables a la potente réplica que los rusos procedieron a desencadenar. La acción soviética dislocó el frente teutón al norte de Orel y causó una crisis momentánea. Manstein recibió órdenes de cancelar el ataque y enviar varias de sus divisiones Panzer en auxilio de Kluge. Como resultado, los rusos abrieron brecha en el sector más débil del frente. Toda aquella secuencia de operaciones recordaba ciertamente a la defensa elástica y el contragolpe que había protagonizado Pétain en la segunda batalla del Marne, para darle el vuelco definitivo a la Primera Guerra Mundial.

Aunque los efectivos alemanes se reorganizaron a tiempo para contener el ataque enemigo (como ya habían logrado más allá del Marne en 1918), los rusos supieron compensar el reagrupamiento ampliando su ventaja. El patrón y el ritmo de las operaciones empezaron a parecerse cada vez más a los de la contraofensiva de los Aliados en el Frente occidental en 1918: una concatenación de golpes alternativos, lanzados contra distintos puntos, que se suspendían temporalmente en cuanto el impulso de cada ataque se disolvía frente al endurecimiento de la resistencia. Cada golpe estaba dirigido para facilitar el camino del siguiente y todos se sucedían con tan poco margen de tiempo y espacio que provocaban una reacción mutua. En 1918, aquella estrategia había obligado a Alemania a trasladar apresuradamente a sus escasas reservas a los enclaves donde caían los golpes y, al mismo tiempo, había restringido su capacidad para movilizar reservas a tiempo para abastecer a los que estaban amenazados y a punto de recibir un ataque. El resultado era paralizar su libertad de acción, a la vez que el saldo de reservas se reducía progresivamente. Era una forma estratégica de «parálisis progresiva».

Este es el método natural para un ejército que posea una superioridad general de fuerzas, como le ocurría a los Aliados en el Frente occidental en 1918 y al Ejército Rojo en 1943.

Es aún más conveniente donde o cuando las comunicaciones laterales no son suficientemente amplias para proporcionar al atacante la capacidad de trasladar reservas rápidamente de un sector a otro para explotar un éxito concreto. Dado que implica chocar contra un frente nuevo en cada ocasión, el coste del método *amplio* probablemente sea mayor que el del método *profundo* y sus repercusiones no sean decisivas tan rápido. Pero si el bando que entra en acción cuenta con un balance de fuerzas adecuado para sostener el proceso en marcha, los efectos serán acumulativos.

Durante el otoño de 1943, el avance soviético fue tomando cada vez más la forma de una marea en ascenso, que bañaba una playa de 1600 kilómetros de longitud. En septiembre llegó al Dniéper en varios puntos de un extenso tramo del río, entre el gran meandro y Kiev. Los alemanes evacuaron la cabeza de puente que habían conservado en Kubán, las estribaciones más occidentales del Cáucaso, y replegaron esa parte de sus fuerzas atravesando Crimea, en un tardío intento por fortalecer el sector sur del frente principal, entre el meandro del Dniéper y el mar. Pero los soviéticos atacaron este frente antes de la llegada de los refuerzos. En la atmósfera de confusión resultante, alcanzaron el curso bajo del Dniéper y aislaron la península de Crimea. También en octubre, lograron cruzar el río, justo al norte del gran meandro, y clavaron una enorme cuña en aquel saliente. Las fuerzas alemanas se afanaron por evitar la ruptura que ya anunciaban prematuramente los informes de los Aliados, pero la verdad es que su posición, en conjunto, se había debilitado seriamente.

La razón por la cual Hitler se aferraba a la parte sur del saliente del Dniéper era la región de Nikopol. Ansiaba conservar aquella zona, una importante fuente de mineral de manganeso para la industria armamentística alemana. Aquí entraron en conflicto la estrategia y las necesidades económi-

cas, en un peligroso tira y afloja. Los alemanes tuvieron que pagar un altísimo precio por el empeño de Hitler en retener el mineral. Y es que cuando cualquier defensa sufre bajo una tensión y una sobrecarga tan persistentes, siempre aumenta el riesgo de que, como consecuencia de alguna operación local, surja una grieta que se traduzca en un quebranto generalizado.

Cada vez que los alemanes se aferraban a la defensa de un punto fijado por orden de Hitler, acababan por derrumbarse. Era una penalización muy costosa. Cuanto más débil sea el bando defensor, más esencial se vuelve adoptar una estrategia de defensa móvil. De lo contrario, el bando más fuerte puede ayudarse del espacio como si se tratase de un aliado y obtener una ventaja decisiva mediante maniobras de desbordamiento.

A primeros de octubre, los rusos habían conquistado dos cabezas de puente más en la ribera opuesta del Dniéper, al norte y al sur de Kiev, respectivamente. La primera se expandió gradualmente hasta transformarse en una amplia plataforma que los habilitó para lanzar un ataque un mes más tarde. Así se capturó Kiev y se explotó rápidamente este nuevo revés alemán, avanzando hacia el oeste. En poco menos de una semana, el general Vatutin alcanzó los nudos de comunicaciones de Zhitómir y Kórosten, unos 128 kilómetros más allá del Dniéper.

No obstante, y aunque ya no le quedaban reservas, Manstein supo recomponerse de aquella peligrosa situación. Dirigió una retirada veloz, que atrajo a los rusos y generó la oportunidad de practicar un contraataque sobre sus flancos. La misión recayó sobre Manteuffel, uno de los generales más jóvenes y dinámicos, quien se las ingenió para reunir todos los desperdigados restos de unidades blindadas que encontró. A pesar de su modesta fortaleza, el golpe causó un impacto notable debido a su naturaleza indirecta y a que los rusos habían

estirado al límite sus líneas y sufrían por el sobreesfuerzo. Como resultado, desalojó a los soviéticos de los dos puntos clave que acababan de ocupar.

A continuación, Manstein intentó profundizar en la idea de maniobra que la oportunidad le presentaba. Pretendía organizar una contraofensiva a mayor escala en cuanto recibiese refuerzos del oeste. Pero sus perspectivas empeoraron por el factor tiempo, ya que, para entonces, las fuerzas de Vatutin lograron recomponerse. Manstein había aplicado una presión amenazadora sobre sus flancos, hasta obligarlas a replegarse y abandonar parte de los territorios que venían de conquistar al oeste del Dniéper. Pero en realidad, esta contraofensiva nunca fue tan peligrosa como aparentaba superficialmente. De hecho, a principios de diciembre, se desdibujó en el lodo. Además, al consumir los refuerzos que había recibido, Manstein se quedó sin los medios necesarios para presentar batalla cuando los rusos efectuasen sus siguientes movimientos, porque Hitler rechazó de nuevo sus alegatos y se negó a emprender una retirada profunda.

La Nochebuena de ese año, Vatutin partió nuevamente del saliente de Kiev, que era un espacio comprimido, pero aun así bastante holgado. Bajo el manto de una niebla matutina, propinó su nuevo golpe y recuperó Zhitómir y Kórosten en el plazo de una semana. El 4 de enero cruzó la frontera polaca de entreguerras. Otra estocada por la izquierda alcanzó el curso del río Bug cerca de Vinitsa, con lo cual amenazaba la principal vía de ferrocarril que comunicaba Odesa y Varsovia. En ese momento, Manstein efectuó un nuevo contragolpe, pero Vatutin tenía fuerzas suficientes para detener la agresión. Por si fuera poco, los rusos entonces se beneficiaron del empecinamiento de Hitler, que urgía a aferrarse al curso del Dniéper al sur de Kiev. Vatutin se coordinó con Koniev, que dirigía el otro flanco, y juntos segaron este saliente alrededor

de Korsún mediante una maniobra de pinzas. Así rodearon a diez divisiones enemigas, aunque parte de esas tropas logró abrirse paso y escapar, desoyendo las órdenes dictadas por Hitler, que mandaba resistir sin ceder.

Este golpe de mano abrió un hueco en el frente alemán que facilitaría nuevos progresos rusos. Los otros ejércitos soviéticos presentes en Ucrania aceleraron para seguir el ritmo de golpes sucesivos y avances explotando los triunfos. Por el flanco norte, forzaron a los germanos a abandonar Lutsk y Rivne, mientras en el flanco sur recuperaban el terreno del saliente de Nikopol, junto con sus yacimientos de mineral de manganeso.

El 4 de marzo y tras asumir el mando de los ejércitos de Vatutin después de que este enfermase, el mariscal Zhúkov emprendió un nuevo movimiento combinado. Atacó desde Shepetovka y penetró casi 50 kilómetros durante las primeras 24 horas, hasta que dos días más tarde se plantó sobre el ferrocarril que unía Odesa y Varsovia. Esta maniobra desbordó la línea defensiva alemana paralela al Bug. En las proximidades del mar Negro, Malinovsky apretó y progresó hasta llegar a Nikoláiev. Entre los dos picos que se formaron internados hacia el territorio ocupado por los alemanes, Koniev golpeó desde Uman; el 12 de marzo llegó al Bug y el 18 puso pie en la orilla del Dniéster, que cruzó al día siguiente. La rapidez con la que atravesó ríos tan anchos era algo novedoso en la historia de la guerra. A continuación, Zhúkov percutió de nuevo sobre el frente enemigo, desde la región de Tarnopol, hasta alcanzar las estribaciones de los Cárpatos.

La amenaza se volvía inminente, así que Alemania reaccionó ocupando Hungría. Era obvio que se había dado tal paso para asegurar la línea montañosa de los Cárpatos. El Reich necesitaba conservar aquella barrera, no solo para contener los posibles intentos soviéticos de penetrar en las plani-

cies centroeuropeas, sino como eje que apuntalase todo proyecto de defensa continuada de los Balcanes.

Los montes Cárpatos, que se prolongan hacia el sur con los Alpes de Transilvania, constituían una línea de defensa natural muy sólida. Parece muy alargada, pero a nivel estratégico esa longitud se reduce, porque el número de puertos de montaña que la franquean es muy reducido. Así que permite economizar fuerzas. Entre el mar Negro y la arista que la cordillera describe cerca de Focsani se extiende una franja llana de casi 200 kilómetros, pero su mitad oriental la ocupa el delta del Danubio y una cadena de lagos, así que la «zona de peligro» se circunscribía solamente a los 100 kilómetros de la brecha de Galatz.

Durante los primeros días de abril pareció que los alemanes no tardarían en replegarse hasta esta línea de retaguardia. Las fuerzas de Koniev forzaron el paso del Prut y pusieron pie en Rumanía, mientras que más al sur los alemanes eran expulsados de Odesa. Crimea fue reconquistada por medio de dos barridos convergentes y las fuerzas enemigas que aún permanecían allí se vieron superadas. Pero incluso así, los militares germanos consiguieron contener la ofensiva rusa más allá del Prut y evitaron que continuase penetrando en suelo rumano. De ese modo, por el momento Alemania preservaba los suministros que obtenía de los yacimientos petrolíferos del país. Pero ese éxito albergaba la semilla de su propia ruina, que llegaría cinco meses más tarde. Y es que indujo a Hitler a mantener sus fuerzas en una posición muy expuesta, bastante al este de las montañas y de la brecha de Galatz.

Más al norte, los alemanes también contrarrestaron los esfuerzos de Zhúkov por asaltar los pasos montañosos de los Cárpatos al suroeste de Tarnopol, aunque el contraataque soviético pronto fue contenido.

Todavía más al norte, cerca ya del Báltico, una ofensiva rusa desplegada a mediados de enero había liberado Leningrado del férreo estrangulamiento del asedio enemigo. El cambio de escenario permitió explotar ese triunfo hacia el oeste. Pero los alemanes se retiraron con orden hasta engrosar las filas de una línea más breve y recta, trazada desde Narva hasta algo más allá de Pskov. Tan solo medía algo menos de 200 kilómetros, de los cuales 144 surcaban las aguas de dos grandes lagos. Entre Pskov y las marismas del Prípet, el frente del enemigo todavía pendía de dos ciudades-bastión: Vitebsk y Orsha. Los rusos se habían aproximado a ellas a finales de septiembre, pero la posición del enemigo había rechazado tanto los asaltos directos como los intentos de flanqueo. Todavía se mantendrían como un eficaz muro de contención durante nueve meses más, hasta julio de 1944.

En resumen, hacia finales de abril, el frente ruso se estabilizó temporalmente. El Ejército Rojo se había adueñado de territorios gigantescos, especialmente en el sur, pero los alemanes casi siempre habían sabido cómo esquivar las trampas que los rusos proponían con sus maniobras de pinzas, con lo cual eludían la catástrofe que a menudo pareció inminente. El total de prisioneros no era excesivamente grande si se compara con la magnitud de los avances soviéticos, pero sí es cierto que las fuerzas alemanas habían sufrido un desgaste acumulado que conllevaba efectos más graves a largo plazo. Con todo, en una nueva muestra de su disminuido sentido de la realidad, Hitler retiró a Manstein del mando. Al mismo tiempo, remarcó que en esos momentos resistir palmo a palmo era más perentorio que maniobrar con habilidad.

Desde hacía nueve meses, la tensión se había incrementado como consecuencia de la invasión anglo-americana del sur

de Europa. En ese escenario, tras la conquista de Sicilia, Italia había capitulado a principios de septiembre de 1942. El hundimiento del socio de Alemania propició que se abriese un boquete en la muralla sur de la «Fortaleza Europa». Desde luego, la silueta peninsular de Italia limitaba un poco las consecuencias, pero aquella fisura era suficiente para reclamar la atención de Alemania por derecho propio: y reclamaría fuerzas para tapar la brecha. Además, también sería necesario ampliar la cobertura del seguro que los teutones habían invertido en los Balcanes.

El desmoronamiento italiano aún tendría otra repercusión dañina para Alemania, ya que la exponía a más ataques aéreos por los contingentes de bombarderos de los Aliados, con una flota de aparatos ingente gracias a la suma de los aviones estadounidenses.

En el campo de la gran estrategia, cabría calificar la ofensiva aérea contra los recursos industriales de Alemania como aproximación indirecta, ya que minaba el equilibrio de su capacidad bélica en conjunto. Con un diseño perfeccionado (enfocado a desarticular las redes de intendencia y suministros en lugar de devastar áreas pobladas), la estrategia de bombardeo de los Aliados podría haber paralizado más rápidamente la resistencia alemana. Ahora bien, aunque gran parte de estas operaciones se atuvieron a direcciones y objetivos poco adecuados, en conjunto sí contribuyeron a anquilosar al país. Además, en el plano militar, la desarticulación de las comunicaciones fue un factor clave para inmovilizar la capacidad de los ejércitos alemanes para contraponerse al avance de los Aliados.

La victoria de los Aliados en la invasión de Sicilia, en julio, se debió en gran parte a que habían logrado envolver a todas las fuerzas enemigas en Túnez. Así despejaban de la ecuación la mayoría de los efectivos que estaban disponibles de inmediato para fortificar la defensa de la isla. El efecto moral que causó este acontecimiento desmoralizó notablemente a las unidades italianas desplegadas en Sicilia y agrietó los cimientos del régimen de Mussolini en Italia. Alemania temía un desplome o una rendición de Italia. De producirse, existía el riesgo de que los refuerzos enviados en auxilio de su socio acabasen siendo capturados. Todo ello impidió que Alemania destinase unas fuerzas adecuadas a consolidar las defensas de la isla. Si no hubiera sido por estos factores, quizás los Aliados habrían acabado lamentándose de no actuar contra Sicilia mientras la atención del enemigo estaba absorta en fortalecer su posición en la otra ribera del mar, en Túnez. Incluso con unas condiciones tan favorables, la liberación de Sicilia no fue tarea sencilla. Los contingentes alemanes eran reducidos en cifras, pero ya no peleaban en territorios periféricos que pudiesen aislarse mediante el novedoso poderío aeronaval.

Ahora bien, los Aliados todavía contaban con una posibilidad de distracción inherente, gracias a su capacidad para ejecutar operaciones anfibias y la amplitud del panorama estratégico: recordemos que Alemania ocupaba una inmensa frontera litoral en todo el sur de Europa, desde los Pirineos hasta Macedonia. La principal ventaja estratégica de los Aliados era que podían elegir entre multitud de objetivos alternativos. Al concentrar sus fuerzas en los territorios de Francia en África del norte, amenazaban al mismo tiempo a Sicilia y Cerdeña. Si se decantaban por operar en la costa occidental

italiana, podrían desarrollar la operación para que evolucionase hasta convertirla en una amenaza alternativa (y por tanto, doble) para las regiones septentrionales e industriales de Italia o para el sur de Francia ocupado por los alemanes. Si optaban por el Adriático, podrían tomar como siguientes objetivos el norte de Italia o la franja más occidental de los Balcanes, así que la amenaza sería doble también. Si elegían actuar en el Egeo, supondría un peligro para la ocupación alemana de Grecia y Yugoslavia, o bien para Bulgaria y Rumanía.

La información disponible con posterioridad a los acontecimientos confirmó que esta ventaja estratégica de los Aliados, sumada a sus planes engañosos, provocó división de opiniones en el Alto Mando del Eje, que acabó esperando una invasión de Cerdeña o Grecia como alternativas a Sicilia. Incluso sopesó la posibilidad de que el desembarco tuviese por escenario la península italiana o el sur de Francia. Sus temores se incrementaron al constatar que los vuelos de reconocimiento notificaron la aparición de buques de los Aliados en muchos puntos a lo largo del Mediterráneo.

Los desembarcos reales que se efectuaron en Sicilia el 10 de julio también se beneficiaron de su vasta distribución geográfica, pues se extendieron a lo largo de unos 100 kilómetros de litoral. Al igual que los desembarcos de la península de Gallipoli (que también fueron repartidos con holgura, aunque no tanto), siguieron una tendencia: mantener al oponente en la duda sobre cuál sería el enclave más peligroso, y después retrasar sus contramaniobras durante la fase más crítica. Ese estado de incertidumbre facilitó la labor del Octavo Ejército, que avanzó velozmente hacia el norte por la costa este, desconcertando al oponente y contribuyendo a desestabilizarlo. El efecto perturbador se intensificó aún más debido a que los preparativos del enemigo se habían basado en una

suposición errónea: que los principales desembarcos de los Aliados tendrían lugar en el extremo occidental de la isla, dado que era el punto más próximo a las bases de los Aliados en el norte de África y presentaba bastantes más puertos. Dirigir el movimiento contra la esquina suroriental de Sicilia lo convirtió en una aproximación estratégicamente indirecta. En tan solo cuatro días, los soldados de Montgomery habían recorrido unos 60 kilómetros avanzando por la costa este. Estaban casi a mitad de camino del estrecho de Mesina, un punto vital. Justo entonces, el enemigo logró contenerlos, en las afueras de Catania.

Este mismo efecto se repetiría cuando el Séptimo Ejército estadounidense, al mando del general Patton, tras asegurar la posición que había establecido a la izquierda de Montgomery, viró de repente el grueso de su fuerza hacia el oeste y seguidamente se apartó, desviándose hacia el norte y atravesando la isla hasta Palermo. Era como una jugada de amago en deporte. La desintegración general se agravó porque los movimientos de los Aliados amenazaban al mismo tiempo dos objetivos alternativos: Palermo y Mesina.

La resistencia de las fuerzas italianas se vino abajo bastante pronto. Fue un terremoto súbito, cuyas ondas sísmicas derribaron el régimen de Mussolini.

Tras el desmoronamiento italiano, toda la responsabilidad de la defensa de Sicilia cayó como una losa sobre el núcleo de tropas alemanas: dos divisiones formadas a la carrera, compuestas por reclutas, a las que se añadiría una tercera más adelante. Se quedaron solas para plantar cara a una invasión que contaba con más de siete divisiones en un primer momento y que pronto superaría la docena. Sin embargo, ese pequeño foco de resistencia, aún desprovisto de apoyo aéreo, consiguió aplazar la toma de Sicilia por los Aliados durante más de un mes. Concluida su misión, sus integrantes escapa-

ron cruzando el estrecho de Mesina hasta la Italia continental, protegidos bajo una cortina de fuego antiaéreo. Aparte de la tenacidad en el combate de las tropas alemanas, dos detalles explican su magnífico rendimiento: la configuración del terreno y el propio avance de los Aliados, que se volvió cada vez más directo.

Tras capturar Palermo y liberar de presencia enemiga todo el oeste de Sicilia, el ejército de Patton se había vuelto hacia el este para coordinarse con Montgomery y lanzar una ofensiva convergente que caería sobre Mesina. El extremo nororiental de la isla dibujaba un triángulo repleto de montañas. Un enemigo allí apostado no solo sacaría ventaja del terreno, que favorecía a las defensas, sino también del modo en que se iba estrechando el frente a medida que se retirase hacia el vértice más alejado del triángulo. Con cada paso que retrocedían los alemanes incrementaban la densidad defensiva de sus fuerzas, mientras que los ejércitos de los Aliados afrontaban cada vez más estrecheces, compitiendo por el espacio para desplegar toda su superioridad de fuerzas. Fue una importante lección negativa que hubieron de aprender sobre los problemas del enfoque estratégico. En el siguiente capítulo de la contienda les aguardaban nuevas lecciones.

La invasión de Italia

Con la ocupación de Sicilia, los Aliados se garantizaron un punto de apoyo en Europa, que podrían convertir sin grandes dificultades en un trampolín. Poseer la isla les permitía acercar su amenaza militar al continente e intensificar la concentración. Al mismo tiempo, seguían suponiendo un peligro para gran diversidad de puntos del territorio enemigo. Así que se les presentó una amplia gama de opciones. Además de

la más obvia y directa, que consistía en seguir por la punta de la bota de Italia, tenían la posibilidad de dar un pequeño salto y plantarse en la caña, en Cerdeña, o incluso en el tacón de la bota. Esta última región se encontraba fuera del alcance de los cazas que prestaban cobertura frente a la interferencia aérea del adversario, pero precisamente por ese motivo, como sugirió alguien en aquel entonces, sería la ruta menos esperada. En el fondo, todos los movimientos de los Aliados hasta ese momento habían estado cuidadosamente confinados dentro de los límites de la cobertura aérea, así que transgredir la regla cogería al enemigo por sorpresa. Una vez efectuados los desembarcos y establecida una cabeza de playa, el tacón de la bota ofrecía la ruta más propicia para que las unidades mecanizadas progresasen rápidamente. Es más: aquello supondría una nueva amenaza para los Balcanes, además de para la Italia central, con lo que el Alto Mando alemán se enfrentaría a un nuevo dilema. Desde el punto de vista estratégico, era posible transformar el tacón de la bota de Italia en un talón de Aquiles para Alemania, con efectos potencialmente letales.

Sin embargo, el Alto Mando de los Aliados decidió que se centraría en luchar dentro de los límites de la cobertura aérea, a pesar de lo cual en el último instante improvisó un desembarco secundario en el tacón. La operación principal comprendía un desembarco en la puntera de la bota a cargo del Octavo Ejército, seguido de un desembarco a mayor escala en Salerno, inmediatamente al sur de Nápoles, que llevaría a cabo un contingente mixto formado exprofeso, integrado por soldados estadounidenses y el Quinto Ejército británico, bajo la dirección del general Mark Clark.

La naturaleza tan directa de la aproximación estratégica no fue lo único que ensombreció las previsiones; también afectó la rígida insistencia de los políticos de las naciones aliadas, empeñados en obtener la «rendición incondicional» de Italia.

La mayoría de los líderes italianos estaban desesperados por firmar la paz, pero vacilaban sobre si sería buena idea agachar la cabeza y ceder a tal humillación, responsabilizándose de una paz sin ningún tipo de garantías. Tan solo el desastre acaecido en Sicilia y el peligro inminente que corría la península los empujó a derrocar a Mussolini e iniciar las negociaciones para lograr un acuerdo de paz, cosa que requirió su tiempo. Las dilaciones otorgaron a los alemanes un periodo de gracia superior a un mes, ideal para preparar sus contramedidas y aprestarse a afrontar la emergencia.

El cruce del estrecho de Mesina se produjo el 3 de septiembre. El desembarco sobre la puntera de la bota fue precedido de un gran bombardeo, pero superfluo, puesto que la única división alemana en las cercanías se había trasladado hacia el norte unos días antes. Las fuerzas invasoras ni siquiera se encontraron una gran oposición cuando profundizaron y se internaron más en el territorio, aunque el avance sí se ralentizó por causa de las dificultades orográficas y por su exceso de precaución. Por tanto, esta maniobra supuso una ayuda muy escasa para facilitar el desembarco principal en Salerno. Este tuvo lugar el 9 de septiembre; la fecha fijada para el anuncio de la capitulación de Italia era la tarde del día anterior. La noticia no perturbó a las fuerzas alemanas destacadas allí. De hecho, tras el contraataque que emprendieron, la situación fue crítica hasta el sexto día.

El general Mark Clark explicaría más tarde cuál fue la raíz del problema: «Los alemanes podían ver que, dada la naturaleza del problema, lo más probable era que se produjese otro desembarco. También podían calcular que *tendría* que producirse dentro del radio de acción de la cobertura aérea. En aquel momento, puesto que operábamos desde Sicilia, el límite máximo caería aproximadamente sobre Nápoles. *Por lo*

tanto, se concentraron en el área entre Salerno y Nápoles, y allí nos los encontramos todos juntos».

Las palabras en cursiva tienen un significado especial, ya que dejan claro que el enemigo se benefició de la probabilidad de que los planes de los Aliados estuviesen regidos por el conformismo con una limitación aceptada. El resultado demostró cuáles son las limitaciones de elegir el rumbo de acción más esperado. Cuando llegaron justo donde se los esperaba, los Aliados sufrieron un revés duro, costoso en términos de vidas y tiempo. Además, evitaron el desastre por un margen muy estrecho. Salerno fue otro ejemplo de esta lección de la historia: no hay nada más arriesgado para un ejército que concentrar todo su empeño en el punto donde el enemigo puede calcular que aparecerá y por tanto reunir sus fuerzas para hacerle frente. En aquellos momentos, el mariscal de campo Kesselring tan solo contaba con siete divisiones para defender el centro y el sur de la península italiana. Y no olvidemos que debía reprimir y desarmar a las tropas de su antiguo socio.

En contraste con el desembarco principal efectuado en Salerno, el secundario dirigido al tacón de la bota no encontró oposición y pronto ocupó dos excelentes puertos: Tarento y Bríndisi. Así abrió amplias rutas para aproximarse hacia el norte por el litoral hasta el importantísimo nudo ferroviario de Foggia y un notable grupo de aeródromos cercanos. En esos momentos, las fuerzas hostiles presentes en toda el área entre Tarento y Foggia tan solo sumaban una división alemana de paracaidistas, no demasiado potente.

Pero el contingente que puso pie en tierra tan solo estaba compuesto por la Primera División Aerotransportada británica, que había «descabalgado» para la ocasión. Sus integrantes habían sido reunidos en los distintos campamentos de descanso repartidos por Túnez y apresuradamente había cru-

zado el mar en los pocos buques disponibles con tan escasa antelación. Llegaron a tierra sin carros ni artillería de apoyo, salvo un mortero, y con muy pocos vehículos motorizados. En resumen: carecían de los medios necesarios para explotar la oportunidad que habían creado.

Transcurridas casi dos semanas, desembarcó en Bari (el siguiente puerto de la costa oriental en dirección norte) otro pequeño contingente que sí incluía una brigada blindada. Avanzó hacia el norte sin encontrar oposición y ocupó Foggia. Las fuerzas alemanas que se enfrentaban al Quinto Ejército en las montañas, colocadas en medio de la ruta más directa hacia Nápoles, comenzaron a replegarse en cuanto detectaron que el avance indirecto desde el tacón había progresado hasta cernirse como una amenaza potencial para su retaguardia. El 1 de octubre, los Aliados entraron en Nápoles; habían pasado tres semanas desde el desembarco. Mientras tanto, los alemanes, que habían reaccionado ante el peligro con más agilidad de la que suponían sus oponentes, dominaban con puño de hierro todo el resto de Italia y habían dispersado a los militares italianos y invalidado la mayor parte de los efectos que conllevaba la rendición del país.

A partir de ese momento, los ejércitos de los Aliados no tuvieron más remedio que pelear para ascender por la península italiana como si fuesen el pistón de un émbolo sucio y pegajoso, luchando contra la resistencia cada vez más intensa de la compresión. Originalmente, Alemania albergaba la esperanza de poder limitarse a retrasar brevemente el avance del enemigo hasta Roma, con la intención de esperar a los Aliados en el norte. Pero los mandos germanos cambiaron de opinión, se envalentonaron y enviaron refuerzos al sur para ayudar a Kesselring. Todo ello porque se habían percatado de cuánto restringían la eficacia de los Aliados la estrechez del frente y las dificultades del terreno; además, habían observa-

do hasta qué punto se había desvanecido la flexibilidad anfibia aliada al haber consagrado todas sus fuerzas a este esfuerzo limitado.

El avance del Quinto Ejército fue contenido momentáneamente en la línea del río Volturno, unos 30 kilómetros más allá de Nápoles, y después se detuvo de forma más brusca y sostenida en la línea del Garigliano, delante de Cassino. Aquella barrera soportó y rechazó ataques sucesivos en noviembre y diciembre. Entretanto, el avance del Octavo Ejército en paralelo al litoral oriental se había topado con dificultades en el Sangro. Al poco de cruzar ese río, quedó bloqueado. A finales del año, los Aliados tan solo habían avanzado algo más de 110 kilómetros después de Salerno, en el transcurso de cuatro meses. La mayor parte del terreno retomado se había conquistado en septiembre. Desde entonces, el ritmo de los progresos se volvió tan gradual que se podría medir en centímetros. La invasión ya no era un paseo fulgurante, sino un proceso de morder y picar.

A la luz de la experiencia de tantos años, sabemos que esas tácticas a veces dan buenos frutos, pero lo más habitual es que su resultado sea decepcionante. Esta campaña no fue ninguna excepción a la regla. En repetidas ocasiones dejó patente que el ataque directo en frentes muy estrechos suele desembocar en resultados negativos. Normalmente, ni siquiera una gran superioridad de fuerzas asegura una conclusión feliz, salvo si hay espacio para maniobrar… lo cual requiere trabajar en un frente relativamente más amplio. La península itálica apenas tiene una anchura mínima de 150 kilómetros y la mayor parte la ocupan una espina dorsal montañosa y sus «costillas». En cuanto el Alto Mando alemán decidió redoblar la apuesta militar en el sur y establecer una densidad defensiva considerable, se conjugaron todos los requisi-

tos para coartar el avance de los Aliados hacia el norte y provocar su parálisis estratégica.

A principios de 1944, los Aliados intentaron efectuar otra maniobra anfibia contra la larga línea de costa situada a espaldas del enemigo. El 22 de enero, una fuerza destinada a desbordar el flanco tomó tierra cerca de Anzio, 40 kilómetros al sur de Roma. En la zona solamente estaban presentes dos batallones alemanes y un rápido avance hacia el interior podría haber servido para ocupar los montes Albanos, que dominaban la aproximación inmediata a Roma y la propia ciudad. Pero el plan de los Aliados se había diseñado suponiendo que el enemigo combatiría de inmediato para rechazar el desembarco, así que la principal preocupación era consolidar la posición. Al mismo tiempo, las fuerzas que luchaban en el sur se aprovecharían del previsible debilitamiento de la resistencia enemiga local. Pero resultó que el enemigo no reaccionó según se esperaba.

Cuando quedó claro que en las proximidades de Anzio la oposición brillaba por su ausencia, Alexander quiso acelerar el ritmo para internarse tierra adentro, pero el comandante en jefe local actuó como un freno. Dirigía las operaciones con tanta cautela que no se intentó ningún avance serio durante una semana. Así que Kesselring dispuso de tiempo para trasladar reservas hasta la zona mientras contenía la ofensiva del grueso de los Aliados en el sector de Cassino. El 3 de febrero, la decimotercera jornada tras el desembarco, los alemanes pusieron en práctica una potente contraofensiva contra la cabeza de puente de Anzio. El enemigo paró el contraataque, pero las tropas de los Aliados se quedaron ocupando una cabeza de puente poco fluida, superficial y estrecha. Parecía tan incómoda como un «campo de internamiento» a gran escala, tal y como habían denominado los alemanes a la cabeza de puente de Salónica en la Gran Guerra. Eso sí, había quien

recordaba cómo se helaron las risas causadas por esa broma en 1918, cuando la ruptura de Salónica fue el pistoletazo de salida para el derrumbe de Alemania. Y esas mismas personas se confortaban rememorando el viejo proverbio: «Quien ríe el último ríe mejor».

La ofensiva sobre Italia se reanudó a gran escala y con nuevos bríos en mayo. Esta vez formaba parte de un plan de más calado. Ahora suponía el golpe inicial del «gran plan» de los Aliados para una ofensiva decisiva contra Alemania. Menos de un mes después se produciría la invasión de Normandía a través del canal de la Mancha, protagonizada por ejércitos aliados congregados en el sur de Inglaterra. Los dos golpes fueron precedidos y acompañados por una terrible ofensiva aérea destinada a estrangular las líneas de suministros del enemigo.

La primera fase del plan del general Alexander comprendía un nuevo ataque por cada lado de Cassino, allí donde habían encallado las anteriores ofensivas. Para intensificar el impacto, el Octavo Ejército, dirigido por el general Leese, extendió el frente que cubría y desplazó el grueso de sus fuerzas del sector adriático para unirlas a las del Quinto Ejército del general Clark y descargar un golpe combinado que impactaría contra el sector occidental de la Línea Gustav. El ataque comenzó a las 23:00 horas del 11 de mayo, justo antes de que saliese la luna. Su objetivo más concreto era tomar los fortines ubicados en el relieve montañoso, que servían de apoyo a la barrera fortificada del enemigo para defender transversalmente el angosto acceso al valle del Liri.

El ataque contra el pilar defensivo oriental, Monte Cairo, apenas progresó tras varias jornadas de combate encarnizado. Pero entre Cassino y el mar sí se hundieron cuñas que mordían la Línea Gustav en varios puntos. La incisión más significativa fue la del Cuerpo Colonial Francés del general Juin,

que sacó partido a su especialización en las operaciones en terreno montañoso y trazó una difícil ruta a través de los montes Auruncos. Así contaron con la ventaja de la sorpresa y avanzaron 10 kilómetros en tres días, superando el monte Majo hasta alcanzar los altos que dominan el valle del Liri. De este modo, se creó un efecto multiplicador que aflojó el puño de hierro con que el enemigo se aferraba a la Línea Gustav. La amenaza facilitó la tarea a las tropas británicas del Octavo Ejército, cuyo misión era presionar y ascender por el valle hasta desbordar Cassino. La población cayó el 18, el Día de la Ascensión. La operación de los franceses también mitigó las dificultades con que se toparía el avance estadounidense por la costa.

A continuación, el día 23, las fuerzas de los Aliados en Anzio tomaron la palabra, descerrajando un ataque desde la cabeza de puente. Los efectivos destinados a esta zona se habían ido reduciendo paulatinamente para trasladar refuerzos al sur. La maniobra de los Aliados eligió el momento con total precisión para explotar la debilidad. Al tercer día, la presión ejercida agrietó y resquebrajó las defensas alemanas. Una vez que cuajó la ruptura, los alemanes carecían de reservas para oponerse a las siguientes acciones de los Aliados, que avanzaron hacia los montes Albanos y las comunicaciones de las principales fuerzas enemigas, destacadas en el sur.

De manera simultánea al ataque de Anzio, el Octavo Ejército asaltó la posición final que ocupaban los alemanes en el valle del Liri. El Cuerpo Canadiense perforó la defensa el primer día y en la jornada siguiente quedó claro que los alemanes estaban replegando todas sus filas. La retirada pronto se aceleró, a medida que crecía el peligro en Anzio. En pocos días quedó bloqueada la línea directa de retirada hacia Roma por la autopista 6, así que los alemanes tuvieron que tomar una bifurcación y seguir rutas de montaña, más difíciles, para

ir hacia el norte. En esas condiciones, las columnas en marcha estaban más expuestas a los ataques aéreos.

Aunque una parte considerable del ejército que estaba en peligro consiguió escapar de la trampa que dibujaba la maniobra de ramificación de los Aliados, es cierto que así se perdió la oportunidad de que las fuerzas alemanas cubriesen Roma. El general Alexander trasladó tantos hombres como le fue posible a su ala izquierda, para combatir al otro ejército alemán. Tras una semana de duros combates, el dominio germano de los montes Albanos flaqueó. Una vez roto este dique estratégico, las fuerzas de los Aliados se apresuraron a inundar las llanuras que rodean Roma y capturaron la capital la mañana del 5 de junio. Por fin caía en sus manos el premio que tan cercano habían tenido nueve meses antes, cuando había capitulado el Gobierno italiano.

La invasión de Francia

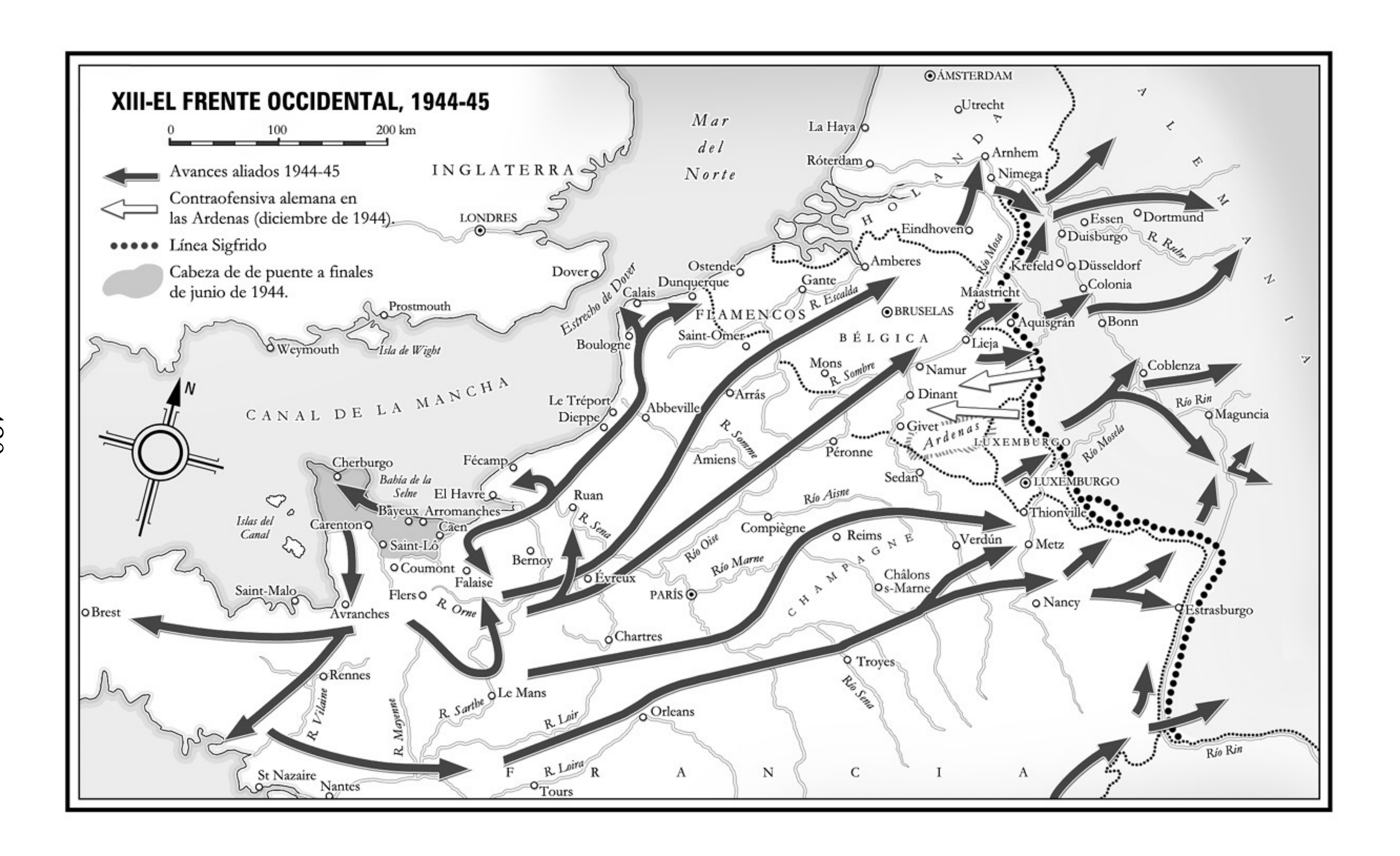
El día siguiente a la toma de Roma se inició el desembarco de Normandía, el suceso más espectacular y decisivo de toda la guerra. Se trató de una operación para trasladar una potente fuerza expedicionaria anglo-americana estacionada en Inglaterra hasta territorio continental, a través del canal de la Mancha. El proyecto se había retrasado debido a las inclemencias meteorológicas. Finalmente, se puso en marcha, a pesar de que el viento seguía soplando tanto que suponía un peligro, aunque también hacía que fuera menos esperable. El general Eisenhower decidió correr el riesgo y no solo justificó su elección por los resultados, sino por el efecto sorpresa.

Los Aliados efectuaron los desembarcos durante la mañana del 6 de junio, en la bahía del Sena, entre Caen y Cherburgo. Fueron precedidos la noche anterior por el despliegue

de numerosos contingentes de paracaidistas cubriendo los dos flancos.

Como preparativo para la invasión, los Aliados habían desarrollado una ofensiva aérea sostenida, de un grado de intensidad sin parangón, concentrada especialmente sobre las comunicaciones del enemigo, con el objetivo de paralizar la capacidad de transportar reservas hacia el área clave.

Muchos factores habían señalado que este sector era el escenario más probable para una invasión, pero, aun así, la operación pilló a los alemanes desprevenidos, con la mayor parte de sus reservas apostadas al este del río Sena. Este hecho se debió en parte a que los planes destinados a despistarlos fueron muy ingeniosos, pero también obedecía a un prejuicio muy obstinado, según el cual los Aliados no solo se aproximarían de forma directa a través del canal de la Mancha, sino que lo harían por el trayecto más corto. Los Aliados eran cautos y querían contar con la mejor cobertura aérea posible, lo que había supuesto un obstáculo para los objetivos y el progreso de la campaña italiana. Pero ahora esa misma cautela les regaló una ventaja que ni sospechaban, ya que por ese motivo el adversario consideraba que siempre optarían por tomar la ruta más cauta. Fue un error de cálculo muy grave, cuyos efectos se agudizaron cuando las fuerzas aéreas de los Aliados entraron en acción para demoler los puentes que cruzaban el Sena.


XIII-EL FRENTE OCCIDENTAL, 1944-45
0
100
200 km
Avances aliados 1944-45
Contraofensiva alemana en las Ardenas (diciembre de 1944).
Línea Sigfrido
Cabeza de de puente a finales de junio de 1944.
INGLATERRA
LONDRES
Dover
Prostmouth
Weymouth
Isla de Wight
Mar del Norte
CANAL DE LA MANCHA
Estrecho de Dover
N
Islas del Canal
Cherburgo
Bahía de la Selne
Bayeux
Arromanches
Caen
Carenton
Saint-Lô
Coumont
Flers
Falaise
R. Orne
Saint-Malo
Avranches
Brest
Rennes
R. Vilaine
R. Mayenne
R. Sarthe
Le Mans
St Nazaire
Nantes
Tours
R. Loira
R. Loir
Orleans
FRANCIA
Chartres
PARÍS
Évreux
Bernoy
Ruan
R. Sena
El Havre
Fécamp
Dieppe
Le Tréport
Abbeville
Boulogne
Calais
Dunquerque
Ostende
Saint-Omer
FLAMENCOS
R. Escalda
Gante
Amberes
Arrás
Amiens
R. Somme
Péronne
Compiègne
Río Oise
Río Marne
Río Aisne
Reims
CHAMPAGNE
Châlons s-Marne
Troyes
Río Sena
Verdún
Metz
Nancy
Estrasburgo
Thionville
LUXEMBURGO
LUXEMBURGO
Río Mosela
Sedan
Givet
Ardenas
Dinant
Namur
Mons
R. Sombre
BÉLGICA
BRUSELAS
Lieja
Maastricht
Río Mosa
Aquisgrán
Eindhoven
HOLANDA
La Haya
Róterdam
ÁMSTERDAM
Utrecht
Arnhem
Nimega
Krefeld
Düsseldorf
Duisburgo
Essen
Dortmund
R. Ruhr
Colonia
Bonn
Coblenza
Río Rin
Maguncia
ALEMANIA
Río Rin

En marzo se había despertado en Hitler la sospecha de que los Aliados desembarcarían en Normandía, alimentada por lo que se vislumbraba al contemplar la distribución de las fuerzas anglo-americanas en Inglaterra antes de la invasión. Esta sospecha era contraria a la opinión de su Estado Mayor. Rommel, a quien se había designado para mandar las fuerzas de la costa norte, llegó a la misma conclusión. Pero Rundstedt, comandante en jefe de las fuerzas del oeste, contaba con que desembarcarían en la zona más estrecha del canal, entre Dieppe y Calais. La convicción no se debía solamente a la preferencia de los Aliados por operar con una buena cobertura aérea, sino sobre todo a que aquella era, teóricamente, la línea correcta, la más corta para llegar al objetivo. Era un cálculo característico de la ortodoxia estratégica. Resulta significativo que esa suposición no le atribuyese al Alto Mando aliado una preferencia por lo inesperado, ni siquiera una inclinación a evitar las aproximaciones con defensas más sólidas.

El plan real de los invasores no solo evitaba las defensas mejor preparadas, sino que iba mucho más allá. Al elegir la ruta de Normandía, el Alto Mando de los Aliados operaría siguiendo una línea que suponía una amenaza simultánea para dos puertos de gran importancia: El Havre y Cherburgo. Además, los Aliados lograron mantener a los alemanes en vilo y con dudas sobre cuál era su objetivo, con lo cual los tuvieron sujetos a las dos disyuntivas del dilema. Cuando se percataron de que la meta era Cherburgo, el Sena se había convertido en una barrera que dividía a sus fuerzas; la única alternativa para trasladar refuerzos al punto crítico implicaba un gran rodeo. Además, el hostigamiento constante de las fuerzas aéreas enemigas alargaba todavía más el proceso. Por si fuera poco, cuando los refuerzos llegaban a la zona de combate, solían hacerlo por el sector de Caen, el más alejado

de Cherburgo. Tropas británicas se interpusieron y no solo se alzaron como una amenaza por derecho propio, sino que sirvieron de escudo para que los estadounidenses acometiesen sus operaciones más al oeste, en la península de Cherburgo. El efecto doble y la amenaza simultánea influyeron de forma crucial en el éxito de la invasión en conjunto.

La inmensa armada salvó las aguas del canal sin interferencias y las tropas establecieron cabezas de playa más fácilmente de lo esperado, excepto allí donde desembarcó el ala izquierda estadounidense, al este del estuario del río Vire. El resultado se debió en buena medida a la excelente planificación y a la calidad del equipamiento, que incluía mucha maquinaria novedosa. Aun así, a la hora de hacer que las cabezas de puente fueran lo suficientemente profundas, el margen entre la victoria y la frustración fue más estrecho de lo que pareció. Los invasores no lograron hacerse con el control de las llaves que abrirían las puertas de Caen y Cherburgo. Por fortuna, el ataque se había repartido por un frente muy extenso, lo que resultó un factor vital para aprovechar las oportunidades. La concentración natural de los alemanes por conservar las llaves en ambos flancos, los debilitó en el espacio entre ambos puntos. Los contingentes británicos no se demoraron y explotaron las zonas de desembarco intermedias, cercanas a Arromanches, para alcanzar Bayeux. Al final de la semana, el crecimiento de esta penetración otorgó a los Aliados una cabeza de puente de más de 60 kilómetros de anchura y entre 8 y 19 kilómetros de profundidad, entre los ríos Orne y Vire. También habían asegurado otra cabeza de puente, si bien más reducida, en la vertiente oriental de la península de Cherburgo. El día 12, los estadounidenses tomaron Carentan, el punto clave intermedio, asegurando así una cabeza de puente de casi 100 kilómetros de anchura.

A partir de ese momento, el general Montgomery, responsable del mando operativo de las fuerzas invasoras en conjunto y que actuaba bajo las órdenes de Eisenhower, podría desarrollar completamente las maniobras ofensivas.

La segunda semana se consiguió ampliar de forma muy destacable la cabeza de puente por el flanco occidental. Allí, el Primer Ejército estadounidense llevó a cabo un avance para cruzar la península de Cherburgo por su cintura. Mientras tanto, en el flanco oriental, el Segundo Ejército británico presionaba al adversario alrededor de Caen y continuaba absorbiendo los choques del grueso de los refuerzos alemanes, especialmente las divisiones Panzer. En el plano estratégico, el peligro de que los británicos rompiesen las líneas en el este suponía una aproximación indirecta que ayudaba al plan de Montgomery, enfocado a quebrar las filas enemigas en el extremo occidental de la cabeza de puente.

La tercera semana, tras aislar Cherburgo, las fuerzas estadounidenses marcharon al norte por la península y accedieron al puerto desde la parte posterior. Cherburgo cayó el 27 de junio, aunque antes de su capitulación el puerto había quedado inutilizado temporalmente. Alrededor de Caen, las punzadas de las tropas británicas eran desviadas por las habilidosas tácticas defensivas del enemigo, que peleaba en un terreno favorable para la defensa flexible. Aun así, los ingleses representaban una amenaza que impedía al Alto Mando alemán utilizar sus reservas con libertad.

Amparadas por esta presión bélica que les servía de cobertura, las fuerzas invasoras continuaron reforzándose a una velocidad más que destacable. Contribuyó a ello el desarrollo de puertos artificiales, que mitigaron las interferencias causadas por el mal tiempo y también ayudaron a potenciar el efecto sorpresa, ya que invalidaron los cálculos del enemigo.

La irrupción soviética en Polonia

Tras una ofensiva preliminar en el frente finés, la campaña de verano del Ejército Rojo comenzó el 23 de junio, el día después del tercer aniversario de la invasión de Rusia por Hitler. La ofensiva se inició en Bielorrusia, al norte de las marismas del Prípet. En 1943, este mismo sector había sido testigo de la resistencia más contumaz, y con esta justificación los alemanes le habían asignado menos refuerzos que al sector abierto entre las marismas del Prípet y los Cárpatos. En esta última cordillera era donde se esperaba que los soviéticos reanudaran los esfuerzos de la primavera. Por tanto, una vez más, el ataque sorprendió a los alemanes desequilibrados.

La situación empeoró porque Hitler había rechazado los argumentos de los comandantes locales, quienes proponían retirarse hasta la línea de Beresina, unos 140 kilómetros detrás del frente existente. De haberse producido a tiempo, este paso atrás habría descabalgado a la ofensiva rusa.

Una vez perforada la coraza de las fuerzas alemanas, los rusos avanzaron a un ritmo asombroso. Vitebsk se rindió el cuarto día bajo los golpes convergentes de los grupos de ejércitos de Bagramián y Cherniakovski, que abrieron una brecha en el frente del Tercer Ejército Panzer. Así se franqueaba el camino para avanzar hacia el sur y atravesar la carretera principal que ligaba Moscú y Minsk, hasta la retaguardia del Cuarto Ejército alemán (mandado por Tippelskirch), que había amortiguado parcialmente la conmoción causada por la embestida soviética en su propio frente. Para ello se había replegado dando un pequeño paso atrás hasta apostarse en la línea del Dniéper. Mientras tanto, el Grupo de Ejércitos de Rokossovski había propinado un gancho diri-

gido contra el otro flanco del gran saliente alemán. El golpe quebró las líneas defensivas justo al norte de las marismas de Prípet y avanzó como un relámpago, cubriendo unos 30 kilómetros diarios para cortar las líneas de comunicación que llevaban a Minsk. Así se aisló este gran nudo, que caería el 3 de julio.

Toda esa serie de estocadas indirectas propició una ruptura generalizada de la defensa alemana. Los rusos apresaron entonces la mayor cantidad de prisioneros hasta la fecha en todos sus avances. Una vez transcurridas las primeras semanas, las capturas fueron disminuyendo, pero el ritmo de avance no se ralentizó. Esa combinación de hechos fue significativa. Por una parte, era un testimonio elocuente de la habilidad de los comandantes alemanes para rescatar a sus fuerzas y zafarse después de que la realidad acabase obligando a Hitler a aceptar la necesidad de asumir una retirada a gran escala. Por otra parte, la velocidad y el alcance de la retirada, así como el gran número de centros importantes que se abandonaron sin luchar, indicaban que los comandantes rusos eran cada vez más diestros a la hora de socavar la resistencia por medio de la aproximación indirecta.

Si examinamos el curso de las operaciones, se aprecia que, una y otra vez, los avances soviéticos parecían contar con objetivos alternativos a los que amenazaban. Por ejemplo, simulaban poner en peligro un par de grandes poblaciones, para después evitarlas y optar por atajar por el espacio situado entre esos centros, mucho menos protegido. A continuación, penetraban tanto hacia la retaguardia enemiga que provocaban que el adversario renunciase a los dos objetivos alternativos. También es significativo que los dos avances principales sufrieran su primer revés severo cuando convergieron sobre Varsovia e Insterburg, respectivamente. En ambos casos, el

avance terminó canalizándose hasta volverse una aproximación directa.

En menos de dos semanas, el Ejército Rojo barrió al enemigo y lo expulsó de Bielorrusia. A mediados de julio había superado más de la mitad del cuadrante nororiental de Polonia, ya cerca de Brest-Litovsk y Bialystok, había puesto cerco a Vilna, había cruzado el río Nieven y se aproximaba a las fronteras de Prusia oriental. Aquí, la oleada que se abatía sobre Alemania superaba los 320 kilómetros más allá del flanco del Grupo de Ejércitos bajo el mando de Lindemann, quien todavía cubría los estados del Báltico, a lo largo del frente trazado entre Narva y Pskov. Las tornas habían cambiado y la situación era ominosa.

El 14 de julio, los soviéticos arrancaron con su ofensiva al sur de las marismas del Prípet, largamente anticipada, en el frente situado entre Kóvel y Tarnopol, donde los alemanes ya habían comenzado a replegarse. En cuestión de diez días alcanzarían Lemberg y Lublin, 160 kilómetros al sureste de Varsovia. Las ciudades-fortaleza de Przemysl, Brest-Litovsk y Bialystok cayeron la misma semana. Por el flanco norte, la estocada rusa dejó atrás Dvinsk y se encaminó al litoral del Báltico por detrás de Riga, de modo que amenazaba con cortar las líneas y arrinconar a las fuerzas de Lindemann, cuya retirada había sido curiosamente lenta. A finales de julio, los rusos habían llegado al Golfo de Riga. Mientras tanto, por el centro, se abrieron paso hasta las afueras de Varsovia.

Pero los acontecimientos revelaban que los alemanes se estaban recuperando de la sacudida y retomaban el control de la situación a medida que la retirada los alejaba lo suficiente para huir del peligro más inmediato. Así fue hasta que lograron asentarse en una línea donde podrían beneficiarse del hecho de que sus perseguidores marchaban tan rápido que los suministros no conseguían seguir el ritmo. Por otra parte, la

ley natural del sobreesfuerzo estratégico al estirar las líneas comenzó a manifestarse. Pronto quedó claro que los alemanes todavía eran capaces de contener el avance enemigo y que los rusos, antes de reanudar el ataque con brío, necesitarían tiempo para reparar las líneas de comunicación que atravesaban el gigantesco territorio que habían conquistado.

A primeros de agosto, una serie de contragolpes alemanes reabrió la ruta de retirada del norte y empujó a los rusos hasta alejarlos de Varsovia. En la propia ciudad, las tropas alemanas demostraron su capacidad para lidiar con la insurrección local que había estallado al aproximarse los rusos. Al sur de Varsovia, los soviéticos consiguieron establecer cabezas de puente en la ribera opuesta del Vístula, pero allí fueron detenidos. El resto del mes transcurrió sin cambios notables.

El estancamiento temporal saltó en pedazos gracias a un cambio de dirección: fue fruto de otro movimiento ruso en el sur, sobre el frente rumano. Casi al mismo tiempo del inicio de la ofensiva, el 23 de agosto Rumanía anunciaba que había acordado firmar la paz. Así el país quedaba abierto para un rápido avance ruso pasando junto a Iasi, siguiendo el corredor entre los ríos Prut y Siret, hacia la brecha de Galato. También ayudó al Ejército Rojo a rodear a las tropas alemanas que habían permanecido en el saliente costero expuesto al este del Prut. A su espalda, el avance arrasador de los soviéticos continuó, con la captura de Galato y Focsani el 27 y los campos petrolíferos de Ploesti el 30. Al día siguiente entraron en Bucarest. Los tanques habían recorrido 400 kilómetros en doce días de marcha.

A continuación, los ejércitos rusos se abrieron en abanico para proseguir hacia el norte, el oeste y el sur. Forzaron el paso a través de los Alpes de Transilvania para dirigirse a Hungría, alcanzaron las fronteras de Yugoslavia ejecutando una maniobra pensada para aislar a las divisiones alemanas acan-

tonadas en Grecia y se lanzaron hacia el sur para cruzar el Danubio y penetrar en Bulgaria, país al que el Gobierno soviético declaró la guerra.

Punto muerto en Italia

La caída de Roma no fue seguida del rápido desmoronamiento de la resistencia alemana que se había previsto. Kesselring consiguió escamotear sus fuerzas de la enmarañada situación que las atenazaba, condujo la retirada con maestría y logró imponer una nueva serie de frenos que contuvieron el avance de los Aliados hacia el norte. Pasarían siete semanas hasta que los ejércitos invasores llegasen a los arrabales de Pisa y Florencia, sobre el río Arno, más de 250 kilómetros al norte de Roma. Todavía combatirían tres semanas más hasta que Kesselring entregara Florencia y se replegó desde el Arno hasta la principal posición defensiva en la cordillera montañosa que se alza detrás, la Línea Gótica.

A la vista del terreno, el general Alexander reconoció que se trataba de un obstáculo natural formidable y planeó otra maniobra para evitarlo. Hizo bascular el grueso del Octavo Ejército para colocar su centro de gravedad de vuelta en el flanco del Adriático y atacó el sector litoral oriental de la Línea Gótica cerca de Pésaro a finales de agosto. Rompió las defensas y atravesó la línea en dirección a Rímini.

Pero Kesselring consiguió parar y desviar el golpe, para cerrar la puerta. Así que Alexander tuvo que recurrir a intentar forzar la abertura con una serie de ataques apalancados, que se apoyaban entre sí. La presión continuada fue forzando gradualmente que se abriese un paso hasta el extremo oriental del valle del Po, pero esa vía conducía a una región llana, repleta de viñedos y con suelo arcilloso, que no tardaría en

convertirse en un barrizal bajo la lluvia, un auténtico atolladero. Así que no era un terreno favorable para seguir rápidamente el avance. Los soldados alemanes estaban exhaustos y vapuleados, a punto de derrumbarse, justo cuando los chubascos del otoño llegaron a rescatarlos. El resultado fue un nuevo punto muerto, que se prolongaría hasta la primavera.

Parte de los efectivos bajo el mando de Alexander habían sido evacuados, redesplegados para tomar parte en la invasión del sur de Francia en agosto. Al final, aquella distracción apenas afectó a la batalla principal, que se dirimía en el norte de Francia. En realidad, el asunto había quedado zanjado dos semanas antes de que se efectuase el desembarco en el sur. Al mismo tiempo, la reasignación de tropas le restó a Alexander un margen adicional de fuerzas que, probablemente, hubiese sido decisivo para triunfar en Italia. Sin embargo, como hemos visto ya en tantas ocasiones, la desventaja llevaba aparejadas ventajas compensatorias. Porque al carecer de la presión militar necesaria para ser resolutiva, la ofensiva de otoño de Alexander evitó que los alemanes se retirasen hasta las primeras estribaciones de los Alpes cuando todavía eran suficientemente fuertes para oponer una defensa eficaz. Y justo en un momento en que las condiciones meteorológicas eran muy favorables para emprender el repliegue.

A principios de 1945, cuatro divisiones bajo el mando de Kesselring fueron reasignadas y trasladadas para apuntalar la defensa en el oeste. Mientras tanto, Hitler continuaba prohibiendo cualquier retirada inmediata hasta los Alpes. En paralelo, la pobreza de recursos materiales de los alemanes se agudizaba. Al llegar la primavera los acuciaba hasta la desesperación la escasez de aviones, carros de combate, transportes y combustible. Todos los requisitos para efectuar un repliegue veloz y ponerse a cubierto en los Alpes. Cuando los Aliados reemprendieron la ofensiva en abril y quebraron las filas del

frágil frente alemán, lograron avanzar a toda máquina hasta alcanzar su retaguardia, desde donde se abrieron en abanico para taponar todos los agujeros y vías de escape, mientras los militares alemanes trastabillaban confusos o regresaban penosamente a pie.

La victoria final para los Aliados en Italia fue una justa recompensa tras una lucha tan dura y prolongada, y borró de un plumazo el recuerdo de tantas frustraciones. El desplome del enemigo en Italia precedió a su derrumbe en el principal teatro de operaciones de la contienda. Fue sorprendentemente parecido al modo en que la ruptura del ejército aliado sitiado en Macedonia había iniciado la cadena de acontecimientos que culminó con la derrota alemana en la Gran Guerra. Pero en esta ocasión, el hundimiento general germano claramente se debía mucho más a las operaciones desarrolladas en el teatro principal. En aquella región, la fase más decisiva se había desarrollado en agosto de 1944, tras la irrupción desde Normandía.

Ruptura en Normandía

Julio fue un mes de combates durísimos en Normandía, con resultados poco significativos para tanto esfuerzo, salvo por la elevada cifra de bajas. Pero los alemanes no se podían permitir semejante sangría como sí podían asumirlo los Aliados. Y tras los frentes casi estáticos donde se batallaba, los recursos disponibles para los Aliados crecían sin cesar.

El 3 de julio, el Primer Ejército estadounidense, reagrupado tras tomar Cherburgo, comenzó un intento de ruptura hacia el sur, con la vista puesta en la base de la península. Pero los atacantes aún estaban muy congestionados para maniobrar con holgura y progresaron despacio. El día 8, el Se-

gundo Ejército británico, bajo órdenes del general Dempsey, entró en Caen, pero se quedó bloqueado en los cruces del río Orne. Probó varios intentos de flanqueo sucesivos para desbordar al enemigo, pero todos fueron rechazados. El día 18, se puso en marcha una idea más ambiciosa, la Operación Goodwood: una falange compuesta por tres divisiones acorazadas, una tras otra, se lanzó desde una cabeza de puente emplazada al noroeste de Caen, para incidir por un hueco estrecho creado gracias a un brutal bombardeo aéreo sobre un frente de casi 5 kilómetros. La falange atravesó la retaguardia de las defensas de Caen. Por unos instantes, se vislumbró la ruptura, pero marchaban a un ritmo demasiado lento y los oficiales subordinados al mando vacilaron demasiado sobre si pasar dejando de lado las aldeas defendidas o no. Por su parte, los alemanes actuaron con premura y desplegaron una pantalla de carros de combate y cañones anticarro, atravesada sobre la ruta. La oportunidad se desvaneció y después se probaron nuevos ataques de tropas británicas y canadienses, con avances muy pequeños. Eso sí, sirvieron para reclamar la atención del enemigo y mantener allí concentradas a sus tropas de élite, retenidas en el sector de Caen. Hasta allí acudieron 7 de las 9 divisiones Panzer que había disponibles.

En el extremo occidental de la cabeza de puente de Normandía, las fuerzas americanas mandadas por el general Bradley empujaron el frente donde luchaban y ganaron entre 8 y casi 13 kilómetros durante las tres primeras semanas de julio. Mientras tanto, el Tercer Ejército estadounidense del general Patton acababa de llegar a Normandía, transportado desde Inglaterra, y se aprestaba a participar en un golpe más importante.

Se trataba de la Operación Cobra, que comenzó el 25 de julio, inicialmente con la participación de seis divisiones repartidas a lo largo de unos 6 kilómetros de frente. Fue prece-

dida de un bombardero aéreo todavía más intenso que el de Goodwood. Se abrieron tantos cráteres en el suelo que acabaron por ayudar a que los defensores, desperdigados y confundidos, frenasen el avance estadounidense. Durante las dos primeras jornadas, tan solo cubrieron 8 kilómetros, pero luego la brecha se ensanchó y el avance se aceleró, especialmente hacia la esquina sudoccidental de la península. La inflexión decisiva se produjo el 31 de julio. Contó con la ayuda de una rápida reorientación del grueso de las fuerzas del Segundo Ejército británico, procedentes del este del Orne y reubicadas en el sector central al sur de Bayeux, donde atacaron cerca de Caumont a lo largo del día anterior. Mientras el adversario reforzaba ese punto de riesgo con aquellas tropas de las que podía prescindir en Caen, los estadounidenses hicieron saltar el candado de la puerta en Avranches, cerca de la costa oeste de la península de Cherburgo.

Por la brecha en la línea se desparramaron los tanques de Patton, que irrumpieron primero hacia el sur y luego viraron al oeste, para inundar la mayor parte de Bretaña sin demora. A continuación, pusieron rumbo al este y barrieron la campiña al norte del río Loira, en dirección a Le Mans y Chartres. El apretado frente de tan solo 110 kilómetros de longitud se había convertido de inmediato en un frente potencial de hasta 640 kilómetros. Era un espacio demasiado amplio para que los efectivos enemigos disponibles contuviesen de forma eficaz el avance. De hecho, los Aliados esquivaron en repetidas ocasiones aquellos nudos de carreteras donde los alemanes intentaban ofrecer resistencia.

El único peligro que corría la crecida del torrente invasor era que el adversario aún podía desatar un contragolpe para cortar el cuello de botella de Avranches, imprescindible para mantener el flujo de suministros. Hitler insistió en ello y los alemanes lo intentaron la noche del 6 de agosto. Para este

propósito trasladaron cuatro divisiones Panzer hacia el oeste. La aproximación elegida personalmente por Hitler sobre el mapa en su remoto cuartel del este era demasiado directa, así que chocó de cabeza con el escudo que protegía el flanco estadounidense. Tal y como señaló Bradley, «si el enemigo hubiese desplazado sus blindados unos miles de metros más al sur, podría haber perforado las líneas y llegado hasta Avranches ese mismo día». Una vez contenido, el ataque se desvirtuó gracias a la ágil intervención de las fuerzas aéreas de los Aliados. Cuando la estocada falló, el revés para los alemanes fue fatal, ya que había arrastrado el centro de gravedad de sus fuerzas hacia el oeste en el preciso instante en que las unidades acorazadas americanas corrían hacia el este en pos de su retaguardia. El ala izquierda estadounidense viró al norte hacia Argentan y se coordinó con el Primer Ejército canadiense del general Crerar para efectuar una maniobra de tenaza y marchar hacia el sur desde Caen, cayendo sobre Falaise. Aunque las pinzas de la tenaza no se cerraron a tiempo para aislar por completo a los dos ejércitos que rodeaban, sí se tomaron 50 000 prisioneros y se contabilizaron 10 000 cadáveres en el campo de batalla. Además, todas las divisiones que lograron huir resultaron diezmadas. Sus vehículos terminaron todavía más maltrechos que los soldados debido a los constantes bombardeos aéreos sufridos en un espacio cada vez más reducido. Las bajas alemanas en la «bolsa de Falaise» detrajeron las fuerzas y los recursos móviles que necesitarían para plantar cara al avance continuo de los Aliados hacia el Sena y más allá de su curso fluvial.

Cada vez que el enemigo se revolvía para evitar una trampa, caía en otra todavía peor. Durante todo este periodo vio cómo se rebasaba su flanco interior y su retaguardia era cada vez más vulnerable por el avance de los blindados de Patton desde el ala derecha de los Aliados. Este último optó por es-

quivar repetidamente los puntos de resistencia en su ruta, con lo cual progresó a toda velocidad, y esa celeridad abrió la vía para sortear una y otra vez al principal contingente de fuerzas alemanas[27].

El espacio y la velocidad habían servido como llave doble para que los ejércitos de los Aliados abriesen las puertas del oeste. La habilidad para maniobrar había prevalecido allí donde los ataques habían fracasado repetidamente. En cuanto se aseguró un área suficiente para maniobrar sin limitaciones, las fuerzas mecanizadas móviles pudieron aprovechar la ingente superioridad numérica y de recursos de los Aliados.

La velocidad de esta vasta maniobra de desbordamiento y su impacto inmediato al provocar un derrumbe general de la posición alemana en Francia hicieron que no fuese necesario asestar otro golpe más, como la incisión que practicaría el desembarco del Séptimo Ejército estadounidense (y francés) del general Match en el sur de Francia, el 15 de agosto. La invasión fue un verdadero paseo, ya que el Reich se había visto obligado a despojar la Costa Azul de todas sus fuerzas, excepto cuatro divisiones de calidad inferior. Los problemas que supuso el consiguiente avance hacia el interior, siguiendo el valle del Ródano hacia el norte, fueron principalmente de suministros y no tanto tácticos. El día 23 se ocupó Marsella, la misma fecha en que una marcha a través de las montañas llegaba a Grenoble.

El día 19, las Fuerzas Francesas del Interior habían iniciado un levantamiento en París y, aunque su situación crítica durante varios días, la llegada de fuerzas blindadas de los Aliados a la ciudad inclinó la balanza a su favor el día 25. Entretanto, el ejército de Patton se apresuraba para llegar al Marne, al noreste de París.

El siguiente acontecimiento de peso fue un ataque lanzado por el Segundo Ejército británico, que explotó la oportunidad de atravesar el Sena al este de Ruan para atrapar a los restos del Séptimo Ejército alemán, que todavía presentaba batalla al Primer Ejército canadiense al oeste de Ruan. Una gran proporción de los combatientes enemigos consiguió retroceder y cruzar el Sena a tiempo, pero entonces descubrió que las columnas de blindados británicos se movían por una ruta de «circunvalación» más ancha y profunda, para cortarles la retirada más a retaguardia. Las puntas de lanza de Dempsey alcanzaron Amiens a primera hora del día 31, tras recorrer más de 110 kilómetros desde el Sena en dos días y una noche. Cruzaron el Somme y continuaron avanzando a toda velocidad, dejando atrás Arras y Lille, hasta llegar a la frontera belga. Justo a la espalda del Decimoquinto Ejército alemán, estacionado en el litoral del paso de Calais. Al este, el Primer Ejército estadounidense de Hodges también había dado un salto adelante, plantándose en la linde con Bélgica cerca de Hirson.

Más al este aún, el ejército de Patton protagonizó un avance todavía más deslumbrante surcando la Champaña y dejando atrás Verdún, hasta llegar al Mosela entre Metz y Thionville, cerca ya de la frontera con Alemania. Ahora bien, su embestida había perdido ímpetu debido a la dificultad de abastecerse de combustible. Luego, las puntas de lanza acorazadas frenaron en seco al agotarse el carburante, a pesar de que las perspectivas estratégicas se volvían más halagüeñas cada día que pasaba. Se encontraban a apenas 128 kilómetros del Rin. Cuando recibieron combustible suficiente para reanudar la marcha, se toparon con que la oposición se había recrudecido. El golpe de Patton había resultado decisivo en la batalla de Francia, pero el problema con los suministros le impidió emular esos éxitos en la batalla de Alemania. La ley

estratégica del sobreesfuerzo al estirar las líneas volvió a imponerse y obligó a posponer el avance. En este sector la pausa se alargó, ya que Patton se implicó en una aproximación directa sobre Metz y después se involucró en una dilatada y extenuante batalla por la famosa ciudad-fortaleza, caracterizada por los combates cercanos. Así se desperdició la oportunidad de poner en práctica una maniobra de rodeo.

En los primeros días de septiembre, se aceleró mucho el ritmo de avance por el ala izquierda y allí fue donde se apostó por lograr una victoria temprana. Columnas de blindados británicos entraron en Bruselas el día 3 y en Amberes el 4, para después internarse en Holanda. Con esta gran maniobra, Montgomery había aislado a las tropas alemanas que aún continuaban luchando en Normandía y el Paso de Calais, que constituían el principal contingente alemán en el oeste. El Primer Ejército estadounidense ocupó Namur y cruzó el Mosa en Dinant y Givet.

Ante esta crisis, el general Model asumió el mando operativo sobre las tropas alemanas en el oeste. En el frente ruso había logrado la reputación de «sacar fuerzas de donde no las había». Así que, para la ocasión, repitió ese milagro a mayor escala. Los cálculos convencionales establecían que Alemania, con más de medio millón de soldados prisioneros de los Aliados en la invasión de Francia, no tenía la más mínima oportunidad de reunir reservas con las que sostener sus propias fronteras. En cualquier caso, no podían conseguir una densidad de fuerzas eficaz para defender los 800 kilómetros que van desde Suiza hasta el mar del Norte. Pero asombrosamente, lo consiguieron, prolongando la guerra ocho meses más.

Hubo otro factor que contribuyó en buena medida a la recuperación: las dificultades de los Aliados con su abastecimiento. La escasez de suministros restó efectividad a la tem-

pestuosa acometida hasta volverla una carga ligera, perfectamente contenible con defensas improvisadas a la carrera. Después, esa misma carestía limitó la congregación masiva de ejércitos para desatar un poderoso ataque. En parte, las dificultades con los suministros se debían a que los Aliados habían avanzado muchísimo. Otro motivo era la estrategia de Alemania, que había decidido mantener guarniciones ocupando los puertos franceses. De esta forma, los Aliados tenían vetado el uso de Dunquerque, Calais, Boulogne y El Havre, así como de los grandes puertos de Bretaña. Esto suponía un poderoso freno indirecto para la ofensiva de los Aliados. Habían tomado el gigantesco puerto de Amberes, en buenas condiciones, pero el enemigo aún se aferraba con tesón al estuario del Escalda, así que impedía que se utilizasen las instalaciones portuarias.

Antes de romper el cerco de Normandía, los suministros no tenían que recorrer ni 30 kilómetros entre la base de operaciones y el punto de destino para abastecer a las fuerzas combatientes. Pero ahora debían salvar casi 480 kilómetros. La carga recaía casi por completo sobre los transportes motorizados militares, ya que la red ferroviaria francesa había quedado arrasada por los anteriores ataques aéreos. Aquellos bombardeos, tan útiles para paralizar el esfuerzo bélico alemán por oponerse a la invasión, actuaron como un bumerán cuando los Aliados se vieron en aprietos para sostener el ímpetu de su persecución.

A mediados de septiembre, se emprendió un intento muy serio por aflojar la resistencia que se estaba fortaleciendo, para lo cual se lanzaron tres divisiones aerotransportadas tras el flanco derecho del enemigo en Holanda. Su cometido era allanar el camino para que el Segundo Ejército británico avanzase hasta la región del bajo Rin y cruzase el río. Los efectivos aerotransportados saltaron en oleadas sucesivas a lo

largo de una franja de unos 100 kilómetros, detrás de las líneas alemanas del frente. Con esta maniobra se logró un punto de apoyo en los cuatro pasos intermedios más importantes para cruzar el paso del canal de Guillermina en Eindhoven, el del Maas (río Mosa) en Grave, el Waal y el Lek (las dos bocas del Rin) en Nimega y Arnhem, respectivamente. Tres de esos cuatro pasos se ocuparon y se atravesaron. Pero un tropiezo en el tercero arruinó las oportunidades de conquistar el cuarto, ya que propició una pronta reacción de los alemanes.

Este freno frustró la ofensiva terrestre y condujo al sacrificio de la Primera División Aerotransportada en Arnhem. Pero la posibilidad de desbordar la línea de defensa del Rin era un premio estratégico que justificaba la apuesta y la excepcional osadía de lanzar contingentes paracaidistas tan lejos del frente. La Primera División Aerotransportada sostuvo su posición aislada en Arnhem durante diez días, en lugar de los dos que se estimaban como máximo en los planes. Pero las probabilidades de éxito se vieron reducidas porque el descenso de las fuerzas aerotransportadas en cuatro puntos sucesivos, situados en línea recta, señalizaba con demasiada claridad el trazado que seguiría el ataque del Segundo Ejército.

El objetivo era tan obvio que simplificó el problema para el enemigo, capaz ahora de concentrar los refuerzos disponibles para retener el último paso intermedio y expulsar a las tropas británicas aerotransportadas que acudieron allí antes de que llegasen las avanzadillas del Segundo Ejército en su auxilio. La naturaleza del paisaje holandés, con sus rutas condicionadas por los canales, también ayudó a los defensores a obstaculizar el avance. Al mismo tiempo, faltaron movimientos más amplios que permitiesen enmascarar el enfoque tan directo de la aproximación y distrajesen a los defensores.

La lucha por el Rin

Tras fracasar la apuesta por Arnhem, las previsiones de lograr una victoria rápida se esfumaron. Los Aliados se encontraron con su viejo problema: necesitaban congregar y acumular recursos a lo largo de las fronteras de Alemania para organizar algún tipo de ofensiva masiva. Requeriría un tiempo, pero el Alto Mando aliado complicó aún más las cosas al optar por concentrarse primero en un intento por forzar el acceso a Alemania a través de Aquisgrán, en lugar de limpiar las riberas del río Escalda para abrir una nueva ruta de abastecimiento. El avance estadounidense contra Aquisgrán tomó la forma de una aproximación demasiado directa y sus avances fueron frenados repetidamente.

A lo largo del resto del Frente occidental, los esfuerzos de los ejércitos aliados durante septiembre y octubre no reportaron más réditos que pequeñas porciones de territorio. Mientras, las defensas alemanas se reforzaban constantemente, con todas las reservas de las que se pudiese prescindir en cualquier otro punto, pero también con soldados recién reclutados, sin olvidar las tropas que habían conseguido regresar de Francia. A pesar de la gran inferioridad de recursos materiales, la concentración de fuerzas alemana a lo largo del frente evolucionaba a un ritmo superior que la de los Aliados. El estuario del Escalda no se liberó de la presencia enemiga hasta las primeras semanas de noviembre.

A mediados de ese mes, los seis ejércitos de los Aliados estacionados en el Frente occidental iniciaron una ofensiva general. Los resultados fueron decepcionantes y los costes, altísimos. Los combates continuaron, pero no sirvieron más que para agotar a los atacantes.

Británicos y estadounidenses tenían opiniones muy distintas sobre cuál debía ser el patrón básico de la ofensiva. Los primeros abogaban por lanzar un ataque concentrado, mientras que los segundos preferían poner a prueba las defensas alemanas en un frente muy extenso. Después de que la ofensiva terminase en fracaso, naturalmente los británicos criticaron el plan que favorecía la dispersión del esfuerzo. Pero un análisis pormenorizado de las operaciones sugiere que hubo un error más fundamental: la obviedad del propio plan. Aunque la ofensiva era amplia en sentido general, ya que se repartía la misión entre varios ejércitos, estaba concentrada en zonas muy concretas dentro del sector donde actuaba cada ejército. En todos los casos, la iniciativa ofensiva seguía la línea donde el defensor probablemente la esperaría. Los ataques iban dirigidos contra las puertas naturales de acceso a Alemania. Es más: las principales incursiones se produjeron en terreno llano, que se encharcaba con mucha facilidad en invierno.

A mediados de diciembre, los alemanes conmocionaron a los ejércitos y la población de las naciones aliadas al lanzar un contraataque. Habían logrado contener la ofensiva y ralentizarla hasta casi obligar a los Aliados a arrastrarse milímetro a milímetro, todo ello sin tener que involucrar en los combates a las reservas móviles. Por tanto, desde el momento en que se evaporaron las posibilidades de que los americanos rompiesen las líneas enemigas, se podría haber considerado perfectamente que existía un grave riesgo de que los alemanes diesen la réplica. Aún más teniendo en cuenta, como era sabido, que habían retirado muchas de sus divisiones Panzer de las líneas del frente durante el periodo de calma de octubre, para reequiparlas con nuevos carros de combate. Pero los Aliados tenían la vista fijada en una victoria segura y descontaban la posibilidad de recibir un contragolpe, tanto que precisamente

por ello el contraataque contó con la ventaja de ser totalmente inesperado.

El mejor momento para desencadenar una contraofensiva a gran escala, al igual que cualquier contraataque de menor entidad, suele ser cuando el oponente que actúa como agresor ha comprometido todas sus fuerzas en la lucha sin haber alcanzado el objetivo que perseguía. En esos instantes, a sus tropas les afectará la reacción natural debida a un esfuerzo prolongado. Y además, el mando dispondrá de unas reservas relativamente pequeñas para plantar cara a este tipo de respuesta. Máxime si encima proviene de otra dirección.

El Alto Mando alemán también se benefició de otro factor, pues trató el problema de buscar un terreno propicio de un modo completamente distinto al que aplicaron sus adversarios. Como escenario para la contraofensiva eligieron la región boscosa y accidentada de las Ardenas. La opinión general era que se trataba de un terreno complicado, así que los oponentes ortodoxos probablemente no esperarían tener que afrontar una ofensiva a gran escala por esa vía. Al mismo tiempo, los bosques ayudaban a ocultar el agrupamiento de fuerzas y los terrenos más altos ofrecían un suelo menos propenso a encharcarse, lo que facilitaba la maniobrabilidad para los tanques. Así que los alemanes confiaban en sacar rédito de ambas ventajas.

El mayor peligro para ellos era la velocidad con que podría intervenir la fuerza aérea enemiga. Model resumió así el problema: «El enemigo número uno son las fuerzas aéreas contrarias, que como gozan de una superioridad absoluta pueden intentar destruir las puntas de lanza de nuestro ataque y nuestra artillería, sirviéndose de ataques de cazabombarderos y bombardeos intensivos, para entorpecer los movimientos en la retaguardia hasta volverlos imposibles». Así que los alemanes esperaron para dar su golpe hasta que las previsiones me-

teorológicas prometieron una ayuda por parte de la naturaleza. Durante los tres primeros días, la niebla y la lluvia mantuvieron a las fuerzas aéreas de los Aliados en tierra. Así fue como Alemania convirtió el mal tiempo en otra ventaja más.

Los alemanes necesitaban aprovechar todas las facilidades que tuviesen a su alcance. Apostaban todo o nada y andaban muy justos de reservas para sostener la apuesta. Sabían perfectamente que aquella era una jugada desesperada y que ya no les quedaban más ases en la manga. La fuerza de choque incluía al Quinto y al Sexto Ejército Panzer, a los que habían cedido el grueso de todos los carros de combate que habían logrado reunir.

Desde el punto de vista ofensivo, uno de los rasgos más difíciles de las Ardenas es que las tierras altas están surcadas y separadas por valles muy profundos, donde las carreteras que los atraviesan se convierten en cuellos de botella. En estos puntos era factible que el avance de los tanques quedase bloqueado. Los mandos alemanes podrían haber prevenido este riesgo utilizando paracaidistas para tomar los desfiladeros estratégicos. Pero se trataba de un cuerpo especializado que había quedado mermado y agotado. Habían dejado languidecer este cuerpo desde el golpe de mano que había capturado Creta en 1941. Ahora sus métodos estaban anticuados y tan solo emplearon una parte de estas tropas.

El objetivo de la contraofensiva era muy ambicioso: romper las líneas de los Aliados y llegar hasta Amberes siguiendo una aproximación indirecta, aislar al grupo de ejércitos británico del americano y también de sus bases de suministro, para a continuación machacar al primero de ellos mientras permanecía cercado. El Quinto Ejército Panzer, ahora a las órdenes de Manteuffel, debía abrirse paso en el frente que defendían los estadounidenses en las Ardenas, desviarse hacia el oeste y luego virar hacia el norte cruzando el río Mosa y de-

jando atrás Namur, hasta alcanzar Amberes. A medida que avanzase, debía construir una barrera defensiva en el flanco, que rechazase cualquier intento de interferencia por parte de los ejércitos estadounidenses situados más al sur. El cometido del Sexto Ejército Panzer, bajo la dirección de Sepp Dietrich, un comandante de las SS, era atacar en dirección noroeste y progresar en diagonal para dejar atrás Lieja y llegar a Amberes. Así formaría una barrera estratégica que cortaría en perpendicular la retaguardia de los británicos y de los ejércitos estadounidenses emplazados en la zona norte.

Ayudada por el efecto sorpresa, la contraofensiva germana progresó amenazadoramente durante los primeros días, generando alarma y confusión entre los Aliados. La incisión más profunda la abrió el Quinto Ejército Panzer de Manteuffel. Pero perdió tiempo y oportunidades debido a la falta de combustible, provocada por la presión aérea de los Aliados. Así que el avance no llegó a las riberas del río Mosa, aunque sí se acercó de forma muy inquietante por momentos. El ataque se frustró y fue en buena medida gracias a la resistencia indomable que ofrecieron diversos destacamentos estadounidenses desbordados, que se aferraron a varios de los cuellos de botella más importantes de las Ardenas. Pero también a la premura con que Montgomery, encargado de lidiar con la situación en el flanco norte, hizo pivotar sus reservas y las orientó hacia el sur para adelantarse al enemigo y ocupar los pasos sobre el río.

En la siguiente fase, cuando los Aliados hubieron concentrado sus fuerzas e intentaron cercar la enorme cuña que se había incrustado en su frente, los alemanes emprendieron una hábil retirada que les permitió zafarse de la trampa potencial.

Si la juzgamos por sus propios méritos, la contraofensiva germana sale bien parada; aunque no cumplió sus metas, sí

trastocó los preparativos de los Aliados e infligió daños cuantiosos, a un precio que no era excesivo comparado con el impacto que causó… excepto en la fase postrera, cuando Hitler entorpeció la retirada.

Pero si la contemplamos en el marco global del conflicto, observaremos que la contraofensiva fue una operación fatídica. En el transcurso de las operaciones, Alemania consumió más fuerzas de las que se podía permitir dadas las circunstancias. Ese gasto desechó cualquier posibilidad de oponer una resistencia prolongada cuando los Aliados retomasen la iniciativa. Hizo comprender a las tropas alemanas que eran ya incapaces de cambiar el equilibrio de la situación. Por tanto, minó las pocas esperanzas que todavía albergaban. En pocas palabras: fue la declaración de bancarrota militar de Alemania. A partir de ese instante, resultó imposible disfrazar ante las fuerzas armadas y la población que el país estaba en las últimas, a punto de consumir por completo los últimos recursos. Sencillamente, se estaban sacrificando en una lucha perdida.

La fase final

Desde agosto hasta finales de año, el principal frente ruso había permanecido estable, en mitad de Polonia, mientras los ejércitos soviéticos reparaban las líneas de comunicación que vertebraban los territorios que habían barrido en la oleada de reconquistas del verano anterior. También se reforzaban para seguir adelante. En otoño pusieron en marcha un intento de forzar el estrecho acceso a Prusia oriental, pero los defensores no cedieron.

Entretanto, los ejércitos que conformaban el ala izquierda rusa, traspasadas las fronteras de Bulgaria y Rumanía, habían

avanzado gradualmente para internarse en Hungría y Yugoslavia, describiendo una vastísima maniobra de flanqueo. Este era un movimiento anclado en el plano de la gran estrategia, con objetivos a largo plazo, pero también en el nivel de la estrategia. Era un avance lento, ralentizado aún más por el trabajo que conllevaba establecer un control sobre los países que recorría y porque la región tenía unas comunicaciones deficientes. Pero según se fue desarrollando el esquema, de forma natural tomó la forma de una convergencia cada vez más estratégica, que culminaría en un objetivo común. Al mismo tiempo, obligaba a que las fuerzas enemigas se opusiesen a esta aproximación por una puerta lateral de Alemania y absorbía así sus esfuerzos. Con lo cual suponía una importante distracción y restaba capacidad alemana para defender los principales frentes a Este y Oeste.

A mediados de enero, los ejércitos de Koniev lanzaron una gigantesca ofensiva contra el frente alemán en el sur de Polonia, partiendo de la cabeza de puente que mantenían en la ribera occidental del Vístula cerca de Sandomierz. Después de taladrar las defensas enemigas y crear un peligro de desbordamiento para el sector central, los ejércitos de Zhúkov dieron un salto desde las cabezas de puente más próximas a Varsovia. Durante la primera semana, la ofensiva avanzó a zancadas y, luchando en condiciones invernales, cubrió casi la misma distancia que la ofensiva de verano, en un plazo de tiempo idéntico.

Detrás del frente, en Polonia occidental, la mayor parte del territorio era campo abierto y llano, muy desfavorable para la defensa, como bien sabían los alemanes por experiencia propia como atacantes en 1939. La naturaleza daba facilidades a los invasores con movilidad, sobre todo si poseían la superioridad de fuerzas necesaria para explotar la oportunidad de maniobra que ofrecía la amplitud de espacios. Ahora los ale-

manes estaban a la defensiva y, además, carecían de los ingentes recursos de movilidad y fuerzas que habían tenido años atrás.

Durante la segunda semana, los rusos sostuvieron el ritmo y la magnitud de las capturas de prisioneros aumentó, lo que demostraba que las puntas de lanza soviéticas estaban rebasando una tentativa tardía de los mandos alemanes para efectuar una retirada general. Se ordenó evacuar apresuradamente a la población civil de varias grandes ciudades situadas dentro de las fronteras de Alemania, un síntoma de que la velocidad y potencia del avance soviético habían vuelto a alterar los cálculos de los mandos alemanes y habían expulsado a sus soldados de las posiciones intermedias cuya ocupación confiaban en mantener.

Los ejércitos de Koniev marcharon a través de la amplia área que separa las ciudades de Cracovia y Lodz, para barrer las lindes occidentales de Polonia y penetrar en Silesia. Cracovia y Lodz cayeron el 19 de enero, la segunda ante el avance desbordante de Zhúkov. El día 23, Koniev llegó al río Oder aguas arriba de Breslau, en un frente de más de 60 kilómetros, y ocupó varios pasos que permitían cruzarlo. Fue un avance acelerado, superó las importantes zonas industriales de la Alta Silesia, empobreciendo la economía de guerra alemana. Pero entonces los germanos congregaron un nutrido grupo de fuerzas detrás del Oder y lograron impedir que los rusos ampliasen sus cabezas de puente al otro lado del río.

En cuanto al ala derecha soviética, los ejércitos de Rokossovski dieron un salto desde el río Narev, al noreste de Varsovia, y descargaron un golpe directo que noqueó Prusia oriental: agujereó la frontera en el extremo oriental, avanzó como un vendaval dejando atrás el famoso campo de batalla de Tannenberg (el escenario del gran desastre ruso en 1914) y el día 26 se plantó en la orilla del Báltico, al este de Danzig. La

mayoría de las fuerzas alemanas en Prusia oriental quedaron aisladas y se centraron en defender Königsberg.

Mientras tanto, por el centro del frente soviético, Zhúkov había avanzado en sentido noroeste, hacia Torun y Poznan, dos importantes centros de comunicaciones. Tras esquivarlos y dejarlos atrás, se lanzó hacia la frontera alemana, así que ambas ciudades quedaron aisladas como islotes ante la subida de la marea. Atravesó los límites de Alemania el día 29 y a continuación prosiguió en pos del río Oder, que en esa zona corre más al oeste que en Silesia. Su objetivo era Berlín, obviamente, que dista tan solo unos 80 kilómetros del propio río. Así que, naturalmente, se topó con que la resistencia se iba endureciendo. Aunque sus tanques alcanzaron el Oder cerca de Kustrin el día 31, aún habrían de transcurrir varios días hasta ser capaces de aumentar la presión y abrirse paso hasta el río con un frente verdaderamente amplio. Las intentonas para forzar el cruce se sucedieron, pero los alemanes las rechazaron todas.

Las fuerzas de Koniev se atrevieron a impulsar una maniobra de flanqueo y desbordamiento presionando en dirección noroeste contra la ribera más alejada del Oder, pero a su vez se vieron detenidas a lo largo del río Neisse, que sirvió de línea defensiva alternativa para los alemanes.

Entonces volvió a cobrar relevancia la ley del sobreesfuerzo que se produce al estirar las líneas. Por ese motivo, los rusos se quedaron detenidos en el este hasta que llegó el momento resolutivo para acabar con la guerra en el oeste.

Mientras los soviéticos combatían por sobrepasar el Oder, los ejércitos de Eisenhower emprendieron otra ofensiva a gran escala a principios de febrero. Esta vez, el objetivo era

cercar y destrozar a los ejércitos alemanes desplegados al oeste del Rin antes de que pudiesen cruzar el río. El ataque inicial corrió a cargo del Primer Ejército canadiense (y británico), por el ala izquierda, que marchó hasta la orilla occidental del río para presionar sobre el flanco de las fuerzas alemanas que encaraban al Noveno y al Primer ejércitos estadounidenses al oeste de Colonia. Pero el golpe del adversario a través de las Ardenas había retrasado a los Aliados y, como consecuencia, fue imposible iniciar la acometida hasta que el suelo congelado se ablandase por el deshielo. Ese factor ayudó a la resistencia alemana. Su situación era delicada, pero mitigaron los riesgos con la voladura de las presas del río Roer para retrasar dos semanas más el ataque estadounidense que rebasaría este curso fluvial. E incluso entonces, se encontraría una oposición feroz. Como resultado, los estadounidenses no pusieron pie en Colonia hasta el 5 de marzo. Los alemanes habían ganado tiempo suficiente para utilizar los pasos sobre el Rin y evacuar a sus fuerzas, exhaustas, así como para llevarse gran parte del equipamiento.

Pero también se habían visto obligados a destinar una gran proporción de sus contingentes militares a contener la actividad del ala izquierda de los Aliados. Por tanto, su propia ala izquierda se debilitó y así surgió una oportunidad para el Primer y el Tercer Ejército estadounidenses. El ala derecha del Primer Ejército quebró el frente y atravesó el Rin en Bonn. Un destacamento logró tomar por sorpresa un puente intacto que salvaba el Rin en Remagen. Eisenhower no se aprestó a explotar de inmediato esta abertura inesperada en la defensa, ya que le obligaría a transferir y reorganizar reservas, además de un considerable reajuste de sus planes para la siguiente fase de la batalla, que sería decisiva. Pero Remagen constituía una amenaza y fue útil para atraer la atención de los alemanes y distraer parte de sus escasas reservas.

El Tercer Ejército rompió las defensas en la región del Eifel (la prolongación de las Ardenas en territorio germano) y ahí se consiguió una ventaja todavía mayor. La Cuarta División Acorazada (una vez más, la punta de lanza de Patton, igual que en la ruptura de Normandía) corrió para atravesar el Rin en Coblenza. A continuación, Patton dio orden de girar hacia el sur, superando el bajo Mosela hasta penetrar en el Palatinado y después barrer la ribera occidental del Rin, avanzando en dirección norte e interceptando la retaguardia de las fuerzas que combatían con el Séptimo Ejército de Patch. Con esta acción les cortó el acceso al Rin y capturó una ingente cantidad de prisioneros, además de tomar un paso que le permitió cruzar el río sin resistencia cuando volvió a girar hacia el este. El paso se tomó la noche del día 22, entre las ciudades de Mainz y Worms. Se aprovechó de inmediato para efectuar un avance profundo en el norte de Baviera, que lograría desencajar la organización de todo el frente alemán y prevenir la tan debatida posibilidad de que el enemigo tratase de desarrollar una retirada general para concentrarse en su célebre reducto montañoso del sur.

La noche del día 23 se puso en práctica el ataque planificado contra el frente del Rin, en un punto lejano aguas abajo, cerca de la frontera holandesa. El protagonista fue el Grupo de Ejércitos de Montgomery. Al amparo de la noche, las tropas cruzaron el río en cuatro puntos y por la mañana se desplegaron dos divisiones aerotransportadas más allá de la otra ribera, con la misión de debilitar a los enemigos que hostigaban las cabezas de puente recién ocupadas. La resistencia alemana comenzó a venirse abajo en todas partes, hasta que el desmoronamiento gradual dio paso a un derrumbe general.

Pero incluso entonces, el final de la guerra aún se demoró otro mes. No se debió a la dura oposición que ofrecían las fuerzas militares alemanas, fragmentadas y agotadas (salvo en

ciertos puntos de los extremos norte y sur), sino a las dificultades propias de los Aliados con los suministros, que resurgían ahora que avanzaban más allá del Rin. Otros factores fueron los obstáculos provocados por las fuerzas aéreas, que habían bloqueado las carreteras con montones de chatarra tras los bombardeos, sin olvidar las complicaciones de los factores políticos.

En el plano militar, el asunto quedó visto finalmente para sentencia cuando se produjo el cruce del Rin. Pero ya hacía mucho tiempo que era una mera cuestión de tiempo que los ejércitos de Alemania, sobrepasados y extenuados, cediesen como una goma elástica que se ha estirado demasiado, hasta partirse.

Lo que anteriormente era un frente inmenso se había contraído a medida que los enemigos apretaban por todos lados, empeñados en alcanzar el centro. Pero el tamaño de los territorios todavía había encogido más en proporción con el área de presión, dadas las excesivas bajas sufridas debidas a la estrategia defensiva que insistió en aplicar Hitler, totalmente carente de elasticidad. Su flagrante inflexibilidad al defenderse resulta chocante si la comparamos con la astucia y la versatilidad de los métodos ofensivos que había utilizado con anterioridad, antes de embriagarse con los vapores de las victorias.

Al examinar la disminución de las fuerzas alemanas y la merma de sus recursos materiales, se antoja casi un milagro que la resistencia durase tanto como lo hizo, estirando al máximo los efectivos para cubrir una circunferencia gigantesca. Uno de los motivos fue la extraordinaria capacidad de aguante, a la que contribuyó notablemente la severidad de los Aliados al exigir una «rendición incondicional». Este último detalle se podría calificar de aproximación demasiado directa en el ámbito de la gran estrategia. Pero, sobre todo, la resistencia

alemana fue una prueba fehaciente de la tremenda robustez inherente a las defensas modernas. Si nos atenemos a cálculos militares ortodoxos, los recursos militares alemanes eran inadecuados para resistir más allá de una semana ante una agresión tan potente como la que lograron rechazar y mantener a raya durante tantos meses. Cuando tuvieron la oportunidad de ocupar frentes de proporciones razonables respecto a sus propias fuerzas, a menudo demostraron ser capaces de rechazar ataques emprendidos con una superioridad de fuerzas mayor de seis a uno. A veces, incluso de doce a uno. Lo que derrotó a los ejércitos germanos fue el espacio.

De haber reconocido antes esa circunstancia, y si se hubiesen preparado para responder a las agresiones de una forma que aprovechase al máximo las virtudes de la defensa, los adversarios de Alemania podrían haberle ahorrado al mundo un sinfín de tragedias y angustias.

Hace mucho tiempo, el mítico boxeador Jem Mace resumió toda su experiencia en los cuadriláteros con esta máxima: «Déjales venir, que vengan y se machacarán ellos solitos». Años después, Kid McCoy expresó la misma idea en sus enseñanzas: «Atrae al oponente, consigue que te ataque… y que lo haga con todo; así tendrá las dos manos ocupadas y tú todavía tendrás una libre».

La máxima de Jem Mace contiene una gran verdad; esa fue la lección táctica más sobresaliente que pudimos extraer de los campos de batalla de África, Rusia y Europa occidental. A medida que ganaban experiencia, todos los comandantes hábiles trataron de aprovechar los beneficios de la defensa, incluso cuando actuaban a la ofensiva.

También fue la principal lección de la guerra en conjunto. Alemania fue demasiado lejos, hasta que se venció a sí misma. Si no hubiese cometido esos errores, a los Aliados les ha-

bría costado mucho más derrotarla. La aproximación alemana al problema de la victoria fue demasiado directa y se convirtió en la solución indirecta del mismo. La frustración y la distensión, juntas, constituyeron una ayuda valiosísima para que los Aliados acortasen la duración de la guerra. Ahora bien; si las naciones aliadas hubiesen comprendido mejor las condiciones básicas de los conflictos bélicos en primera instancia, en lugar de prepararse para luchar de forma convencional, quizás podrían haber reducido notablemente la duración de las hostilidades y la devastación que causaron.

CUARTA PARTE

Fundamentos de la estrategia y de la gran estrategia

19

Teoría de la estrategia

Ahora que hemos sacado nuestras conclusiones basándonos en un análisis de la historia, es provechoso utilizarlas como fundamento sobre el que construir un nuevo edificio para el pensamiento estratégico.

En primer lugar, establezcamos con claridad qué es estrategia. En su monumental obra *De la guerra*, Clausewitz la definió como «el arte de emplear las batallas como medio para conquistar el objeto de la guerra. Dicho con otras palabras, la estrategia es el plan de guerra, que cartografía el curso propuesto para las diferentes campañas que componen el conflicto y regula qué batallas se librarán en cada campaña».

Esta definición tiene varios defectos. Uno de ellos es que se inmiscuye en la esfera de la política o el plano superior de la guerra, que debe ser necesariamente responsabilidad del Gobierno y no de los líderes militares a quienes emplea como agentes para el control ejecutivo de las operaciones. Otro defecto es que restringe el significado de «estrategia» a la mera utilización de las batallas, con lo cual transmite la idea de que la batalla es el único medio para alcanzar el fin estratégico. Para los discípulos de Clausewitz no demasiado profundos, era muy fácil confundir los medios con el fin y llegar así a la conclusión de que, en la guerra, todas las demás consideraciones deberían subordinarse al objetivo de combatir una batalla decisiva.

La relación con la política

Analizar la distinción entre estrategia y política no sería un asunto tan importante si estas dos funciones normalmente las combinara una misma persona, como sucedió con Federico el Grande o Napoleón. Pero lo cierto es que los gobernantes-soldado autocráticos han sido muy escasos en la época moderna y parecieron extinguirse en el siglo XIX, con un efecto insidiosamente pernicioso. Y fue dañino porque alentó a los militares a sostener la disparatada demanda de que la política actúe al servicio de la conducción de las operaciones y, especialmente en los países democráticos, llevó a algunos estadistas a excederse en los límites bien definidos de su esfera de acción e interferir en el uso real de las herramientas por parte de los militares.

Moltke acuñó una definición más clara y sabia, según la cual la estrategia es «la adaptación práctica de los medios a disposición de un general para alcanzar el objetivo a la vista».

Esta definición determina la responsabilidad que un comandante tiene para con el Gobierno que lo ha elegido para ocupar su cargo. Su responsabilidad consiste en aplicar las fuerzas que le sean asignadas dentro del teatro de operaciones que se le haya adjudicado de la manera más beneficiosa posible para los intereses de la política de guerra. Si considera que las fuerzas puestas bajo su mando no son adecuadas para la tarea encargada, estará justificado que lo señale, y si su opinión es ignorada, puede rehusar o declinar ejercer el mando. Pero si intenta dictar al Gobierno qué fuerzas se deben poner a su disposición, excederá el ámbito que le compete.

Por otro lado, tenemos al Gobierno, que es quien formula la política de guerra y debe adaptarla a las condiciones, las cuales suelen variar a medida que el conflicto bélico avanza. El Gobierno tiene derecho a intervenir en la estrategia de

una campaña, no solo sustituyendo a un comandante en cuya capacidad ya no confíe, sino modificando el objetivo que debe perseguir el comandante, de acuerdo con las necesidades de la política de guerra. Aunque no debería interferir en el modo en que el comandante utiliza las herramientas, sí debería indicar con claridad cuál es la naturaleza de la misión. Por tanto, la estrategia no se limita simplemente a intentar derrotar el poder militar del enemigo. Cuando un Gobierno entiende que el enemigo posee la superioridad militar, sea en términos generales o en un teatro de operaciones particular, puede actuar con inteligencia y ordenar una estrategia con objetivos limitados.

Quizás le interese esperar hasta que el equilibrio de fuerzas se altere por la intervención de sus aliados o por el envío de fuerzas procedente de otro teatro de operaciones. Tal vez prefiera limitar su esfuerzo militar de manera permanente o simplemente esperar mientras otra acción en el ámbito naval o económico resuelve la situación. Puede calcular o suponer que acabar con el poderío bélico del enemigo es una tarea que supera sus propias capacidades o que no merece la pena… y que el objetivo que persigue con la política de guerra es viable ocupando un territorio que posteriormente pueda retener o utilizar como baza cuando se negocie un tratado de paz.

Esta clase de políticas encuentran en la historia un respaldo mucho mayor del que ha admitido hasta el momento la opinión de los militares. Además, no es intrínsecamente una política de debilidad, como insinúan algunos apologistas bélicos. Desde luego, se trata de una política ligada desde siempre a la historia del Imperio británico, que ha servido en repetidas ocasiones como salvavidas para los aliados de Gran Bretaña y también ha evidenciado su valía en beneficio de esta nación. Aunque no se aplicase de forma consciente, exis-

ten motivos para preguntarnos si esa política militar «conservadora» no merece que le otorguemos un lugar en la teoría de la conducción de la guerra.

El motivo más habitual para adoptar una estrategia de objetivos limitados suele ser esperar que se produzca un cambio en el equilibrio de fuerzas. Un cambio que a menudo se busca y se consigue drenando las fuerzas del enemigo, debilitándolo con pequeñas punzadas en lugar de golpes arriesgados. El requisito imprescindible para implantar una estrategia así es que el agotamiento resulte desproporcionadamente mayor para el enemigo que para nuestro propio bando. El objetivo de la acción se puede perseguir de distintas formas: saqueando sus suministros, con ataques locales que aniquilen o inflijan bajas desproporcionadas en parte de sus fuerzas, atrayéndolo para que se embarque en ataques nada ventajosos, provocando una excesiva distribución de sus fuerzas o, por último, pero no menos importante, minando su moral y desgastando sus energías físicas.

Esta definición más cerrada arroja luz sobre una cuestión que hemos mencionado anteriormente: la independencia de un general para ejecutar su propia estrategia dentro del teatro de operaciones que se le ha adjudicado. Y es que, si el Gobierno ha decidido perseguir un objetivo limitado o una gran estrategia fabiana, aquel general que, incluso dentro de los confines de su esfera estratégica, intente vencer el poder militar del enemigo puede causar más mal que bien a la política de guerra del Gobierno. Habitualmente, las políticas de guerra con fines limitados imponen una estrategia de objetivos limitados y únicamente se debería adoptar la perspectiva de un objetivo decisivo si se cuenta con la autorización del Gobierno, el único organismo capaz de decidir si merece la pena o no.

Ahora podemos manejar una definición más breve de estrategia, que sería «el arte de distribuir y aplicar los medios militares para cumplir los fines de la política». Y es que la estrategia no solo se atiene al movimiento de fuerzas, como tan a menudo se ha descrito su función, sino que también abarca sus efectos. Cuando la aplicación del instrumento militar coincide con los combates en sí, los preparativos y el control de esa acción directa se denominan «táctica». En cualquier caso, aunque resultan prácticas como conceptos para la discusión, estas dos categorías no se pueden dividir en compartimentos estancos, pues no solo se influyen entre sí, sino que llegan a fundirse.

Gran o superior estrategia

Al igual que la táctica es la aplicación de la estrategia sobre un plano inferior, la propia estrategia es la aplicación sobre un plano inferior de la «gran estrategia». Aunque prácticamente se trata de un sinónimo de la política que dirige la conducción de la guerra (diferenciada de la política más fundamental que debería regir su objeto), la expresión «gran estrategia» sirve para definir el sentido de la «ejecución de la política». El rol de la gran estrategia consiste en coordinar y dirigir todos los recursos de una nación o alianza de naciones, encaminándolos a alcanzar el objetivo político de la guerra. Dicho objetivo debe definirlo la política fundamental.

La gran estrategia debería tanto calcular como desarrollar los recursos económicos y humanos de las naciones para sostener a las fuerzas armadas. También los recursos morales, ya que a menudo fomentar el espíritu y la voluntad de la población es igual de importante que poseer formas de poder más concretas. Además, la gran estrategia debe regular la distri-

bución de la fuerza entre los distintos cuerpos y estamentos, así como entre el ámbito militar y el industrial. Es más: la capacidad bélica es solo uno de los instrumentos que maneja la gran estrategia, que debería tomar en consideración y aplicar las capacidades de presión financiera, diplomática y comercial, sin olvidar la presión ética, siempre pensando en debilitar la voluntad del oponente. Una buena causa no solo es un arma, sino también un escudo. Del mismo modo, la caballerosidad en tiempos de conflicto puede ser el arma más eficaz para ablandar la voluntad de resistencia del adversario, además de para subir la moral de nuestro bando.

Asimismo, mientras que el horizonte de la estrategia está limitado por la guerra, la gran estrategia mira más allá de la contienda y debe contemplar la paz posterior. No solo debería combinar los distintos instrumentos a su disposición, sino también ajustar su utilización para evitar causar perjuicios para el panorama futuro de la paz, en aras de su seguridad y prosperidad. El lamentable rostro de la paz (para ambos bandos) que ha seguido a la mayoría de las guerras se puede rastrear en el hecho de que, a diferencia de la estrategia, el reino de la gran estrategia es, en su mayor parte, *terra incognita* pendiente de exploración y comprensión.

Estrategia pura o militar

Una vez aclarado el terreno que pisamos, podemos elaborar nuestro concepto de la estrategia en su plano genuino y sobre sus bases originales: «el arte de los generales».

Para triunfar, la estrategia depende en primer lugar y sobre todo de que *los cálculos y la coordinación entre fines y medios* sean sensatos. El fin que persigamos debe ser proporcionado respecto a los medios totales y, a su vez, los medios utilizados

para alcanzar cada etapa intermedia que contribuya a conquistar el objetivo último deben ser proporcionados respecto al valor y las necesidades de esa etapa. Da igual si se trata de alcanzar un objetivo concreto o satisfacer un propósito que contribuya al fin. Cualquier exceso puede ser tan dañino como una deficiencia.

Un ajuste verdadero establecería una *economía de fuerzas* perfecta, en el sentido más profundo de este término militar, que tan a menudo se distorsiona. Pero dada la naturaleza y la incertidumbre de los conflictos bélicos (una incertidumbre que se agrava por la carencia de estudios científicos), resulta imposible alcanzar ese nivel de ajuste incluso contando con la máxima habilidad o capacidad militar. Consideramos un éxito la aproximación más cercana a la verdad.

Esta es una relatividad inherente, ya que no importa hasta dónde profundicemos en el conocimiento de la ciencia de la guerra, pues la aplicación de cualquier teoría al respecto dependerá del dominio de este arte. El arte no solo ayuda a adecuar el fin a los medios, sino que al otorgar a estos últimos un mayor valor, permite ampliar los posibles medios para conseguir el fin.

Todo esto complica el cálculo porque nadie es capaz de determinar con exactitud ni la capacidad humana para las genialidades o la estupidez, ni tampoco la incapacidad de la voluntad.

Elementos y condiciones

Sin embargo, dentro del campo de la estrategia, los cálculos son más sencillos; es posible efectuar una aproximación más cercana a la verdad que en el ámbito de la táctica. En un conflicto bélico, el principal factor imposible de calcular es la

voluntad humana, que se manifiesta en la resistencia, la cual a su vez reside dentro de los límites del ámbito de la táctica. *Su propósito es disminuir la posibilidad de resistencia* y busca cumplir tal finalidad explotando dos elementos: el *movimiento* y la *sorpresa*.

El movimiento pertenece a la esfera física y depende de un cálculo de las condiciones de tiempos, topografía y capacidad de transporte. Cuando hablo de esto último me refiero tanto a los medios de transporte como a las magnitudes de fuerzas que permiten mover y mantener una fuerza.

La sorpresa pertenece a la esfera psicológica y depende de otro cálculo, mucho más complejo que los que se realizan en la esfera física. Se trata de sopesar las múltiples condiciones que probablemente afectarán a la voluntad del oponente, las cuales varían de un caso a otro.

Aunque la estrategia puede dar prioridad a explotar las posibilidades de movimiento en detrimento de aprovechar el factor sorpresa (o viceversa), estos dos elementos interactúan y reaccionan entre sí. El movimiento genera sorpresa y la sorpresa aporta ímpetu, o sea, movimiento. Cuando un movimiento se acelera o cambia su dirección, de forma inevitable acarrea cierto grado de sorpresa, aunque no esté oculto. Por otra parte, la sorpresa allana la vía por la que discurre cualquier movimiento, ya que dificulta la labor de oposición del enemigo, que debe aplicar contramedidas y moverse a su vez para contrarrestar nuestras acciones.

En lo que respecta a la relación entre estrategia y táctica, aunque al ejecutarlo a menudo observamos que la frontera entre uno y otro ámbito es borrosa y resulta difícil decidir dónde concluye un movimiento estratégico y dónde comienza un movimiento táctico, sí es cierto que las dos son distintas en su concepción. El ámbito de la táctica es el combate en

sí. La estrategia no solo se detiene al llegar a una frontera, sino que tiene por finalidad reducir el combate a las mínimas proporciones imprescindibles.

La finalidad de la estrategia

Lo que se afirma en este apartado puede chocar con la opinión de quienes conciben que el único objetivo sensato en una guerra es la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo, quienes sostienen que la única finalidad de la estrategia es entablar batallas y están obsesionados con la máxima de Clausewitz que postula que «la sangre es el precio de la victoria». Ahora bien, si aceptásemos tales propuestas y nos enfrentásemos a quienes las defienden sobre su propio terreno, la tesis que planteo se mantendría inalterable. Y es que, aunque el objetivo sea pelear una batalla decisiva, la finalidad de la estrategia debe consistir en disputar esa batalla bajo las circunstancias más favorables que sean posibles. Y cuanto más ventajosas sean esas circunstancias, menos combate habrá, en una relación directamente proporcional.

Por lo tanto, una estrategia perfecta sería aquella que consiguiese resolver el conflicto sin necesidad de combates serios. Como ya hemos visto, la historia nos brinda ejemplos donde la estrategia, con la ayuda de condiciones favorables, ha estado muy cerca de arrojar un resultado así. Entre esos ejemplos figuran la campaña de César en Ilerda, la campaña de Preston dirigida por Cromwell, la campaña de Napoleón en Ulm, el cerco del ejército de MacMahon en Sedán en 1870 a manos de Moltke o el cerco de los regimientos turcos en las colinas de Samaria que Allenby protagonizó en 1918. El ejemplo reciente más llamativo y catastrófico fue la forma en que los alemanes aislaron y atraparon al ala izquierda de los Alia-

dos en Bélgica, en 1940, tras la sorpresiva ruptura por parte de Guderian del sector central del frente en Sedán. Esta acción provocaría el derrumbe general de los ejércitos de los Aliados en Europa continental.

A pesar de que todos son casos en que la destrucción de las fuerzas armadas adversarias se consiguió con economía de medios, mediante su rendición y desarme, existe la posibilidad de que esa «destrucción» no sea esencial para alcanzar una resolución y satisfacer la finalidad de la guerra. Pensemos en el caso de un estado que no persiga fines de conquista, sino que aspire a mantener su propia seguridad. Entonces, satisfará la finalidad que busca si elimina la amenaza, es decir, si obliga al enemigo a abandonar su propósito.

La derrota que experimentó Belisario en Sura al dar rienda suelta al deseo de sus tropas, ansiosas de apuntarse una «victoria decisiva» (cuando los persas ya habían abandonado su intento de invasión de Siria) fue un claro ejemplo de esfuerzo y riesgo innecesarios. En cambio, el modo en que, más tarde, venció su invasión, más peligrosa, expulsándolos de Siria es quizá el ejemplo registrado más sorprendente de lograr una resolución —en el sentido real de alcanzar el objetivo nacional— mediante la pura estrategia.

En aquella ocasión, la acción psicológica fue tan eficaz que el enemigo depuso su actitud sin que fuese necesaria ninguna acción bélica.

Si bien los triunfos sin derramamiento de sangre, como estos, han sido excepcionales, su singularidad no les resta valor, sino que se lo agrega, así que son indicativos de las posibilidades latentes que albergan la estrategia y la gran estrategia. A pesar de tantos siglos de experiencia bélica, apenas hemos empezado a explorar el campo de la guerra psicológica.

A partir de un estudio profundo de la guerra, Clausewitz llegó a esta conclusión: «Toda acción militar está impregnada por fuerzas inteligentes y por sus efectos». Con todo, las naciones involucradas en conflictos bélicos siempre se han esforzado por (o se han visto impulsadas por sus pasiones a) hacer caso omiso de las implicaciones que conlleva esta conclusión. En lugar de aplicar la inteligencia, han preferido darse cabezazos contra la pared más cercana.

Generalmente, la labor de decidir si una estrategia debe o no perseguir una resolución militar para el conflicto recae sobre los hombros del Gobierno, responsable también de la gran estrategia en la guerra. Los militares no son más que uno de los medios para avanzar en pos del fin que marque la gran estrategia (o sea, uno más de los instrumentos que el cirujano lleva en su maletín) y, del mismo modo, las batallas no son sino uno más de los medios disponibles para intentar conseguir el objetivo que marque la estrategia. Si las condiciones son adecuadas, suele ser el medio con los efectos más rápidos, pero si las condiciones son desfavorables, es una insensatez utilizarlo.

Supongamos ahora que a un estratega se le ha confiado buscar una resolución por medios militares. Su responsabilidad es averiguar cómo alcanzar dicha resolución bajo las circunstancias más ventajosas, ya que así obtendrá el resultado más beneficioso. Por tanto, *su auténtico objetivo no es combatir sin más, sino llegar a una situación estratégica tan favorable que, si no provoca por sí misma la resolución del conflicto, ofrezca todas las garantías de lograr esa misma resolución en caso de continuar el conflicto con una batalla*. Dicho de otra manera, la finalidad de la estrategia es desarticular al enemigo. Sus secuelas pueden ser la dislocación de este o una mayor facilidad para desintegrarlo en la conflagración que se produzca después. La dislocación puede implicar combates parciales o acciones vio-

lentas de cierta relevancia, pero desprovistos del carácter de una batalla.

La acción de la estrategia

¿Cómo se produce la dislocación estratégica? En la esfera física o «logística», es el resultado de un movimiento que (*a*) trastoca las disposiciones del enemigo y, al forzar un «cambio del frente» repentino, disloca la distribución y la organización de sus fuerzas; (*b*) divide sus fuerzas; (*c*) pone en riesgo sus suministros; (*d*) amenaza las rutas que podría seguir para retirarse en caso de necesidad para refugiarse o restablecerse en su base o en su patria.

Cualquiera de estos efectos puede provocar una disrupción, pero lo más frecuente es que sea consecuencia de varios a la vez. Es difícil trazar las diferencias exactas, dado que un movimiento dirigido hacia la retaguardia del adversario suele combinar todos estos efectos. Sin embargo, la influencia respectiva de cada uno sí varía y ha variado a lo largo de toda la historia, de acuerdo con el tamaño de los ejércitos y la complejidad de su organización. En el caso de los ejércitos que «viven sobre el terreno» y obtienen suministros localmente saqueando o mediante la incautación, la línea de comunicación tiene una importancia despreciable. Incluso en una fase superior del desarrollo de la ciencia y técnica militares, cuanto menor sea una fuerza, menos dependerá de la línea de comunicación de suministros. Cuanto mayor sea un ejército y más compleja su organización, más rápido y grave será el efecto de una amenaza contra su línea de comunicación.

Allí donde los ejércitos no han sido tan dependientes, esta estrategia se ha visto perjudicada consecuentemente y ha cobrado más relevancia el aspecto táctico de las batallas. Aun

así, incluso ante circunstancias desfavorables como estas, los estrategas hábiles a menudo han conseguido ventajas decisivas antes de entrar en batalla si han amenazado la línea de retirada del enemigo, el equilibrio de sus preparativos o sus fuentes de suministros locales.

Para que una amenaza de este tipo sea eficaz, por regla general debe aplicarse sobre un punto del tiempo y del espacio más cercano al ejército del adversario que el que correspondería a una amenaza contra sus líneas de comunicación. Y, por tanto, en los primeros momentos de los conflictos bélicos suele resultar complicado distinguir entre las maniobras tácticas y las estratégicas.

En el plano psicológico, la desarticulación es el resultado del impacto que causan en la mente del comandante enemigo los efectos físicos que hemos enumerado antes. La impresión se acentúa enormemente si el adversario se percata *de repente* de que se encuentra en desventaja, o bien si siente que es incapaz de contrarrestar la acción de su oponente. *La desarticulación psicológica surge, principalmente, de la sensación de verse atrapado*.

Esta es la razón que explica por qué lo más frecuente es que la sorpresa fuese fruto de una maniobra física para situarse en la retaguardia del enemigo. Como nos sucede a las personas, los ejércitos tienen graves problemas para defender su espalda de los golpes, salvo si se dan la vuelta para poder utilizar los brazos en una nueva dirección. Durante esa «media vuelta», a los ejércitos les ocurre lo mismo que a los humanos: se desequilibran temporalmente. Peor aún, como el periodo de inestabilidad dura mucho más, es inevitable. Como consecuencia, el cerebro es mucho más sensible a cualquier peligro que se sitúe a su espalda.

Por el contrario, moverse directamente hacia un enemigo, de frente, ayuda a que el adversario consolide su equilibrio físico y psicológico. Al consolidarlo, crece su capacidad de resistencia. En el caso de los ejércitos, además, una acción como esta empuja al oponente, que retrocede y se aproxima a sus reservas, suministros y refuerzos. Por tanto, a medida que el frente retrocede y se repliega, aunque sufra desgaste, se complementa con nuevas capas de recursos que se añaden por detrás. Lo máximo que puede lograr este método es generar tensiones para el enemigo, pero no le causará conmoción.

Por lo tanto, aquel movimiento que rodee la vertiente frontal del enemigo para dirigirse contra su retaguardia no solo tendrá por objetivo evitar encontrarse con resistencia por el camino, sino que se concibe precisamente para esquivarla. En el sentido más profundo, este movimiento sigue la *línea de menor resistencia*. Dentro de la esfera psicológica, el equivalente es la *línea de menor expectativa*. Son dos caras de la misma moneda; si entendemos e interiorizamos este axioma, ampliaremos nuestra forma de comprender la estrategia. Y es que, si nos limitamos a seguir la línea que, a todas luces, se presenta como la de menor resistencia, será tan obvia que tampoco pasará desapercibida para el oponente. Con lo cual, habrá dejado de ser la línea de menor resistencia.

Al estudiar la vertiente puramente física, no conviene perder jamás de vista el plano psicológico. Para que una estrategia siga una aproximación verdaderamente indirecta, es preciso que ambos factores se combinen, con todo calculado para desestabilizar el equilibrio del enemigo.

Maniobrar y marchar siguiendo una ruta indirecta hacia el adversario y buscando la retaguardia de las fuerzas que haya desplegado no constituye una aproximación indirecta estratégica en sí. El arte de la estrategia es bastante más sofisticado. Es posible que una aproximación como esta comience siendo

indirecta en relación con el frente del enemigo, pero el avance en pos de la retaguardia será tan directo que le permitirá modificar su despliegue y preparativos, así que pronto nos encontraremos inmersos en una aproximación directa, enfilando el nuevo frente.

Debido al riesgo de que el enemigo consiga alterar así el frente que nos ofrece, suele ser necesario que el movimiento clave para desarticular su despliegue vaya precedido de una o más maniobras que cabe definir con el término «distracción», en el sentido de atraer por separado. El propósito de esta distracción es *privar al enemigo de su libertad de acción* y debe hacerse notar tanto en la esfera física como en la psicológica. En la física, debería causar una distensión de las fuerzas o provocar su redireccionamiento para consagrarse a fines improductivos. Como resultado, quedarán demasiado dispersadas o concentradas en otros puntos, con lo cual ya no tendrán capacidad para interferir con la maniobra decisiva que teníamos planeada. En el ámbito psicológico, se persigue ese mismo efecto jugando con los miedos de los mandos del ejército oponente y tratando de inducirles a engaño. Stonewall Jackson lo expresó acertadamente en su lema sobre la estrategia: «Desorientar, engañar y sorprender». Lo cierto es que desorientar y engañar constituyen la «distracción» en sí, mientras que la sorpresa es la chispa que hace estallar la desarticulación. Primero, «se distrae» la mente de los mandos oponentes y esa distracción, a su vez, provoca la de sus fuerzas. A continuación, sufrirán la secuela de perder la libertad para reflexionar: perder, también, la libertad de concebir.

Conocer en profundidad cómo afecta el aspecto psicológico a la esfera física y la domina tiene un valor indirecto. Nos servirá para estar precavidos ante la falsedad y la superficialidad que entraña intentar analizar y teorizar sobre estrategia en términos matemáticos. No sirve de nada tratar el tema

desde una perspectiva exclusivamente cuantitativa, como si la piedra angular del problema fuese la concentración de fuerzas en un punto elegido. Esa concepción es errónea, igual de equivocada que tratar la estrategia como un mero problema geométrico, de ángulos y líneas.

Aún más lejos de la verdad se encuentra la tendencia de los libros de texto que tratan la guerra esencialmente como un asunto que consiste en concentrar más fuerzas que el adversario. De hecho, esta premisa en la práctica nos suele conducir a callejones sin salida. En su célebre definición de la economía de fuerzas, Foch acuñó esta explicación: «Es el arte de verter *todos* los recursos de que se disponga en un momento dado y en un punto concreto, de utilizar *todas* las tropas y, para hacerlo posible que esas tropas mantengan una comunicación permanente entre sí, en lugar de dividirlas y asignar a cada parte una función fija e invariable. La segunda parte, tras haber conseguido un resultado, es el arte de volver a disponer y desplegar las tropas para converger y actuar contra otro objetivo individual».

Hubiese sido más exacto y lúcido decir que un ejército debería distribuirse siempre de forma que sus componentes puedan prestarse auxilio mutuo y coordinarse o fusionarse para conseguir la máxima concentración *posible* de fuerzas en un punto concreto, mientras se aplica en los demás lugares el mínimo de fuerza *necesario* para facilitar el triunfo de la concentración.

Concentrar *todas* las fuerzas es un ideal irrealizable y, además, peligroso, aunque sea como hipérbole. Es más; en la práctica, el «mínimo necesario» podría suponer una proporción mucho mayor del total que el «máximo posible». Incluso sería cierto afirmar que, cuanto mayor sea la fuerza que se use efectivamente para la *distracción* del enemigo, mayor será la probabilidad de que la concentración cumpla su objetivo. De

lo contrario, podríamos atacar y golpear un objetivo demasiado sólido como para destrozarlo.

No es suficiente disponer de fuerzas superiores en el punto elegido como decisivo, excepto si resulta que para el oponente es imposible reforzar ese mismo punto *a tiempo*. La receta de la superioridad de fuerzas solo da frutos en contadas ocasiones y no suele bastar, salvo si además de la inferioridad numérica el objetivo ha sufrido algún desgaste moral. Algunos de los peores reveses que cosechó Napoleón se debieron a que pasó por alto esta advertencia. Y a medida que ha crecido el efecto disuasorio de las armas, también ha aumentado la necesidad de contar con un elemento de distracción.

La base de la estrategia

Existe una verdad más profunda que Foch y otros discípulos de Clausewitz no comprendieron por completo: en la guerra, todo problema (y todo principio) constituye una dualidad. Al igual que las monedas, tienen dos caras. De ahí que sea necesario transigir hasta alcanzar un punto de consenso bien calculado, que será el medio para conciliar las dos vertientes. Es la consecuencia ineludible de un hecho bien sabido: la guerra es un asunto en el que participan dos bandos, así que impone la obligación de que uno se defienda cuando el otro golpea. El corolario de esta ley es que, para golpear con eficacia, hay que abordar al enemigo con la guardia baja. Tan solo es posible conseguir una concentración eficaz cuando las fuerzas opositoras están dispersas. Y habitualmente, para lograr este objetivo, es preciso distribuir y repartir por una zona muy amplia a nuestras propias fuerzas. Así se produce la paradoja de que la auténtica concentración es producto de la dispersión.

Otra consecuencia más de la naturaleza «bipolar» de la guerra es que, para asegurarnos de alcanzar un objetivo, deberíamos tener *objetivos alternativos*. Aquí existe un contraste esencial con la cerrada doctrina decimonónica sostenida por Foch y sus colegas; un contraste entre la dimensión práctica y la teoría. Y es que, si el enemigo sabe con seguridad qué punto es nuestro objetivo, tendrá más posibilidades de protegerse y mitigar nuestras armas. Por el contrario, si se elige una línea que hace peligrar objetivos alternativos simultáneamente, distraeremos su mente y sus fuerzas. Además, este es el método de *distracción* más económico, ya que nos permite mantener disponible la mayor proporción de fuerzas dentro de nuestra línea real de operaciones. Así se concilian los dos extremos, la máxima concentración posible y la necesidad de dispersión.

La ausencia de alternativas es contraria a la propia naturaleza del conflicto bélico. Es un pecado que atenta contra la claridad que Bourcet especificó en el siglo XVIII con su axioma más perspicaz: «Todo plan de campaña debería contener varias ramificaciones y haber sido planificado hasta el extremo de que una u otra de esas ramificaciones aseguren el triunfo sin posibilidad de error». Esa era la verdad por la que se guio el heredero de su doctrina militar, el joven Napoleón. Bonaparte buscaba siempre, tal y como él mismo dijo, *faire son thème en deux façons*. Setenta años más tarde, Sherman volvería a aprender esta lección por experiencia propia, reflexionando hasta acuñar su famosa máxima que propone la necesidad de «poner al enemigo en los cuernos de una disyuntiva». En cualquier problema donde exista una fuerza opositora que es imposible regular, debemos prever y conformar rutas alternativas. La adaptabilidad es la ley que rige la supervivencia, tanto en la guerra como en la vida, pues la primera no es

sino una forma concentrada de la lucha humana contra el medio donde habita.

Para que sea aplicable en la práctica, todo plan debe tomar en consideración las capacidades y el poder del adversario para frustrarlo. La mejor oportunidad para salvar esos obstáculos es contar con un plan que admita variaciones sin grandes complicaciones con el fin de hacerlo encajar con las circunstancias que deba afrontar. Para conservar la capacidad de adaptación al tiempo que se retiene la iniciativa, lo más aconsejable es operar siguiendo una ruta que nos aproxime a objetivos alternativos. De esta forma, el oponente se enfrentará a un dilema, como a los pitones divergentes de una cornamenta, hasta el punto de que nos asegurará la oportunidad de conquistar al menos un objetivo (aquel que esté peor defendido) y podría incluso abrirnos el camino para alcanzar uno tras otro.

En el ámbito táctico, donde las disposiciones del enemigo probablemente se basen en la naturaleza del terreno, puede resultar más complejo encontrar objetivos que envuelvan al enemigo en un dilema que en el ámbito estratégico, ya que en este último nivel el oponente siempre tendrá centros industriales y nudos de comunicaciones obvios que proteger. Aun así, es posible obtener una ventaja similar si adaptamos nuestro proyecto para seguir la línea donde la resistencia sea menor y explotar cualquier debilidad que detectemos o que surja. Como si se tratase de un árbol, si aspiramos a que un plan dé frutos, debe tener ramas. Un plan que no tiene más que un objetivo reúne todas las condiciones para convertirse en un poste estéril.

Cortar las comunicaciones

Al planificar cualquier golpe dirigido contra las comunicaciones del enemigo, ya sea maniobrando en torno a sus flancos o mediante una rápida penetración a través de una brecha abierta en su frente, surgirá una cuestión: ¿cuál es el punto más apropiado para incidir? ¿Deberíamos actuar contra la retaguardia inmediata de las fuerzas adversarias o internarnos más allá?

Al analizar este tema en la época en que aparecieron las primeras fuerzas mecanizadas experimentales y su uso estratégico todavía se estaba evaluando, traté de orientarme analizando las incursiones de caballería efectuadas en el pasado. Especialmente en los episodios bélicos más recientes, desde que empezó a usarse el ferrocarril. Aunque me parecía que esas acciones por parte de la caballería tenían un potencial más limitado que las posibilidades que deparaba una penetración estratégica profunda a cargo de unidades mecanizadas, precisamente las diferencias entre ambas acentuaban la relevancia de las pruebas recogidas, en lugar de restarles valor. Tras efectuar los ajustes necesarios, se podían inferir las siguientes conclusiones:

> En general, cuando cuanto más próxima a las fuerzas esté situada la brecha que se abra, *más inmediato* será el efecto. Cuanto más cerca se encuentre de las bases del enemigo, *más intenso* será el efecto. En cualquier caso, si el impacto se causa contra una fuerza en movimiento y en el transcurso de una operación, se nota mucho más rápida e intensamente que si actuamos contra una fuerza inmóvil.
>
> Decidir la dirección de un ataque móvil depende en gran medida de la posición estratégica y las condiciones de los suministros de las fuerzas enemigas. Es decir, del número de líneas de suministros, la posibilidad de adop-

tar líneas alternativas para abastecerse y la cantidad de suministros que probablemente tengan acumulados en depósitos avanzados cerca del propio frente. Una vez considerados estos factores, deben evaluarse de nuevo teniendo en cuenta la *accesibilidad* de los diversos objetivos posibles. Es decir, la distancia, los obstáculos naturales y la oposición que sería probable encontrarse. En términos generales, cuanto mayor sea la distancia que es preciso cubrir, mayor será la proporción de obstáculos naturales y menor será la oposición.

Por tanto, salvo que las dificultades naturales del terreno sean muy acusadas o que el enemigo exhiba una extraordinaria independencia respecto de la base en cuanto a suministros, lo lógico es esperar un éxito y un efecto mayores si cortamos sus comunicaciones en un punto tan retrasado como sea posible.

Otro factor a considerar es que, mientras que un golpe lanzado contra la retaguardia inmediata de las fuerzas enemigas puede afectar con más intensidad a su mentalidad, un golpe más alejado tras sus propias filas suele causar un impacto más grave en la mente de sus mandos.

En el pasado, las incursiones de la caballería a menudo echaban a perder sus posibles efectos por simple falta de cuidado a la hora de desarrollar la labor de demolición que implicaban. Como resultado, se había descartado erróneamente el valor potencial de las incursiones móviles contra las líneas de comunicación. Deberíamos ser conscientes además de que ofrecen la posibilidad de interrumpir el flujo de suministros no solo gracias a la destrucción de las infraestructuras presentes en la ruta, sino también interceptando trenes o convoyes de camiones. Esa forma de interrupción sería aún mayor con el desarrollo de las

fuerzas mecanizadas, dada su flexibilidad y capacidad de maniobrar campo a través.

Todas estas deducciones quedaron confirmadas por la experiencia de la Segunda Guerra Mundial. Sobre todo, el catastrófico efecto paralizante, tanto en el plano físico como en el psicológico, puesto de relieve cuando las unidades Panzer al mando de Guderian se adelantaron a los principales ejércitos alemanes y segaron las comunicaciones de las fuerzas aliadas al atravesarlas en un punto tan retrasado respecto al frente como la línea del Somme, en Amiens y Abbeville.

El método de avance

Hasta finales del siglo XVIII, la norma era el avance físicamente concentrado, tanto en el nivel estratégico (*hacia* el campo de batalla) como en el táctico (*sobre* el campo de batalla). Después, Napoleón aplicó las ideas de Bourcet e impuso el nuevo sistema de divisiones, lo que introdujo el avance estratégico *distribuido*; con el ejército desplazándose en fracciones independientes. Pero el avance táctico siguió siendo, en general, de tipo concentrado.

En las postrimerías del siglo XIX, con el desarrollo de las armas de fuego, el avance también se volvió disperso en el plano táctico. Es decir, se avanzaba en partículas, para reducir el efecto del fuego de proyectiles. Pero el avance estratégico volvió a ser concentrado: por un lado, debido a la influencia de los ferrocarriles y la expansión de los ejércitos de masas; por otro, también ayudó la errónea interpretación del método napoleónico.

Se hizo indispensable resucitar el avance estratégico distribuido para revivir el arte y los efectos de la estrategia. Ade-

más, los nuevos factores tecnológicos (la motorización y la guerra aérea) apuntan a que seguirá desarrollándose en el futuro, camino de un *avance estratégico disperso*. El peligro de los ataques aéreos, el objetivo de desconcertar al adversario y la necesidad de explotar al máximo las posibilidades de la movilidad mecanizada sugieren que las fuerzas en avance no solo deberían distribuirse con la máxima holgura admisible sin perder capacidad para actuar coordinadas, sino dispersadas tanto como sea posible sin perder la cohesión. Y esta necesidad se vuelve crítica ante la aparición de las armas atómicas. El desarrollo de la radio llega justo a tiempo para ayudar a compaginar la dispersión y el control.

En lugar de la sencilla idea de lanzar un golpe concentrado, propinado por una fuerza concentrada, deberíamos elegir, según las circunstancias, entre estas variantes:

1. El avance disperso con un fin único y concentrado, es decir, contra un solo objetivo.
2. El avance disperso con un objetivo en serie concentrado, es decir, contra objetivos sucesivos.

(Estas dos opciones exigirán movimientos preliminares para distraer la atención y las fuerzas del enemigo, salvo que exista la posibilidad de amenazar objetivos alternativos, lo cual nos permitiría confiar en que la propia perplejidad del adversario provoque un efecto de distracción).

4. Un avance disperso con objetivos distribuidos, es decir, contra varias metas simultáneamente.

(Bajo las nuevas circunstancias que condicionan los conflictos bélicos, el efecto *acumulativo* de un triunfo parcial, e incluso la mera amenaza, en varios puntos puede ser mayor que el efecto de una victoria completa en un único punto).

La efectividad de los ejércitos depende del desarrollo de nuevos métodos cuya finalidad sea impregnar y dominar áreas en lugar de capturar líneas, con la intención práctica de paralizar las acciones del enemigo, en lugar del objetivo teórico de aplastar sus tropas. La fluidez podría prevalecer allí donde la simple concentración de fuerzas no aporta sino una peligrosa rigidez.

20

La esencia concentrada de la estrategia y la táctica

Este breve capítulo es un intento por representar unos cuantos principios, fruto de la experiencia y extraídos de la historia de la historia de la guerra, que se antojan tan universales y fundamentales como para considerarlos axiomas.

No se trata de principios abstractos, sino de verdades prácticas. Cuando nos ofreció sus máximas, Napoleón cayó en la cuenta de que solamente lo práctico es útil. Posteriormente, la tendencia moderna se ha decantado por buscar los principios, que se podrían expresar con un solo término… pero después requieren varios miles de palabras más para ser explicados. Aun así, esos «principios» son tan abstractos que tienen significados distintos para diferentes personas. Para que sean válidos, dependen de la propia comprensión individual de la guerra. Cuanto más profundizamos en la búsqueda de abstracciones incontrovertibles, más se asemejan a un espejismo, que no podemos asir ni resultan útiles, excepto como ejercicio intelectual.

Los principios de la guerra (que no son un único fundamento monolítico) se pueden condensar en una sola palabra: concentración. Pero para ceñirnos a la verdad, es preciso amplificar este término, algo así como «la concentración de fuerza opuesta a la debilidad». Para que sea un concepto realmente válido, es obligatorio explicar que la concentración de fuerza contra un punto o rasgo de debilidad depende de la dispersión de las fuerzas del oponente, que a su vez deriva de

la distribución de nuestros propios efectivos y recursos, que da la sensación y el efecto parcial de dispersión. Nuestra dispersión, la dispersión del enemigo, nuestra concentración: esta es la secuencia. Cada elemento es secuela del anterior. La auténtica concentración es fruto de una dispersión bien calculada.

Nos hallamos ante un principio fundamental cuya comprensión puede evitar un error de base (el más común de todos): concederle al adversario tiempo y libertad para concentrarse y hacer frente a nuestra concentración. Pero establecer el principio no sirve de gran cosa a la hora de ponerlo en práctica.

Los axiomas que hemos mencionado anteriormente (aquí expresados como máximas) no se pueden condensar en una sola palabra, pero sí resumirse en el menor número de ellas para facilitar su aplicación práctica. Hablemos por ahora de ocho axiomas en total, seis positivos y dos negativos. Son aplicables en el nivel táctico, así como en el estratégico, salvo que se indique lo contrario.

Positivos

1. *Debemos ajustar los fines a los medios.* Al determinar el objeto que se persigue, es imprescindible mantener la mente clara y fría para realizar cálculos. Sería una insensatez «abarcar más de lo que somos capaces de apretar». El ingrediente básico de la sabiduría militar es saber qué es posible y qué no. Así que debemos aprender a afrontar los hechos sin perder la fe. Cuando empiece la acción, la fe hará mucha falta. De hecho, puede conseguir cosas aparentemente imposibles. La confianza es como la electricidad para una batería; más vale evitar que se desperdicie gastándola en esfuerzos vanos. No

olvidemos que nuestra propia confianza, a la larga, no servirá de nada si las celdas de la batería (o sea, las personas de quienes dependemos) se han agotado.

2. *No debemos perder nunca de vista el objetivo*, al tiempo que adaptamos el plan a las circunstancias. Debemos tener en cuenta que siempre hay varias formas de alcanzar un objetivo y detectarlas, pero sin olvidar que todo objetivo parcial debe estar relacionado con el final. Y al sopesar posibles objetivos parciales, debemos evaluar qué posibilidades tenemos de lograrlos y compararlas con cuánto nos acercarán al objetivo final, siempre que el resultado sea positivo. Distraernos y perder tiempo en tareas secundarias es mal asunto, pero intentar avanzar por un callejón sin salida sería aún peor.
3. *Hemos de seguir la línea (o ruta) menos esperada.* Intentemos ponernos en la piel del enemigo y pensemos qué curso de acción es menos probable que prevea o al que pueda anticiparse.
4. *Explotemos la línea de menor resistencia*, siempre y cuando pueda conducirnos a cualquier objetivo que contribuya a alcanzar el objetivo final. En el plano de la táctica, esta máxima se aplica al uso de las reservas y en el nivel estratégico, a la explotación de cualquier victoria táctica.
5. *Tenemos que seguir una línea de operaciones que nos ofrezca varios objetivos*. Así plantearemos un dilema al adversario, situación que abre el camino para que alcancemos, al menos aquel que sea más vulnerable porque lo proteja peor, e incluso nos permita hacernos con los dos, uno tras otro.

Cuando contamos con objetivos alternativos, conservamos la oportunidad de conquistar uno al menos. Por el contrario, si trabajamos con un objetivo único, a no

ser que el enemigo adolezca de una inferioridad insalvable, lo más probable es que, en cuanto el rival sepa a ciencia cierta cuál es nuestro objetivo, nos ponga las cosas difíciles o imposibles para conquistarlo. No hay error más común que confundir el empleo de una sola línea de operaciones (una medida normalmente muy sensata) con un solo objetivo, algo que suele ser inútil. Aunque esta máxima es válida principalmente para la estrategia, también deberíamos aplicarla a la táctica cuando sea viable. De hecho, es la base de las tácticas de infiltración.

6. *Asegurémonos de que tanto el plan como las disposiciones sean flexibles, adaptables a las circunstancias*. El plan debería prever y contemplar qué pasos dar a continuación en caso de producirse un triunfo, una derrota o un éxito parcial, que es la situación más habitual en un conflicto bélico. Las disposiciones, los preparativos (o la formación de las tropas) deberían ser acordes para permitir adaptarse a las circunstancias o explotar las oportunidades a la mayor brevedad posible.

Negativos

7. *No debemos comprometer todos nuestros recursos en un golpe mientras el oponente permanece en guardia*, ya que estará bien plantado para esquivar o rechazar el ataque. La experiencia histórica nos demuestra que no es posible propinar un golpe verdaderamente eficaz mientras no se haya paralizado la capacidad de resistencia o de evasión, salvo si actuamos contra un adversario muy inferior. En consecuencia, ningún comandante debería lanzar un ataque duro y real contra un enemigo bien situado y

afianzado mientras no tenga la seguridad de que la parálisis lo atenaza. Ese factor se produce como consecuencia de la *desorganización* del enemigo y de su equivalente en el plano psicológico, la *desmoralización*.

8. *Cuando un ataque ha fracasado, no debemos reanudarlo siguiendo la misma línea (o la misma forma).* Reforzar los efectivos implicados en la ofensiva no constituye un cambio suficiente, ya que es probable que el enemigo también haya fortalecido su posición durante el intervalo transcurrido. Y además, es casi seguro que la sensación de victoria experimentada al rechazar nuestro intento le haya subido la moral.

La verdad fundamental que subyace a todas estas máximas es que, para conseguir la victoria, es preciso resolver dos problemas esenciales: la *desarticulación* y la *explotación*. Uno precede y el otro sigue al golpe o ataque propiamente dicho, el cual, en comparación, es un acto relativamente sencillo. Es imposible agredir de forma eficaz a un enemigo si no hemos creado primero una oportunidad para ejecutar el golpe. Y esa agresión no tendrá efectos decisivos si no explotamos la segunda oportunidad que surgirá antes de que pueda recobrarse de la conmoción.

Nunca se ha reconocido adecuadamente la importancia de estos dos problemas, lo que explica en buena medida el factor de indecisión en las guerras. La instrucción de los ejércitos se centra prioritariamente en aprender a desarrollar eficacia en la ejecución minuciosa del *ataque*. Esa concentración en las técnicas de la táctica ensombrece a los factores psicológicos, que se quedan en segundo plano. Así se fomenta el culto por la sensatez, en lugar de apostar por la sorpresa. Se forman comandantes tan absortos en no cometer ningún error y actuar respetando todas las reglas que se olvidan de que es necesario

atraer al enemigo e inducirlo a que dé un paso en falso. El resultado de todo esto es que sus planes no arrojan resultados. No olvidemos que, en la guerra, lo más corriente es que la balanza se desequilibre como consecuencia de errores inapelables.

De vez en cuando, algún que otro mando militar ha rehusado aplicar las recetas más obvias y ha encontrado en las opciones inesperadas la clave para provocar una resolución, salvo si la fortuna se ha negado a sonreír. Y es que tampoco podemos desligar la suerte de la guerra, dado que es parte de la vida. Por tanto, lo inesperado no es garantía de éxito automático, pero sí nos asegura que contaremos con las mejores probabilidades de triunfar.

21

El objetivo nacional y el propósito militar

Cuando se discute el tema del «objetivo» en los conflictos bélicos, es fundamental definir con claridad y no olvidar en ningún momento cuál es la distinción entre el objetivo político y el objetivo militar. Son diferentes, pero no están del todo separados. Las naciones no se embarcan en conflictos bélicos por placer, sino para perseguir unas políticas concretas. El propósito militar no es más que el medio para lograr un fin político. Por tanto, el objetivo militar debería regirse por el político, sujeto a una condición básica: que la política no exija algo que militarmente (es decir, en la práctica) sea imposible.

Por consiguiente, cualquier estudio de este problema debe comenzar y terminar afrontando la cuestión de la política.

Aunque sea de uso común, el término «objetivo» no es demasiado acertado. Tiene un sentido físico y geográfico, con lo cual, tiende a confundirnos en las reflexiones. Sería mejor hablar de «objeto» cuando nos refiramos al fin de una política y de «propósito militar» cuando hablemos de la manera en que se dirigen las fuerzas para ponerlas al servicio de la política.

El objeto de la guerra consiste en alcanzar un estado de paz más adecuado, aunque lo sea exclusivamente desde nuestro punto de vista individual. Así que es esencial conducir la guerra sin perder en ningún momento de vista la paz que se desea lograr. Esto es válido tanto para naciones agresoras, deseosas de expandir sus fronteras, como para naciones pacífi-

cas que luchan solamente por su autoconservación. Claro que tendrán opiniones muy distintas acerca de qué es un estado de paz más apropiado.

La historia nos enseña que lograr una victoria militar no equivale intrínsecamente a conquistar el objeto de la política. Pero como la mayoría de las reflexiones sobre los enfrentamientos bélicos han tenido por autores a profesionales del estamento militar, se ha registrado una tendencia perfectamente natural a perder de vista el objeto nacional básico e identificarlo con el propósito militar. En consecuencia, cuando han estallado las hostilidades, ha sido frecuente que el propósito militar gobernase la política, considerándose una finalidad en sí, en lugar de un medio para alcanzar un fin.

Los efectos perniciosos de esta confusión no se han detenido ahí. Al perder de vista cuál es la relación correcta entre el objeto de la política y el propósito militar, entre política y estrategia, esta última ha resultado distorsionada y excesivamente simplificada.

Para comprender de veras el problema, que en esencia es tremendamente complejo, es necesario conocer el trasfondo del pensamiento militar y las reflexiones que ha dedicado a este tema durante los dos últimos siglos, además de entender cómo han evolucionado los conceptos.

Durante más de un siglo, el canon fundamental de la doctrina militar dictó que la única y auténtica finalidad en la guerra era «la destrucción de las principales fuerzas del enemigo en el campo de batalla». Era una divisa universalmente aceptada, grabada y enmarcada en todos los manuales de ciencia militar, y dictada en todas las academias de oficiales. Se consideraba una blasfemia que algún estadista se atreviese a poner en duda el buen encaje de esta tesis con el objeto nacional en cualquier circunstancia: esa opinión era un atentado

que violaba escrituras casi sagradas. Salta a la vista en cuanto estudiamos las crónicas oficiales y las memorias de los líderes militares de naciones en guerra, especialmente durante e inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial.

Los grandes comandantes y profesores de la teoría de la guerra en las épocas anteriores al siglo XIX se habrían quedado atónitos ante una regla tan absoluta, pues ellos sí habían reconocido la necesidad práctica y la sabiduría de adaptar los objetivos a las limitaciones que imponen las fuerzas y la política.

La influencia de Clausewitz

La regla adquirió su inflexibilidad dogmática a través de la influencia póstuma que Clausewitz y sus libros ejercieron sobre las mentes de los soldados prusianos, particularmente en el caso de Moltke. Posteriormente, cobró más resonancia con el eco de sus victorias en 1866 y 1870, que impactaron a los ejércitos de todo el mundo, prestos a copiar muchos de los rasgos que caracterizaban al sistema prusiano. Por eso es vital que examinemos sus teorías.

Como sucede tan a menudo, los discípulos de Clausewitz llevaron sus enseñanzas a extremos que el maestro no había pretendido.

La mayoría de los profetas y pensadores, fuese cual fuese su esfera, han compartido un mismo sino, la malinterpretación. Los culpables han sido discípulos devotos, pero que no comprendían del todo las teorías, y que han causado más daño a los conceptos originales que la ceguera y los prejuicios de sus oponentes. Sin embargo, es de rigor admitir que Clausewitz invitaba a esa malinterpretación más que la mayoría. Tras estudiar a Kant a través de otros autores, había adquiri-

do un modo filosófico de expresarse, pero sin haber desarrollado una mentalidad genuinamente filosófica. Expuso su teoría de la guerra de una forma demasiado abstracta y enrevesada para las mentes corrientes de los soldados. Estos se centraban en los aspectos concretos y tenían dificultades para seguir la argumentación, que con frecuencia cambiaba de dirección para adoptar otra diametralmente opuesta. Impresionados, aunque con el intelecto algo nublado ante semejante despliegue, se aferraban a sus vívidas frases destacadas, quedándose en el significado superficial, sin captar la corriente más profunda de su pensamiento.

La mayor contribución de Clausewitz a la teoría de la guerra fue el énfasis que puso en los factores psicológicos. Alzó la voz para pronunciarse contra la escuela de estrategia geométrica, entonces en boga, y demostró que el espíritu humano es infinitamente más importante que los ángulos y las líneas de las operaciones. Debatió sobre los efectos del peligro y la fatiga, trató el valor de la audacia y la determinación, con profunda comprensión.

Pero fueron sus errores los que más impacto causaron en el devenir histórico posterior.

Sostuvo una perspectiva demasiado continental para entender el significado del poderío naval. Y su visión era corta de miras, ya que en el mismo umbral de la era de la mecánica, declaró estar convencido de que «la superioridad numérica cada día es más decisiva». Esa suerte de mandamiento reforzó el conservadurismo instintivo de los soldados, que se resistían a abrazar las posibilidades que ofrecían las nuevas formas de superioridad, cada vez más presentes gracias a los avances de la mecánica. Clausewitz también impulsó con fuerza la universalización y el carácter permanente del reclutamiento obligatorio, un método sencillo para conseguir inflar las cifras de soldados hasta el máximo posible. Este factor

desatendía por completo la aptitud psicológica, con lo cual los ejércitos se volvieron mucho más propensos a sufrir episodios de pánico y desmoronamientos súbitos. El método que se aplicaba antes, aunque no era en absoluto sistemático, al menos favorecía que las fuerzas armadas estuviesen integradas por «individuos combatientes» de buena calidad.

Clausewitz no aportó ninguna idea nueva ni sorprendentemente avanzada para los ámbitos de la táctica o la estrategia. Fue un pensador *codificador*, más que un teórico *creativo* o *dinámico*. No causó efectos revolucionarios sobre la guerra, como sí había provocado la teoría del «sistema de divisiones», elaborada en el siglo XVIII, o la teoría de la movilidad acorazada del siglo XX.

Pero al intentar formular la experiencia de los conflictos napoleónicos, hizo hincapié en ciertas características retrógradas, y eso desencadenó lo que podríamos describir como una *revolución marcha atrás*, de regreso hacia un tipo de guerra *tribal*.

La teoría del propósito militar de Clausewitz

Al definir el propósito militar, Clausewitz se dejó llevar por la pasión que sentía por la lógica pura: «En la guerra, el propósito de toda acción es desarmar al enemigo y ahora demostraremos que esto, *al menos en teoría*, es indispensable. Si aspiramos a que el oponente se pliegue a nuestra voluntad, debemos ponerlo en una situación que le resulte más opresiva que el sacrificio que exigimos. Evidentemente, las desventajas de esa posición no deben ser de carácter transitorio, al menos en apariencia. De lo contrario, en lugar de ceder y rendirse, persistirá en su actitud con la esperanza de que se produzca un cambio a mejor. Por tanto, todo cambio en esta posición

que sea fruto de la continuación del conflicto debe ser un cambio a peor.

»La peor situación en la que se puede emplazar a una parte beligerante es la de encontrarse totalmente desarmado. En consecuencia, si debemos reducir al enemigo a la sumisión… deberemos desarmarlo positivamente o colocarlo en una posición donde penda sobre él esa misma amenaza. A partir de este punto, se colige que el propósito de la guerra debe ser siempre vencer al enemigo o desarmarlo por completo».

La influencia de Kant se deja entrever en el pensamiento dualista de Clausewitz, quien creía en un mundo de ideales perfectos (militares), al tiempo que reconocía la existencia de un mundo temporal donde solamente es posible hacer realidad dichos ideales de manera imperfecta. Era capaz de distinguir entre lo que constituía el ideal militar y lo que describió como una «modificación de la realidad». Así, escribió: «Si se razona en el plano abstracto, la mente no puede detenerse hasta llegar al extremo… Pero todo adquiere una forma diferente cuando pasamos de las abstracciones a la realidad». «Este propósito de la guerra en el plano abstracto… el desarme del enemigo, rara vez se alcanza en la práctica y no es una condición necesaria para la paz».

Una vez más, la querencia de Clausewitz por los extremos sale a la luz cuando aborda la batalla como medio para poner fin a las guerras. Su discurso se abría con una aseveración categórica: «No existe más que un medio y ese es la lucha». Justificó esta declaración con una extensa argumentación, con el fin de demostrar que, en cualquier forma de actividad militar «es imprescindible contar con la idea de la lucha en sus fundamentos». Tras haber demostrado detalladamente lo que la mayoría de la gente estaría dispuesta a aceptar sin discusión, Clausewitz afirma que «el objeto de un combate no siempre consiste en la destrucción de las fuerzas del enemigo… a me-

nudo también se puede lograr este objetivo sin que se produzca ningún combate en absoluto».

Además, Clausewitz admitía que «el desperdicio de nuestras propias fuerzas militares debe, *ceteris paribus*, ser siempre mayor cuanto más se dirija el propósito a destruir el poder del enemigo. Aquí es donde yace el peligro: que esa mayor eficacia a la que aspiramos llegar nos golpee a nosotros mismos y, por tanto, tenga consecuencias más graves si no conseguimos el triunfo».

Aquí Clausewitz enunció con sus propias palabras un veredicto profético de las consecuencias que acarrearía seguir las ideas que él mismo predicaba en la Primera y la Segunda Guerra mundiales. Y es que, de sus enseñanzas sobre las batallas fue precisamente el aspecto ideal el que sobrevivió, no el práctico. Contribuyó a la distorsión al sostener que solamente se «debía recurrir a cualquier otro medio» en aras de evitar los riesgos que entraña la batalla. Y así grabó esa distorsión en la mente de sus discípulos, martilleándolos con el ideal abstracto.

Era poco probable que ni siquiera uno de cada cien lectores supiesen seguir la sutileza de su lógica o preservar un auténtico equilibrio entre tanto malabarismo filosófico. Pero cualquiera sería capaz de captar e interiorizar frases tan grandilocuentes como estas:

«En la guerra no hay más que un medio y ese es la batalla».

«El hijo primogénito de la guerra es el empeño por destruir las fuerzas del enemigo, la solución cruenta de la crisis».

«Tan solo las batallas a gran escala producen grandes resultados».

«Que no nos hablen de generales que conquistan sin derramar sangre».

Al reiterar estas fórmulas, Clausewitz difuminó las siluetas que perfilaban su filosofía, de por sí confusas, hasta convertirla en un mero estribillo. Un son para marchar, una suerte de *Marsellesa* a la prusiana, que encendía los ánimos y embriagaba las mentes. Mediante transfusión se convirtió en una doctrina adecuada para formar cabos, no generales. Y es que al pintar las batallas como la única «actividad de guerra verdadera», despojaba a la estrategia de sus laureles y reducía el arte de la guerra a la mera mecánica de la carnicería. Además, incitaba a los generales a buscar la batalla a la *primera* oportunidad, en lugar de intentar crear una oportunidad *ventajosa*.

Clausewitz contribuyó a la decadencia posterior del generalato cuando escribió este párrafo, frecuentemente citado: «Los filántropos pueden imaginar sin dificultades que existe un método habilidoso para desarmar y superar al enemigo sin incurrir en una gran sangría, y que esa es la tendencia más adecuada del Arte de la Guerra… Se trata de un error que debe ser extirpado».

Es obvio que, cuando escribió este pasaje, no se detuvo a reflexionar en que precisamente aquello que estaba censurando había sido considerado el fin más apropiado para el generalato por parte de todos los maestros del arte de la guerra. Incluido el propio Napoleón.

En adelante, un sinfín de patanes blandirían el lema de Clausewitz para excusar e incluso justificar fútiles despilfarros de vidas humanas en asaltos frontales cerriles.

El peligro creció por la forma en que Clausewitz insistió constantemente en la importancia decisiva de contar con la superioridad *numérica*. En un pasaje señaló de forma más aguda que la *sorpresa* «forma parte de la base de cualquier empresa, ya que sin ella no es concebible lograr la preponde-

rancia en el punto decisivo». Pero a sus discípulos les impresionaba más el frecuente énfasis que hacía en los «números», así que acabaron por entender que la concentración de masas era la receta más sencilla para lograr la victoria.

La teoría del objeto de Clausewitz

Todavía fueron peores los efectos que tuvieron su exposición teórica, y exaltación, de la idea de guerra «absoluta», al proclamar que el camino al triunfo discurría irremediablemente por la aplicación ilimitada de la fuerza. De esta manera, la doctrina que había comenzado definiendo la guerra solamente como «la continuación de la política por otros medios» desembocó en el extremo opuesto y contradictorio, convirtiendo a la política en esclava de la estrategia. Y de una mala estrategia, además.

La tendencia cobró fuerza, sobre todo por su sentencia: «Sería absurdo introducir en la filosofía de la guerra un principio de moderación. La guerra es un acto violento empujado hasta sus límites máximos».

Esta postura ha servido como fundamento a la absurda extravagancia de la guerra total moderna. El principio de la fuerza sin límites y sin cálculos de costes encaja (y únicamente es apto para encajar) en las mentes de una turba ciega de odio. Supone la negación de la prudencia y la habilidad política, pero también de la estrategia inteligente, aquella que se propone servir a los fines de la política.

Si la guerra es la continuación de la política, como declaró Clausewitz en otras obras, debería conducirse inevitablemente con miras a lograr una situación beneficiosa tras el fin del conflicto. Aquel estado que invierta todas sus fuerzas hasta

quedar exhausto condenará a su propia política a la bancarrota.

El propio Clausewitz había calificado su principio de la «fuerza máxima» admitiendo que «el objetivo político, como motivo original de la guerra, debe ser el estándar que determine tanto el propósito de la fuerza militar como la magnitud del esfuerzo que se deba realizar».

Aún más significativo es un pasaje donde reflexiona y subraya que perseguir el extremo lógico implicaba que «los medios perderían toda relación con el fin y, en la mayoría de casos, ante un esfuerzo extremo, el propósito resultaría destrozado por la intensidad de las fuerzas internas que implica, opuestas entre sí».

Su clásico *De la guerra* fue el producto de doce años de intensas reflexiones. Si su autor hubiese vivido lo suficiente para dedicar más tiempo a cavilar sobre la guerra, quizás hubiese alcanzado conclusiones más claras y sensatas. A medida que progresaba su pensamiento, lo conducía hacia una perspectiva diferente, más profunda y penetrante. Por desgracia, la trayectoria se truncó en 1830, cuando falleció por cólera. Sus escritos sobre la guerra no se publicaron hasta después de su muerte y debemos la publicación a su viuda. Se encontraron en una serie de paquetes sellados, marcados con una nota a la vez significativa y profética: «Si mi muerte interrumpiese este trabajo, aquello que se halle no podrá considerarse más que una colección de conceptos aún sin forma claramente definida… abiertos a un sinfín de malinterpretaciones».

Tal vez de no ser por los fatídicos gérmenes del cólera se hubiese evitado gran parte del daño que causaron aquellos escritos. Es posible encontrar señales reveladoras que indican que en la evolución gradual de sus razonamientos había lle-

gado a un punto cercano a abandonar su concepto original de la «guerra absoluta» y revisar su teoría al completo, guiándose por unas pautas donde pesase más el sentido común. Pero fue entonces cuando sobrevino su muerte.

Como consecuencia, se quedó abierta una vía que llevaría a «un sinfín de malinterpretaciones», muchas más que las que él mismo había previsto. De hecho, la adopción universal de la teoría de la guerra ilimitada ha contribuido notablemente a la ruina de la civilización. Las enseñanzas de Clausewitz se tomaron sin comprenderlas a fondo e influyeron con fuerza tanto en las causas como en el carácter de la Primera Guerra Mundial. Y ese fue el punto de partida lógico que acabaría desencadenando la Segunda Guerra Mundial.

La teoría fluida: después de la Primera Guerra Mundial

El curso y los efectos de la Primera Guerra Mundial proporcionaron motivos de sobra para poner en tela de juicio la validez de la teoría de Clausewitz. Al menos tal y como la interpretaban sus sucesores. Por tierra se luchó en innumerables batallas que nunca producían los resultados decisivos que se esperaban. Pero los líderes responsables de la masacre fueron lentos a la hora de adaptar su fin a las circunstancias o de desarrollar nuevos medios para hacer viables los objetivos que perseguían. En lugar de encarar el problema, se limitaron a exprimir la teoría hasta extremos suicidas, agotando sus propias fuerzas más allá de los límites de seguridad, en pos de un ideal de victoria total en batalla que jamás se llegó a cumplir.

El que, al final, uno de los bandos se hundiera se debió más a los estómagos vacíos, debidos a la presión económica del dominio naval enemigo que a la pérdida de vidas huma-

nas, aunque es verdad que el derrumbe se aceleró con las bajas sufridas durante las frustradas ofensivas germanas de 1918 y la desmoralización que conllevó ese fracaso tan palpable en el intento de alcanzar la victoria. Ahora bien, aunque este hecho brindó a las naciones oponentes la *apariencia* de una victoria, los esfuerzos que invirtieron en *triunfar* les supusieron unos costes tan terribles en lo físico y moral que, a pesar de presentarse como vencedores, ya no fueron capaces de consolidar su posición.

Se hizo evidente que la teoría contenía algún defecto. O al menos, algo marchaba mal respecto a su aplicación, tanto en los planos de la táctica y la estrategia, como en la política. Las estremecedoras pérdidas sufridas en el vano empeño por alcanzar el objetivo «ideal» y el agotamiento de los teóricos triunfadores tras terminar el conflicto revelaron que era necesario volver a examinar por completo el problema del objeto político y el propósito militar.

Además de estos factores negativos, también hubo varias razones positivas para realizar una nueva investigación. Una fue el papel decisivo que había desempeñado el poderío naval, clave para provocar el hundimiento del enemigo merced a la presión económica, a pesar de no haberse librado ninguna batalla naval decisiva. De aquí surgió esta cuestión: quizás se había cometido un error de base, especialmente en el caso de Gran Bretaña, que se había alejado de su estrategia tradicional y había consagrado tanto empeño (con unos costes terribles) a un intento prolongado por obtener una victoria decisiva en tierra.

Hubo otras dos razones, fruto de factores nuevos. El desarrollo de las fuerzas aéreas introdujo la posibilidad de atacar los centros económicos y psicológicos del adversario sin que fuese necesario «destruir las principales fuerzas del enemigo en el campo de batalla». El dominio aéreo hacía posible con-

quistar un fin directo por medios indirectos, saltando por encima de la resistencia en lugar de tener que doblegarla.

Al mismo tiempo, el desarrollo combinado del motor de explosión y las orugas abrió las puertas a crear fuerzas terrestres mecanizadas dotadas de una gran movilidad. A su vez, este avance presagiaba las nuevas y crecientes posibilidades de provocar el derrumbe de las «principales fuerzas del enemigo» sin entablar una batalla en toda regla. Permitirían cortar las líneas de suministros, desarticular el sistema de control o propiciar la parálisis como consecuencia de la conmoción causada al penetrar profundamente en la retaguardia. Asimismo, al igual que las fuerzas aéreas (aunque en menor medida), estas novedosas unidades terrestres mecanizadas también planteaban la posibilidad de golpear directamente el corazón y el sistema nervioso de la nación contrincante.

Mientras que las unidades aéreas estaban facultadas para descargar esos ataques directos gracias a la naturaleza indirecta de su forma de aproximación, la movilidad de los carros de combate tendría que efectuar esa aproximación indirecta por tierra, esquivando el obstáculo que suponía el ejército contrario. Ilustraré este aspecto con una analogía basada en el ajedrez: los medios aéreos introducían los movimientos que puede efectuar el caballo, mientras que los carros de combate ofrecían la movilidad de la reina. Naturalmente, esta analogía no pretende expresar los valores respectivos de cada figura. Pensemos que la fuerza aérea aunaba la capacidad del caballo para saltar y la libertad total de los movimientos que caracteriza a la reina. Por otra parte, una fuerza terrestre mecanizada, aunque era incapaz de saltar, sí era capaz de ocupar la «casilla» que conquistaba.

Las nuevas posibilidades para guerrear por tierra y aire acabarían influyendo notablemente sobre el *propósito militar* y la elección de los *objetos* en los futuros conflictos.

Ampliaron la capacidad de emprender acciones militares contra objetivos civiles, económicos y morales, al tiempo que reforzaban los efectos conseguidos. Además, extendían el radio de acción para operar contra fuerzas militares contrarias. Gracias a su intervención era más fácil derrocar un «cuerpo» enemigo (como un ejército, por ejemplo) paralizando varios de sus órganos vitales, en lugar de tener que destruirlo físicamente y en conjunto mediante la lucha encarnizada. Anular a la oposición inmovilizando su capacidad de resistencia representa una economía de fuerzas mucho mejor que la aniquilación física de esa misma oposición. Esta última opción siempre entraña un proceso más prolongado y costoso para el bando victorioso. Las fuerzas aéreas prometían nuevos horizontes para inducir la misma parálisis de la oposición armada. Y encima contaban con la ventaja de ser capaces de evadirse del enemigo y golpear objetivos civiles situados en el país adversario.

El efecto conjunto que deparaba la llegada de la movilidad multiplicada con estos medios técnicos, por tierra y aire, se tradujo en más poder y más importancia para la estrategia en relación con la táctica. Los altos mandos del futuro tendrían en su mano la posibilidad de lograr resultados decisivos mucho más mediante movimientos que por los combates, respecto a lo que ocurría con sus predecesores.

Desde luego, el valor de ganar una batalla decisiva no iba a desaparecer. De hecho, las probabilidades de lograr un éxito así aumentarían gracias a las nuevas potencialidades de la movilidad, aunque la batalla propiamente dicha se parecería menos a los enfrentamientos tradicionales. Se convertirían más bien en la culminación natural de una maniobra estratégica. En realidad, «batalla» es un término poco apropiado para denominar esta operación *consecutiva*.

Lamentablemente, las personas que estaban al frente de los ejércitos al concluir la Primera Guerra Mundial tardaron demasiado en reconocer que hacía falta corregir y actualizar la definición del propósito militar a la luz de los cambios que habían alterado las condiciones y los instrumentos bélicos.

Asimismo, y también por desgracia, quienes ostentaban la dirección de las fuerzas aéreas se mostraban exclusivamente preocupados por reafirmar su independencia. Por tanto, se concentraban en explotar las posibilidades de atacar objetivos civiles y se olvidaban del resto, sin reparar en las limitaciones ni en los resultados contraproducentes. Llenos de un natural entusiasmo con el nuevo cuerpo al que pertenecían, confiaban demasiado en su capacidad para provocar un rápido hundimiento de la moral de la población del país enemigo, o emular el estrangulamiento económico que antes era patrimonio de la marina, pero en una vertiente aún más intensa y con efectos decisivos mucho más rápidos.

Puesta en práctica: la Segunda Guerra Mundial

Cuando estalló la siguiente contienda bélica, el puñado de nuevas fuerzas terrestres de tipo mecanizado que se habían puesto en pie refrendó con rotundidad las pretensiones que se les habían atribuido. Efectivamente, tuvieron efectos decisivos allí donde se emplearon para propinar golpes de largo alcance contra objetivos estratégicos.

Seis de estas divisiones fueron suficientes para servir como instrumento principal que desencadenaría la desintegración de Polonia en cuestión de pocas semanas. La conocida como «batalla de Francia» se decidió virtualmente por la actuación de diez divisiones mecanizadas, antes de que la masa de infantería alemana hubiese entrado en acción. Y como secuela

inevitable, fue seguida del derrumbe de todas las naciones beligerantes de Europa occidental continental. La campaña que concluyó con la conquista del oeste duró poco más de un mes, con unos costes sorprendentemente pequeños para el bando vencedor. De hecho, en cifras totales, el «derramamiento de sangre» arrojó datos verdaderamente modestos. Y durante la fase decisiva, si atendemos a los estándares de Clausewitz, fueron insignificantes.

Fue una victoria aplastante, lograda al actuar contra objetivos de carácter militar, pero fundamentada sobre todo en las *maniobras*, más estratégicas que tácticas.

Por si fuera poco, cuando se produce una penetración tan profunda, el efecto de interrumpir las comunicaciones de los ejércitos adversarios y desarticular sus sistemas de control resulta difícil de diferenciar del otro efecto que lleva aparejado: hacer añicos la moral de la población y trastornar la organización cívica. Así que, al menos en parte, podemos considerar que esta es una prueba fehaciente de la efectividad que entraña operar contra objetivos civiles.

Esas mismas reflexiones u otras similares son válidas para la conquista de los Balcanes en abril de 1941, que fue todavía más veloz. Esta gesta demostró de nuevo el efecto inmovilizador de los nuevos instrumentos y su aplicación estratégica. En comparación, las «batallas» fueron insignificantes y «destrucción» sería un término claramente inapropiado para calificar el modo en que se zanjó la conflagración.

Cuando llegó el momento de invadir la Unión Soviética, se probó con un método ligeramente distinto. Muchos de los generales alemanes (particularmente Halder, jefe del Estado Mayor) se quejaban de la propensión de Hitler a anteponer los objetivos económicos a los militares. Pero el análisis de las órdenes dadas para dirigir las operaciones y las propias evi-

dencias palpables no apoyaba esta visión. Si bien es cierto que Hitler se inclinaba a creer que el objetivo económico sería más eficaz, está claro que, durante el periodo crucial de la campaña en 1941, se plegó a las preferencias del Estado Mayor, que se decantaba por librar batallas. Perseguir este propósito no resultó finalmente decisivo, pero sí permitió que Alemania sumase varias victorias de gran importancia, en las cuales se destruyeron inmensos contingentes de fuerzas enemigas.

¿Concentrarse en objetivos económicos hubiese deparado un resultado más decisivo? Esta sigue siendo una cuestión no resuelta. Eso sí, al reflexionar sobre el asunto, algunos de los generales alemanes más brillantes consideran que la mejor oportunidad de derrotar a la Rusia soviética se perdió al empeñarse en ganar batallas de la manera «clásica», en lugar de avanzar a la máxima velocidad posible para alcanzar los objetivos morales y económicos que suponían Moscú y Leningrado. Eso es justamente lo que deseaba hacer Guderian, el principal exponente de la nueva escuela de guerra móvil mecanizada. En este tema clave Hitler se alineó junto a los partidarios de la escuela ortodoxa.

A lo largo de la serie de rapidísimas conquistas germanas, las fuerzas aéreas se coordinaron con las unidades mecanizadas de los ejércitos de tierra para paralizar y desintegrar la moral de las fuerzas adversarias y de las naciones que las respaldaban. Su efecto fue devastador y es preciso reconocerles que fueron igual de importantes que las fuerzas Panzer. Se trata de dos ingredientes inseparables si pretendemos evaluar los elementos que dieron origen al nuevo estilo de guerra relámpago, la *blitzkrieg*.

En una fase posterior de la guerra, la contribución prestada por las fuerzas aéreas británicas y estadounidenses fue aún mayor para garantizar el triunfo de los ejércitos y las marinas

de guerra de los Aliados. Sin las fuerzas aéreas, invadir el continente europeo hubiese sido imposible. Además, luego aseguraron el avance hasta la victoria final. Sus acciones contra objetivos militares (especialmente contra las comunicaciones) tuvieron un efecto devastador y decisivo sobre la capacidad de los ejércitos alemanes para contrarrestar las operaciones de los Aliados.

Sin embargo, los Estados Mayores del Aire nunca mostraron la misma ambición por conducir operaciones de este tipo que sí ofrecían para perseguir operaciones independientes dirigidas contra objetivos «civiles», como los ataques contra los centros industriales de los países contrarios. Eran operaciones concebidas con la finalidad de causar efectos directos sobre el enemigo, tanto morales como económicos. Se creía que resultarían más decisivos (y más rápidos) que emprender una acción cooperativa contra las fuerzas armadas enemigas.

Los Estados Mayores llamaron «bombardeos estratégicos» a tales iniciativas, pero la expresión no es apropiada. Una acción y un propósito así caen dentro de la esfera de la gran estrategia. Sería más correcto definirlas como «bombardeos de gran estrategia» o bien, si eso suena grandilocuente, «bombardeos industriales», una expresión que abarca tanto los efectos económicos como morales.

Es muy difícil evaluar cuál fue el verdadero efecto que causaron estos bombardeos como contribución a la victoria, a pesar de que se han hecho investigaciones muy detalladas. Las estimaciones de los datos adolecen de confusión debido a las visiones sesgadas, tanto de quienes defienden los bombardeos industriales como de quienes se oponen a ellos por diversos motivos. Aparte de la polvareda resultante, la cantidad de imponderables que contienen esos datos (más aún que las pruebas recogidas sobre cualquier otra forma de acción mili-

tar) dificultan y vuelven casi imposible realizar una evaluación correcta.

Pero incluso considerando sus efectos bajo una óptica razonablemente favorable, parece bastante cierto que sus efectos fueron menos decisivos que las acciones que las mismas fuerzas aéreas ejecutaron contra objetivos estratégicos dentro del ámbito militar. En cualquier caso, aunque las operaciones contra objetivos civiles e industriales fuesen decisivas, lo fueron de forma mucho menos clara. Tampoco hay dudas de que, etapa tras etapa a lo largo de la guerra, los resultados de tales operaciones realmente distaban de lo que afirmaban quienes las llevaban a cabo.

Más claro aún es el efecto extremadamente pernicioso de los bombardeos industriales para el panorama de la posguerra. Los efectos morales y sociales eran menos obvios, pero probablemente más duraderos, escondidos tras la escala inabarcable de la devastación, que ya de por sí era difícil de reparar. Este tipo de acción militar genera de manera inevitable un profundo peligro para los fundamentos de la vida civilizada, cuyas raíces son más superficiales de lo que aparentan. Ese riesgo ya era común, pero hoy ha crecido hasta proporciones monstruosas, con la llegada de la bomba atómica.

Aquí llegamos a la diferencia fundamental entre estrategia y gran estrategia. Mientras que la primera únicamente se ocupa de pensar cómo obtener la victoria militar, la gran estrategia debe mirar a largo plazo, ya que su cometido es triunfar en la paz. No es un problema de «poner el carro antes que los bueyes», sino de tener perfectamente claro dónde van el carro y los bueyes.

Los ataques aéreos contra un objetivo que es primordialmente «civil» suponen actuar en el plano de la gran estrategia. Se cuestionan precisamente por ello. Al analizar su pro-

pia naturaleza, se considera que es un objetivo erróneo. Escogerlo como objetivo militar sería una elección imprudente e insensata, aunque la capacidad que tenga para resultar decisivo en una guerra se ratificase con más rotundidad o al menos se demostrase con más claridad que lo visto hasta ahora.

Más revisiones de la teoría

Al intentar revisar cualquier teoría y reajustarla para dotarla de más equilibrio, ayuda haber estudiado el tema. Siempre y cuando tengamos la disposición adecuada para modificar nuestras conclusiones. Hasta donde yo sé, fui el primer estudioso de la guerra que, después de 1914-1918, volvió a examinar las doctrinas predominantes acerca del objetivo de la guerra, que derivaban de Clausewitz. Tras ponerlas en tela de juicio en varios artículos publicados en revistas militares, abordé el asunto con más profundidad en *Paris, or the Future of War* (París o el futuro de la guerra), en 1925.

Este breve libro comenzaba exponiendo una crítica a la forma en que se había perseguido el propósito militar ortodoxo durante la Primera Guerra Mundial, «la destrucción de las principales fuerzas del enemigo sobre el campo de batalla». Señalé que sus resultados no habían sido decisivos y sí extenuantes. A continuación, pasaba a discutir las ventajas del «objetivo moral», demostrando primero cómo las fuerzas acorazadas podrían propinar un golpe decisivo contra el «talón de Aquiles» del ejército adversario, o sea, sus comunicaciones y centros de mando, que conforman el sistema nervioso; y a continuación, cómo las fuerzas aéreas, además de cooperar en las acciones estratégicas, podrían atacar de forma directa y lograr efectos decisivos contra el «sistema nervioso

de una nación» y sus «centros civiles estáticos» de actividad industrial.

Cuando se formó la primera Fuerza Mecanizada Experimental británica, dos años más tarde, el Estado Mayor ordenó que los oficiales de esa unidad estudiasen la obra. No sorprende tanto que el Estado Mayor del Ejército del Aire recurriese al texto y lo exprimiese aún más a fondo, pues encajaba con sus perspectivas y con las tendencias que se estaban desarrollando sobre el tema. El jefe del Estado Mayor del Aire distribuyó copias del mismo entre sus colegas, también jefes de Estado Mayor.

Por tanto, lo que acabo de exponer es una revisión de lo que escribí hace un cuarto de siglo, tras haber reflexionado durante mucho tiempo al respecto. También es una declaración de errores acerca de ciertas partes de la tesis. Revela que, al tratar de compensar los desequilibrios, somos propensos a inclinar la balanza en exceso hacia el lado contrario. T.E. Lawrence me lo advirtió en una carta que me remitió en 1928:

> El sistema lógico de Clausewitz es demasiado exhaustivo. Desorienta a sus discípulos; al menos aquellos que preferirían luchar con los brazos en lugar de servirse de las piernas… En estos momentos, usted está intentando restaurar el equilibrio de la balanza tras la orgía de la última guerra (con muy poca ayuda de aquellos cuyo deber sería reflexionar sobre su profesión). Cuando por fin alcance su meta (alrededor de 1945), las ovejas sobrepasarán los límites de discreción que usted fije y algún otro estratega tendrá que reunirlas y reconducirlas. Así andamos, un paso atrás y otro adelante.

En 1925, yo mismo fui demasiado lejos al defender las ventajas de los ataques aéreos dirigidos contra objetivos civiles, aunque sí maticé esta defensa destacando la importancia de que esas acciones se ejecuten con el ánimo de infligir «las menores lesiones permanentes dentro de lo posible, ya que el enemigo de hoy será el cliente del mañana y el aliado del futuro». Entonces creía que «un ataque aéreo decisivo infligiría menos daños totales y constituiría una merma menor para la capacidad de recuperarse del país derrotado que una guerra prolongada como las actuales».

En un estudio posterior, caí en la cuenta de que los ataques aéreos contra centros industriales tienen pocas probabilidades de provocar efectos decisivos inmediatos. En cambio, sí son más propensos a producir otra guerra de desgaste en una nueva forma de conflicto. Quizás con menos muertes, pero más devastadora que la contienda de 1914-1918. Pero en cuanto señalé este punto, el Estado Mayor del Aire no tardó en mostrarse mucho menos receptivo a la conclusión revisada que a la conclusión original. Así que ese Estado Mayor mantuvo su fe en lograr una decisión inmediata y, cuando la experiencia les obligó a abandonar esta postura, depositó la misma fe en el desgaste industrial que la que había consagrado al deterioro de los recursos humanos durante la guerra anterior.

Con todo, percatarse de los inconvenientes y los males derivados de poner la sociedad en el punto de mira de los objetivos no implica que el objetivo sea restablecer el término «batalla» en el sentido clásico. Las desventajas de la fórmula de Clausewitz quedaron perfectamente expuestas en la Primera Guerra Mundial. En contraste, la Segunda Guerra Mundial remarcó las ventajas y nuevas posibilidades de la acción indirecta o estratégica dirigida contra objetivos militares, corroborando lo que habíamos previsto al respecto. In-

cluso en el pasado hubo casos en los que algunos de los grandes capitanes supieron explotar estas acciones, a pesar de las limitaciones de los instrumentos que manejaban. Pero ahora, con la ayuda de los nuevos medios, resultaban todavía más decisivas, aun contando con la mayor fuerza de la resistencia táctica. *La nueva movilidad produjo una flexibilidad al variar la dirección de la acción ofensiva y la amenaza, lo que «desarma» a esa resistencia*.

Ha llegado la hora de revisar y actualizar la doctrina del objetivo o propósito militar, a la luz de las recientes experiencias y de las condiciones presentes. Sería muy deseable que dicha revisión se afrontase tomando como plataforma los servicios militares combinados, para alcanzar una solución de consenso, ya que actualmente existe una peligrosa discrepancia entre doctrinas.

Espero que en el transcurso de esta discusión sobre el tema hayan surgido ya los trazos generales de una teoría revisada, acorde con los conocimientos que han aparecido y con las condiciones actuales. La idea clave es la de «operación estratégica», en detrimento de la «batalla», un viejo término que ha perdurado demasiado, hasta sobrevivir a su utilidad e idoneidad. Aún es posible que se produzcan batallas, pero no deberíamos considerarlas como un fin en sí mismas. Repetiré una conclusión ya expuesta y que la Segunda Guerra Mundial justificó de forma llamativa: «El auténtico objetivo no es buscar batallas sin más, sino llegar a una situación estratégica tan favorable que, si no provoca por sí misma la resolución del conflicto, ofrezca todas las garantías de lograr esa misma resolución en caso de continuar el conflicto con una batalla».

22

Gran estrategia

Este libro se ocupa de la estrategia, más que de la gran estrategia (también llamada política bélica). Para abordar de manera adecuada este tema, mucho más amplio, se requeriría no solo un volumen mucho más extenso, sino también separado. Y es que, aun cuando la gran estrategia debería primar sobre la estrategia y controlarla, a menudo sus principios son contrarios a los que prevalecen en el campo de la segunda. No obstante, ese es precisamente el motivo por el que estimo aconsejable incluir aquí unas indicaciones someras de las conclusiones profundas a las que nos conduciría un estudio exhaustivo de la gran estrategia.

El objeto de toda guerra es siempre lograr una paz mejor, aunque solo sea desde nuestro punto de vista. Por tanto, es esencial conducir la guerra sin olvidar cómo será la paz que ansiamos. Esta verdad subyace a la definición que Clausewitz propone para la guerra, como «continuación de la política por otros medios». Jamás se debe olvidar la prolongación de esa política a través de la guerra para alcanzar la paz consiguiente. Aquel estado que gaste todas sus fuerzas hasta el agotamiento total condenará a la bancarrota a su propia política y al futuro.

Si nos concentramos exclusivamente en la victoria, sin pensar en absoluto en las secuelas, quizás acabemos demasiado exhaustos para beneficiarnos de la paz y esta será, casi seguro, una mala paz que contendrá la semilla de otra guerra. Abundan las experiencias que ratifican esta lección.

Los riesgos se vuelven aún mayores en cualquier guerra llevada a cabo por una coalición. En este caso, una victoria demasiado avasalladora complica inevitablemente el problema de alcanzar un acuerdo de paz justo y sabio. Cuando desaparece el contrapeso de una fuerza opositora para controlar los apetitos de los vencedores, se desvanece el factor que contenía el conflicto de visiones e intereses que existirá entre las partes que integran la alianza. Como consecuencia, las divergencias pueden agudizarse hasta transformar la antigua camaradería en hostilidad mutua, fruto de la insatisfacción. O sea, que quien antes era nuestro aliado puede convertirse en nuestro enemigo en el siguiente conflicto.

Aquí surge otra cuestión más profunda. Históricamente, las fricciones que se suelen originar en cualquier sistema de alianzas (especialmente cuando no existe una fuerza equilibradora) han sido uno de los factores que han estimulado numerosos intentos de buscar una solución a través de la fusión. Pero la historia nos enseña que, en la práctica, esto significa la dominación por parte de uno de los elementos que constituyen esa unión. Y aunque existe una tendencia natural a que grupos pequeños se fusionen y aglutinen, cuando se fuerza el ritmo de tales uniones, el resultado más habitual es la confusión de los planes para establecer una unidad política completa.

Además, por lamentable que les pueda parecer a los idealistas, la experiencia histórica proporciona escasas justificaciones para creer que el progreso real y la libertad que hace posible el progreso radiquen en la unificación. Allí donde esta ha sido capaz de establecer la unidad de ideas, habitualmente ha terminado en uniformidad, que a su vez paraliza el crecimiento de nuevas ideas. Y allí donde la unificación no ha reportado más que una unidad artificial o impuesta, ha resul-

tado tan fastidiosa que ha desembocado primero en discordias y luego en desorganización.

La diversidad es fuente de vitalidad, así que fomenta el progreso real siempre que exista tolerancia mutua, apoyándose en que intentar suprimir las diferencias en lugar de aceptarlas podría empeorar las cosas. Por este motivo, lo mejor para llegar al tipo de paz que posibilita el progreso es contar con un equilibrio de fuerzas que aporte controles mutuos, tanto en la esfera de la política interna como en las relaciones internacionales.

En la primera de esas dos esferas, la experiencia del sistema bipartidista en la política inglesa perduró suficiente tiempo para demostrar su superioridad práctica ante cualquier otro sistema de gobierno que se haya probado, a pesar de sus teóricos inconvenientes. En la esfera internacional, el «equilibrio de poderes» fue una teoría sensata mientras se preservó dicho equilibrio. Pero la frecuencia con que se ha desequilibrado en el panorama europeo, precipitando al continente a la guerra, ha originado una urgente y creciente necesidad de encontrar una solución más estable, sea en forma de unión o de federación. La federación es el método que más esperanzas aporta, ya que personifica el principio vitalista de la cooperación, mientras que la unión anima a que un único interés político monopolice el poder. Y todo monopolio de poder acaba por demostrar, una y otra vez, la verdad histórica que lord Acton resumió en su famosa declaración: «Todo el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente». Ni siquiera una federación es inmune al peligro, así que se deberían extremar las precauciones para asegurarnos de que existan y se mantengan activos los controles mutuos y los factores equilibradores necesarios para corregir el efecto natural de la unidad constitucional.

Otra conclusión que se deriva del estudio de la gran estrategia en el marco de la historia es la necesidad práctica de adaptar la teoría general de la estrategia a la naturaleza de la política fundamental de cada nación. Existe una diferencia crucial entre los propósitos y, por tanto, es preciso adoptar una diferencia consecuente respecto al método apropiado, entre un estado «acaparador» y un estado «conservador».

A tenor de esta diferencia, queda claro que la teoría pura de la estrategia, tal y como la delineamos en el Capítulo 19, encaja a la perfección en los estados cuya principal preocupación es conquistar territorios. Deberemos modificarla si pretendemos que sirva al verdadero propósito de los pueblos que están satisfechos con sus límites territoriales existentes y que se preocupan, en cambio, por preservar su seguridad y mantener su modo de vida. El estado acaparador, inherentemente insatisfecho, necesita obtener la victoria para conquistar su objetivo. Por tanto, debe afrontar riesgos más graves en el intento. El estado conservador puede conseguir su objetivo simplemente convenciendo al agresor para que deponga su actitud o intento de conquista. Tendrá que convencerlo de que «no merece la pena». Para vencer, en realidad, necesita arruinar la apuesta por la victoria que efectúa el otro bando. Ciertamente, si intentase algo más, correría el riesgo de provocar su propia derrota, ya que se agotaría hasta el punto de volverse incapaz de ofrecer resistencia ante otros enemigos o ante los efectos internos del sobreesfuerzo. Han sido muchas más las naciones que han sucumbido en una guerra víctimas de su propia extenuación que bajo algún atacante extranjero.

Al sopesar estos factores, se aprecia que el dilema con el que debe lidiar un estado conservador es encontrar el tipo de estrategia más apta para cumplir con su objetivo, inherentemente limitado, y hacerlo de forma que conserve el máximo de fuerzas posible. Así no solo asegurará su presente, sino

que protegerá su futuro. A primera vista, parecería que el método más económico sería adoptar una actitud puramente defensiva; pero eso implica una defensa estática. Y la experiencia de la historia nos advierte de que ese precisamente es un método peligrosamente frágil como para depositar en él toda la confianza. Lo mejor sería combinar la economía de fuerzas y el efecto disuasorio integrándolos en un método defensivo-ofensivo, basado en la elevada movilidad que brinda la capacidad de dar una réplica rápida.

El Imperio romano de Oriente fue uno de los escenarios donde se diseñó y perfeccionó una estrategia «conservadora» de carácter activo, que sirvió como base de la política bélica. Este hecho explica en buena medida por qué aquel imperio perduró durante tantos siglos, más que ningún otro. Otro ejemplo, más instintivo que razonado, nos lo aporta la estrategia que aplicó Inglaterra en los conflictos donde participó entre los siglos XVI y XIX, cuya base fue el dominio naval. El valor de esta propuesta destaca por cómo las fuerzas británicas lograron crecer al mismo ritmo que su expansión, mientras que todos sus rivales se iban descomponiendo uno por uno, víctimas de la extenuación causada por las guerras. Y las raíces de esa fatiga se hunden en los desmesurados deseos por colmar de inmediato su sed de una victoria indiscutible.

Una larga serie de conflictos bélicos devastadores y agotadores para todas las partes enfrentadas, cuyo ejemplo más sobresaliente sería la guerra de los Treinta Años, llevó, en el siglo XVIII, a que los estadistas se dieran cuenta de que, una vez embarcados en una guerra, era necesario reprimir sus ambiciones y pasiones por el bien de sus propósitos. Por una parte, esta comprensión favoreció que se produjese una limitación

tácita de las actividades bélicas, que se evitasen excesos contraproducentes para las perspectivas de la posguerra. Por otra parte, favorecía que se entablasen negociaciones de paz más fácilmente cuando la victoria parecía dudosa. Con frecuencia sucedió que se dejaron cegar por las pasiones y ambiciones, que los perdieron, así que cuando se restablecía la paz, el país estaba más debilitado que fortalecido. Pero habían aprendido a detenerse antes de abocar a la nación al agotamiento absoluto. Además, los acuerdos de paz más satisfactorios, incluso para el bando más fuerte, resultaron ser aquellos que se alcanzaban mediante negociación, en lugar de los logrados tras un episodio militar decisivo.

Esta educación gradual en las limitaciones intrínsecas de la guerra aún seguía en marcha cuando estalló la Revolución francesa, que la interrumpió y propulsó a lo más alto a advenedizos de la política. El Directorio y su sucesor, Napoleón, perseguían una visión: una paz duradera, que se lograría después de encadenar guerra tras guerra durante veinte años. Ese sueño nunca llegó a cumplirse y lo único que propagó fueron el agotamiento y el desplome final del proyecto.

La bancarrota del Imperio napoleónico renovó una lección que la historia ya había enseñado en distintas ocasiones antes. Sin embargo, la confusión del ocaso del mito napoleónico oscureció la impresión que podría haber causado. Cuando llegó la gran guerra en 1914, hacía tiempo que la lección había caído en el olvido. Fue una experiencia amarga, pero no sirvió para que los estadistas que afrontaron la Segunda Guerra Mundial actuasen de forma más sabia.

Aunque la guerra es un fenómeno contrario a la razón, ya que constituye un medio para alcanzar decisiones allí donde es imposible llegar a una solución acordada por medio del diálogo, también es una actividad que debemos controlar me-

diante la razón si queremos que cumpla con sus objetivos. Tengamos en cuenta que:

- La guerra es un acto físico, pero su dirección es un proceso mental. Cuanto mejor sea la estrategia, más fácil será tomar la iniciativa y menos costes implicará.
- A la inversa, cuantas más fuerzas se malgasten, más crecerá el riesgo de que la balanza se incline a favor del enemigo. Y aunque finalmente se alcanzara la victoria, menores serán las fuerzas para imponer una paz beneficiosa.
- Cuanto más violentos sean los métodos, más enconada será la oposición del adversario, que ofrecerá una resistencia de igual intensidad. Por tanto, cuanto más igualadas estén las fuerzas de los dos contendientes, más recomendable será evitar un enfrentamiento total, que tendería a cimentar el apoyo que las tropas y la población del enemigo prestan a sus dirigentes.
- Más importante que cualquier cálculo: cuanto más se persiga una paz solo beneficiosa para uno mismo, por medio de la dominación, más arduos serán los obstáculos que nos surgirán en el camino.
- Además, si finalmente se alcanzan los objetivos militares, cuantas más exigencias se planteen al bando derrotado, más problemática será la paz y más motivos tendrá el enemigo para intentar resarcirse por todos los medios en un enfrentamiento futuro.

La fuerza es un círculo vicioso (o más bien, una espiral), salvo si controlamos su aplicación mediante cálculos absolutamente cabales y razonados. Así que, al final, la guerra, que comienza negando el poder de la razón, acaba por reivindicarlo. Y ello a lo largo de todas las fases del enfrentamiento.

Para triunfar en los combates es imprescindible el instinto de lucha, aunque siempre debemos mantenerlo a raya estrictamente; conviene subrayar que aquel combatiente que sepa mantener nervios de acero tendrá ventaja frente a quienes ciegue la ira. Si un estadista pierde la cabeza (justo cuando debe ponerla al servicio del consabido instinto), es que no es apto para hacerse cargo del destino de una nación.

En sentido genuino, la victoria implica que después de la guerra las condiciones de la paz y de nuestra propia población sean mejores que antes. Bajo este punto de vista, la victoria solamente es viable si es posible obtener un resultado rápido o si el esfuerzo, aunque prolongado, es económicamente proporcionado respecto a los recursos nacionales. El fin debe ajustarse a los medios. Si carecemos de perspectivas de lograr una victoria así, los políticos sensatos no desperdiciarán ninguna oportunidad para negociar la paz. La paz sobrevenida tras un estancamiento, que se basa en el reconocimiento mutuo de la fuerza del oponente, no es ideal. Pero sí es preferible a la paz fruto de la extenuación de ambos bandos. Y a menudo ha sentado las bases de una paz duradera.

Es más sabio correr los riesgos *de* la guerra en aras de preservar la paz que afrontar los riesgos de la fatiga *en* la guerra con tal de culminar el conflicto con una victoria. Esta es una conclusión que va en contra de la costumbre, pero la experiencia la confirma. En la guerra, la perseverancia solamente es justificable si existe una buena probabilidad de llegar a un final satisfactorio: la perspectiva de una paz que compense el cúmulo de miserias humanas sufridas durante el combate. Desde luego, los estudios en profundidad sobre pasadas experiencias nos llevan a concluir que, a menudo, las naciones se podrían haber acercado más a sus objetivos si hubiesen apro-

vechado algún momento de respiro entre combates para discutir un acuerdo, en lugar de persistir en la conflagración bélica, buscando la «victoria».

La historia también nos revela que, en muchos casos, habría sido posible lograr una paz beneficiosa si los políticos y estadistas de las naciones contrincantes hubiesen comprendido mejor los factores psicológicos en sus tentativas o «exploraciones» de la paz. Generalmente su actitud ha sido similar a la que se suele observar en las riñas domésticas: las dos partes temen dar la impresión de que ceden y el resultado es que, cuando una de ellas desvela cierta inclinación a la conciliación, habitualmente la expresa en un lenguaje excesivamente rígido, mientras que la otra parte probablemente sea lenta en responder. En cierta medida por orgullo u obstinación, pero también por la tendencia a interpretar ese gesto como señal de debilidad, cuando en realidad es un signo de regreso al sentido común. Así que el momento crucial se evapora y el conflicto continúa, para desgracia de ambas partes. Las continuaciones rara vez rinden ningún beneficio cuando las dos partes están obligadas a convivir bajo un mismo techo. Y esto es aún más cierto para las guerras modernas que para las peleas domésticas, ya que la industrialización de las naciones ha provocado que sus destinos sean inseparables. Corresponde al estamento político cargar con la responsabilidad de no perder jamás de vista cómo será la situación de posguerra mientras persigue el «espejismo de la victoria».

Cuando los dos bandos estén demasiado igualados para que exista una oportunidad razonable de que cualquiera triunfe, será sabio el político que aprenda algo de la psicología de la estrategia. Uno de los principios elementales de la estrategia sostiene que, si nos encontramos al oponente ocupando una posición sólida, de la que será costoso desalojarlo, debemos dejarle una línea de retirada; esa será la vía más rá-

pida para ablandar la resistencia. También debería ser un principio de la política, especialmente en el ámbito bélico: proporcionar al adversario una escalera que le permita descender de la posición que ocupa.

Podría surgir el interrogante sobre si estas conclusiones, derivadas de la historia de las guerras libradas entre estados considerados como civilizados, son válidas para las condiciones que conllevaría la reaparición del tipo de guerra de naturaleza meramente depredadora que practicaban los asaltantes bárbaros que asolaban el Imperio romano o la guerra mixta (mitad depredadora, mitad religiosa) emprendida por los seguidores fanáticos de Mahoma. En tales conflictos bélicos, cualquier paz negociada tiende a tener menos valor en sí de lo habitual. La historia nos enseña con claridad meridiana que los estados pocas veces conservan la confianza entre sí, a no ser que las promesas ofrecidas les parezcan acordes con sus propios intereses. Ahora bien, cuanto menos respeto sienta una nación por las obligaciones morales, más tenderá a respetar la fuerza física —el poder disuasorio de una fuerza demasiado potente para desafiarla de forma impune—. Del mismo modo, si nos atenemos al plano individual, la experiencia más común nos dice que los ladrones y abusones dudan en atacar a cualquiera que tenga una fuerza equivalente a la suya… y son mucho más reacios a atacar en este caso que en el de los individuos pacíficos puestos ante la perspectiva de encararse con un agresor que les supera físicamente.

Sería ridículo imaginar que se pueda comprar a los individuos o estados agresivos (o «apaciguar», en lenguaje moderno), ya que pagar tributos estimula la demanda de más tributos. Pero sí es posible contenerlos y reprimirlos. Su propia fe en la fuerza los vuelve más susceptibles al efecto disuasorio que ejerce una fuerza opositora formidable. Esto supone un mecanismo de control útil, salvo si se enfrenta al fana-

tismo puro, el tipo de fanatismo que no está diluido por la codicia.

Establecer una paz auténtica con perfiles depredadores resulta muy complicado, es más fácil inducirlos a que acepten una tregua… y también mucho menos agotador que intentar aplastarlos, ya que entonces estarán imbuidos por el coraje que otorga la desesperación, como cualquier ser humano.

La experiencia histórica ofrece numerosos testimonios de que la caída de estados civilizados no suele ser provocada por la agresión directa de los enemigos, sino por la decadencia interna, combinada con las consecuencias de la extenuación de la guerra. Vivir en un estado de incertidumbre es duro, y a menudo ha empujado a naciones e individuos a cometer suicidio porque se sentían incapaces de soportarlo. Pero es mejor la incertidumbre que llegar a la extenuación, porque se persigue el espejismo de la victoria. Es más: una tregua de las hostilidades permite recuperar fuerzas y desarrollar otras nuevas, mientras que la necesidad de vigilancia ayuda a mantener a la nación alerta.

No obstante, las naciones pacíficas son proclives a cortejar peligros de forma innecesaria, dado que, cuando se excita su ardor guerrero, se inclinan más a los extremos que las naciones de naturaleza depredadora. Estas últimas, que consideran la guerra un medio para obtener ganancias, están más dispuestas a deponer su actitud cuando se topan con un oponente demasiado fuerte, al que no pueden dominar con facilidad. Pero los luchadores abocados a pelear, pese a sus reticencias, suelen acabar llevando el combate hasta sus últimas consecuencias. Por eso, en demasiadas ocasiones arruinan el objetivo que pretendían conquistar, aunque no sufran una derrota directa. Y es que el espíritu de la barbarie solamente se debilita durante un cese de las hostilidades. La guerra lo estimula; es como echar gasolina al fuego.

23

Guerra de guerrillas

Hace treinta años, en el prefacio a uno de mis libros, acuñé esta máxima: «Si quieres la paz, entiende la guerra». Me parecía que encajaba bien y era necesaria para sustituir al antiguo dicho «Si quieres la paz, prepárate para la guerra», simplista y que con demasiada frecuencia se ha manifestado no solo como una mera incitación a la guerra, sino también como una forma de prepararse, erróneamente, para repetir los métodos empleados en la contienda bélica anterior, en unas condiciones que han cambiado radicalmente.

En la era atómica, la máxima revisada se podría ampliar perfectamente… pero no como quizás muchos esperen, insertando sin más la palabra «nuclear». Recordemos que, si desatásemos el poder nuclear que hoy existe en lugar de considerarlo solamente como disuasorio, lo que se produciría sería el caos, no la guerra. Porque la guerra es una acción organizada y no podría persistir en un entorno dominado por el caos. Sin embargo, el efecto disuasorio de las armas nucleares no sirve y no se puede aplicar para disuadir de formas de agresión más sutiles. Debido a que es inapropiado para ese propósito, tiende a estimularlas y fomentarlas. Ahora la máxima se debería complementar así: «Si quieres la paz, entiende la guerra, especialmente la de guerrillas y otras formas de guerra subversiva».

Durante el siglo XX, la actividad guerrillera ha cobrado más relevancia que nunca. Solo en este siglo se ha hecho acreedora de una atención más que fugaz en las teorías militares oc-

cidentales, aunque es verdad que en épocas anteriores ya era frecuente que se produjesen acciones armadas a cargo de fuerzas irregulares. En su monumental obra *De la guerra*, Clausewitz dedicó un breve capítulo al asunto, casi al final de los treinta que componen el libro VI, que explora los diversos aspectos de la «defensa». Al tratar el fenómeno, la opción de «armar al pueblo» como una medida defensiva contra un invasor, formuló sus condiciones básicas para alcanzar el triunfo y sus limitaciones, pero no abordó los problemas políticos que lleva aparejados. Tampoco hizo referencia alguna al ejemplo de actividad guerrillera que más descolló en los conflictos bélicos de su época. No fue otro que el de la resistencia popular española frente a los ejércitos de Napoleón, precisamente el que propició la entrada de este término en el vocabulario militar.

Un siglo más tarde, el mismo tema fue objeto de un tratamiento más profundo y extenso en la monumental obra de T.E. Lawrence, *Los siete pilares de la sabiduría*. Una formulación magistral de la teoría de la guerra de guerrillas, centrada en su valía como instrumento ofensivo y producto de combinar las reflexiones y las experiencias vividas por su autor durante la Revuelta Árabe contra los turcos, vista como lucha por la independencia y también como parte de la campaña de los Aliados contra el Imperio otomano. Esa campaña periférica desarrollada en Oriente Medio fue el único escenario de la Primera Guerra Mundial donde las acciones guerrilleras tuvieron una influencia importante. En los teatros bélicos europeos no tuvo un papel significativo.

Ahora bien, durante la Segunda Guerra Mundial, la guerra de guerrillas se extendió de una forma tan generalizada que se convirtió en un fenómeno casi universal. Surgió y se desarrolló en todos los países europeos ocupados por Alemania y en la mayoría de las naciones de Extremo Oriente ocu-

padas por Japón. El origen de esa implantación se puede rastrear constatando la honda impresión que Lawrence había causado, especialmente en Churchill. Después de que los alemanes invadieran Francia en 1940 y dejasen aislada a Gran Bretaña, la política bélica de Churchill incorporó la explotación de la guerra de guerrillas como arma. Se dedicaron ramas especiales de los organismos de planificación británicos a la causa de instigar y fomentar los movimientos de «resistencia» en todos los lugares donde Hitler pugnaba por imponer su Nuevo Orden. Tras la serie de conquistas protagonizadas por el *Führer* y la posterior entrada en la guerra de Japón al lado de Alemania, estos esfuerzos crecieron más y más. Los éxitos que cosecharon fueron dispares. El escenario donde cuajó con más fuerza el movimiento guerrillero fue Yugoslavia, a cargo de los partisanos comunistas croatas, bajo el liderazgo de Tito.

Desde la década de 1920, en Extremo Oriente ya se había librado un conflicto guerrillero más prolongado y amplio, por parte de los comunistas chinos. Entre sus líderes figuraba Mao Tse-tung, quien desempeñó un papel cada vez más dominante. El conflicto se desarrolló en 1927, cuando Chiang Kai-shek, después de derrotar a los señores de la guerra del norte mediante un masivo avance desde Cantón, trató de suprimir a los elementos comunistas integrados en su Ejército Revolucionario Nacional. De 1937 en adelante, las fuerzas nacionalistas y comunistas volvieron a abrazar una causa común y reorientaron la actividad para luchar contra los invasores extranjeros, los japoneses, aunque se trató de una alianza tensa. Los guerrilleros comunistas realizaron una gran contribución para aliviar la presión que los japoneses ejercían sobre las fuerzas regulares de Chiang Kai-shek, hostigando al ejército invasor. Durante esta contienda, los comunistas también actuaron sin perder de vista sus opciones de futuro, pro-

pagando su influencia entre la población de las zonas ocupadas de una manera tan eficaz que, cuando Japón finalmente se desmoronó bajo la ofensiva aeronaval estadounidense, se encontraban mejor situados para beneficiarse del resultado y ocupar el vacío dejado por el régimen nacionalista de Chiang Kai-shek.

La apuesta por tomar el poder culminó con un éxito extraordinario. En el plazo de cuatro años tras la salida de las fuerzas japonesas, Mao Tse-tung había obtenido el control completo del territorio continental chino, y durante ese proceso se adueñó de la mayoría de las armas y demás pertrechos que los estadounidenses habían enviado a China para ayudar a Chiang Kai-shek a resistir ante los japoneses y los comunistas chinos. Al mismo tiempo, Mao perfeccionó progresivamente las unidades guerrilleras para transformarlas en regimientos regulares, explotando una combinación de ambas formas de actuar.

Desde entonces, en las áreas vecinas del Sudeste Asiático se ha puesto a prueba la combinación de acciones guerrilleras y guerra subversiva, con éxitos cada vez mayores. También se ha emulado el ejemplo en otras regiones del mundo. En África, empezando por Argelia, en Chipre y al otro lado del Atlántico, en Cuba. Todo parece indicar que las campañas de este cariz continuarán, ya que encajan con las condiciones de la era moderna y, al mismo tiempo, son apropiadas para aprovechar las ventajas que ofrecen el malestar social, la agitación racial y el fervor nacionalista.

El desarrollo de la actividad guerrillera y la guerra subversiva se intensificó al magnificarse la capacidad de las armas nucleares. Especialmente con la irrupción de la bomba termonuclear de hidrógeno en 1954 y la decisión que tomó simultáneamente el Gobierno de los Estados Unidos para adoptar la política y la estrategia de «represalia masiva» como

elemento disuasorio frente a cualquier clase de agresión. Fue entonces cuando el vicepresidente Nixon anunció: «Hemos adoptado un nuevo principio. En lugar de permitir que los comunistas nos roan en pequeñas guerras por el mundo hasta la muerte, en el futuro dispondremos de un poder de represalia móvil masiva». La amenaza implícita de utilizar armas nucleares para reprimir la actividad guerrillera era tan absurda como matar moscas a cañonazos. Esta política no tenía sentido y el efecto natural fue estimular y fomentar las formas de agresión por erosión, que no es viable contrarrestar con el armamento nuclear.

No era difícil prever que esas serían las secuelas, aunque no resultaron evidentes para el presidente Eisenhower y sus asesores cuando adoptaron lo que vino en llamarse el New Look y tomaron la decisión de basarse en la «represalia masiva». No hay mejor manera de explicar que esta era la consecuencia obvia que repetir (en forma abreviada) lo que yo mismo escribí entonces, como crítica a su conclusión y su decisión.

> El tema más urgente y fundamental sobre el que es preciso que nos aclaremos *ahora* es la cuestión de lo que se conoce como estrategia y política militar New Look. Este asunto de vital importancia está estrechamente ligado a la aparición de la bomba de hidrógeno. La bomba H atenúa la probabilidad de que estalle una guerra a gran escala, pero en la misma medida incrementa la probabilidad de que surjan conflictos bélicos de alcance limitado, caracterizados por agresiones locales generalizadas. El enemigo puede explotar una selección de técnicas, que difieren en sus patrones, pero están todas concebidas para avanzar en sus propósitos al mismo tiempo que siembra dudas sobre si emplear las bombas H o bombas atómicas como medio para contrarrestarlos.

Puede tratarse de una agresión desarrollada a un ritmo limitado, como un proceso gradual de invasión. O puede desarrollarse a un ritmo vivo, pero limitando la profundidad, como bocados pequeños y rápidos, seguidos de inmediato por ofertas de negociación. Podría asumir la forma de una acción de densidad limitada, como una infiltración múltiple a cargo de partículas tan minúsculas que formarían una suerte de vapor intangible. En resumen, la invención de la bomba H ha mermado nuestra capacidad de resistir a las agresiones comunistas. Y esa es una consecuencia muy grave.

Ahora dependemos más de las armas convencionales para contener la amenaza. Pero esa conclusión no implica automáticamente que debamos retrotraernos a métodos convencionales, sino que debería servir de incentivo para que desarrollemos otros más innovadores.

Hemos entrado en una nueva era de la estrategia, muy distinta de lo que suponían los adalides de las armas atómicas, que eran los revolucionarios de la era inmediatamente anterior. La estrategia que ahora desarrollan nuestros oponentes se inspira en la idea dual de evadir y maniatar la superioridad aérea. Lo irónico es que, cuanto más hemos profundizado en el efecto «masivo» de las armas para un bombardeo, más hemos contribuido al progreso de esta nueva estrategia de espíritu guerrillero.

Nuestra estrategia debería basarse en una comprensión clara de este concepto, y será preciso reorientar nuestra política militar. Hay un ámbito para concebir una contraestrategia acorde con estas necesidades y podemos desarrollarlo de manera efectiva.

Llevó tiempo tomar conciencia de estos factores y de las implicaciones que acarrean, aunque la tarea se agilizó rápida-

mente con la llegada de la administración Kennedy en 1961. En mayo, el presidente se dirigió al Congreso y anunció que iba a «dar órdenes al secretario de Defensa para que expandiese de inmediato y de forma sustancial la orientación de las fuerzas existentes para llevar a cabo misiones bélicas no nucleares, operaciones paramilitares y librar guerras de baja intensidad o no convencionales, en cooperación con nuestros aliados». El secretario de Defensa, el señor McNamara, mencionó un «incremento del 150% en el tamaño de nuestras fuerzas antiguerrilleras», al tiempo que la nueva administración afirmaba contemplar la ayuda a grupos guerrilleros extranjeros que operasen contra regímenes comunistas.

El proverbio «Hombre prevenido vale por dos» se aplica aún con más fuerza a los conflictos guerrilleros o a las guerras de baja intensidad que a las guerras convencionales conocidas hasta ahora. La base de esa preparación consiste en comprender la teoría y estar familiarizados con las experiencias históricas de esta modalidad bélica, junto con un conocimiento profundo de la situación particular donde el conflicto podría surgir o está en curso.

La guerra de guerrillas siempre debe ser dinámica y mantener su ímpetu. Los episodios estáticos son más perjudiciales para sus fines que en la guerra convencional, ya que permiten que el oponente afiance el control que posee sobre el país y deje descansar a las tropas. Además, esas pausas tienden a atenuar el impulso de la población por unirse o ayudar a los guerrilleros. En la actividad guerrillera no hay sitio para la defensa estática, y la defensa fija tampoco tiene lugar, salvo como recurso momentáneo a la hora de tender una emboscada.

La acción guerrillera revierte las prácticas bélicas habituales. En el plano de la estrategia, procura evitar las batallas; en el plano táctico, rehúye cualquier enfrentamiento donde corra

un serio peligro de sufrir bajas. Tengamos en cuenta que las emboscadas son muy distintas de las batallas. En estas últimas, los mejores líderes y hombres tienen una probabilidad desproporcionadamente mayor de sufrir daños que la que afronta el resto de las fuerzas partisanas. Por tanto, el movimiento en conjunto corre el riesgo de resultar mutilado y de que se extinga la llama de su lucha. El mejor término para definir sus operaciones es «golpear y escapar», pues es más amplio. Y es que una multitud de pequeños golpes y amenazas puede causar un efecto mayor, para desequilibrar e inclinar la balanza a su favor, que un número reducido de grandes golpes. La pluralidad provoca que el enemigo afronte más distracciones, alteraciones y desmoralización. Además causa un mayor impacto entre la población. La receta secreta para el éxito de una campaña de este tipo es: ubicuidad e intangibilidad. Añadamos que el método basado en atacar rápido y salir huyendo suele ser el más eficaz para cumplir el propósito ofensivo de atraer al enemigo hacia una emboscada.

Hay que mencionar que la guerra de guerrillas también revierte uno de los principios de la guerra ortodoxa, el de «concentración», y lo hace en ambos bandos. Para que la guerrilla sobreviva y tenga posibilidades de triunfar, la dispersión es indispensable. Jamás debe ofrecer un blanco claro, así que está obligada a operar en partículas diminutas, si bien estas pueden coagular en un momento dado, como gotas de mercurio, para arrollar a un objetivo poco protegido. Los guerrilleros deben reemplazar el principio de «concentración» por el de «fluidez de las fuerzas», que también habrán de adoptar y modificar las fuerzas regulares cuando deban actuar bajo el riesgo de un bombardeo con armas nucleares. Igualmente, la dispersión es necesaria en el bando que se oponga a los guerrilleros, ya que concentrar efectivos en formaciones densas y espacios estrechos para plantar cara a fuerzas tan esquivas,

ágiles como mosquitos, no serviría de nada. La única oportunidad de frenarlas radica, en buena medida, en la capacidad de tender una red de hilos finos, pero con una malla bien tupida que abarque la mayor área posible. Cuanto más extensa sea la red de control, más probabilidades tendrán de triunfar las operaciones antiguerrilleras.

En la guerra de guerrillas, la relación entre espacio y fuerzas es un factor clave. Lawrence lo expuso con total claridad en su cálculo matemático sobre la Revuelta Árabe. Según él, para mantener la revuelta a raya, los turcos «habrían necesitado contar con un puesto fortificado por cada diez kilómetros cuadrados. Y cada puesto debía contar con veinte hombres como mínimo». Así que habrían hecho falta 600 000 soldados para cubrir el área que trataban de mantener bajo control, pero solamente había 100 000 disponibles. «Sobre el papel no había dudas: acabaríamos triunfando, demostrable con lápiz y papel, en cuanto supiésemos cuál era la proporción entre espacio y efectivos». Este cálculo, aunque fuese una simplificación excesiva, plasma una verdad general. La relación entre espacio y fuerzas es un factor básico, aunque el producto varía según las características del país y de la movilidad relativa de ambos bandos, así como de su moral. Un terreno accidentado o boscoso sería el más favorable para los guerrilleros. El valor de los desiertos ha descendido con la aparición de las fuerzas terrestres mecanizadas y las fuerzas aéreas. Las áreas urbanas presentan una mezcla de ventajas e inconvenientes, pero en promedio tienden a ser desfavorables para las operaciones guerrilleras, aunque sí son territorio propicio para una campaña de naturaleza subversiva.

Aunque el bosque y el terreno accidentado son los parajes más adecuados para la seguridad de los guerrilleros por sus rasgos naturales y proporcionan más oportunidades de sorprender al adversario, también tienen inconvenientes. Este ti-

po de lugares suele ser de difícil acceso para las rutas de suministros y estar alejado de los objetivos clave. Entre esos objetivos no solo figuran los blancos encarnados por las fuerzas de ocupación —especialmente sus comunicaciones—, sino también las poblaciones a las que hay que convencer para que colaboren contra el poder ocupante. Un movimiento guerrillero que anteponga su propia seguridad a los fines por los que lucha se marchitará en poco tiempo. Su estrategia siempre debe ir enfocada a obligar al enemigo a sobredimensionarse, a estirar y exigir demasiado a sus fuerzas, física y moralmente.

Los factores matemáticos de base geográfica y la situación que se representa en la relación entre espacio y fuerzas no se pueden desligar de los factores políticos de base psicológica y su contexto. Pensemos que tanto las perspectivas como el progreso de un movimiento guerrillero dependen de la actitud de la población que reside en el área donde tiene lugar la lucha, de su predisposición a ayudarles proporcionando información y suministros a los guerrilleros, contribuyendo a esconderlos y ocultando información a las fuerzas de ocupación. Un requisito fundamental para triunfar es que se logre mantener al enemigo «a oscuras», ciego mientras los guerrilleros operan a la luz, porque conocen mejor el terreno y disponen de noticias fiables sobre los dispositivos y movimientos del enemigo. Esa luz mental se vuelve todavía más perentoria porque las maniobras de la guerrilla deben ejecutarse principalmente de noche, para garantizar la seguridad y el efecto sorpresa. La medida en que obtendrán los detalles y las noticias rápidas que necesitan dependerá del grado de eficacia a la hora de ganarse la colaboración de la población local.

En una guerra de guerrillas tan solo combaten unos pocos, pero dependen del apoyo de muchos. Aunque en sí misma es

la forma de acción más individualista, para que opere con eficacia y alcance sus objetivos es imprescindible que cuente con el respaldo colectivo y la simpatía de las masas. Por eso suele ser más eficaz cuando incorpora una apelación a la resistencia nacional o el deseo de independencia con un llamamiento a una población presa del descontento social y económico. De este modo se vuelve revolucionaria en su sentido más amplio.

En el pasado, la guerra de guerrillas ha sido un arma de los bandos más débiles, y por tanto de carácter primordialmente defensivo. Pero en la era atómica, puede desarrollarse cada vez más como forma de agresión apta para explotar las condiciones de estancamiento. Por tanto, el concepto de «guerra fría» queda anticuado; deberíamos sustituirlo por el de «guerra camuflada».

Esta conclusión muy general, sin embargo, nos lleva a una cuestión más profunda, de gran alcance. Sería razonable que los estadistas y estrategas de los países occidentales «aprendiesen de la historia» y evitasen cometer los errores del pasado cuando traten de concebir una contraestrategia para este tipo de conflictos.

La gran extensión de este tipo de guerra durante los últimos veinte años ha sido, en gran medida, resultado de la política de guerra adoptada en 1940 por Gran Bretaña bajo el liderazgo de Churchill, destinada a instigar y fomentar revueltas populares en países ocupados, para combatir a los alemanes. Una política que se extendió después al Extremo Oriente, para contrarrestar a Japón.

Se adoptó con gran entusiasmo y escaso cuestionamiento. Una vez que la marea alemana había inundado la mayor parte del continente europeo, parecía el camino más obvio para debilitar el dominio de Hitler. Era exactamente el tipo de acción que mejor encajaba con la mentalidad y el temperamen-

to de Churchill. Además de su combatividad instintiva y de su resolución inquebrantable por derrotar a Hitler (sin pensar en lo que podría acontecer después), habían colaborado y Churchill le admiraba. En ese momento vio la oportunidad de poner en práctica lo que el propio Lawrence había probado en una región relativamente limitada del mundo árabe. Pero esta vez sería en Europa y a gran escala.

Cuestionar si esa política era deseable daría la impresión de falta de carácter resolutivo, parecería poco patriótico. Pocos se atreverían a correr el riesgo de arrostrar esa imputación, aunque se dudase precisamente de la eficacia de esa política para recuperar Europa. La guerra es un asunto que siempre implica hacer el mal esperando obtener un resultado que favorezca al bien; es muy difícil ponerse a discernir los detalles sin que parezca que nos flaquea la determinación. Es más: a menudo, tomar la línea más prudente en plena batalla supone un error, porque precisamente es la línea que más habitualmente se sigue, así que no goza de demasiado crédito en los niveles jerárquicos más altos de la política bélica. Allí se suele contemplar como una opción razonable, pero que goza de escasa popularidad. En pleno combate enfervorizado, la opinión pública anhela que se tomen las medidas más drásticas, sean cuales sean sus consecuencias.

¿Y cuáles fueron los resultados? Es indudable que la resistencia armada creó muchos quebraderos de cabeza a los alemanes. En Europa occidental, donde más se notó la presión fue en Francia. También demostraron ser una grave amenaza para las comunicaciones alemanas en Europa oriental y los Balcanes. El mejor homenaje a sus logros lo rinden las pruebas que nos proporcionan los comandantes alemanes. Al igual que los mandos británicos destacados en Irlanda durante los episodios insurreccionales de las primeras décadas del siglo XX, eran profundamente conscientes de la preocupación

y la carga de trabajo que suponía soportar los golpes de las guerrillas, que atacaban desde la nada y eran protegidos por la población local.

Pero si analizásemos estas campañas, desarrolladas más allá de las líneas del adversario, parecería que sus efectos, en buena parte, fueron proporcionales al grado en que se combinaron con las operaciones de un ejército regular fuerte que combatía al enemigo en el frente y drenaba sus reservas. En pocas ocasiones fueron algo más que una mera molestia, salvo cuando coincidieron con el despliegue o la amenaza inminente de una ofensiva potente que absorbiese la atención del adversario.

En otros casos fueron menos eficaces que la resistencia pasiva generalizada y causaron mucho más daño a los habitantes de su propio país. Provocaron represalias mucho más crueles que los daños que infligieron al oponente. Así les dieron a las tropas de ocupación la oportunidad de incurrir en la violencia, lo que siempre supone un alivio para los nervios de las guarniciones estacionadas en países hostiles. Los daños materiales que los grupos guerrilleros causaron directamente y también indirectamente en el transcurso de las represalias fueron germen de grandes padecimientos para sus compatriotas y, en última instancia, se revelaron como inconvenientes para la recuperación después de la liberación.

Pero el mayor obstáculo de todos y también el más duradero fue de naturaleza moral. El movimiento de resistencia armada atrajo a muchos personajes de dudosa calaña. Les dio licencia para abandonarse a sus vicios y liquidar las cuentas pendientes bajo la excusa del patriotismo, con lo cual se reforzó nuevamente la histórica advertencia del doctor Johnson, según la cual «el patriotismo es el último refugio de los canallas». Aún peores fueron los amplios efectos que tuvo sobre las generaciones más jóvenes en conjunto. Les enseñó a

desafiar a la autoridad y romper las reglas de la moralidad cívica en la lucha contra las fuerzas de ocupación. Al final, así cuajó una falta de respeto por la ley y el orden que, inevitablemente, perduró aún después de la marcha de los invasores.

La violencia tiene raíces mucho más profundas en los conflictos bélicos irregulares que en las guerras convencionales. En estas últimas, se contrarresta por medio de la obediencia debida a una autoridad constituida, mientras que, en los primeros, retar a la autoridad e infringir las normas constituyen virtudes. Y resulta muy laborioso reconstruir un país y reestructurar un estado estable cuando sus cimientos han sido socavados por una experiencia de este cariz.

Mientras reflexionaba sobre las campañas de Lawrence en Arabia y revisitaba nuestra discusión acerca del tema, caí en la cuenta de las peligrosas repercusiones que comporta la guerra de guerrillas. Durante la última guerra, numerosos líderes de comandos, unidades especiales y movimientos de resistencia tomaron como guía el libro que dediqué a esas campañas, una exposición de la teoría de la guerra de guerrillas. Wingate, que por entonces no era más que un capitán que servía en Palestina, acudió a verme poco antes de que estallase el conflicto. Era obvio que le entusiasmaba la idea de trasladar la teoría a la práctica, implantándola nuevamente y con más amplitud. Pero yo ya empezaba a tener mis dudas. No tanto de su eficacia inmediata, sino debido a los efectos a largo plazo. Parecía que se podrían rastrear, como si tirásemos de un hilo, que ligaba todos los problemas persistentes que nosotros, sucesores de los otomanos, estábamos sufriendo en la misma región donde Lawrence había propagado la Revuelta Árabe.

Las dudas se intensificaron al reexaminar la historia militar de la guerra de la Independencia española, ocurrida un siglo antes, y meditar sobre la historia posterior de España. En

aquel conflicto, la derrota sufrida por el ejército regular español frente a Napoleón fue contrarrestada por el éxito de las partidas de guerrilleros que ocuparon su lugar. Si contemplamos la guerra como un levantamiento popular contra un conquistador extranjero, fue uno de los más eficientes que se conocen. Contribuyó más que las victorias de Wellington a minar el control de Napoleón sobre España y socavar su poder. Pero no trajo como resultado la paz a la España liberada, ya que a la guerra siguió una epidemia de insurrecciones armadas concatenadas rápidamente, durante medio siglo y volvieron a estallar en el XX.

Otro ejemplo ominoso fue la forma en que los cuerpos de *franctireurs* creados en Francia en 1870 para hostigar a los invasores alemanes se convirtieron en un bumerán. No habían sido más que un incordio para los invasores, pero crecieron hasta alzarse como un instrumento del triste conflicto fratricida conocido como la Comuna. Además, a lo largo de la historia posterior de Francia, el legado de la acción «al margen de la ley» ha constituido una fuente constante de debilidad.

Los responsables de planear las insurrecciones violentas como parte de nuestra política bélica omitieron demasiado a la ligera estas lecciones históricas. Las repercusiones han tenido efectos demoledores durante los años de posguerra en la política de paz de la Alianza occidental. Y no solo por proporcionar equipamiento y estímulos a los movimientos antioccidentales en Asia y África. En el caso de Francia, desde un momento muy temprano, fue visible que el efecto militar de los maquis como instrumento contra los alemanes era descompensado, ya que los efectos negativos en las esferas política y moral en el futuro sobrepasarían su utilidad. Y este mal ha continuado propagándose. En conjunción con una visión y un tratamiento poco realistas de los problemas exter-

nos, ha minado la estabilidad de Francia y, con ello, ha debilitado peligrosamente la posición de la OTAN.

No es demasiado tarde para aprender de la experiencia de la historia. Por tentadora que pueda parecer la idea de responder a las «guerras camufladas» que plantean nuestros oponentes con contraofensivas del mismo género, sería más aconsejable concebir y perseguir una contraestrategia más sutil y de miras más amplias. En cualquier caso, es necesario que quienes definen el marco de la política y la aplican comprendan mejor el tema que en ocasiones pasadas.

Apéndice I

La estrategia de aproximación indirecta en la campaña del norte de África 1940-1942

Un relato del teniente general Eric Dorman-Smith,
jefe adjunto del Estado Mayor, Oriente Medio, 1942

(originalmente en forma de carta, impresa como prefacio de la edición de 1946)

Ya le había dicho que sus ideas habían influido a nuestro favor durante los sucesos de Egipto, en dos ocasiones cruciales, entre 1940 y 1942. El plan de ataque que llevó a la aniquilación del ejército de Graziani en Sidi Barrani y truncó la primera invasión de Egipto en 1940 fue un ejemplo perfecto de su estrategia de aproximación indirecta; mientras que la estrategia y las tácticas defensivas que frustraron la invasión de Rommel en El Alamein en julio de 1942 se inspiraron directamente en dicha doctrina. Yo quería explicarle la historia más detalladamente y aquí está esa explicación. Leyéndola podrá constatar que allí donde desatendimos este principio, pagamos un alto coste por esa negligencia.

En septiembre de 1940 fui nombrado comandante de la recién formada Escuela de Oficiales de Oriente Medio y enviado allí (antes ocupaba el cargo de director de Instrucción Militar en la India). A primeros de octubre, cuando se detuvo al ejército invasor de Graziani en los alrededores de Sidi Barrani, pasé dos semanas con las fuerzas de O'Connor en el

desierto occidental. O'Connor estaba estudiando las posibilidades de lanzar un golpe ofensivo, a pesar de la superioridad numérica de Graziani por tierra y aire. Comentamos los defectos de sus disposiciones y las posibilidades de emprender una maniobra de aproximación holgada, que discurriría al sur de la escarpadura del terreno y tendría por objetivos Sollum y el paso de Halfaya. Así se crearía lo que usted denomina «barrera estratégica» detrás de la línea del frente enemigo. Como alternativa, se sopesaba un golpe más cercano a Sidi Barrani. La austeridad de los medios de transporte finalmente dictó que habría que aplicar esta segunda opción.

La ofensiva hubo de aplazarse debido a que una parte de las fuerzas aéreas destacadas en Oriente Medio, que ya eran escasas, se habían destinado a Grecia. El 21 de noviembre Wavell me ordenó que volviese a visitar el cuartel general del Desierto occidental. Allí O'Connor me pidió que le diese mi opinión independiente sobre las prácticas de la Cuarta División India para llevar a cabo un ataque contra un campamento fortificado en el desierto, como los que tenían los italianos en su cadena de posiciones al sur de Sidi Barrani. El ataque de prueba, tal y como se ensayó, era completamente frontal y se habría producido siguiendo «la línea de mayor expectativa» del rival, atravesando directamente un campo minado que entonces no teníamos forma de despejar. El ataque estaba programado para darle cuatro horas de luz tras el amanecer a nuestra artillería, así podría efectuar los disparos necesarios para afinar la puntería. Era una decisión peligrosa, porque durante esa pausa las tropas de asalto estarían bajo la amenaza de la fuerza aérea del enemigo, muy superior. En suma, el método se plegaba a las exigencias de los manuales oficiales y no a las condiciones de la situación táctica: con total seguridad, habría fracasado. Aquella noche, O'Connor, Galloway y yo nos reunimos para concebir y perfeccionar una maniobra

nada ortodoxa y muy indirecta. Recogimos las conclusiones en un documento titulado «Método de ataque contra un campamento en el desierto», que sirvió como directiva táctica para la operación y funcionó de maravilla. Incorporaba su principio de «aproximación indirecta» en la dirección, el método, la programación temporal y el ámbito psicológico.

La marcha de aproximación comenzó el día 8. Esa noche, nuestras fuerzas se congregaron en la zona al sur de Nibeiwa, el campamento más meridional de todos los que había en el frente enemigo, cerca de la brecha abierta que lo separaba del grupo de campamentos de Sofafi, los cuales cubrían su flanco orientado tierra adentro. El día 9, nada más salir el sol, el batallón de carros de combate del ejército (el Séptimo Regimiento Real de Tanques R.T.R.) y algunas unidades de infantería motorizada de la Cuarta División India tomaron al asalto el campamento de Nibeiwa *por la retaguardia* y lo ocuparon. A continuación, procedieron a ocupar Tummar, también actuando por la retaguardia. Se eliminó la prolongada pausa necesaria para afinar la puntería de la artillería, así que el apoyo del fuego artillero fue sin disparos de prueba: 72 cañones «sofrieron» el campamento italiano desde la dirección opuesta al asalto de los carros de combate. Para tranquilizar a los artilleros, les pedimos que efectuasen «fuego de desmoralización» y, desde luego, ese fue su efecto. Mientras tanto, la Séptima División Acorazada se había colado por la brecha y marchaba en dirección oeste, hacia la retaguardia de toda el área avanzada del enemigo, con el fin de cortar el paso a los refuerzos y bloquear su retirada hacia Sollum. Esta combinación de movimientos tácticos indirectos desbarató por completo el equilibrio del adversario. La resistencia italiana se hundió, así que rodeamos el grueso de sus fuerzas al este de la línea de acantilados sin sufrir más que bajas mínimas en nuestros efectivos, que numéricamente eran mucho menores.

Y todo a pesar de combatir con una inferioridad aérea muy acusada. Una vez Wavell me comentó por escrito que: «Una pizca de heterodoxia es un ingrediente peligroso, pero sin él, pocas batallas se ganan».

Uno de los rasgos más interesantes de la ofensiva de O'Connor fue el hecho de que, debido a la aguda escasez de medios de transporte, no le quedó más remedio que desprenderse de los suministros de agua y municiones para acometer 48 horas de combate. Los dejó en la zona de puestos avanzados móviles, ante las narices de Graziani. Si la operación hubiese fracasado dentro del margen de tiempo previsto, se habría tenido que retirar por falta de agua. Tendría que haber empleado incluso su transporte administrativo para llevar a la infantería. Ningún otro comandante británico habría comenzado una ofensiva contando con esta desventaja, y me temo que muy pocos comandantes de la Europa continental lo harían, salvo quizás los rusos. Pero O'Connor lo hizo dos veces, la segunda, en Beda Fomm. Es un guerrero valiente y calculador, un adversario muy peligroso, que incorpora la aproximación indirecta en el campo administrativo.

Después del avance y la penetración en la zona oriental de la Cirenaica, en enero me acerqué para preparar un informe sobre las operaciones que llevaron a la captura de Bardia y Tobruk. O'Connor me contó sus planes de futuro y tuve la suerte de participar en su maduración, acompañando a la marcha sobre el flanco de Beda Fomm (protagonizada por la Séptima División Acorazada), que aisló al resto de las fuerzas enemigas al sur de Bengasi, antes de que pudiesen retirarse hasta Tripolitania.

Todo esto sucedió antes de la nueva edición de su obra *La estrategia de la aproximación indirecta*. Pero no olvide que, durante mucho tiempo, mi mente se había impregnado de la esencia que usted había destilado de la historia, a la que había

infundido su propia filosofía militar. Me fascinaba que todas estas operaciones refrendasen de una manera tan llamativa las bondades de su teoría llevada a la práctica.

A finales de 1941, recibí una copia de su clásico reeditado, que usted me había enviado en algún momento del verano anterior. Durante los meses siguientes, la leí y releí. Así refresqué y estimulé mi comprensión de los principios de la estrategia. La importancia de su teoría, ratificada por los sucesos de la campaña en el norte de África, fue más clara que nunca. Desde luego, las operaciones que O'Connor desarrolló entre diciembre de 1940 y febrero de 1941 fueron una extraordinaria demostración de aproximación indirecta en los niveles táctico y estratégico. Desde el deslumbrante inicio en Sidi Barrani hasta el fantástico final en Beda Fomm, cada uno de aquellos majestuosos movimientos era testimonio de la verdad analizada y expuesta en los Capítulos 10, 19 y 20 de su libro. Claro que O'Connor es un comandante de primerísima categoría y, de hecho, el único líder de personal de campo británico que logró «cazar al zorro en campo abierto» durante toda la guerra.

En la primavera de 1941 sufrimos los efectos de la aproximación indirecta dirigida contra nosotros, con la dramática aparición de Rommel. Disponíamos de fuerzas limitadas y mal equipadas, que escaparon a duras penas del desastre emprendiendo la retirada en desorden hasta Tobruk. Esto sucedió justo cuando, por desgracia, perdimos a O'Connor. Pero la decisión de detenerse dentro del perímetro de 44 kilómetros en torno a Tobruk con una fuerza de cuatro brigadas y media (que, aunque era absurdamente pequeña para aquel fin, prácticamente se trataba de todas las tropas combatientes que teníamos en Egipto) fue una decisión audaz, que le arrebató el arma de la aproximación indirecta a Rommel. Durante todo aquel verano y el otoño siguiente, el enemigo apenas

tuvo las fuerzas suficientes para contenernos en Tobruk y sostener sus posiciones alrededor de Sollum frente a nuestros esfuerzos por tierra destinados a aliviar la presión que ejercía sobre Tobruk. Debemos a Churchill y a Wavell la decisión de conservar Tobruk. Yo personalmente volé a Tobruk el 10 de abril para transmitirle a Morshead la orden de resistir.

Nuestras ofensivas en junio de 1941 en la frontera egipcia fueron frontales y muy obvias, terriblemente fallidas, aunque la situación sí ofrecía margen de sobra para aplicar la «aproximación indirecta». En esa misma línea los avances tan directos y abiertos que protagonizamos para entrar en Siria desde Palestina se toparon con una resistencia intensa y bien podrían haber terminado en derrotas, de no ser por los subsiguientes avances indirectos emprendidos desde el norte de Irak (entonces bajo el mando de Auchinleck) y dirigidos contra el flanco oriental vulnerable de la Siria de Vichy. Esos avances reafirmaron que la idea de abordar a los franceses por la retaguardia era correcta. Hasta ese momento, todas las operaciones justificaban la teoría que usted defendía.

El mando de las operaciones en Oriente Medio cambió de manos en junio de 1941. Auchinleck, desde la India, sería el encargado de reorganizar y volver a infundir ánimos a las fuerzas presentes en el Desierto occidental, algo desanimadas, para la siguiente embestida contra el Eje en la Cirenaica. En aquel momento, la Fuerza del Desierto occidental se convirtió en el Octavo Ejército. Tobruk seguía bajo asedio y poco a poco, Rommel iba reuniendo los medios que necesitaba para lanzar un ataque decisivo contra sus débiles defensas. En noviembre, antes de que Rommel tuviese todo preparado para caer sobre Tobruk, lanzamos la ofensiva bautizada Crusader. Tenía una justificación estratégica bien fundamentada, que le otorgaba al comandante del ejército, Cunningham, una línea de operaciones bien situada. Corría hacia el norte

desde un área de suministros oculta en el desierto, en las cercanías del fuerte Maddalena, para bifurcarse después, permitiendo elegir entre objetivos alternativos: atacar la retaguardia del enemigo que amenazaba Tobruk o arremeter contra las defensas de la frontera. Por su parte, Rommel se encontraba en una posición muy incómoda, con su espalda hacia el mar y la obligación de proteger tanto el asedio de Tobruk como sus posiciones en el paso de Halfaya, así que no tenía profundidad. Cuando nos acercamos desde Maddalena, lo obligamos a trabar combate en ángulos rectos respecto a sus líneas de comunicación. A pesar de estas ventajas considerables, la operación no consiguió destruir las fuerzas de Rommel, porque nuestro plan táctico estaba diseñado para habilitar a las unidades acorazadas de forma que entrasen en combate con los blindados de Rommel, como acto preliminar a cualquier maniobra indirecta dirigida contra Tobruk o las defensas fronterizas. Rommel fue parcialmente sorprendido en el plano estratégico, pero hizo luchar a sus blindados (que técnicamente eran superiores) en coordinación con las otras armas a su disposición y supo administrar una derrota táctica inicial. Esta solo se pudo recobrar después de que la operación degenerase en una batalla de comandantes de cuerpos, a partir de la cual Ritchie desarrolló tardíamente una aproximación indirecta, pasando por Bir Gobi y El Adem. Esta acción forzó a Rommel a retirar sus fuerzas principales en orden hasta El Agheila, sacrificando así las tropas que aún tenía en la frontera y en Bardia.

A partir de entonces, nos olvidamos del principio de aproximación indirecta. La siguiente incursión emprendida por Rommel desde El Agheila tomó a nuestras fuerzas demasiado dispersadas y las rechazó, causando el caos. Una vez en Msus, obligó a Ritchie a afrontar un dilema, apuntando al mismo tiempo hacia Bengasi y Mechili. Ritchie escapó de la

disyuntiva con una retirada precipitada hacia Tobruk, que se detuvo en la línea Gazala-Bir Hakeim, tras haber dejado atrás a sus perseguidores. Desde febrero hasta mayo de 1942, el Octavo Ejército se asentó en línea entre Gazala y Bir Hakeim, en una posición muy parecida a la que ocupaba durante el descanso tras la retirada. Mientras tanto Rommel, seguro en Jebel Ajdar, planeaba cómo continuar quebrantándolo. Durante este periodo, después de visitar el frente del Octavo Ejército, me interesé por la posibilidad de plantear una disposición táctica para un ejército moderno que evitase los defectos visibles en las disposiciones de Graziani en Sidi Barrani, pues habían resurgido en los preparativos de Ritchie en Gazala y Tobruk. Los despliegues del Octavo Ejército en el periodo comprendido entre febrero y mayo de 1942 presentaban similitudes sorprendentes con el despliegue del ejército italiano alrededor de Sidi Barrani en octubre y noviembre de 1940: carecían de profundidad y flexibilidad; además, había importantes destacamentos expuestos sin poder recibir apoyo táctico.

En este punto volvemos a encontrarnos con el mayor problema de las campañas bélicas en el desierto: la relación entre la extensión y la profundidad del frente, así como la proporción de tropas avanzadas respecto a las fuerzas de reserva. En los parajes desérticos, la movilidad goza de un terreno muy fácil, especialmente debido a que los factores administrativos reducen en gran medida el tamaño de los ejércitos de operaciones. Tanto es así que el bando que «se queda quieto» y permanece a la defensiva se verá abocado a que su oponente lo rebase. Para contrarrestarlo, se tiende a estirar demasiado el frente en detrimento de la profundidad y las reservas. Rendirse a esta tendencia nunca ha demostrado ser la opción correcta. Esta propensión se deja notar particularmente cuando en un ejército escasean las tropas móviles o tiene unidades

acorazadas ofensivas débiles. También cuando los mandos ignoran la naturaleza fundamental de este tipo de enfrentamiento. El mismo Rommel sucumbió a este mal en otoño de 1942, cuando, como resultado de los combates de julio, alargó demasiado su frente hasta llegar a la depresión de Qattara, quedándose así sin apenas profundidad de defensa al llegar el ataque de Montgomery.

El problema que derrotó primero a Graziani y luego a Ritchie queda perfectamente definido en los pasajes de su obra *La acción de la estrategia*, que examinan cómo evitar la desarticulación psicológica como resultado de un movimiento súbito contra nuestra retaguardia por parte del enemigo o, a la inversa, cómo desplegar un ejército para que tenga la capacidad de utilizar sus armas en una nueva dirección sin por ello incurrir en un desequilibrio. La solución estriba en distribuir las propias fuerzas de modo que «el mero hecho de que el enemigo marche hacia la retaguardia de nuestro despliegue no constituya una aproximación indirecta estratégica». Esto implica que el ejército defensor debe ser capaz de desarrollar una defensa tan potente en sus flancos y retaguardia como en las zonas que originalmente están más próximas al enemigo. Y en todo conflicto bélico, la acción defensiva eficaz es resultado de un control y una resistencia aplicados al avance del enemigo y de un contraataque general.

De hecho, tan solo existen tres despliegues posibles para un ejército que se defiende; el primero es una disposición lineal con reservas móviles. El segundo es la disposición circular, esto es, lineal, pero con la retaguardia cerrada («el erizo»), y el tercero es un cuadrado abierto formado por una retícula de celdas. Esta red cuadriculada debe tener los centros de resistencia separados con holgura, tanto como admitan el apoyo mutuo de fuego de artillería y la capacidad de efectuar movimientos de refuerzo dentro de esta área. Además, el dis-

positivo en conjunto debe permitir que al menos un 75 % de las unidades móviles que lancen proyectiles sean capaces de concentrarse en el punto de ataque antes de que el enemigo pueda quebrar la resistencia de las «cuadrículas» bajo amenaza. Esto implica cierto abandono de la idea de áreas divisionales rígidas y un frente por divisiones que se explicaba en las *Regulaciones de campaña de las Fuerzas Armadas*, que generaron entre los oficiales una tendencia a pensar que, si en cualquier frente se despliegan x divisiones en línea, cada una de ellas debería concentrarse exclusivamente en defender su propia sección del frente, prestando únicamente ayuda a los vecinos más próximos si favorece a sus propios intereses. En este concepto, las tareas de apoyo a cualquier división de vanguardia que sufra un ataque intenso o proteger el despliegue frente a un ataque por la retaguardia corresponden a las formaciones de reserva. Las dificultades para que fuerzas pequeñas acometan acciones defensivas en campo abierto derivan de que el defensor siempre estira demasiado su frente. Por tanto, tiene poca o ninguna profundidad o reservas, salvo si considera que hemos vuelto a las proporciones de la época de Waterloo en lo que atañe a cifras de efectivos, extensión de los frentes y movilidad, y ajusta su actuación en consecuencia.

Parecía que la respuesta se hallaba en una forma modernizada de la disposición de los «legionarios», donde el ejército a la defensiva se despliega con sus elementos defensivos más estables, ocupándose de sostener ubicaciones situadas a unos 9000 metros de distancia lateralmente y en profundidad. Cada una de esas ubicaciones tendría una cuota de artillería e infantería. Mientras tanto, el resto de la artillería, la infantería y las unidades acorazadas quedarían libres para moverse dentro de este esquema, bien con el fin de concentrarse en cualquier punto bajo amenaza o para golpear sobre el flanco y la retaguardia de un enemigo que intente sobrepasar o reba-

sar el dispositivo. De este modo, un ejército compuesto por, digamos, 4 divisiones de infantería y un cuerpo de blindados podría desplegarse en un rectángulo, aproximado de 38 por 29 kilómetros y, aun así, todas las unidades serían capaces de prestarse apoyo mutuo. Al mismo tiempo, los efectivos acorazados podrían operar con esta disposición como pivote. Los aeródromos deben quedar cubiertos por el despliegue terrestre y situados en su retaguardia. Por fuera, en ambos flancos del rectángulo cuadriculado, debería haber elementos móviles ligeros, dotados de áreas de mantenimiento independientes. Y un poco más retirados, pero dentro aún del radio de acción donde puedan recibir apoyo artillero de la «legión», deberían situarse las unidades acorazadas más pesadas disponibles, preservando la flexibilidad de todo el sistema. En terreno muy abierto, los «pivotes legionarios» ocupan áreas de observación, ya que así ejercen el control y mandan sobre las áreas de movimiento. En terreno cerrado o con carreteras, se situarían en los centros de las vías. En conjunto, el sistema debería ser móvil y flexible, pero bien defendido. Si compara este sistema con el artículo sobre defensa que usted me entregó cuando regresé por primera vez de Egipto, verá que se trata de la misma idea.

Desplegar al Octavo Ejército al sur de Tobruk siguiendo estas directrices habría derrotado a Rommel. Pero el despliegue que efectuó ese Ejército fue lineal, como ya he dicho, quedando completamente abierto a un ataque en el orden oblicuo clásico. Y eso fue lo que hizo Rommel el 27 de mayo. Su plan consistía en que el grueso de los efectivos italianos de su *Panzer Armee Afrika* contuviese al frente de Ritchie, mientras que el *Afrika Korps* alemán, relativamente pequeño y contando también con un puñado de las mejores unidades italianas, pasaba por alto la posición del Ejército de la Francia Libre en Bir Hakeim para atacar el área sensible que ocu-

paba Ritchie, entre El Adem y Knightsbridge. Aunque el asalto inicial no triunfó del todo, fue un golpe inteligente y paralizó a Ritchie tanto que permitió que Rommel, en primer lugar, aniquilase una brigada aislada de la 50.ª División y después capturase la posición aún más aislada que ocupaban los soldados del Ejército de la Francia Libre en Bir Hakeim. Así se despejaba su retaguardia. En segundo lugar, tras rechazar varios contraataques frontales con graves pérdidas, pudo desarrollar un nuevo avance contra El Adem. Y de ese modo, una vez más, colocaba a Ritchie ante un dilema, porque con ese avance amenazaba al mismo tiempo la retaguardia de nuestras fuerzas que sostenían el sector de Gazala y también el terreno situado justo al este de Tobruk, donde se encontraban nuestros depósitos y la cabecera del ferrocarril. La amenaza impresionó al comandante hasta tal punto que decidió retirar algo más de la mitad del Octavo Ejército hasta la frontera de Egipto, dejando al resto en Tobruk sin cobertura aérea de los cazas, condenados a una destrucción inevitable.

En estas operaciones, Rommel impartió una clase magistral del principio de la aproximación indirecta, contando para ello con un contingente limitado de fuerzas alemanas, compuesto aproximadamente por dos brigadas de blindados y cuatro de infantería mecanizada, que le bastaron para atacar y derrotar por completo al Octavo Ejército de Ritchie, inmovilizando a la mayor parte de las fuerzas enemigas mediante la amenaza frontal de los efectivos italianos, muy numerosos pero realmente inservibles para cualquier otro propósito.

El 25 de junio, Auchinleck sustituyó a Ritchie y asumió el mando directo de las operaciones en el Desierto occidental. Yo acompañé a Auchinleck hasta el cuartel general del Octavo Ejército. En aquel momento, lo que quedaba de dicho ejército estaba retirándose hacia las proximidades de Mersa

Matruh, después de que Ritchie se evadiese del intento de Rommel por cortarle el paso y aislarlo en la frontera egipcia. La llegada de Auchinleck introdujo un factor nuevo en el combate, ya que tenía a su disposición los restos de las fuerzas militares repartidas entre Matruh y Persia, y, como comandante en jefe, tenía la capacidad para tomar decisiones estratégicas de gran alcance, necesarias para lograr la máxima concentración del esfuerzo bélico en esta crisis. Su primer problema era decidir si plantar batalla cerca de Matruh o retirarse más al este. A la vista de que las áreas defendidas en torno a Matruh tenían un prestigio mítico, parecían en principio un buen lugar para combatir. Pero para conservar Mersa Matruh en nuestras manos, sería imprescindible que el ejército defensor tuviese una fuerza acorazada suficientemente nutrida para evitar que el enemigo lo rebasase por el desierto. Sin esas fuerzas, las defensas de Matruh y Baguish se habrían convertido en campos de internamiento desprovistos de agua, y el enemigo podría dejarlos atrás para lanzarse hacia el delta del Nilo.

Puesto que habíamos perdido el grueso de nuestras unidades acorazadas durante los combates anteriores, el comandante en jefe decidió que se limitaría a retrasar el avance del enemigo, librando una batalla móvil al sur de Matruh. Después plantearíamos la resistencia fundamental en las cercanías de El Alamein, donde se dirimiría la «batalla por Egipto». Además, tomó otras dos decisiones que alterarían por completo las técnicas de la batalla posterior y le conferirían automáticamente un carácter indirecto. La primera consistió en centralizar una vez más el control al más alto nivel de la artillería del ejército, pues se había fraccionado de forma ilógica debido a la dispersión permanente de los regimientos de campaña dentro de los grupos de brigadas de infantería. La segunda decisión fue desentenderse de las defensas prepara-

das antes y ampliamente dispersadas, que había entre El Alamein y la depresión de Qattara, pues ya no eran aptas para el tipo de batalla que se pretendía librar. Lo cierto es que esta última decisión dejó perplejo al enemigo. Además, adelgazó sus formaciones, que llevaban demasiadas unidades de infantería no mecanizada, muy vulnerables en combates móviles de este tipo.

Personalmente, pienso que la Historia demostrará que el manejo por parte de Auchinleck del Octavo Ejército durante junio y julio de 1942 no solo salvó a los Aliados de una derrota con gravísimas consecuencias, sino que además proporciona a los estudiosos de los conflictos bélicos una exposición clásica de la aplicación de la aproximación indirecta. Aunque su estrategia fue necesariamente defensiva, todas las acciones tácticas fueron ofensivas. Tras replegar los restos de tropas hasta El Alamein, su primera preocupación era desbaratar la acelerada carrera de Rommel, que marchaba a toda velocidad hacia Alejandría por la costa. Entre el 1 y el 3 de julio, las fuerzas del Eje atacaron nuestras posiciones al sur de El Alamein, pero solo se toparon con un intenso fuego de artillería y bombardeos aéreos por parte de un frente elástico y evasivo, desde El Alamein hasta las cumbres de la cresta de Ruweisat, que dominaban el terreno circundante. La técnica aplicada en este frente era una novedad en sí misma, ya que disponía a infantería y artillería de lado a lado. De hecho, se trataba de un «frente» flexible de cañones de 24 libras, protegidos por unidades de infantería desplegadas muy cerca de ellos y con el apoyo de los carros de combate que nos quedaban. El ímpetu del *Afrika Korps* se marchitó ante este dispositivo y el 3 de julio los ataques se suspendieron.

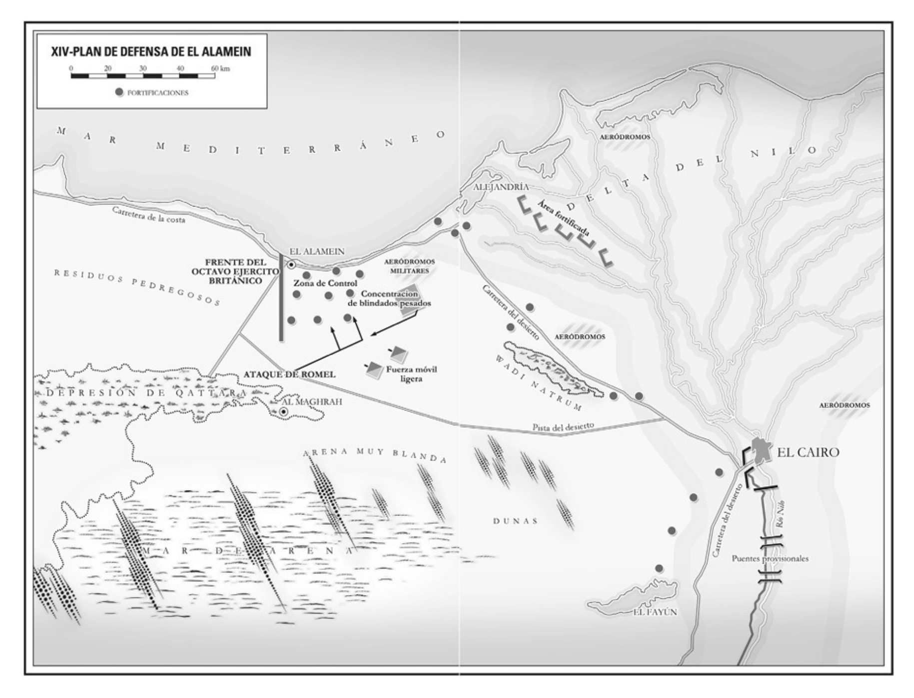
Sin demorarse, Auchinleck pasó a la ofensiva y golpeó con el ala izquierda, dirigida por Gott y que comprendía las fuerzas móviles de la División Nueva Zelanda y la Séptima Bri-

gada Motorizada. El objetivo fueron las defensas del flanco derecho de Rommel, que en esos instantes estaba más o menos a mitad de camino entre la costa y la depresión de Qattara. El ataque dejó muy tocada a la División Ariete italiana y Rommel decidió plantar cara enviando la mayoría de sus tropas alemanas para extender el ala derecha hasta la depresión de Qattara, mientras dejaba que fuesen principalmente tropas italianas las que ocuparan su ala izquierda orientada a la costa. El 10 de julio, la Novena División Australiana, comandada por Morshead atacó con tanto éxito que lo único que permitió a Rommel salvarse fueron las tropas de refuerzo recién llegadas por vía aérea desde Creta. Replegó hacia el norte a toda velocidad a sus exhaustas unidades alemanas. En cuanto sucedió esto, Auchinleck inició el tercer ataque: en esta ocasión, con los neozelandeses contra los regimientos italianos que ocupaban el centro del frente de Rommel.

La consecuencia de estos tres ataques tan calculados es que Rommel tuvo que reforzar a las tropas italianas, desmoralizadas, dispersando a los regimientos alemanes del *Afrika Korps* a lo largo de los 64 kilómetros que separan el mar de la depresión de Qattara, lo que se tradujo en la inmovilización del elemento ofensivo del *Panzer Armee Afrika*.

Así que a mediados de julio la invasión del Eje había sido derrotada. A partir de ese momento, el enemigo afrontó una escala cada vez mayor de pérdidas causadas por las bajas en combate y las enfermedades, mientras se aferraba a un frente de 64 kilómetros en pleno desierto, expuesto a los bombardeos inmisericordes de una potente fuerza aérea y al fuego concentrado de más de 300 piezas de artillería de campaña. La ofensiva de Rommel para conquistar el delta había fracasado decisivamente y desde su llegada a El Alamein había perdido unos 9000 hombres, hechos prisioneros. Pero Rommel tenía una capacidad de recuperación considerable. Toda-

vía no lo habían aniquilado. Quedaba trabajo por hacer y había que consolidar las defensas generales de Egipto y la posición del Octavo Ejército para garantizar que, si Rommel volvía al ataque, fracasaría de nuevo. También sería preciso prepararse para emprender la persecución si las circunstancias forzaban a Rommel a retirarse de un frente tan expuesto y estirado como ocupaba. Aunque a tenor de su temperamento, esto parecía poco probable.



La tarea más inmediata era reforzar la posición del Octavo Ejército en campo abierto, entre el mar y la cresta de Ruweisat, con un flanco desguarnecido mirando al sur, ya que en estas campañas ya habíamos visto en dos ocasiones cómo fuerzas más pequeñas atacaban y destruían ejércitos dispuestos de esta manera. (Este efecto se describe pormenorizadamente en el Capítulo 19 de su libro). El problema que afrontaba Auchinleck era cómo proteger al Octavo Ejército para que Rommel no repitiese la maniobra con la que había ro-

deado el flanco de Ritchie. La solución que propuso aplicaba en la práctica el esquema teórico que le acabo de describir. Tras abandonar las posiciones fortificadas en 1941, construyó justo detrás de la retaguardia del frente del Octavo Ejército una cuadrícula de ubicaciones, que se extendía por espacio de unos 32 kilómetros, hasta un poco más al sur de la cresta de Ruweisat. Las posiciones de la cuadrícula estaban separadas entre sí por poco más de 9000 metros, lateralmente y en profundidad. Cada una contaba con una guarnición de dos batallones de infantería y una batería de cañones de 88 mm. Las divisiones que contaban con tres brigadas de infantería ocupaban tres de estas posiciones en su área. No había ninguna posición aislada. Ahora bien; estas ubicaciones no eran más que el esqueleto del plan de defensa de toda el área en conjunto que dominaba el ejército. Recordemos que este esquema no necesitaba a gran parte del ejército para sostenerse, así que esos contingentes quedaban libres para operar, bajo el mando personal de Auchinleck en los intervalos situados entre posiciones, en cualquiera de ambos flancos, sobre la retaguardia o sobre la vanguardia. Ese gigantesco tablero de ajedrez también albergaba cinturones de campos minados, dispuestos para que no sirviesen de protección al enemigo y al mismo tiempo sí permitiesen las contramaniobras de nuestros hombres. Un ejército desplegado de esta forma podía armar un frente orientado en cualquier dirección sin perder el equilibrio. Como consecuencia, ya no existía el riesgo de que algún contingente tuviese que pelear aislado o de que el Alto Mando sufriese la distracción provocada por un ataque contra la retaguardia, que había sido fatídica para Ritchie y Graziani. El cuartel general de Auchinleck se encontraba dentro de la cuadrícula. Pero todavía hacía falta algo más. Si el enemigo operaba contra uno u otro flanco del área defendida, también tendría que atacarlo tanto desde el exterior co-

mo desde el interior. En previsión de cualquier movimiento así, Auchinleck planificó un contraataque por parte de unidades blindadas y motorizadas desde el sureste. Este plan englobaba una triple aplicación de la aproximación indirecta, ya que la cuadrícula estaba diseñada para enfrentarse al avance enemigo de una forma esencialmente indirecta, pero, además, tanto el grupo acorazado como el de unidades ligeras motorizadas se encontraban estacionados en un punto que les permitiría ejecutar una aproximación indirecta hacia el flanco del enemigo o su retaguardia, aunque variasen la trayectoria.

Pero, aunque Rommel nos hubiera obligado a retirarnos de las posiciones que ocupábamos con la disposición cuadriculada en El Alamein-Ruweisat antes de que el Octavo Ejército absorbiese los refuerzos que estaban llegando de casa, la historia no habría terminado ahí. En cuanto llegamos a El Alamein, comenzaron los preparativos para plantear una segunda batalla defensiva más al este en caso de que la primera fracasase. Para este fin se extendieron las defensas de Alejandría, tanto hacia el este del Nilo como internándose en el desierto más allá de Amriya. El valle de Wadi El Natrun suponía un obstáculo y lo tomamos como base para crear un área defendida, mientras que al oeste de El Cairo las defensas de la zona cultivada se ampliaron hacia Fayum y se emprendieron preparativos para tender puentes sobre el Nilo cerca de Maadi y más al sur. Estos trabajos garantizaban que, si el Octavo Ejército no tenía más remedio que replegarse de la zona de El Alamein porque Rommel era demasiado fuerte, la retirada se podría acometer con buen orden y con las unidades intactas, organizada siempre para amenazar el flanco del avance enemigo desde dos direcciones.

El 6 de agosto de 1942, cuando Wavell pasó revista al Octavo Ejército, me dijo antes de marcharse: «Desde luego, ocupan una posición ventajosa. Esta es una forma de defensa

que justificaría la opción de retirarse de su frente para atraer al enemigo y hacerle caer en su red. ¿Se han planteado esa posibilidad?». De hecho, la habíamos sopesado y parecía una idea prometedora.

Quizás haya sido desafortunado para la ciencia militar que esta disposición defensiva nunca se pusiese realmente a prueba en combate. Y no lo fue porque, cuando Rommel avanzó en septiembre, el Octavo Ejército estaba descansado y reforzado, así que era muy superior a las fuerzas alemanas en número, unidades acorazadas y potencia de fuego. El ataque alemán llegó por el flanco sur de la cuadrícula, pero nuestras potentes formaciones de reserva ofrecieron una oposición tan grande que no llegó a ninguna parte y perdió unos 60 carros de combate. De hecho, en ningún momento se vislumbró la posibilidad de que Rommel obtuviese un resultado positivo. Con todo, el patrón general de la conflagración se desarrolló según el plan trazado por el comandante en jefe y no siguiendo el plan de Rommel. Fue una victoria de Auchinleck, mientras los otros comandantes se beneficiaron de su previsión. Esto no resta valor a la idea ni mérito al comandante que estaba preparado para aplicar toda una secuencia de nuevas ideas incluso en una situación de crisis. De hecho, Rommel estaba derrotado desde julio, aunque tuviésemos que esperar a octubre para que Montgomery respondiese a la intentona germana y ratificase el triunfo de Auchinleck. El espíritu de la aproximación indirecta y la acción ofensivo-defensiva que habían inspirado el despliegue se encuentran en todas sus obras.

Durante esta guerra ha habido dos momentos en los que nuestras fuerzas destacadas en Oriente Medio vivieron una crisis que, si los acontecimientos se hubieran desarrollado de otra manera, bien podrían haber sellado su destino. La batalla ofensiva de Sidi Barrani fue el primero y el segundo la ba-

talla de Egipto. Si O'Connor hubiese fracasado o Rommel hubiese derrotado al Octavo Ejército comandado por Auchinleck, el Eje habría invadido Egipto y Oriente Medio. La historia de la guerra habría sufrido un vuelco radical. Pocas veces ha sucedido que un general en la posición de Auchinleck haya afrontado una situación tan crucial de una forma tan fría e inteligente. Pocas han sido las ocasiones en que el arte de la guerra ha contemplado una secuencia de ejemplos de la aproximación indirecta tan sensatos y bien juzgados, tanto en defensa como en ataque, como los que transformaron el riesgo de desastre en victoria en julio de 1942. Es casi como si los hubiesen inspirado los capítulos 10, 19 y 20. Y hasta cierto punto, así fue, como he señalado. Esto no implica que O'Connor, o Auchinleck, o cualquier general competente dirija las operaciones de guerra siguiendo un manual; significa que el estudio y la reflexión fueron continuos, tanto durante la guerra como en la paz. Tras este repaso a una serie de campañas donde la victoria siempre siguió la aplicación de los principios de aproximación indirecta que usted propone, se puede concluir que, excepto allí donde un bando posea una preponderancia avasalladora en los ámbitos de las fuerzas terrestres, la movilidad y el dominio aéreo, cualquier comandante que obvie estos principios estará cometiendo una imprudencia. Además, también es relevante subrayar que ni Rommel en Gazala ni O'Connor en Sidi Barrani contaban con la superioridad aérea. Esta última, por poderosa que sea, jamás compensará las desventajas que acarrea un generalato incompetente en tierra.

Los lectores críticos con su libro no encontrarán en él ninguna fórmula ritual para conseguir el triunfo. En su lugar, descubrirán la clave de un método de aproximación a la solución de los problemas que la guerra plantea en todos los planos de acción. Y esa clave es la «oblicuidad». Se trata de un

instrumento puramente mental y exclusivamente apto para el uso de personas críticas y heterodoxas. Esos soldados de mentalidad abierta que puedan repetir junto a Brian Boru antes de la batalla de Clontarf: «¿Qué clase de guerra libraremos hoy?». No existe ninguna ley fácil de discernir acerca de este asunto. La oblicuidad apropiada la dictará una evaluación correcta de los factores prevalentes en cada situación, sopesados con el objeto de buscar los mejores medios para atacar indirectamente al enemigo e incidir sobre su libertad física y psicológica. En un momento dado, esa oblicuidad puede ser de naturaleza logística y en otro momento, balística. El ataque y la defensa deben emplearse de acuerdo con los dictados de la oblicuidad. Es posible que la defensa estratégica imponga la necesidad de atacar. O que el mejor origen para un ataque estratégico radique en una defensa táctica inicial. La actitud mental es un factor importante. La oblicuidad siempre es ofensiva. Adoptar un *espíritu* defensivo frente al oponente, por fuerte que pueda parecer el enemigo, supone asumir el espíritu de la derrota. El objetivo de la oblicuidad es encontrar un resquicio en la armadura del adversario, también en su coraza psicológica. Nuestro objetivo debe ser la disrupción psicológica del mando adversario y la vara de medir el éxito será el grado de libertad de acción a nuestra disposición cuando finalice el proceso. Para esta finalidad, buscaremos todos los medios posibles para mantener al enemigo en un estado de ignorancia, de ahí el valor que conlleva contar con objetivos alternativos. Pero no existen reglas tangibles y no hay esperanza para los «buenos generales ordinarios» con mentalidades directas, para quienes incluso «el polvo que cubre los panes sagrados es sacrosanto».

Las verdaderas cualidades mentales que se necesitan en todos los planos de la acción militar son el sentido común, una buena capacidad de razonamiento y la oblicuidad, pocas du-

das hay ya sobre esto. Y esta última cualidad se vuelve más necesaria cuanto más ascendemos por el escalafón hasta el nivel de mando independiente. Con seguridad, la vía de la aproximación indirecta es el camino para ganar guerras.

Siempre suyo,

Eric

Octubre de 1942

Apéndice II

«Porque con ingenio harás la guerra» (Proverbios 24:6)

«Un análisis estratégico de las batallas del año pasado»,
por el general Y. Yadin,
Jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de Israel

Traducción resumida del artículo del general Yigael Yadin, publicado en
Bamachaneh (la revista de las Fuerzas Armadas de Israel),
en septiembre de 1949.

El problema que afronta la planificación estratégica (y también la planificación táctica, aunque en un sentido más restringido) es doble. Por un lado, debemos esforzarnos por todos los medios para evitar que el enemigo actúe basándose en principios sólidos. Por otro, es preciso acometer un esfuerzo supremo de planificación que permita que nuestras fuerzas puedan explotar esos principios, para facilitar la consecución de nuestros objetivos y propósitos. Para esta finalidad, todo principio que el enemigo pueda aplicar debe considerarse un blanco para el ingenio de quienes planifiquen las operaciones de nuestras fuerzas.

Veamos qué exige este planteamiento: frente al principio de la sorpresa, se requiere una actividad continua por parte de las diversas agencias de espionaje e información. Frente al principio del mantenimiento del propósito, es esencial em-

prender ataques de distracción tácticos y ofensivas estratégicas, psicológicas y políticas. Frente al principio de la economía de fuerzas, es necesario lanzar ataques contra las líneas de comunicación y los depósitos en la retaguardia, para fijar así a las fuerzas enemigas y dispersarlas. Frente al principio de la coordinación, debemos actuar contra los canales administrativos. Frente al principio de la concentración, conviene efectuar ataques a modo de maniobras de distracción y campañas de hostigamiento aéreo para dividir a las fuerzas del enemigo. Frente al principio de la seguridad, debemos aunar todas las actividades anteriormente enumeradas y las que citaré a continuación. Frente a la iniciativa ofensiva, más iniciativa ofensiva. Frente al principio de la movilidad, hay que destruir las líneas de comunicación.

En lo que respecta a la planificación de nuestra actividad, concebida para alcanzar el propósito político-militar concreto que el Gobierno determine en cada etapa, debe coordinarse con operaciones secundarias y de distracción. Pero jamás debemos olvidar que su principal objeto es explotar a fondo los principios del arte de la guerra y hacerlo de tal manera que el destino de las batallas se determine por factores estratégicos, antes incluso de que el combate en sí de comienzo. O al menos, asegurar que la lucha se desarrollará con la máxima ventaja para nuestro bando. De hecho, este es el secreto de la planificación estratégica perfecta. La famosa cita de Clausewitz «la sangre es el precio de la victoria» es una idea obsoleta.

Los días de los ataques tácticos frontales están desapareciendo rápidamente y el arte de la táctica fija sus miras en cumplir su tarea fundamental mediante maniobras de flanqueo y ataques por la retaguardia. Sin embargo, los capitanes de guerra todavía debaten entre sí si este método también es aplicable a la estrategia. Desde luego que lo es, pero, natural-

mente, de otra manera. No cabe duda: la estrategia de aproximación indirecta es la única sensata; ahora bien, la constitución de la aproximación indirecta en estrategia (como ha definido, explicado y profundizado con brillantez el capitán Liddell Hart) es un tema mucho más amplio y complejo en esta esfera que en el campo de la táctica. Si aspiramos a explotar los principios de la guerra para perseguir nuestros propios fines y basarnos en la aproximación indirecta estratégica, para determinar la cuestión del combate antes de que este haya comenzado, es necesario satisfacer los tres siguientes objetivos:

1. Cortar las líneas de comunicación del enemigo, paralizando así la concentración de sus fuerzas.
2. Cerrarle las líneas de retirada, lo que socavará su voluntad y destruirá la moral.
3. Golpear sus centros neurálgicos administrativos y trastornar las comunicaciones, de modo que cortemos las conexiones entre su cerebro y las extremidades.

Cuando reflexionamos sobre estos tres objetivos, se demuestra la verdad que contiene el dicho de Napoleón: «El arte de la guerra no tiene más secretos que este: ser capaces de dominar las líneas de comunicación».

La ejecución de estos objetivos constituye la condición para cumplir la misión estratégica primordial, tan bien definida por el capitán Liddell Hart al analizar el propósito de la estrategia y la responsabilidad de los estrategas: «El auténtico objetivo no consiste en buscar batallas, sino en llegar a una situación estratégica tan favorable que, si no provoca por sí misma la resolución del conflicto, su continuación mediante una batalla sí lo logre».

El principal medio para llegar a la situación estratégica determinante consiste en desarticular la organización del enemigo, lo que «desintegrará o perturbará al enemigo en la batalla», sirviéndose de los tres métodos citados anteriormente. Por otro lado, al planificar la ejecución de esas acciones, a menudo debemos tener en cuenta factores políticos que regirán la forma de la ejecución. Por ejemplo, es bien conocido que la rapidez del efecto de cortar las líneas de comunicación y bloquear rutas de retirada es inversamente proporcional a la distancia que separa el lugar desde el que se efectúan tales operaciones de la fuerza principal contra la que se lucha. Dicho con otras palabras: cuanto más cerca se sitúe el punto del corte respecto de las fuerzas principales del enemigo, más *inmediato* será el efecto y cuanto más lejos (y cerca de la base estratégica del enemigo) el efecto será *mayor*. Por lo tanto, debemos encajar los planes según el factor tiempo disponible para la operación. A veces, en nuestras batallas ese factor tiempo quedaba determinado por causas «artificiales», debido al carácter especial de la guerra que libramos el año pasado (es decir, las intervenciones esporádicas de las Naciones Unidas). A veces era necesario elegir planes que lograrían un efecto más inmediato, aunque no necesariamente el mayor efecto. Lo veremos cuando analicemos las batallas del año pasado.

Dedicaré ahora unas líneas al mantenimiento del objetivo. El objetivo debe ser único, pero si queremos estar seguros de conservarlo, debemos elegir un método que contenga alternativas. De lo contrario, si el método experimenta un fracaso, automáticamente fracasará la consecución del objetivo. Un plan debe basarse en: «Si sucediese esto y aquello entonces… Si, por el contrario, sucediese aquello otro, entonces…». Véase al respecto el razonamiento muy lúcido de Jacob de cara a los preparativos para combatir con Esaú en Génesis 32.

Liddell Hart escribió muy acertadamente lo siguiente: «Como si se tratase de un árbol, si aspiramos a que un plan dé frutos, debe tener ramas. Un plan que no tiene más que un objetivo reúne todas las condiciones para convertirse en un poste estéril».

Mi objetivo es habilitar a nuestros soldados para que estudien y analicen por sí mismos las batallas en las que participaron, y que intenten aplicar ese estudio a las consideraciones y los supuestos estratégicos, sin darse por satisfechos con las descripciones subjetivas de las operaciones tácticas que tanto abundan en nuestra literatura sobre la guerra. De todas formas, permítanme primero que dedique unas palabras a analizar algunas de las operaciones del año pasado a la luz de lo expuesto anteriormente. Estas fueron las más importantes:

- Operación Diez Plagas (contra Egipto)
- Operación Ayin (contra Egipto)
- Operación de consolidación en Eilat (región del golfo de Áqaba)
- Operación Hiram (liberación de Galilea)

Desde el punto de vista estratégico, tal y como he definido antes, cabría incluir las «operaciones de Rodas» (los acuerdos del Armisticio). Un estudio detallado demostrará que la planificación de todas estas operaciones se elaboró basándose en los principios y métodos estratégicos que hemos mencionado: aproximación estratégica indirecta, corte de líneas, aislamiento y explotación máxima de los recursos para lograr el efecto sorpresa, siempre encaminados a conseguir una desarticulación básica y veloz del despliegue enemigo. Los factores de tiempo también influyeron en la elección de los métodos, y no menos en razón de las diversas intervenciones.

El enemigo egipcio que había invadido el país esperaba encontrarse las puertas de acceso abiertas y, por tanto, se desplazó hacia el norte siguiendo la carretera costera, hacia Isdud. Cuando fue detenido, se desvió hacia Faluya, en dirección a Jerusalén. Sus fuerzas eran muy superiores y nos obligaron a evitar los choques frontales siempre que fuese posible. De lo contrario, harían valer esa superioridad; no olvidemos que había establecido posiciones defensivas en una serie de puntos y contaba con una cantidad mucho mayor de armas defensivas. Por otro lado, su principal debilidad radicaba exactamente en el aspecto que antes señalé con la cita de Napoleón: «El arte de la guerra no tiene más secretos que este: ser capaces de dominar las líneas de comunicación». Y es que sus líneas de comunicación eran extremadamente largas.

El fin de la operación Diez Plagas era abrir el camino hacia el Néguev y desarticular el despliegue del enemigo. Para ello explotó al máximo la debilidad que acabo de subrayar. Además, esta operación fue un ejemplo clásico del triple sistema que ya he mencionado (corte de suministros, bloqueo de rutas de retirada, ataques a centros administrativos):

1. La ruptura al este de Iraq el Mansilla, que cortó las comunicaciones orientales del enemigo por un lado y tomó la Colina 113 por otro, combinada con numerosos golpes perpetrados por comandos, minó la estructura física del despliegue adversario.
2. La toma de Bech-Hanun (cerrando así la vía de retirada para su principal fuerza) confundió al enemigo y, además del efecto físico de seccionar las líneas de comunicación, socavó de forma esencial su voluntad de pelear y su moral, empujándole a la decisión de retirarse. Por cierto, que este es un ejemplo de bloqueo a corta distancia y de la inmediatez de sus efectos.

3. Los repetidos bombardeos de Gaza, Majdal, Rafah y El-Arish golpearon las arterias y los centros neurálgicos de la administración del enemigo, paralizando por completo su sistema nervioso, que conecta el cerebro con las extremidades.

Conviene mencionar que nuestras fuerzas operaban simultáneamente contra el sector norte del enemigo y contra su sector oeste empleando grandes formaciones independientes, lo que proporcionaba al Alto Mando la flexibilidad para bascular el centro de gravedad según exigiese la situación, con resultados fructíferos.

La operación Ayin, también contra los egipcios, se desarrolló en la región de Auja-El-Arish y nos reportó lecciones verdaderamente asombrosas sobre el arte de la guerra. Al principio, el enemigo no logró aprovechar sus dos brazos (occidental y oriental) para obtener una ventaja estratégica decisiva. Después de la operación Diez Plagas, realizó un intento ya demasiado tardío de servirse del brazo oriental para cortar los accesos a la zona sur del Néguev y aislarla. Como he comentado, la respuesta más adecuada frente al espíritu ofensivo es precisamente un espíritu ofensivo. Y ese fue ciertamente el origen de la operación Ayin. Como dijeron hace muchos siglos nuestros sabios: «A aquel que acuda para matarte, has de precederlo matándolo primero». La combinación de estos elementos para lograr la victoria: el peso de la ofensiva contra la retaguardia enemiga, la sorpresa en la ruta de aproximación (consiguiendo lo que el enemigo consideraba como «imposible») a través de Haluzah hacia Auja y la distracción estratégica (comibinando amenazas táctica, psicológica y política) contra el sector occidental a lo largo de la costa.

La operación Ayin refrendó con total claridad las verdades que hemos mencionado previamente: que el fin de un plan

estratégico consiste en decidir la batalla incluso antes de que empiece o, por lo menos, crear las condiciones para asegurar que el combate en sí aporte una resolución. La explotación de la operación Ayin con la posterior persecución del enemigo internándose en territorio egipcio demostró también con acierto el otro principio que también hemos mencionado anteriormente, relativo a la relación entre el lugar donde se produce el aislamiento del enemigo y la velocidad y proporcionalidad de sus efectos. Si nuestras fuerzas hubieran conseguido una ruptura en las líneas enemigas avanzando hacia El-Arish y dominando el nudo vital de carreteras de Abu Aweiglia, en el desierto del Sinaí, habrían logrado resultados todavía más decisivos, pero el tiempo que requería tomar una decisión era demasiado largo. Por otra parte, el rapidísimo cambio de la acción de aislamiento para aplicarla en la zona de Rafah produjo resultados más inmediatos, así como la solicitud de un armisticio por parte de Egipto. Aunque es cierto que probablemente tuviese un carácter menos decisivo debido a su proximidad a los principales contingentes del enemigo (con lo cual le atribuíamos una posición de superioridad táctica frente a nuestras propias fuerzas).

Las diversas operaciones Rodas y la destinada a implantarnos en Eilat, así como la expansión en el «triángulo» y en el paso de Megido (Wadi Arah), nos enseñan que las herramientas empleadas en la estrategia a menudo difieren de las que se utilizan en la táctica. Y ello se debe a que, a veces, la estrategia opta por utilizar herramientas políticas para crear condiciones favorables a una resolución táctica. Cuando tienen éxito, dichas herramientas ahorran mucha sangre y sudor.

Por último, pero no menos importante, me gustaría mencionar la operación Hiram. Fue una operación relámpago de tipo clásico, pero también nos brindó una excelente ilustra-

ción de una resolución estratégica. De gran importancia también y que, en este caso, resultó ser más eficaz que una resolución táctica. Kaukji quería forzar una resolución táctica que habría terminado favoreciéndolo si, después de la presión que había ejercido contra Manarah, nos hubiésemos dejado llevar para lanzar más ataques frontales, cuando algunos de estos ya habían fracasado. En la operación Hiram, aplicamos la estrategia de aproximación indirecta exprimiendo al máximo todas las posibles alternativas. Todo ello de forma coordinada, con un plan general y un propósito, nuevamente, basado en la combinación «triangular»: cortar las líneas, aislar al enemigo y atacar sus centros administrativos. Nuestras fuerzas teníian dos brazos: uno que se desplazaba desde Safad en dirección norte, hacia Sasa, y otro que avanzaba desde Kabri en dirección este a través de Tarshiha. En la campaña de 1948, los dos juntos conformaron un magnífico ejemplo de cerco estratégico planificado, además de provocar una resolución fulgurante del problema.

En conclusión, quisiera hacer hincapié en que mi intención no ha sido describir las diversas acciones en detalle, sino iluminar las mismas desde una perspectiva estratégica. Así pretendo presentar un enfoque completo que permita comprender su significado.

Narración

(por el teniente coronel N. Lorch, jefe de la Sección Histórica,
Estado Mayor del ejército de Israel)

Operación Diez Plagas

15-21 de octubre de 1948

Mientras que en otros frentes los diez días de combates transcurridos entre la primera y la segunda treguas (del 9 al 19 de julio) habían sido testigos de la iniciativa israelí y de sus conquistas, la situación en el frente egipcio había permanecido más o menos estática. El ejército egipcio, tras ver frustradas sus expectativas originales de alcanzar una victoria rápida y decisiva frente a las fuerzas israelíes, pobremente equipadas y agotadas por los combates, se había concentrado desde la primera tregua en consolidar las posiciones que detentaba en la parte de Palestina bajo su ocupación. Estas últimas constaban fundamentalmente de asentamientos árabes repartidos a lo largo de la carretera costera, hasta Isdud por el norte, así como a lo largo de la carretera Auja-Asluj-Beerseba-Hebrón-Belén y a lo largo de la carretera Majdal-Beth Jibrin, que conecta a las otras dos lateralmente.

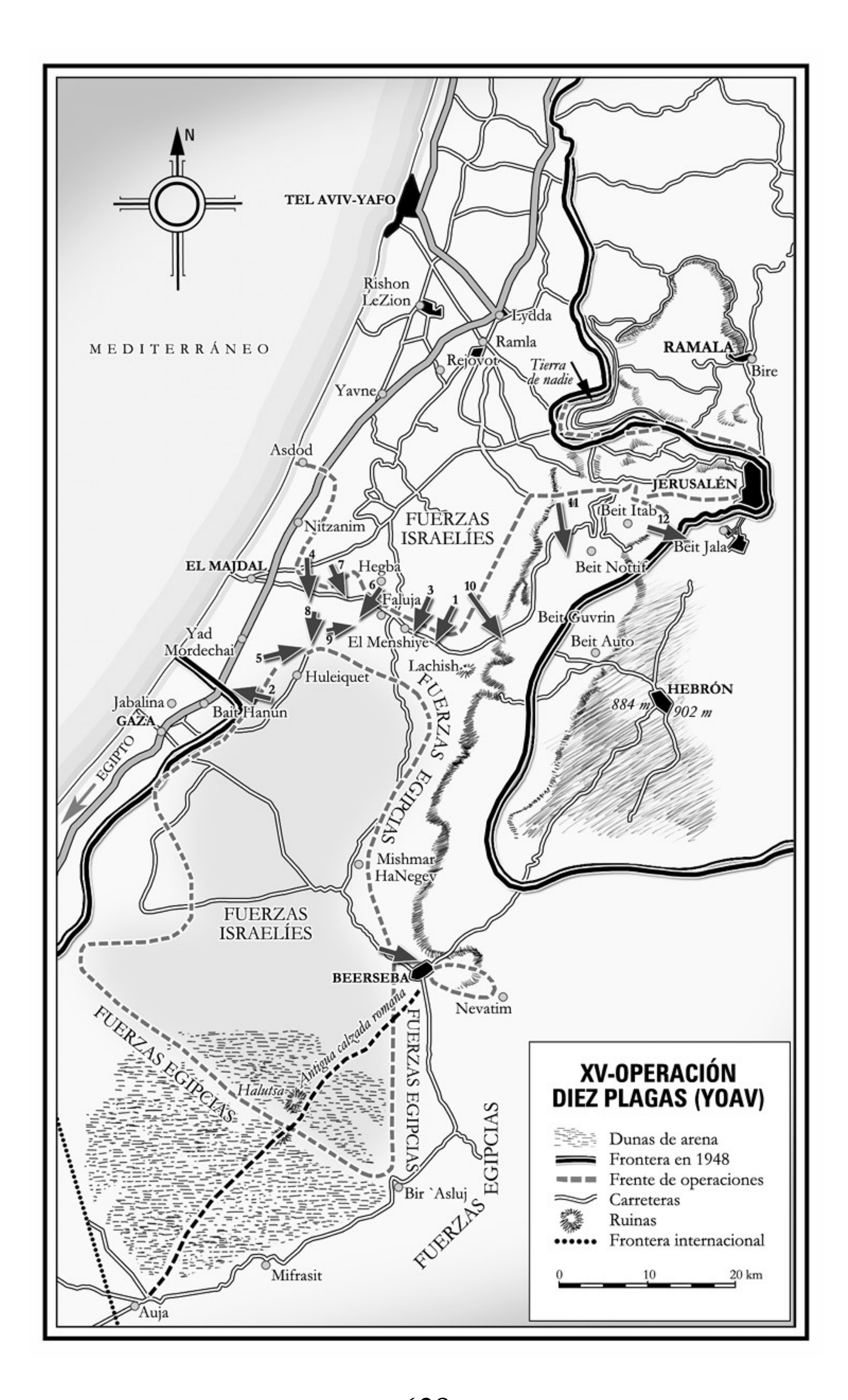
A pesar de los notables esfuerzos, el enemigo tan solo pudo tomar dos asentamientos judíos aislados y situados junto a la carretera de la costa. Un tercero, tras resistir con éxito una serie de ataques, se evacuó durante la primera tregua. El área principal de asentamientos judíos en el Néguev (la zona semiárida situada al sur de Palestina y que, en su mayor parte, no había sido asignada al Estado de Israel por la Resolución de partición de las Naciones Unidas de noviembre de 1947) estaba situada más lejos de las carreteras principales y se ha-

bía conservado intacta. Pero sus comunicaciones con el centro y el norte del estado estaban cortadas por posiciones egipcias a ambos lados de la carretera lateral que he citado, entre Majdal y Beth Jibrin.

Era obvio que la situación resultante tan solo podía ser transitoria, aunque las condiciones de la tregua (que permitían el uso por parte de Egipto de la carretera este-oeste durante ciertas horas del día y el uso por parte de los israelíes de la carretera norte-sur durante otro horario) hubiesen sido respetadas escrupulosamente por los egipcios, cosa que no sucedió. Mientras que los egipcios podían descansar satisfechos por el momento, con la esperanza de reducir las posesiones judías en el Néguev en el futuro o sitiarlas y obligarlas a rendirse por hambre, el problema del abastecimiento para los asentamientos obligaba a Israel a asumir la iniciativa. Especialmente dado que ciertas señales indicaban que la situación militar vigente se estaba contemplando como base para adoptar una solución política, que despojaría a Israel del Néguev.

El Alto Mando israelí afrontaba un problema formidable. Las condiciones en la región llevaban ya cierto tiempo siendo inestables. Un convoy israelí enviado al sur en cumplimiento de una decisión de Naciones Unidas había sido objeto de un ataque y algunos de sus vehículos se habían incendiado, lo que había obligado a emprender la retirada. Por lo tanto, estaba claro que cualquier acción que se quisiese aplicar como represalia no contaría con el efecto sorpresa. En segundo lugar, no había dudas de que la única posibilidad de asegurar una vía de acceso al Néguev sería capturar uno o varios de los bastiones que jalonaban la carretera Majdal-Beth Jibrin y todos ellos estaban bien fortificados. Además, este objetivo debía lograrse en una fase temprana de la operación.

En otras palabras: no solo había que sacrificar la sorpresa en el ámbito temporal, sino que era inevitable afrontar una proporción considerable de ataques directos… y precisamente en el punto donde los egipcios preveían que atacaríamos.


N
MEDITERRÁNEO
TEL AVIV-YAFO
Rishon LeZion
Lydda
Ramla
Rejovot
Yavne
Tierra de nadie
RAMALA
Bire
Asdod
JERUSALÉN
Nitzanim
FUERZAS ISRAELÍES
Beit Itab
Beit Jala
EL MAJDAL
Hegba
Beit Nottif
Faluja
Beit Guvrin
Yad Mordechai
El Menshiye
Beit Auto
Lachish
Huleiquet
HEBRÓN
884 m
902 m
Jabalina
GAZA
Bait Hanun
EGIPTO
FUERZAS EGIPCIAS
Mishmar HaNegev
FUERZAS ISRAELÍES
BEERSEBA
Nevatim
FUERZAS EGIPCIAS
Antigua calzada romana
Halutsa
FUERZAS EGIPCIAS
FUERZAS EGIPCIAS
Bir `Asluj
Mifrasit
Auja
XV-OPERACIÓN DIEZ PLAGAS (YOAV)
Dunas de arena
Frontera en 1948
Frente de operaciones
Carreteras
Ruinas
Frontera internacional
0
10
20 km

Por otro lado, los despliegues y la disposición de las fuerzas egipcias adolecían de profundidad. Constaban de una serie de franjas: la costera (una cuña que separaba el mar de nuestras fuerzas destacadas en el Néguev), la que corría junto a la carretera Majdal-Beth Jibrin y una tercera franja que se internaba hacia el noreste en las montañas de Judea. Fue esta la debilidad que explotamos durante la operación y compensó en gran medida las dificultades que he enumerado. Sin embargo, el proyecto requirió más fuerzas en el sur de las que poseíamos originalmente. Así pues, la operación Diez Plagas fue precedida por una considerable operación de transporte aéreo para llegar a la zona aislada del Néguev, que culminó con el traslado de una notable fuerza móvil, atravesando las líneas egipcias, delante de sus narices.

Una vez hecho esto, el 15 de octubre de 1948 se dio la señal para iniciar la ofensiva. Ese mismo día, a primera hora de la tarde, las fuerzas áreas israelíes atacaron el aeródromo egipcio de El-Arish y otros objetivos, incluidos Gaza, Beth Nahum, Majdal y Faluya, en un golpe durísimo para las fuerzas aéreas egipcias, que seguirían activas durante el resto de la operación, pero ya no recobrarían la superioridad en los cielos. La noche siguiente, fuerzas terrestres de Israel clavaron una profunda cuña en las líneas egipcias cerca del pueblo de Beth Nahum, junto a la carretera costera. Esta acción supuso una grave amenaza para las comunicaciones de Egipto y más adelante estuvo a punto de cercenarlas. Como consecuencia, evitó que los refuerzos y suministros fluyesen sin problemas hacia Majdal y forzó a los egipcios a detraer unos contingentes muy considerables del escenario principal de los combates. Ese mismo motivo justificó una serie de incursiones practicadas más al sur, cuya intención era volar puentes y líneas de ferrocarril tendidos entre El-Arish, Rafah y Han Unis.

Al mismo tiempo, se procedió a cortar la carretera lateral entre Majdal y Beth Jibrin mediante la ocupación de varias colinas donde no se habían emplazado los egipcios hasta entonces, en las proximidades de Beth Jibrin. De este modo, cuando llegó la mañana del 16 de octubre y sin que se hubiesen producido apenas combates, las comunicaciones egipcias habían quedado cortadas en el norte y corrían un grave peligro en el oeste. Parecía que el escenario ya estaba dispuesto para intentar internarse en terreno enemigo a través de las líneas egipcias tendidas del norte. Y efectivamente, el avance se produjo al amanecer del 16 de octubre, en forma de un ataque de unidades acorazadas e infantería contra el pueblo de Iraq-el-Manshiyah y la antigua Tell, su punto dominante. No obstante, la ofensiva se topó con un fuego defensivo de artillería bien dirigido y organizado. Varios carros de combate quedaron inutilizados y la infantería, desprovista de su apoyo, no pudo proseguir con el asalto. Se dio la orden de retirada.

Entre otras metas, con la captura de Iraq-el-Manshiyah pretendíamos situarnos en posición para amenazar por la retaguardia a las fuerzas egipcias desplegadas cerca del punto de «articulación». Cuando falló, no quedó otro remedio que atacar aquellas posiciones sin más ayuda. Las defensas egipcias en la zona estaban emplazadas en distintas colinas (algunas en las cercanías inmediatas, otras más lejos, hasta algo más de un kilómetro y medio de distancia) y en el cuartel de policía fortificado de Iraq-Suweidan, a poco más de 3 kilómetros de distancia del cruce y que dominaba todo el terreno circundante en un radio de varios kilómetros. Los ataques no tuvieron ni atisbo de aproximación indirecta, todo lo contrario. Durante la noche entre los días 16 y 17, se ocupó la Colina 113 y otros cuantos cerros, tras encarnizados combates cuerpo a cuerpo, peleando en algunos casos con uñas y dien-

tes, literalmente. Los egipcios demostraron que sabían cómo organizar una posición defensiva y también cómo defenderla.

Aquella misma noche empezó el ataque contra el flanco derecho egipcio en las colinas de Judea, al suroeste de Jerusalén. Pero era una simple maniobra estratégica de distracción, que poco podía contribuir para ayudar a que nuestras fuerzas doblegasen la resistencia en ese punto, el hueso más duro de roer.

A lo largo del día 17, los egipcios efectuaron un contraataque feroz; querían restablecer las comunicaciones entre las regiones de Majdal y Faluya. Pero no consiguieron reconquistar ninguno de los cerros que les habíamos arrebatado. Entonces la situación era que, aunque les habíamos impedido a los egipcios usar la carretera este-oeste, todavía no habíamos abierto la ruta norte-sur. Eso se podría corregir capturando los restantes fuertes egipcios que guardaban la carretera norte-sur en los alrededores de Huleiqat, o bien tomando otros baluartes más al este, que nos permitiesen rodear esa plaza. Los dos siguientes días, en este sector nos dedicamos a perseguir estos dos objetivos, mientras los egipcios oponían una resistencia enconada y contraatacaban. Aunque se las apañaron para contenernos sin ceder terreno en el este, desde el cuartel de la policía de Iraq-Suweidan hasta Iraq-el-Manshiyah (la zona que a partir de ahí se denominaría la bolsa de Faluya), Huleiqat cayó en la noche del 19 al 20 de octubre. Tras muchos meses de aislamiento, prácticamente desde diciembre de 1947, por fin habíamos establecido un puente firme para conectar el Néguev con el resto de Israel.

El resto de la operación se puede resumir brevemente. En el oeste, los egipcios temían por sus comunicaciones debido a la cuña de Beth Hanun, y evacuaron el área de Majdal casi sin disparar un tiro. Así que, entre otros puntos, evacuaron los asentamientos judíos de Yad Mordechai y Nitzanim, que

habían caído en sus manos en mayo, tras algunos de los combates más duros de la guerra. En el este, fueron expulsados de las posiciones que ocupaban en las montañas por una rápida ofensiva que puso nuestras fuerzas a las puertas de Belén. En el norte, tan solo resistía el contingente rodeado en la bolsa de Faluya. Esta resistencia subrayaba un peligro inherente de la aproximación indirecta: al cortarles las líneas de comunicación, se obligaba a pelear a un enemigo que antes habría visto con buenos ojos la posibilidad de retirarse. Pero la periferia de la bolsa se fue acortando y estrechando paulatinamente, así que, cuando la fortaleza de Iraq-Suweidan finalmente cayó el 8 de noviembre, la bolsa había perdido todo vestigio de valor potencial para una ofensiva. Por lo demás, resulta interesante que entre los documentos capturados en la propia fortaleza había un ejemplar de la *Estrategia de la aproximación indirecta*, que pertenecía a un comandante egipcio. Hoy, el oficial al mando del asalto lo guarda como un recuerdo muy preciado[28].

Mientras tanto, la operación había culminado más al sur, con la captura de Beerseba. Para explotar sin demora las posibilidades que se abrían, nuestras fuerzas se habían apresurado a internarse en el Néguev hacia el sur, siguiendo la carretera recién abierta. Se unieron a otras fuerzas ya presentes en el Néguev y capturaron la ciudad durante la noche del 20 al 21. El comandante de la guarnición no se esperaba que llamasen tan pronto a sus puertas y lo cogieron por sorpresa, aunque probablemente sí se había enterado de los combates que se desarrollaban en el norte. Tras solo cinco horas de lucha, se rindió. La rendición ocurrió casi exactamente treinta y un años después de que los británicos ocupasen Beerseba durante la Primera Guerra Mundial, y, además, tuvo lugar a la vista del monumento que conmemoraba a los soldados de la Commonwealth que habían caído en el ataque. La toma

de Beerseba selló el destino de la guarnición egipcia del área de Hebrón, que poco después fue relevada por la Legión Árabe, mientras los egipcios replegaban su flanco derecho hacia el sur, en dirección a Bir-Asluj, al suroeste de Beerseba.

Operación Ayin

22 de diciembre de 1948 - 7 de enero de 1949

El despliegue egipcio al inicio de la operación Ayin era similar al que había precedido a la operación Diez Plagas, aunque de extensión y alcance mucho más reducidos. Una vez más, constaba de dos alas: la izquierda seguía la carretera costera hasta Gaza, mientras que la derecha seguía la carretera Auja-Hebrón hasta Bir-Asluj, al suroeste de Beerseba. Las dos alas estaban conectadas lateralmente por la carretera Rafah-Auja, que discurría en parte por territorio egipcio, y más al sur por la carretera que unía El Arish con Abu Aweiglia. Además, todavía quedaban fuerzas egipcias destacadas en la bolsa de Faluya, así como en la zona de Hebrón, si bien aquí con menor presencia. Aunque era improbable que el ejército egipcio emprendiese una operación ofensiva a gran escala sin la ayuda de al menos otro de los ejércitos árabes, todavía no estaba derrotado. Aún ocupaba áreas considerables de Palestina y representaba una amenaza para la seguridad del joven estado, que constituiría un peligro permanente si no lográbamos vencerlo de forma definitiva.

Las disposiciones de los egipcios se basaban en dos premisas fundamentales. Una demostraría ser correcta, pero la otra se reveló errónea y los condenaría a la derrota. La primera consistía en que, en un área despoblada como el sur del Néguev, quien dominase las líneas de comunicación sería el amo de la región. La segunda dictaba que las líneas de comunica-

ción existentes en ese territorio equivalían a las rutas asfaltadas. En consecuencia, basaron una vez más su defensa en una serie de baluartes situados junto a las carreteras antes citadas, dirigiendo su artillería para cubrir precisamente esas carreteras.

La única lección que habían aprendido de la operación Diez Plagas era que los israelíes nos habíamos especializado en los ataques nocturnos y que la fuerza aérea de Israel se había convertido en un arma que debían tener muy en cuenta. Como resultado, sus posiciones estaban mejor camufladas que antes y habían elevado el nivel de alerta por las noches.

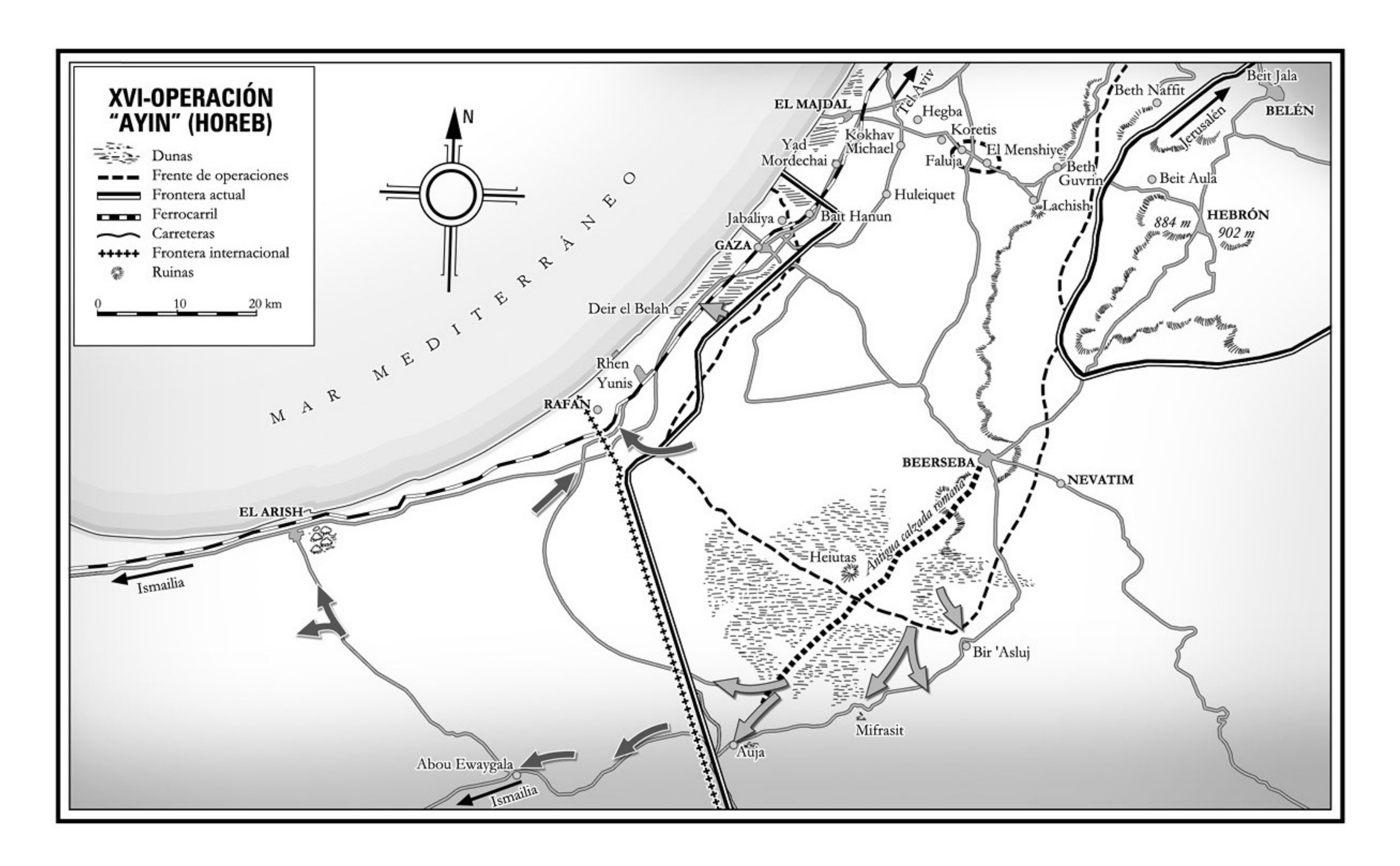
Nuestro plan general de ataque se parecía al que Allenby empleó en la tercera batalla de Gaza durante el otoño de 1917, pero ejecutado en la dirección inversa. Mientras que Allenby había avanzado desde el sur, nuestra ofensiva llegaría desde el norte. La idea era atraer a la mayor cantidad posible de fuerzas egipcias hacia el sector occidental y arrinconarlas allí. A continuación, mediante un ataque decidido, desbancaríamos su ala oriental empujándola hasta más allá de la frontera de Egipto. Una vez logrado esto, nuestras fuerzas virarían para tomar rumbo noroeste, amenazarían las líneas de comunicación que unían la Franja de Gaza con Egipto y forzarían la evacuación de esa zona. Si fuera necesario, este último paso iría acompañado de un ataque directo contra Gaza en la última fase de la batalla.

La operación empezó con un ataque concentrado de las fuerzas israelíes contra los aeródromos y las agrupaciones de tropas egipcias cerca de Rafah, Hans Yunis y Gaza, seguido de un bombardeo de artillería sobre los bastiones que Egipto ocupaba a lo largo de todo el frente. Durante esa misma noche, nuestras fuerzas destacadas en el frente occidental se adueñaron de una serie de colinas situadas a unos 13 kilómetros de Gaza, amenazando con cortar la carretera Rafah-Ga-

za. Después de las experiencias vividas anteriormente, los egipcios no tardaron en morder el cebo y concentraron un contingente considerable, que incluía la mayor parte de sus unidades blindadas, para efectuar un contraataque en ese sector. Simultáneamente, emprendieron un refuerzo general de las defensas en el área de Rafah-Gaza.

Aunque los egipcios consiguieron reconquistar la Colina 86 tras combates encarnizados, esta cumplió su propósito como elemento de distracción. De esta forma, cuando comenzó el ataque en el sector oriental, la ofensiva consiguió un efecto de sorpresa estratégica total. El primer objetivo era limpiar de enemigos la carretera Beerseba-Auja, incluida esta localidad. Naturalmente, los egipcios estaban preparados para un movimiento de este tipo, pero lo que no se esperaban era que nuestros servicios de inteligencia redescubriesen una antigua calzada romana que corría desde Beerseba prácticamente en línea recta hasta la retaguardia de Auja. Y todavía se esperaban menos que nuestros zapadores fuesen capaces de acondicionarla sin ser detectados para que transitasen por ella vehículos a motor, incluyendo algunos pesados como los carros de combate de peso medio. Eso fue exactamente lo que sucedió: mientras las posiciones avanzadas egipcias en Bir-Asluj tenían los ojos clavados en la carretera de Beerseba esperando un ataque inminente que llegaría por allí, unidades móviles ligeras israelíes surgieron del desierto, capturaron una serie de baluartes más al sur y bloquearon la carretera Auja-Rafah en dos puntos. Cuando se abatió el ataque sobre la propia Auja, al amanecer del 25 de diciembre, la población ya estaba aislada respecto de sus bases en el oeste y de las posiciones avanzadas en el norte. La guarnición apostada en la localidad hizo lo que pudo, pero, después de que las fuerzas que cerraban el paso habían rechazado los intentos de avance de todos los refuerzos, se retiró internándose en el desierto

durante las primeras horas del día 27. Pocas horas después, ocupamos Bir-Asluj, para entonces ya totalmente aislada, y la ruta Beerseba-Auja quedó abierta para nuestro tráfico. De este modo se completaba la primera etapa del plan.


XVI-OPERACIÓN
"AYIN" (HOREB)
Dunas
Frente de operaciones
Frontera actual
Ferrocarril
Carreteras
Frontera internacional
Ruinas
0
10
20 km
N
M A R M E D I T E R R Á N E O
EL MAJDAL
Tel Aviv
Hegba
Koretis
Kokhav Michael
Yad Mordechai
El Menshiye
Faluja
Beth Guvrin
Beth Naffit
Jerusalén
Beit Jala
BELÉN
Beit Aula
Huleiquet
Lachish
Jabaliya
Bait Hanun
HEBRÓN
884 m
902 m
GAZA
Deir el Belah
Rhen Yunis
RAFAÑ
BEERSEBA
NEVATIM
EL ARISH
Ismailia
Antigua calzada romana
Heiutas
Bir 'Asluj
Mifrasit
Auja
Abou Ewaygala
Ismailia

Aunque nuestras tropas estaban cansadas por los combates del día anterior, la Fase II de la operación comenzó sin demoras, en cuanto transcurrió el tiempo mínimo imprescindible de descanso y llegaron los suministros necesarios. De inmediato se reanudó la presión contra Egipto para internarnos en su territorio. En la noche del 28 al 29 de diciembre tomamos la base egipcia de Abu Weiglia, situada en el Sinaí, junto a la carretera que comunicaba con Ismailya. A continuación, se despachó una columna acorazada que avanzaría siguiendo la carretera hasta El Arish. Esa columna capturó un aeródromo emplazado al sur de la pequeña localidad con varios aparatos todavía intactos. Faltaba solamente otro empujón para tomar posiciones cortando la carretera de la costa y plantarnos en la orilla cerca de El Arish. Sin embargo, en ese momento las circunstancias políticas interfirieron en el desarrollo militar de la ofensiva. Anteriormente se había tolerado que los egipcios desarrollasen sus operaciones en territorio israelí sin mayores alteraciones, pero en ese instante quedó claro que no se iba a tolerar la presencia de fuerzas israelíes en suelo egipcio. Intensas presiones políticas y la amenaza de una intervención militar británica obligaron a ordenar que la columna de blindados se retirase a territorio israelí.

No quedaba más opción que intentar emular el resultado al norte de la línea de demarcación fronteriza. Para ello se reunió a toda prisa a una serie de brigadas, encargadas de atacar Rafah desde el suroeste y el sur. Ocuparon un reducto del cementerio y tenían a la vista tanto la localidad como los extensos campamentos construidos por los británicos que había cerca, pero también un grupo de colinas situado al sur de las carreteras de la ruta El Arish-Rafah-Auja. Así que, cuando la batalla llegó a este punto, la tarde del día 7 de enero, los egipcios solicitaron un armisticio.

Aunque la orden de retirarse de suelo egipcio se había recibido en el fragor de la ofensiva, justo cuando sus objetivos parecían al alcance de la mano, Israel tenía buenos motivos para darse por satisfecho al analizar los resultados de la operación. Salvo en la Franja de Gaza, había expulsado a los egipcios de toda Palestina y había destruido o inutilizado una gran parte del ejército enemigo, que no podría volver a la acción durante un plazo de tiempo muy considerable. Todo ello gracias a la labor de una fuerza atacante que apenas superaba a los defensores en número y era muy inferior a ellos en equipamiento.

Operación Hiram

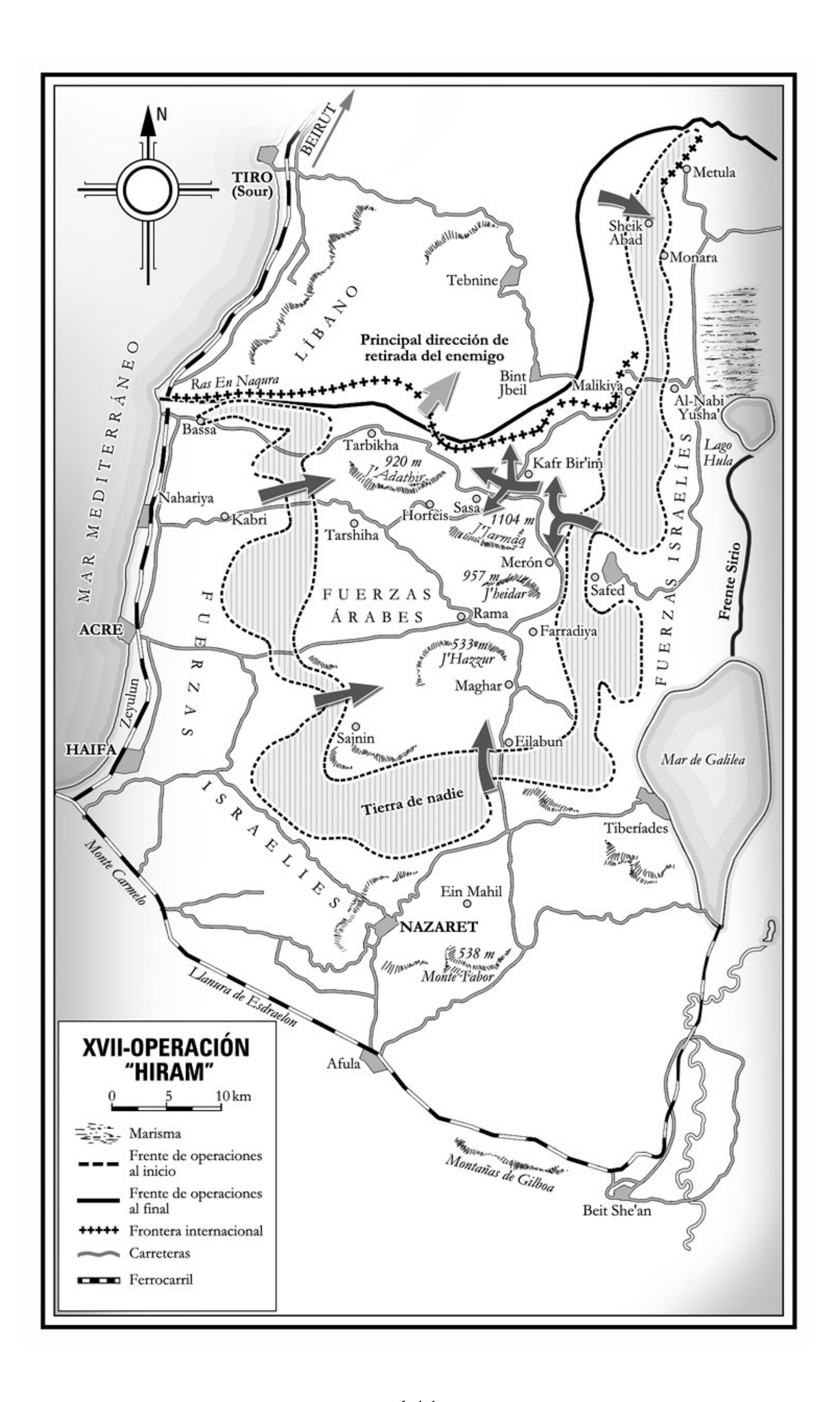
28-30 de octubre de 1948

Cuando los ejércitos regulares árabes invadieron Palestina, el Ejército de Liberación, dirigido por Fawzi Kaukji, que hasta aquel momento había sido la principal fuerza combatiente y la más damnificada, se retiró para reorganizarse. O más bien, para convertirse en una fuerza regular. Tras la primera tregua, Kaukji retuvo una posición dominante en Galilea, flirteando por turnos con los sirios, los libaneses y los iraquíes. Todo ello mientras, teóricamente, seguía obedeciendo las órdenes directas de la Liga Árabe, sin estar supeditado al mando de ninguno de los ejércitos regulares.

Los diez días de combates que se libraron entre las dos treguas le habían costado la mayor parte de la Baja Galilea, incluida la población de Nazaret. Sin embargo, había conseguido retirar la mayor parte de sus contingentes hasta la Alta Galilea, donde ocupaba un área rectangular, de 32 por 24 kilómetros de extensión, aproximadamente. A corto plazo, era poco probable que se decidiese a emprender una ofensiva a

gran escala por sus propios medios, pero todavía representaba un peligro potencial si optaba por aliarse con uno o más de los ejércitos regulares árabes. Operando mediante líneas interiores, con la ventaja que le daba la posición elevada de Galilea, la más alta de Palestina occidental, estaba en condiciones de lanzar una ofensiva contra cualquiera de las tres estrechas franjas de territorio controladas por Israel y que rodeaban su territorio. Eran el valle de Zabulón al oeste (donde cooperaría con los libaneses), el valle de Esdraelón al sur (con los iraquíes) y el valle de Jule (con los sirios), el objetivo más probable de los tres.

A mediados del mes de octubre, y contando con que Israel estaría ocupada combatiendo en el frente egipcio, decidió que había llegado la hora de lograr al menos un triunfo parcial para recuperar su prestigio, a pesar de las restricciones que planteaba la tregua. Por eso decidió atacar el reducto de Sheik Abed, situado en una posición dominante sobre el asentamiento judío de Manara (encaramado precariamente al borde de una cresta montañosa, a 750 metros de altura por encima del valle de Jule). La plaza cayó tras un ataque por sorpresa y el asentamiento de Manara volvió a quedarse aislado, lo que suponía un grave riesgo para el valle de Jule.


XVII-OPERACIÓN "HIRAM"
0
5
10 km
Marisma
Frente de operaciones al inicio
Frente de operaciones al final
Frontera internacional
Carreteras
Ferrocarril
N
BEIRUT
TIRO (Sour)
LÍBANO
Tebnine
Principal dirección de retirada del enemigo
Bint Jbeil
Metula
Sheik Abad
Monara
Malikiya
Al-Nabi Yusha'
Lago Hula
Ras En Naqura
Bassa
Tarbikha
920 m
J'Adathir
Kafr Bir'im
Nahariya
Kabri
Horfeis
Sasa
1104 m
J'Jarmaq
Tarshiha
Merón
957 m
J'heidar
Safed
FUERZAS ÁRABES
Rama
Farradiya
MAR MEDITERRÁNEO
ACRE
FUERZAS
ISRAELÍES
FUERZAS ISRAELÍES
Frente Sirio
533 m
J'Hazzur
Maghar
Zeyulun
HAIFA
Sajnin
Eilabun
Mar de Galilea
Tierra de nadie
Tiberíades
Monte Carmelo
Ein Mahil
NAZARET
538 m
Monte Tabor
Llanura de Esdraelon
Afula
Montañas de Gilboa
Beit She'an

Pero Kaukji había cometido un nuevo error de cálculo y esta vez iba a ser fatal. Ante la provocación de Kaukji y la ruptura de la tregua, aprovechando un momento de calma en la lucha en el frente egipcio (que liberaba a la fuerza aérea israelí para actuar en cualquier otro punto), el Alto Mando de Israel resolvió ajustar cuentas con Kaukji de una vez por todas. El objetivo era expulsarlo de Palestina y, si fuera posible, aniquilarlo por completo. El primero de los dos objetivos se consiguió de pleno y el segundo se hizo realidad en buena medida. Todo sucedió en menos de 60 horas, como consecuencia de la operación Hiram[29].

El área que controlaba Kaukji era muy adecuada para la guerra de guerrillas o para una acción defensiva a cargo de una fuerza con recursos y determinación. Pero para un ejército regular moderno comportaba una desventaja considerable: escaseaban las carreteras practicables. Tengamos en cuenta además que las fuerzas de Kaukji habían desarrollado la mayoría de las dificultades que arrastra un ejército moderno, pero pocas de sus habilidades. El caso es que tan solo disponía de una carretera norte-sur y cuatro carreteras que corrían en dirección este-oeste; no había más, salvo senderos que en su mayoría eran difícilmente transitables, incluso para las mulas. La clave de todo el sistema de comunicaciones era el pueblo de Sasa, un cruce de caminos donde las carreteras Bassa-Tarbika y Naharya-Tarshiha (procedentes del litoral) confluían con la carretera de Farradiya procedente del sur, mientras que la carretera hacia Malikiv iba hacia el norte hasta el Líbano, de donde Kaukji recibía suministros.

Los efectivos estaban distribuidos en tres bloques más o menos iguales, denominados «brigadas Yarmuk». Llamarlas brigadas era bastante pretencioso, como también lo era asociarlas al ejército de Yarmuk, que había arrebatado Palestina de manos bizantinas bajo el mando de Jalid-ibn-el-Walid.

Una de las brigadas estaba desplegada al sur de la carretera de Acre, la segunda dominaba el área noroccidental incluida Sasa, y la tercera el sector nororiental, con su cuartel general ubicado en Tarshiha.

Este era el esquema básico de nuestro plan:

Dos grupos serían destacados para mantener arrinconadas a las fuerzas de Kaukji en el sur amagando ataques desde el sur y el suroeste, mientras que un tercer grupo atacaría y tomaría Tarshiha desde el oeste. Mientras tanto, la fuerza principal, dotada de vehículos con blindaje ligero, semiorugas e infantería, avanzaría hacia el oeste desde Safad para capturar Sasa. Al mismo tiempo, protegería sus flancos y su retaguardia frente a ataques recibidos desde el sur y el oeste. Una vez lograsen unirse los brazos occidental y oriental de aquella gran pinza, se abriría la posibilidad de explotar el éxito conseguido para:

- Eliminar las fuerzas enemigas que todavía quedasen en el saliente, que para entonces estaría completamente rodeado, como una bolsa.
- Avanzar hacia el noreste y limpiar el área por donde discurría la carretera Malikiya-Metulla, asegurando así la zona de los asentamientos judíos que estaba en el valle de Jule, más abajo.

La misión de la fuerza aérea era bombardear los principales objetivos: Tarshiha, Sasa, Malikiya, etc. durante la tarde anterior a la hora cero. Posteriormente, se mantendría alerta para ofrecer apoyo a las fuerzas terrestres allí donde fuese preciso. Las unidades de artillería eran escasas, pues estaban concentradas en el frente principal contra los egipcios. Pero incluso allí, sus efectivos apenas sumaban una batería completa.

La misión asignada a los blindados merece ser mencionada. A primera vista, se diría que emplear estas fuerzas en semejante operación era arriesgado, dado que estarían circunscritas a un puñado de carreteras, a merced de un enemigo que ocupaba los terrenos más elevados por ambos flancos. Con todo, se decidió utilizar los blindados, que además servirían como punta de lanza para percutir sobre el objetivo principal y también para rechazar o retrasar la marcha de los refuerzos que pudiese destinar el adversario. Lo que más se apreciaba era la velocidad. Por motivos políticos y militares, el éxito de toda la operación dependía de que se aplastase a Kaukji antes de que ningún ejército regular tuviese tiempo de intervenir y sin concederle a él el tiempo necesario para detenerse a evaluar la situación a la que sería factible darle la vuelta, incluso tras la pérdida de Sasa. En tales circunstancias, utilizar los blindados suponía una jugada arriesgada, pero al final funcionó.

En lo que atañe a la ejecución del plan, poco más hay que añadir. Aunque la tarea de limpiar de minas y obstáculos las carreteras por la noche se demoró más de lo previsto (hasta tal punto que el ataque a Meirun y Gish, programado para la noche, debió efectuarse al amanecer), el destacamento oriental se aproximaba a buen ritmo hacia Sasa en plena mañana del día 29, después de tomar dos aldeas ubicadas al sur de la localidad y haber rechazado varios contraataques. Se atacó a un batallón de las fuerzas regulares sirias casi sin haberle dado tiempo a ocupar sus posiciones asignadas. Se trataba de efectivos enviados durante la noche, y quedó prácticamente destruido. La operación había tomado al enemigo por sorpresa.

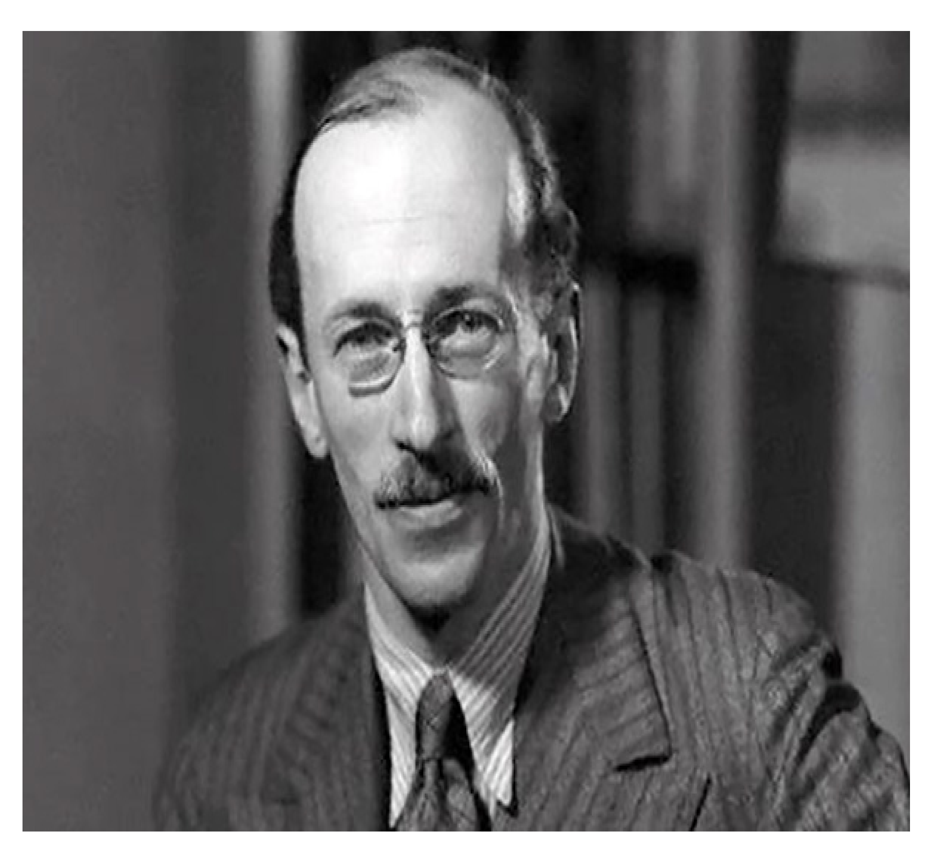
Simultáneamente, dos amagos de ataques desde el sur y el suroeste habían triunfado y fracasado. El triunfo se debía a que habían convencido a Kaukji de que esa era la «verdadera»

ofensiva, pero habían fracasado, porque no lograron fijar al enemigo en aquel frente. De hecho, el adversario reaccionó de inmediato y ordenó la retirada hacia el norte de la carretera de Acre. Es decir, que dirigió sus fuerzas hacia la región que incluía a nuestro objetivo principal. De cualquier forma, las unidades que se batían en retirada iban a servir de bien poco en aquella zona.

La fuerza occidental no consiguió conquistar Tarshiha durante la noche (del 28 al 29) y, como resultado, algunas aldeas que se habían rendido cambiaron de bando y pasaron a alinearse con las fuerzas ocupantes. Era más como coartada que por cualquier otro motivo, por si Kaukji se salía con la suya.

Sasa cayó a lo largo de las primeras horas de la noche siguiente, la del 29. A continuación, las fuerzas de Kaukji evacuaron Tarshiha y nuestros hombres pusieron pie en esta localidad a primera hora del día 30. Pocas horas después, las avanzadillas de los grupos orientales y occidentales establecían contacto, aunque no era todavía una conexión suficientemente firme como para evitar que una cantidad considerable de soldados árabes rompiesen las líneas y huyesen cruzando la frontera con el Líbano. A continuación se produjo una derrota y una huida en desbandada. La fase de explotación del éxito inicial de la operación no solo erradicó la presencia enemiga en toda la Alta Galilea, hasta los límites de Palestina en el norte, sino que llevó a nuestras unidades a penetrar en el Líbano, hasta Wadi Dubbe.

A las 6 de la mañana del día 31, cuando aún no habían transcurrido ni 60 horas desde su comienzo, la operación Hiram se había completado sin que apenas se hubiesen registrado bajas entre los atacantes.



SIR BASIL LIDDELL HART (1895-1970). Nació en París por ser su padre pastor metodista de la comunidad británica en Francia. Combatió y fue gaseado en la batalla del Somme durante la Primera Guerra Mundial, dejándole secuelas para toda la vida. Además de periodista, fue considerado uno de los más destacados pensadores militares su época, «el Clausewitz del siglo XX». Sus ideas sobre el arte de la guerra inspiraron las doctrinas que desembocaron en el concepto de «guerra relámpago». Al final de la Segunda Guerra Mundial tuvo la gran oportunidad de entrevistar a algunos de los principales generales alemanes, obteniendo una visión de primera mano de sus acciones durante la guerra.

Publicó una veintena de obras sobre las dos guerras mundiales o destacadas figuras militares como Escipión, Foch,

Sherman o Napoleón.

Notas

[1] Basil Henry Hart (1895-1970) nació en París por ser su padre pastor metodista de la comunidad británica en Francia. El autor alteraría el orden de sus apellidos para reivindicar sus raíces escocesas, de ahí que sea conocido como Basil H. Liddell Hart. El título de *Caballero del Imperio*, *sir*, le sería otorgado en 1966. <<

[2] *The Real War. A True Story of the World War, 1914-1918*, Faber, 1930 (lamentablemente inédita en español). <<

[3] Conviene hacer un repaso a la historia de esta obra: su primera versión, casi un borrador fechado en 1929, llevaba por título *The Decisive Wars of History. A Study in Strategy* (Bell & Sons). La edición de 1941 el de *The Strategy of Indirect Approach* (Faber), reimpresa un año después como *The Way to Win Wars*. Solo en la posguerra iría perdiendo peso hasta desaparecer el subtítulo de *Indirect Approach* para convertirse en *Strategy* (versión definitiva de 1967, Faber). La primera versión española data de 1946 y es de Gil Editor, Barcelona: *La estrategia de la aproximación indirecta*. Este título se mantuvo en las dos ediciones argentinas (Círculo Militar, 1960; Editorial Rioplatense, 1974). Cuando en 1989 el Ministerio de Defensa decidió relanzarla también lo mantuvo. Esta nueva edición de Arzalia, por tanto, es la primera que aparece en castellano con solo el nombre de *Estrategia*, acertada decisión por equipararla a sus homólogas inglesas pero, sobre todo, por ser más fiel al espíritu con que fue escrita: concebir un estudio general sobre esta disciplina, por más que el hilo conductor de sus páginas sea el del enfoque elusivo. <<

[4] Coincidiendo con el momento álgido de la carrera de Epaminondas, el joven Filipo había permanecido tres años como rehén en Tebas. Lo que allí aprendiera puede rastrearse claramente en las tácticas del ejército macedonio. *(N. del A.)*
<<

[5] En el arranque de su invasión de Asia, Alejandro recreó románticamente la leyenda homérica de la expedición contra Troya. Mientras su ejército aguardaba a cruzar los Dardanelos, Alejandro en persona, junto con un destacamento de soldados de élite, desembarcó en las proximidades de Ilion, en el lugar donde supuestamente amarraron sus naves los griegos en la guerra de Troya, y desde allí avanzó hasta el emplazamiento de la ciudad original, donde ofreció un sacrificio en el templo de Atenea, escenificó una falsa batalla y oró a los pies del que se consideraba el túmulo funerario de Aquiles, su antepasado según la tradición. Tras llevar a cabo estas ceremonias simbólicas, volvió a reunirse con su ejército para emprender la campaña real. *(N. del A.)* <<

[6] Tomo las citas de Polibio: *Historias*, (traducción de Manuel Balasch Recort), Editorial Gredos, Madrid, 1991. *(Salvo cuando se indique lo contrario todas las notas son del traductor)*. <<

[7] Polibio: *Historias*, (III, 49). <<

[8] Polibio: *Historias*, (III, 68). <<

[9] Polibio: *Historias*, (III, 78). <<

[10] Polibio: *Historias*, (III, 79). <<

[11] Polibio: *Historias*, (III, 80). <<

[12] Polibio: *Historias*, (III, 80). <<

[13] Polibio: *Historias*, (III, 90). <<

[14] Polibio: *Historias*, (III, 112). <<

[15] Polibio: *Historias*, (III, 112). <<

[16] Tito Livio, *Historia de Roma*, Libros XXI a XXX, [28.41]. Tomo la cita de la traducción de Antonio D. Duarte Sánchez en https://historicodigital.com/download/Tito%20Livio%20II.pdf. <<

[17] Polibio: *Historias*, (XIV, 10). <<

[18] Polibio: *Historias*, (XV, 5). <<

[19] Procopio de Cesarea, *Historia de las guerras. Libros I-II: Guerra Persa*, (traducción de Francisco Antonio García Romero), Editorial Gredos, Madrid, 2000, pág. 88. <<

[20] Procopio de Cesarea, *Historia de las guerras. Libros I-II: Guerra Persa*, pág.115. <<

[21] Conocido en vida como Eduardo de Woodstock, fue el primogénito de Eduardo III de Inglaterra y padre del rey Ricardo II. Murió un año antes que su padre, de ahí que nunca llegara a ser coronado rey de Inglaterra. Se le empezó a conocer como el Príncipe Negro, tiempo después de su muerte y el apodo podría hacer referencia a su armadura de este color. *(N. del T.)* <<

[22] El autor ofrece un análisis más detallado de la estrategia y tácticas de los mongoles en su obra *Great Captains Unveiled*, que fue seleccionada como libro de texto para la instrucción de los componentes de la primera Fuerza Mecanizada experimental en 1927. <<

[23] El National Covenant fue un acuerdo solemne redactado en 1638, cuyos firmantes (los *covenanters*) rechazaban el intento por parte de Carlos I de Inglaterra y del arzobispo de Canterbury de que la Iglesia de Escocia se plegase a las prácticas litúrgicas y al mandato de la Iglesia de Inglaterra. A pesar de estar escrito en un tono moderado, se trataba en realidad de un manifiesto radical contra el mandato de Carlos I. *(N. del T.)* <<

[24] Hasta que Marlborough no abandonó definitivamente el valle del Rin, siempre cupo la posibilidad de que diera media vuelta y descendiera el río a toda velocidad hasta Flandes con sus tropas a bordo de los barcos que había ido requisando por el camino: en definitiva, un motivo más de distracción para los generales franceses. *(N. del A.)* <<

[25] Quienes más tarde opinaron en contra de devolver algunas de las colonias confiscadas al Imperio alemán, preocupados porque podrían convertirse en un peligro, no se percataron del valor indirecto que entrañarían para Gran Bretaña en caso de guerra. Se trataba de lugares donde era viable anotarse éxitos rápidamente, para compensar el efecto deprimente de los triunfos enemigos en el teatro europeo. Ayudarían a equilibrar la pérdida de prestigio que las derrotas en el continente podrían causar. No deberíamos pasar por alto la importancia psicológica de estos contrapesos, especialmente si hablamos de una potencia naval.

Además, que una potencia continental esté en posesión de territorios de ultramar con los que resulta fácil cortar sus comunicaciones supone un factor de contención para sus inclinaciones agresivas. Este hecho se manifestó en las prolongadas vacilaciones de Italia, que dudaba si entrar en la guerra que comenzó en 1939 hasta que la victoria de su aliado parecía segura. Esta clase de enredo básico constituye un elemento restrictivo, aunque no sea un factor preventivo definitivo. <<

[26] Un error similar de apreciación provocó en mayo de 1940 que el Mando Aliado descartase la posibilidad de que las fuerzas mecanizadas alemanas irrumpiesen a través de esa ruta para efectuar una invasión. <<

[27] Mientras apretaba el paso para cruzar el Sena en un punto aguas arriba de París, el general Wood al mando de la Cuarta División Acorazada, que lideraba el avance de Patton, me envió un esbozo de la trayectoria que habían seguido tras romper las líneas en Avranches, subrayando que la gesta «demuestra lo que se puede conseguir si nos atenemos a los principios… (2) De *l'audace* ("audacia, siempre audacia", la frase de Federico II favorita de Patton); (2) De la aproximación indirecta». <<

[28] Por suerte para nosotros, no entendieron la esencia de esta obra y, por tanto, nuestro plan estratégico, basado en los principios que defiende este libro, los tomó completamente por sorpresa (*firmado*) Y. Yadin. <<

[29] Se le puso a la operación el nombre en clave Hiram por uno de los antiguos reyes del Líbano. <<

ÍNDICE